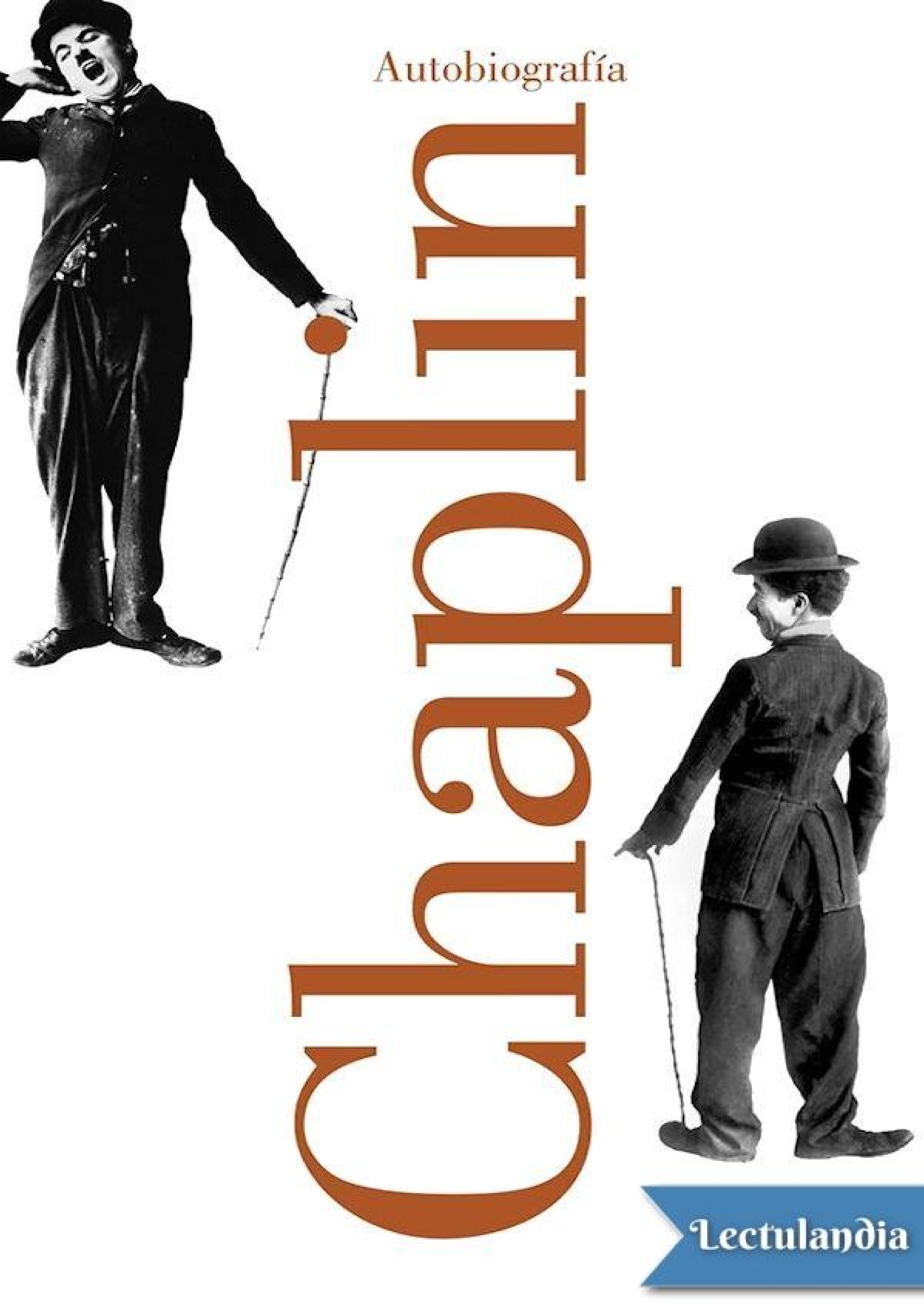

Autobiografía
Chaplin
Lectulandia

Charlot, personaje icónico del siglo xx, acaba de cumplir cien años, pero no ha perdido su bombín ni su bastón... y desde luego ni un ápice de su carácter.

En esta autobiografía, publicada en 1964, Chaplin cuenta la fascinante historia de su vida, desde su trágica infancia en una familia de artistas hasta los primeros pasos en el teatro musical londinense y su traslado a Estados Unidos. Allí, su talento para entretener de manera inteligente al público le permitió emprender una carrera cinematográfica que lo llevó a convertirse en uno de los rostros más conocidos de todo el planeta y ser el alma de obras maestras como *Tiempos modernos* o *Candilejas*, que hoy son clásicos indiscutibles.

Chaplin encarna como pocos el espíritu del siglo xx. Fue un genio del cine mudo que se resistió a aceptar la invención del sonoro. Y, cuando finalmente accedió a ello, fue para caricaturizar a Adolf Hitler, cuya imitación en *El gran dictador* es una de sus creaciones más memorables. Ese gran hombre supo hacer reír sin renunciar a la lucha contra la censura y a favor de la libertad en su sentido más amplio, convirtiéndose así en una leyenda de la historia del cine.

Oír ahora su voz a lo largo de estas páginas es volver atrás en el tiempo y también aprender algo de lo que el presente nos depara.

"*Para reírte de verdad, tienes que ser capaz de agarrar el dolor y jugar con él.*" Charlie Chaplin

Lectulandia

Charles Chaplin

Autobiografía

ePub r1.0
Titivilus 28.10.15

Título original: *My Autobiography*
Charles Chaplin, 1964
Traducción: Julio Gómez de la Serna
Diseño de cubierta: Nora Grosse

Editor digital: Titivilus
Gracias a Spleen
ePub base r1.2

A Oona

Preludio

Antes de que se inaugurase el puente de Westminster, Kennington Road no era más que un sendero cubierto de zarzas. En 1750 se comenzó a construir una nueva carretera a partir del puente que enlazaba directamente con Brighton. Como consecuencia, Kennington Road, donde pasé la mayor parte de mi niñez, presumía de algunas mansiones señoriales de mérito arquitectónico, en cuyas fachadas había balcones con enrejado de hierro, desde los que sus ocupantes quizá vieron a Jorge IV cuando iba en coche a Brighton.

A mediados del siglo XIX, la mayor parte de las casas se habían deteriorado y convertido en pisos de alquiler. Sin embargo, algunas permanecían intactas y habitaban en ellas médicos, comerciantes prósperos y estrellas del vodevil. Los domingos por la mañana se veía a lo largo de Kennington Road una bonita yegua y un coche a la puerta de una casa dispuestos a llevar a algún artista de vodevil a dar un paseo de unas diez millas hasta Norwood o Merton, parándose al regreso en diversos pubs: el White Horse, el Horns y el Tankard, situados todos en Kennington Road.

Cuando tenía doce años me quedaba muchas veces frente al Tankard mirando cómo aquellos ilustres caballeros se apeaban de sus coches para entrar en el bar, donde se reunía la flor y nata del vodevil, como solían hacer los domingos para tomar «la última» antes de regresar a sus casas a comer. ¡Qué llamativos resultaban vestidos con sus trajes a cuadros y sus bombines grises, con sus refulgentes sortijas de diamantes y sus alfileres de corbata! Los domingos el pub cerraba a las dos de la tarde, y sus ocupantes se entretenían unos momentos en la puerta antes de despedirse; yo los miraba fascinado y divertido, por el aire ridículo con que se pavoneaban algunos de ellos.

Cuando ya se había marchado el último, era como si el sol se hubiera ocultado tras una nube, y yo volvía a una hilera de casas viejas y cochambrosas que se hallaban a espaldas de Kennington Road, al número 3 de Pownall Terrace, y subía las desvencijadas escaleras que conducían a nuestra pequeña buhardilla. La casa era deprimente y el aire viciado hedía a gachas rancias y a ropa vieja. Aquel domingo, en

concreto, mi madre estaba sentada, mirando por la ventana. Se volvió y me sonrió débilmente. La habitación era agobiante, tenía poco más de doce pies cuadrados, y parecía más pequeña aún, porque su techo abuhardillado reducía su tamaño. La mesa, arrimada a la pared, estaba llena de platos y tazas sucios; y en un rincón, contra la pared baja, destacaba una cama de hierro que mi madre había pintado de blanco. Entre la cama y la ventana había una pequeña chimenea, y a los pies de la cama, un viejo sillón, que se desplegaba y se convertía en una cama, en la que dormíamos mi hermano Sydney y yo. Pero ahora Sydney estaba fuera, navegando.

Aquel domingo la habitación resultaba más deprimente porque, por alguna razón, mi madre no la había limpiado. Generalmente la tenía aseada, pues era briosa, alegre y joven todavía; no había cumplido aún treinta y siete años, y podía hacer que aquella buhardilla miserable brillara con dorada comodidad, sobre todo en las invernales mañanas de domingo, cuando solía traerme el desayuno a la cama, y yo me despertaba en una curiosa y reducida habitación, con la pequeña chimenea encendida, para contemplar el humeante hervidor sobre el fogón y un róbalo o un arenque ahumado junto al guardafuego de la chimenea para que se mantuviera caliente, mientras ella preparaba las tostadas. La alegre presencia de mi madre, la acogedora habitación, el sonido apagado del agua hirviendo que caía en la tetera de barro, mientras yo leía mi tebeo, eran los placeres de una tranquila mañana dominical.

Pero aquel domingo ella estaba sentada, distraída, mirando por la ventana. Durante los tres días anteriores había permanecido sentada junto a la ventana, y se mostraba extrañamente silenciosa e inquieta. Yo sabía que estaba preocupada; Sydney se encontraba en alta mar, no teníamos noticias de él desde hacía dos meses y nos habían quitado la máquina de coser alquilada, con la que ella trabajaba para mantenernos, porque se debían varios plazos (procedimiento al que ya estábamos acostumbrados). Y la aportación de cinco chelines a la semana que yo ganaba dando lecciones de baile había cesado de repente.

Apenas era consciente de la crisis porque vivíamos en una crisis constante, y yo, al ser un niño, me olvidaba fácilmente de nuestras preocupaciones. Como de costumbre, volvía corriendo a casa después de la escuela para hacer los recados a mi madre, retirar los restos de comida e ir a buscar un cubo de agua potable, para echar a correr enseguida a casa de los McCarthy y pasar allí la velada. Cualquier cosa con tal de huir de nuestra deprimente buhardilla.

Los McCarthy eran antiguos amigos de mi madre, a quienes había conocido en sus días de vodevil. Vivían en un piso confortable, en la mejor parte de Kennington Road, y, comparados con nosotros, gozaban de una posición relativamente desahogada. Los McCarthy tenían un hijo, Wally, con quien yo solía jugar hasta el anochecer, y siempre me invitaban a tomar el té. Dado que pasaba allí tanto tiempo comía más de una vez con ellos. De vez en cuando la señora McCarthy me preguntaba por mi madre, a la que no veía desde hacía tiempo. Yo inventaba cualquier excusa, pues desde que mi madre conocía la adversidad veía pocas veces a

sus antiguos compañeros de teatro.

Por supuesto, había épocas en que me quedaba en casa, y mi madre me hacía té y me preparaba pan frito untado de mantequilla, que me gustaba mucho. Durante una hora me leía algo, pues era una excelente lectora, y yo me daba cuenta del encanto de su compañía y de que hacía mejor quedándome en casa en lugar de ir a la de los McCarthy.

Pero aquel día, al entrar en la habitación, se volvió y me miró con aire de reproche. Me impresionó su aspecto; estaba delgada y ojerosa y se leía el sufrimiento en su mirada. Me invadió una infinita tristeza y dentro de mí se entabló una lucha terrible entre el impulso de quedarme a hacerle compañía y el deseo de alejarme de toda aquella miseria.

—¿Por qué no te vas a casa de los McCarthy? —dijo, mirándome con indiferencia.

Yo estaba a punto de llorar.

—Porque quiero quedarme contigo.

Se volvió y miró distraídamente por la ventana.

—Vete a casa de los McCarthy y quédate a comer…; aquí no hay nada para ti.

Advertí que en su voz había un tono de reproche, pero no quise entenderlo.

—Iré si así lo quieres… —dije con un hilo de voz.

Sonrió lánguidamente y me acarició la cabeza.

—Si —dijo—, vete.

Y aunque le rogué que me permitiera quedarme, repitió que me fuera. Lo hice con sensación de culpabilidad, dejándola sola, sentada en aquella miserable buhardilla, sin percatarme de que pocos días después le esperaba una suerte terrible.

1

Nací el 16 de abril de 1889, a las ocho de la noche, en East Lane, Walworth. Poco después nos mudamos a West Square, St. George's Road, Lambeth. Según mi madre mi mundo era feliz. Nuestra situación era, hasta cierto punto, acomodada; vivíamos en tres habitaciones amuebladas con gusto. Entre mis recuerdos más tempranos se cuenta uno en el que todas las noches, antes de que mi madre se fuera al teatro, nos metían a Sydney y a mí en una cómoda cama y quedábamos al cuidado de la criada. En mi mundo de tres años y medio todo era posible; si Sydney, que era cuatro años mayor que yo, podía hacer juegos de manos y tragarse una moneda, haciendo que apareciese luego por la nuca, yo podía hacer lo mismo; por eso un día me tragué una moneda de medio penique, y mi madre tuvo que llamar al médico.

Todas las noches, cuando regresaba del teatro, mi madre tenía la costumbre de dejar golosinas sobre la mesa —un pedazo de pastel napolitano o caramelos— para que Sydney y yo las encontrásemos por la mañana y como garantía de que no haríamos ruido, pues ella solía dormir hasta muy tarde.

Mi madre era actriz cómica en un teatro de variedades, una mujercita *mignonne* cuando lindaba los treinta años, de piel muy blanca, ojos azul violeta y largos cabellos castaño claro, tan largos que podía sentarse en ellos. Sydney y yo la adorábamos. Aunque no era una belleza excepcional, a nosotros nos parecía divina. Los que la conocieron me dijeron años después que era delicada y atractiva y que tenía un encanto arrebatador. Se enorgullecía al vestirnos para las excursiones de los domingos: a Sydney con un traje Eton de pantalón largo y a mí con uno de terciopelo azul y guantes a juego del mismo color. Esas ocasiones eran verdaderas orgías de presunción cuando paseábamos por Kennington Road.

Por aquellos días Londres era tranquilo y el ritmo de vida apacible; incluso los tranvías tirados por caballos que rodaban por el puente de Westminster marchaban a paso sosegado y daban la vuelta tranquilamente, sobre una plataforma giratoria, en la terminal próxima al puente. En los días prósperos de mi madre también nosotros vivimos en Westminster Bridge Road. Su ambiente era alegre y afable, con atractivas tiendas, restaurantes y music-halls. La frutería de la esquina que daba al puente era un

alarde de color, con sus ordenadas pirámides de naranjas, manzanas, peras y plátanos fuera, en contraste con el gris solemne del Parlamento, que se erguía justamente al otro lado del río.

Ese fue el Londres de mi niñez, de mis ánimos y despertares: recuerdos de Lambeth en primavera; de hechos e incidentes triviales; de mis viajes sentado en lo alto de un autobús tirado por caballos, junto a mi madre, intentando alcanzar al paso los árboles llenos de lilas; de los billetes multicolores de autobús —naranja, azul, rosa, verde— que cubrían el pavimento en las paradas; de las rubicundas floristas de la esquina del puente de Westminster, que hacían alegres ramitos para la solapa, manipulando con sus hábiles dedos el papel plateado y el tembloroso helecho; del olor húmedo a rosas recién regadas, que me producía una vaga tristeza; de los domingos melancólicos; de los padres con caras pálidas, cuyos hijos llevaban molinillos de juguete y globos de colores por el puente de Westminster, y los maternales vaporcitos de un penique, que bajaban sus chimeneas al deslizarse bajo el puente. Creo que mi alma nació de estas cosas triviales.

Luego estaban los objetos de nuestra sala de estar, que afectaban a los sentidos: el retrato en tamaño natural de Nell Gwyn, que pertenecía a mi madre, y no me gustaba; las licoreras de cuello largo, colocados sobre nuestro aparador, que me deprimían, y la cajita redonda de música, con su tapa de esmalte representando un grupo de ángeles sobre nubes, que me atraía y me desconcertaba al mismo tiempo. Pero lo que más me gustaba era mi silla de seis peniques, comprada a unos gitanos, porque me daba una extraordinaria sensación de propiedad.

Recuerdos de momentos épicos: una visita al Royal Aquarium,[1] la contemplación de las barracas a ambos lados de la calle, de la cabeza viviente de una dama que sonreía en medio de las llamas; la pesca afortunada de seis peniques: mi madre aupándome hasta lo alto de un gran barril de serrín para que recogiera un paquete sorpresa, que contenía un silbato de caramelo que no sonaba y un broche de rubíes de juguete. Después una visita al music-hall de Canterbury, sentados en una butaca de terciopelo rojo, viendo cómo actuaba mi padre…

Ahora ya es de noche y estoy envuelto en una manta de viaje, en lo alto de un coche de cuatro caballos, en el que van mi madre y sus compañeros de teatro, agradablemente rodeado por su alegría y sus risas, cuando nuestro postillón, con su ruidoso clarín, nos abre paso a lo largo de Kennington Road, mientras resuenan rítmicamente los arneses y los cascos de los caballos.

Algo sucedió entonces, acaso un mes o unos días después. Fue una súbita revelación de que no todas las cosas marchaban bien entre mi madre y el mundo exterior. Ella había estado fuera de casa toda la mañana con una amiga suya, y regresó muy excitada. Yo estaba jugando en el suelo y me di cuenta de que por encima de mí reinaba una intensa agitación, como si estuviera escuchando desde el fondo de un pozo. Mi madre lloraba y lanzaba apasionadas exclamaciones, mencionando una y

otra vez el nombre de Armstrong: ¡Armstrong ha dicho esto, Armstrong dijo aquello, Armstrong es un bestia! Su excitación era tan extraña y tan evidente, que rompí a llorar de tal manera que mi madre tuvo que cogerme en brazos y consolarme. Pocos años después me enteré de la importancia de aquella tarde. Mi madre había vuelto de los tribunales, ante los que había demandado a mi padre por no satisfacer la pensión por alimentos, y el asunto no se había resuelto demasiado bien para ella. Armstrong era el abogado de mi padre.

Yo apenas conocía la existencia de un padre, y no recuerdo que viviera nunca con nosotros. Era también artista de vodevil, un hombre tranquilo, reconcentrado, de ojos oscuros. Mi madre decía que se parecía a Napoleón. Tenía voz de barítono y se le consideraba un buen actor. Incluso en aquellos días ganaba la considerable suma de cuarenta libras esterlinas a la semana. Lo malo era que bebía demasiado, algo que, según mi madre, fue la causa de su separación.

A los artistas de ese género les resultaba difícil no beber en aquella época, pues se vendía alcohol en todos los teatros, y después de su trabajo era corriente que fueran al bar del propio teatro a alternar con los espectadores. Había teatros que sacaban más del bar que de la taquilla, y a algunas estrellas les pagaban sueldos elevados no solo por su talento, sino porque se gastaban la mayor parte del dinero en el bar. Así, más de un artista se echó a perder con la bebida; mi padre fue uno de ellos. Murió a causa de su alcoholismo a la edad de treinta y siete años.

Mi madre contaba historias acerca de él con un humor mezclado con cierto aire de tristeza. Cuando estaba bebido, tenía un genio violento y durante una de sus crisis mi madre se fue a Brighton con unos amigos; en respuesta a su frenético telegrama: «¿Qué estás haciendo? ¡Contesta enseguida!», ella le envió el siguiente: «¡Bailes, fiestas y excursiones, querido!».

Mi madre era la mayor de dos hermanas. Su padre, Charles Hill, un zapatero remendón irlandés, procedía del condado de Cork, en Irlanda. Tenía las mejillas sonrosadas como una manzana, un mechón de pelo blanco y una barba como la de Carlyle en el retrato de Whistler. Iba encorvado a causa del reúma, causado, según él, por dormir en los campos húmedos mientras se ocultaba de la policía durante los alzamientos nacionalistas. Con el tiempo se estableció en Londres y se dedicó al arreglo del calzado en East Lane, Walworth.

Mi abuela era medio gitana, algo que avergonzaba a la familia. Sin embargo, ella se ufanaba de que su familia había pagado siempre el alquiler del terreno donde acampaban. Su apellido de soltera era Smith. La recuerdo como una vivaz viejecita, que siempre me saludaba de manera efusiva, imitando el habla de un bebé. Murió antes de que yo cumpliera los seis años. Estaba separada de mi abuelo por una razón que ninguno de los dos quería aclarar; pero, según la tía Kate, hubo un conflicto doméstico porque mi abuelo sorprendió a mi abuela con un amante.

Calibrar la moral de nuestra familia con arreglo a los modelos ordinarios sería tan erróneo como meter un termómetro en agua hirviendo. Con tal herencia, las dos

lindas hijas del remendón abandonaron rápidamente el hogar y se dedicaron al teatro.

La tía Kate, hermana menor de mi madre, era también actriz cómica; pero sabíamos poco de ella, pues entraba y salía de nuestras vidas de forma esporádica. Era guapa y apasionada y nunca se llevó bien con mi madre. Sus escasas visitas terminaban por lo general con brusquedad y de mala manera por algo que mi madre había dicho o hecho.

A los dieciocho años mi madre se fue a África con un hombre de mediana edad. Nos hablaba muchas veces de su estancia allí; vivía lujosamente en medio de plantaciones, criados y caballos de silla.

Cuando mi madre tenía dieciocho años nació mi hermano Sydney. Me dijeron que era hijo de un lord, y que cuando llegara a los veintiún años heredaría una fortuna de dos mil libras esterlinas, información que me agradó y me irritó a la vez.

Mi madre no estuvo mucho tiempo en África; regresó a Inglaterra y se casó con mi padre. Yo no sabía qué motivo puso fin a la aventura africana; pero al vernos en la aguda pobreza en que estábamos, le reprochaba que hubiera renunciado a una vida tan maravillosa. Ella se echaba a reír y replicaba que era muy joven entonces para ser cauta o prudente.

Nunca supe qué sentía ella por mi padre; pero siempre que hablaba de él lo hacía sin amargura, lo cual me hace sospechar que era demasiado objetiva para que estuviera profundamente enamorada. A veces nos hablaba de él con compasión; pero otras recordaba sus borracheras y su violencia. En los últimos años, siempre que se enfadaba conmigo solía decir: «Terminarás en el arroyo, como tu padre».

Lo había conocido antes de irse a África. Se hicieron novios y trabajaron juntos en un melodrama irlandés titulado *Shamus O’Brien*. A los dieciséis años ella interpretaba el papel principal. Mientras hacía una gira con su compañía, conoció a aquel lord, ya de cierta edad, y se fugó con él a África. Cuando regresó a Inglaterra, mi padre reanudó el idilio y se casaron. Tres años después nací yo.

Ignoro qué otros factores, además de la bebida, intervendrían, pero al año de mi nacimiento mis padres se separaron. Mi madre no exigió pensión alguna. Como era una estrella por derecho propio y ganaba veinticinco libras esterlinas a la semana, podía muy bien mantenerse a sí misma y a sus hijos. Solo cuando se cebó en ella la mala suerte buscó ayuda; de lo contrario, nunca hubiera acudido a los tribunales.

Se le empezó a estropear la voz, que nunca había sido vigorosa, y el menor resfriado le producía una laringitis que le duraba semanas enteras; pero tenía que seguir trabajando, lo que hizo que su voz empeorara cada vez más y no pudiera confiar en ella. En medio de una canción se le quebraba o cesaba de repente, convirtiéndose en un susurro, y el público empezaba a reírse y a abuchearla. Esta preocupación perjudicó su salud y acabó por destrozarle los nervios. Como consecuencia, sus contratos teatrales empezaron a escasear, hasta que se terminaron.

A eso debo mi aparición por primera vez, a los cinco años, en un escenario. Mi madre solía llevarme al teatro por la noche, para no dejarme solo en unas

habitaciones alquiladas. Por aquella época trabajaba en The Canteen de Aldershot, un teatrillo ínfimo frecuentado en su mayoría por soldados, una ruidosa turbamulta a la que le bastaba poco para burlarse y ridiculizar a los actores. Para los artistas, una semana en Aldershot era una prueba aterradora.

Recuerdo que yo estaba entre bastidores cuando la voz de mi madre se quebró, convirtiéndose en un susurro. El público empezó a reírse, a cantar en falsete y a silbar. Todo era un tanto confuso para mí, que no entendía muy bien qué ocurría. Pero el escándalo aumentó, hasta que mi madre se vio obligada a salir del escenario. Cuando entró entre bastidores estaba abochornada y comenzó a discutir con el director de escena, quien, tras verme actuar delante de los amigos de mi madre, dijo algo acerca de que me dejara salir a mí en su lugar.

Recuerdo también que, en medio del tumulto, me llevó de la mano, y después de dirigir unas palabras de disculpa al público, me dejó solo en el escenario. Ante el resplandor de las candilejas y los rostros envueltos en humo empecé a cantar, acompañado por la orquesta que, tras un ligero tanteo, encontró mi tono. Era una canción muy conocida, llamada *Jack Jones*, que decía así:

Jack Jones es muy conocido por todos
en el mercado, ¿no es verdad?
No encuentro la menor falta en Jack,
al menos cuando es como era antes…
Pero desde que le han dejado parné
se ha vuelto de lo peor,
pues ver cómo trata a sus viejos compinches
me llena de disgusto.
Todos los domingos, por la mañana, lee el Telegraph.
Antes se contentaba con el Star.
Desde que Jack Jones ha reunido unos pocos cuartos,
ya no se acuerda de nadie.

Hacia la mitad de la canción cayó una lluvia de monedas al escenario. Inmediatamente me interrumpí y dije que primero recogería el dinero y luego seguiría cantando. Esto produjo una carcajada general. El director de escena acudió con un pañuelo y me ayudó a recoger el dinero. Creí que iba a quedarse con él. El público entendió mi preocupación y todavía se rió más, sobre todo cuando él salió con el dinero, mientras yo le seguía lleno de ansiedad. No volví a cantar hasta que se lo entregó a mi madre. Estaba a mis anchas. Hablé con el público, bailé e hice varias imitaciones, incluso una de mi madre, cantando una marcha irlandesa que decía:

Riley, Riley, ese es el muchacho que me camela;

Riley, Riley, ese es el muchacho para mí…
En todo el ejército, ni grande ni pequeño,
no hay nadie tan guapo y elegante
como el noble sargento Riley,
del bravo regimiento ochenta y tres.

Y al repetir el coro, con la mayor inocencia, imité la voz de mi madre quebrándose, y me quedé sorprendido por el efecto que aquello produjo en el público. Hubo risas, aplausos y me lanzaron más monedas, y al salir mi madre al escenario para retirarme, su presencia provocó unos estruendosos aplausos. Aquella noche fue mi primera aparición en un escenario y la última de mi madre.

Cuando los hados se ocupan del destino humano no tienen ni piedad ni justicia. Así trataron a mi madre. Nunca recuperó la voz. Lo mismo que al otoño sigue el invierno, nuestra situación económica fue de mal en peor. Aunque mi madre era previsora y había ahorrado algún dinero, pronto se esfumó, lo mismo que sus joyas y otros objetos de su propiedad, que fue empeñando para vivir, esperando que entretanto recuperaría la voz.

De tres cómodas habitaciones, nos mudamos a dos; luego a una, mientras nuestros enseres disminuían y la vecindad a la que nos trasladábamos era cada vez más mísera.

Mi madre recurrió a la religión, esperando, imagino, que le devolvería la voz. Acudía con regularidad a la iglesia de Cristo, en Westminster Bridge Road, y todos los domingos yo tenía que oír la música para órgano de Bach y escuchar con dolorosa impaciencia la ferviente y dramática voz del reverendo F. B. Meyer, que resonaba en la nave como unos pies arrastrándose. Sus sermones debían de ser elocuentes, pues algunas veces sorprendí a mi madre enjugándose una lágrima, lo que me turbaba ligeramente.

Me acuerdo muy bien de mi primera comunión en un caluroso día de verano, de la fresca copa de plata que contenía un delicioso mosto, pasando de unos fieles a otros, y de la suave mano de mi madre, que me detenía cuando iba a beber demasiado. Y qué aliviado me sentí cuando el reverendo cerró la Biblia, pues eso significaba que el sermón acabaría pronto y que empezarían las oraciones y el himno final.

Desde que mi madre frecuentaba la iglesia veía pocas veces a sus amigos del teatro. Aquel mundo se había evaporado, se había convertido en un mero recuerdo. Era como si hubiéramos vivido siempre en la miseria. Aquel año parecía toda una vida de fatigas. Ahora vivíamos en una penumbra, sin alegría; era difícil encontrar empleo, y mi madre, sin preparación para trabajo alguno, excepto el de la escena, estaba todavía más incapacitada. Era pequeña, delicada y sensible y luchaba contra terribles desventajas en aquella época victoriana, cuando la riqueza y la pobreza eran extremas y las mujeres de clase baja apenas podían elegir entre realizar las labores

domésticas o hacer trabajos no cualificados a destajo. Ocasionalmente conseguía colocarse de niñera, si bien el empleo era escaso y de corta duración. Sin embargo, era una mujer de recursos, ya que ella misma se había hecho los trajes para el teatro, era experta en labores de aguja y podía ganarse unos chelines confeccionando prendas para otros miembros de la congregación. Pero esto a duras penas bastaba para mantenernos a los tres. Como mi padre seguía bebiendo, sus contratos teatrales se hacían cada vez más irregulares, al igual que sus entregas de diez chelines a la semana.

Mi madre había vendido ya la mayor parte de sus bienes. Lo último que vendió fue el baúl con sus trajes de teatro. Se aferraba a aquellas cosas con la esperanza de recuperar la voz y de volver a la escena. De vez en cuando revolvía en el baúl en busca de algo, y veíamos un traje de lentejuelas o una peluca, y le pedíamos que se los pusiera. La recuerdo con una toga y un birrete de juez, cantando con su débil voz una vieja canción escrita por ella misma y con la que había obtenido un gran éxito. La canción tenía un compás saltarín de dos por cuatro y decía así:

Soy una mujer juez,
y un buen juez, en verdad.
Juzgo los casos rectamente,
lo que se da raramente.
Quiero enseñar a los abogados
uno o dos casos
y mostrarles exactamente
lo que una muchacha puede hacer…

Con asombrosa facilidad iniciaba entonces una graciosa danza, olvidaba su costura, nos entretenía con otras canciones que habían tenido éxito y ejecutaba los bailes que las acompañaban, hasta que se quedaba sin aliento, agotada. Entonces evocaba viejos recuerdos y nos enseñaba algunos de sus viejos carteles. Uno de ellos decía:

¡ACTUACIÓN EXTRAORDINARIA!
La exquisita y talentosa
Lily Harley,
actriz cómica, imitadora y bailarina.

Actuaba ante nosotros no solo con su repertorio de vodevil, sino también haciendo imitaciones de otras actrices que había visto en los llamados teatros auténticos.

Cuando recitaba una comedia desempeñaba los distintos papeles: por ejemplo, en

The Sign of the Cross era Mercia, quien, con un fulgor divino en los ojos, entraba en el circo, donde iba a ser devorada por los leones. Imitaba la aguda voz pontificante de Wilson Barrett, exclamando, elevado sobre tacones de cinco pulgadas, pues era muy bajo: «No entiendo qué es eso del cristianismo. Pero sé que si educó a mujeres como Mercia, Roma y el mundo entero serían más puros imitándola…». Esto lo declamaba con cierto tono humorístico, pero no sin dar a entender que apreciaba el mérito de Barrett.

Su instinto no se equivocaba al reconocer a los que tenían un auténtico talento. Tanto si se trataba de la actriz Ellen Terry como del artista de music-hall Joe Elvin, sabía explicar su arte. Conocía instintivamente la técnica y hablaba de teatro como solo quien lo ama puede hacerlo.

Contaba anécdotas y las escenificaba, refiriendo, por ejemplo, un episodio de la vida del emperador Napoleón: este se hallaba de puntillas en su biblioteca para coger un libro, pero le interrumpía el mariscal Ney (mi madre representaba ambos papeles, aunque siempre con fino humor): «Señor, permítame que se lo alcance. Yo soy más grande». A lo que Napoleón replicaba con gesto ceñudo: «¿Más grande? ¡Tú querrás decir más alto!».

Solía imitar a Nell Gwyn, plasmando con viveza el momento en que, inclinada en la escalera de palacio, levantaba en brazos a su hijito, amenazando a Carlos II: «¡Da un nombre a este niño o lo estrello contra el suelo!». Y Carlos respondía rápidamente: «¡Bien! Duque de Saint Albans».

Me acuerdo de una tarde en nuestra única habitación de la planta baja de Oakley Street. Yo estaba en la cama convaleciente de unas fiebres. Sydney se había ido a la escuela nocturna y mi madre y yo estábamos solos. Ya casi anochecía, y ella, sentada, leía de espaldas a la ventana, representando y explicando en su estilo inimitable el Nuevo Testamento, el amor y la piedad de Cristo por los niños. Tal vez su emoción se debía a mi enfermedad, pero hizo la interpretación de Cristo más luminosa e impresionante que jamás he visto u oído. Habló de su tolerante comprensión, de la mujer que había pecado, que iba a ser lapidada por el populacho, y de sus palabras: «El que esté libre de pecado que arroje la primera piedra».

Leía sumida en el crepúsculo y solo se interrumpía para encender la lámpara. Luego me habló de la fe que Jesucristo inspiraba a los enfermos, quienes no tenían más que tocar sus vestiduras para sanar.

Me habló del odio y de la envidia de los sumos sacerdotes y de los fariseos, y describió a Jesús y su prendimiento; su serena dignidad ante Poncio Pilato, quien, lavándose las manos, dijo (esto lo representaba ella teatralmente): «No encuentro culpa alguna en este hombre». Me contó cómo lo desnudaron y lo azotaron y cómo, colocando una corona de espinas en su cabeza, se burlaron de él y le escupieron, diciendo: «¡Salve, Rey de los Judíos!».

Mientras lo contaba se le llenaban los ojos de lágrimas. Me dijo que Simón le ayudó a llevar la cruz y que Cristo le dirigió una elocuente mirada de gratitud; me

habló del ladrón arrepentido, que murió con él en una cruz pidiendo perdón, y que Jesús dijo: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso». Desde la cruz miraba a su madre, diciendo: «Mujer, mira a tu hijo», y exclamaba en su agonía: «¡Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?». Los dos llorábamos.

«¿No ves —dijo mi madre— qué humano era? Como todos nosotros, él también dudó.»

Tanto me impresionó mi madre, que yo quería morir aquella misma noche para reunirme con Jesús. Pero ella no era tan entusiasta. «Jesús quiere primero que vivas y cumplas aquí tu destino», me dijo. En aquella oscura habitación del sótano de Oakley Street mi madre encendió en mí la luz más benigna que jamás haya conocido el mundo, la que ha dado a la literatura y al teatro sus temas más grandiosos y ricos: el amor, la compasión y la humanidad.

Viviendo, como era nuestro caso, en las capas sociales más bajas, era fácil caer en el vicio de la mala dicción. Pero mi madre intentaba que no se nos pegara el habla de ese ambiente y se fijaba en nuestra manera de expresarnos, corrigiendo nuestra gramática y haciendo que nos sintiéramos miembros de una clase más elevada.

Como cada vez nos hundíamos más en la pobreza, yo, en mi infantil ignorancia, le reprochaba que no volviera al escenario. Ella sonreía y decía que aquella vida era falsa y artificial y que en aquel mundo se podía olvidar fácilmente a Dios. Sin embargo, siempre que hablaba del teatro se olvidaba de sí misma y se dejaba llevar por el entusiasmo. En ocasiones, después de evocar algunos recuerdos, se sumía en un largo silencio, mientras se inclinaba sobre la labor, y yo me enfadaba porque ya no formábamos parte de aquella vida fascinante. Entonces mi madre alzaba la vista, me veía triste y me consolaba con alegría.

Se acercaba el invierno y Sydney no tenía qué ponerse; así que mi madre le hizo una americana con su vieja chaqueta de terciopelo, que tenía mangas de rayas rojas y negras, con los hombros plisados, detalle que mi madre se esforzó en suprimir, pero con poco éxito. Sydney se echó a llorar cuando le obligó a ponérsela.

—¿Qué pensarán los chicos de la escuela?

—¿Qué te importa lo que diga la gente? —contestó ella—. Además, es una chaqueta muy distinguida.

Mi madre era tan persuasiva que, a día de hoy, Sydney todavía no comprende cómo accedió a llevar aquella chaqueta. Pero lo hizo, y la chaqueta y un par de zapatos de mi madre, a los que había quitado los tacones, fueron la causa de que tuviera más de una pelea en la escuela. Los muchachos le llamaban «Joseph el de la chaqueta de muchos colores». Y yo, con un par de calzas rojas de mi madre, cortadas para que me sirvieran de medias (que parecían plisadas), fui bautizado con el apodo de sir Francis Drake.

En lo más profundo de aquel doloroso período, mi madre empezó a sufrir dolores de cabeza y tuvo que abandonar su trabajo de costura, viéndose obligada a estar

tumbada en la habitación, a oscuras, con emplastos de hojas de té sobre los ojos. Picasso tuvo una época azul. Nosotros tuvimos una gris, en la que vivimos de la caridad de la parroquia, de vales de sopa y paquetes de ayuda. Sydney vendía periódicos entre las horas de escuela, y aunque su aportación era menos que una gota en el mar, nos suponía una módica ayuda. Pero en toda crisis hay siempre un punto culminante; en nuestro caso conoció un final feliz.

Un día, cuando mi madre estaba echada en la cama con una venda sobre los ojos, Sydney entró precipitadamente en la habitación en penumbras, arrojó los periódicos sobre la cama y exclamó: «¡He encontrado un bolso!». Y se lo entregó a mi madre. Cuando ella lo abrió, vio un montón de monedas de plata y de cobre. Lo cerró rápidamente y la excitación la tumbó de nuevo en la cama.

Sydney se había subido a los autobuses para vender periódicos. En el piso alto de uno de ellos vio un bolso en un asiento vacío. Rápidamente echó un periódico sobre él, como por casualidad; luego lo recogió, con el bolso dentro, y bajó corriendo del autobús. Detrás de un tablón de anuncios, en un solar vacío, abrió el bolso y vio un montón de monedas de plata y de cobre. Nos dijo que el corazón le dio un vuelco, y que, sin contar el dinero, cerró el bolso y echó a correr a casa.

Cuando se repuso, mi madre vació el contenido sobre la cama. Pero el bolso todavía pesaba. ¡Había un bolsillito interior! Mi madre lo abrió y vio siete soberanos de oro. Nuestra alegría rayó en el histerismo. El bolso no tenía ninguna dirección, a Dios gracias; así que los escrúpulos religiosos de mi madre no pudieron intervenir. Aunque dedicamos un compasivo recuerdo al desafortunado propietario, pronto se desvaneció ante la creencia de que Dios nos había enviado aquel dinero como una bendición del cielo.

No sé si la enfermedad de mi madre era física o psicológica. Pero se recuperó en una semana. En cuanto estuvo mejor fuimos a Southend-on-Sea de vacaciones y mi madre nos renovó el vestuario.

La primera visión del mar me produjo un efecto hipnotizador. Cuando me acercaba, bajo un sol radiante, desde una calle empinada, me pareció como si estuviera colgado, como si fuese un monstruo a punto de lanzarse sobre mí. Los tres nos quitamos los zapatos y chapoteamos. El templado mar, deslizándose entre las piernas y alrededor de los tobillos, y la suave arena cediendo bajo los pies fueron como la revelación de un nuevo placer.

Fue un día estupendo —la playa, rojiza, con los cubos azules y rosas y las palas de madera, con los toldos y sombrillas de colores y con los botes de vela surcando alegremente las alegres olas; y más allá, otros botes descansando con ociosidad sobre sus costados y oliendo a mar y brea—; el recuerdo de aquel día perdura aún en la memoria con encanto.

En 1957 volví a Southend y busqué en vano la estrecha y empinada calle desde la que había visto el mar por primera vez; pero no había el menor rastro de ella. Al final de la ciudad estaban los restos de lo que parecía una aldea de pescadores, con tiendas

y escaparates anticuados. Desprendía cierto aire del pasado; o acaso fuera el olor a algas y a brea.

Lo mismo que la arena de un reloj, nuestro dinero se esfumó y de nuevo nos acosaron tiempos difíciles. Mi madre buscó otro trabajo, pero era difícil encontrarlo. Empezaron a acumularse los problemas. Debíamos varios plazos, y por ello se llevaron la máquina de coser de mi madre. Las entregas de mi padre, de diez chelines a la semana, habían cesado por completo.

Desesperada, mi madre buscó un nuevo abogado, que viendo que no habría gran cosa que ganar en el pleito, le aconsejó que pidiera ayuda a las autoridades del municipio de Lambeth, a fin de que estas obligaran a nuestro padre a pagarle la pensión.

No había otra alternativa: mi madre tenía que soportar la carga de dos hijos y carecía de salud; por ello decidió que los tres ingresáramos en el asilo de pobres de Lambeth.

2

Aunque nos dábamos perfecta cuenta de la vergüenza que suponía tener que ir al asilo de pobres, cuando mi madre nos habló de ello, tanto Sydney como yo lo consideramos una suerte y un cambio que nos libraba de la desagradable vida en aquella asfixiante habitación. Después me impresionó la nueva y terrible situación, porque tuvimos que separarnos: mi madre se marchó en una dirección, a la sala de las mujeres, y nosotros en otra, a la de los niños.

¡Qué bien recuerdo la penetrante tristeza del primer día de visita! ¡La impresión que me produjo ver a mi madre entrar en la sala de visitas con el uniforme del asilo! ¡Qué sola y avergonzada parecía! En una semana había envejecido y adelgazado; pero su rostro se iluminó al vernos. Sydney y yo nos echamos a llorar, lo cual la hizo llorar también a ella. Poco a poco logró serenarse, y nos sentamos en un tosco banco, con nuestras manos en sus rodillas, mientras ella nos las acariciaba dulcemente. Se sonrió al ver nuestras cabezas rapadas al cero, y nos pasó la mano por ellas, consolándonos, diciéndonos que pronto estaríamos otra vez juntos. De su delantal sacó un paquete de caramelos de coco que había comprado en el economato del asilo con lo que había ganado confeccionando puños de encaje para una de las enfermeras. Después nos separamos, y Sydney no cesaba de repetir con tristeza lo envejecida que la había encontrado.

Sydney y yo nos adaptamos enseguida a la vida del asilo; pero con una tristeza de fondo. Me acuerdo poco de los detalles, si bien la comida del mediodía, en una mesa larga, juntos con los demás niños, era algo agradable que esperábamos con impaciencia. La presidía un interno del asilo, un anciano de unos setenta y cinco años, que tenía un aspecto digno, una barbita blanca y unos ojos tristes. Me eligió para que me sentara junto a él porque yo era el más pequeño y, hasta que me cortaron el pelo, el que tenía el cabello más rizado. Me llamaba su «tigre», y me decía que cuando fuera mayor llevaría un sombrero de copa con una escarapela y me sentaría en la parte trasera de su coche, con los brazos cruzados. Este honor hizo que le tomase afecto al anciano. Pero un día o dos después apareció en escena un muchacho

más joven, con el cabello más rizado que el mío, y ocupó mi puesto junto a él, porque, como comentaba él bromeando, un niño más joven y con el pelo más rizado tenía siempre preferencia.

Al cabo de tres semanas nos trasladaron desde el asilo de Lambeth a las escuelas Hanwell para huérfanos y niños pobres, situado a unas doce millas de Londres. Fue un viaje pintoresco, en el carromato de un panadero tirado por un caballo; un viaje más bien agradable en aquellas circunstancias, pues el campo de los alrededores de Hanwell estaba hermoso aquellos días, con caminos flanqueados por castaños de Indias, trigales y huertos repletos de frutas. Desde entonces, el penetrante y aromático olor del campo después de la lluvia siempre me ha recordado a Hanwell.

Al llegar allí nos hicieron pasar a la sala de reconocimiento y permanecimos en observación médica y mental antes de ingresar en la escuela propiamente dicha. La razón era que entre trescientos o cuatrocientos muchachos, un niño anormal o enfermo podría ser una influencia malsana para los demás niños, y además él mismo se encontraría en una situación penosa.

Los primeros días me sentí solo y desgraciado, porque en el asilo siempre tenía la impresión de que mi madre estaba cerca, lo cual me consolaba; pero en Hanwell nos separaban de ella varias millas. Sydney y yo pasamos de la sala de reconocimiento a la escuela, donde nos separaron: a Sydney lo llevaron con los muchachos mayores y a mí con los niños pequeños. Dormíamos en salas situadas en edificios diferentes, de modo que rara vez nos veíamos. Yo tenía poco más de seis años y estaba solo, algo que hacía que me sintiera muy desgraciado, especialmente en las noches de verano a la hora de acostarse, durante las oraciones, cuando, arrodillándome con otros veinte chicos, veía por las ventanas el sol que se ponía y las ondulantes colinas, y me sentía extraño a todo aquello mientras cantábamos con voz gutural y desafinada:

Ven a mí.
Rápidamente cae la tarde.
Aumenta la oscuridad. Señor, ven a mí.
Si otros consuelos me faltan,
ayuda a este desvalido, ¡oh, Señor!, y ven a mí.

Me sentía completamente deprimido. Aunque no entendía el himno, la canción y el crepúsculo incrementaban mi tristeza.

Pero, para nuestra grata sorpresa, a los dos meses mi madre logró que saliéramos y fuimos enviados de nuevo a Londres, al asilo de Lambeth. Mi madre estaba en la puerta principal, vestida con su propia ropa, esperándonos. Había solicitado nuestra salida solo porque deseaba pasar el día con sus hijos, con intención de estar unas horas fuera y regresar el mismo día, pues como se hallaba internada en el asilo, esa añagaza era el único medio de estar con nosotros.

Antes de ingresar nos habían quitado nuestra ropa para desinfectarla; ahora nos la

devolvían sin planchar. Mi madre, Sydney y yo, con las prendas arrugadas, teníamos un aspecto desolado cuando franqueamos las puertas del asilo. Era por la mañana temprano y no teníamos adónde ir; así que nos dirigimos al parque de Kennington, que estaba a media milla de allí. Sydney tenía nueve peniques atados en un pañuelo; compramos media libra de cerezas y pasamos la mañana en aquel parque, sentados en un banco, comiendo. Sydney hizo una pelota con una hoja de periódico, la ató con una cuerda y durante un rato jugamos los tres a la pelota. A mediodía fuimos a un café y gastamos el resto del dinero en un pastel de dos peniques para el té, un arenque ahumado de penique y dos tazas de té de medio penique, que repartimos entre los tres. Después volvimos al parque, donde Sydney y yo jugamos de nuevo, mientras nuestra madre, sentada, hacía ganchillo.

Por la tarde regresamos al asilo. Como dijo mi madre con despreocupación: «Llegaremos justo a la hora del té». Los responsables estaban muy indignados, pues aquello suponía tener que repetir todo el proceso de desinfectar al vapor nuestra ropa y que Sydney y yo debíamos pasar más tiempo en el asilo antes de regresar a Hanwell, lo que nos dio oportunidad de ver de nuevo a nuestra madre.

Pero aquella vez estuvimos en Hanwell casi un año —un año muy formativo—, en el cual empecé a ir a la escuela y me enseñaron a escribir «Chaplin». La palabra me fascinaba, y yo creía que se parecía a mí.

La escuela de Hanwell estaba dividida en dos: una sección para los niños y otra para las niñas. El sábado por la tarde la casa de baños estaba reservada a los niños pequeños, a quienes bañaban las chicas mayores. Esto era por supuesto antes de haber cumplido los siete, y ya sentía un recatado pudor; tener que someterme a la ignominia de que una muchacha de catorce años pasara una toalla por toda mi persona fue el primer apuro que recuerdo en mi vida.

A los siete años me trasladaron del departamento de los pequeños al de los mayores, donde había niños de siete a catorce años. Ahora podía participar en todas las actividades de los mayores: en los ejercicios gimnásticos y en los paseos que dábamos fuera de la escuela dos veces por semana.

Aunque en Hanwell nos cuidaban bien, era una existencia desgraciada. La tristeza flotaba en el ambiente; se hallaba en los senderos campestres por donde paseábamos un centenar de niños en filas de dos. Aquellos paseos y las aldeas por donde pasábamos, mientras los vecinos nos miraban fijamente, me disgustaban muchísimo. Nos conocían como internos de lo que ellos llamaban el loquero, término vulgar con que designaban al asilo.

El patio de recreo tenía aproximadamente un acre y estaba pavimentado con losas. Alrededor había unos edificios de ladrillo de una sola planta, utilizados para oficinas, almacenes, dispensario del médico y del dentista y para guardarropa. En el rincón más oscuro del patio había una habitación vacía, y allí estaba encerrado desde hacía algún tiempo un chico de catorce años, un caso desesperado, según decían los otros internos. Había intentado escaparse de la escuela saltando por la ventana de un

segundo piso al tejado, desafiando a los funcionarios, tirándoles piedras y castañas de Indias cuando trepaban para detenerlo. Eso ocurrió después de que se durmieran los pequeños. Nos lo relataron, atemorizados, los chicos mayores a la mañana siguiente.

El castigo para las faltas graves de aquella naturaleza lo imponían todos los viernes en el gimnasio grande: un salón lúgubre, de unos sesenta pies de largo por cuarenta de ancho, de techo muy alto, y en uno de cuyos costados había cuerdas para trepar que llegaban hasta unas anillas. Los viernes por la mañana, entre doscientos y trescientos muchachos cuya edad oscilaba entre siete y catorce años desfilaban militarmente, formando los tres lados de un cuadrado. El extremo más alejado era el cuarto lado, donde, detrás de un largo pupitre de escuela tan extenso como la mesa del comedor de un cuartel, estaban los «delincuentes» esperando el juicio y el castigo. A la derecha y delante del pupitre había un caballete, del que colgaban varias correas; del marco pendía, amenazadora, una vara de abedul.

Para las faltas leves tumbaban al chico sobre el largo pupitre, boca abajo, con los pies atados y sujetos por un sargento, mientras otro sargento le sacaba la camisa al chico, se la ponía sobre la cabeza y después tiraba con fuerza de los pantalones hacia abajo.

El capitán Hindrum, un oficial de la marina retirado que pesaba unas doscientas libras, le ponía una mano detrás; con la otra sostenía una caña tan gruesa como el pulgar y de unos cuatro pies de larga, y medía tranquilamente las nalgas del muchacho. Luego, lenta y dramáticamente, levantaba la caña, y con un sonido silbante la dejaba caer sobre el trasero del muchacho. El espectáculo era aterrador, e invariablemente algún chico de la fila se desmayaba.

El número mínimo de azotes era tres y el máximo seis. Si un culpable recibía más de tres azotes, sus gritos eran espantosos. A veces se quedaba inquietantemente callado porque se había desvanecido. Los azotes dejaban a la víctima paralizada, por lo cual la ponían a un lado y la echaban sobre una colchoneta del gimnasio, donde permanecía retorciéndose durante más de diez minutos, antes de que el dolor cediera y dejara tres ronchas rojas tan anchas como un dedo cruzando las nalgas.

La vara de abedul era distinta. Después de tres azotes el muchacho era conducido por dos sargentos a la enfermería para que lo curaran. Los chicos aconsejaban no negar una acusación, aunque se fuera inocente, porque si después le declaraban culpable recibía el castigo máximo. En general, los chicos no eran lo bastante elocuentes para defender su inocencia.

Yo tenía entonces siete años y estaba en la sección de los niños mayores. Recuerdo la primera vez que presencié un castigo: permanecí en silencio, con el corazón palpitante, cuando entraron los funcionarios. Detrás del pupitre estaba el desesperado muchacho que había intentado escaparse de la escuela; a duras penas veíamos la cabeza y los hombros sobre el pupitre, de tan pequeño como parecía. Tenía un rostro delgado, anguloso, y unos ojos grandes.

El director leyó con solemnidad la acusación y preguntó: «¿Culpable o

inocente?».

El muchacho no quiso contestar y se quedó mirando con gesto desafiante; lo llevaron al caballete, y como era pequeño, lo obligaron a ponerse de pie sobre una caja de jabón para que le pudieran atar las muñecas con correas. Recibió tres azotes con la vara de abedul y se lo llevaron a la enfermería para curarlo.

Los jueves sonaba una trompeta en el terreno de juego y todos dejábamos de jugar, poniéndonos firmes como estatuas, mientras el capitán Hindrum, con un megáfono, anunciaba los nombres de los que serían castigados el viernes.

Un jueves, ante mi asombro, oí que decían mi nombre. No entendía qué había hecho. Por alguna razón incomprensible, estaba profundamente emocionado, quizá porque iba a ser la figura central de un drama. El día del juicio me adelanté y el director me dijo: «Se te acusa de haber prendido fuego al retrete».

No era verdad. Algunos chicos habían encendido unos pedazos de papel en el suelo de piedra, y mientras ardían entré para utilizar el retrete, pero yo no había intervenido en modo alguno en aquel incendio.

«¿Eres culpable o inocente?», me preguntó.

Nervioso e impulsado por una fuerza que no pude controlar, solté: «Culpable». No experimentaba ni rencor ni sensación alguna de injusticia, sino solo la emoción de una aventura espantosa, cuando me condujeron hasta el pupitre y me atizaron los tres azotes sobre las nalgas. El dolor fue tan espantoso que me cortó la respiración, y aunque estaba paralizado por él y me llevaron al colchón para recuperarme, me sentí valerosamente triunfante.

Como Sydney estaba trabajando en la cocina, no se enteró de nada hasta el mismo día del castigo, en que fue conducido al gimnasio con los demás y vio con asombro mi cabeza sobresaliendo del pupitre. Después me dijo que al ver cómo me azotaban lloró de rabia.

Un hermano pequeño, refiriéndose a su hermano mayor, acostumbraba a llamarle «mi hombre», lo que hacía que se sintiera orgulloso y le daba cierta seguridad. Así que de vez en cuando yo veía a «mi hombre», a Sydney, al salir del comedor, y como él trabajaba en la cocina, me daba a escondidas un panecillo untado con una gruesa capa de mantequilla. Yo lo escondía debajo del jersey y lo compartía con otro niño, no porque tuviéramos hambre, sino porque aquella generosa capa de mantequilla era un lujo excepcional. Pero tales golosinas no duraron mucho, porque Sydney se fue de Hanwell para ingresar en el buque escuela *Exmouth*.

A los once años el asilado podía elegir entre ingresar en el ejército o en la marina. Si elegía la marina, lo mandaban al *Exmouth*. Por supuesto, no era obligatorio, pero Sydney quería hacer carrera en el mar. Así pues, aquello me dejó solo en Hanwell.

El pelo es algo muy esencial en la vida de los niños. Lloran desconsoladamente cuando se lo cortan por primera vez; lo tengan liso, enmarañado o rizado, creen que les privan de una parte de su personalidad.

En Hanwell hubo una epidemia de tiña, y, como es muy contagiosa, los que estaban infectados fueron enviados a la sala de aislamiento de la enfermería, situada en el primer piso y con vistas al patio de recreo. A menudo mirábamos hacia las ventanas y veíamos a aquellos niños desgraciados que nos observaban con ansiedad, con las cabezas completamente afeitadas y manchadas de yodo. Era una visión repugnante y los observábamos con asco.

Por eso, cuando una enfermera se detuvo bruscamente detrás de mí en el comedor, separó la parte alta de mi pelo y anunció: «¡Tiña!», me eché a llorar con desesperación.

El tratamiento duró varias semanas y me pareció una eternidad. Me afeitaron la cabeza y me la embadurnaron con yodo, y me pusieron un pañuelo atado del modo de los jornaleros que recogen algodón. Pero lo que no hacía era mirar por la ventana a los niños de abajo, pues sabía el desprecio que sentían por nosotros.

Durante el aislamiento me visitó mi madre. Se las había arreglado de alguna forma para abandonar el asilo y se esforzaba a fin de establecer un hogar para nosotros. Su presencia fue como un ramillete de flores; parecía tan fresca y adorable que me sentía avergonzado de mi descuidado aspecto y de mi cabeza afeitada y cubierta de yodo.

«Tiene usted que disculpar su cara sucia», dijo la enfermera.

Mi madre se echó a reír. ¡Y qué bien recuerdo sus cariñosas palabras, mientras me estrechaba entre sus brazos y me besaba! «A pesar de estar sucio, te quiero igual.»

Poco después Sydney abandonó el *Exmouth*; yo salí de Hanwell y nos reunimos de nuevo con nuestra madre. Alquiló una habitación detrás del parque de Kennington y durante una breve temporada pudo mantenernos. Pero al poco tiempo tuvimos que reingresar en el asilo. Las circunstancias que nos obligaron a volver tenían cierta relación con la dificultad que tuvo mi madre para encontrar empleo y con el fracaso de los contratos teatrales de mi padre. En aquel breve intervalo nos mudamos de una habitación trasera a otra; era como un juego de damas, y la última jugada nos llevó al asilo.

Como vivíamos en una parroquia diferente, nos mandaron a un asilo distinto, y desde allí a las escuelas Norwood, que eran más sombrías que Hanwell, con los árboles más altos y de hojas más oscuras. Quizá allí el campo tuviera más grandeza, pero el ambiente era lúgubre.

Un día, mientras Sydney jugaba al fútbol, dos enfermeras lo sacaron del campo de juego y le dijeron que nuestra madre se había vuelto loca y que la habían llevado al manicomio de Cane Hill. Al oír aquella noticia, Sydney no reaccionó, sino que siguió jugando al fútbol; pero después del partido se escabulló y se puso a llorar.

Cuando me lo dijo no me lo creí. No lloré, aunque me invadió una desesperación tan grande que me quedé aturdido. ¿Por qué había hecho eso mi madre? Ella, tan animada y alegre, ¿cómo podía haberse vuelto loca? Tuve la vaga sensación de que se había evadido de su propia mente de un modo deliberado y que nos abandonaba. En

mi desesperación, se me apareció como en una visión mirándome patéticamente; luego desaparecía en el vacío.

Una semana después nos dieron la noticia de manera oficial; también nos enteramos de que el tribunal había dictaminado que mi padre debía tomarnos a Sydney y a mí bajo su custodia. La perspectiva de vivir con mi padre era emocionante. No lo había visto más que dos veces en toda mi vida: una en escena y otra vez en que yo pasaba por delante de una casa de Kennington Road y él bajaba por el sendero del jardín con una señora. Yo me había detenido para mirarlo, sabiendo instintivamente que era mi padre. Me hizo señas con la mano para que me acercara y me preguntó mi nombre. Al darme cuenta de lo dramático de la situación, me hice el inocente y dije: «Charlie Chaplin». Entonces él miró de un modo significativo a la señora, metió la mano en el bolsillo y me dio media corona. Inmediatamente eché a correr a casa y le dije a mi madre que me había encontrado con mi padre.

Y ahora íbamos a vivir con él. Pasara lo que pasase, Kennington Road nos era familiar, y no un lugar extraño y sombrío como Norwood.

Los funcionarios nos condujeron en el carro del pan al número 287 de Kennington Road, la misma casa donde había visto bajar a mi padre por el sendero del jardín. Nos abrió la puerta la señora que estaba con él aquel día. Tenía el aspecto de una mujer fatigada y aburrida y, sin embargo, parecía atractiva, alta y bien formada, con unos labios gruesos y unos ojos de mirada melancólica, como los de una cierva; tendría unos treinta años. Se llamaba Louise. Al parecer el señor Chaplin no estaba en casa. Pero después de las formalidades de trámite y de la firma de los documentos, el funcionario nos dejó al cuidado de Louise, que nos condujo al primer piso y nos hizo entrar en una sala de estar. Había un niño jugando en el suelo cuando entramos. Era muy guapo, de unos cuatro años, con grandes ojos negros y el pelo rizado, color castaño: era el hijo de Louise, es decir, mi hermanastro.

La familia vivía en dos habitaciones, y aunque la de la fachada tenía ventanas grandes, la luz se filtraba como si brotara por debajo del agua. Todo era tan triste como Louise: el papel de la pared parecía triste, los muebles parecían tristes y el lucio disecado dentro de una vitrina, y que se había tragado a otro lucio tan grande como él —la cabeza le salía por la boca—, parecía también horriblemente triste.

En la habitación del fondo habían puesto una cama supletoria para Sydney y para mí, pero era demasiado pequeña. Sydney sugirió que podía dormir en el sofá de la sala de estar. «Tú dormirás donde se te diga», exclamó Louise. Eso produjo un incómodo silencio mientras volvíamos al salón.

El recibimiento que se nos hizo no fue muy entusiasta, lo que no era de extrañar. Sydney y yo representábamos ahora una carga para ella y, además, éramos los hijos de la otra mujer de mi padre.

Nos sentamos los dos en silencio, contemplando cómo preparaba la mesa para darnos algo de comer. «Oye —le dijo a Sydney—, haz algo útil y llena el cubo del carbón. Y tú —dijo, dirigiéndose a mí— vete a la tienda que está junto al White Hart

y compra un chelín de carne en conserva.»

Estaba encantado de perder de vista tanto a ella como a todo cuanto allí nos rodeaba; dentro de mí brotaba un secreto temor y empecé a lamentar que nos hubiesen sacado de Norwood.

Mi padre llegó a casa tarde y nos saludó con cariño. Me fascinó. En las comidas vigilaba cada movimiento que hacía, la manera en que comía y el modo en que sujetaba el cuchillo como si fuera una pluma cuando cortaba la carne. Y durante años lo imité.

Cuando Louise le dijo que Sydney se había quejado porque la cama era pequeña, mi padre sugirió que durmiera en el sofá de la sala de estar. Esta victoria de Sydney despertó el antagonismo de Louise, que nunca se la perdonó. Se quejaba continuamente de él a mi padre. A pesar de que Louise era arisca y desagradable, nunca me pegó, ni siquiera me amenazó; pero el hecho de que le disgustara Sydney hacía que la temiera. Bebía mucho, lo que agravaba mis temores. Había algo atrozmente irresponsable en ella cuando estaba borracha; sonreía, divertida, a su hijito, quien, con su rostro bello y angelical, blasfemaba y decía palabrotas. Por algún motivo, jamás tuve contacto con el niño. Aunque era mi hermanastro, no me acuerdo de haber intercambiado jamás una sola palabra con él; claro que yo le llevaba casi cuatro años. A veces, cuando había bebido, Louise se sentaba pensativa y yo me inquietaba. Pero Sydney le hacía poco caso; rara vez volvía a casa antes de la noche. A mí me obligaban a volver directamente desde la escuela y a hacer los recados y algunos trabajillos.

Louise nos envió a la escuela de Kennington Road, lo que suponía una pequeña diversión, pues la presencia de los demás niños hacía que me sintiera menos aislado. El sábado por la tarde no teníamos clase; pero yo nunca quería que llegara, porque para mí significaba tener que ir a casa a fregar los suelos y limpiar los cuchillos, y además aquel día Louise acostumbraba a beber. Mientras yo limpiaba los cuchillos ella se sentaba con una amiga, bebiendo y mostrándose cada vez más desagradable, quejándose en voz alta a su amiga de que tenía que cuidar de Sydney y de mí y de la injusticia que eso suponía. Me acuerdo que decía: «Este es bueno —señalándome—, pero el otro es un pequeño cerdo y deberían llevarlo al reformatorio; además, ni siquiera es hijo de Charlie». Esos insultos contra Sydney me asustaban y deprimían; me iba a la cama sintiéndome muy desgraciado, y me quedaba tumbado despierto y de mal humor. Todavía no tenía ocho años, pero aquellos días fueron los más largos y tristes de mi vida.

A veces, los sábados por la noche, me sentía profundamente deprimido; entonces oía la animada música de un acordeón, que entraba por la ventana de la habitación del fondo, interpretando una marcha escocesa, acompañada por jóvenes alborotadores y las verduleras, que se reían. El vigor y la vitalidad de aquel cuadro parecían cruelmente indiferentes a mi desgracia; sin embargo, cuando la música se perdía a lo lejos lo lamentaba. En ocasiones cruzaba algún vendedor callejero voceando su

mercancía; uno, en particular, pasaba todas las noches y parecía berrear el «Rule Britannia», terminando con una especie de gruñido; pero en realidad era un vendedor de ostras. El pub estaba tres puertas más abajo y me llegaban las voces de los parroquianos a la hora de cerrar, vociferando, borrachos, una sensiblera y deprimente canción, muy popular en aquellos días:

En recuerdo de los viejos tiempos, dejemos las pendencias.
En recuerdo de los viejos tiempos, olvidemos y perdonemos.
La vida es demasiado corta para reñir;
los corazones, demasiado preciosos para romperlos.
Estrechémonos las manos y seamos amigos,
en recuerdo de los viejos tiempos.

Nunca aprecié el sentimiento que encerraban esos versos; aunque la canción me parecía el acompañamiento adecuado a mi desgraciada situación y era para mí como una canción de cuna.

Cuando Sydney llegaba tarde, que era casi siempre, saqueaba la despensa antes de irse a la cama, lo que ponía furiosa a Louise y, una noche en que había bebido, entró en la habitación, le arrancó la ropa de la cama y le dijo que se marchara. Pero Sydney estaba preparado para hacerle frente. Rápidamente metió la mano debajo de la almohada y sacó un estilete, un largo abotonador que había afilado cuidadosamente.

—Acérquese —le dijo— y le clavo esto…

Ella retrocedió, asustada.

—¡Vaya con el cabroncete! ¡Me quiere asesinar!

—Sí —dijo Sydney dramáticamente—, ¡la voy a asesinar!

—¡Ya verás cuando llegue a casa el señor Chaplin!

Pero el señor Chaplin venía a casa raras veces. Sin embargo, me acuerdo de un sábado por la noche en que Louise y mi padre habían bebido y en que, por no sé qué motivo, nos hallábamos todos sentados con la dueña de la casa y su marido en la habitación delantera de la planta baja de los dueños. Bajo la lámpara incandescente, mi padre parecía mortalmente pálido; estaba de malhumor y hablaba solo. De repente metió la mano en el bolsillo, sacó un puñado de dinero y lo arrojó con violencia al suelo, esparciendo las monedas de oro y de plata en todas direcciones. El efecto fue extraordinario. No se movió nadie. La dueña estaba sentada, con gesto displicente; pero me fijé en que sus inquietos ojos seguían un soberano de oro que se deslizó rodando hasta un rincón alejado, debajo de una silla; mi mirada también lo siguió. No se movió nadie, así que pensé que lo mejor era empezar recogiendo aquel soberano de oro; la dueña de la casa y los demás me imitaron, recogiendo el resto del dinero, si bien poniendo un gran cuidado en hacer sus movimientos muy visibles ante los amenazadores ojos de mi padre.

Un sábado, después de la escuela, llegué a casa y no encontré a nadie. Sydney,

como de costumbre, estaba todo el día en la calle jugando al fútbol, y la dueña de la casa me dijo que Louise y su hijo se habían marchado por la mañana temprano. Al principio me alegré, porque aquello significaba que no tenía que fregar los suelos y limpiar los cuchillos. Esperé hasta mucho después de la hora de comer y luego empecé a inquietarme. Quizá me habían abandonado. A medida que avanzaba la tarde empecé a echarlos de menos. ¿Qué había ocurrido? La habitación parecía triste y poco acogedora, y aquel vacío me asustaba. Empezaba también a tener hambre, y busqué en la despensa; pero no había nada para comer. Como no podía resistir más aquel espantoso vacío, me marché, desolado, y pasé la tarde recorriendo los mercados vecinos. Vagué por el paseo de Lambeth y por el Cat, mirando, hambriento, a través de los escaparates las humeantes chuletas de buey y de cerdo y las doradas patatas empapadas en jugo de carne. Durante unas horas miré cómo los charlatanes vendían sus mercancías. Todo aquello me distrajo y durante un rato me olvidé del hambre y de mi situación.

Cuando regresé era de noche; llamé a la puerta, pero no contestó nadie. Todo el mundo estaba fuera. Cansado, me dirigí a la esquina de Kennington Cross y me senté en el bordillo de la acera, junto a la casa, para no perderla de vista en caso de que alguien regresara. Me sentía rendido y desgraciado y me preguntaba dónde estaría Sydney. Se aproximaba la medianoche y Kennington Cross estaba desierto, a excepción de uno o dos trasnochadores. Todas las luces de los establecimientos empezaron a apagarse, menos la de la farmacia y las de los pubs; entonces me sentí deprimido del todo.

De pronto sonó una música. ¡Maravilloso! Procedía del pub que había en la esquina, el White Hart, y resonaba espléndidamente en la plaza vacía. La pieza era «The Honeysuckele and the Bee», interpretada con radiante virtuosismo por un pequeño armonio y un clarinete. Nunca había sido consciente de la música, pero aquella melodía era bella y lírica, tan jovial y alegre, tan calurosa y tranquilizadora, que olvidé mi desesperación y crucé la calle, dirigiéndome a donde estaban los músicos. El que tocaba el armonio era ciego: tenía las cuencas de los ojos vacías y con costurones; un hombre de rostro estúpido y amargado tocaba el clarinete.

Pronto acabó todo, y su marcha hizo que la noche fuera todavía más triste. Débil y cansado, crucé la calle en dirección a casa, sin preocuparme de si había alguien. Solo quería irme a la cama. Luego, de un modo vago, divisé a alguien que ascendía por el sendero en dirección a la casa. Eran Louise y su hijito, que corría delante de ella. Me quedé muy extrañado al ver que cojeaba exageradamente y que se inclinaba mucho hacia un lado. Al principio pensé que había tenido un accidente y se había lesionado la pierna; luego me percaté de que estaba borracha. Nunca había visto a un borracho que se venciera hacia un lado. Teniendo en cuenta su estado, pensé que lo mejor era apartarme de su camino; así que esperé a que hubiera entrado. Momentos después llegó la dueña de la casa y entré con ella. Cuando subía por las escaleras, en la oscuridad, esperando pasar desapercibido hasta llegar a la cama Louise apareció,

tambaleándose, en el descansillo.

—¿Adónde diablos te crees que vas? —dijo—. Esta no es tu casa.

Me quedé inmóvil.

—No vas a dormir aquí esta noche. ¡Estoy harta de todos vosotros! ¡Lárgate! ¡Tú y tu hermano! ¡Que os cuide vuestro padre!

Sin dudar un momento, di la vuelta, bajé las escaleras y salí a la calle. Ya no estaba cansado; tenía una segunda opción. Había oído que mi padre era cliente del pub Queen’s Head, en Prince’s Road, a media milla de casa; así que me encaminé en aquella dirección, esperando encontrarlo allí. Pero de pronto vi su fantasmal figura viniendo hacia mí, recortada contra la farola de la calle.

—No quiere dejarme entrar —dije, sollozando—, y creo que ha bebido.

Mientras avanzábamos hacia la casa vi que también él andaba con paso tambaleante.

—Yo tampoco estoy muy sereno —dijo.

Intenté convencerle de que lo estaba.

—No, estoy borracho —musitó con remordimiento.

Abrió la puerta de la sala de estar y se quedó allí, silencioso y amenazador, mirando a Louise. Ella estaba junto a la chimenea, apoyada en la repisa y tambaleándose.

—¿Por qué no lo has dejado entrar? —dijo.

Ella lo miró, asombrada.

—Tú también puedes largarte… —respondió luego entre dientes—. ¡Todos vosotros!

De repente mi padre cogió del aparador un pesado cepillo de ropa y se lo arrojó violentamente; el revés del cepillo le dio de lleno en un lado de la cara. Cerró los ojos y luego se cayó inconsciente al suelo, dándose un porrazo, como si deseara olvidarlo todo.

Me sorprendió la actitud de mi padre; aquel gesto violento hizo que le perdiera el respeto. Recuerdo confusamente lo que ocurrió después. Creo que Sydney llegó al poco rato, que mi padre nos metió en la cama y que luego se marchó.

Me enteré de que mi padre y Louise habían reñido aquella mañana porque él la había dejado sola para pasar el día con su hermano, Spencer Chaplin, que era dueño de varios pubs en Lambeth y alrededores. Consciente de su posición, a Louise no le gustaba visitar a la familia de Spencer, por lo que mi padre fue solo; en venganza, Louise había pasado el día en otra parte.

Ella amaba a mi padre. Aunque yo era muy pequeño, lo percibí en su mirada aquella noche mientras la veía sentada junto a la chimenea, asombrada y dolida por su abandono. Y estoy seguro de que mi padre también la amaba. Lo noté en muchas ocasiones. Había veces en que se mostraba tierno y encantador y la besaba, dándole las buenas noches antes de irse al teatro. Y los domingos por la mañana, cuando no había bebido, desayunaba con nosotros y le hablaba a Louise de los actores de

vodevil que trabajaban con él, fascinándonos con sus anécdotas. Yo lo observaba sin pestañear, sin perderme ni un solo gesto suyo. Una vez se enrolló en broma una toalla a la cabeza y persiguió a su hijo pequeño alrededor de la mesa, diciendo: «¡Soy Ruibarbo, el rey de Turquía!».

Hacia las ocho de la noche, antes de irse al teatro, sorbía seis huevos crudos disueltos en vino de Oporto; de hecho, rara vez hacía una comida sólida. Eso era todo lo que le sostenía un día tras otro. Aparecía por casa en contadas ocasiones, y si lo hacía era para dormir la borrachera.

Un día Louise recibió una visita de la Sociedad para la Prevención del Maltrato Infantil, que le indignó mucho. Vinieron porque la policía había dado parte tras hallarnos a Sydney y a mí a las tres de la mañana dormidos junto a la hoguera de un sereno. Fue una noche en que Louise nos dejó a los dos fuera, y la policía la obligó a abrir la puerta y a dejarnos entrar. Sin embargo, pocos días después, mientras mi padre actuaba en provincias, Louise recibió una carta anunciando que mi madre había salido del manicomio. A los dos días vino la dueña de la casa a decir que había una señora en el portal que buscaba a Sydney y a Charlie. «Ahí está vuestra madre», dijo Louise. Hubo un momento de confusión. Luego Sydney se precipitó escaleras abajo para arrojarse en sus brazos y yo lo seguí. Era la misma madre de siempre, dulce y sonriente, que nos abrazó cariñosamente.

Louise y mi madre estaban demasiado azoradas para saludarse; así que mi madre esperó en la puerta, mientras Sydney y yo recogíamos nuestras cosas. No hubo gestos huraños ni aversión por ninguna de las dos partes; en realidad Louise se mostró muy simpática, incluso con Sydney, cuando le dijo adiós.

Mi madre había alquilado una habitación en una de las calles traseras de Kennington Cross, cerca de la fábrica de encurtidos Hayward, y todas las tardes se percibía un desagradable olor agrio. Pero el cuarto era barato y estábamos juntos de nuevo. La salud de mi madre era excelente y nunca se nos pasó por la cabeza que había estado enferma.

No tengo ni la más remota idea de cómo vivimos durante aquella temporada. De todas maneras, no recuerdo haber tenido ni graves apuros ni problemas insolubles. Las entregas de mi padre de diez chelines a la semana llegaban casi con regularidad, y mi madre se dedicó de nuevo a la costura y reanudó su contacto con la iglesia.

En aquel período ocurrió un incidente notable. Al final de nuestra calle había un matadero y las ovejas pasaban delante de casa, de camino al sacrificio. Recuerdo que una se escapó y echó a correr calle abajo, ante la algazara de los transeúntes. Algunos intentaron echarle mano, tropezando entre ellos. Yo me reía, encantado de su pánico y de sus ágiles saltos. ¡La escena parecía tan cómica! Pero cuando la cogieron y se la llevaron al matadero me di cuenta de la realidad de la tragedia, y me metí corriendo en casa, gritando y llorando: «¡Van a matarla! ¡Van a matarla!». Recordé aquella bella tarde de primavera y aquella cacería cómica durante varios días. Me pregunto si aquel

episodio no puso los cimientos de mis futuras películas: la combinación de lo trágico y lo cómico.

La escuela era ahora la iniciación de nuevos horizontes: historia, poesía, ciencias. Pero algunas de las asignaturas resultaban prosaicas y aburridas, especialmente la aritmética; al hacer sumas y restas me imaginaba a un oficinista y una caja registradora; su utilidad era, en el mejor de los casos, una protección para no ser engañados cuando nos daban el cambio.

La historia era una serie de maldades y de violencia, una sucesión continua de regicidios y de monarcas que asesinaban a sus mujeres, hermanos y sobrinos; la geografía era una mera cuestión de mapas; la poesía, tan solo un ejercicio de memoria. La enseñanza me aturdía con un montón de conocimientos y de hechos por los que sentía muy poco interés.

Si alguien hubiera tenido habilidad, si me hubiera trazado un prólogo estimulante para cada materia de estudio que hubiese iluminado mi pensamiento, si me hubiera nutrido de fantasía y no de hechos, si me hubiese divertido e intrigado con el cubileteo de los números, si hubiera poetizado los mapas, si me hubiese dado una visión histórica y enseñado la música de la poesía, tal vez me habría convertido en un hombre culto y estudioso.

Desde que mi madre había vuelto con nosotros empezó a estimular de nuevo mi interés por el teatro. Me inculcó el convencimiento de que yo tenía talento. Pero no fue hasta aquellas semanas previas a la Navidad, en que la escuela puso en escena *La Cenicienta*, cuando sentí el impulso de expresar todo lo que mi madre me había enseñado. Por un motivo que desconozco no me seleccionaron para esa obra, y sentí envidia, pues creía que era mejor que los que habían sido elegidos para participar en la función. Critiqué la forma torpe y carente de imaginación con que los chicos representaban sus papeles. Las hermanas feas no tenían ni gracia ni espíritu cómico. Recitaban los versos de una manera pedante, con inflexión escolar, y los subrayaban con enfático falsete. ¡Cómo me habría gustado hacer el papel de una de las hermanas feas, con las instrucciones que me hubiese dado mi madre! Sin embargo, me quedé cautivado por la chica que hacía de Cenicienta. Era bella, fina, de unos catorce años, y yo estaba enamorado de ella en secreto. Pero se encontraba muy lejos de mi alcance, tanto por su posición social como por su edad.

Al presenciar la representación me pareció aburrida, a excepción de la belleza de la muchacha, lo que me dejó un poco triste. Sin embargo, poco me figuraba entonces el glorioso triunfo que tendría dos meses después, cuando me llevaron por cada una de las clases y me hicieron recitar *El gato de la señorita Priscilla*. Era un monólogo que mi madre había visto en un puesto de periódicos, y le pareció tan divertido que lo había copiado del escaparate. Durante un descanso yo se lo había recitado a uno o dos condiscípulos. El maestro, el señor Reid, levantó la vista de su trabajo y se mostró tan encantado que cuando volvimos a clase me hizo recitarlo a los niños, que se rieron a carcajadas. Como consecuencia de ello se difundió mi fama y al día siguiente me

llevaron por todas las clases de la escuela, tanto de niños como de niñas, y me hicieron repetirlo.

Aunque había trabajado en el teatro en sustitución de mi madre y delante del público a los cinco años, esta fue realmente la primera vez que gocé de un modo consciente del glamour. La escuela se convirtió en algo emocionante. De un niño oscuro y tímido, me convertí en el centro de interés tanto de los maestros como de los niños. Aquello incluso mejoró mis estudios. Pero mi educación se interrumpió cuando me fui de la escuela para unirme a la compañía de bailarines de claqué, los Ocho Muchachos de Lancashire.

3

Mi padre conocía al señor Jackson, director de la compañía, y este convenció a mi madre de que era una buena manera de empezar a hacer carrera en el teatro, al tiempo que la ayudaba económicamente: yo tendría comida y alojamiento y mi madre percibiría media corona a la semana. Al principio se mostró indecisa, pero cuando fue a ver al señor Jackson y a su familia, acabó aceptando.

El señor Jackson tendría algo más de cincuenta años. Había sido maestro de escuela en Lancashire, y tenía tres hijos y una hija que formaban parte de los Ocho Muchachos de Lancashire. Era un ferviente católico, y después de la muerte de su esposa había consultado a sus hijos acerca de su segundo matrimonio. Su nueva esposa era un poco mayor que él, y nos contaba cómo se había casado con ella. Publicó un anuncio en un periódico buscando una esposa, y recibió más de trescientas cartas. Después de rezar pidiendo a Dios que le guiase, abrió solo una, que resultó ser la de la señora Jackson. Ella había sido asimismo maestra de escuela, y como si respondiera a su plegaria, también era católica.

La señora Jackson no estaba dotada de una gran belleza, ni mucho menos, ni se podía decir que inspirase voluptuosidad en ningún sentido de la palabra. Tal como la recuerdo, tenía una cara pálida, delgada como una calavera, con muchas arrugas, quizá debido al hecho de haber obsequiado al señor Jackson con un niño siendo ya bastante mayor. Sin embargo, era una esposa leal y trabajadora, y aunque amamantaba todavía al niño, trabajaba de lleno, ayudando a su marido en la dirección de la compañía.

Cuando contaba la historia de su romance, esta variaba poco de la del señor Jackson. Habían intercambiado algunas cartas, pero no se vieron ninguno de los dos hasta el día de la boda. En la primera entrevista en la sala de estar, solos, mientras la familia esperaba en la otra habitación, el señor Jackson dijo: «Eres todo lo que deseo», y ella confesó lo mismo. Al concluir el relato nos decía a los niños con mucha delicadeza: «Pero no esperaba ser madre de ocho niños tan pronto».

La edad de los tres hijos oscilaba entre los doce y los dieciséis años; la hija tenía nueve y llevaba el pelo cortado como un muchacho, para parecer un miembro de la

compañía.

Todos los domingos iban a misa. Como yo era el único protestante, me quedaba solo, aunque algunas veces les acompañaba. Si no hubiera sido por deferencia a los escrúpulos religiosos de mi madre, me habría convertido fácilmente al catolicismo, pues me gustaba su misticismo y los pequeños altares de fabricación casera con sus vírgenes de yeso, adornados con flores y velas encendidas, que los muchachos ponían en un rincón de su dormitorio y ante los cuales hacían una genuflexión cada vez que pasaban.

Tras seis semanas de práctica pude empezar a bailar con el grupo. Pero como entonces ya tenía más de ocho años, había perdido mi aplomo y enfrentarme al público por primera vez me produjo terror. Apenas podía mover las piernas. Pasaron semanas antes de que pudiera hacer un solo de baile como los demás.

No estaba muy entusiasmado con la idea de ser solamente un bailarín de claqué en una compañía de ocho muchachos. Lo mismo que los otros, ambicionaba tener un número propio, no porque ello significara ganar más dinero, sino porque instintivamente sentía que sería más satisfactorio que bailar. Me habría gustado ser un comediante, pero eso requería nervio para poder permanecer solo en escena. De todas maneras, mi primer impulso por hacer algo que no fuese bailar me empujaba hacia lo cómico. Mi ideal era un número de dos participantes, de dos muchachos vestidos como los vagabundos de comedia. Se lo dije a uno de los otros chicos y decidimos asociarnos. Se convirtió en nuestro sueño dorado. Nos llamaríamos Bristol y Chaplin, los Vagabundos Millonarios, y llevaríamos patillas como los vagabundos y grandes sortijas de diamantes. Aquello abarcaba todo lo que en nuestra opinión resultaría gracioso y lucrativo; pero, por desgracia, no llegó a cuajar.

Al público le gustaban los Ocho Muchachos de Lancashire porque, como decía el señor Jackson, no parecíamos niños de teatro. Se enorgullecía de que no saliéramos maquillados y de que nuestras mejillas sonrosadas fueran naturales. Si alguno de nosotros estaba un poco pálido antes de salir a escena, nos decía que nos pellizcáramos las mejillas. Pero en Londres, después de trabajar en dos o tres music-halls cada noche, nos olvidábamos de hacerlo y aparecíamos en escena algo cansados y aburridos, hasta que veíamos al señor Jackson entre bastidores haciéndonos muecas y grandes aspavientos, señalándose el rostro, lo cual producía el efecto instantáneo de hacernos poner una expresión risueña.

Cuando íbamos de gira por provincias acudíamos durante la semana a la escuela en la ciudad en que estábamos, lo que no contribuyó gran cosa a completar mi educación.

En Navidad nos contrataron para representar los papeles de gatos y perros en *La Cenicienta*, en el Hippodrome de Londres. Por aquellos días era un teatro nuevo, una mezcla de teatro de vodevil y de circo, profusamente decorado y con una tramoya sensacional. El suelo de la pista se hundía y se llenaba de agua, y sobre él se ejecutaban complicados ballets. Una fila tras otra de muchachas guapas, con

relucientes armaduras, entraban marcialmente y desaparecían por completo bajo el agua. Cuando se sumergía la última fila, Marceline, el gran payaso francés, vestido con un esmoquin muy holgado y con un enorme sombrero de copa, aparecía con una caña de pescar, se sentaba en una silla plegable, abría una gran caja de joyas, cebaba el anzuelo con un collar de diamantes y después lo lanzaba al agua. Al cabo de un rato lo cebaba con joyas de menos valor, arrojando algunas pulseras, hasta vaciar por completo el joyero. De repente sentía un tirón del sedal y empezaba a dar vueltas cómicamente, luchando frenético con la caña, y sacando un perrito adiestrado, que imitaba todo cuanto hacía Marceline: si este se sentaba, el perro se sentaba; si se ponía cabeza abajo, el perro hacía lo mismo.

El número de Marceline era divertido y encantador, y todo Londres enloqueció. En la escena de la cocina me dieron un pequeño papel, que tenía que representar con Marceline. Yo era un gato, y Marceline, huyendo de un perro, caía sobre mi espalda, mientras yo me bebía la leche. Se quejaba siempre de que no arqueaba la espalda lo suficiente para suavizar su caída. Yo llevaba una careta de gato que tenía un gesto sorprendido, y en la primera matiné infantil en que intervine tenía que correr detrás de un perro y empezar a olfatearlo. Cuando el público se echó a reír me volví y lo miré con aire sorprendido, tirando de un cordelito que hacía parpadear un ojo, con una mirada fija. Tras varios olfateos y parpadeos, el director del circo me hizo señas frenéticas entre bastidores, pero yo seguí actuando. Después de oler al perro, olí el proscenio, y luego alcé la pata. El público se moría de risa, probablemente porque el gesto era impropio de un gato. Por fin me fijé en el director y salí del escenario en medio de grandes aplausos. «¡No lo vuelvas a hacer nunca más! —me dijo sin aliento —. ¡Harás que el lord chambelán nos cierre el teatro!»

La Cenicienta fue un gran éxito, y aunque Marceline tenía poco que ver con el argumento, era la principal atracción. Años más tarde Marceline fue al Hippodrome de Nueva York, donde también causó sensación. Pero cuando el Hippodrome suprimió la pista de circo, Marceline cayó pronto en el olvido.

Hacia 1918, el circo de tres pistas de los hermanos Ringling vino a Los Ángeles, y Marceline trabajaba con ellos. Esperaba que figuraría como la gran estrella, pero me sorprendió comprobar que era uno de tantos payasos que corrían alrededor de la enorme pista: un gran artista perdido en el vulgar lujo de un circo con tres pistas.

Fui después a su camerino y me di a conocer, recordándole que yo había hecho de gato en el Hippodrome de Londres con él. Pero reaccionó con apatía. Incluso, bajo el maquillaje de payaso, parecía malhumorado y como si estuviera sufriendo un melancólico letargo.

Un año más tarde se suicidó en Nueva York. Un breve suelto en los periódicos informaba de que un inquilino de su misma casa había oído un disparo y había encontrado a Marceline tendido en el suelo con una pistola en la mano, mientras seguía sonando un disco: *Moonlight and Roses*.

Muchos comediantes ingleses famosos se han suicidado. T. E. Dunville, un

excelente cómico, oyó a alguien que le señaló al entrar en un bar: «Ese tipo está acabado». Aquel mismo día se pegó un tiro junto al Támesis.

Mark Sheridan, uno de los más famosos actores de Inglaterra, también se pegó un tiro, en un parque público de Glasgow, porque no había tenido éxito con el público de esa ciudad.

Frank Coyne, con quien trabajábamos en el mismo programa, era un tipo de comediante alegre, inquieto, célebre por su airosa canción:

No me volveréis a ver montar en un caballo.
No es la clase de caballo que a mí me gusta montar.
¡El único caballo en que sé montar
es un palo, un palo!

Fuera del escenario era agradable, siempre se estaba riendo. Pero una tarde, cuando se disponía a dar un paseo con su mujer con su carreta y su poni, se olvidó de algo y le dijo que lo esperase mientras él subía a la habitación. Al cabo de veinte minutos ella subió para averiguar por qué se retrasaba y se lo encontró tendido en el cuarto de baño en medio de un charco de sangre: se había cortado el cuello con una navaja de afeitar, casi decapitándose.

De los numerosos artistas que vi de niño, los que más me impresionaron no fueron siempre los que triunfaban, sino los que poseían una personalidad singular fuera del escenario. Zarmo, el malabarista, se sometía a una terrible disciplina, pues practicaba su arte durante varias horas todas las mañanas, en cuanto abrían el teatro. Lo veíamos al fondo del escenario sosteniendo en equilibrio un taco de billar sobre la barbilla, arrojando una bola a lo alto y cogiéndola con el extremo del taco; arrojando luego otra bola y cogiéndola por encima de la primera; un malabarismo que muchas veces fallaba. Durante cuatro años, nos contó al señor Jackson, había practicado aquel juego y tenía el propósito de intentarlo por primera vez delante del público a finales de la semana. Aquella noche estábamos todos entre bastidores mirándolo. Lo hizo a la perfección. ¡Y a la primera! Arrojó la bola a lo alto y la cogió con el extremo del taco de billar; luego arrojó una segunda bola y la cogió por encima de la primera. Pero el público solo aplaudió un poco. El señor Jackson contaba muchas veces lo que había ocurrido aquella noche.

—Usted hace que el juego parezca demasiado fácil —le dijo a Zarmo—. No lo adorna. Debería fallar varias veces y luego hacerlo bien.

Zarmo se echó a reír.

—No soy todavía lo bastante experto para que me falle.

A Zarmo le interesaba también la frenología y solía adivinar nuestro carácter. Me dijo que yo retendría todos los conocimientos que adquiriese y haría buen uso de ellos.

Estaban también los hermanos Griffith, divertidos e impresionantes, que me

tenían perplejo. Eran unos payasos del trapecio que, mientras se balanceaban en el espacio, se atizaban feroces patadas en la cara con unos zapatos acolchados.

—¡Ay! —le decía el que recibía el golpe al otro—, ¿a que no te atreves a hacerlo otra vez?

—¿Ah, no? —Y, ¡zas!, le volvía a sacudir.

Y el que recibía ponía cara de sorpresa y se quedaba como aturdido.

—¡Pues sí que lo ha hecho otra vez! —replicaba.

A mí me parecía inconcebible aquella violencia tan insensata. Pero fuera del escenario eran unos hermanos cariñosos, tranquilos y serios.

Creo que Dan Leno fue el más grande comediante inglés desde el legendario Grimaldi. Aunque no vi a Leno en sus mejores tiempos, para mí era más un actor de carácter que un cómico. Según decía mi madre, sus fantásticas imitaciones de tipos de la clase baja de Londres eran humanas y cariñosas.

La famosa Marie Lloyd tenía fama de frívola. Sin embargo, cuando trabajamos con ella en el viejo Tivoli del Strand no hubo jamás una artista más seria y concienzuda. Yo solía mirar con los ojos muy abiertos a aquella inquieta y gordezuela mujercilla paseándose irritada de arriba abajo por detrás de los decorados, hasta que le llegaba el momento de salir a escena. Entonces se volvía inmediatamente alegre y despreocupada.

Bransby Williams, el mismo que encarnó a tantos personajes de Dickens, me hipnotizaba con sus imitaciones de Uriah Heep, de Bill Sykes y del viejo de *La tienda de antigüedades*. El juego de manos de aquel apuesto y digno joven maquillándose delante del público alborotador de Glasgow y transformándose en aquellos fascinadores personajes, me reveló otro aspecto del teatro. También despertó mi curiosidad por la literatura; deseaba saber qué era aquel oculto misterio que yacía en los libros, aquellos personajes en sepia de Dickens que se movían en ese mundo a lo Cruikshank.[2] Aunque apenas sabía leer, acabé comprando *Oliver Twist*.

Tan fascinado estaba con los personajes de Dickens, que imitaba las imitaciones de Bransby Williams. Era inevitable que un talento en ciernes no permaneciera oculto durante mucho tiempo. Así un día el señor Jackson me vio entreteniendo a los otros chicos con una imitación del anciano de *La tienda de antigüedades*. En aquel mismo lugar y momento me proclamaron un genio, y el señor Jackson decidió dárselo a conocer al mundo.

El trascendental acontecimiento tuvo lugar en el teatro de Middlesbrough. Después de nuestro número de baile, el señor Jackson salió a escena con la solemnidad del que va a anunciar la venida de un joven Mesías, afirmando que había descubierto entre sus muchachos a un niño prodigio y que este iba a hacer una imitación de Bransby Williams en el papel del anciano de *La tienda de antigüedades* que no quiere admitir la muerte de su pequeña Nelly.

El público no estaba demasiado bien dispuesto porque había soportado ya un espectáculo bastante aburrido. A pesar de todo, salí con el acostumbrado traje de

baile, compuesto de una blusa de hilo blanco, un cuello de encaje, unos calzones bombachos de terciopelo y unos zapatos rojos de baile, y maquillado de tal modo que parecía un anciano de noventa años. De alguna manera habíamos adquirido, no sé dónde, una peluca vieja; tal vez la había comprado el señor Jackson, pero no me quedaba bien. Aunque yo tenía la cabeza grande, la peluca era todavía más ancha; estaba casi calva, orlada con un borde de pelos largos, grises y bastos, de modo que cuando aparecí en escena, encorvado como un anciano, produje el efecto de un escarabajo arrastrándose por el suelo, y el público me acogió con risas burlonas.

Después de aquello fue difícil tranquilizarlo.

—¡Silencio! ¡Silencio! —dije en un susurro—. ¡No hagáis ruido, o despertaréis a mi Nelly!

—¡Más alto! ¡Más alto! ¡No se oye! —gritaba el público.

Pero continué con un débil murmullo, con un tono muy íntimo, tan íntimo que el público empezó a patear. Fue el final de mi carrera como imitador de los personajes de Charles Dickens.

Aunque vivíamos frugalmente, la vida entre los Ocho Muchachos de Lancashire resultaba agradable. De vez en cuando teníamos nuestras pequeñas diferencias. Recuerdo una vez en que trabajábamos en el mismo programa con dos jóvenes acróbatas, unos aprendices de nuestra edad aproximadamente, quienes nos dijeron confidencialmente que sus madres cobraban siete chelines y seis peniques a la semana, y que a ellos les daban un chelín para sus gastos y se lo ponían debajo del plato de huevos con jamón todos los lunes por la mañana. «Pues a nosotros —se lamentó uno de nuestros compañeros— solo nos dan dos peniques y pan con jamón para desayunar.»

Cuando John, el hijo del señor Jackson, supo que nos quejábamos, se echó a llorar; nos dijo que algunas veces, trabajando esporádicamente durante unas semanas en los suburbios de Londres, su padre solo ganaba siete libras a la semana para todo el grupo, y que ellos hacían frente a los gastos con grandes dificultades.

El opulento modo de vivir de aquellos dos jóvenes acróbatas nos hizo desear ser como ellos. Así, durante varias mañanas, en cuanto se abría el teatro, uno o dos de nosotros dábamos saltos mortales con una cuerda atada a la cintura y sujeta a una polea, mientras que otro sostenía la soga. Yo hacía muy bien los saltos mortales, hasta que me caí y me disloqué el dedo pulgar. Aquello puso fin a mi carrera de acróbata.

Además de bailar, procurábamos aumentar nuestras habilidades. Yo quería ser malabarista. Para ello había ahorrado bastante dinero, a fin de comprar cuatro pelotas de goma y cuatro platos de estaño, y durante horas enteras me colocaba junto a la cama para practicar.

El señor Jackson era un hombre honrado a carta cabal. Tres meses antes de dejar la compañía, trabajamos en un número de beneficencia para mi padre, que había estado muy enfermo; muchos artistas de vodevil prestaron su servicio, incluso los Ocho Muchachos de Lancashire. La noche de la beneficencia, mi padre apareció en el

escenario respirando con dificultad y haciendo grandes esfuerzos pronunció un discurso. Yo me encontraba entre bastidores mirándolo, sin darme cuenta de que mi padre era ya un moribundo.

Cuando estábamos en Londres visitaba a mi madre todos los fines de semana. Ella me decía que me veía pálido y delgado y que el baile dañaba mis pulmones. Eso le preocupó tanto que incluso escribió al señor Jackson, quien se indignó de tal manera que finalmente me mandó a casa, diciendo que yo no merecía que mi madre se preocupara tanto por mí.

Sin embargo, unas semanas después tuve un ataque de asma. Fue tan grave, que mi madre estaba convencida de que tenía tuberculosis, y se apresuró a llevarme al hospital Brompton, donde me hicieron un reconocimiento completo. No me encontraron nada malo en los pulmones; pero, en efecto, tenía asma. Durante varios meses sufrí una verdadera agonía, al no poder respirar. A veces sentía deseos de tirarme por la ventana. Las inhalaciones de hierbas, con una manta sobre la cabeza, me procuraron algún alivio. Pero, tal como pronosticó el médico, el asma desapareció con la edad.

Mis recuerdos de aquel período son borrosos. La impresión más destacada era la de una pesadilla de circunstancias miserables. No puedo recordar dónde estaba Sydney; como tenía cuatro años más que yo, solo aparece de manera ocasional en primer plano de mi conciencia. Posiblemente vivió con mi abuelo para aliviar la penuria de mi madre. Parecía que vagábamos de una vivienda a otra, y con el tiempo terminamos en una pequeña buhardilla, en el número 3 de Pownall Terrace.

Me daba perfecta cuenta del estigma que suponía nuestra pobreza. Incluso los niños más pobres tenían su comida casera los domingos. Un asado hecho en casa era el símbolo de la respetabilidad, como una parte del ritual que distinguía la clase más pobre de cualquier otra. Los que no podían hacer una comida caliente los domingos pertenecían a la clase mendicante, y nosotros estábamos incluidos en ella. Mi madre solía mandarme al café más cercano a comprar un almuerzo de seis peniques (carne y algunas verduras). ¡Qué vergüenza…, sobre todo en domingo! Yo me quejaba de que mi madre no preparara algo y ella trataba de explicar en vano que cocinar nos hubiera costado el doble.

Sin embargo, un viernes afortunado, después de ganar cinco chelines en las carreras de caballos, mi madre, para complacerme, decidió hacernos ella misma la comida del domingo. Entre otros manjares, compró un pedazo de carne para asar, que no se sabía si era de vaca o un montón de sebo. Pesaba cinco libras y tenía un letrero pegado que decía: «Para asar».

Como no disponía de horno, utilizaba el de la dueña de la casa, y como era muy tímida para andar entrando y saliendo de la cocina, había calculado a ojo el tiempo que se necesitaba para asar la carne. En consecuencia, y ante nuestra desilusión, la carne quedó reducida al tamaño de una pelota de críquet. Sin embargo, y a pesar de que mi madre insistía en que nuestras comidas de seis peniques eran más apetitosas,

disfruté con aquella carne y sentí la satisfacción de vivir como los demás niños.

En nuestras vidas se produjo un cambio súbito. Mi madre se encontró con una vieja amiga que había prosperado, una mujer vistosa y guapetona, una especie de Juno, que había abandonado el escenario para convertirse en la amante de un rico y viejo coronel. Vivía en el elegante barrio de Stockwell y, entusiasmada por haber encontrado a mi madre, la invitó a pasar el verano en su casa. Como Sydney estaba en el campo recogiendo lúpulo, no se necesitaba mucho para convencer a mi madre, que gracias al hechizo de su aguja se puso muy presentable; y yo mismo, vestido con un traje de fiesta, recuerdo de los Ocho Muchachos de Lancashire, también tenía un aspecto muy adecuado para aquel acontecimiento.

Así pues, de la noche a la mañana, nos vimos instalados en una casa muy tranquila que hacía esquina con Lansdowne Square, rodeados de lujo, en una morada llena de criados, de alcobas de color azul y rosa, de cortinas de cretona estampada y de alfombras de piel de oso blanco; además, comíamos espléndidamente. ¡Qué bien recuerdo aquellos grandes racimos de uvas moradas de invernadero que adornaban el aparador en el comedor y mi sensación de culpabilidad por su misteriosa disminución, pues cada día parecían más esqueléticos!

El servicio constaba de cuatro mujeres: la cocinera y tres doncellas. Además de mi madre y yo, había otro huésped, un joven muy guapo y estirado, con un bigotito rojizo recortado. Se comportaba con una exquisita cortesía, era muy educado y parecía un accesorio permanente de aquella casa, hasta que aparecía el coronel de las patillas grises. Entonces el apuesto joven se eclipsaba.

Las visitas del coronel eran esporádicas, una o dos veces a la semana. Mientras estaba allí, el misterio y la omnipresencia invadían la casa, y mi madre me decía que me retirara para que no me viera. Un día entré corriendo en el vestíbulo cuando el coronel bajaba la escalera. Era un hombre alto, majestuoso, con levita y calva. Me sonrió y siguió su camino.

Yo no comprendía el motivo de todos aquellos apuros y aspavientos y por qué la llegada del coronel producía tan gran efecto. Pero él no se quedaba nunca mucho tiempo; el joven del bigotito reaparecía y la casa volvía a funcionar con normalidad.

Me hice muy amigo del joven del bigotito. Dábamos largos paseos por el parque de Clapham con los dos hermosos galgos de la señora. Aquel lugar ofrecía un ambiente distinguido por aquellos días. Incluso la farmacia, donde en ocasiones hacíamos alguna compra, destilaba elegancia con su mezcla familiar de olores aromáticos: perfumes, jabones y polvos. Desde entonces el olor de las farmacias me produce una grata nostalgia. El farmacéutico aconsejó a mi madre que me hiciera tomar baños fríos todas las mañanas para curarme el asma, y posiblemente aquellos baños me sentaron bien. Eran muy vigorizantes y acabaron por gustarme.

Es curioso ver con qué facilidad se adapta una persona a las mejoras sociales. ¡Qué pronto nos acostumbramos a las comodidades materiales! En menos de una

semana aquello me parecía natural. Qué sensación de bienestar me producía realizar todos los actos de aquel rito matinal: sacar a pasear a los perros sujetando sus correas marrones de cuero nuevas; volver luego a la hermosa casa llena de criados y esperar a que anunciasen la comida, servida con elegancia en vajilla de plata.

Nuestro jardín trasero daba a otra casa, cuyos ocupantes tenían tantos criados como nosotros. Era una familia de tres personas: una pareja joven y su hijo, más o menos de mi edad, y que tenía un cuarto infantil lleno de bonitos juguetes. Me invitaron muchas veces a jugar con él y a comer y nos hicimos muy buenos amigos. Su padre ocupaba un cargo importante en un banco de la City, y su madre era joven y muy guapa.

Un día oí a nuestra doncella hablando confidencialmente con la doncella del niño; decía que el pequeño necesitaba una institutriz. «Eso es también lo que este necesita», dijo nuestra doncella, refiriéndose a mí. Me halagó que me considerasen un niño de familia rica; pero nunca comprendí muy bien por qué ella me elevó a esa condición social, a no ser que fuera para elevarse a sí misma, dando así a entender que las personas para las que trabajaba estaban en tan buena posición y eran tan respetables como los vecinos de la casa contigua. Después de oír esa conversación, siempre que comía con el niño de al lado me sentía un poco impostor.

A pesar de que el día en que abandonamos aquella bella casa fue muy triste, por tener que volver al número 3 de Pownall Terrace, tuvimos una sensación de descanso al disfrutar otra vez de nuestra libertad; después de todo, como invitados vivíamos con cierta tensión y, como decía mi madre, los huéspedes son como los pasteles: si se guardan mucho tiempo, se vuelven rancios y tienen mal sabor. Así se rompieron los hilos de seda de un episodio breve y lujoso y caímos de nuevo en nuestra habitual indigencia.

4

El año 1899 fue la época de las patillas: llevaban patillas los reyes, los estadistas, los soldados y los marinos, los Kruger, los Salisbury, los Kitchener, los káiseres y los jugadores de críquet. Años de increíble pompa y extravagancia, de extrema riqueza y de suma pobreza, de vano fanatismo político, expresados tanto en la prensa como en las caricaturas. Pero muy pronto Inglaterra tendría que soportar muchos golpes y disgustos. Unos cuantos granjeros bóers del Transvaal estaban combatiendo injustamente, disparando desde los riscos y las rocas contra nuestros soldados de guerreras rojas, que servían de excelentes blancos. Entonces el Ministerio de la Guerra se dio cuenta y ordenó que sustituyeran nuestras guerreras rojas por otras de color caqui. Si los bóers se empeñaban, tendrían su merecido.

Yo era vagamente consciente de la guerra por las canciones patrióticas, los números de vodevil y los retratos de generales que figuraban en las cajetillas de cigarrillos. El enemigo, desde luego, estaba formado por una serie de villanos rematados. Se recibió la dolorosa noticia de que los bóers cercaban Ladysmith. Inglaterra enloqueció con una alegría histérica al enterarse de la liberación de Mafeking. Luego por fin ganamos a trancas y barrancas. Todo esto lo oí en boca de todos, menos de mi madre. Ella nunca mencionó la guerra. Tenía bastante con su propia lucha.

Sydney ya tenía catorce años. Había dejado la escuela y conseguido un trabajo en la oficina de correos y telégrafos del Strand como repartidor de telegramas. Con el sueldo de Sydney y lo que ganaba mi madre con la máquina de coser nuestra economía resultaba casi pasable, aunque la aportación de mi madre fuera muy modesta. Trabajaba a destajo para un taller explotador, cosiendo blusas a chelín y medio la docena. Aunque le daban los modelos cortados, necesitaba doce horas para hacer una docena de blusas. El récord de mi madre fue de cincuenta blusas en una semana, lo que representaba una ganancia de seis chelines y nueve peniques.

Muchas veces me quedaba en nuestra buhardilla tumbado en la cama y despierto, contemplándola encorvada sobre la máquina, con la cabeza aureolada por la lámpara de aceite, el rostro en una leve penumbra y los labios un tanto separados por el

esfuerzo que hacía al guiar la labor, que deslizaba rápidamente bajo la aguja, hasta que su repiqueteo me adormecía. Si trabajaba de aquella manera hasta muy tarde era para hacer frente a algún gasto apremiante. Siempre existía el problema del pago de los plazos de la máquina.

Y de pronto surgió una crisis. Sydney necesitaba un traje nuevo y unos zapatos. Llevaba el uniforme de repartidor de telegramas todos los días, incluso los domingos, y sus amigos empezaron a burlarse de él. Así que durante un par de semanas tuvo que quedarse en casa hasta que mi madre pudo comprarle un traje de sarga azul. De alguna manera se las arregló para reunir dieciocho chelines. Eso produjo un déficit en nuestra economía, de modo que mi madre tenía que empeñar el traje todos los lunes, después de que Sydney volviera al trabajo con su uniforme de la oficina de telégrafos. Conseguía siete chelines por el traje, desempeñándolo todos los sábados para que Sydney lo llevara los fines de semana. Esta costumbre semanal se convirtió en una ceremonia habitual durante más de un año, hasta que el traje quedó completamente raído. Entonces tuvimos un inesperado disgusto.

Como de costumbre, el lunes por la mañana mi madre fue a la casa de empeños. El prestamista dudó antes de decir:

—Lo siento, señora Chaplin, pero ya no podemos prestarle siete chelines.

Mi madre se quedó atónita.

—Pero ¿por qué? —preguntó.

—Es demasiado arriesgado; los pantalones están completamente gastados. Mire —dijo, colocando la mano en la parte trasera—, se ve a través de ellos.

—Pero los desempeñaré el próximo sábado —dijo mi madre.

El prestamista hizo un signo negativo con la cabeza.

—Lo máximo que puedo hacer es darle tres chelines por la chaqueta y el chaleco.

Mi madre lloraba pocas veces; pero aquel golpe fue tan grande, que llegó a casa sollozante. Confiaba en aquellos siete chelines para que pudiéramos pasar la semana.

Mientras tanto mi propia ropa estaba en mal estado. Lo que había quedado de mi traje de los Ocho Muchachos de Lancashire parecía un mapamundi. Había remiendos por todas partes: en los codos, en los pantalones, en los zapatos y en los calcetines. En tal estado me tropecé de repente con mi simpático amiguito de Stockwell. No sé qué estaba haciendo en Kennington, y yo me sentía demasiado confuso para averiguarlo. Me saludó amistosamente, pero noté que se quedaba mirando mi deplorable aspecto. Para disimular mi vergüenza adopté un aire de indiferencia, y con refinado tono de voz le dije que llevaba la ropa vieja porque acababa de llegar de una odiosa clase de carpintería.

Sin embargo, mi explicación no le interesó. Empezó a mostrarse displicente y a mirar de soslayo para ocultar su azoramiento. Me preguntó por mi madre.

Le contesté con desenvoltura que estaba en el campo, y centré la atención en él.

—¿Vives todavía en el mismo sitio?

—Sí —contestó, examinándome como si yo hubiese cometido algún terrible

pecado.

—Bueno, me voy corriendo —dije con brusquedad.

Él sonrió sin ganas.

—Adiós —dijo, y nos separamos, él caminando despacio en una dirección, y yo, furioso y avergonzado, corriendo atropelladamente en dirección opuesta.

Mi madre solía repetir: «Agáchate, aunque lo que recojas no valga nada». Pero ella no seguía ese refrán, y mi sentido de las conveniencias quedaba a veces ultrajado. Un día, volviendo del hospital Brompton, mi madre se detuvo para reñir a unos chicos que estaban atormentando a una mujer abandonada, grotescamente harapienta y sucia. Tenía el pelo cortado, cosa rara en aquellos días, y los chicos se reían y se empujaban unos a otros contra ella, como si tocarla les contaminase. La pobre mujer parecía un animal acorralado, hasta que intervino mi madre. Entonces se iluminó el rostro de la pobre con un gesto de alegría.

—Lil —dijo débilmente, refiriéndose al nombre artístico de mi madre—, ¿no me conoces? Soy Eva Lestock.

Mi madre la reconoció al instante; era una vieja amiga de sus días del vodevil.

Yo estaba tan azorado que seguí andando y esperé a mi madre en la esquina. Los chicos pasaron junto a mí bromeando y riendo. Yo estaba furioso. Me volví para ver lo que le pasaba a mi madre y, ¡ay!, la mujer abandonada se había unido a ella y ambas se encaminaban hacia mí.

—¿Te acuerdas de Charlie? —dijo mi madre.

—¡Claro que sí! —dijo la mujer con tristeza—. Lo tuve en brazos muchas veces cuando era bebé.

Pensar en ello me repugnaba, pues aquella mujer parecía tan sucia y repelente. Y mientras andábamos era vergonzoso ver cómo la gente se volvía a mirarnos a los tres.

Mi madre la había conocido en sus días de artista como «la deslumbrante Eva Lestock»; entonces era bella y alegre, según me dijo. La mujer contó que había estado enferma en el hospital, y que desde el momento en que salió tuvo que dormir bajo los puentes y en los refugios del Ejército de Salvación.

Mi madre la envió primero a los baños públicos. Luego, ante mi espanto, la trajo a casa, a nuestra estrecha buhardilla. Nunca supe si fue solo la enfermedad lo que la había llevado a aquella situación. Lo ultrajante fue que durmió en el sillón cama de Sydney. Además, mi madre le dio toda la ropa que pudo y le prestó dos chelines. Al cabo de tres días Eva se marchó, y aquella fue la última vez que vi u oí hablar de «la deslumbrante Eva Lestock».

Antes de morir mi padre, mi madre abandonó Pownall Terrace y alquiló una habitación en casa de la señora Taylor, una amiga suya, miembro de la iglesia y devota cristiana. Era una mujer baja, maciza, de algo más de cincuenta años, con una mandíbula enérgica y un rostro cetrino y arrugado. Mientras la observaba en la iglesia

me di cuenta de que tenía la dentadura postiza. La dejaba caer desde las encías superiores sobre la lengua cuando cantaba; el efecto era pasmoso. Hablaba de un modo enfático y rebosaba energía. Había tomado a mi madre bajo la protección de su ala cristiana y le alquiló la habitación delantera por un precio muy razonable en el segundo piso de su amplia casa, que estaba cerca de un cementerio.

Su marido, una réplica del Pickwick de Dickens, era un fabricante de instrumentos de precisión y tenía el taller en el piso alto. En el tejado había un tragaluz y para mí aquel lugar era celestial, por lo tranquilo. Muchas veces contemplaba al señor Taylor mientras trabajaba, fascinado cuando él miraba fijamente a través de sus gruesas gafas con una lupa, haciendo una regla de acero capaz de medir un cincuentavo de pulgada. Trabajaba solo, y muchas veces yo le hacía los recados.

El único deseo de la señora Taylor estribaba en convertir a su marido, que según ella era un pecador. La hija tenía rasgos que parecían salidos del mismo molde que los de su madre, salvo que eran menos cetrinos y por supuesto mucho más juveniles. Habría resultado atractiva de no ser por su orgullo y por sus modales desagradables. Al igual que su padre, nunca iba a la iglesia. Pero la señora Taylor siempre mantuvo la esperanza de convertirlos a ambos. La hija era la niña mimada de su madre, pero no de la mía.

Una tarde, mientras estaba en la planta superior contemplando al señor Taylor en su trabajo, oí una pelea entre mi madre y la señorita Taylor. La señora Taylor no estaba en casa. No sé cómo empezó el altercado, pero las dos gritaban a voz en cuello. Cuando llegué a nuestro descansillo mi madre estaba apoyada en la barandilla.

—¿Quién te crees que eres, doña Mierda?

—¡Oh! —exclamó la hija—. ¡Bonito lenguaje para una cristiana!

—¡No te preocupes! —dijo mi madre rápidamente—. Está en la Biblia, querida: Deuteronomio, capítulo veintiocho, versículo treinta y siete. No hay otra palabra, y esta te viene de perlas.

Después de aquello tuvimos que mudarnos otra vez a Pownall Terrace.

El pub de The Three Stags de Kennington Road no era un lugar que frecuentara mi padre; sin embargo, una tarde que pasaba por allí se me ocurrió mirar hacia el interior para ver si estaba. Entreabrí la puerta y lo divisé sentado en un rincón. Me disponía a marcharme, cuando su rostro se iluminó al verme y me hizo señas para que me acercara. Me sorprendió la buena acogida, porque nunca fue muy efusivo. Parecía muy enfermo; tenía los ojos hundidos y el cuerpo terriblemente hinchado. Apoyaba una mano en el chaleco, al estilo de Napoleón, como para facilitar su dificultosa respiración. Aquella tarde se mostró muy solícito; me preguntó por mi madre y por Sydney, y antes de marcharse me cogió en brazos y me besó. Fue la última vez que lo vi con vida.

Tres semanas después lo trasladaron al hospital de Saint Thomas. Tuvieron que

emborracharlo para poder llevarlo allí. Cuando se dio cuenta de dónde estaba se revolvió con violencia, pero ya era un moribundo. Aunque todavía muy joven —solo tenía treinta y siete años—, le mataba la hidropesía. Le sacaron dieciséis cuartos de galón de líquido de la rodilla.

Mi madre fue varias veces a verlo y siempre volvía triste de la visita. Decía que le hablaba de volver con ella para comenzar una nueva vida en África. Cuando mi madre vio que me alegraba ante tal perspectiva, hizo un gesto negativo con la cabeza, pues sabía a qué atenerse. «Dice eso solo para ser amable», me comentó.

Un día regresó del hospital a casa indignada por lo que el reverendo John McNeil, evangélico, había dicho cuando ella estaba visitando a mi padre: «Bueno, Charlie, cuando te miro solo puedo pensar en el viejo proverbio: “Lo que siembres recogerás”».

«¡Vaya unas palabras para consolar a un moribundo!», exclamó mi madre.

Pocos días después mi padre falleció.

El hospital quería saber quién se encargaría del entierro. Mi madre, que no tenía un penique, sugirió el Fondo Benéfico de los Artistas de Variedades, que era una organización de caridad para la gente de teatro. Esto levantó una tempestad en la familia Chaplin. La humillación de que lo enterraran de caridad les resultaba insoportable. Un tal tío Albert, de África, el hermano más joven de mi padre, estaba entonces en Londres, y dijo que él pagaría el entierro.

El día del funeral debíamos reunirnos en el hospital de Saint Thomas, donde encontraríamos a los demás Chaplin y de donde saldríamos en coche hacia el cementerio Tooting. Sydney no pudo ir porque estaba trabajando. Mi madre y yo llegamos al hospital con dos horas de antelación, porque ella quería ver a mi padre antes de que lo metieran en la caja.

El ataúd estaba forrado de satén blanco y en los bordes, enmarcando el rostro de mi padre, había unas pequeñas margaritas blancas. A mi madre le parecieron tan sencillas y conmovedoras que preguntó quién las había colocado allí. El empleado le dijo que aquella mañana temprano había estado una dama con un niño pequeño. Era Louise.

En el primer coche íbamos mi madre, el tío Albert y yo. El trayecto hasta Tooting se realizó en un ambiente muy tenso, pues mi madre nunca había visto al tío Albert. Este era una especie de dandi y hablaba de un modo pedante; aunque cortés, su actitud fue glacial. Se decía que era rico; tenía grandes ranchos con caballos en el Transvaal y había suministrado caballos al gobierno inglés en la guerra de los bóers.

Durante la ceremonia llovió a cántaros; los enterradores arrojaron gruesos terrones sobre el ataúd, que resonaron con un ruido estremecedor. Aquello era macabro y horripilante y empecé a llorar. Luego los parientes arrojaron dentro de la tumba coronas y ramos de flores. Mi madre no tenía nada que echar, así que cogió mi precioso pañuelo bordado de negro y susurró: «Ten, hijo, esto por nosotros dos». Después los Chaplin se pararon en un pub a comer, y antes de despedirse nos

preguntaron cortésmente dónde queríamos que nos dejaran. Así que nos condujeron a casa.

Cuando regresamos no había ni un resto de comida en el armario, excepto un platillo con manteca de vaca. Mi madre no tenía ni un penique, pues le había dado a Sydney los dos últimos para la comida. Desde la enfermedad de mi padre tenía poco trabajo, y ahora que estábamos casi a fin de semana el salario de Sydney de siete chelines a la semana como repartidor de la oficina de telégrafos se había esfumado. Al volver del funeral estábamos hambrientos. Por fortuna, en aquel momento pasaba un trapero por delante de nuestra casa y teníamos una vieja estufa de petróleo; así que a regañadientes mi madre se la vendió por medio penique y compró un poco de pan para untarlo con la manteca.

Como era la viuda legal de mi padre, al día siguiente le dijeron que fuera al hospital a recoger sus escasas pertenencias, que consistían en un traje negro salpicado de sangre, ropa interior, una camisa, una corbata negra, una bata vieja y unas zapatillas con unas bolas de papel dentro. Cuando sacó los papeles cayó media libra esterlina de una de las zapatillas. ¡Aquello fue una dádiva divina!

Durante algunas semanas llevé un brazalete negro. Esta señal de luto resultó provechosa cuando me puse a vender flores la tarde de un sábado. Había convencido a mi madre para que me prestara un chelín; me fui al mercado de flores, compré dos ramos de narcisos, y a la salida de la escuela me dediqué a hacer ramilletes de un penique cada uno. Si los vendía todos obtendría un cien por cien de beneficio.

Entraba en los establecimientos públicos con gesto anhelante y murmuraba: «¡Narcisos, señorita! ¡Narcisos, señora!». Las mujeres respondían siempre: «¿A quién has perdido, pequeño?». Y yo, bajando la voz hasta convertirla en un susurro, contestaba: «A mi padre», y ellas me daban algunas monedas. Mi madre se quedó sorprendida cuando regresé por la noche a casa con más de cinco chelines por el trabajo de una tarde. Un día me vio saliendo de un pub, y aquello puso fin a mi negocio de venta de flores. El hecho de que su hijo anduviese vendiendo flores en los pubs y bares ofendía sus escrúpulos cristianos. «La bebida mató a tu padre, y el dinero que procede de ella solo nos traerá mala suerte», me dijo. Sin embargo, se quedó con el producto de la venta, aunque ya no me dejó vender más flores.

Había en mí una fuerte vocación de comerciante. Continuamente estaba pensando en proyectos mercantiles. Me quedaba mirando las tiendas vacías, especulando sobre la posibilidad de obtener algún provechoso negocio de ellas, desde la venta de pescado y patatas fritas hasta la de comestibles. Siempre de productos relacionados con la comida. Todo lo que necesitaba era capital. Pero ¿cómo se consigue el capital? Luego hablé con mi madre para que me permitiera abandonar la escuela y conseguir un empleo.

Llegué a ser veterano en diversos oficios. Primero fui recadero en una abacería. Entre dos repartos, me entretenía deliciosamente en la bodega, encerrado entre el jabón, el almidón, las velas, las galletas y los dulces, probando todas las golosinas,

hasta que me puse enfermo.

Luego fui botones de los médicos del seguro Hool y Kinsey-Taylor, en Throgmorton Avenue, puesto heredado de Sydney, que me recomendó. Era lucrativo: me pagaban doce chelines a la semana por abrir la puerta y limpiar las oficinas cuando se habían ido los médicos. Como muchacho encargado de la recepción de clientes tuve un gran éxito y dejaba encantados a todos los pacientes de la sala de espera; pero no me gustaba limpiar las oficinas; Sydney lo hacía mucho mejor. No me importaba vaciar los orinales; pero limpiar las ventanas de las oficinas, que tenían tres metros de altura, era un trabajo digno de Gargantúa; así que las oficinas estaban cada vez más sucias y polvorientas, hasta que me dijeron de manera cortés que era demasiado pequeño para aquella faena.

Al enterarme del despido me eché a llorar. El doctor Kinsey-Taylor, casado con una señora adinerada, que tenía una casa muy grande en Lancaster Gate, se compadeció de mí y me dijo que me colocaría de botones en su casa. Inmediatamente sentí una gran alegría. ¡Botones en una casa particular; y además muy elegante!

Era un trabajo agradable, pues era el niño mimado de las doncellas de la casa. Me trataban como a un hijo y me besaban, dándome las buenas noches antes de acostarme. De no ser por el destino, habría llegado a mayordomo. La señora me mandó limpiar una bodega, donde había cajas de embalaje y trastos amontonados, que había que clasificar, limpiar y ordenar. Me distraje del trabajo por el interés repentino que sentí por un tubo de unos ocho pies de largo, en el que me puse a soplar como si fuera una trompeta. Justamente cuando más me estaba divirtiendo apareció la señora, y me dieron tres días para largarme.

Disfruté trabajando para los libreros W. H. Smith and Son; si bien perdí el puesto cuando se enteraron de mi aún corta edad. Luego fui soplador de vidrio durante un día. Había leído algo en la escuela acerca de este trabajo y me parecía atractivo, pero el calor me venció; tuvieron que recogerme inconsciente y tumbarme sobre un montón de arena. Fue suficiente; no volví ni siquiera para cobrar mi día de jornal. Luego trabajé en el establecimiento de Straker, de imprenta y papelería. Intenté engañarlos diciendo que sabía manejar una máquina de imprimir Wharfedale, un trasto enorme que tenía más de veinte pies de largo. La había visto en movimiento atisbando el sótano desde la calle, y el trabajo parecía fácil y sencillo. Había un letrero que decía: «Se necesita muchacho para trabajar de marcador en una máquina de imprimir Wharfedale». Cuando el capataz me condujo hasta ella me pareció una catedral. Para accionarla tenía que colocarme en una plataforma a cinco pies del suelo. Creí estar en lo alto de la torre Eiffel.

—¡Arréala! —dijo el capataz.

—¿Que la arree?

Al verme dudar, se echó a reír.

—Tú no has trabajado nunca con una Wharfedale.

—Deme una oportunidad y verá usted qué pronto me pongo al corriente —dije.

Arrearla significaba empujar la palanca para poner en marcha aquella bestia. El capataz me mostró la palanca, luego puso al monstruo a media marcha. Empezó a cabecear, girar y gruñir; pensé que iba a devorarme. Las hojas de papel eran enormes, podía envolverme en una de ellas. Con una plegadera de marfil las separaba, las cogía por los extremos y las colocaba meticulosamente contra los dientes para que el monstruo las agarrara, las devorara y las escupiera cuando rodaban por el otro extremo. Al acabar el primer día estaba nervioso, excitado por la lucha con aquella bestia hambrienta que quería dejarme atrás. De todos modos, conseguí el puesto con un sueldo de doce chelines por semana.

Era romántico y aventurado salir aquellas frías mañanas antes de amanecer para ir a trabajar, con las calles silenciosas y desiertas, a excepción de una o dos personas fantasmales que se encaminaban hacia la luz que, a modo de un faro, había en el salón de té de Lockhart, para desayunar. Se experimentaba una sensación de bienestar tomando té caliente en compañía de otros semejantes bajo el fulgor y el calor de aquel descanso momentáneo antes de la jornada. Y el trabajo de imprimir no era desagradable, a excepción de la pesada tarea de fin de semana, en que había que limpiar la tinta de los rodillos de gelatina, altos y pesados, de más de cien libras cada uno; la tarea era tolerable. Sin embargo, después de estar allí tres semanas, caí enfermo con gripe, y mi madre insistió en que volviera a la escuela.

Sydney tenía ya dieciséis años, y vino a casa emocionado porque había conseguido un trabajo como corneta en un transatlántico de la línea marítima Donovan and Castle, que hacía la ruta de África. Sus obligaciones consistían en tocar la corneta para llamar al desayuno y la comida, entre otras cosas. Había aprendido a tocarla en el barco-escuela *Exmouth*; ahora tal habilidad le era provechosa. Ganaría dos libras esterlinas y diez chelines al mes, y tendría además las propinas que recibiera por atender tres mesas de segunda clase. Recibiría un anticipo de treinta y cinco chelines antes de embarcar, anticipo que, por supuesto, entregaría a mi madre. Con tan alegres perspectivas nos mudamos a dos habitaciones situadas encima de una barbería de Chester Street.

El regreso de Sydney de su primer viaje nos dio ocasión para celebrarlo, pues volvió con más de tres libras esterlinas de propinas en monedas de plata. Recuerdo que sacó el dinero del bolsillo y lo esparció sobre la cama. Me pareció más dinero del que había visto en toda mi vida y no podía apartar las manos de él. Lo cogía, lo dejaba caer, lo apilaba y jugueteaba con él. Al verme hacer aquello, tanto mi madre como Sydney sentenciaron a una que era un avaro.

¡Qué lujo! ¡Qué derroche! Era verano, y aquella fue una temporada de pasteles y helados; pero también nos permitimos otros lujos. Fue asimismo nuestra temporada de arenques, bacalao y tostadas para el desayuno, con bollos y magdalenas el domingo por la mañana.

Sydney pilló un catarro y tuvo que guardar cama durante varios días; mi madre y yo lo cuidábamos. Fue entonces cuando nos resarcimos con helado, por valor de un

penique, en un vaso grande que llevaba a la heladería italiana, para gran irritación del dueño. A mi segunda visita me sugirió la idea de que llevara una bañera. Una de nuestras bebidas favoritas aquel verano fue el sorbete de leche: un sorbete espumoso en el líquido cremoso que era realmente delicioso.

Sydney nos contó muchas historias divertidas de su viaje. Antes de zarpar estuvo a punto de perder el trabajo cuando tocó la primera llamada para el almuerzo. Estaba desentrenado, y los soldados que iban a bordo empezaron a gritarle. El primer mayordomo entró hecho una furia.

—¿Qué diablos tocas?

—Lo siento, señor; todavía no tengo los labios hechos a la embocadura.

—Bueno, pues procura tenerlos en condiciones antes de que zarpe el barco; de lo contrario, te dejaremos en tierra.

Durante las comidas había una larga fila de camareros en la cocina cumplimentando los pedidos. Pero cuando le llegó su turno a Sydney había olvidado el suyo; así que tuvo que volver al final de la cola. Nos contó también que los primeros días, cuando todo el mundo estaba terminando el postre, él estaba aún sirviendo la sopa.

Sydney se quedó en casa hasta que gastamos todo aquel dinero. Sin embargo, fue contratado para un segundo viaje, y una vez más le adelantaron treinta y cinco chelines, que entregó a mi madre. Pero no duraron mucho. Al cabo de tres semanas estábamos gastando el último y faltaban todavía tres semanas para que regresara Sydney. Aunque mi madre continuaba trabajando con la máquina de coser, lo que ganaba no bastaba para mantenernos. Estábamos sumergidos en una nueva crisis.

Pero yo era un chico de recursos. Mi madre tenía un montón de ropa vieja; era un domingo por la mañana. Sugerí que intentaría venderla en el mercado. Mi madre se sintió un poco azorada, y me dijo que aquella ropa no valía casi nada. Sin embargo, la envolví en una sábana vieja y me dirigí a Newington Butts; una vez allí, coloqué mi deteriorada mercancía sobre el pavimento. Era un triste espectáculo. Luego me situé en el arroyo, gritando: «¡Oiga! —y cogía una camisa vieja o un par de corsés viejos —, ¿qué me da usted por esto? ¿Un chelín, seis peniques, tres peniques, dos peniques?». No se lo llevaban ni por un triste penique. La gente se paraba y miraba asombrada; luego se reía y reanudaba su camino. Empecé a sentirme apurado, sobre todo cuando dos hombres que había en una joyería de enfrente empezaron a mirarme a través del escaparate. Sin embargo, no me arredraba nada. Por fin logré vender por seis peniques un par de botines que parecían estar menos usados. Pero cuanto más tiempo pasaba más intranquilo me sentía. Al cabo de un buen rato uno de los caballeros de la joyería se acercó a mí y me preguntó con un marcado acento ruso cuánto tiempo hacía que me dedicaba a los negocios. A pesar de su rostro serio, me di cuenta de que bromeaba, y le dije que acababa de empezar. Se volvió lentamente hacia sus dos sonrientes compinches, que me estaban mirando por el escaparate. ¡Aquello era ya demasiado! Pensé que había llegado la hora de envolver mi

mercancía y de regresar a casa. Cuando le dije a mi madre que había vendido aquel par de botines por seis peniques se indignó: «Deberías haber sacado más por ellas —dijo—. ¡Eran un par muy bonito!».

En aquellos días no estábamos muy preocupados por el alquiler; resolvíamos el problema fácilmente estando fuera el día en que llamaba el administrador. Y como nuestros bienes tenían escaso valor, llevárselos hubiera costado más de lo que debíamos. Sin embargo, nos volvimos a mudar al número 3 de Pownall Terrace.

Por aquella época conocí a un hombre ya viejo y a su hijo, que trabajaban en un antiguo corralón situado en la parte trasera de Kennington Road. Eran fabricantes de juguetes, que iban de pueblo en pueblo vendiéndolos. Hombres libres, carecían de preocupaciones, y yo los envidiaba. Su profesión necesitaba poco capital. Pudieron iniciar su negocio con un solo chelín. Recogían cajas de zapatos, que les regalaban gustosos en las zapaterías, y también serrín de corcho del que se empleaba para embalar las uvas, que obtenían asimismo gratis. Su gasto inicial consistía tan solo en la compra de un penique de cola, otro penique de madera, dos de bramante, uno de papel de colores y tres ovillos de dos peniques de papel plateado. Por un chelín podían hacer siete docenas de barcos y venderlos a penique la pieza. Los costados los recortaban de las cajas de zapatos y los cosían sobre una base de cartón; la superficie lisa la untaban de cola, y luego echaban por encima serrín de corcho. Los mástiles los envolvían con papel plateado, y en lo alto del palo mayor y en los extremos de los botalones pegaban banderas rojas, a proa y a popa. Un centenar o más de estos barquitos de juguete, con su oropel de colores y sus banderas, resultaba un espectáculo alegre y festivo que atraía a los parroquianos, y se vendían fácilmente.

Gracias a nuestra amistad, empecé a ayudarlos a hacer barcos, y muy pronto me familiaricé con su fabricación. Cuando se marcharon del barrio me dediqué por mi cuenta al negocio. Con un capital limitado de seis peniques, y a costa de que se me llenaran de ampollas las manos cortando el cartón, en una semana fui capaz de producir tres docenas de barcos.

Pero en nuestra buhardilla no había espacio suficiente para el trabajo de mi madre y para mi industria de fabricación de barcos. Además, mi madre se quejaba del olor de la cola hirviendo y de que el bote que la contenía constituía una amenaza constante para sus blusas de hilo, que ocupaban la mayor parte de la habitación. Como mi aportación era menor que la de mi madre, tuvo preferencia su trabajo, y mi negocio quedó abandonado.

Durante ese tiempo habíamos visto poco a mi abuelo. El año anterior se le habían hinchado las manos por la gota, lo que dificultaba su trabajo de zapatero remendón. Hasta entonces, cuando podía permitírselo, había ayudado a mi madre con dos o tres chelines. A veces nos hacía la cena: un plato delicioso, a base de gachas de avena con cebolla, hervidas en leche y sazonadas con sal y pimienta. En las noches de invierno, aquel era nuestro alimento fundamental para aguantar el frío.

De niño consideraba a mi abuelo un viejo pelmazo que siempre me estaba

corrigiendo los modales o la gramática. A causa de estos pequeños choques había llegado a sentir antipatía por él. Ahora estaba en el hospital con reúma y mi madre iba a verle todos los días de visita, algo muy provechoso, porque solía volver con una cesta llena de huevos frescos, un verdadero lujo en aquella época de crisis. Cuando ella no podía ir me mandaba a mí. Siempre me sorprendía encontrar a mi abuelo muy amable y contento de verme. Era uno de los favoritos de las enfermeras; más tarde me contó que bromeaba con ellas, diciéndoles que, a pesar de su maldito reúma, no toda su «maquinaria» estaba averiada. Semejante fanfarronada divertía a las enfermeras. Cuando se lo permitía el reúma, trabajaba en la cocina, de donde procedían los huevos. Por lo general, los días de visita estaba en la cama; entonces sacaba de la mesilla que había junto a ella una gran bolsa de huevos, me la daba a escondidas y yo la ocultaba debajo de mi blusa de marinero antes de marcharme.

Durante varias semanas nos alimentamos a base de huevos cocinados de todas las maneras: hervidos, fritos y convertidos en flan. A pesar de que mi abuelo aseguraba que las enfermeras eran amigas suyas y más o menos sabían lo que ocurría, yo siempre tenía miedo al abandonar la sala del hospital, pues temía resbalar en el suelo encerado o que se descubriera el bulto que llevaba. Sucedía algo curioso: cuando me disponía a marcharme, las enfermeras brillaban por su ausencia. El día en que mi abuelo, curado de su reúma, abandonó el hospital fue triste para nosotros.

Por entonces habían transcurrido seis semanas y Sydney no regresaba. Al principio mi madre no se alarmó; pero al transcurrir otra semana de retraso, escribió a las oficinas de la compañía Donovan and Castle, que contestó diciendo que lo habían desembarcado en Ciudad del Cabo con el fin de que se sometiera a tratamiento para curar el reúma. Eso preocupó a mi madre y afectó a su salud. Seguía trabajando con la máquina de coser, y yo tuve la fortuna de conseguir un trabajo, dando lecciones particulares de baile a una familia al salir de clase; ganaba cinco chelines a la semana.

Por aquella época los McCarthy vinieron a vivir a Kennington Road. La señora McCarthy había sido una actriz irlandesa y era amiga de mi madre. Estaba casada con Walter McCarthy, contable público. Pero cuando mi madre tuvo que abandonar la escena perdimos de vista al señor y a la señora McCarthy y no los volvimos a encontrar hasta siete años después, cuando vinieron a vivir a Walcott Mansions, en la parte elegante de Kennington Road.

Su hijo, Wally McCarthy, y yo éramos de la misma edad. De pequeños solíamos jugar a las personas mayores, fingiendo que éramos artistas de vodevil, fumando unos puros imaginarios y viajando en nuestro también imaginario coche de un caballo, para gran regocijo de nuestros padres.

Desde que los McCarthy se habían ido a vivir a Walcott Mansions mi madre los había visto pocas veces; pero Wally y yo nos hicimos inseparables. En cuanto salía de la escuela iba corriendo a casa para ver si mi madre necesitaba que le hiciera algún recado, y luego me escapaba a casa de los McCarthy. Hacíamos teatro en la parte de atrás de Walcott Mansions. Como director, me adjudicaba siempre los papeles de

villano, pues sabía instintivamente que eran más brillantes que los de héroe. Actuábamos hasta la hora de cenar de Wally. Solían invitarme, ya que las horas de la comida tenía una rara habilidad para estar siempre presente. Sin embargo, había ocasiones en que mis maniobras no daban resultado y me volvía a casa a regañadientes. Mi madre se sentía feliz al verme y me preparaba pan frito en manteca o uno de los huevos que mandaba el abuelo y una taza de té. Solía leerme algo o nos sentábamos juntos ante la ventana y me divertía haciendo observaciones sobre los peatones que pasaban por allí, inventando historias acerca de ellos. Si era un joven con andares airosos y exagerados, ella decía: «Ahí va el señor Maneras. Va a hacer una apuesta. Si tiene hoy suerte, comprará una bicicleta de dos plazas para él y su novia».

Luego pasaba un hombre lentamente, cabizbajo: «Va a casa a comer el asado y las zanahorias, que detesta».

Después era alguien con aire de superioridad: «Ese es un hombre muy fino, pero ahora está preocupado por el agujero que lleva en los fondillos de los pantalones».

A continuación pasaba otro con mucha prisa: «Ese caballero acaba de tomar una purga». Y así seguía, haciéndome reír a carcajadas.

Transcurrió otra semana sin que supiéramos nada de Sydney. Si yo hubiera sido un poco mayor y más capaz de advertir la ansiedad de mi madre, me habría percatado de lo que nos esperaba. Habría observado que llevaba varios días sentada, distraída, junto a la ventana, que descuidaba la limpieza de la habitación y que se había vuelto extrañamente silenciosa. Me habría preocupado cuando en la casa de fabricantes de camisas empezaron a encontrar fallos en su trabajo, terminando por no dárselo; cuando se llevaron la máquina de coser por retraso en el pago de los plazos y cuando los cinco chelines que yo ganaba con las lecciones de baile cesaron de repente. Si me hubiese fijado en todo eso, me habría percatado de que mi madre permanecía apática e indiferente, algo raro en ella.

La señora McCarthy murió casi de repente. Tras estar enferma durante un tiempo, empeoró rápidamente y falleció. A consecuencia de aquello, invadieron mi mente pensamientos peregrinos. ¡Qué maravilloso sería que el señor McCarthy se casara con mi madre, siendo Wally y yo tan buenos amigos! Además, sería una solución ideal a todos los problemas de mi madre.

Poco después del funeral hablé de ello con mi madre.

—Madre, debería preocuparse de ver con frecuencia al señor McCarthy. Apuesto lo que quiera a que se casaría con usted.

Mi madre sonrió con languidez.

—Hay que darle un respiro al pobre hombre —dijo.

—Si estuviera bien vestida y se mostrase atractiva, como en otros tiempos, él se casaría con usted. Pero no lo intenta; todo lo que hace es estar sentada en esta asquerosa y horrible habitación.

¡Pobre madre! ¡Cómo deploro esas palabras! Nunca me di cuenta de que estaba

débil por la escasa alimentación. Sin embargo, al día siguiente, gracias a un esfuerzo sobrehumano, limpió la habitación.

Estábamos en la época de las vacaciones escolares, así que pensé en irme temprano a casa de los McCarthy; cualquier cosa con tal de alejarme de la miseria de nuestra buhardilla. Me invitaron a que me quedara a comer; pero yo tenía el presentimiento de que debía volver junto a mi madre. Cuando llegué a Pownall Terrace algunos niños de la vecindad me pararon en la puerta.

—Tu madre se ha vuelto loca —dijo una niña pequeña.

Al oír aquellas palabras sentí como una bofetada en la cara.

—¿Qué quieres decir? —murmuré, tartamudeando.

—Es verdad —dijo otra—. Ha estado llamando a todas las puertas de nuestras casas repartiendo pedazos de carbón y diciendo que eran regalos de cumpleaños para los niños. Se lo puedes preguntar a mi madre.

Sin escuchar nada más, eché a correr por la acera, crucé la puerta de la casa, subí volando las escaleras y abrí la puerta de nuestra habitación. Me detuve allí un momento para recobrar el aliento, mientras la miraba fijamente. Era una tarde de verano de ambiente opresivo. Mi madre estaba sentada junto a la ventana, como de costumbre. Se volvió poco a poco y me miró; tenía el rostro pálido y atormentado.

—¡Madre! —dije casi gritando.

—¿Qué? —contestó con aire ausente.

Entonces me precipité hacia ella, caí de rodillas y enterré la cara en su regazo, llorando inconsolablemente.

—¡Vamos, vamos! —dijo con dulzura, acariciándome la cabeza—. ¿Ha pasado algo malo?

—Usted no está bien —exclamé entre sollozos.

—Claro que estoy bien —dijo para tranquilizarme.

Parecía tan absorta, tan preocupada…

—¡No! ¡No! Dicen que ha ido por todas las casas y… —No pude continuar y volví a sollozar.

—Buscaba a Sydney —musitó débilmente—; quieren alejarlo de mí.

Entonces comprendí que era cierto lo que habían dicho los niños.

—¡Oh, mamá! ¡No hable así! —exclamé sollozando—. Deje que vaya a buscar a un médico.

Prosiguió acariciándome la cabeza.

—Los McCarthy saben dónde está y lo retienen lejos de mí.

—¡Mamá, por favor, déjeme que busque a un médico! —repetí.

Me levanté y fui hacia la puerta.

Me siguió con la mirada con una expresión dolorosa.

—¿Adónde vas?

—A buscar a un médico. No tardaré…

No contestó, pero me miró con ansiedad. Bajé deprisa las escaleras y entré en

casa de la dueña.

—Necesito un médico enseguida. ¡Mi madre no está bien!

—Ya hemos mandado a buscarlo —dijo la señora.

El doctor del barrio era viejo y gruñón, y después de oír el relato de la propietaria, que coincidía con el de los niños, reconoció muy por encima a mi madre.

—Está loca —dijo—. Envíenla al hospital.

El médico escribió algo en un papel; entre otras cosas, consignaba que mi madre sufría desnutrición, lo que me explicó diciéndome que no comía bastante.

—Allí estará mejor y la alimentarán de una manera adecuada —dijo la dueña de la casa para consolarme.

Me ayudó a recoger la ropa de mi madre y a vestirla. Mi madre obedecía como una niña; estaba tan débil, que parecía haberle abandonado la voluntad. Cuando salimos de casa, los vecinos y los niños estaban reunidos en la puerta principal, mirando asustados.

El hospital estaba a una media milla. A medida que avanzábamos mi madre se tambaleaba como una borracha a causa de la debilidad, bamboleándose de un lado a otro, aunque yo la sostenía. El implacable sol de la tarde parecía mostrar nuestra miseria cruelmente. La gente que se cruzaba con nosotros debía de pensar que mi madre estaba ebria; pero para mí aquellas personas eran como fantasmas de un sueño. Ella no decía una palabra, aunque parecía saber adónde nos dirigíamos y sentir ansiedad por llegar allí. En el camino intenté tranquilizarla, y ella sonrió; estaba demasiado débil para hablar.

Cuando por fin llegamos al hospital, un doctor joven la tomó a su cargo.

—Está bien. Señora Chaplin, venga por aquí —dijo con amabilidad, después de leer la nota.

Mi madre obedeció, sumisa. Pero cuando las enfermeras se la llevaban se volvió de repente, dándose cuenta, con pena, de que yo me quedaba atrás.

—La veré mañana —le dije con fingida alegría.

Se la llevaron mientras miraba a su espalda con ansiedad. Cuando hubo desaparecido, el doctor se volvió hacia mí y me dijo:

—Y ahora, ¿qué va a ser de ti, jovencito?

Como estaba harto de las escuelas de los asilos, respondí con mucha educación:

—¡Oh! Iré a vivir con mi tía.

Al alejarme del hospital hacia casa solo sentía una tristeza paralizadora. Sin embargo, me sentí aliviado, pues sabía que mi madre estaría mejor en el hospital que sentada sola en aquella habitación oscura, sin nada que comer. Pero nunca olvidaré aquella mirada desgarradora que me dirigió cuando se la llevaban. Recordé su trato amoroso, su alegría y su cariño; su menuda silueta, cansada, que solía avanzar calle abajo con aspecto preocupado, hasta que me veía echar a correr hacia ella; cómo cambiaba inmediatamente y se volvía toda sonrisas, mientras yo miraba con ansia la bolsa de papel donde llevaba aquellas pequeñas golosinas que traía siempre a casa

para Sydney y para mí. Incluso aquella misma mañana tenía guardado un caramelo; me lo ofreció cuando lloraba en su regazo.

No me fui derecho a casa; no pude. Me dirigí hacia el mercado de Newington Butts y me quedé mirando los escaparates hasta última hora de la tarde. Cuando volví, la buhardilla parecía reprocharme estar vacía. En una silla había un barreño de lavar medio lleno de agua. Dentro estaban en remojo mis camisas y otra camisa de mujer. Empecé a rebuscar; no había nada para comer en el armario, excepto un paquetito de té medio vacío. En la repisa de la chimenea estaba la bolsa de mi madre, en la que encontré tres medios peniques, unas llaves y varias papeletas de empeño. En una esquina de la mesa vi el caramelo que me había ofrecido. No pude resistir más y volví a echarme a llorar.

Agotado por la emoción, aquella noche dormí profundamente. Por la mañana me desperté en medio de un vacío fantasmagórico; los rayos de sol se reflejaban en el suelo y parecían poner de relieve la ausencia de mi madre. Más tarde vino la dueña de la casa y me dijo que podía quedarme hasta que alquilase la habitación, y que si quería comida no tenía más que pedirla. Le di las gracias y le dije que Sydney pagaría todas nuestras deudas cuando regresara. Pero yo era demasiado tímido para pedir algo de comer.

No fui a ver a mi madre al día siguiente, como le había prometido. No pude; habría sido demasiado impactante. Pero la dueña de la casa vio al médico y este le dijo que ya habían trasladado a mi madre al manicomio de Cane Hill. La triste noticia alivió mi conciencia, pues Cane Hill estaba a más de veinte millas y yo no tenía medios para ir allí. Sydney regresaría pronto y entonces iríamos a verla juntos. Durante los primeros días ni vi ni hablé a ningún conocido.

Salía furtivamente por la mañana temprano y estaba fuera todo el día, y siempre me las arreglaba para conseguir comida en alguna parte. Además, el hecho de no tomar alguna de las comidas del día no era ningún castigo. Una mañana me vio la dueña de la casa cuando yo bajaba las escaleras y me preguntó si había desayunado. Hice un gesto de negación con la cabeza. «Entonces ven», dijo en su tono gruñón.

Me mantuve alejado de los McCarthy porque no quería que supieran lo de mi madre. Como un fugitivo, me aparté del camino de todo el mundo.

Hacía una semana que ya no estaba mi madre y me había acostumbrado a una manera de vivir que no era para mí ni motivo de gozo ni de pena. Mi mayor preocupación era la dueña de la casa, pues si Sydney no regresaba tarde o temprano ella tendría que avisar a las autoridades de la parroquia y me enviarían a la escuela de Hanwell. Así que evitaba su presencia e incluso dormía fuera de vez en cuando.

Entonces me tropecé con unos leñadores que trabajaban en un callejón sin salida, detrás de Kennington Road. Eran unos hombres con aspecto de proscritos, que trabajaban duramente en una oscura choza y que se entendían a medias palabras, aserrando y cortando madera todo el día y haciendo con ella haces de leña a medio

penique. Yo solía merodear alrededor del portalón abierto para observarlos. Cogían un tarugo de madera de un pie cuadrado y lo aserraban en tiras; luego juntaban las tiras y las cortaban haciendo astillas; hendían la madera con tal rapidez, que me fascinaba y hacía atractivo aquel trabajo. Muy pronto empecé a ayudarlos. Compraban madera a los contratistas de derribos, la acarreaban hasta su choza y la apilaban, lo que les llevaba un día; al día siguiente la aserraban y al siguiente la cortaban. Los viernes y los sábados vendían la leña. Pero la venta no me interesaba; era más divertido trabajar juntos en la choza.

Eran hombres afables y silenciosos, de unos cuarenta años, pero parecían y obraban como si fueran mucho más viejos. El jefe (como le llamábamos nosotros) tenía una nariz roja de diabético y le faltaban todos los dientes y muelas de arriba, a excepción de un colmillo. Sin embargo, había una suave dulzura en su rostro. Tenía una sonrisa ridícula, que ponía de manifiesto de modo prodigioso su único diente. Cuando faltaba una taza para el té, cogía un bote vacío de leche, lo enjuagaba y con una sonrisa burlona decía: «¿Quién quiere esta?». El otro aserrador, aunque agradable, era taciturno, tenía una cara pálida, de labios gruesos y hablaba entre dientes. Alrededor de la una, el jefe me miraba.

—¿Has probado alguna vez el plato galés de cortezas de queso?

—Muchas veces —replicaba yo.

Luego sonreía, me daba dos peniques y me iba a la tienda de ultramarinos de la esquina, cuyos dueños me querían y me daban siempre mucho por aquel dinero. Compraba un penique de cortezas de queso y un penique de pan. Después de lavar y raspar el queso le añadíamos agua y un poco de sal y pimienta. A veces el jefe echaba un pedazo de tocino y una cebolla cortada, que con un poco de té caliente resultaba una comida muy apetitosa.

Aunque no pedí nunca dinero, al final de la semana el jefe me dio seis peniques. Fue una agradable sorpresa.

Joe, el de la cara pálida, sufría ataques, y el jefe le quemaba papel de estraza bajo la nariz para hacerle volver en sí. A veces echaba espuma por la boca y se mordía la lengua, y cuando se recuperaba tenía un aspecto patético y parecía avergonzado.

Los leñadores trabajaban desde la siete de la mañana hasta las siete de la noche, a veces hasta más tarde. Siempre me entristecía cuando cerraban el cobertizo y se iban a su casa. Una noche el jefe decidió invitarnos a una entrada de tribuna, que costaba dos peniques, en el South London Music Hall. Joe y yo nos habíamos lavado y acicalado y esperábamos al jefe. Yo estaba emocionado, porque aquella semana se representaba la comedia de Fred Karno *Early Birds* (la compañía a la que me uniría años después). Joe estaba apoyado contra la pared del cobertizo, y yo, de pie delante de él, los dos llenos de entusiasmo e impacientes, cuando de repente lanzó un bramido y se deslizó de costado contra la pared, sufriendo uno de sus ataques. Aquella excitación había sido demasiado para Joe. El jefe quería quedarse a cuidarle, pero Joe insistió en que nos fuésemos los dos, ya que él estaría bien por la mañana.

La amenaza de la escuela fue como un ogro que no me abandonaba nunca. En cierta ocasión los leñadores me preguntaron por ella. Se inquietaron un poco cuando acabaron las vacaciones; por eso me mantenía alejado de ellos hasta las cuatro y media, que era la hora en que terminaba la escuela. Pero para mí era un día largo y solitario, en medio del resplandor de unas calles despiadadas, esperando hasta las cuatro y media para volver a mi sombrío cuchitril y a los leñadores.

Una noche, cuando iba a acostarme, me llamó la dueña de la casa. Se había quedado despierta, esperándome. Estaba muy excitada y me dio un telegrama. Decía: «Llegaré mañana, a las diez de la mañana, a la estación de Waterloo. Abrazos, Sydney».

No tenía un aspecto muy elegante cuando le di la bienvenida en la estación. Llevaba la ropa sucia y desgarrada, los zapatos rotos y el forro de mi gorra sobresalía como las puntillas de las enaguas de una mujer. Solo me lavaba la cara en el grifo de los leñadores, porque así evitaba subir un balde de agua tres tramos de escalera y pasar por la cocina de la dueña de la casa. Cuando me encontré con Sydney llevaba las orejas y el cuello más negros que el carbón.

—Pero ¿qué ha pasado? —dijo, mirándome.

No le di la noticia con demasiada suavidad.

—Mamá se ha vuelto loca y hemos tenido que mandarla al manicomio.

Se le ensombreció el rostro, pero se dominó.

—¿Dónde vives?

—En el mismo sitio, en Pownall Terrace.

Se volvió para ocuparse de su equipaje. Me di cuenta de que estaba pálido y delgado. Llamó un coche de alquiler y los mozos apilaron en él las maletas, y entre otras cosas más, ¡un cesto de plátanos!

—¿Eso es nuestro? —le pregunté con ansiedad.

Asintió con la cabeza.

—Están demasiado verdes; tendremos que esperar uno o dos días para comerlos.

Camino de casa empezó a preguntarme sobre nuestra madre. Yo estaba demasiado excitado para hacerle un relato coherente, pero de algo se enteró. Me dijo que le habían dejado en un hospital de Ciudad del Cabo a fin de que se sometiera a un tratamiento médico, y que en el viaje de vuelta había ganado veinte libras esterlinas, que pensaba dar a nuestra madre. Las había obtenido de los soldados organizando rifas para ellos.

Me contó sus planes. Pensaba dejar el mar y hacerse actor. Calculaba que el dinero nos mantendría veinte semanas, y durante ese tiempo buscaría trabajo en el teatro.

Nuestra llegada en un coche de alquiler con un cesto de plátanos impresionó a los vecinos y a la dueña de la casa. Esta le contó a Sydney lo de mi madre, pero sin entrar en detalles penosos.

Ese mismo día Sydney fue de compras y adquirió ropa nueva para mí, y aquella

noche los dos, muy elegantes, nos sentamos en un palco del South London Music Hall. Durante la representación Sydney no hacía más que decir: «Imagínate lo que habría significado para mamá esta noche».

Aquella semana fuimos a Cane Hill a verla. Mientras aguardábamos en la sala de visitas, el tormento de la espera se nos hizo casi insufrible. Me acuerdo que se oyó un ruido de llaves y entró nuestra madre. Estaba pálida y tenía los labios azulados, y aunque nos reconoció, lo hizo sin entusiasmo; su antigua energía había desaparecido. Iba acompañada de una enfermera, una mujer insustancial y charlatana, que se quedó allí y quería hablar a toda costa.

—Es una pena que vengan en este momento —dijo—, pues hoy no estamos muy bien, ¿verdad, querida?

Nuestra madre la miró cortésmente y sonrió a medias, como esperando que se marchara.

—Deben venir otro día, cuando estemos un poco mejor —añadió la enfermera.

Al cabo de un rato se fue y nos quedamos solos. Aunque Sydney intentó animar a nuestra madre contándole su buena suerte, el dinero que había ganado y el motivo de haber estado fuera tanto tiempo, ella se limitó a permanecer sentada, escuchando y asintiendo, con un aire vago y preocupado. Le dije que pronto se pondría bien.

—Desde luego —murmuró dolorosamente—, si solo me hubierais dado una taza de té aquella tarde, ahora estaría bien.

Después el médico le comentó a Sydney que su mente estaba lesionada a causa de la desnutrición, que necesitaba un tratamiento médico adecuado y que, aunque tenía momentos de lucidez, pasarían meses antes de que se restableciera por completo. Pero durante varios días estuve obsesionado con su observación: «Si solo me hubierais dado una taza de té aquella tarde, ahora estaría bien».

5

Joseph Conrad escribió a un amigo a este propósito que la vida hacía que se sintiera como una rata ciega y acorralada, esperando que la matasen a garrotazos. Este símil podría muy bien aplicarse a las espantosas circunstancias por las que pasamos todos; sin embargo, a algunos nos recompensa la buena suerte y eso es lo que me ocurrió.

Yo había sido vendedor de periódicos, impresor, fabricante de juguetes, soplador de vidrio y botones de un médico, entre otras cosas; pero mientras desempeñaba esos trabajos nunca había perdido de vista mi objetivo último, que era llegar a ser actor. Así que en mis ratos libres me limpiaba los zapatos, me cepillaba la ropa, me ponía un cuello limpio y hacía visitas periódicas a la agencia teatral Blackmore, situada en Bedford Street junto al Strand. Lo hice hasta que el estado de mi ropa me impidió realizar más visitas.

La primera vez que fui allí, la oficina estaba llena de émulos de Tespis de ambos sexos, vestidos de manera impecable, que conversaban en tono grandilocuente. Emocionado, me quedaba en un rincón alejado junto a la puerta, penosamente intimidado, tratando de ocultar el traje raído y los zapatos deformados por el largo uso. De la oficina interior salía esporádicamente un empleado, y como si fuera una segadora, cortaba el orgullo de los actores con el lacónico aviso de: «Nada para usted, ni para usted, ni para usted». Y la oficina se desalojaba lo mismo que se vacía una iglesia al final de una celebración religiosa. ¡En una ocasión me quedé solo! Cuando me vio el empleado, se detuvo con brusquedad:

—¿Qué quieres?

Me sentí como Oliver Twist cuando pedía más.

—¿Tienen ustedes papeles de chico? —murmuré precipitadamente.

—¿Estás inscrito?

Negué con la cabeza.

Ante mi sorpresa, me introdujo en la oficina contigua y me tomó el nombre, la dirección y los demás datos, diciendo que si había algo me avisaría. Me fui con la grata sensación de haber cumplido un deber, pero a la vez agradecido de que no me hubiera salido ninguna colocación.

Y ahora, un mes después del regreso de Sydney, recibí una postal que decía: «¿Haría usted el favor de pasar por la agencia Blackmore, en Bedford Street, Strand».

Me presenté con mi traje nuevo y me llevaron en presencia del propio señor Blackmore, que fue todo sonrisas y amabilidad. Yo lo había imaginado como un hombre todopoderoso y de mirada inquisitorial. Sin embargo, estuvo de lo más amable y me dio una nota para que me presentara al señor C. E. Hamilton, en la oficina del teatro de Charles Frohman.

El señor Hamilton la leyó y se mostró divertido y asombrado al ver lo pequeño que yo era. Por supuesto, le mentí acerca de mi edad: le dije que tenía catorce años —tenía solo doce y medio—. Me comentó que tenía que hacer el papel de Billie, el botones de *Sherlock Holmes*, para una gira de cuarenta semanas que empezaría en otoño.

—Mientras tanto —dijo el señor Hamilton—, hay un papel muy bueno de chico en una nueva comedia, *Jim, the Romance of a Cockney*, escrita por el señor H. A. Saintsbury, el caballero que hará el papel principal en *Sherlock Holmes* en esa próxima gira.

Jim se representaría en Kingston, a título de prueba, antes de la mencionada gira. El sueldo era de dos libras y diez chelines a la semana, el mismo que me darían en *Sherlock Holmes*.

A pesar de que la suma venía como caída del cielo, ni siquiera pestañeé.

—Tengo que consultar con mi hermano las condiciones —dije con solemnidad.

El señor Hamilton se rió; parecía muy divertido. Luego llamó a todo el personal de la oficina para que me vieran.

—¡Este es nuestro Billie! ¿Qué os parece?

Todo el mundo se mostró encantado y me sonrió con afecto. ¿Qué había sucedido? Parecía como si de pronto hubiera cambiado el mundo, tendiéndome sus brazos y adoptándome. Después el señor Hamilton me dio una nota para el señor Saintsbury, y me dijo que lo encontraría en el club Green Room, de Leicester Square. Y salí como si anduviera por las nubes.

Lo mismo sucedió en el club Green Room. El señor Saintsbury llamó a otros socios para que me vieran. Y en ese momento me entregó el papel de Sammy, diciendo que era uno de los papeles más importantes de su comedia. Yo estaba algo nervioso por temor a que me mandara leerlo allí mismo, lo que me habría puesto en un aprieto, pues apenas sabía leer. Por suerte, me dijo que me lo llevara a casa y lo leyera con tranquilidad, porque los ensayos no empezarían hasta la semana siguiente. Me fui a casa en el autobús, aturdido de felicidad, y empecé a comprender la trascendencia de lo que me acababa de suceder. De repente abandonaba una vida de pobreza y entraba en el sueño deseado durante largo tiempo, un sueño del que mi madre hablaba a menudo, un sueño que ella había acariciado. ¡Iba a ser actor! ¡Había llegado todo tan súbita, tan inesperadamente! No hacía más que pasar y repasar las páginas de mi papel —tenía una cubierta de papel de envolver—, el documento más

importante que jamás había tenido en mis manos. Durante el viaje en el autobús me di cuenta de que había franqueado un umbral importante. Ya no volvería a ser uno de esos personajes anónimos que arrastran su vida por los suburbios; ahora era un personaje del teatro. Me entraron ganas de llorar.

Los ojos de Sydney se humedecieron cuando le conté lo ocurrido. Estaba sentado en la cama con las piernas cruzadas, mirando pensativamente por la ventana, moviendo la cabeza tanto a los lados como de arriba abajo.

—Este es el momento decisivo de nuestras vidas —dijo por fin con seriedad—. Si estuviera aquí mamá para disfrutarlo con nosotros…

—¡Figúrate! —continué con entusiasmo—. Cuarenta semanas a dos libras con diez chelines. Le dije al señor Hamilton que tú te ocupabas de mis negocios; así que —añadí con ansiedad— podríamos conseguir todavía más. ¡De todos modos, podemos ahorrar sesenta libras al año!

Una vez que se calmó nuestro entusiasmo, convinimos en que dos libras con diez chelines no eran bastante para un papel tan importante. Sydney fue a ver si podía conseguir un aumento, pero el señor Hamilton se mostró inflexible. «Dos libras con diez chelines es el máximo», dijo, y nos dimos por contentos.

Sydney me leyó el papel y me ayudó a memorizarlo. Era un texto muy largo, de unas treinta y cinco páginas, si bien me lo aprendí en tres días.

Los ensayos de *Jim* tenían lugar en el vestíbulo superior del teatro Drury Lane. Sydney me había preparado con tanto celo que yo recitaba el papel perfectamente. Solo una palabra se me atragantó. El papel decía: «¿Quién te has creído que eres? ¿El señor Pierpont Morgan?»; pero yo decía: «Putterpint Morgan». El señor Saintsbury me dijo que no lo corrigiera. Aquellos primeros ensayos fueron una revelación. Me abrieron un nuevo mundo de técnicas. Yo no tenía la menor idea de que existieran cosas como la técnica escénica, la estructuración del tiempo, las pausas, darse la vuelta y sentarse oportunamente; pero las aprendí con la mayor naturalidad. Solo un defecto me corrigió el señor Saintsbury: movía la cabeza y gesticulaba mucho al hablar.

Después de ensayar algunas escenas se quedó asombrado y me preguntó si había trabajado antes en el teatro. ¡Fue una gran satisfacción agradar al señor Saintsbury y al resto de los actores! Sin embargo, acepté su entusiasmo como si fuera un derecho heredado.

Jim se representaría a modo de prueba durante una semana en el teatro Kingston y otra en el Fulham. Era un melodrama, calcado de la obra de Henry Arthur Jones *Silver King*: la historia de un aristócrata que sufre amnesia y se encuentra viviendo en una buhardilla con una joven florista y un chico vendedor de periódicos, Sammy, mi papel. Moralmente era intachable: la muchacha dormía en el armario de la buhardilla, mientras que el duque, como le llamábamos, disfrutaba de la cama; yo dormía en el suelo.

El primer acto transcurría en el número 7 de Devereux Court, en el despacho que

tenía cerca del edificio del Palacio de Justicia James Seaton Gatlock, un rico abogado. El harapiento duque, después de visitar al hombre que había sido su rival en amores, pide limosna para ayudar a su bienhechora enferma, la florista que lo había mantenido durante su ataque de amnesia.

En un altercado, el villano le dice al duque: «¡Lárgate! ¡Lárgate y moríos de hambre, tú y tu impúdica querida!».

El duque, aunque frágil y débil, coge de la mesa un cortapapeles como para herir al villano, pero se le cae de la mano a la mesa al sufrir un ataque de epilepsia, cayendo inconsciente a los pies del traidor. En ese momento la ex mujer de este último, de quien estuvo una vez enamorado el andrajoso duque, entra en la estancia. Entonces intercede en favor del duque, diciendo: «¡Fracasó conmigo; fracasó en la abogacía! ¡Por lo menos, podrías ayudarle!».

Pero el villano se niega. La escena llega a su punto culminante, en el que él acusa a su ex mujer de infidelidad con el desdichado duque y la denuncia. En un rapto de locura, ella coge el cortapapeles que ha caído de la mano del desgraciado duque y apuñala al villano, que cae muerto en su sillón, mientras el desafortunado noble yace inconsciente a sus pies. La mujer desaparece de escena, y el duque, volviendo en sí, descubre a su rival, que está muerto. «¡Dios mío! ¿Qué he hecho?», dice.

Pero no acaba aquí la cosa. Registra los bolsillos del muerto, encuentra una cartera que contiene varias libras esterlinas, un anillo de diamantes y otras joyas, se apodera de todo ello, y cuando se va por la ventana, se vuelve y dice: «¡Adiós, Gatlock! Al fin y al cabo, me has ayudado». Telón.

El acto siguiente se desarrolla en la buhardilla donde vive el duque. La escena se inicia con un solitario detective, que está registrando un armario. Yo entro silbando; luego, me callo al ver al detective.

VENDEDOR DE PERIÓDICOS: ¡Oiga! ¿No sabe usted que este es el dormitorio de una señora?

DETECTIVE: ¡Cómo! ¿Ese armario? ¡Ven aquí!

VENDEDOR: ¡Vaya con el tío frescales!

DETECTIVE: ¡A callar! Entra y cierra la puerta.

VENDEDOR *(yendo hacia él)*: Es usted muy fino, ¿verdad?, invitando a los compinches a entrar en su propia habitación…

DETECTIVE: Soy un detective.

VENDEDOR: ¡Cómo! ¡Un poli! ¡Me largo!

DETECTIVE: No voy a hacerte daño. Lo único que quiero son algunos informes que ayudarán a hacer bien a alguien.

VENDEDOR: ¿Bien a alguien? No es posible. Si a alguno le cae algo bueno, no será gracias a los polis.

DETECTIVE: No seas tonto. ¿Acaso habría sido mejor que te hubiera dicho que estuve en el ejército?

VENDEDOR: No hace falta. Le veo las botas.

DETECTIVE: ¿Quién vive aquí?

VENDEDOR: El duque.

DETECTIVE: Sí; pero ¿cuál es su verdadero nombre?

VENDEDOR: No lo sé. El duque es un *nom de guerre*, como él dice, aunque maldita sea si sé lo que esto significa.

DETECTIVE: ¿Y qué aspecto tiene?

VENDEDOR: Más delgado que un espárrago. Pelo gris, muy bien afeitado; lleva sombrero de copa y usa monóculo. ¡Y cómo le mira a uno con él!

DETECTIVE: Y el tal Jim, ¿quién es?

VENDEDOR: ¿Él? ¡Querrá usted decir ella!

DETECTIVE: ¡Ah! Entonces es la señora la que…

VENDEDOR *(interrumpiéndole):* … que duerme en el armario… Esta habitación es la nuestra, mía y del duque…

El papel era mucho más largo, y lo crean ustedes o no, resultaba muy divertido para el público, creo que debido a que yo parecía mucho más joven de lo que era. Cada párrafo que decía era subrayado por una carcajada. Lo único que me molestaba eran los quehaceres mecánicos: tener que hacer té de verdad en escena. Me armaba un lío sobre si había que echar primero el té o el agua caliente en la tetera. Paradójicamente, me resultaba más fácil hablar que realizar movimientos en escena.

Jim no tuvo éxito. Los críticos arremetieron sin piedad contra la comedia. Sin embargo, yo recibí elogiosas felicitaciones en las reseñas. Una de ellas, que me mostró Charles Rock, un miembro de nuestra compañía, era muy buena. Él mismo era un antiguo actor del Adelphi de notable reputación, y yo hacía con él la mayoría de mis escenas. «Muchacho —me dijo solemnemente—, no te pongas tonto cuando leas esto.» Y después de darme una conferencia sobre la modestia y la bondad, leyó la reseña del *London Topical Times*, que recuerdo palabra por palabra. Tras censurar la comedia, continuaba: «Pero hay un elemento que la redime: el papel de Sammy, un vendedor de periódicos, un golfillo londinense, en el que recae la mayor parte del papel cómico. A pesar de ser un papel muy visto y pasado de moda, este de Sammy lo

representó de un modo regocijante el joven Charles Chaplin, un niño actor, inteligente y expresivo. Yo nunca había oído hablar del muchacho, pero espero grandes cosas de él en un futuro próximo». Sydney compró una docena de ejemplares.

Después de completar la temporada de dos semanas con *Jim* empezamos los ensayos de *Sherlock Holmes*. En esa época Sydney y yo todavía vivíamos en Pownall Terrace, porque nuestra base económica no era aún segura del todo.

Durante los ensayos, Sydney y yo fuimos a Cane Hill a ver a nuestra madre. Al principio las enfermeras nos dijeron que aquel día no la podíamos ver porque no estaba bien. Llevaron a Sydney aparte para que yo no pudiera oírles; aun así, lo oí contestar:

—No, no creo que quiera.

Luego, acercándose a mí con tristeza, me dijo:

—No querrás ver a mamá en una celda acolchada…

—¡No, no! ¡No podría soportarlo! —dije, retrocediendo.

Pero Sydney sí entró, y nuestra madre lo reconoció y recobró la lucidez. Minutos después una enfermera me dijo que nuestra madre estaba bastante bien y que si quería verla. Entré y nos sentamos juntos en su celda acolchada. Antes de irnos me llevó aparte y me susurró, apenada: «No dejes tu camino, porque podrían encerrarte aquí». Permaneció dieciocho meses en Cane Hill antes de recobrar la salud. Pero Sydney la visitaba regularmente mientras yo estaba de gira.

El señor H. A. Saintsbury, que hacía el papel de Holmes en la gira, era una réplica viviente de las ilustraciones del *Strand Magazine*. Tenía un rostro largo y expresivo y una frente despejada. De todos los que representaron el papel de Holmes, él estaba considerado el mejor, superando incluso a William Gillette, el Holmes original y autor de la comedia.

En mi primera gira, la dirección decidió que yo viviría con el señor y la señora Green, el carpintero de la compañía y su esposa, encargada del vestuario. No era una perspectiva muy alentadora. Además, el señor y la señora Green bebían de vez en cuando; y yo no siempre quería comer cuando ellos lo hacían o tomar lo que ellos comían. Estoy seguro de que mi estancia con los Green fue más molesta para ellos que para mí. Así que al cabo de tres semanas nos pusimos de acuerdo para separarnos, y como yo era demasiado joven para estar con los demás actores, viví solo. Estaba solo en ciudades extrañas, solo en habitaciones interiores, hablando rara vez con alguien, hasta la función de la noche, y oyendo únicamente mi voz cuando hablaba conmigo mismo. Solía ir a los establecimientos donde se reunían los miembros de la compañía y los veía jugar al billar; pero siempre me pareció que mi presencia coartaba su conversación, y no dejaban de hacérmelo notar. No podía sonreír ante sus procacidades sin que me mirasen ceñudos.

Empecé a sentirme melancólico. Llegar a las ciudades norteñas en una noche de

domingo y oír el doloroso repique de las campanas de las iglesias, mientras caminaba por la oscura calle principal, no aliviaba en modo alguno mi soledad. Los días laborables iba a los mercados locales y compraba carne y comestibles para que los guisara la casera. A veces me alojaba a pensión completa y comía en la cocina con la familia. Eso me gustaba, porque las cocinas del norte eran limpias y saludables, con pulidos morillos en la chimenea y hogares que el humo azuleaba. Cuando la casera cocía el pan, era agradable escapar de un día frío y oscuro para encontrarse ante el brillo rojizo de una chimenea de Lancashire y ver los moldes de panes sin cocer alrededor del hogar; me sentaba a tomar el té con la familia, con el sabor del pan caliente, recién sacado del horno, y de la mantequilla fresca; era algo que se saboreaba con grave solemnidad.

Llevaba seis meses en provincias. Entretanto Sydney no había tenido suerte en lograr un puesto en el teatro, de modo que se vio obligado a renunciar a su ambición dramática y tuvo que solicitar una plaza de barman en el Coal Hole, del Strand. Consiguió aquel puesto entre ciento cincuenta solicitantes. Pero había caído ignominiosamente de su pedestal, por así decirlo.

Me escribía con regularidad y me daba noticias de nuestra madre; pero yo raras veces contestaba a sus cartas, por una razón: porque no sabía escribir bien. Una de sus cartas me conmovió profundamente y me acercó más a él; me reprochaba que no contestara y me recordaba la miseria que habíamos soportado juntos y que debía unirnos aún más. «Desde la enfermedad de mamá —me escribía Sydney—, todo lo que poseemos en el mundo es nuestro mutuo cariño. Así que debes escribirme con regularidad y hacerme saber que tengo un hermano.» Su carta era tan conmovedora que le contesté de inmediato. Ahora veía a Sydney desde otra perspectiva. Esa carta cimentó un cariño fraternal que ha durado toda mi vida.

Me acostumbré a vivir solo. Pero había perdido de tal manera el hábito de hablar, que cuando me encontraba con un miembro de la compañía experimentaba una intensa turbación. No podía reconcentrarme con la suficiente rapidez para contestar a sus preguntas de un modo inteligente, y estoy seguro de que se separaban de mí alarmados y preocupados por mi salud mental. La señorita Greta Hahn, por ejemplo, nuestra primera actriz, era bella, encantadora y muy amable; sin embargo, cuando la veía cruzar la calle hacia mí daba la vuelta enseguida y me ponía a mirar un escaparate o me marchaba por otra calle para alejarme de ella.

Empecé a descuidar mi persona y adquirí unas costumbres muy irregulares. Cuando viajaba con la compañía llegaba siempre tarde a la estación y cogía el tren por los pelos, desgreñado y sin cuello, lo que me valía ser amonestado continuamente.

Para tener compañía me compré un conejo, y en todos los sitios donde me alojaba lo metía en la habitación a escondidas, sin que lo supiera la casera. Era un animalito encantador. Su piel era tan blanca y limpia, que uno no podía imaginar el penetrante olor que desprendía. Lo guardaba en una jaula de madera escondida debajo de la

cama. La casera entraba alegremente en mi cuarto con el desayuno, hasta que percibía el hedor, y entonces se iba preocupada y confusa. En cuanto se marchaba soltaba al conejillo, que empezaba a brincar por el cuarto.

Al poco tiempo le había enseñado a correr hacia su jaula cada vez que llamaban a la puerta. Si la casera descubría mi secreto hacía que el conejillo ejecutara su truco ante ella, lo que solía ablandar su corazón femenino, y nos toleraba durante la semana de mi estancia.

Sin embargo, en Tonypandy, Gales, después de mostrarle mi número, la casera sonrió de manera misteriosa y no hizo ningún comentario; pero cuando regresé del teatro aquella noche, mi mascota había desaparecido. Al preguntar por él, la casera se limitó a mover a ambos lados la cabeza: «Debe haberse escapado o alguien lo habrá robado». Había resuelto el problema a su manera, de un modo eficaz.

Desde Tonypandy fuimos a la ciudad minera de Ebbw Vale para hacer tres funciones, y yo agradecí que no fuese por más tiempo, pues Ebbw Vale era en aquellos días una ciudad húmeda y fea, con una hilera tras otra de casas repugnantes y uniformes, cada una con cuatro pequeñas habitaciones, alumbradas con lámparas de petróleo. La mayor parte de la compañía se hospedó en un hotel. Por fortuna, yo encontré una habitación delantera en casa de un minero, y aunque pequeña, era cómoda y limpia. Por la noche, después de la función, me dejaban la cena junto al fuego para que estuviera caliente.

La casera, una mujer alta, guapetona, de mediana edad, tenía cierto aspecto trágico. Entraba por la mañana con el desayuno y apenas pronunciaba una palabra. Observé que la puerta de la cocina estaba siempre cerrada; cuando quería algo tenía que llamar a la puerta y esta se abría solo unas pulgadas.

La segunda noche, mientras cenaba, entró su marido, un hombre más o menos de la misma edad que su esposa. Aquella noche había estado en el teatro y le divirtió la comedia. Se quedó un rato charlando, mientras sostenía una vela encendida, preparado para irse a la cama. Se detuvo y pareció como si pensara lo que quería decir.

—Oye, tengo algo que quizá convenga a tu negocio. ¿Has visto alguna vez una rana humana? Ten, coge la vela; yo sostendré la lámpara.

Me condujo a la cocina y dejó la lámpara sobre el armario, que tenía cortinas en lugar de puertas.

—¡Oye, Gilbert, sal de ahí! —dijo, descorriendo las cortinas.

Un medio hombre sin piernas, con una cabeza descomunal, rubia, aplastada, una repelente cara blanca, nariz hundida, boca grande y hombros y brazos musculosos y fuertes, reptó desde la parte inferior del armario. Llevaba ropa interior de franela, con las piernas de la prenda cortadas a la altura de los muslos, de los cuales brotaban diez gruesos y tiesos dedos de pies. La espantosa criatura podría tener lo mismo veinte que cuarenta años. Levantó la vista y sonrió, mostrando una serie de dientes amarillos y muy separados.

—¡Salta, Gilbert! —le dijo el padre; el desgraciado se inclinó lentamente y luego salió disparado por la fuerza de sus brazos hasta la altura de mi cabeza.

—¿No crees que estaría bien en un circo? ¡La rana humana!

Me sentí tan horrorizado que apenas pude contestar. Sin embargo, sugerí los nombres de varios circos a los que podía escribir.

Insistió en que la desgraciada criatura realizara nuevos números, saltando, trepando y apoyándose sobre las manos en los brazos de una butaca. Cuando al fin terminó, fingí que estaba entusiasmado y lo felicité por sus habilidades.

—¡Buenas noches, Gilbert! —dije antes de irme.

—Buenas noches —contestó el pobre sujeto, con voz hueca y una gran dificultad.

Durante la noche me desperté varias veces y comprobé que estaba echada la cerradura de la puerta. A la mañana siguiente la casera parecía complaciente y comunicativa:

—Creo que viste a Gilbert anoche —me dijo—. Por supuesto, solo duerme en el armario cuando tenemos huéspedes del teatro.

Entonces se me ocurrió el espantoso pensamiento de que yo había estado durmiendo en la cama de Gilbert.

—Claro —contesté; y hablé con ponderado entusiasmo de las posibilidades de que lo contrataran en un circo.

—Hemos pensado muchas veces en ello —asintió ella.

Mi entusiasmo —o lo que fuera— pareció agradar a la casera, y antes de marcharme entré en la cocina para despedirme de Gilbert. Con un gran esfuerzo para hacerme el indiferente, apreté su mano grande y callosa y él estrechó suavemente la mía.

Después de cuarenta semanas por provincias regresamos para trabajar otras ocho en los alrededores de Londres. Como *Sherlock Holmes* había sido un éxito extraordinario, la obra iniciaría una segunda gira tres semanas después de terminar la primera.

Sydney y yo habíamos decidido dejar nuestra casa de Pownall Terrace y alquilar unas habitaciones más decorosas en Kennington Road. Lo mismo que las serpientes, queríamos mudar de piel, arrojando todo vestigio del pasado.

Hablé de Sydney a la dirección para que interpretara un pequeño papel en la próxima gira de *Holmes*, y lo consiguió: ¡treinta y cinco chelines a la semana! Esta vez nos fuimos de gira juntos.

Sydney escribía a nuestra madre todas las semanas, y hacia el final de la segunda gira recibimos una carta del manicomio de Cane Hill diciendo que había recuperado por completo la salud. Eso sí que eran buenas noticias. Hicimos rápidamente los preparativos para sacarla de allí y que se reuniera con nosotros en Reading. Para celebrar el acontecimiento alquilamos un piso especial de lujo, con dos dormitorios y una sala con piano; adornamos el dormitorio de ella con flores y preparamos una

comida espléndida.

Sydney y yo la esperamos en la estación, emocionados y dichosos. Sin embargo, no pude sino sentir ansiedad por la forma en que se adaptaría de nuevo a nuestras vidas, sabiendo que los estrechos lazos de otros días ya no volverían a existir entre nosotros.

Por fin llegó el tren. Llenos de excitación y no muy seguros, examinamos los rostros de los viajeros a medida que se apeaban de los vagones. De pronto, allí estaba ella, sonriendo y caminando con calma hacia nosotros. No mostró gran emoción cuando fuimos a su encuentro, pero nos saludó con afectuoso decoro. Era evidente que ella también necesitaba adaptarse.

En aquel corto trayecto en coche hasta nuestro piso hablamos de un montón de cosas diferentes, con importancia o sin ella.

Pasado nuestro entusiasmo inicial y después de enseñarle el apartamento y las flores de su dormitorio, nos encontramos en la sala contemplándonos sin hablar. Era un día soleado, y nuestro apartamento daba a una calle silenciosa; pero ahora su silencio resultaba desagradable, y a pesar de mi deseo de ser feliz, tuve que luchar contra la depresión. Mi pobre madre, que exigía tan poco de la vida para sentirse alegre y jovial, me recordó mi infeliz pasado. Sin embargo, era la última persona del mundo que debiera haberme afectado de aquella manera. No obstante, hice todo lo posible para ocultar este hecho. Había envejecido un poco y había ganado peso. Siempre me sentí orgulloso del aspecto que tenía mi madre y de su modo de vestir, y hubiese querido presentársela a la compañía con el mejor aspecto posible; pero ahora se la veía desaliñada. Debió de darse cuenta de mis recelos, pues se volvió con una mirada inquisitiva.

Tímidamente le arreglé un mechón de pelo.

—Quiero que estés lo mejor posible antes de que te presente a la compañía —dije, sonriendo.

Me miró y, después, sacó su borla de polvos y se la pasó por la cara.

—Estoy contenta de estar viva —replicó alegremente.

Muy pronto nos adaptamos el uno a la otra y desapareció la depresión. Ella se daba cuenta mejor que Sydney y que yo de que había pasado para nosotros la edad de la intimidad, pues ya no éramos niños, y esto hacía que la quisiéramos todavía más. Cuando estábamos de gira se encargaba de hacer las compras y del abastecimiento; llevaba a casa frutas y golosinas, y siempre algunas flores, pues, por pobres que hubiéramos sido en el pasado, cuando iba a hacer aquellas compras los sábados por la noche, se las arreglaba para comprar un penique de flores. De vez en cuando se mostraba silenciosa y reservada, y su alejamiento me entristecía. Se comportaba más como una huésped que como nuestra madre.

Al cabo de un mes quiso volver a Londres, porque estaba ansiosa de instalarse y montar un hogar para nosotros cuando terminara la gira. Además, como dijo ella, eso resultaría menos caro que verse obligada a viajar por todo el país y tener que pagar

una pensión más.

Alquiló el piso situado encima de la barbería de Chester Street, donde habíamos vivido ya en otra época, y con diez libras esterlinas compró muebles a plazos. Las habitaciones carecían de la amplitud y elegancia de Versalles, pero ella hizo maravillas en los dormitorios, cubriendo con cretona unos cajones de naranjas, de modo que parecieran cómodas. Entre Sydney y yo ganábamos cuatro libras y cinco chelines a la semana, y de esa cantidad le mandábamos una libra con cinco chelines.

Después de nuestra segunda gira, Sydney y yo regresamos a casa y pasamos algunas semanas con ella. Aunque estábamos contentos de vivir con nuestra madre, también nos alegramos en secreto de salir otra vez de gira, pues Chester Street no tenía las comodidades de los apartamentos de provincias, todos aquellos pequeños detalles a los que Sydney y yo nos habíamos acostumbrado. Nuestra madre, sin duda, se dio cuenta de ello. Cuando fue a despedirnos a la estación parecía estar bastante animada, pero a los dos se nos ocurrió que parecía pensativa al quedarse en el andén, sonriendo y agitando el pañuelo mientras el tren se alejaba.

Durante nuestra tercera gira, mi madre nos escribió que Louise, con la que Sydney y yo habíamos vivido en Kennington Road, había muerto, por una ironía del destino, en el asilo para pobres de Lambeth, el mismo lugar donde nosotros habíamos estado confinados. Sobrevivió a mi padre solo cuatro años, dejando huérfano a su hijo, que había sido enviado también a las mismas escuelas Hanwell, donde Sydney y yo habíamos estudiado.

Nuestra madre nos decía que había visitado al chico; le dijo quién era ella, y que Sydney y yo habíamos vivido con él y con sus padres en Kennington Road. Pero él apenas se acordaba, pues en aquella época solo tenía cuatro años de edad. Tampoco se acordaba de su padre. Ahora tenía diez años. Lo inscribieron con el apellido de soltera de Louise, y, que supiera mi madre, no tenía parientes. Lo describía como un muchacho guapo, muy callado, tímido y preocupado. Le llevó una caja de dulces y algunas naranjas y manzanas y le prometió visitarlo regularmente, lo cual creo que hizo, hasta que también ella cayó enferma y la enviaron de nuevo a Cane Hill.

La noticia de la recaída de nuestra madre fue como una puñalada en el corazón. Nunca supimos los detalles de lo que ocurrió. Recibimos tan solo un breve aviso oficial, en el que nos decían que la habían encontrado vagando por las calles diciendo cosas incoherentes. Lo único que pudimos hacer fue asumir la mala suerte de nuestra pobre madre. Nunca recuperó la razón por completo. Durante varios años vegetó en el manicomio de Cane Hill, hasta que pudimos permitirnos ingresarla en uno privado.

A veces los dioses de la adversidad se cansan de su juego y se muestran misericordiosos, como hicieron con nuestra madre. Durante los últimos siete años de su vida viviría con toda clase de comodidades, rodeada de flores y sol, para ver a sus hijos, ya hombres, alcanzar una fama y fortuna que jamás había soñado.

Debido a nuestra gira con *Sherlock Holmes* pasaron muchas semanas antes de que

Sydney y yo pudiéramos verla de nuevo. La gira con la compañía Frohman terminó para siempre. Luego el señor Harry York, propietario del Teatro Real de Blackburn, compró a Frohman los derechos de *Sherlock Holmes* para trabajar en ciudades más pequeñas. Sydney y yo fuimos contratados en la nueva compañía, pero con un salario más bajo; nos pagaban solo treinta y cinco chelines a cada uno.

Tener que trabajar en las pequeñas ciudades del norte con una compañía inferior suponía un retroceso deprimente. Sin embargo, aquello aguzó mi sentido crítico al comparar esa compañía con la que acabábamos de dejar. Intentaba eludir tal comparación; pero durante los ensayos, en mi afán por ayudar al nuevo director, que me preguntaba sobre el movimiento escénico, el encadenamiento de las réplicas y los accesorios, me apresuraba a explicarle cómo se hacía en la compañía Frohman. Esto, desde luego, no me hizo muy popular entre los actores, que me miraban como a un niño insoportable. Más adelante un nuevo director de escena la tomó conmigo y me puso una multa de diez chelines porque me faltaba un botón del uniforme, después de habérmelo advertido varias veces.

William Gillette, el autor de *Sherlock Holmes*, vino a Londres con Marie Doro para poner en escena una comedia titulada *Clarissa*, escrita por él. Los críticos se mostraron hostiles con aquella comedia y con la forma de hablar de Gillette, lo que le impulsó a escribir una especie de entremés, titulado *The Painful Predicament of Sherlock Holmes*, en el cual él no decía ni una sola palabra. Solo había tres personajes en el reparto: una mujer loca, Holmes y su criado. Fue providencial recibir un telegrama del señor Postance, representante de Gillette, preguntando si yo estaba libre para ir a Londres a representar el papel de Billie con William Gillette en aquel entremés.

Temblaba de ansiedad, pues no estaba seguro de que nuestra compañía pudiera reemplazar a Billie en provincias en tan poco tiempo, y durante varios días permanecí en una incertidumbre angustiosa. Sin embargo, encontraron otro Billie.

Regresar a Londres para actuar en un teatro del West End solo lo puedo definir como un renacer. Mi mente bullía con la emoción de cada detalle: la llegada por la tarde al teatro del duque de York y la reunión con el señor Postance, director de escena, que me llevó al camerino del señor Gillette, y sus palabras después de que me presentaran: «¿Te gustaría trabajar conmigo en *Sherlock Holmes*?». Y mi estallido de nervioso entusiasmo al responder: «¡Oh, mucho, señor Gillette!». Y a la mañana siguiente la espera en el escenario para los ensayos, ver por primera vez a Marie Doro, que lucía el vestido blanco de verano más radiante que yo había visto. ¡Qué conmoción ver a una persona tan bella a aquella hora! Había llegado en un taxi, y al descubrir una mancha de tinta en su vestido quiso saber si el encargado del atrezo tenía algo para quitarla, y ante su respuesta dubitativa hizo el más atractivo gesto de irritación: «¡Oh, es horrible!».

Era tan abrumadoramente bella que me dio rabia. Me mortificaban sus delicados labios fruncidos, sus dientes tan simétricos y blancos, su adorable barbilla, su

negrísimo pelo y sus oscuros ojos castaños. Me enervaba su pretendida irritación y el encanto que con ello exudaba. Durante aquella conversación con el encargado del atrezo no hizo el menor caso de mi presencia, aunque estaba bastante cerca mirándola, pasmado ante su belleza. Yo acababa de cumplir dieciséis años, y la proximidad de ese súbito resplandor me impulsó a tomar la determinación de no dejarme obsesionar por ella. Pero ¡oh, Dios mío, era tan bonita! Fue un auténtico flechazo.

En *The Painful Predicament of Sherlock Holmes*, Irene Vanbrugh, una actriz muy notable, hacía el papel de loca y sostenía toda la conversación, mientras que Holmes se limitaba a permanecer sentado, escuchándola. Era su manera de burlarse de los críticos. Yo decía las primeras frases, entrando en tromba en el cuarto de Holmes y sujetando la puerta mientras la loca la aporreaba desde fuera; luego, mientras trataba, excitado, de explicar la situación a Holmes, ¡la loca irrumpía en la habitación! Durante veinte minutos no cesaba de exponer furiosamente un caso para que él lo resolviera. Holmes escribía una nota con disimulo, tocaba la campanilla y deslizaba aquella nota en mi mano. Poco después dos hombres fornidos se llevaban a aquella señora, dejándonos solos a Holmes y a mí, y entonces yo decía: «Tenía usted razón, señor; era ese manicomio».

Los críticos apreciaron la broma; pero la comedia *Clarissa*, que escribió Gillette para Marie Doro, resultó un fracaso. Aunque se entusiasmaron con la belleza de Marie, dijeron que eso no era suficiente para salvar tan deshilvanada comedia; de modo que tuvo que completar el resto de la temporada con *Sherlock Holmes*, en cuya obra me asignaron el papel de Billie.

Debido a la excitación que sentía al trabajar con el famoso William Gillette, me olvidé de preguntar las condiciones de mi contrato. Al final de la semana se acercó a mí el señor Postance, como pidiendo perdón, con el sobre de mi paga: «Estoy realmente avergonzado de darte esto —dijo—, pero en la agencia Frohman me dijeron que debía pagarte lo mismo que cobrabas con nosotros antes: dos libras con diez chelines». Me quedé agradablemente sorprendido.

En los ensayos de *Holmes* me encontré de nuevo con Marie Doro —¡más bella que nunca!—, y pese a mi resolución de no dejarme obsesionar por ella, empecé a hundirme más en la desesperada ciénaga del amor silencioso. Detestaba aquella debilidad y estaba furioso conmigo mismo por mi falta de carácter. Como dicen los psicólogos, era una cuestión ambivalente. La amaba y la odiaba a la vez. Y lo que es más: era encantadora y amable hasta decir basta.

En *Holmes* ella hacía el papel de Alice Faulkner; pero en la comedia no estábamos nunca juntos en escena. Yo la esperaba en la escalera, calculando el momento en que podríamos cruzarnos para murmurar un «Buenas noches», al que ella respondía alegremente: «Buenas noches». Fue todo lo que hubo entre nosotros.

Holmes fue un éxito inmediato. La reina Alejandra acudió a ver la comedia; sentados con ella en el palco real estaban el rey de Grecia y el príncipe Cristián. Era

evidente que este último le contaba la comedia al rey; y en el momento más culminante, en absoluto silencio, cuando Holmes y yo estábamos solos en escena, una voz estentórea, con acento extranjero, resonó en todo el teatro: «¡No me lo cuentes! ¡No me lo cuentes!».

Dion Boucicault tenía su despacho en el teatro Duque de York, y al pasar solía darme un golpecito de aprobación en la cabeza, como hacía Hall Caine, que muchas veces se situaba entre bastidores para ver a Gillette. En una ocasión recibí también una sonrisa de lord Kitchener.

Durante la temporada de *Sherlock Holmes* falleció sir Henry Irving y asistí al funeral, en la abadía de Westminster. Como era un actor del West End, me dieron un pase especial y me senté entre el solemne Lewis Waller, que entonces era en Londres el ídolo romántico de la matiné, y el «doctor» Walford Bodie, el famoso cirujano, a quien más tarde parodié en un número de vodevil. Waller exhibía su estupendo perfil en aquel acontecimiento, sentado muy tieso, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Pero el «doctor» Bodie, a fin de ver mejor cuando bajaron los restos de sir Henry a la cripta, pisó la losa sepulcral de un duque allí yacente, ante la indignación y el desprecio del señor Waller. Por mi parte, renuncié a intentar ver algo y me senté, resignado, a contemplar las espaldas de los que estaban delante.

Dos semanas antes de la última representación de *Sherlock Holmes*, el señor Boucicault me dio una carta de presentación para los ilustres señor y señora Kendal, a fin de obtener un papel en su nueva comedia. Estaban terminando una temporada triunfal en el teatro de Saint James. Me citaron a las diez de la mañana, para ver a la señora en el vestíbulo del teatro. Llegó con veinte minutos de retraso. Al cabo de un rato de estar esperando vi aparecer una silueta en la calle; era la señora Kendal, una dama fornida e imperiosa.

—¡De manera que tú eres el chico! —dijo, a modo de saludo—. Dentro de poco empezaremos una gira por provincias con una nueva comedia y me gustaría oírte leer tu papel. Pero ahora estamos muy ocupados. Así que ¿quieres volver mañana por la mañana, a esta misma hora?

—Lo siento, señora —repliqué con frialdad—, pero no puedo aceptar nada fuera de Londres. —Tras decirlo, me quité el sombrero, abandoné el vestíbulo, llamé a un coche de alquiler… y estuve sin trabajo durante diez meses.

La noche de la última función de *Sherlock Holmes* en el teatro del Duque de York, después de la cual Marie Doro tenía que regresar a Estados Unidos, salí solo y me emborraché desesperadamente. Dos o tres años más tarde la vi de nuevo en Filadelfia. Amadrinó la apertura de un nuevo teatro, en el que yo actuaba con la compañía cómica de Karno. Seguía tan bella como siempre. Me quedé entre bastidores, mirándola con mi maquillaje mientras ella pronunciaba su discurso; pero yo era demasiado tímido para presentarme.

Con la clausura de *Holmes* en Londres acabó también la actuación de la compañía en provincias. Así que Sydney y yo nos vimos de nuevo sin trabajo. Pero Sydney no

tardó nada en conseguir otro. Vio un anuncio en *Era*, un periódico teatral, y se unió a la compañía de cómicos acróbatas de Charlie Manon. En aquella época había varias compañías de estas que iban de gira por los music-halls: la de Charlie Baldwin, la de Joe Boganny y la *troupe* Boicette; todas representaban pantomimas. Aunque hacían comedias bufas, actuaban con una bonita música «a lo ballet», y eran muy populares. La *troupe* más destacada era la de Fred Karno, que contaba con un gran repertorio de comedias. Todas se llamaban «Birds». Estaban las *Jail Birds*, las *Early Birds*, las *Mumming Birds*, entre otras. Partiendo de estos tres *sketches*, Karno organizó una empresa teatral con más de treinta compañías, cuyo repertorio comprendía pantomimas de Navidad y complicadas comedias musicales, de las que surgieron artistas y cómicos tan buenos como Fred Kitchen, George Graves, Harry Weldon, Billie Reeves, Charles Bell y otros muchos.

Cuando Sydney estaba trabajando con la *troupe* Manon, Fred Karno lo vio y lo contrató por cuatro libras semanales. Al ser cuatro años menor que Sydney, yo aún no tenía la edad adecuada para ningún género teatral; pero había ahorrado algo de dinero gracias a mi contrato de Londres, y mientras Sydney trabajaba en provincias me quedé en Londres y actué en algunos antros.

6

Había llegado a esa edad difícil y poco atractiva de la adolescencia, y respondía al patrón emocional propio de los chicos de ese grupo. Veneraba lo temerario y lo melodramático, era un soñador y un inconsciente, rabiando contra la vida y amándola, una mente en crisálida que sin embargo tenía brotes súbitos de madurez. Me dejaba llevar por ese laberinto de espejos deformantes, mientras mi ambición se desbordaba. La palabra «arte» no penetró jamás en mi cabeza ni en mi vocabulario. El teatro significaba para mí solo una manera de ganarme la vida y nada más.

Vivía solo en medio de esa niebla y esa confusión. Prostitutas, muchachas fáciles y unas ocasionales borracheras se entretejen en mi vida durante ese período; pero ni el vino ni las mujeres ni las canciones me interesaron durante mucho tiempo. Yo necesitaba realmente un idilio romántico y aventuras.

Comprendo perfectamente la actitud psicológica del *teddy boy*, con su traje eduardiano; como todos nosotros, quiere que se le preste atención; quiere que en su vida haya algo novelesco y dramático. ¿Por qué no va a permitirse momentos de exhibicionismo y de diversión, como lo hace el muchacho de las escuelas públicas con su callejeo y travesuras? ¿Acaso no es natural que cuando ve a las clases ricas alardeando de su «dandismo» trate él de afirmar el suyo?

Sabe que la máquina obedece a su voluntad, como a la de cualquier clase social; que no se requiere una mentalidad especial para hacer funcionar un engranaje u oprimir un botón. En esa época insensata, ¿no es tan temible como cualquier Lanzarote aristócrata o erudito, no es su dedo tan poderoso como cualquier ejército napoleónico para destruir una ciudad? ¿No es el *teddy boy* un ave fénix que resurge de las cenizas de una clase gobernante corrupta? ¿Acaso su actitud no está motivada por un sentimiento subconsciente de que el hombre es solo un animal a medio domesticar que durante generaciones ha gobernado a los demás por medio del engaño, la crueldad y la violencia? Pero, como dijo Bernard Shaw: «Estoy divagando como lo hace siempre el hombre que sufre un agravio».

Finalmente, conseguí trabajo con un grupo de vodevil en el circo Casey, imitando a Dick Turpin, el salteador de caminos, y al «doctor» Walford Bodie. Con el «doctor»

Bodie tuve cierto éxito, pues era algo más que una farsa: era la parodia de un profesor, de un erudito, y concebí la feliz idea de caracterizarme para parecerme exactamente a él. Yo era la estrella de la compañía y ganaba tres libras a la semana. En la compañía había una *troupe* de muchachos que hacían de personas mayores en una escena callejera. En mi opinión, era un espectáculo detestable, pero me dio una oportunidad para mi formación cómica.

Cuando el circo Casey actuó en Londres, seis miembros de la compañía nos hospedamos en Kennington Road, en casa de la señora Fields, una viuda de sesenta y cinco años, que tenía tres hijas: Frederica, Thelma y Phoebe. Frederica estaba casada con un ebanista ruso, un hombre muy simpático, pero extraordinariamente feo, que tenía una ancha cara de tártaro, pelo rubio, bigote rubio y un defecto en la mirada. Los seis comíamos en la cocina y llegamos a intimar con la familia. Siempre que Sydney trabajaba en Londres vivía también allí.

Cuando me fui del circo Casey regresé a Kennington Road y seguí hospedándome en casa de los Fields. La anciana era cariñosa, trabajadora y tenía mucha paciencia; sus únicos ingresos procedían del alquiler de las habitaciones. A Frederica, la hija casada, la mantenía su marido. Thelma y Phoebe ayudaban en los trabajos domésticos. Phoebe tenía quince años y era bella. De rasgos finos y nariz aguileña, tenía para mí un fuerte atractivo, tanto física como sentimentalmente; a este último me resistí, porque yo no había cumplido aún diecisiete años y mis intenciones hacia las chicas no eran muy puras. Pero ella era decente y no llegó a pasar nada. Sin embargo, me cogió cariño y nos hicimos muy buenos amigos.

Los Fields eran una familia intensamente temperamental y a veces tenían apasionadas disputas. El motivo de la discusión solía ser a causa de a quién le correspondía hacer los trabajos domésticos. Thelma, que tenía unos veinte años, era la señorita de la familia y la holgazana, y siempre decía que les tocaba a Frederica o a Phoebe. La discusión se convertía en una bronca, en la cual salían a relucir todos los trapos sucios de la familia. La señora Fields decía que desde que Thelma se había escapado y vivido con un joven abogado de Liverpool se creía una dama demasiado buena para realizar los trabajos domésticos y remataba su perorata diciendo: «Bueno, pues si eres una señora tan encopetada, lárgate y vete a vivir con tu abogado de Liverpool… Lo que pasa es que no quiere nada contigo». Y, como gesto decisivo y final, la señora Fields cogía una taza de té y la estrellaba contra el suelo. Thelma seguía sentada a la mesa muy digna e imperturbable. Luego cogía con toda calma otra taza y hacía lo mismo, pero dejándola caer suavemente en el suelo y diciendo: «Yo también sé perder la calma». A continuación tiraba otra taza, luego otra, luego otra y otra, hasta que el suelo estaba cubierto de pedazos de porcelana. «Yo también sé hacer una escena.» La pobre madre y las hermanas hacían gestos de desesperación. «¡Mirad, mirad lo que está haciendo! —gimoteaba la madre—. ¡Toma! ¡Toma otra cosa y rómpela!», decía, dándole a Thelma el azucarero; y Thelma lo cogía y con toda calma lo dejaba caer.

En aquellas ocasiones Phoebe hacía de árbitro. Era equitativa y justa y la familia la respetaba. En general ponía fin a la riña ofreciéndose para hacer el trabajo, a lo cual Thelma se negaba.

Estuve sin trabajo cerca de tres meses, y Sydney me mantuvo, pagando a la señora Fields catorce chelines por el alojamiento y la comida. Sydney se había convertido en un elemento destacado en la compañía de Fred Karno y le había hablado muchas veces a este de su inteligente hermano pequeño, pero Karno se hacía el sordo porque consideraba que yo era demasiado joven.

En aquella época los cómicos judíos estaban de moda en Londres. Y se me ocurrió que debía ocultar mi juventud bajo unas patillas. Sydney me dio dos libras esterlinas, que invertí en unos arreglos musicales de canciones y en un diálogo cómico tomado de un libro de chistes norteamericano, el *Madison's Budget*. Practiqué durante varias semanas delante de la familia Fields. Se mostraban atentos y me animaban, pero nada más.

Había conseguido una semana de prueba, sin sueldo, en el Forester's Music Hall, que era un pequeño teatro situado frente a Mile End Road, en pleno centro del barrio judío. Yo había trabajado allí con el circo Casey, y la gerencia creyó que era lo suficientemente bueno para darme una oportunidad. Mis esperanzas y mis sueños futuros dependían de aquella semana de prueba. Después de actuar en el Forester trabajaría en todas las giras de Inglaterra. ¿Quién sabe? En un año quizá llegaría a ser uno de los principales cómicos de vodevil. Había prometido a toda la familia Fields que les conseguiría entradas hacia el final de la semana, cuando ya dominara mi papel.

—Ya veo que no querrás vivir con nosotras después de tu triunfo —dijo Phoebe.

—Claro que sí —contesté afablemente.

A las doce de la mañana del lunes era el ensayo de la compañía para las canciones y el apuntador, entre otras cosas, y salí airoso profesionalmente. Pero no me había ocupado lo suficiente de mi maquillaje. Estaba indeciso en cuanto al aspecto con que debía presentarme. Cuatro horas antes de la función de la noche estuve en el camerino ensayando durante horas; pero a pesar de la gran cantidad de pelo sintético que usé no pude ocultar mi juventud. Aunque yo lo ignoraba, mi número era de lo más antijudío y mis chistes no solo estaban pasados de moda, sino que eran también muy malos, al igual que mi acento judío. Además, no tenía gracia.

Después del primer par de chistes, el auditorio empezó a arrojar monedas y cáscaras de naranja, a patear y a abuchearme. Al principio no me di cuenta de lo que ocurría. Después el horror de todo ello se apoderó de mí. Empecé a apresurarme y a hablar con más rapidez a medida que aumentaban los alaridos, los tomates y el aluvión de monedas y cáscaras de naranja. Cuando salí del escenario no esperé a oír el veredicto del gerente; me fui derecho al camerino, me quité el maquillaje, me largué del teatro y no volví allí jamás, ni siquiera a recoger mis libretos.

Cuando llegué a la casa de Kennington Road era tarde y la familia Fields ya se

había acostado, algo que agradecí. Por la mañana, durante el desayuno, la señora Fields estaba deseosa de saber cómo había resultado la función. Yo dije con aire indiferente: «Muy bien, pero tengo que hacer unas cuantas modificaciones». Dijo que Phoebe había ido a verme, pero que no les había dicho nada, pues estaba muy cansada y quería meterse en la cama. Cuando vi a Phoebe no hizo ningún comentario; yo tampoco. Ni la señora Fields ni ningún otro miembro de la familia habló nunca de aquello, tampoco nadie se mostró sorprendido de que no continuara trabajando aquella semana.

Gracias a Dios, Sydney estaba en provincias, así que no tuve que pasar por el doloroso tormento de hablarle de lo sucedido, pero debió imaginárselo o tal vez se lo contaron las Fields, porque nunca me preguntó nada. Hice todo lo que pude para borrar de mi mente aquella noche pavorosa, pero dejó una huella indeleble en mi autoestima. Aquella experiencia fantasmal me enseñó a verme bajo una luz más verdadera. Me di cuenta de que no era un cómico de vodevil; no tenía ese poder íntimo de atracción, de identificación con el público; me conformaba con ser un actor de carácter. Sin embargo, tendría que sufrir todavía uno o dos desengaños más antes de afianzarme profesionalmente.

A los diecisiete años hice el principal papel juvenil en un *sketch* titulado *The Merry Major*, una obra lamentable y deprimente que solo duró una semana. El principal papel femenino, mi esposa, era una mujer de cincuenta años. Todas las noches al llegar se tambaleaba en el escenario oliendo a ginebra, y yo, el amante y entusiasmado marido, tenía que cogerla en brazos y besarla. Aquella experiencia me curó la ambición de ser actor protagonista.

Después intenté ser autor. Escribí un *sketch* cómico, titulado *Twelve Just Men*, un sainete chabacano sobre un jurado que discutía un caso de ruptura de promesa matrimonial. Uno de los miembros del jurado era sordomudo, otro un borracho y otro un charlatán. Vendí la obra a Charcoate, un hipnotizador de vodevil que hipnotizaba a un compinche y le hacía dar vueltas por la ciudad guiando un landó con los ojos vendados, mientras él se sentaba en la trasera del coche, enviándole impulsos magnéticos. Me dio tres libras esterlinas por el original, con la condición de que lo dirigiera yo. Contratamos a un grupo de actores y ensayamos en un pub de Kennington Road. Un viejo actor gruñón dijo que aquel número no solo estaba mal escrito sino que era estúpido.

El tercer día, en medio del ensayo, recibí una nota de Charcoate diciendo que había decidido no representarlo. Como yo no era de la categoría de los valientes, me guardé la nota en el bolsillo y seguí ensayando. No tuve el valor de decírselo a la compañía. En vez de hacerlo, me los llevé a casa y les dije que mi hermano quería hablar con ellos. Llevé a Sydney al dormitorio y le enseñé la nota.

—Bueno, ¿se lo has dicho? —me dijo, después de leerla.

—No —susurré.

—Pues hazlo.

—No puedo —repliqué—. No puedo, después de haber estado ensayando tres días para nada.

—Pero no es culpa tuya —dijo Sydney—. Ve a decírselo —gritó.

Perdí el ánimo y me eché a llorar.

—¿Qué voy a decirles?

—¡No seas idiota!

Se levantó, entró en la habitación contigua, les enseñó la carta de Charcoate y explicó lo ocurrido; luego nos llevó a todos al pub de la esquina a tomar un sándwich y unas copas.

Los actores son impredecibles. El viejo histrión que había gruñido tanto fue el que se lo tomó con más filosofía y se rió cuando Sydney le habló de la situación en que me encontraba. «No es culpa tuya, hijo —dijo, dándome golpecitos en la espalda—. Ese Charcoate es un viejo canalla.»

Después de mi fracaso en el Forester todo lo que intenté resultó un desastre. Sin embargo, en la juventud existe el formidable elemento del optimismo, pues se siente instintivamente que la adversidad es pasajera y que una racha continua de mala suerte es tan improbable como el recto y estrecho sendero del bien. Ambos se desvían con el tiempo.

Mi suerte cambió. Un día Sydney me dijo que el señor Karno quería verme. Al parecer, estaba descontento con uno de los cómicos que trabajaba con Harry Weldon en la obra *The Football Match*, uno de los *sketches* de mayor éxito de Karno. Weldon era un cómico muy popular y siguió siéndolo hasta la década de 1930, en que murió.

El señor Karno era un hombrecito rechoncho, cetrino, con unos ojos vivos y centelleantes, que estaban siempre sopesando algo. Había empezado como acróbata en las paralelas y luego había reunido tres comediantes. Aquel cuarteto fue el núcleo central de sus números de pantomima. Él era un cómico excelente y hacía muchos papeles. Seguía actuando incluso con cinco compañías en marcha.

Uno de los primeros miembros de la compañía cuenta la historia de su retirada. Una noche, en Manchester, después de una representación, la *troupe* se quejó de que Karno ya estaba quemado y de que la gente no se reía. Karno, que por entonces ya había acumulado 50.000 libras esterlinas de sus cinco espectáculos, dijo: «Bueno, muchachos; si opináis eso, ¡me retiro! —Luego se quitó la peluca, la dejó sobre la mesa del camerino y sonrió con una mueca—: Consideradlo mi dimisión».

La casa de Karno estaba en Coldharbour Lane, en Camberwell; junto a ella había un almacén, donde guardaba los decorados de sus veinte producciones. Allí también tenía sus oficinas. Cuando llegué me recibió amablemente.

—Ya me ha contado Sydney lo bueno que eres —dijo—. ¿Crees que podrás trabajar con Harry Weldon en *The Football Match*?

Harry Weldon tenía un contrato especial, con un elevado sueldo, treinta y cuatro libras esterlinas a la semana.

—Todo lo que necesito es una oportunidad —dije con aplomo.

Sonrió.

—Diecisiete años son muy pocos, y tú pareces todavía más joven.

Me encogí de hombros con toda naturalidad.

—Eso es cuestión de maquillaje.

Karno se echó a reír. Aquel encogimiento de hombros, le dijo a Sydney más tarde, hizo que me contratara.

—Bueno, bueno; veremos qué puedes hacer —dijo.

Sería un contrato de prueba durante dos semanas, a tres libras con diez chelines a la semana, y si daba resultado podía conseguir un contrato por un año.

Tenía una semana para estudiar el papel antes de que se abriera el London Coliseum. Karno me dijo que fuera al Shepherd's Bush Empire, donde se representaba *The Football Match*, y que observara al actor cuyo papel tenía que representar. Debo confesar que aquel hombre era soso y engreído, y, sin falsa modestia, yo sabía que lo haría mejor que él. El papel necesitaba más comicidad. Me decidí a interpretarlo de esa manera.

Solo me concedieron dos ensayos, pues el señor Weldon no podía darme más tiempo. La verdad es que le molestaba tener que aparecer por allí, porque le interrumpía su partida de golf.

En los ensayos no causaba mucha impresión. Leía con lentitud, y noté que Weldon albergaba dudas acerca de mi capacidad. Como Sydney había hecho el mismo papel, podría haberme ayudado si hubiera estado en Londres, pero se encontraba actuando en provincias en otra gira.

Aunque *The Football Match* era una obra de género burlesco bastante chocarrera, no se oía una sola risa hasta que aparecía Weldon. Todo estaba supeditado a su entrada, y como Weldon era un cómico excelente, mantenía al público en una carcajada continua desde el momento en que aparecía.

La noche del estreno en el Coliseum tenía los nervios de punta. Aquello suponía recuperar la autoestima y borrar la vergüenza de mi fracaso del Forester. Iba de un lado para otro al fondo del enorme escenario; sentía a la vez ansiedad y miedo y rezaba en voz baja.

¡Sonó la música! ¡Se levantó el telón! En escena había un grupo de hombres haciendo ejercicios. Al poco rato salieron, dejando el escenario vacío. Era el momento de mi entrada. Avancé, sumido en un caos emocional. O se sobrepone uno a un acontecimiento o sucumbe. En cuanto estuve en escena me sentí aliviado, se acabó el miedo. Entré dando la espalda al público, una idea mía. De espaldas, aparecía impecable, con la levita, el sombrero de copa, el bastón y los botines: un típico villano eduardiano. Después me di la vuelta y exhibí mi nariz roja. Se oyó una carcajada. De ese modo me metí al público en el bolsillo. Me encogí de hombros melodramáticamente; luego chasqueé los dedos y me paseé por el escenario,

tropezando con una pesa de gimnasio. Después mi bastón se enredó con un saco de arena de boxeo, que me dio en la cara. Yo me tambaleaba y balanceaba, golpeándome la cabeza con el bastón. El público se desternillaba de risa.

De pronto estaba tranquilo y en plena iniciativa. Podría haber permanecido en el escenario cinco minutos haciendo reír al público sin pronunciar una sola palabra. En medio de mi paseo fachendoso noté que se me caían los pantalones. Se me saltó un botón. Empecé a buscarlo. Recogí una cosa imaginaria, y luego, indignado, la tiré a un lado. «¡Esos malditos conejos!» Más carcajadas.

La cabeza de Harry Weldon apareció entre bastidores como una luna llena. Jamás se había oído una carcajada hasta que él entraba en escena.

Cuando entró lo cogí dramáticamente de la muñeca y susurré: «¡Rápido! ¡Un alfiler! ¡Estoy perdido!». Todo esto lo hice *ad libitum* y sin ensayar. Había preparado bien al público para Harry, que tuvo un éxito tremendo aquella noche, y los dos juntos arrancamos muchas más carcajadas fuera de programa. Al bajarse el telón sabía que había estado muy bien. Varios miembros de la *troupe* me dieron la mano y me felicitaron. Cuando se dirigía al camerino, Weldon miró por encima de mi hombro y dijo con sequedad: «Has estado muy bien… ¡Estupendo!».

Aquella noche me fui andando a casa para calmarme. Me paré y me apoyé en el puente de Westminster y contemplé las oscuras y sedosas aguas que discurrían abajo. Sentí deseos de llorar de alegría, pero no podía. A pesar de que me esforcé e hice muecas, no acudieron las lágrimas: estaba vacío. Desde el puente de Westminster me dirigí al Elephant and Castle, y de camino me paré en un puesto a tomar una taza de té. Necesitaba hablar con alguien, pero Sydney estaba en provincias. Si al menos hubiera estado allí para contarle lo sucedido aquella noche, cuánto significaba para mí, especialmente después de mi fracaso en el Forester.

No pude dormir. Desde el Elephant and Castle me fui a Kennington Gate para tomar otra taza de té. En el camino no dejaba de hablar y de reír solo. Eran las cinco de la mañana cuando me metí en la cama, agotado.

El señor Karno no estuvo allí la primera noche; pero acudió la tercera, cuando me aplaudieron al entrar en escena. Luego se me acercó sonriendo, y me dijo que pasara por la oficina a la mañana siguiente para firmar el contrato.

No había escrito a Sydney hablándole de aquella primera noche, aunque le envié un escueto telegrama: «Firmado contrato por un año, a cuatro libras semanales. Abrazos, Charlie». *The Football Match* se representó en Londres catorce semanas seguidas; luego salimos de gira.

El papel de Weldon en la comedia era el de un tipo cretino, un idiota de Lancashire que hablaba con torpeza. Aquello encajaba bien en el norte de Inglaterra, pero en el sur no fue muy bien acogido. Bristol, Cardiff, Plymouth, Southampton, eran ciudades en baja para Weldon. Durante aquellas semanas se mostró irritado, trabajaba sin ganas y lo pagaba conmigo. En la obra tenía que golpearme bastante. En realidad, él fingía pegarme en la cara, pero alguien daba unas palmadas entre

bastidores para producir un efecto realista. A veces me abofeteaba de verdad y, sin que fuera necesario, con mucha fuerza, impulsado, creo yo, por la envidia.

En Belfast la situación se hizo insoportable. Los críticos habían dado a Weldon una espantosa acogida, pero elogiaban mi trabajo. Eso le resultó intolerable; de modo que aquella noche, en el escenario, me dio un bofetón que me hizo olvidar la comedia y me dejó sangrando por la nariz. Cuando acabamos le dije que si volvía a hacerlo le machacaría los sesos con una de las pesas del gimnasio del escenario, y añadí que si tenía envidia no lo pagara conmigo.

—Envidia de ti —dijo despectivamente cuando íbamos hacia el camerino—. ¡Tengo más talento en el culo que tú en todo el cuerpo!

—Sí, pero solo lo tiene ahí —repliqué, y cerré enseguida la puerta de mi camerino.

Cuando Sydney regresó a Londres decidimos alquilar un piso en Brixton Road y amueblarlo con cuarenta libras. Fuimos a una tienda de muebles de segunda mano, en Newington Butts, y le dijimos al dueño cuánto podíamos gastar y que teníamos que amueblar cuatro habitaciones. El dueño se tomó un interés personal en el asunto y pasó varias horas ayudándonos a conseguir gangas. Alfombramos la habitación delantera y pusimos linóleo en las otras, y compramos un tresillo tapizado, un diván y dos sillones. En un rincón de la sala de estar instalamos un biombo morisco, iluminado por detrás con una bombilla pintada de amarillo, y en el rincón opuesto, sobre un caballete dorado, un cuadro al pastel con marco dorado. El cuadro representaba una modelo desnuda, en pie sobre un pedestal, mirando por encima del hombro cómo el barbudo artista estaba a punto de espantar una mosca de sus nalgas con el pincel. Yo creía que semejante *objet d'art* y el biombo daban tono a la habitación. El conjunto era una mezcla de establecimiento de cigarrillos y de prostíbulo francés. Pero a nosotros nos gustaba. Incluso compramos un piano vertical, y aunque gastamos quince libras más de las presupuestadas, lo que adquirimos lo valía. El piso, en el número 15 de Glenshaw Mansions, Brixton Road, era nuestro refugio preferido. ¡Cómo ansiábamos volver allí después de trabajar en provincias! Ahora éramos lo bastante prósperos para ayudar al abuelo con diez chelines a la semana, y podíamos contratar a una criada para que viniera dos veces a la semana a limpiar el piso, aunque eso apenas era necesario, pues allí no tocábamos casi nada. Vivíamos en el piso como en un templo. Nos sentábamos en nuestros amplios sillones con refinada satisfacción. Habíamos comprado un guardafuegos de metal y colocado delante un taburete de cuero rojo, y yo solía ir de la butaca al taburete para gozar de la comodidad de cada uno.

A los dieciséis años, mi idea de lo que era un idilio me la había inspirado un cartel teatral que representaba a una muchacha de pie sobre un acantilado, con el viento agitando sus cabellos. Me imaginaba jugando al golf con ella —un juego que detesto

—, paseando por las húmedas dunas, suavemente onduladas, rebosante de amor, salud y vigor. Aquello era en verdad un idilio. Pero el amor juvenil es algo diferente. En general, suele adaptarse a un patrón establecido. A causa de una mirada, de unas palabras al comienzo (normalmente, palabras estúpidas), todo el aspecto de la vida cambia en cuestión de minutos, toda la naturaleza vibra según nuestros deseos y revela de repente sus alegrías ocultas. Y eso es lo que me sucedió.

Tenía casi diecinueve años y era un cómico afortunado de la compañía Karno; pero me faltaba algo. La primavera llegó y se fue, y el verano me sorprendió experimentando una sensación interna de vacío. Mi rutina diaria era fastidiosa, por lo monótona; mi medio ambiente, aburrido. En el porvenir no veía más que lugares comunes, entre gente aburrida y vulgar. Tener como única ocupación la de ganar justo lo necesario para vivir no era suficiente. La vida era una esclavitud y carecía de encanto. Me sentía melancólico y poco satisfecho, y los domingos daba paseos solitarios y escuchaba las bandas de música en los parques. No soportaba mi propia compañía ni la de nadie. Y, por supuesto, ocurrió lo inevitable: me enamoré.

Trabajábamos en el Streatham Empire. Por aquellos días actuábamos en dos o tres music-halls cada noche, trasladándonos del uno al otro en un autobús alquilado. Íbamos temprano a Streatham, para aparecer más tarde en el music-hall de Canterbury, y después en el Tivoli. Era aún de día cuando empezábamos a trabajar. Con aquel calor agobiante el Streatham Empire estaba medio vacío, lo cual, dicho sea de paso, no disipaba mi melancolía.

Una *troupe* de cantantes y bailarinas nos precedía, las Yankee-Doodle Girls, de Bert Coutts. Apenas me había fijado en ellas. Pero la segunda noche, cuando estaba entre bastidores, apático e indiferente, una de las muchachas resbaló y las otras empezaron a reírse. Una de ellas me miró para ver si yo también disfrutaba con el incidente. Me vi de súbito avasallado por dos grandes ojos pardos que centelleaban maliciosamente y pertenecían a una esbelta gacela de rostro muy ovalado, con una boca fascinante, bien dibujada, y unos bonitos dientes; el efecto fue instantáneo. Cuando salió de escena me pidió que le sostuviera un espejito mientras se arreglaba el cabello. Eso me dio oportunidad para examinarla. Aquello fue el principio. Aquel miércoles ya le había preguntado si podría verla el domingo. Se rió.

—¡Ni siquiera sé cómo eres sin la nariz roja!

Yo hacía un papel de borracho en la comedia *Mumming Birds*, vestido de frac y con corbata blanca.

—No tengo la nariz tan roja ni soy tan decrépito como parezco —le dije—, y para demostrártelo te traeré una foto mía mañana, por la noche.

Le di una foto, que en mi opinión me favorecía, de un joven triste con corbata negra.

—¡Oh, pero eres muy joven! —dijo ella—. Creía que eras mucho mayor.

—¿Qué edad creías que tenía?

—Por lo menos, treinta años.

Sonreí.

—Voy a cumplir los diecinueve.

Como ensayábamos todos los días, era imposible verla entre semana. Sin embargo, me prometió estar en Kennington Gate a las cuatro de la tarde del domingo.

Aquel domingo era un perfecto día de verano y el sol no dejó de brillar. Yo llevaba un traje oscuro bien cortado, elegantemente ceñido en la cintura; una corbata, también negra, y jugaba con un bastón negro de ébano. A las cuatro menos diez no era más que un amasijo de nervios, esperando y mirando a los viajeros que se apeaban de los tranvías.

Mientras aguardaba allí me di cuenta de que no la había visto sin maquillar. Empecé a olvidarme del aspecto que tenía. Por mucho que me esforzara, no recordaba sus rasgos. Un suave temor se apoderó de mí. ¡Quizá su belleza era una farsa! ¡Una ilusión! Cada muchacha de aspecto corriente que se apeaba me sumía en la desesperación. ¿Me sentiría decepcionado? ¿Había sido engañado por mi imaginación o por los artificios del maquillaje?

A las cuatro menos tres minutos alguien se apeó del tranvía y se dirigió hacia mí. El corazón me dio un vuelco. Sus facciones eran como para desalentar a cualquiera. El terrible pensamiento de tener que pasarme toda la tarde con ella fingiendo entusiasmo era ya insoportable. Sin embargo, me quité el sombrero y sonreí; me miró fijamente indignada y pasó de largo. A Dios gracias, no era ella.

Luego, justo a las cuatro y un minuto, se apeó una joven de un tranvía, avanzó y se detuvo frente a mí. No estaba maquillada y parecía más bella que nunca; llevaba una sencilla gorrita de marinero, una chaqueta azul con botones de metal y las manos hundidas en los bolsillos hasta el fondo.

—Aquí estoy —dijo.

Yo estaba tan aturdido por su presencia, que a duras penas pude hablar. Me sentía muy turbado. No se me ocurría nada que decir ni hacer.

—Tomemos un taxi —dije en voz baja, mirando la calle de arriba abajo; luego me volví hacia ella—: ¿adónde te gustaría ir?

Se encogió de hombros.

—A cualquier parte.

—Entonces, vayamos al West End a merendar.

—Ya he merendado —dijo ella con calma.

—Bueno, hablaremos de eso en el taxi —dije.

La intensidad de mi emoción debió de sorprenderla, pues durante todo el recorrido no hice más que decir: «Sé que voy a lamentarlo. ¡Eres demasiado bonita!». Intenté en vano mostrarme divertido e impresionarla. Había sacado tres libras esterlinas del banco y proyectado llevarla al Trocadero, donde, en un ambiente de música y de aterciopelada elegancia, ella podría verme bajo un aspecto muy romántico. Quería hacerla bajar de su pedestal. Pero ella me miraba de un modo frío y un tanto perpleja por las expresiones que utilizaba, sobre todo esta: que ella era mi

Némesis, una palabra que había aprendido recientemente.

¡Qué poco comprendió lo que todo aquello significaba para mí! No tenía nada que ver con el sexo; lo más importante era su compañía. Encontrarse con la elegancia y la belleza en mi posición social era raro.

Aquel atardecer, en el Trocadero, intenté persuadirla de que cenáramos, pero fue inútil. Tomaría un sándwich, por hacerme compañía, dijo. Como estábamos ocupando una mesa en un restaurante de postín, creí oportuno pedir una comida elaborada que en realidad no quería. La comida fue un largo tormento; yo no sabía qué cubiertos utilizar. Fanfarroneé, impostando un aire encantador y *dégagé*, hasta el punto de fingir familiaridad a la hora de usar la escudilla para lavarse los dedos entre platos; pero creo que los dos nos alegramos al salir del restaurante y relajarnos.

Después del Trocadero decidió volver a su casa. Le sugerí que tomáramos un taxi, pero prefirió ir andando. Como vivía en Camberwell, nada podía convenirme más, pues aquello significaba que estaría más tiempo con ella.

Ahora que mis emociones se habían calmado parecía que la chica estaba más a gusto. Aquella noche paseamos a la orilla del Támesis; Hetty bromeando, charlando de sus compañeras y de otras cosas sin importancia. Pero yo apenas me daba cuenta de lo que decía. Solo sabía que la noche era deliciosa, que paseaba por el paraíso con una beatífica exaltación interior.

Después de dejarla volví a la orilla del Támesis, hechizado. E iluminado por una amable luz y una ferviente buena voluntad, repartí entre los vagabundos que dormían allí lo que quedaba de mis tres libras.

Prometimos vernos a las siete de la mañana siguiente, porque ella tenía ensayo a las ocho en Shaftesbury Avenue. Desde su casa hasta el metro del puente de Westminster había un paseo de una milla y media, y aunque yo trabajaba tarde y nunca me acostaba antes de las dos, me levanté al amanecer para ir a buscarla.

Ahora Camberwell Road estaba hechizado porque Hetty Kelly vivía allí. Aquellos paseos matutinos, con las manos cogidas durante todo el camino hasta llegar al metro, eran la felicidad mezclada con unos confusos deseos. La descuidada y deprimente Camberwell Road, que solía evitar, tenía ahora para mí un gran atractivo mientras caminaba entre la niebla matutina, emocionado por la silueta de Hetty avanzando a lo lejos hacia mí. No recordaba nada de lo que ella decía en aquellos paseos. Estaba demasiado embrujado; creía que una fuerza mística nos había acercado y que nuestra unión era una afinidad predeterminada por el destino.

La conocía hacía tres mañanas; tres cortas mañanas que hacían que el resto del día no existiera hasta la mañana siguiente. Pero su actitud cambió en la cuarta. Me saludó con frialdad, sin entusiasmo, y no me cogió la mano. Se lo reproché, y bromeando la acusé de no estar enamorada de mí.

—Tú esperas demasiado —dijo—. Después de todo, solo tengo quince años, y tú eres cuatro mayor que yo.

No comprendí el sentido de su observación; pero no podía ignorar la distancia que

de repente se había abierto entre nosotros. Miraba hacia el frente, andando con un paso elegante, de colegiala, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo.

—En otras palabras, que no me quieres —dije.

—No lo sé —respondió.

Me quedé estupefacto.

—Si no lo sabes, es que no me amas. —Por toda respuesta ella siguió caminando en silencio—. Ves como soy profeta —continué con aire indiferente—. Te dije que lamentaría haberte conocido.

Intenté penetrar en sus pensamientos y ver hasta qué punto sentía algo hacia mí, y a todas mis preguntas respondía: «No lo sé».

—¿Te casarías conmigo? —inquirí.

—Soy demasiado joven.

—Bueno; si te obligaran a casarte, ¿lo harías conmigo o con otro?

—No lo sé… Me gustas…, pero…

—Pero no me quieres —dije, angustiado.

Se quedó callada. Era una mañana nubosa y las calles me parecían grises y deprimentes.

—Lo malo es que he dejado que las cosas vayan demasiado lejos —dije roncamente; habíamos llegado a la entrada del metro—: creo que es mejor que nos despidamos y no volvamos a vernos —dije, preguntándome cuál sería su reacción.

Adoptó un aire solemne.

Le cogí la mano y le di unos golpecitos cariñosos.

—Adiós; es mejor así. Tienes ya demasiado influjo sobre mí.

—Adiós —respondió—; lo siento.

La excusa me impresionó de un modo terrible. Y cuando desapareció en el metro sentí un vacío insoportable.

¿Qué había hecho? ¿Había sido demasiado impetuoso? No debía haberle planteado la cuestión. Había sido un solemne idiota y había conseguido que fuera imposible verla de nuevo, a menos que me pusiera en ridículo. ¿Qué iba a hacer? Simplemente sufrir. Si al menos pudiera sumir en el sueño aquella agonía mental hasta que volviera a verla. Tenía que alejarme de ella a toda costa, en espera de que deseara verme. Acaso me mostraba demasiado serio, demasiado profundo. La próxima vez que nos viéramos sería frívolo y despreocupado. Pero ¿querría ella volver a verme? ¡Claro que tenía que verme! No me podía despedir tan fácilmente.

A la mañana siguiente no pude resistir la tentación de encaminarme a Camberwell Road. No la vi, pero vi a su madre.

—¿Qué le ha hecho usted a Hetty? —me preguntó—. Vino llorando y dijo que no quería volver a verle.

Me encogí de hombros y sonreí irónicamente.

—¿Qué me ha hecho ella a mí? —repliqué.

Luego, dudando, le pregunté si podía volver a verla.

Ella hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No, creo que no.

La invité a tomar algo y fuimos al bar de la esquina para hablar de la cuestión, y después de rogarle largo rato que me permitiera ver de nuevo a Hetty, la madre accedió.

Cuando llegamos a su casa, Hetty abrió la puerta. Se quedó sorprendida e impresionada al verme. Acababa de lavarse la cara con un jabón de tocador que exhalaba un agradable olor. Permaneció de pie en la entrada. En sus grandes ojos había una mirada fría y desapasionada. Comprendí que no podía albergar ninguna esperanza.

—Bien —dije—; he venido a decirte otra vez adiós.

No contestó, pero vi que estaba deseando desembarazarse de mí.

Le tendí la mano y sonreí.

—Adiós, otra vez —dije.

—Adiós —contestó ella fríamente.

Di la vuelta y oí cómo la puerta de la calle se cerraba con suavidad a mi espalda.

Aunque solo la había visto cinco veces apenas durante más de veinte minutos, aquel breve encuentro me afectó mucho tiempo.

7

En 1909 me fui a París. El señor Burnell, del Folies Bergère, había contratado a la compañía Karno para trabajar durante el limitado período de un mes. ¡Qué emocionado estaba ante la idea de ir a un país extranjero! La semana anterior a nuestra partida trabajamos en Woolwich, una triste y miserable semana en una ciudad triste, y yo anhelaba ese cambio. Debíamos salir el domingo, por la mañana temprano. Casi perdí el tren, corriendo a lo largo del andén para subir al último vagón de equipajes, en el que viajé durante todo el trayecto hasta Dover. En aquellos días yo tenía una habilidad extraordinaria para perder los trenes.

La lluvia caía a raudales en el canal de la Mancha, pero la primera visión de Francia a través de la niebla me produjo una impresión inolvidable. «No es Inglaterra —me recordaba a mí mismo sin cesar—. ¡Es el continente! ¡Es Francia!» Esa nación siempre había atraído mi imaginación. Mi padre era medio francés; en realidad, la familia Chaplin procedía de Francia. Mis antepasados desembarcaron en Inglaterra en la época de los hugonotes. El tío de mi padre decía con orgullo que un general francés fundó la rama inglesa de la familia Chaplin.

Era a finales de otoño y el viaje de Calais a París fue monótono. Sin embargo, a medida que nos acercábamos a París crecía mi excitación. Habíamos pasado por un paisaje frío y solitario. Luego, gradualmente, vimos cómo surgía del cielo oscuro un gran resplandor. «Eso —dijo un francés que iba en nuestro departamento— es el reflejo de París.»

París era exactamente como esperaba. El recorrido en coche desde la Gare du Nord hasta la rue Geoffroy-Marie me emocionó e impacientó; quería pararme en todos los rincones y paseos. Eran las siete de la tarde; las luces doradas de los cafés brillaban de un modo atractivo, y sus mesas al aire libre eran una muestra elocuente de la alegría de vivir. Excepto por la innovación de unos cuantos automóviles, aquel era todavía el París de Monet, Pissarro y Renoir. Era domingo y todo el mundo parecía entregado al placer. El aire rebosaba alegría y vitalidad. Ni siquiera mi cuarto de la rue Geoffroy-Marie, con su suelo de baldosas, al que llamaba mi Bastilla, podía amortiguar el entusiasmo que sentía, pues se vivía en las mesas al aire libre de las

tabernas y cafés.

Teníamos libre la noche del domingo, así que podíamos ver el espectáculo del Folies Bergère, donde debutaríamos el lunes siguiente. En mi opinión, ningún teatro tuvo jamás tal encanto, con sus dorados y terciopelos, sus espejos y sus grandes arañas de luces. En los vestíbulos, cubiertos de gruesas alfombras, se paseaba la gente. Enjoyados príncipes indios, con turbantes color rosa, y oficiales franceses y turcos, con cascos rematados por un penacho de plumas, tomaban coñac en el bar. En el gran vestíbulo exterior sonaba la música, mientras las señoras se despojaban de los chales y los abrigos de piel, dejando al descubierto sus blancos hombros. Eran las cortesanas habituales, que se insinuaban discretamente paseando por los salones. En aquellos días eran bellas y corteses.

El Folies Bergère también tenía intérpretes profesionales que vagaban por el teatro con la palabra «Intérprete» en sus gorras. Me hice amigo del jefe, que hablaba con fluidez varios idiomas.

Después del trabajo yo solía llevar mi esmoquin teatral y mezclarme con los paseantes. Una grácil criatura con un cuello blanco y esbelto como el de un cisne me aceleró el corazón. Era una mujer alta, extraordinariamente bella, con una nariz respingona y largas pestañas oscuras; llevaba un vestido de terciopelo negro y guantes blancos hasta el codo. Cuando subía las escaleras del anfiteatro dejó caer un guante.

Lo recogí rápidamente.

—*Merci* —dijo ella.

—Desearía que se le volviera a caer —dije con picardía.

—*Pardon?*

Entonces me di cuenta de que ella no entendía el inglés y de que yo no hablaba francés. Así que me dirigí a mi amigo el intérprete.

—Hay una dama que me gusta con locura. Parece muy cara…

Él se encogió de hombros.

—No más de un luis.

—Bien —dije, aunque un luis en aquella época era mucho, a mi juicio, y lo era en realidad.

Hice que el intérprete me escribiera unas cuantas *phrases d’amour* en el reverso de una tarjeta postal: «Je vous adore», «Je vous ai aimée la première fois que je vous ai vue», etc., que yo intentaba utilizar en el momento propicio. Le pedí que arreglara los preliminares y él actuó de correo, yendo del uno al otro. Al cabo de un rato regresó.

—Todo está arreglado —me dijo—: un luis; pero usted tiene que pagar el taxi hasta su apartamento y el regreso.

Me detuve un momento.

—¿Dónde vive? —pregunté.

—No costará más de diez francos.

Diez francos resultaba exagerado y yo no había previsto aquel gasto extraordinario.

—¿No puede andar? —dije en broma.

—Oiga, esta muchacha es de primera categoría; tiene que pagarle el coche.

Así que accedí.

Una vez arreglado el asunto, pasé delante de ella en las escaleras del anfiteatro. Me sonrió y yo me volví a mirarla.

—*Ce soir!*

—*Enchantée, monsieur!*

Como estábamos en el descanso, prometí verla después de mi actuación.

—Búscame un coche de alquiler mientras voy a recoger a la muchacha —le dije a mi amigo—; así no perderás tiempo.

—¿Yo perder el tiempo?

Cuando pasábamos en coche por el boulevard des Italiens, se proyectaban las luces y las sombras sobre su rostro y su largo cuello; estaba encantadora. Miré a escondidas el francés escrito en la postal.

—*Je vous adore* —dije.

Ella se rió, mostrando sus perfectos y blancos dientes.

—Usted habla francés muy bien.

—*Je vous ai aimeé la première fois que je vous ai vue* —continué en tono emocionado.

Se volvió a reír y corrigió mi francés, diciéndome que debería usar el familiar tu. Se quedó un rato pensando y volvió a reírse. Miró su reloj, pero se le había parado. Me indicó que quería saber la hora, añadiendo que a las doce tenía una cita importante.

—No será esta noche —dije tímidamente.

—*Oui, ce soir*.

—Pero usted está comprometida esta noche, *toute la nuit!*

De repente pareció asustada.

—*Oh, non, non! Pas toute la nuit!*

La conversación se tornó sórdida.

—*Vingt francs pour le moment?*

—*C'est ça!* —replicó ella con énfasis.

—Lo siento —dije—. Será mejor que el taxi se detenga.

Después de pagar al taxista para que la volviera a llevar al Folies Bergère, me apeé muy triste y desilusionado.

Podíamos haber actuado en el Folies Bergère diez semanas, pues cosechamos un gran éxito; pero el señor Karno tenía otros contratos. Mi sueldo era de seis libras esterlinas a la semana, y me gasté hasta el último penique. Un primo de mi hermano, en cierto modo relacionado con el padre de Sydney, se presentó un día. Era rico y pertenecía a la llamada clase alta, y durante su estancia en París dedicó mucho tiempo

a enseñarme la ciudad. Era aficionado a las tablas, y llegó hasta el punto de afeitarse el bigote para pasar por miembro de nuestra compañía a fin de que se le permitiera estar entre bastidores. Por desgracia, tuvo que regresar a Inglaterra, donde, según creo, sus augustos padres le leyeron la cartilla y lo enviaron a América del Sur.

Antes de ir a París había oído que la *troupe* de Hetty trabajaba en el Folies Bergère, de modo que estaba completamente decidido a verla de nuevo. La noche en que llegué fui al teatro y anduve indagando allí; pero me enteré por una de las muchachas del ballet, a quien vi entre bastidores, que la *troupe* se había marchado la semana anterior a Moscú. Mientras hablaba con la muchacha, una voz ronca exclamó desde lo alto de la escalera:

—¡Ven aquí enseguida! ¡Cómo te atreves a hablar con desconocidos!

Era la madre de la muchacha. Intenté decirle que solo quería obtener información sobre una amiga mía, pero la madre no me hizo caso. «No se te ocurra hablar con ese hombre; sube enseguida.»

Me molestó su grosería. Sin embargo, más adelante fuimos buenos amigos. Vivía con sus dos hijas en el mismo hotel que yo; las dos chicas pertenecían al ballet del Folies Bergère. La más joven, de trece años, era la *première danseuse*, muy bonita e inteligente; pero la mayor, de quince, no tenía talento ni belleza. La madre era francesa, una mujer frescachona, de unos cuarenta años, casada con un escocés que vivía en Inglaterra. Después de nuestro debut en el Folies Bergère vino y se disculpó por haber sido tan brusca. Aquel fue el comienzo de una relación muy amistosa. Me invitaban a menudo a tomar el té en sus habitaciones, que ellas preparaban en el dormitorio.

Cuando lo recuerdo me doy cuenta de que era increíblemente ingenuo. Una tarde en que las niñas habían salido y la madre y yo estábamos solos, ella adoptó una actitud extraña y empezó a temblar al servir el té. Le había hablado de mis sueños y esperanzas, de mis amores y desengaños, y ella se conmovió. Al levantarme para dejar la taza de té en la mesa se acercó a mí.

—Eres encantador —me dijo, cogiéndome la cara entre las manos y mirándome fijamente a los ojos—. Un muchacho tan agradable como tú no debería tener penas. —Su mirada se alteró, extraña, casi hipnótica, y su voz tembló—. ¿Sabes? Te quiero como a un hijo —dijo, cogiéndome todavía la cara entre las manos; después acercó su rostro al mío y me besó.

—Gracias —dije sinceramente, y le devolví el beso con toda inocencia. Siguió traspasándome con su mirada; sus labios temblaban y sus ojos refulgían; después, dominándose de repente, se dispuso a servirme otra taza de té. Su actitud había cambiado, y en las comisuras de su boca se dibujaba cierta ironía.

—Eres muy seductor —dijo—. Me gustas mucho.

Me hizo confidencias sobre sus hijas.

—La pequeña es una niña muy buena —dijo—, pero tengo que vigilar a la mayor; se está convirtiendo en un problema.

Después de la función me invitaba a cenar en su amplio dormitorio, en el que dormían ella y su hija menor, y antes de regresar a mi habitación daba las buenas noches a la madre y a la hija y las besaba; después tenía que atravesar una habitación más pequeña, donde dormía la hija mayor. Una noche, al cruzar esta habitación, ella me hizo una seña con la mano.

—Deja la puerta abierta e iré a tu cuarto, cuando la familia esté dormida —me susurró con cautela.

Aunque no lo crean, la arrojé sobre su cama, indignado, y salí de la habitación. Al terminar su contrato en el Folies Bergère oí que la mayor, que tenía solo quince años, se había fugado con un domador de perros, un alemán gordinflón de sesenta años.

Pero yo no era tan inocente como parecía. Los miembros de la *troupe* íbamos por la noche de juerga a los burdeles y hacíamos todas las barbaridades a que suelen entregarse los jóvenes. Una noche, después de tomar varias copas de absenta, me peleé con un ex campeón de peso ligero, llamado Ernie Stone. La riña se inició en un restaurante, y después de que la policía y los camareros nos separaran, aquel individuo me dijo: «Nos veremos en el hotel», donde ambos nos alojábamos. Su habitación estaba encima de la mía, y a las cuatro de la mañana entré corriendo en el hotel y llamé a su puerta.

—Pasa —dijo él deprisa— y quítate los zapatos para no hacer ruido.

Nos desnudamos tranquilamente hasta la cintura y luego nos enfrentamos. Nos zurramos y esquivamos durante un rato, que me pareció interminable. Varias veces me acertó en la barbilla, pero sin resultado.

—Creí que peleabas mejor —le dije con desprecio.

Me largó un directo, falló y se dio de cabeza contra la pared, quedando casi fuera de combate. Traté de acabar con él, si bien mis golpes eran muy débiles. Podía pegarle con impunidad, pero mis puños carecían de fuerza. De repente recibí un golpe que me dio de lleno en la boca y me crujió la mandíbula superior. Aquello me calmó.

—Basta —dije—; no quiero perder los dientes.

Se acercó a mí y me abrazó; luego se miró en el espejo. Yo le había rajado la cara. Tenía las manos hinchadas como guantes de boxeo y había sangre en el techo, en las cortinas y en las paredes. No sé cómo llegó a salpicar hasta allí.

Durante la noche un hililllo de sangre me corrió por el cuello desde la boca. La pequeña *première danseuse*, que solía traerme una taza de té por la mañana, empezó a gritar, pensando que me había suicidado. Desde entonces no me he peleado con nadie.

Una noche se acercó a mí el intérprete diciendo que un célebre músico deseaba verme. ¿Querría ir a su palco? La invitación era bastante interesante, porque estaba con él una dama exótica, bellísima, perteneciente al Ballet Ruso. El intérprete me presentó. El caballero dijo que había disfrutado mucho con mi trabajo y se quedó sorprendido de lo joven que era. Me incliné cortésmente al oír esos cumplidos, lanzando con disimulo una mirada a su amiga.

—Eres un músico y un bailarín nato —dijo él.

Me pareció que no había más réplica posible a este elogio que sonreír con amabilidad, así que miré al intérprete y me incliné con finura. El músico se levantó, me tendió la mano y yo también me puse en pie.

—Sí —dijo, estrechándome la mano—, eres un verdadero artista.

Una vez fuera del palco, pregunté al intérprete:

—¿Quién es la mujer que estaba con él?

—Es una bailarina rusa de ballet, la señorita… —Era un nombre largo y muy difícil.

—¿Y cómo se llama el caballero? —pregunté.

—Debussy —me contestó—, el célebre compositor.

—Nunca he oído hablar de él —dije.

Aquel fue el año del famoso escándalo y del proceso de la señora Steinheil, juzgada y declarada inocente del asesinato de su marido; el año de la sensacional danza del «pom-pom», que mostraba a las parejas rotando juntas en una exhibición libidinosa; el año en que se aprobaron las increíbles leyes tributarias que obligaban a pagar seis peniques por cada libra esterlina de ingresos personales; el año en que Debussy presentó *Preludio a la siesta de un fauno* en Inglaterra, obra que fue abucheada mientras el público abandonaba la sala.

Regresé con tristeza a Inglaterra y comencé una gira por provincias. ¡Qué contraste con París! Aquellas lúgubres tardes del domingo en las ciudades del norte; todo estaba cerrado y el doloroso tañer de las severas campanas, que acompañaban a los jóvenes juerguistas y a las sonrientes muchachas, que se exhibían por las oscuras calles y por los callejones. Era su única diversión vespertina y dominical.

Pasaron seis meses en Inglaterra y ya estaba acostumbrado a mi habitual rutina cuando llegaron noticias de la oficina de Londres que animaron un poco mi vida. El señor Karno me comunicaba que yo ocuparía el puesto de Harry Weldon en la segunda temporada de *The Football Match*. De pronto sentí que mi estrella ascendía. Aquella era mi oportunidad. Aunque había cosechado un notable éxito con *Mumming Birds* y con otros *sketches* de nuestro repertorio, apenas tenían importancia comparados con el hecho de interpretar el papel principal en *The Football Match*. Además, debutaríamos en el Oxford, el music-hall más importante de Londres. Seríamos la principal atracción, y yo vería por primera vez mi nombre en letras grandes en la cabecera del cartel. Suponía un notable ascenso. Si tenía éxito en el Oxford lograría una fama que me permitiría exigir un sueldo mayor y con el tiempo acabar representando mis propios *sketches*. En realidad, aquello haría factible toda clase de planes maravillosos. Como prácticamente figuraban contratados los mismos para *The Football Match*, tan solo necesitábamos una semana de ensayo. Había reflexionado mucho acerca de la forma en que debía representar mi papel. Harry Weldon tenía acento de Lancashire. Yo decidí hacer el papel como un londinense de

los barrios bajos.

Pero en el primer ensayo sufrí un ataque de laringitis. Hice todo lo posible por salvar la voz; hablaba susurrando, hice inhalaciones y utilicé un espray para la garganta, hasta que la angustia me quitó toda la gracia y comicidad que pensaba poner en el papel.

La noche del debut todas las venas de mi garganta, todas mis cuerdas vocales se tensaron al máximo en mi afán por triunfar. Pero no conseguí que me oyesen. Karno se acercó a mí luego con una expresión entre el desencanto y el desdén. «No te ha podido oír nadie», me dijo en tono de reproche. Le aseguré que tendría la voz mejor para la noche siguiente, pero no fue así. En realidad, estaba peor, pues la había forzado de tal modo que estuve a punto de perderla por completo. En efecto, la noche siguiente actuó mi sustituto. Como consecuencia de ello, el contrato terminó al finalizar la primera semana. Todas las esperanzas y los sueños de aquel contrato en el Oxford se habían hundido, y el desencanto me postró en cama con gripe.

No veía a Hetty desde hacía más de un año. Invadido por la melancolía y muy débil después de aquella gripe, me acordé de ella otra vez, y una noche, ya tarde, me encaminé hacia su casa de Camberwell. Pero la vivienda estaba vacía, con un letrero que decía: «Se alquila».

Continué deambulando por las calles sin un objetivo concreto. De repente surgió en la noche una figura que, cruzando la calzada, se dirigió hacia mí:

—¡Charlie! ¿Qué haces por aquí?

Era Hetty; llevaba un abrigo y un sombrerito negros de piel de foca.

—He venido a encontrarme contigo —le dije en broma.

Sonrió.

—Estás muy delgado.

Le dije que acababa de recuperarme de una gripe. Tenía diecisiete años, estaba muy guapa y vestía con elegancia.

—Y tú, ¿qué haces por aquí? —le pregunté.

—He venido a visitar a una amiga y ahora voy a casa de mi hermano. ¿Quieres venir? —dijo.

Por el camino me contó que su hermana se había casado con un millonario estadounidense, Frank J. Gould; que vivían en Niza, y que ella se iba de Londres a la mañana siguiente para reunirse con ellos.

Aquella tarde vi cómo bailaba coquetamente con su hermano. Se portaba con él de una manera ligera y seductora, y a pesar de mí mismo, no pude evitar la sensación de que mi pasión por ella había disminuido un poco. ¿Se había convertido en una de tantas? Este pensamiento me entristeció, y noté que ahora la miraba de manera objetiva.

Su cuerpo se había desarrollado; me fijé en el contorno de sus senos y pensé que eran pequeños y no muy atractivos. «¿Te casarías con ella si pudieras permitírtelo?»

No, no quería casarme con nadie.

Mientras la acompañaba a su casa aquella noche fría y brillante, debí mostrarme tristemente objetivo al hablar de la posibilidad de que su vida fuera maravillosa y muy feliz. «Lo dices de una manera que casi me haces llorar», murmuró.

Llegué a casa con una sensación de triunfo, porque la había conmovido con mi tristeza, logrando que apreciara mi personalidad.

Karno me colocó de nuevo en *Mumming Birds*, e, ironías del destino, no había transcurrido un mes cuando recobré por completo la voz. A pesar de haber sido muy grande el desencanto que sufrí con *The Football Match*, procuré no pensar más en ello. Pero me perseguía la idea de que quizá no era lo bastante bueno para ocupar el puesto de Weldon. Y tras esa idea se alzaba el fantasma de mi fracaso en el Forester. Como todavía no había recuperado por completo la confianza en mí, cada nueva obra en que desempeñaba el papel principal era un castigo divino. Y llegó el día alarmante y decisivo en que tenía que notificar al señor Karno que mi contrato había expirado y deseaba un aumento de sueldo.

Karno podía ser cínico y cruel con quien no le gustaba. Como no era mi caso, desconocía aquel aspecto de su carácter; si bien podía llegar a ser demoledor de una manera grosera. Durante la representación de una de sus comedias, si no le gustaba un cómico, se colocaba entre bastidores, se cogía la nariz y emitía un sonido estridente. Pero eso lo repitió demasiadas veces y uno de los participantes abandonó el escenario y se abalanzó sobre él. Aquella fue la última vez que recurrió a una burla tan vulgar. Y ahora yo lo tenía delante, hablando de un nuevo contrato.

—Bien —dijo, sonriendo con cinismo—; de manera que quieres aumento de sueldo cuando las giras teatrales se tienen que reducir. —Se encogió de hombros—. Desde el fracaso del Oxford Music Hall solo hemos tenido quejas. Dicen que la compañía no se halla a la debida altura, que es una compañía ratonera.[3]

—Bueno, no creo que se me pueda culpar de ello —dije.

—Pues te culpan —contestó, mirándome fijamente.

—¿De qué se quejan? —le pregunté.

Carraspeó y miró al suelo.

—Dicen que no eres competente.

Esa respuesta me hirió en lo más vivo, pero también me enfureció.

—Bueno —contesté con calma—; hay otros que no piensan así y están dispuestos a pagarme más de lo que me dan aquí.

No era cierto, pues no tenía ninguna otra oferta.

—Dicen que el espectáculo es horrible y que los cómicos no son buenos —dijo, cogiendo el teléfono—. Voy a llamar a Bermondsey, el del Star, y tú mismo podrás oírlo… Creo que la semana pasada hizo usted un mal negocio —dijo al teléfono.

—¡Ruinoso! —chilló una voz.

Karno rió con malicia.

—¿Qué opina de la obra?

—Una mamarrachada…

—¿Y qué me dice de Chaplin, el actor principal? ¿No estuvo bien?

—Apesta —dijo la voz.

Karno me ofreció el auricular y volvió a sonreír burlonamente.

—Anda, escucha tú mismo.

Cogí el auricular.

—Quizá apeste, ¡pero ni la mitad que su asqueroso teatro! —dije.

El intento de Karno por acobardarme no tuvo éxito. Le dije que si él opinaba lo mismo, no había necesidad de renovar mi contrato. Karno era en muchos aspectos un hombre astuto, pero no un psicólogo. Aunque yo «apestara», no era muy hábil por su parte mantener a un hombre al otro lado de la línea telefónica para que me lo dijera. Entonces cobraba cinco libras esterlinas, y aunque con escasa esperanza, pedí seis. Para mi gran sorpresa Karno accedió y me congracié de nuevo con él.

Alf Reeves, gerente de la compañía estadounidense de Karno, regresó a Inglaterra, y se rumoreó que buscaba un primer actor para llevárselo a Estados Unidos.

Desde mi gran fracaso en el Oxford Music Hall, me obsesionaba la idea de ir a Estados Unidos, no solo por la emoción de la aventura, sino porque aquello significaría una nueva esperanza, un nuevo comienzo en un nuevo mundo. Por fortuna, *Patinaje*, uno de nuestros nuevos *scketches*, en que era yo el primer actor, se representaba con gran éxito en Birmingham, y cuando el señor Reeves se unió allí a nuestra compañía desplegué todo el encanto que pude, de tal modo que Reeves telegrafió a Karno diciéndole que había encontrado su actor para Estados Unidos. Pero Karno tenía otros proyectos para mí. Esa maldita decisión me tuvo en vilo durante varias semanas, hasta que él se interesó por una obra titulada *The Wow-wows*. Era una parodia burlesca de la iniciación de un miembro en una sociedad secreta. Reeves y yo consideramos la obra estúpida, fatua y sin mérito. Pero Karno estaba obsesionado con su idea e insistió en que Estados Unidos estaba lleno de sociedades secretas y que una parodia de ellas sería un gran éxito allí. Así que, para mi feliz alivio y emoción, Karno me eligió para representar el papel principal de *The Wow-wows* en Estados Unidos.

Esa oportunidad de viajar a Estados Unidos era lo que yo necesitaba. En Inglaterra había llegado al límite de mis oportunidades, que eran además muy limitadas. Con una formación tan pobre, si fracasaba como cómico de music-hall no hubiera quedado más remedio que trabajar como criado. En Estados Unidos las perspectivas eran más esperanzadoras.

La noche antes de zarpar anduve por el West End londinense, parándome en Leicester Square, en Coventry Street, en el Mall y en Piccadilly, con la afanosa sensación de que aquella sería la última vez que vería Londres, pues había decidido establecerme de modo permanente en Estados Unidos. Caminé hasta las dos de la mañana, sumiéndome en la poesía de las calles desiertas y en mi propia tristeza.

Detestaba tener que decir adiós. Sea lo que sea lo que uno siente por ellos, acudir a despedirse de parientes y amigos solo sirve para agravarlo. Me levanté a las seis de la mañana. Por ello no me molesté en despertar a Sydney, sino que le dejé una nota sobre la mesa, que decía: «Me voy a Estados Unidos. Te escribiré. Abrazos. Charlie».

8

Estuvimos doce días en alta mar, con un temporal horrible, rumbo a Quebec. Durante tres días navegamos con el timón roto. Sin embargo, mi ánimo estaba despreocupado y alegre con la perspectiva de poder ir a otras tierras. Viajamos, vía Canadá en un barco de ganado, y aunque no había ganado a bordo, abundaban ratas, que se encaramaban con descaro al pie de mi litera, hasta que les tiraba un zapato. Era primeros de septiembre, y pasamos por Terranova en medio de una espesa niebla. Por fin divisamos tierra firme. Lloviznaba y las orillas del río San Lorenzo tenían un aspecto desolador. Desde el barco, Quebec se parecía a las murallas por donde podría haberse paseado el fantasma de Hamlet. Empecé a preguntarme cómo sería Estados Unidos.

Pero a medida que nos acercábamos a Toronto el país era cada vez más bello, con sus colores otoñales, y yo me sentía cada vez más esperanzado. En Toronto cambiamos de tren y pasamos por el Servicio de Inmigración de Estados Unidos. Por fin llegamos a Nueva York un domingo, a las diez de la mañana. Cuando nos apeamos del tranvía en Times Square me sentí algo decepcionado. El viento arrastraba periódicos por las aceras y Broadway tenía un aspecto cochambroso, como el de una mujer descuidada levantándose de la cama. En casi todas las esquinas de las calles había sillas altas, en las que se sentaban varias personas cómodamente en mangas de camisa mientras les limpiaban los zapatos. Daban la impresión de que estaban terminando su *toilette* en la calle. Muchos parecían extranjeros; andaban sin rumbo fijo por las aceras, como si acabaran de salir de la estación y estuvieran haciendo tiempo antes de subir a otro tren.

Sin embargo, aquello era Nueva York, aventurero, sorprendente, un poco amedrentador. Por el contrario, París se había mostrado más acogedor. Aunque yo no conocía la lengua, París me había dado la bienvenida en cada uno de sus rincones, con sus tabernas y cafés al aire libre. Pero Nueva York era en esencia un lugar de grandes negocios. Los altos rascacielos tenían un aspecto cruelmente arrogante, lejos del sentir de la gente corriente. Los bares carecían de sitio para que se sentaran los clientes; solo había una larga barra de metal para apoyar los pies. Y los comedores

populares, aunque estaban limpios y eran de mármol blanco, tenían un aspecto frío, como el de una clínica.

Alquilé una habitación interior en una de las casas de piedra arenisca frente a la calle Cuarenta y tres, donde ahora está el edificio del *Times*. Era lúgubre y sucia, y me hizo añorar Londres y nuestro pisito. En el sótano había un establecimiento donde lavaban y planchaban ropa, y entre semana me llegaba el fétido hedor de las prendas planchadas al vapor, lo que aumentaba mi desasosiego.

Aquel primer día me sentí completamente inadaptado. Era un tormento entrar en un restaurante a pedir algo, a causa de mi acento inglés y de mi forma de hablar lenta. Había tantos hombres que hablaban de una manera rápida y entrecortada, que me sentí intranquilo, por temor a tartamudear y hacerles perder el tiempo.

No estaba acostumbrado a aquel ritmo endiablado. En Nueva York incluso el propietario de la más pequeña empresa actúa con celeridad. El limpiabotas mueve el trapo con celeridad, el barman sirve la cerveza con celeridad, lanzando el vaso a lo largo de la pulida superficie del mostrador. El camarero de la heladería, cuando sirve un batido de leche malteada, actúa como un prestidigitador. Con una velocidad furiosa, coge un vaso y mete en él de golpe vainilla, helado, dos cucharadas de malta, un huevo crudo, que deposita cuidadosamente; luego añade leche, lo agita todo en un mezclador y lo sirve en menos de un minuto.

En las avenidas muchos parecían estar aquel día igual que yo, solos y aislados; otros se pavoneaban como si fueran los propietarios de la calle. La conducta de numerosas personas parecía despótica y dura, como si ser agradable o cortés fuese una debilidad. Pero por la noche, cuando deambulaba por Broadway entre la muchedumbre vestida con ropa de verano, me tranquilicé. Habíamos dejado Inglaterra en medio de un septiembre muy frío y llegamos a Nueva York en una época cálida, con una temperatura de veinticinco grados, y a medida que caminaba, Broadway empezó a iluminarse con miles de bombillas eléctricas de colores, refulgiendo como una joya cegadora. En la noche calurosa mi actitud cambió y comprendí el significado de Estados Unidos: los altos rascacielos, las luces brillantes y alegres, la emocionante exhibición de anuncios, me produjeron una sensación de esperanza y de aventura. «¡Eso es! —me dije—. ¡Yo pertenezco a este lugar!»

Parecía que todo el mundo estaba en Broadway metido en el negocio teatral; actores, cómicos de vodevil, artistas de circo y representantes se hallaban por doquier: en la calle, en los restaurantes, en los hoteles y en los grandes almacenes, y todos hablaban de negocios. Se oían los nombres de los propietarios de teatros: Lee Shubert, Martin Beck, William Morris, Percy Williams, Klaw y Erlanger, Frohman, Sullivan y Considine, Pantages. Lo mismo las asistentas que los ascensoristas, los camareros, los cobradores de tranvías, los bármanes, los lecheros o los panaderos, todos hablaban como actores. Se oían retazos de conversación en las calles entre maternales ancianas, que parecían esposas de granjeros, y que decían: «Acaba de trabajar en tres funciones al día para Pantages en el Oeste.[4] Con los elementos

necesarios, el muchacho sería un gran cómico de music-hall». «¿Has visto a Al Jolson en el Winter Garden? —decía un ordenanza—. Sin duda, le ha salvado el espectáculo a Jake.»

Los periódicos dedicaban todos los días una página entera al teatro, indicando los music-halls que figuraban en primero, segundo y tercer lugar en popularidad y aplausos, como en las carreras de caballos. Nosotros no participábamos todavía en aquellas carreras, y estaba deseoso de saber en qué posición figuraríamos. Trabajaríamos en el circuito Percy Williams durante solo seis semanas. Después ya no teníamos contrato. Del resultado que obtuviéramos dependía la prolongación de nuestra estancia en Estados Unidos. Si fracasábamos regresaríamos a Inglaterra.

Alquilamos una sala de espectáculos y ensayamos una semana *The Wow-wows*. En el reparto figuraba el viejo Whimsical Walker, el famoso payaso del Drury Lane. Tenía más de setenta años y una voz profunda y resonante, pero carecía de dicción, como vimos en los ensayos, y le correspondía el papel principal de narrador del argumento. Era incapaz de pronunciar un verso como «La broma será terrible, *ad libitum*». La primera noche farfulló: «Ablib-blum», que luego se convirtió en «ablibun», pero no pronunció nunca la palabra correcta.

En Estados Unidos, Karno tenía gran reputación. Éramos, por lo tanto, la atracción principal en un programa de artistas excelentes y aunque yo detestaba la obra, procuré, naturalmente, sacar el máximo partido de ella. Tenía la esperanza de que pudiera ser lo que Karno llamó «lo apropiado para Estados Unidos».

No describiré la agonía, la tensión nerviosa y la incertidumbre que precedieron a mi entrada en escena la primera noche, o mi apuro, pues los artistas estadounidenses estaban viéndonos entre bastidores. Mi primer chiste provocaba en Inglaterra una gran carcajada, y se consideraba el barómetro que indicaba la forma en que se desarrollaría el resto de la comedia. Era una escena campestre. Yo salía de una tienda de campaña con una taza de té:

ARCHIE *(yo)*: Buenos días, Hudson. ¿Te importaría darme un poco de agua?

HUDSON: Claro que no. ¿Para qué la quieres?

ARCHIE: Para tomar un baño…

(Unas débiles risitas y luego un frío silencio en el público.)

HUDSON: ¿Cómo has dormido esta noche, Archie?

ARCHIE: ¡Oh, fatal! He soñado que me perseguía una oruga…

Otro silencio mortal. Y así continuamos, viendo los rostros de los estadounidenses que estaban entre bastidores cada vez más largos. Pero se fueron antes de que terminara nuestro acto.

Era una obra estúpida y aburrida y yo le había aconsejado a Karno que no

debutara con ella. Teníamos otros cuadros mucho más divertidos en nuestro repertorio, tales como *Skating*, *The Dandy Thieves*, *The Post Office* y *Mr. Perkins, M. P.*, que habrían resultado divertidos para un público estadounidense. Pero Karno era terco.

Para decirlo suavemente, el fracaso en un país extranjero es deprimente. Aparecer todas las noches ante un público frío y callado que escuchaba nuestra animada y jovial comedia inglesa era un episodio triste. Entrábamos y salíamos del teatro como fugitivos. Durante seis semanas soportamos aquella ignominia. Los otros actores nos tenían en cuarentena, como si fuésemos apestados. Cuando nos agrupábamos entre bastidores para entrar en escena, decaídos y humillados, era como si nos fueran a colocar en fila para fusilarnos.

Aunque me sentía aislado y proscrito, estaba encantado de vivir solo. Al menos no tenía que compartir mi humillación con otros. Durante el día daba interminables paseos por largas avenidas que parecían no conducir a ninguna parte y me dedicaba con interés a visitar los parques zoológicos, el acuario y los museos. Desde nuestro fracaso, Nueva York parecía demasiado terrible; sus edificios, demasiado altos; su ambiente competitivo, abrumador. Aquellas magníficas casas de la Quinta Avenida no eran hogares, sino monumentos erigidos al éxito. Sus dominadores edificios y sus tiendas modernas significaban una cruel advertencia para el inadaptado que era yo.

Daba largos paseos por la ciudad hacia el distrito de los suburbios, cruzando el parque de Madison Square, donde viejos miserables, semejantes a las gárgolas de las catedrales, estaban sentados en bancos, mirándose fijamente los pies, sumidos en el estupor, henchidos de desesperación. Después iba a la Segunda y a la Tercera avenidas. En estas la miseria era dura, amarga y cínica, una miseria agitada, chillona, riente y lloriqueante a la vez, amontonada en torno a las puertas, en las escaleras de incendios y desparramada por las calles. Todo aquello resultaba muy deprimente y hacía que deseara volver rápidamente a Broadway.

El estadounidense es un optimista obsesionado por sueños apremiantes, un hombre que siempre está intentando hacer algo. Tiene la esperanza de lograr una rápida ascensión. ¡Acierta! ¡Sal de la miseria! ¡Libérate! ¡Haz dinero y lárgate! ¡Cambia tu destino! Sin embargo, aquella actitud exagerada empezó a iluminar mi espíritu y, cosa paradójica, como resultado de nuestro fracaso, empecé a sentirme ágil y libre de estorbos. Había muchas oportunidades en Estados Unidos. ¿Por qué tenía que limitarme a la vida teatral? Yo no estaba encadenado al arte. ¡Cambia de destino! Empecé a recuperar la confianza. Pasara lo que pasase, estaba decidido a permanecer en Estados Unidos.

Para olvidar mi fracaso quería cultivar mi espíritu y educarme; de manera que comencé a merodear por las librerías de viejo. Compré varios libros de texto —la *Retórica*, de Kellogg, una gramática inglesa y un diccionario latín-inglés— con la firme resolución de estudiarlos. Pero mi determinación se torció. En cuanto les eché una mirada los metí en el fondo del baúl, los olvidé y no los volví a mirar hasta que

hicimos la segunda visita a Estados Unidos.

Durante la primera semana de Nueva York figuraba en cartel una obra titulada *Edwards's School Days*, en la que trabajaban niños. En esta *troupe* había un pilluelo atractivo, que parecía muy pequeño para su aire ampuloso. Tenía la manía de jugar con cupones de cigarrillos, que se podían cambiar en los estancos por objetos, desde una cafetera niquelada hasta un piano; estaba dispuesto a jugar a los dados, para conseguir esos cupones, con los cómicos o con cualquier otra persona. Hablaba muy deprisa; se llamaba Walter Winchell, y aunque no dejó nunca de parlotear con gran rapidez, con el paso de los años su exactitud en decir la verdad con frecuencia dejó mucho que desear.

Aunque nuestro espectáculo fue un fracaso, los periódicos hablaron muy bien de mí. Sime Silverman, del *Variety*, decía: «Hay, por lo menos, en la *troupe* un inglés divertido, que triunfará en Estados Unidos».

Ya estábamos resignados a hacer las maletas y regresar a Inglaterra al cabo de seis semanas. Pero durante la tercera trabajamos en el teatro de la Quinta Avenida, ante un público compuesto en su mayor parte por mayordomos y criados ingleses. Ante mi sorpresa, la noche del lunes en que debutamos obtuvimos un gran éxito. Se rieron con todos los chistes. Todo el mundo en la compañía estaba sorprendido, incluso yo mismo, pues esperaba la acostumbrada e indiferente acogida. Al hacer una actuación superficial, estaba relajado. Por ello no podía equivocarme.

Durante aquella semana nos vio un agente y nos contrató para una gira de veinte semanas por el Oeste con el circuito Sullivan y Considine. Se trataba de music-halls baratos y teníamos que dar tres funciones al día.

Aunque en aquella primera gira con Sullivan y Considine no obtuvimos un éxito estrepitoso, quedamos muy por encima de los otros espectáculos. En aquellos días el Medio Oeste tenía su encanto. El ritmo de vida era más lento, y el ambiente, romántico; cada tienda y cada bar disponían de una mesa para jugar a los dados a la entrada, donde se podía ganar cualquiera de los variados artículos que vendían allí, desde comestibles hasta objetos de ferretería. Los domingos por la mañana, en su Main Street, se oía un continuo rumor de dados, un rumor alegre, que resultaba agradable y acogedor. Y muchas veces gané mercancías que valían un dólar por diez centavos.

La vida era barata. En un hotel pequeño la pensión completa costaba unos siete dólares a la semana, con tres comidas al día. Los alimentos eran muy baratos. La barra de la cafetería era el punto de reunión de nuestra gente. Por un centavo se podía tomar un vaso de cerveza y un plato. Había pepinillos, jamón, ensalada de patatas, sardinas, macarrones con queso y una gran variedad de embutidos, chorizo, salami y perritos calientes. Algunos miembros de nuestra compañía se aprovechaban haciendo una montaña de comida en sus platos, hasta que el barman intervenía: «¡Oiga! ¿Adónde diablos va usted con esa carga? ¿Al Klondike?».

Éramos quince o más en nuestra compañía y cada cual ahorraba por lo menos la

mitad de su sueldo, aun después de pagar su cama en el tren. Mi sueldo era de setenta y cinco dólares a la semana, de los que cincuenta iban de una manera regular y decidida al Banco de Manhattan.

La gira nos llevó hasta la costa. Con nosotros viajaba un apuesto y joven texano con el que compartíamos cartel. Trabajaba en el trapecio y no acababa de decidirse entre continuar con su compañera de número o dedicarse al boxeo. Todas las mañanas yo practicaba con él, y aunque era más alto y pesaba más que yo, le podía tocar a voluntad. Llegamos a ser muy buenos amigos, y después de una sesión de boxeo solíamos comer juntos. Sus parientes, según me dijo, eran granjeros texanos, y me hablaba de la vida en la granja. Pronto empezamos a pensar en dejar el teatro y formar una sociedad para dedicarnos a la cría de cerdos.

Entre los dos teníamos dos mil dólares y el sueño de hacer fortuna. Planeamos comprar tierras a cincuenta centavos el acre en Arkansas; dos mil acres al comienzo, invirtiendo el resto en la compra de cerdos y en mejorar la tierra. Si todo salía bien, calculábamos que con las crías, sobre la base de una piara de cinco al año como promedio, podríamos ganar cien mil dólares cada uno.

Mientras viajábamos en el tren, mirábamos por la ventanilla; veíamos granjas de cerdos y enloquecíamos de emoción. Comíamos, dormíamos y soñábamos pensando en cerdos. Si no hubiera comprado un libro sobre la cría científica del cerdo, tal vez habría renunciado al teatro y me habría convertido en granjero; pero aquel libro, que describía gráficamente la técnica para castrar los cerdos, enfrió mi entusiasmo y pronto olvidé el proyecto.

En aquella tourné llevaba mi violín y mi violonchelo. Desde los dieciséis años practicaba entre cuatro y seis horas en mi dormitorio. Todas las semanas tomaba clases con el director de orquesta del teatro o con alguien que él me recomendaba. Como era zurdo, mi violín tenía las cuerdas al revés, con el bajo invertido. Albergaba la ambición de ser un artista de concierto, y si fracasaba me dedicaría a hacer números de vodevil; pero con el paso el tiempo me convencí de que jamás sería un artista excelente, de modo que renuncié a tocar.

En 1910 Chicago era, dentro de su fealdad, una ciudad atractiva, triste y sucia, una ciudad que conservaba aún el espíritu de los días de la frontera, una ciudad próspera y heroica de «humo y acero», como dice Carl Sandburg. En mi opinión, las vastas llanuras que la rodean son semejantes a las estepas rusas. Mostraba esa orgullosa alegría del pionero, que estimula los sentidos; sin embargo, en el fondo allí latía una viril soledad. En contraposición con aquella dolencia somática había una diversión nacional, conocida con el nombre de *burlesque*, que consistía en unos cuantos cómicos desgarrados, a los que rodeaban veinte o más coristas. Algunas eran muy bonitas, otras vulgares. Algunos de los cómicos tenían gracia; pero la mayoría de los *sketches* eran obscenos, cuentos de harén groseros y cínicos. El ambiente era muy de «machos», cargado de antagonismo sexual, que, paradójicamente, despojaba al público de cualquier deseo sexual normal, haciendo que su reacción fuese

sentimental. Chicago estaba lleno de tales espectáculos. Uno, llamado *Watson’s Beef Trust*, se componía de veinte mujeres de mediana edad, extremadamente gordas, que se exhibían en mallas. Su peso total alcanzaba varias toneladas, y así lo proclamaba la publicidad. Sus fotografías, en el exterior del teatro, que las mostraba posando con timidez, eran deprimentes.

En Chicago vivíamos en la ciudad, en Wabash Avenue, en un hotel pequeño. Aunque triste y cochambroso, tenía un atractivo romántico, pues la mayoría de las chicas de los espectáculos de *burlesque* se alojaban allí. En todas las ciudades nos precipitábamos al hotel donde se hospedaban las coristas, con una esperanza libidinosa que nunca se veía colmada. Los trenes elevados pasaban de noche por delante y se reflejaban en la pared de mi dormitorio como en una vieja linterna mágica. Sin embargo, me gustaba aquel hotel, si bien no me ocurrió nada extraordinario allí.

Una chica, silenciosa y bonita, se paseaba siempre sola con aire azorado por motivos que ignoro. A veces pasaba junto a ella al salir y al entrar en el vestíbulo del hotel; pero nunca me atreví a trabar amistad con ella, y debo decir que no me dio pie.

Cuando abandonamos Chicago para ir a la costa ella viajaba en el mismo tren. Las compañías de *burlesque* que iban al oeste seguían generalmente el mismo itinerario que nosotros y trabajaban en las mismas ciudades. Mientras recorría el tren, la vi hablando con un cómico de nuestra compañía, que vino más tarde a sentarse a mi lado.

—¿Qué clase de chica es? —le pregunté.

—Muy amable. Pobre pequeña, me da pena.

—¿Por qué?

Se acercó más.

—¿Recuerdas el rumor que corría de que una de las chicas de la compañía tenía sífilis? Pues bien, es ella.

En Seattle se vio obligada a abandonar la compañía para ingresar en un hospital. Hicimos una colecta en su favor, a la que contribuyeron todas las compañías que iban en el tren. ¡Pobre muchacha! Todo el mundo sabía lo que le pasaba. Sin embargo, se mostró agradecida; más adelante, ya curada gracias a las inyecciones de Salvarsan, que por entonces era un medicamento nuevo, volvió a reunirse con sus compañeras.

En aquellos días los barrios de burdeles abundaban en todo el país. Chicago era especialmente célebre por su Casa de Todas las Naciones, regentada por las hermanas Everly, dos solteronas de mediana edad. El establecimiento era célebre por tener mujeres de distintas nacionalidades. Las habitaciones lucían toda clase de estilos y decorados: turco, japonés, Luis XVI; había incluso una tienda árabe. Era el establecimiento de ese género más recargado del mundo y también el más caro. Millonarios, grandes industriales, ministros, senadores y jueces eran clientes habituales. Los miembros de una convención terminaban generalmente sus acuerdos alquilando el establecimiento por una noche. Se contaba que un rico sibarita se había

hospedado allí durante tres semanas, sin ver la luz del sol.

Cuanto más al oeste íbamos más me agradaba el país. Contemplar por la ventanilla las vastas extensiones de tierra salvaje, pese a ser monótono y triste, me llenaba de esperanza. El espacio es bueno para el alma. Ensancha el espíritu. Mi perspectiva era aún más amplia. Ciudades como Cleveland, Saint Louis, Mineápolis, Saint Paul, Kansas City, Denver, Butte y Billings palpitaban con el dinamismo del futuro, y yo estaba saturado de él.

Hicimos muchos amigos entre los componentes de las otras compañías de vodevil. En todas las ciudades nos reuníamos seis o más en el barrio de los prostíbulos. Algunas veces nos ganábamos el afecto de la madama, y ella cerraba la casa para nosotros. En ciertas ocasiones algunas de las pupilas se enamoraban de los actores y los seguían hasta la ciudad siguiente.

El barrio de los burdeles de Butte, en Montana, consistía en una calle larga y en varias bocacalles, que albergaban un centenar de hotelitos, donde muchachas de dieciséis años para arriba se ofrecían por un dólar. Butte se vanagloriaba de tener las mujeres más guapas de todos los prostíbulos del Medio Oeste, lo cual era cierto. Cuando se veía una chica guapa, elegantemente vestida, se podía asegurar que era una pupila de aquel barrio que iba de compras. Cuando no trabajaban, no miraban ni a derecha ni a izquierda y se comportaban del modo más respetable. Años más tarde discutiría con Somerset Maugham acerca de su personaje Sadie Thompson, en la obra *Lluvia*. La actriz, Jeanne Eagels, representaba ese personaje vestida de una manera bastante grotesca, según recuerdo, con botas altas. Le dije que ninguna prostituta de Butte sacaría ni un centavo si se vestía de aquel modo.

En 1910 Butte era todavía una ciudad a lo «Nick Carter», con mineros que llevaban botas de montar, sombreros de ala ancha y pañuelos rojos al cuello. Presencié un auténtico tiroteo en la calle: un sheriff viejo y gordo que disparaba a los talones de un preso fugado, que acabó arrinconado en un callejón sin salida, sin sufrir daño alguno, por fortuna.

Mi ánimo se aligeraba a medida que nos acercábamos al oeste; las ciudades tenían un aspecto más limpio. Nuestro itinerario pasaba por Winnipeg, Tacoma, Seattle, Vancouver y Portland. En Winnipeg y en Vancouver el público era esencialmente inglés, y a pesar de mis simpatías pronorteamericanas, resultaba grato actuar delante de aquellos espectadores.

¡California, por fin! Un paraíso de sol, de extensos naranjales, de viñas y palmeras, que se extendía mil millas a lo largo de la costa del Pacífico. San Francisco, la puerta de Oriente, era una ciudad donde se comía bien y barato; la primera ciudad que me ofreció ancas de rana a la provenzal, pastel de fresas y aguacates. Llegamos en 1910, después de que la ciudad casi hubiera resurgido tras el terremoto de 1906 o del incendio, como prefieren llamarlo allí. Quedaban todavía algunas casas agrietadas en las calles empinadas, pero no se veían restos de la catástrofe. Todo era nuevo y brillante, incluso nuestro pequeño hotel.

Trabajamos en el Empress, propiedad de Sid Grauman y de su padre, dos personas cordiales y sociables. Era la primera vez que aparecía en un cartel sin que se mencionara a Karno. Y el público, ¡qué delicia! A pesar de que *The Wow-wows* era un *sketch* tonto, había lleno en todas las funciones y se sucedían las grandes carcajadas. «En cuanto hayáis terminado con Karno —decía Grauman entusiasmado— volved por aquí y daremos funciones juntos.» Aquel entusiasmo era nuevo para mí. En San Francisco se percibía un ambiente de optimismo y de iniciativa.

Los Ángeles, por el contrario, era una ciudad fea, calurosa y abrumadora, y la gente parecía anémica y tener mal color. Era un clima mucho más caluroso, sin el frescor de San Francisco; la naturaleza ha dotado al norte de California de recursos que durarán y florecerán cuando Hollywood haya desaparecido en los prehistóricos pozos de alquitrán de Wilshire Boulevard.

Terminamos nuestra primera gira en Salt Lake City, hogar de los mormones, que me hizo pensar en Moisés conduciendo a los hijos de Israel. Es una amplia ciudad en una hondonada, que parece flamear en medio del calor solar como un espejismo, con anchas calles, que solo pueden concebir las personas que han atravesado extensas llanuras. La ciudad se mantiene altiva y austera, como los mormones, y así era también el público.

Después de representar *The Wow-wows* en el circuito de Sullivan y Considine, regresamos a Nueva York con intención de volver directamente a Inglaterra; pero el señor William Morris, que competía con los otros *trusts* del vodevil, nos propuso representar durante seis semanas todo nuestro repertorio en su teatro de la calle Cuarenta y dos de Nueva York. Debutamos con *Una noche en un music-hall inglés,* que tuvo un éxito enorme.

Durante la semana, un joven y uno de sus amigos tenían una cita a última hora con dos chicas; para matar el tiempo entraron en el William Morris’s American Music Hall, donde dio la casualidad de que vieron nuestro espectáculo. Uno de ellos dijo: «Si alguna vez soy un potentado, ese es el tipo al que contrataría en exclusiva». Se refería a mi actuación, en la que yo hacía de borracho en un music-hall inglés. En aquella época él trabajaba para D. W. Griffith como extra de cine en la Biograph Company por cinco dólares diarios. Era Mack Sennett, que tiempo después crearía los estudios cinematográficos Keystone Film Company.

Actuamos con gran éxito durante esas seis semanas con Morris en Nueva York y fuimos contratados de nuevo para otra gira de veinte semanas por el circuito de Sullivan y Considine.

A medida que nos acercábamos al final de nuestra segunda gira me invadía la tristeza. Quedaban otras tres semanas: San Francisco, San Diego, Salt Lake City y luego regresaríamos a Inglaterra.

El día anterior a nuestra partida de San Francisco di un paseo por Market Street y me topé con una pequeña tienda, con cortinas en el escaparate y un letrero que decía: «Se adivina el porvenir. Quiromancia y cartomancia. Un dólar». Entré algo azorado y

me encontré con una mujer gorda de unos cuarenta años, que salió de una habitación interior masticando todavía su interrumpida comida. Señaló con indiferencia una mesita arrimada a la pared opuesta a la puerta, y sin mirarme dijo:

—Siéntese, por favor. —Ella se sentó frente a mí. Sus modales eran bruscos—. Baraje estas cartas y córtelas tres veces, mirando hacia mí; luego ponga las palmas de las manos hacia arriba, sobre la mesa, por favor. —Volvió las cartas y las extendió; después las observó y me miró las manos—. Usted está pensando en un largo viaje, lo cual significa que se va a marchar de Estados Unidos. Pero regresará pronto y se dedicará a un negocio nuevo, a algo distinto de lo que está haciendo ahora. —Al llegar aquí se detuvo, confusa—. Bueno, es casi lo mismo, aunque diferente. Veo un enorme éxito en esa nueva empresa; se le ofrece un extraordinario triunfo en el futuro, pero no sé qué es. —Por primera vez levantó la vista y me miró; luego me cogió la mano—. ¡Oh, sí! Veo tres matrimonios; los dos primeros, desgraciados; pero terminará su vida casado felizmente y con tres hijos. —En esto se equivocó; después volvió a observar mi mano—. Sí, hará una fortuna inmensa; tiene una mano que gana dinero. —A continuación examinó mi rostro—. Morirá usted de bronquitis a la edad de ochenta y dos años. Un dólar, por favor. ¿Quiere hacerme alguna pregunta?

—No —dije riendo—. Creo que ya es bastante.

En Salt Lake City los periódicos no hablaban más que de atracos y robos de bancos. Alineaban a los clientes de los clubes nocturnos y de los cafés contra la pared, y luego los malhechores, con las caras cubiertas con medias, los desvalijaban. Hubo tres ataques de ese género en una sola noche y los bandidos tenían aterrorizada a toda la ciudad.

Después de la función acudíamos a un bar cercano a echar un trago y a veces trabábamos amistad con los clientes. Una noche entró con otros dos un hombre grueso, jovial, de cara redonda. El gordo, que era el más viejo de los tres, se acercó a nosotros.

—¿No son ustedes los que trabajan en el Empress, en esa obra inglesa?

Asentimos, sonriendo, con la cabeza.

—¡Como ven les he reconocido! ¡Eh, amigos, venid aquí! —llamó a sus dos compañeros, y después de presentárnoslos, nos invitó a unas copas.

El gordo era inglés, aunque apenas conservaba el acento; tenía unos cincuenta años, era amable, con unos ojillos vivarachos y un rostro colorado.

Bien entrada la noche, sus dos amigos y los cómicos de nuestra compañía fueron hacia la barra y yo me encontré solo con el Gordo, como le llamaban sus jóvenes amigos.

Se mostró confidencial.

—Volví a la vieja patria hace tres años —me contó—; pero ya no es la misma. Este es el lugar más adecuado. Vine hace treinta años, de novato; me desollé trabajando en esas minas de cobre de Montana, pero luego me despabilé. Ese oficio es para idiotas, me dije. Ahora tengo compinches que trabajan para mí —sacó una

abultada cartera, llena de billetes de banco—. Echemos otro trago.

—Vaya con cuidado —le dije en broma—. ¡Podrían atracarle! Me miró sonriendo con gesto malicioso y avispado; luego guiñó un ojo.

—¡A este menda, no!

Me invadió un sentimiento de terror tras ver aquel guiño tan significativo. Continuó sonriendo, sin apartar la mirada de mí.

—¿Me ha entendido? —preguntó.

Asentí con la cabeza prudentemente.

Luego me habló en tono confidencial, acercándome el rostro a la oreja.

—¿Ve usted a esos dos individuos? —susurró, refiriéndose a sus amigos—. Ese es mi equipo, mudos como muertos; no tienen sesos, pero sí muchas agallas.

Me llevé un dedo a los labios con cautela, indicando que podían oírle.

—No hay cuidado, hermano; nos largamos esta noche. —Y añadió, ahora tuteándome—: Escucha, somos los dos buenos sabuesos de nuestra raza, ¿no es verdad? Te he visto muchas veces en el Islington Empire entrando y saliendo de aquel escenario. —Sonrió con una mueca—. Ese es un trabajo muy duro, hermano.

Me eché a reír.

En tono más confidencial, me dijo que quería ser amigo mío para toda la vida y saber mi dirección en Nueva York.

—Te escribiré para recordar los antiguos tiempos —añadió.

Por fortuna, no volví a oír hablar de él jamás.

9

No me disgustó demasiado abandonar Estados Unidos, pues había decidido regresar, aunque no sabía ni cuándo ni cómo. Sin embargo, deseaba volver a Londres y a nuestro cómodo pisito. Desde que había iniciado la gira por Estados Unidos aquel cuarto se había convertido en una especie de sanctasanctórum.

Hacía tiempo que no tenía noticias de Sydney. En su última carta me comunicaba que el abuelo estaba viviendo en el piso. Pero al llegar a Londres, Sydney salió a recibirme a la estación y me dijo que había traspasado el piso, se había casado y estaba viviendo en otro amueblado, en Brixton Road. Esto fue un duro golpe para mí, pensar que ya no existía aquel alegre y pequeño puerto de refugio, que había dado un contenido a mi vida, el orgullo de un hogar… Ahora carecía de él. Alquilé una habitación interior en Brixton Road. Era tan lúgubre, que decidí regresar a Estados Unidos lo antes posible. Aquella primera noche Londres parecía tan indiferente a mi regreso como una máquina tragaperras cuando le echamos una moneda.

Como Sydney estaba casado y trabajaba todas las noches, lo veía poco; pero el domingo fuimos los dos a visitar a nuestra madre. Fue un día deprimente, porque ella no estaba bien. Acababa de pasar una fase ruidosa, en la que le dio por cantar himnos, y la tuvieron que confinar en una celda acolchada. Sydney la vio, pero yo no tuve valor y esperé. Syney volvió muy impresionado, y dijo que le habían aplicado un electrochoque y también baños helados y que tenía la cara completamente morada. Eso nos animó a tomar la decisión de internarla en una institución privada —ahora podíamos hacerlo—, de modo que la trasladamos al mismo establecimiento en donde el gran comediante inglés Dan Leno, ya difunto, había estado internado.

Cada día me sentía más descentrado y desarraigado. Supongo que, si hubiera vuelto a nuestro pisito, mis sentimientos habrían sido diferentes. Por supuesto, la tristeza no me dominó por completo. La familiaridad, el hábito y mis vínculos con Inglaterra eran para mí profundamente conmovedores después de haber llegado a Estados Unidos. Gozábamos de un verano inglés ideal, y su romántica belleza no se parecía a nada de cuanto había visto en otras partes.

El señor Karno, el jefe, me invitó a pasar un fin de semana en su yate en la isla de

Tagg. Era una embarcación bien acondicionada, con paneles de caoba y lujosos camarotes para los invitados. Por la noche se iluminaba con guirnaldas de luces de colores dispuestas alrededor del barco, alegres y encantadoras, a mi parecer. La noche era bella y cálida, y después de cenar nos sentamos en la cubierta superior, bajo las luces de colores, tomando café y fumando cigarrillos. Aquella era la Inglaterra que me hacía olvidar cualquier otro país.

De repente, una voz engolada, de falsete, empezó a gritar histéricamente: «¡Oh, vean todos mi precioso barco! ¡Vean mi precioso barco! ¡Y las luces! ¡Ja, ja, ja!». La voz se convirtió en un ataque histérico de risa burlona. Miramos para ver de dónde venía aquella discordancia y divisamos a un hombre en un bote de remos, vestido de franela blanca, con una dama reclinada en el asiento posterior. La pareja semejaba una ilustración cómica del *Punch*. Karno se asomó por la borda y le dirigió un ruido malsonante; pero nada pudo contener aquella risa histérica. «Solo podemos hacer una cosa —dije—, ser todo lo ordinarios que ellos se figuran.» Así pues, solté una violenta andanada de insultos rabelesianos que turbaron tanto a la dama que su acompañante tuvo que alejarse remando con celeridad.

El ridículo arrebato de aquel idiota no fue una crítica a un barco de mejor o peor gusto, sino un prejuicio esnob contra lo que él consideraba una ostentación de la clase media. Aquel individuo no se hubiera reído histéricamente ante el palacio de Buckingham, gritando: «¡Miren en qué casa tan grande vivo!», ni se hubiese reído al pasar la carroza de la coronación. En Inglaterra siempre percibí de manera notoria esa omnipresente distinción de clases. Me parece que ese tipo de inglés tiene siempre demasiada prisa en medir la inferioridad social de los demás.

Nuestra compañía estadounidense empezó a trabajar y actuamos durante catorce semanas en los music-halls de los alrededores de Londres. El espectáculo fue bien acogido y el público se mostró maravilloso; pero yo no hacía más que preguntarme si volveríamos alguna vez a Estados Unidos. Amaba Inglaterra, si bien para mí era imposible vivir allí. A causa de mi origen, tenía la sensación inquietante de que me hundía otra vez en deprimentes miserias. Así que cuando llegó la noticia de que habíamos sido contratados para otra gira en Estados Unidos, me alegré muchísimo.

Un domingo, Sydney y yo vimos a nuestra madre, que parecía estar mejor de salud; antes de que Sydney se marchara a provincias, comimos juntos. En mi última noche en Londres, emocionado, triste y amargado, volví a deambular por el West End, pensando para mis adentros: «Es la última vez que veré estas calles».

En esa ocasión llegamos a Nueva York en el *Olympic*; viajamos en segunda clase. El zumbido de las máquinas disminuyó, lo cual significaba que nos acercábamos a nuestro destino. Esa vez me sentí como en casa en Estados Unidos; un extranjero entre extranjeros, aliado con los demás.

Aunque me gustaba mucho Nueva York, quería ir al Oeste para saludar de nuevo a aquellas personas a las que ahora consideraba cordiales amigos: el barman irlandés

de Butte, Montana; el afable millonario y terrateniente de Mineápolis; la bella chica de Saint Paul, con la que había pasado una romántica semana; MacAbee, el propietario de minas escocés de Salt Lake City; el simpático dentista de Tacoma, y los Grauman, en San Francisco.

Antes de dirigirnos a la costa del Pacífico trabajamos en los pequeños music-halls de los suburbios de Chicago y Filadelfia y en ciudades industriales como Fall River y Duluth, entre otras.

Como de costumbre, vivía solo. No obstante, eso tenía sus ventajas, porque me daba la oportunidad de cultivar mi inteligencia, decisión que había acariciado durante muchos meses, pero que no había llevado nunca a cabo.

Hay una fraternidad entre los que quieren adquirir conocimientos apasionadamente. Yo era uno de ellos. Pero mis motivos no eran tan puros; yo quería saber no por amor a la ciencia, sino como una defensa contra el desprecio que siente el mundo por el ignorante. Así que, cuando tenía tiempo, merodeaba por las librerías de viejo.

En Filadelfia topé por casualidad con una edición de la obra de Robert Ingersoll *Essays and Lectures*. Fue un acuciante descubrimiento. Luego descubrí a Emerson. Después de leer su ensayo *Confianza en uno mismo* tuve la sensación de que me habían conferido un dorado mayorazgo. A este le siguió Schopenhauer. Compré los tres tomos de *El mundo como voluntad y representación*, que he leído de vez en cuando, nunca por entero, durante más de cuarenta años. *Hojas de hierba*, de Walt Whitman, me aburre y me sigue aburriendo. Es un místico nacional excesivo, un corazón demasiado amoroso. En mi camerino, entre una representación y otra, tuve el placer de descubrir a Twain, Poe, Hawthorne, Irving y Hazlitt. En aquella segunda gira no adquirí tanta cultura clásica como hubiera deseado, pero sí una gran dosis de aburrimiento en las esferas más bajas del negocio teatral.

Aquellas giras por los circuitos de vodevil de poca categoría eran desabridas y deprimentes, y mis esperanzas de futuro en Estados Unidos desaparecieron con la rutina de dar tres y a veces cuatro funciones diarias los siete días de la semana. Comparado con eso, el mundo del vodevil en Inglaterra era un paraíso. Por lo menos, no trabajábamos más que seis días a la semana y solo dábamos dos funciones por la noche. Nuestro consuelo era que en Estados Unidos podíamos ahorrar un poco más de dinero.

Habíamos trabajado sin cesar durante cinco meses y el aburrimiento de aquel trabajo me tenía desalentado, de modo que cuando tuvimos una semana de descanso en Filadelfia la acogí con alegría. Yo aspiraba a un cambio, a otro ambiente; perder mi identidad y convertirme en otro. Estaba harto de la rutina del vodevil de ínfima categoría y decidí que durante una semana me entregaría a la aventura de una buena vida. Había ahorrado una considerable suma de dinero, y en mi desesperación decidí pasar unos días de juerga. ¿Por qué no? Había vivido estrechamente para ahorrar, y cuando no tuviera trabajo continuaría viviendo con estrecheces; así que ¿por qué no

gastar ahora un poco de dinero?

Me compré una bata cara y un elegante maletín, que me costaron setenta y cinco dólares en total. El vendedor se mostró muy obsequioso: «¿Quiere que se lo enviemos a casa, señor?». Estas pocas palabras bastaron para animarme, dignificándome, y dándome cierta distinción ante mí mismo. Ahora iría a Nueva York y me alejaría del cochambroso vodevil y de toda aquella oscura existencia.

Tomé una habitación en el hotel Astor, que era lo más grandioso en aquellos días. Llevaba mi traje, elegante y bien cortado, el sombrero derby y el bastón, y desde luego, el maletín. El esplendor del vestíbulo y la soltura de la gente que cruzaba por él me hizo temblar ligeramente cuando me inscribí en la recepción.

La habitación costaba cuatro dólares y medio al día. Pregunté con timidez si tendría que pagar por adelantado. El empleado se mostró muy cortés y tranquilizador: «¡Oh!, no señor; no es necesario».

Atravesar el vestíbulo, con todos sus dorados y terciopelos, me emocionó; así que cuando llegué a mi habitación sentí deseos de llorar. Me quedé allí más de una hora, inspeccionando el cuarto de baño, con sus complicadas tuberías, y probando el generoso chorro de agua fría y caliente. ¡Qué grato y tranquilizador es el lujo!

Me di un baño, me peiné y me puse la bata nueva, con intención de sacar todo el jugo al lujo al que me daban derecho los cuatro dólares y medio… ¡Si al menos tuviera algo para leer, aunque fuese un periódico! Pero no me sentí con la confianza suficiente para telefonear pidiendo uno. Así que cogí una silla y me senté en medio de la habitación, examinándolo todo con un sentimiento de suntuosa melancolía.

Al cabo de un rato me vestí y bajé. Pregunté por el comedor principal. Era un poco temprano para comer; el lugar estaba vacío, a excepción de uno o dos comensales. El *maître* me condujo a una mesa junto a la ventana.

—¿Le parece bien esta mesa, señor?

—Cualquier sitio sirve —dije con mi mejor acento inglés.

De repente un enjambre de camareros empezó a revolotear a mi alrededor, trayéndome agua helada, la carta, la mantequilla y el pan. Estaba demasiado emocionado para tener hambre. Sin embargo, fingiendo estar acostumbrado a todo aquello, pedí consomé, pollo asado y, de postre, helado de vainilla. El camarero me entregó la carta de vinos, y después de un cuidadoso examen, pedí media botella de champán. Estaba demasiado preocupado viviendo mi papel para disfrutar del champán o de la comida. Cuando terminé le di un dólar de propina al camarero, propina espléndida en aquellos días. Pero bien lo merecían la reverencia y la solicitud que me prodigaron al salir. Sin ninguna razón aparente, volví a mi habitación y permanecí allí diez minutos; luego me lavé las manos y salí a la calle.

Era una suave noche de verano, a tono con mi humor, mientras caminaba en dirección al Metropolitan Opera House. Representaban *Tannhäuser*. No había visto nunca gran ópera, a excepción de algunos pequeños fragmentos en los vodeviles, y la aborrecía. Pero ahora me apetecía verla. Compré una localidad de anfiteatro. La ópera

la cantaban en alemán y no entendía ni una palabra ni tampoco conocía la trama. Pero cuando la reina, muerta, es transportada al compás de la música del coro de peregrinos, lloré con amargura. Aquello parecía resumir todas las penalidades de mi vida. Apenas pude dominarme. No sé qué pensaría la gente que estaba a mi alrededor, pero salí con las piernas temblando y emocionalmente deshecho.

Di un paseo por la ciudad, eligiendo las calles más oscuras, pues no podía resistir el vulgar resplandor de Broadway ni volver a aquella estúpida habitación del hotel hasta que se hubiera disipado mi estado de ánimo. Cuando me repuse decidí irme derecho a la cama. Estaba emocional y físicamente exhausto.

Al entrar en el hotel me tropecé con Arthur Kelly, el hermano de Hetty, que solía actuar de gerente de la compañía en la que ella figuraba. Como era hermano de Hetty, había cultivado su amistad. Hacía varios años que no lo veía.

—¡Charlie! ¿Adónde vas? —me preguntó.

Sin dar importancia a la cosa, señalé el hotel con la cabeza.

—Me iba a acostar…

Arthur acusó el golpe.

Estaba con dos amigos, y después de presentarme a ellos sugirió la idea de ir a su apartamento de Madison Avenue a tomar una taza de té y a charlar.

Era un piso muy cómodo; nos sentamos en círculo y hablamos de cosas sin importancia. Arthur evitaba cuidadosamente toda referencia a nuestro pasado. Sin embargo, como me hospedaba en el Astor, estaba deseoso de sacarme alguna noticia. Pero le dije poco; tan solo que había ido a Nueva York a pasar allí dos o tres días de vacaciones.

Arthur había progresado mucho desde que vivía en Camberwell. Ahora era un próspero hombre de negocios que trabajaba para su cuñado, Frank J. Gould. Mientras escuchaba su charla mundana, aumentaba mi melancolía. Refiriéndose a uno de sus amigos Kelly dijo: «Es un amigo simpático; tengo entendido que procede de muy buena familia». Sonreí para mis adentros ante su interés por la genealogía y me di cuenta de que Arthur y yo teníamos pocas cosas en común.

Estuve solo un día en Nueva York. A la mañana siguiente decidí regresar a Filadelfia. Aunque aquella jornada me proporcionó el cambio que yo necesitaba, había sido un día emotivo y agotador. Ahora necesitaba compañía. Ansiaba que llegara el ensayo de la mañana del lunes y encontrarme con los compañeros. Por fastidioso que fuera volver a la vieja rutina, aquel día de opulento vivir me había bastado.

Cuando regresé a Filadelfia pasé por el teatro. Había un telegrama dirigido al señor Reeves, y yo estaba presente cuando lo abrió: «Me pregunto si se refiere a ti», dijo. El telegrama decía: «Hay en su compañía un hombre llamado Chaffin o algo parecido. Stop. Si es así, que se ponga en contacto con Kessel y Bauman, 24 edificio Longacre, Broadway».

No había nadie que se llamara así en la compañía, pero, como indicó Reeves,

quizá los remitentes querían decir Chaplin. Entonces me puse nervioso, pues el edificio Longacre, según me enteré, estaba en el centro de Broadway y lleno de bufetes de abogados. Al recordar que yo tenía una tía rica en algún lugar de Estados Unidos, eché a volar la imaginación; tal vez hubiera muerto, dejándome una fortuna. Así que contesté con un telegrama a Kessel y Bauman diciendo que había un Chaplin en la compañía, al que quizá se refiriesen ellos. Esperé con ansiedad la respuesta. Llegó el mismo día. Abrí el telegrama. Decía: «¿Quieren decirle a Chaplin que nos visite en nuestra oficina lo antes posible?».

Emocionado y lleno de ilusión, cogí el primer tren de la mañana para Nueva York, que estaba tan solo a dos horas y media de Filadelfia. No sabía qué me esperaba allí; me imaginaba sentado en el bufete de un abogado escuchando la lectura de un testamento.

Sin embargo, cuando llegué me sentí algo decepcionado, pues Kessel y Bauman no eran abogados, sino productores de películas. A pesar de eso, la realidad de la situación se revelaría no menos emocionante.

El señor Charles Kessel, uno de los propietarios de la Keystone Comedy Film Company, me dijo que el señor Mack Sennett me había visto interpretar el papel de borracho en el American Music Hall de la calle Cuarenta y dos, y que si yo era aquel mismo cómico le gustaría contratarme para ocupar el lugar del señor Ford Sterling. Muchas veces había acariciado la idea de trabajar en el cine, e incluso le propuse a Reeves asociarme con él para adquirir los derechos de todos los *sketches* de Karno y hacer con ellos películas. Pero Reeves se había mostrado escéptico y prudente, porque nosotros no sabíamos nada de la producción de películas.

Kessel me preguntó si había visto alguna comedia de Keystone. Claro que había visto varias; pero no le dije que, a mi juicio, eran una cruda mezcla de ordinariez y confusión. Sin embargo, una linda chica de ojos oscuros llamada Mabel Normand, que era encantadora, aparecía en ellas de vez en cuando y con eso justificaba su existencia. No estaba muy entusiasmado con el tipo de comedia de Keystone, pero me daba cuenta de su valor publicitario. Un año en aquel trabajo y podría volver al vodevil como estrella internacional. Además, aquello significaba una nueva vida y un ambiente agradable. Kessel me dijo que el contrato exigiría rodar tres películas cada semana, con un sueldo de ciento cincuenta dólares. Era el doble de lo que cobraba en la compañía Karno. Sin embargo, no acepté; discutí y le dije que no podía aceptar por menos de doscientos dólares a la semana. El señor Kessel me contestó que aquello correspondía al señor Sennett; se lo notificaría en California y me haría saber la respuesta.

Viví con angustia la espera de noticias de Kessel. ¿Acaso había pedido demasiado? Por fin llegó la carta, diciendo que estaban dispuestos a firmar un contrato de un año a ciento cincuenta dólares los tres primeros meses y a ciento setenta y cinco dólares los nueve restantes; más dinero del que me habían ofrecido en la vida. Debía debutar al terminar nuestra gira con Sullivan y Considine.

Cuando actuamos en el Empress, de Los Ángeles, tuvimos un éxito clamoroso, gracias a Dios. Era una comedia titulada *Una noche en el club*. Yo hacía el papel de un viejo borracho decrépito y parecía tener al menos cincuenta años. El señor Sennett vino a verme después de mi actuación y me felicitó. En aquella corta entrevista observé que era un hombre grueso y fornido, cejijunto, con una boca grande, de labios carnosos y una poderosa mandíbula. Todo ello me impresionó. Pero me pregunté si sería amable en nuestras futuras relaciones. Durante aquella entrevista estuve sumamente nervioso y no sabía con seguridad si él estaba o no satisfecho de mí.

Al cabo de un rato me preguntó cuándo me uniría a ellos. Le dije que podría empezar la primera semana de septiembre, al finalizar mi contrato con la compañía Karno.

Me daba reparo separarme de ellos en Kansas City. La compañía regresaría a Inglaterra, mientras yo me iba a Los Ángeles, donde estaría solo, algo que no me resultaba muy agradable. Antes de la última actuación invité a todos a unas copas y me sentí bastante triste al pensar en la despedida.

Un miembro de nuestra compañía, Arthur Dando, a quien no sé por qué le resultaba antipático, quiso gastarme una broma, y me dio a entender con vagas alusiones que recibiría un pequeño regalo de la compañía. Debo confesar que me sentí emocionado. Sin embargo, no ocurrió nada. Cuando todo el mundo había abandonado el vestuario, Fred Karno hijo me confesó que Dando había preparado un discurso, además del regalo; pero al ver que yo había pedido copas para todos, no tuvo valor para seguir la broma y dejó el «regalo» detrás del espejo del tocador. Era una caja de puros vacía, envuelta en papel de plata, y que contenía solo pedacitos de barras de maquillaje.

10

Ansioso e impaciente, llegué a Los Ángeles y cogí una habitación en un modesto hotel, el Great Northern. La primera noche no trabajé; me la tomé libre y asistí a la segunda representación en el Empress, donde había trabajado la compañía Karno. El acomodador me reconoció y vino poco después a decirme que el señor Sennett y la señorita Mabel Normand estaban sentados dos filas más atrás y habían preguntado si quería reunirme con ellos. Estaba emocionado, y tras una rápida presentación en voz baja, presenciamos la función juntos. Cuando terminó, paseamos por Main Street y fuimos a un café-restaurante a cenar algo ligero y tomar unas copas. El señor Sennett estaba sorprendido por lo joven que yo parecía.

—Creía que era usted un hombre mucho mayor —dijo.

Pude advertir un gesto de preocupación, que me intranquilizó, recordando que todos los cómicos de Sennett eran hombres de cierta edad. Fred Mace tenía más de cincuenta años y Ford Sterling andaba por los cuarenta.

—Puedo maquillarme y parecer todo lo viejo que usted quiera —contesté.

Sin embargo, Mabel Normand se mostró más animosa. Por muchas que fueran sus reservas mentales respecto de mí, no las manifestó. El señor Sennett dijo que yo no debutaría inmediatamente, sino que iría al estudio de Edendale, a familiarizarme con la gente. Cuando salimos del café nos metimos en el llamativo coche deportivo del señor Sennett y me llevaron al hotel.

A la mañana siguiente cogí un tranvía para Edendale, un suburbio de Los Ángeles. Era un lugar de aspecto extraño, entre un humilde barrio residencial y un distrito semiindustrial. Había pequeños patios atestados de madera y de chatarra, y pequeñas granjas al parecer abandonadas, en las que habían construido una o dos tiendas que daban a la calle. Después de preguntar mucho, me encontré ante el estudio Keystone. Presentaba un aspecto deplorable, con una valla verde alrededor; tendría unos ciento cincuenta pies cuadrados. Se accedía a él siguiendo un sendero del jardín y atravesando un viejo bungalow. Era un lugar tan extraño como el mismo Edendale. Me quedé contemplándolo fijamente desde el otro lado de la carretera, sin decidirme a entrar.

Era la hora del almuerzo, y miraba a los hombres y a las mujeres que salían del bungalow, todavía maquillados; entre ellos estaban los guardias de Keystone. Cruzaban la carretera, entraban en una tienda, donde vendían de todo, y salían comiendo sándwiches y perritos calientes. Algunos se interpelaban en voz alta: «¡Oye, Hank, ven pronto!», «¡Dile a Slim que se dé prisa!».

De pronto se apoderó de mí la timidez y me dirigí rápidamente a la esquina, a una distancia respetable, para ver si el señor Sennett o la señorita Normand salían del bungalow; pero no aparecieron. Estuve allí media hora y luego decidí regresar al hotel. El problema de entrar en el estudio y enfrentarme con aquella gente se me hizo insuperable. Otros dos días llegué hasta la parte posterior del estudio, pero no tuve valor para entrar. Al tercer día me telefoneó el señor Sennett preguntándome por qué no había aparecido por el estudio. Me inventé una excusa. «Venga inmediatamente; le estamos esperando», dijo. Así que me fui para allá; entré decidido en el bungalow y pregunté por el señor Sennett.

Se mostró encantado de verme y me llevó enseguida al estudio. Yo estaba fascinado. Una luz suave y uniforme invadía todo el escenario. Procedía de unas amplias fajas de tela blanca, que tamizaban el sol y daban al ambiente una claridad etérea. Esa difusión era necesaria para fotografiar a la luz del día.

Después de que me presentaran a uno o dos actores, me interesé por lo que sucedía allí. Había tres platós contiguos y en ellos actuaban tres compañías a la vez. Era como estar contemplando una representación en la Exposición Universal. En un plató Mabel Normand aporreaba una puerta, gritando: «¡Dejadme entrar!». Entonces la cámara se paraba, y eso era todo. No tenía ni idea de que las películas se hicieran de aquella forma, una toma tras otra.

En otro plató estaba el gran Ford Sterling, a quien yo tenía que sustituir. El señor Sennett me lo presentó. Ford iba a abandonar la Keystone para formar su propia compañía con la Universal. Era muy popular entre el público y la gente del estudio que rodeaba su plató, y que se reía de buena gana viéndole actuar.

Sennett me llevó aparte y me explicó su método de trabajo: «No tenemos trama. Partimos de una idea y luego seguimos desarrollo natural de los acontecimientos, hasta que nos lleva a una persecución, que es la parte esencial de nuestra comedia».

Ese método era eficaz; pero, personalmente, odiaba las persecuciones, pues anulan la personalidad del individuo. Aunque yo entendía poco de cine, sí sabía que nada trasciende a la personalidad.

Aquel día fui de un plató a otro, observando las distintas compañías mientras trabajaban. Casi todos parecían imitar a Ford Sterling. Aquello me preocupó, porque no me convencía su estilo. Él hacía el papel de un holandés desharrapado, que andaba por escena hablando con su acento típico, algo que resultaba muy gracioso, pero que nada aportaba a una película muda. Me preguntaba qué esperaba Sennett de mí. Me había visto trabajar y debía saber que no me adaptaba a representar el tipo de comedia de Ford; mi estilo era justo lo contrario. Sin embargo, toda trama o situación ideadas

en el estudio estaban hechas, consciente o inconscientemente, para Sterling; hasta Roscoe Arbuckle imitaba a Sterling.

Se notaba que el estudio había sido una granja. El camerino de Mabel Normand se hallaba en un viejo bungalow, y junto a él había otra habitación, donde se vestían las extras de la compañía. Enfrente del bungalow estaba lo que sin duda había sido un granero y ahora servía de vestuario principal, destinado a los actores menos importantes de la compañía y a los guardias de Keystone. La mayoría de ellos eran antiguos payasos de circo y boxeadores. Me asignaron el camerino de las estrellas, utilizado por Mack Sennett, Ford Sterling y Roscoe Arbuckle. Era otra dependencia del granero, que debió de ser el cuarto de los arneses. Además de Mabel Normand, había otras muchas chicas guapas. Era un ambiente extraño y único, en el que se codeaban la bella y la bestia.

Durante varios días vagué por el estudio, preguntándome cuándo empezaría a trabajar. De vez en cuando me topaba con Sennett, que cruzaba el escenario, pero apenas me miraba, preocupado siempre. Tenía la desagradable sensación de que en realidad estaba pensando que se había equivocado al contratarme, y eso contribuía muy poco a aliviar mi tensión nerviosa.

La paz de mi espíritu dependía exclusivamente de Sennett. Si por casualidad me veía y me sonreía, mis esperanzas aumentaban. El resto de la compañía adoptó una actitud expectante; pero notaba que algunos no me consideraban a la altura para sustituir a Ford Sterling.

Cuando llegó el sábado Sennett se mostró muy amable. «Vaya a la oficina y recoja su cheque», dijo. Le comenté que, sobre todo, deseaba empezar a trabajar. Quería hablarle de lo que pensaba acerca de la imitación de Ford Sterling, pero me despidió diciéndome: «No se preocupe; ya hablaremos de eso un día de estos».

Habían transcurrido nueve días de inactividad y mi tensión nerviosa era insoportable. Sin embargo, Ford me consolaba, y después del trabajo me daba una vuelta con él por la ciudad. Hacíamos una parada en el bar Alexandria a tomar algo y allí nos encontrábamos con varios amigos suyos. Uno de ellos, un tal señor Elmer Ellsworth, que al principio me resultó antipático y que me pareció más bien torpón, me insultaba bromeando:

—De manera que, según me han dicho, usted va a ocupar el lugar de Ford. Pero, bueno, ¿tiene usted gracia?

—Mi modestia no me permite contestarle —dije hábilmente.

Esa clase de insinuaciones me resultaba muy incómoda sobre todo en presencia de Ford; pero este me sacó generosamente del apuro con la siguiente observación:

—¿No lo viste en el Empress haciendo el papel de borracho? Era muy gracioso.

—Bueno; pero todavía no me ha hecho reír —dijo Ellsworth.

Era un hombretón pesado que parecía apático; tenía una expresión melancólica y perruna, un rostro imberbe de ojos tristes, una boca grande y una sonrisa que dejaba ver la falta de dos dientes. Ford me susurró que era una gran autoridad en literatura,

finanzas y política, uno de los hombres mejor informados del país y que poseía un gran sentido del humor. Sin embargo, yo no lo consideraba así y trataba de eludirlo.

—¿No ha debutado aún el inglesito novato? —dijo una noche, en el bar Alexandria.

—Todavía no —dije, riendo sin ganas.

—Bueno, pues procure ser gracioso.

Como había tenido que aguantar mucho de aquel caballero, le devolví la pelota, replicando:

—Si consigo ser la mitad de gracioso que usted, todo marchará de primera.

—¡Caramba! ¿Conque es usted sarcástico? Vamos, le invito a una copa.

Por fin llegó mi hora. Sennett estaba fuera, rodando exteriores, con Mabel Normand, lo mismo que la compañía de Ford Sterling; así que apenas quedaba nadie en el estudio. El señor Henry Lehrman, el directivo de la Keystone después de Sennett, iba a comenzar una nueva película, y quería que yo hiciera el papel de reportero de un periódico. Lehrman era un hombre muy vanidoso y muy pagado de sí mismo por el hecho de haber dirigido con éxito algunos *sketches*, de una comicidad muy mecánica. Solía decir que no necesitaba personalidades; que él lograba provocar las carcajadas solo con efectos mecánicos y un adecuado montaje de la película.

No teníamos guión alguno. Iba a ser un documental sobre la prensa, salpimentado con unos cuantos toques cómicos. Yo llevaba levita, sombrero de copa y un gran bigote. Cuando empezamos comprendí que Lehrman andaba buscando ideas; y como yo era un recién llegado a la Keystone, estaba deseoso de hacer sugerencias. De ahí nació mi antagonismo con Lehrman. En una escena en la que tenía que entrevistar a un director de periódico eché mano de cuantos gags que se me pasaban por la cabeza, y aún sugerí otros para los demás personajes del reparto. Aunque la película se terminó en tres días, me parecía que habíamos incluido algunas buenas escenas cómicas. Pero cuando la vi terminada se me cayó el alma a los pies, pues estaba tan cortada que no había forma de reconocerla, ya que habían suprimido mis mejores escenas. Estaba perplejo y me preguntaba por qué lo habían hecho. Henry Lehrman confesaría años después que lo hizo deliberadamente, porque pensó que yo sabía demasiado.

Al día siguiente de haber terminado con Lehrman, Sennett regresó. Ford Sterling estaba en un plató. Arbuckle en otro; todo el estudio estaba atestado con las tres compañías trabajando al mismo tiempo. Vestido con traje de calle, no tenía nada que hacer; así que me puse en un lugar donde Sennett pudiera verme. Él estaba con Mabel examinando un decorado que representaba el vestíbulo de un hotel, mordisqueando la punta de un puro. «Aquí necesitamos algunos gags —dijo; después se volvió hacia mí —. Maquíllese y póngase un disfraz cómico. Cualquier cosa.»

No sabía qué maquillaje ponerme. No me gustaba mi atuendo de reportero. Pero al dirigirme hacia el vestuario pensé que podía ponerme unos pantalones muy

holgados, unos zapatones, y añadir al conjunto un bastón y un sombrero hongo. Quería que nada fuera armónico: los pantalones, holgados; la chaqueta, estrecha; el sombrero, pequeño, y los zapatos, grandes. No sabía si debía parecer viejo o joven; pero recordando que Sennett había creído que yo era mucho mayor, me puse un bigotito, que seguramente me añadiría edad sin ocultar mi expresión.

No tenía la menor idea del personaje que iba a representar; pero en cuanto estuve vestido, la ropa y el maquillaje hicieron que sintiera qué clase de persona era. Empecé a descubrirlo, y cuando llegué al escenario, había nacido por completo. Al enfrentarme con Sennett ya me había encarnado en el nuevo ser, y me paseé por allí haciendo molinetes con el bastón y contoneándome ante él. Por mi mente pasaron en rápida sucesión gags y situaciones cómicas.

El secreto del éxito de Mack Sennett estaba en su entusiasmo. Era un espectador magnífico y se reía estrepitosamente con lo que le hacía gracia. Al principio sonrió un poco, pero luego su cuerpo se retorcía de risa. Eso me animó, y empecé a explicarle el personaje:

—Fíjese, este personaje es polifacético: es al mismo tiempo un vagabundo, un caballero, un poeta, un soñador, un tipo solitario que espera siempre el idilio o la aventura. Quisiera hacerse pasar por un sabio, un músico, un duque, un jugador de polo. Sin embargo, lo máximo que hace es coger colillas o quitarle su caramelo a un bebé. Y, naturalmente, si la ocasión lo requiere, le dará una patada a una dama en el trasero, ¡pero solo en caso de incontenible furia!

Continué de este modo durante diez minutos o más, manteniendo a Sennett en una continua carcajada.

—Está bien —dijo—; suba al plató y veremos qué puede hacer allí.

Lo mismo que en la película de Lehrman, yo sabía poco de la trama, y tan solo que Mabel Normand tenía un enredo con su marido y un amante.

En escena es muy importante adoptar una actitud, pero no es siempre fácil encontrarla. Sin embargo, en aquella, que representaba el vestíbulo del hotel, tuve la impresión de ser un impostor que se hacía pasar por uno de los huéspedes, cuando en realidad era un vagabundo que solo deseaba buscar cobijo. Entré y tropecé en el pie de una dama. Me volví y me quité el sombrero; luego choqué con una escupidera; me volví una vez más y levanté el sombrero ante la escupidera. Los que estaban detrás de la cámara empezaron a reírse.

Se había ido formando un nutrido grupo, en el que se encontraban no solo los cómicos de las otras compañías, sino los escenógrafos, los carpinteros y el personal del departamento de vestuario. Aquello suponía en realidad un verdadero halago para mí. Cuando terminamos el ensayo había un numeroso público desternillándose. Pronto vi a Ford Sterling asomando por encima de los hombros de los demás. Al terminar supe que había salido muy bien del paso.

Al entrar en el camerino, Ford Sterling y Roscoe Arbuckle se estaban quitando la ropa de escena y el maquillaje. Hablamos poco, pero el ambiente era tenso. Tanto

Ford como Roscoe me apreciaban, pero noté claramente que la procesión iba por dentro.

Era una escena larga, de setenta y cinco pies. Más adelante, el señor Sennett y el señor Lehrman discutirían si la iban a dejar con aquel metraje, pues las comedias corrientes rara vez pasaban de diez pies. «Si resulta divertido —dije—, ¿qué importa la longitud?» Decidieron dejar que la escena rodada conservase íntegros sus setenta y cinco pies. Como aquel atuendo me había infundido el carácter del personaje, decidí allí mismo y en aquel preciso momento conservarlo, pasara lo que pasase.

Aquella noche volví a casa en el tranvía con uno de los cómicos secundarios.

—Oye, muchacho —dijo—, has creado algo; nadie había conseguido hacer reír así en el plató, ni siquiera Ford Sterling. ¡Si hubieras visto su cara cuando te observaba! ¡Era todo un poema!

—Esperemos que el público se ría de la misma manera en el teatro —dije para reprimir todo sentimiento de orgullo.

Pocos días después, en el bar Alexandria, oí sin querer a Ford describiendo mi personaje a nuestro amigo común Elmer Ellsworth:

«El tipo lleva unos pantalones holgados, tiene los pies planos y el aspecto más miserable de golfo desharrapado que se haya visto nunca; hace unos gestos cortados, como si tuviera un cangrejo bajo el brazo; pero tiene gracia».

Mi personaje se salía de lo común; era poco familiar para los estadounidenses e incluso poco familiar para mí mismo. Pero con la ropa puesta me daba cuenta de que era una realidad, un personaje con vida. De hecho, me sugería toda clase de alocadas ideas, que jamás había soñado hasta verme vestido y maquillado como un vagabundo.

Me hice muy amigo de un cómico secundario, y todas las noches, cuando volvíamos a casa en el tranvía me daba el parte de las reacciones del estudio y hablábamos de mis ideas para las comedias. «Ha sido un gag maravilloso ese de meter los dedos en el aguamanil y luego secártelos en las patillas del viejo. Aquí jamás habían visto una cosa semejante.» Y así seguía, mientras yo no cabía en mí, escuchándole.

Bajo la dirección de Sennett me sentía a gusto, porque todo nacía con espontaneidad en el plató. Como nadie (ni siquiera el director) estaba muy seguro de sí mismo, llegué a la conclusión de que yo sabía tanto como cualquier otro. Eso me dio confianza. Empecé a hacer sugerencias que Sennett aceptaba rápidamente. Así creció en mí la certeza de que yo tenía capacidad creadora y que podía escribir mis propios guiones. En verdad, fue Sennett el que me inspiró esa certeza. Pero aunque yo agradase a Sennett, también tenía que agradar al público.

En la siguiente película me tocó de nuevo Lehrman como director. Él iba a dejar a Sennett para unirse con Sterling y, para mostrarle su agradecimiento, quiso permanecer dos semanas más de las estipuladas en el contrato. Tenía muchas sugerencias cuando empecé a trabajar con él. Él escuchaba, sonreía, pero no aceptaba

ninguna.

—Eso tal vez resultaría divertido en el teatro —solía decir—, pero en las películas no hay tiempo para ello. Hay que buscar la movilidad; la comedia es un pretexto para una persecución.

Yo no estaba de acuerdo con esa idea general.

—El humor es el humor —sostenía yo—, ya sea en el cine o en el teatro.

Pero él insistía en aquella cantinela y seguía haciendo lo que se había hecho siempre en la Keystone. Toda la acción tenía que ser rápida, lo que significaba correr y trepar a los tejados de las casas y a lo alto de los tranvías, saltar los ríos y zambullirse desde los malecones. A pesar de sus teorías sobre la comedia, conseguí introducir uno o dos momentos cómicos de mi invención; pero, como antes, se las arregló para que los cortaran en la sala de montaje.

No creo que Lehrman diera a Mack Sennett informes muy favorables sobre mí. Después me asignaron a otro director, el señor Nichols, un viejo de unos sesenta años, que estaba metido en el cine desde que lo inventaron. Tuve los mismos problemas con él. No tenía más que un truco, que consistía en coger a un cómico por el cuello y hacerle botar como una pelota de una a otra escena. Intenté sugerir algo más sutil, pero no quiso ni oír hablar de ello: «¡No tenemos tiempo! ¡No tenemos tiempo!», gritaba. Todo lo que me pedía era una imitación de Ford Sterling. Aunque solo me rebelé suavemente, parece ser que le dijo a Sennett que era un mal bicho, con el que no se podía trabajar.

Por aquellos días la película que había dirigido Sennett, *Aventuras extraordinarias de Mabel*, se proyectó en la ciudad. Con temor y emoción, la vi mezclado con el público. Al aparecer Ford Sterling se producía siempre en el público un movimiento de entusiasmo y de risa, pero a mí me recibieron con un silencio glacial. Todos los gags que había hecho en el vestíbulo del hotel apenas arrancaron una carcajada. Pero a medida que la película avanzaba el público empezó a sonreír, luego a reír y hacia el final de la proyección se oyeron una o dos sonoras carcajadas. En aquella representación pude comprobar que el público no sentía animadversión contra un recién llegado.

Dudo que aquel intento respondiera a las esperanzas de Sennett. Creo que estaba decepcionado. Se acercó a mí uno o dos días después. «Escucha: dicen que es difícil trabajar contigo», dijo tuteándome. Intenté explicarle que yo era un hombre concienzudo y que solo trabajaba en beneficio de la película. «Bien —dijo Sennett fríamente—; limítate a hacer lo que te dicen y no te arrepentirás.» Pero al día siguiente tuve otro altercado con Nichols y estallé. «Cualquier extra de tres dólares puede hacer lo que usted quiere que haga —declaré—. Quiero crear algo que merezca la pena y no ir tan solo dando saltos de un lado para otro y caer desde los tranvías. No gano ciento cincuenta dólares a la semana solo para eso.»

El pobre viejo «papá Nichols», como le llamábamos, estaba en un estado de ánimo terrible. «Llevo en esta profesión más de diez años —decía—. ¿Qué diablos

sabes tú de ella?» Intenté razonar con él, pero fue inútil. Intenté asimismo razonar con los otros personajes del reparto, pero estaban también en contra mía. «¡Oh! Él sabe mucho. Lleva en el cine mucho más tiempo que tú», me dijo un viejo actor.

Hice unas cinco películas y en algunas me las arreglé para introducir una o dos ideas cómicas de mi invención, a despecho de los verdugos de la sala de montaje. Conseguí familiarizarme con su método de corte, así que me las ingenié para colocar mis gags en el momento de entrar o salir de una habitación; sabía que les resultaría difícil cortar allí. Aproveché todas las oportunidades para aprender el oficio. Tan pronto entraba como salía del cuarto de revelado y del de montaje para observar cómo el montador unía las secuencias.

De pronto estaba ansioso por escribir y dirigir mis propias comedias, y le hablé con franqueza a Sennett en ese sentido. Pero no quiso ni oír hablar de ello; por el contrario, me confió a Mabel Normand, que empezaba a dirigir sus propias películas. Eso me molestó, pues a pesar de que Mabel era encantadora, yo dudaba de su competencia como directora; así que el primer día sobrevino el inevitable choque. Estábamos rodando exteriores en las afueras de Los Ángeles, y en una escena Mabel quería que yo estuviera plantado en la carretera con una larga manga de riego, de modo que el coche del malo patinara sobre ella. Sugerí la idea de colocarme encima de la manguera, de forma que el agua no pudiera salir, y cuando examinara la boca, apartara el pie sin darme cuenta de encima de aquella y el agua me regara toda la cara. Pero ella me hizo callar enseguida.

—¡No tenemos tiempo! Haga lo que se le dice.

Aquello era demasiado. No pude tolerarlo, y menos de una chica tan guapa.

—Lo siento, señorita Normand; no haré lo que me dice. No la considero a usted lo bastante competente para indicarme lo que debo hacer.

La escena se desarrollaba en el centro de la calzada. Me aparté y me senté en el bordillo de la acera. La dulce Mabel —entonces solo tenía veinte años— era linda y encantadora, la favorita de todo el mundo y todos la adoraban. Se sentó junto a la cámara, asombrada; nadie le había hablado jamás de aquella manera. Yo también era sensible a su encanto y belleza, y secretamente tenía un rinconcito de mi corazón reservado para ella; pero allí se trataba de mi trabajo. Enseguida los directivos y los actores rodearon a Mabel y discutieron sobre el asunto. Según me contó más tarde Mabel, uno o dos extras querían zurrarme, pero ella se lo impidió. Luego me envió al ayudante para ver si estaba dispuesto a continuar el trabajo. Crucé la calzada y me dirigí a donde estaba sentada.

—Lo siento —dije a modo de disculpa—. No sé si lo ocurrido es cómico o divertido. Pero quisiera que me permitiese sugerirle unas cuantas ideas.

Ella no discutió.

—Muy bien —dijo—. Si usted no quiere hacer lo que se le dice, volveremos al estudio.

Aunque la situación era desesperada, estaba resignado; así que me encogí de

hombros. No habíamos perdido mucho trabajo aquel día, pues rodábamos desde las nueve de la mañana. Eran ya las cinco de la tarde y el sol se ocultaba rápidamente.

De regreso al estudio, cuando me estaba desmaquillando, Sennett irrumpió en el camerino irritado.

—¿Quién diablos te crees que eres? —preguntó.

Intenté explicarle lo sucedido.

—La trama necesita algunos gags suplementarios —le dije—, pero la señorita Normand no quiere escuchar ninguna sugerencia.

—Harás lo que te digan o te marcharás, con contrato o sin él —rezongó.

Yo estaba muy tranquilo.

—Señor Sennett —contesté—, antes de venir aquí ya me ganaba el pan, y si quiere despedirme, hágalo. Pero soy tan competente y tan inteligente como usted para hacer una buena película.

Sin replicar una sola palabra, Sennett se fue dando un portazo.

Aquella noche, al volver a casa en el tranvía con mi amigo, le conté lo sucedido.

—Mala cosa. Ya estabas adquiriendo un nombre aquí —dijo.

—¿Crees que me despedirán? —pregunté en tono alegre para ocultar mi ansiedad.

—No me extrañaría nada. Cuando lo vi salir de tu camerino parecía medio loco.

—Bueno, ahora me da igual. Tengo mil quinientos dólares en el bolsillo, y con esto hay de sobra para pagar mi billete de regreso a Inglaterra. Sin embargo, me presentaré mañana, y si no me quieren…, *c'est la vie*.

Estábamos citados a la mañana siguiente a las ocho, y yo no sabía qué hacer; así es que me senté en el camerino, sin maquillarme. A eso de las ocho menos diez Sennett asomó la cabeza por la puerta.

—Charlie, quiero hablar contigo. Vamos al camerino de Mabel. —Su tono era extrañamente amistoso.

—Sí, señor Sennett —le dije, y lo seguí.

Mabel no estaba allí, sino en la salita de proyección viendo una prueba.

—Escucha —dijo Mack—, Mabel te tiene afecto, todos te apreciamos y te consideramos un buen artista.

Me sorprendió aquel cambio repentino e inmediatamente empecé a ablandarme.

—La verdad es que siento el mayor respeto y admiración por la señorita Normand —dije—, pero no creo que sea competente para dirigir una película. Después de todo, es muy joven.

—Pienses lo que pienses, trágate el orgullo y colabora —dijo Sennett, dándome palmaditas en el hombro.

—Eso es justo lo que he intentado hacer.

—Bueno, haz lo que puedas para llevarte bien con ella.

—Escuche, si me permitiera usted dirigirme a mí mismo no tendría problemas —dije.

Mack calló un momento.

—¿Quién va a pagar la película si no podemos estrenarla?

—La pagaré yo —respondí—. Depositaré mil quinientos dólares en cualquier banco, y si la película no se puede estrenar, se queda usted con el dinero.

Mack meditó un momento.

—¿Tienes alguna trama?

—Por supuesto, todas las que quiera.

—Está bien —dijo Mack—. Acaba la película con Mabel y después ya veré.

Nos dimos la mano de la manera más amistosa. Luego fui a buscar a Mabel y le presenté mis excusas, y aquella noche Sennett nos llevó a los dos a cenar. Al día siguiente Mabel estuvo de lo más amable. Incluso vino a pedirme sugerencias e ideas. Así, ante el asombro de los cámaras y del resto de la compañía, acabamos felizmente la película. El repentino cambio de actitud de Sennett me desconcertó. Sin embargo, hasta unos meses más tarde no me enteré de la razón. Según parece, Sennett tenía la intención de despedirme al final de la semana; pero a la mañana siguiente de mi pelea con Mabel recibió un telegrama de la oficina de Nueva York en el que le decían que se apresurase a hacer más películas de Chaplin, porque había una enorme demanda de ellas.

El promedio de copias para el estreno de una película de Keystone era de veinte. Treinta se consideraba un éxito. La última película, la cuarta, llegó a las cuarenta y cinco copias, y aumentaban las peticiones. De aquí la afabilidad de Mack después del telegrama.

La mecánica de la dirección era sencilla en aquellos días. Solo había que distinguir la derecha de la izquierda para las entradas y los mutis. Si salíamos por la derecha en una escena, entrábamos por la izquierda en la siguiente; si uno salía en dirección a la cámara, entraba dando la espalda a la cámara en la escena siguiente. Eran, desde luego, unas reglas primarias.

Pero, ya con mayor experiencia, vi que la colocación de la cámara era no solo una cuestión psicológica, sino que también constituía la articulación de la escena; en realidad, era la base del estilo cinematográfico. Si la cámara está demasiado cerca o demasiado lejos, puede hacer resaltar o estropear un efecto. Como la economía de movimientos es importante, un actor no debe caminar innecesariamente, a menos que haya una razón especial, pues caminar no es nada dramático. Por ello, el emplazamiento de la cámara debe contribuir a una armoniosa composición y a facilitar la entrada airosa del actor. La colocación de la cámara es como el acento en el lenguaje del cine. No hay una regla fija en el sentido de que un primer plano haga resaltar más la escena que una toma desde lejos. Un primer plano es cuestión de sensibilidad; en algunos casos, un plano general puede dar más énfasis.

Hay un ejemplo de esto en una de mis primeras comedias, *Skating*. El vagabundo entra en la pista y patina con un pie en el aire. Se desliza y gira vertiginosamente, tropieza con la gente y arma toda clase de enredos; deja a los patinadores patas arriba en el primer plano de la cámara, mientras él se lanza hacia la parte posterior de la

pista, y se convierte en una figura muy pequeña, al fondo; luego se sienta entre los espectadores con aspecto inocente y contempla la catástrofe que acaba de ocasionar. Sin embargo, la figura del vagabundo a lo lejos resultaba más cómica que en un primer plano.

Cuando empecé a dirigir mi primera película no me sentí tan confiado como creía; en realidad, sufrí un ligero ataque de pánico. Pero después de que Sennett viera el trabajo del primer día, me tranquilicé. La película se titulaba *Charlot y la sonámbula*. No era un portento, si bien resultaba divertida, y fue un gran éxito. Cuando la terminé estaba ansioso de conocer la reacción de Sennett. «Bueno, ¿estás dispuesto a empezar otra?», me dijo. A partir de entonces escribí y dirigí todas mis comedias. Como aliciente, Sennett me abonaba una prima de veinticinco dólares por cada película.

Prácticamente me adoptó y me llevaba a cenar todas las noches. Estudiaba conmigo las tramas para las otras compañías y yo le sugería atrevidas ideas, que, en mi opinión, eran demasiado personales para que las entendiera el público. Pero Sennett se reía y las aceptaba.

Cuando vi de nuevo mis películas, mezclado entre el público, advertí una reacción diferente de los espectadores. La agitación y el interés ante el anuncio de una película Keystone, aquellos gritos que provocaba mi aparición aun antes de que yo hubiera hecho nada, todo era muy halagador. Me convertí en el gran favorito de los espectadores; si pudiera seguir así, me daría por satisfecho. Con las primas, salía por doscientos dólares a la semana.

Como estaba agobiado de trabajo, tenía poco tiempo que dedicar al bar Alexandria o a mi sarcástico amigo Elmer Ellsworth. Sin embargo, me lo encontré unas semanas más tarde en la calle. «Escucha —me dijo—, he ido últimamente a ver tus películas, y, ¡Dios!, eres muy bueno. Tienes una cualidad que te diferencia por completo de todos los demás. No te estoy halagando. ¡Eres muy divertido! ¿Por qué no lo dijiste al principio?» Por supuesto, después de aquello nos hicimos muy buenos amigos.

En Keystone aprendí mucho y a la vez enseñé mucho a Keystone. En aquellos días no sabían gran cosa de la técnica, el arte y el movimiento escénico, que yo pude aportarles de mi experiencia en el teatro. Sabían muy poco acerca de la pantomima natural. Para rematar una película, el director solía poner a tres o cuatro actores colocados en línea recta frente a la cámara y, con los gestos más exagerados, uno de ellos, con grandes ademanes, daba a entender: «Quiero casarme con tu hija», señalándose a sí mismo, luego al dedo anular y por fin a la muchacha. Su mímica no tenía nada que ver con la sutileza ni con la eficacia; por eso yo resaltaba por contraste. En aquellas primeras películas sabía que contaba con muchas ventajas y que, como un geólogo, estaba entrando en un rico campo inexplorado. Supongo que fue el período más emocionante de mi carrera, porque estaba en el umbral de algo maravilloso.

El éxito sirve para que le quieran a uno, y me hice amigo íntimo de todos los del estudio. Yo era Charlie para los extras, para los escenógrafos, para los de la guardarropía y para los cámaras. Aunque no soy dado a fraternizar excesivamente, aquello me gustaba de verdad, pues sabía que la familiaridad suponía que lograba el éxito.

Ahora tenía confianza en mis ideas, y puedo dar las gracias a Sennett por ello, pues aunque era tan inculto como yo, tenía fe en su propio gusto e infundió en mí esa confianza. Su manera de trabajar me había dado seguridad; parecía buena. Aquella observación que hizo el primer día en el estudio: «No tenemos trama, partimos de una idea y luego seguimos el desarrollo natural de los acontecimientos», había estimulado mi imaginación.

Crear de esta manera hacía que la realización de las películas fuera apasionante. En el teatro me había visto confinado a una rutina rígida e invariable, que consistía en repetir lo mismo una noche tras otra; una vez probado y establecido un número cómico, raramente se intentaba inventar algo nuevo. La única motivación del trabajo teatral consistía en una buena o en una mala representación. Pero en las películas me sentía más libre. Me daban una sensación de aventura. «¿Qué te parece esta idea?», solía decirme Sennett. O bien: «Hay una inundación en Main Street». Estas observaciones originaban una comedia Keystone. Era ese espíritu encantador y espontáneo lo que constituía una delicia, un reto a mi facultad creativa. ¡Era todo tan libre y fácil! Nada de literatura ni de escritores; nos limitábamos a captar una idea, alrededor de la cual inventábamos trucos y construíamos la trama a medida que avanzábamos.

Así, por ejemplo, en la película *Su pasado prehistórico* yo empezaba con un gag que marcaba mi entrada en escena. Aparecía vestido de hombre prehistórico, envuelto en una piel de oso, y mientras oteaba el horizonte arrancaba el pelo de la piel de oso para cargar mi pipa. Bastaba esta idea para componer una trama prehistórica, introduciendo en escena el amor, la rivalidad, el combate y la persecución. Ese era el método con el que trabajábamos todos en la Keystone.

Puedo seguir el rastro de la primera tentación que tuve de añadir otra dimensión a mis películas, además de la cómica. Estaba trabajando en una cinta titulada *Charlot conserje*, haciendo una escena en que el jefe de la oficina me despide. Al suplicarle que se compadeciera de mí y me permitiera seguir en aquel puesto, empecé a gesticular de un modo dramático, haciendo ver que tenía muchos hijos pequeños. Durante el ensayo levanté la mirada, y, ante mi sorpresa, vi que Dorothy Davenport, una vieja actriz que estaba a un lado del plató contemplando la escena estaba llorando; y eso que mi intención era transmitir mofa. «Ya sé que se supone que todo es una broma —dijo ella—, pero me has hecho llorar.» Confirmó algo que ya presentía, que estaba capacitado para provocar tanto lágrimas como risas.

El ambiente «masculino» del estudio hubiera sido intolerable de no haber existido

allí una delicada influencia. La presencia de Mabel Normand embellecía el estudio con un grácil resplandor. Era extraordinariamente guapa, con unos grandes ojos y largas pestañas, labios gruesos, curvados con delicadeza, que revelaban un auténtico humor y toda clase de bondades. Era de corazón alegre, buena compañera, amable y generosa, y todo el mundo la adoraba.

Por el estudio circulaban historias sobre la generosidad de Mabel con el hijo de la encargada del vestuario y acerca de las bromas que gastaba al cámara. A Mabel la quería de un modo fraternal, pues en aquella época se sentía muy enamorada de Mack Sennett. Debido a que este estaba continuamente con Mabel, los tres cenábamos juntos y luego Mack se quedaba dormido en el vestíbulo del hotel. Mientras, ella y yo nos íbamos una hora al cine o al café y luego volvíamos a despertarlo. Podría pensarse que esta intimidad acabaría en idilio, pero no fue así; por desgracia, continuamos siendo tan solo buenos amigos.

Sin embargo, una vez en que Mabel, Roscoe Arbuckle y yo aparecimos en una función de caridad en un teatro de San Francisco, ella y yo estuvimos a punto de caer en las redes de Cupido. Mabel había dejado el abrigo en el guardarropa y me pidió que la acompañase a recogerlo. Arbuckle y los demás esperaban abajo, en un coche. Por un momento nos quedamos solos. Ella aparecía radiante de hermosura, y al colocarle el abrigo sobre los hombros la besé, y ella me devolvió el beso. Podríamos haber ido más lejos, pero nos esperaban abajo. Más adelante intenté reanudar la aventura, pero todo quedó en agua de borrajas. «No, Charlie —dijo ella de buen humor—; yo no soy tu tipo ni tú eres el mío.»

Por aquella época llegó a Los Ángeles Diamond Jim Brady. Hollywood estaba entonces en ciernes. Llegó con las hermanas Dolly y sus maridos y se mostró muy obsequioso. A una cena que dio en el hotel Alexandria asistieron las gemelas Dolly y sus maridos, Carlotta Monterey, Lou Tellegen, primer actor de Sarah Bernhardt, Mack Sennett, Mabel Normand, Blanche Sweet, Nat Goodwin y otros muchos. Las gemelas Dolly eran sensacionalmente guapas. Ellas dos, sus maridos y Diamond Jim Brady eran casi inseparables; su grupo nos parecía sorprendente.

Diamond Jim era un personaje estadounidense sin par, con el aspecto de un John Bull bondadoso. Aquella primera noche no daba crédito a mis ojos, pues llevaba gemelos y botonadura de brillantes; cada piedra era mayor que un chelín. Noches después cenamos en el café de Nat Goodwin, que estaba en el muelle, y aquella vez Diamond Jim se presentó con un juego de esmeraldas, cada una de ellas del tamaño de una cajita de cerillas. Al principio pensé que era una broma, y le pregunté con ingenuidad si eran auténticas. Me dijo que sí.

—Pero —repliqué, asombrado— ¡son fabulosas!

—Si quieres ver unas hermosas esmeraldas, aquí las tienes —continuó; y alzando el chaleco descubrí un cinturón, como aquel que dio el marqués de Queensberry para el campeonato de boxeo, totalmente cubierto de esmeraldas grandísimas, las más grandes que había visto en mi vida. Se mostró muy orgulloso al declarar que tenía

diez juegos de piedras preciosas y que llevaba uno diferente cada noche.

Estábamos en 1914; yo tenía veinticinco años y estaba en la flor de la juventud, apasionado con mi trabajo, no solo por el éxito que obtenía, sino también por la satisfacción que me producía, pues me brindaba la oportunidad de conocer a todas las «estrellas» del cine… De hecho, fui adorador de una o de otra: Mary Pickford, Blanche Sweet, Miriam Cooper, Clara Kimball Young, las hermanas Gish y otras, todas encantadoras. Y poder contemplarlas cara a cara era realmente algo divino.

Thomas Ince invitaba a barbacoas y daba bailes en su estudio, que estaba en una zona agreste, al norte de Santa Mónica, frente al océano Pacífico. ¡Qué noches tan maravillosas! La juventud y la belleza bailaban al son de una lánguida música en una pista al aire libre, con el suave murmullo de las olas rompiendo en la cercana playa.

Peggy Pierce, una chica de excepcional belleza, de rasgos delicadamente cincelados, con un lindo y blanco cuello y una figura encantadora, fue mi primera pasión. No apareció hasta mi tercera semana de estancia en la Keystone porque había estado enferma de gripe. Pero en cuanto nos vimos se produjo el flechazo, un flechazo mutuo, y mi corazón cantaba gozoso. ¡Qué románticas eran aquellas mañanas, yendo a trabajar con la perspectiva de verla a diario!

El domingo iba a buscarla a casa de sus padres. Cada noche que nos veíamos era una confesión de amor; cada final de noche, una lucha. Sí, Peggy me amaba, pero era una causa perdida. Resistía y resistió, hasta que renuncié, desesperado. En aquella época yo no quería casarme. La libertad era una gran aventura. Ninguna mujer podía llegar a la altura de aquella vaga imagen que tenía en mi mente.

Cada estudio era como una familia. Las películas se hacían en una semana; los largometrajes no llevaban nunca más de dos o tres semanas. Trabajábamos con la luz del sol, y este era el motivo para rodar en California, pues allí, como se sabe, hay nueve meses de sol al año.

Los focos Klieg aparecieron hacia 1915; pero Keystone nunca los utilizó porque daban una luz oscilante; no era tan clara como la luz del sol y costaba mucho graduar las lámparas. El rodaje de una comedia Keystone pocas veces requería más de una semana; en realidad, yo había hecho incluso una película en una tarde, una cinta titulada *Veinte minutos de amor*, que provocaba una carcajada continua. *Dinamita y pastel*, otra película de gran éxito, nos llevó nueve días y costó mil ochocientos dólares. Y por haber rebasado el presupuesto de mil dólares, que era el límite máximo para una comedia Keystone, perdí mi prima de veinticinco dólares. La única forma de resarcirse, dijo Sennett, era pasarla como película doble; así lo hicieron, y les reportó más de ciento treinta mil dólares el primer año.

Ahora ya contaba con varias películas de éxito hechas por mí, entre ellas *Veinte minutos de amor, Dinamita y pastel, El gas de la risa* y *The Stage Hand*. Durante esa época Mabel y yo figuramos como «estrellas» en una cinta, con Marie Dressler. Era agradable trabajar con Marie, pero no creo que la película tuviese mucho mérito. Me

sentí muy feliz al volver a dirigirme a mí mismo.

Recomendé a Sydney ante Sennett; como el apellido Chaplin ya tenía fama, se mostró encantado de contar con otro miembro de nuestra familia. Sennett lo contrató por un año, con un sueldo de doscientos dólares a la semana; es decir, veinticinco dólares más de lo que yo ganaba. Sydney y su esposa, recién llegados de Inglaterra, aparecieron en el estudio cuando yo me iba a trabajar en exteriores. Aquella noche cenamos juntos. Le pregunté cómo iban mis películas en Inglaterra.

Antes de que se hiciera publicidad de mi nombre —me contó Sydney—, muchos artistas de music-hall ya hablaban entusiasmados de un nuevo actor cinematográfico estadounidense que acababan de ver. Me dijo también que antes de ver alguna de mis películas visitó una distribuidora para averiguar cuándo se estrenarían, y al decirles quién era, le invitaron a ver tres películas mías. Sentado ya solo durante la proyección, se había desternillado de risa.

—¿Qué te parece todo esto? —le pregunté.

Sydney no mostró ninguna sorpresa.

—¡Oh! Ya sabía yo que te desenvolverías bien —me dijo con seguridad.

Mack Sennett era socio del Athletic Club de Los Ángeles, lo que le daba derecho a ofrecer una tarjeta de socio provisional a un amigo, y me dio una. Era el cuartel general de los solteros y de los hombres de negocios de la ciudad, un club elegante, con un gran comedor y varios salones en el primer piso, que se abrían para las señoras por la noche; además, tenía bar.

Yo disponía de una gran habitación de chaflán en el piso más alto, con un piano y una pequeña biblioteca, contigua a la de Mose Hamberger, el propietario de los grandes almacenes May (los más grandes de la ciudad). La vida era notablemente barata en aquellos días. Pagaba doce dólares a la semana por mi habitación, lo que me daba derecho a utilizar todas las comodidades del club, incluso un bien equipado gimnasio, las piscinas y un servicio excelente. Incluyéndolo todo, vivía suntuosamente por setenta y cinco dólares a la semana, presupuesto que incluía algunas rondas de bebidas y cenas ocasionales.

En el club reinaba una camaradería que ni siquiera pudo turbar el estallido de la Primera Guerra Mundial. Todo el mundo creía que aquello terminaría en seis meses. La predicción de lord Kitchener de que duraría cuatro años se consideraba ridícula. Muchos se sentían más bien contentos de que se hubiese declarado la guerra, pues así podríamos dar una lección a los alemanes. No había la menor duda acerca del resultado final; los ingleses y los franceses los liquidarían en seis meses. La contienda no había alcanzado su punto culminante y California estaba muy lejos del frente.

Por esa época Sennett empezó a hablar de renovar mi contrato y quiso saber mis condiciones. Yo conocía en cierto modo el alcance de mi popularidad, pero sabía también lo efímera que era, y pensaba que al paso que iba estaría agotado al cabo de un año; así que decidí aprovecharme mientras pudiera.

—¡Quiero mil dólares a la semana! —dije de manera deliberada.

Sennett se quedó aterrado.

—Pero si yo no gano esa cantidad —murmuró.

—Lo sé —repliqué—; pero el público no hace cola ante las taquillas cuando aparece su nombre como cuando figura el mío.

—Quizá —dijo Sennett—; pero sin el apoyo de nuestra organización estarías perdido. —Luego me advirtió—: Mira lo que le ha sucedido a Ford Sterling.

Eso era cierto, pues a Ford no le iba bien desde que había dejado la Keystone.

—Todo lo que necesito para hacer una comedia es un parque público, un policía y una chica guapa —le dije a Sennett.

En realidad, había hecho algunas de mis películas de más éxito con esos elementos.

Entretanto, Sennett telegrafió a Kessel y Bauman, sus socios, pidiéndoles consejo acerca de mi contrato y mis pretensiones. Días después me hizo una proposición:

—Escucha, todavía te faltan cuatro meses. Romperemos tu contrato y te daré ahora quinientos dólares, setecientos el año próximo y mil quinientos al año siguiente. De este modo conseguirás tus mil dólares a la semana.

—Mack —le contesté—, si invierte los términos, es decir, mil quinientos dólares el primer año, setecientos el segundo y quinientos el tercero, lo aceptaré.

—¡Pero eso es una locura! —dijo Sennett.

De modo que la cuestión del nuevo contrato no se volvió a discutir.

Me faltaba un mes para terminar mi contrato con la Keystone y ninguna otra compañía me había hecho todavía una oferta. Empezaba a ponerme nervioso, y creo que Sennett lo sabía y esperaba a que llegara su momento. Generalmente se acercaba a mí al final de una película y, bromeando, me apremiaba para que empezase otra. Aunque hacía dos semanas que yo no trabajaba, se mantenía apartado de mí. Era educado, pero se mostraba esquivo.

A pesar de ello yo seguía teniendo confianza. Si nadie me hacía una oferta, trabajaría por mi cuenta. ¿Por qué no? Estaba seguro de mí mismo. Recuerdo el momento exacto en que nació ese sentimiento; estaba firmando una petición de material, apoyado en la pared del estudio.

Desde que Sydney se unió a la compañía Keystone hizo varias películas que tuvieron éxito. Una, que batió todos los récords del mundo, fue *The Submarine Pirate*, en la que Sydney logró efectos extraordinarios con la cámara. Al ver su éxito, le propuse que se asociara conmigo y fundáramos nuestra propia compañía. «Todo lo que necesitamos es una cámara y un solar.» Pero Sydney era conservador por temperamento. Pensaba que aquello era arriesgarse demasiado. «Además —añadió—, no estoy dispuesto a renunciar a un sueldo mucho mayor del que he ganado en toda mi vida.» Así que continuó en la Keystone otro año.

Un día recibí una llamada de Carl Laemmle, de la Universal. Estaba dispuesto a pagarme doce centavos por pie de metraje y a financiar mis películas; pero no quería

darme un sueldo de mil dólares a la semana. Así que no llegamos a un acuerdo.

Un joven llamado Jess Robbins, que representaba a la compañía Essanay, me dijo que había oído que yo quería una prima de diez mil dólares antes de firmar un contrato y mil doscientos cincuenta dólares a la semana. Yo no sabía nada de eso. Jamás había pensado en una prima de diez mil dólares hasta que él la mencionó; pero a partir de aquel feliz momento la idea no se apartó de mi mente.

Aquella noche invité a Robbins a cenar y le dejé hablar, sin interrumpirle. Dijo que había venido por encargo directo de G. M. Anderson, conocido con el apodo de Bronco Billy, de la Essanay, y que era socio de George K. Spoor, para hacerme una oferta de mil doscientos cincuenta dólares a la semana, pero que no estaba seguro con respecto a la prima. Me encogí de hombros. «Parece que ese es el obstáculo para la mayoría de ellos —dije—. No hacen más que hablar, pero no sueltan un centavo.» Más adelante telefoneó a Anderson, que estaba en San Francisco, diciéndole que la negociación marchaba, pero que yo pedía diez mil dólares de prima. Regresó a la mesa, radiante de alegría. «La negociación ha culminado felizmente —dijo—, y usted tendrá mañana sus diez mil dólares.»

Estaba encantado. Aquello parecía demasiado bueno para ser verdad. ¡Ay! Así fue; pues al día siguiente Robbins me entregó un cheque de solo seiscientos dólares, comentándome que el señor Anderson iría en persona a Los Ángeles, y que entonces se arreglaría la cuestión de la prima. Anderson llegó lleno de entusiasmo y de seguridad respecto al contrato, pero sin los diez mil dólares. «Mi socio, el señor Spoor, se ocupará de esto cuando vayamos a Chicago.»

Aunque tenía mis sospechas, preferí enterrarlas en optimismo. Me quedaban todavía dos semanas con la Keystone. Terminar mi última película, *Su pasado prehistórico*, suponía una gran tensión, pues era difícil concentrarse teniendo en la cabeza tantos proyectos de negocios. Sin embargo, la película se terminó.

11

Me resultaba muy doloroso dejar la Keystone, por el afecto que sentía por Sennett y su equipo. No me despedí de nadie; no podía. Todo fue de una despiadada sencillez. Terminé el montaje de mi película el sábado por la noche y el lunes siguiente me fui con el señor Anderson a San Francisco, donde nos esperaba su nuevo coche, un Mercedes verde. Nos detuvimos solo para comer en el hotel San Francisco, y luego seguimos a Niles, donde Anderson tenía su pequeño estudio, en el que rodaba sus películas del Oeste de Bronco Billy para la compañía Essanay.

Niles estaba a una hora en coche desde San Francisco y se hallaba en la línea del ferrocarril. Era un pueblo pequeño, de cuatrocientos habitantes, que vivía de la alfalfa y la cría de ganado. El estudio se encontraba en el centro de un campo, a cuatro millas del pueblo. Cuando lo vi se me cayó el alma a los pies; no podía imaginar nada menos adecuado para estimular la inspiración. Tenía un tejado acristalado, que en verano lo convertía en un horno. Anderson me dijo que los estudios de Chicago serían más de mi gusto y que estaban mejor equipados para hacer comedias. Estuve solo una hora en Niles, mientras Anderson discutía algunos puntos con los directores. Luego seguimos camino a San Francisco, donde tomamos el tren para Chicago.

Me gustaba Anderson; tenía un encanto especial. En el tren me cuidó como un hermano, y en las sucesivas paradas me compró revistas y caramelos. Era tímido y poco comunicativo; tendría unos cuarenta años, y cuando hablábamos de negocios decía magnánimamente: «No se preocupe por eso. Todo saldrá bien». Tenía muy poca conversación y parecía estar preocupado. Sin embargo, me daba cuenta de que, en el fondo, era un hombre astuto.

El viaje resultó interesante. En el tren iban tres hombres. Nos fijamos por primera vez en ellos en el coche restaurante. Dos tenían muy buen aspecto, pero el tercero parecía estar fuera de su ambiente, con una facha de hombre ordinario y basto. Era extraño verlos comer juntos. Pensamos que quizá los dos primeros eran ingenieros y el de aspecto miserable un obrero, de los que hacen trabajos rudos. Cuando salimos del coche restaurante uno de ellos entró en nuestro departamento y se presentó. Dijo que era el sheriff de Saint Louis y que había reconocido a Bronco Billy. Conducían a

un criminal desde la prisión de San Quintín a Saint Louis para que lo ahorcaran; pero puesto que no podían dejar solo al preso, ¿nos importaría ir a su compartimento para conocer al fiscal del distrito?

—He pensado que tal vez les interesará conocer las circunstancias del caso —dijo el sheriff confidencialmente—. Este sujeto tiene una historia plagada de crímenes. Cuando un inspector lo detuvo en Saint Louis, pidió que le permitieran ir a su habitación a coger algo de ropa de su baúl, y mientras registraba el baúl se volvió con celeridad empuñando una pistola y mató al inspector; luego huyó a California, donde fue detenido de nuevo por un robo con escalo y condenado a tres años. Cuando salió de la cárcel el fiscal del distrito y yo le estábamos esperando. Es un caso claro: lo ahorcaremos —dijo con satisfacción.

Anderson y yo le seguimos a su compartimento. El sheriff era un hombre jovial, regordete, con una constante sonrisa y una luz maliciosa en el fondo de los ojos. El fiscal del distrito era más serio.

—Siéntense —dijo el sheriff, después de presentarnos a su amigo; luego se volvió hacia el preso—. Este es Hank —dijo—. Le llevamos de regreso a Saint Louis, donde se ha metido en un buen lío.

Hank se rió con ironía, pero no hizo ningún comentario. Era un hombre de seis pies de altura y tendría cerca de cincuenta años. «Le he visto a usted muchas veces, Bronco Billy —dijo, dándole la mano a Anderson—, y le aseguro que la forma en que usted maneja la pistola y el cuchillo es de lo mejorcito que he visto jamás.» Añadió que sabía poco de mí, pues había estado tres años en San Quintín, «y fuera pasan muchas cosas de las que uno no se entera».

Aunque todos nos mostrábamos joviales, la tensión se percibía en el ambiente. Yo no sabía qué decir; así que me limité a sonreír ante las observaciones del sheriff.

—El mundo es duro —dijo Bronco Billy.

—Bien —dijo el sheriff—. Nosotros queremos hacerlo menos duro. Hank lo sabe.

—Claro que sí —dijo Hank bruscamente.

—Es lo que le dije a Hank cuando salió de San Quintín —empezó a moralizar el sheriff—. Le advertí que si jugaba limpio con nosotros, nosotros jugaríamos limpio con él. No queremos usar esposas ni llamar la atención; lo único que lleva es un grillete.

—¡Un grillete! ¿Qué es eso? —pregunté.

—¿No ha visto nunca uno? —dijo el sheriff—. Levántate el pantalón, Hank.

Hank se levantó el pantalón y vimos una esposa niquelada de unas cinco pulgadas de largo por tres de grueso, ajustada al tobillo y que pesaba cuarenta libras. Esto nos llevó a comentar los últimos modelos de grilletes. El sheriff comentó que este tenía un revestimiento de goma por dentro, para mayor comodidad del preso.

—Pero ¿duerme con eso puesto? —pregunté.

—Bueno, depende… —dijo el sheriff, mirando con timidez a Hank.

La sonrisa de Hank fue torva y socarrona.

Nos sentamos con ellos hasta la hora de cenar y la conversación giró en torno a la forma en que Hank había sido detenido por segunda vez. Gracias al intercambio de información entre las prisiones, nos explicó el sheriff, habían recibido fotografías y huellas dactilares, y decidido que Hank era su hombre. Así que esperaron ante la puerta de la prisión de San Quintín el día en que Hank fue puesto en libertad.

—Sí —dijo el sheriff, con un ligero destello en los ojos, mirando a Hank—; le esperamos al otro lado de la carretera. Hank salió pronto por la puerta lateral de la prisión. —El sheriff deslizó el índice junto a la nariz, apuntando con disimulo en dirección de Hank, y con una sonrisa diabólica dijo lentamente—: ¡Creo que ese es nuestro hombre!

Anderson y yo lo escuchábamos fascinados.

—Así que hicimos un trato —dijo el sheriff—: que si jugaba limpio con nosotros le trataríamos bien. Lo llevamos a desayunar y le dimos pasteles y huevos con beicon. Y aquí está, viajando en primera. Eso es mejor que ir con esposas y cadenas.

—Habría podido reclamar mi extradición, si hubiera querido —murmuró Hank, sonriendo.

El sheriff lo miró con frialdad.

—Eso no te habría servido de mucho, Hank —dijo despacio—. Tan solo habría supuesto un pequeño retraso, ¿no es mejor ir cómodamente en primera?

—Supongo que sí —contestó Hank, nervioso.

Cuando nos acercábamos al punto de destino de Hank, este empezó a hablar de la prisión de Saint Louis casi con cariño. Más bien disfrutaba al pensar en la impresión que produciría su presencia ante los otros presos. «Estoy pensando en lo que harán esos gorilas cuando me lleven ante su tribunal. Me imagino que me quitarán todo el tabaco y todos los cigarrillos.»

La relación del fiscal y del sheriff con el preso era como el afecto del matador por el toro al que está a punto de matar. Cuando se apearon del tren era el último día de diciembre, y al separarnos, el sheriff y el fiscal nos desearon un feliz Año Nuevo. Hank nos dio también la mano, diciendo tristemente que todas las cosas buenas tienen un final. Era difícil saber cómo debíamos despedirnos de él. Su crimen había sido cruel y cobarde y, sin embargo, le deseé buena suerte al apearse cojeando del tren con su pesado grillete. Poco después supimos que lo habían ahorcado.

En la estación de Chicago nos esperaba el gerente del estudio, pero no el señor Spoor. Nos dijo que este estaba viaje de negocios, y que no regresaría hasta después de las vacaciones de Año Nuevo. Entonces no se me ocurrió que la ausencia de Spoor tuviese importancia, porque en el estudio no se haría nada hasta primeros de año. Durante la espera, pasé la Nochevieja con Anderson, su esposa y su familia. El primer día del año Anderson se fue a California, asegurándome que en cuanto regresara, Spoor se ocuparía de todo, incluso de la prima de diez mil dólares. El estudio estaba en el barrio industrial y, sin duda, en otro tiempo había sido un

almacén. La mañana en que aparecí por allí, Spoor aún no había llegado, ni había dado instrucciones acerca de mi contrato. Enseguida me di cuenta de que allí había algo turbio y de que en la oficina sabían más de lo que querían decir. Pero aquello no me preocupaba; estaba seguro de que una buena película resolvería todos mis problemas. Así que le pregunté al director si sabían que yo podía pedir la cooperación de todo el personal del estudio y que tenía carta blanca para utilizar sus instalaciones.

—Desde luego —replicó—; el señor Anderson ha dejado instrucciones en ese sentido.

—Entonces quisiera empezar a trabajar inmediatamente —dije.

—Muy bien —contestó—. En el primer piso encontrará usted a la responsable del departamento de guiones, la señorita Louella Parsons, que le dará a usted un guión.

—Yo no utilizo los guiones de los demás; escribo los míos propios —le espeté.

Me mostré agresivo, porque parecía que todos se mostraban muy vagos debido a la ausencia de Spoor; además, el personal del estudio era engreído y deambulaba por allí con aires de empleados bancarios y entregaban cualquier nota como si fueran miembros de la Guaranty Trust Company. El aspecto oficinesco del estudio era impresionante, pero no ocurría igual con sus películas. En los pisos de arriba, los diferentes departamentos estaban divididos en pequeños habitáculos como los de los empleados de banco. Aquello no servía en modo alguno para inspirar un trabajo creativo. A las seis en punto, aunque el director estuviera en mitad de una escena, se apagaban las luces y todo el mundo se iba a su casa.

A la mañana siguiente fui a la sección de reparto. «Quisiera un grupo de actores —dije secamente—; así que ¿quieren ustedes enviarme algunos miembros de su compañía que estén desocupados?»

Me presentaron a varias personas que, en su opinión, eran apropiadas. Entre ellas había un chico bizco llamado Ben Turpin que parecía conocer el oficio, y que por entonces apenas trabajaba en la Essanay. Le tomé afecto enseguida; así que fue elegido. Pero no tenía una primera actriz. Después de varias entrevistas, creí que serviría una aspirante, una chica bastante guapa a quien acababan de contratar. Pero ¡válgame Dios!, no conseguí arrancar ni una sola reacción de ella. Era tan inepta que renuncié y la despedí. Gloria Swanson me diría años después que aquella muchacha era ella y que, como tenía aspiraciones dramáticas y odiaba la comedia burda de palo y tentetieso, se había mostrado deliberadamente torpe.

Francis X. Bushman, que entonces era una estrella de primera magnitud en la Essanay, se dio cuenta de que me desagradaba aquel lugar. «Piense lo que piense del estudio —me dijo—, es justamente la antítesis.» Pero no fue así; ni me gustaba el estudio ni tampoco la palabra «antítesis». Las cosas fueron de mal en peor. Cuando quería ver mis secuencias, proyectaban el negativo original para ahorrarse el gasto de un positivo, lo cual me horrorizó. Y cuando pedí que hicieran una copia positiva, reaccionaron como si yo fuera a causar su bancarrota. Se mostraban presumidos y pagados de sí mismos. Como eran de los primeros que habían emprendido el negocio

del cine y estaban protegidos por derechos de patentes, que les conferían un monopolio, hacer una buena película era la menor de sus preocupaciones. Y aunque otras compañías impugnaban aquellos derechos de patente y hacían mejores películas, la Essanay seguía tan campante, repartiendo guiones todos los lunes por la mañana como si barajara cartas.

Terminada casi mi primera película, titulada *Charlot debuta*, habían transcurrido ya dos semanas sin que hubiese aparecido aún el señor Spoor. Como no percibí ni la prima ni mi sueldo, adquirí un aire arrogante al preguntar en la oficina: «¿Dónde está el señor Spoor?». Los empleados, súbitamente azorados, no pudieron darme ninguna explicación satisfactoria. No hice el menor esfuerzo por ocultar una actitud despectiva y les pregunté si llevaba siempre sus negocios de aquella manera.

Años más tarde, el propio Spoor me diría lo que había pasado. Según parece, cuando él, que entonces no había oído hablar de mí, se enteró de que Anderson me había contratado por un año a mil doscientos dólares semanales y con una prima de diez mil dólares, le envió un virulento telegrama preguntándole si se había vuelto loco. Y cuando Spoor supo que Anderson me había contratado, simplemente como el que juega a la lotería, por recomendación de Jess Robbins, su inquietud se duplicó. Sus mejores cómicos solo ganaban setenta y cinco dólares a la semana, y sus películas a duras penas producían beneficios. De ahí que Spoor no estuviera en Chicago.

Sin embargo, a su regreso comió en uno de los grandes hoteles de Chicago con varios amigos, que, ante su sorpresa, le felicitaron por haberme contratado en su compañía. Al mismo tiempo empezó a amontonarse en la oficina del estudio más correspondencia de la normal sobre Charlie Chaplin. Así que se le ocurrió hacer un experimento. Dio una propina a un botones e hizo que me llamaran por todo el hotel. Cuando el botones iba por el vestíbulo gritando: «¡Llaman al señor Charlie Chaplin!», la gente empezó a congregarse, hasta que se formó un grupo enorme entre una gran agitación. Esa fue la primera prueba de mi popularidad. La segunda fue lo que había ocurrido entre los distribuidores mientras él estaba ausente; se enteró de que incluso antes de que yo empezara una película ya había una venta anticipada de sesenta y cinco copias, un hecho sin precedentes, y que una vez terminada, se habían vendido ciento treinta copias, y seguían lloviendo los pedidos. Inmediatamente elevaron el precio de trece a veinticinco centavos el pie de metraje.

Cuando por fin apareció Spoor le hablé de mi sueldo y de mi prima. Se deshizo en excusas, explicándome que había encargado a la oficina central que se ocupara de todas las cuestiones económicas. No había visto el contrato, pero suponía que dicha oficina estaba al corriente. Esa patraña me enfureció.

—¿De qué tenía miedo? —le dije lacónicamente—. Todavía puede anular el contrato, si lo desea; en realidad, creo que ya lo ha roto.

Spoor era un hombre alto, apuesto, que hablaba en tono suave, y hubiera resultado casi guapo a no ser por la pálida flacidez de su cara y su labio superior, que

sobresalía mucho del inferior.

—Lamento en el alma que opine usted de ese modo —dijo—; pero debe saber, Charlie, que somos una compañía de gran reputación y que cumplimos siempre nuestros compromisos.

—Bueno; pero este no lo han cumplido —le interrumpí.

—Me ocuparé de este asunto ahora mismo —replicó.

—No tengo prisa —contesté en tono sarcástico.

Durante mi corta estancia en Chicago, Spoor hizo todo lo posible por aplacarme, pero nunca llegué a congeniar con él. Le dije que trabajaba a disgusto en Chicago y que si quería resultados debía enviarme a trabajar a California. «Bien; haré todo lo posible para que esté usted a gusto —dijo—. ¿Qué le parece ir a Niles?»

No me complacía mucho aquella perspectiva, pero me gustaba más Anderson que Spoor; así que, tras terminar la película *Charlot debuta*, salí para Niles.

Bronco Billy rodaba allí todas sus películas del Oeste; eran de un solo rollo y tardaba tan solo un día. Tenía siete tramas, que repetía una y otra vez, y con las cuales ganó varios millones de dólares. Trabajaba esporádicamente. A veces rodaba siete películas de un solo rollo en una semana y luego se marchaba seis semanas de vacaciones.

Alrededor del estudio de Niles había varios bungalows californianos, que Bronco Billy había hecho construir para los miembros de su compañía, y uno grande, que ocupaba él. Me dijo que, si lo deseaba, podía vivir con él. Acepté encantado. Vivir con Bronco Billy, el vaquero millonario que me había recibido en Chicago en el suntuoso piso de su esposa, al menos haría tolerable la vida en Niles.

Era de noche cuando entramos en su bungalow. Al encender la luz me quedé anonadado. La morada estaba vacía y era deprimente. En su cuarto había una vieja cama de hierro con una bombilla que colgaba sobre la cabecera. Una mesa destartalada y vieja y una silla eran los únicos muebles. Junto a la cama había un cajón de madera y encima de este un cenicero de latón lleno de colillas. La habitación que me asignó era casi igual; solo le faltaba el cajón. No funcionaba nada. El cuarto de baño era indescriptible. Había que coger un jarro y llenarlo de agua en el grifo de la bañera para vaciarlo en el lavabo. ¡Este era el hogar de G. M. Anderson, el vaquero multimillonario!

Llegué a la conclusión de que Anderson era un excéntrico. Aunque millonario, se preocupaba poco de tener una vida agradable; sus debilidades eran los coches flamantes de vivos colores, el boxeo, ser propietario de un teatro y montar revistas musicales. Cuando no trabajaba en Niles pasaba la mayor parte del tiempo en San Francisco, donde se hospedaba en hoteles baratos. Era un tipo extraño, misterioso, errabundo e inquieto, que buscaba el placer de una vida solitaria. Y aunque tenía una esposa y una hija encantadoras en Chicago, las veía raras veces. Llevaban vidas separadas.

Era muy molesto tener que andar trasladándose de un estudio a otro. Había que organizar otro equipo de trabajo, lo que significaba elegir un buen cámara, un ayudante de dirección y un reparto de actores, algo difícil, porque en Niles había poco donde elegir. Además de la *troupe* de vaqueros de Anderson, allí trabajaba otra: una indescriptible compañía de comediantes sin empleo fijo, que permitía que funcionara el estudio y servía para cubrir los gastos cuando Anderson no estaba rodando. Esta compañía constaba de doce personas, la mayoría de las cuales eran vaqueros. Además, aún tenía que encontrar una chica guapa como primera actriz. De pronto estaba ansioso por empezar a trabajar. Aunque no tenía pensada ninguna trama, mandé que construyeran el decorado de un café elegante. Cuando carecía de gags o de ideas, el café me los sugería siempre. Mientras lo construían me fui con Anderson a San Francisco para buscar una actriz entre las coristas de su comedia musical, y aunque fue un trabajo agradable, ninguna de ellas era fotogénica. Carl Strauss, un apuesto galán estadounidense de origen alemán que trabajaba de vaquero con Anderson, dijo que conocía a una chica que a veces iba al café Tate de Hill Street. No la había tratado personalmente, pero era guapa, y tal vez el propietario del café sabría su dirección.

El señor Tate la conocía bastante. Vivía con una hermana casada, era de Lovelock, Nevada, y se llamaba Edna Purviance. Enseguida nos pusimos en contacto con ella y la citamos en el hotel Saint Francis. Era más que guapa: era hermosa. En la entrevista me pareció seria y triste. Más tarde me enteré de que intentaba olvidar un desengaño amoroso. Había ido a la escuela superior y había estudiado cursos comerciales. Era silenciosa y reservada, con unos ojos hermosos y grandes, unos dientes preciosos y una boca delicadamente dibujada. Como parecía tan seria, dudé si sabría actuar o tener sentido del humor. Sin embargo, la contratamos con reservas. Por lo menos, aportaría a mis comedias un elemento decorativo.

Al día siguiente regresamos a Niles; pero el decorado del café no estaba terminado, y el que habían construido me pareció tosco y rudimentario. Era evidente que en el estudio faltaba técnica. Después de dar las órdenes oportunas para que hiciesen algunas modificaciones, empecé a buscar una idea. Pensé en el título: *Charlot trasnochador* —un borracho en busca de placeres—; aquello era suficiente para empezar. Añadí una fuente al club nocturno, pensando que podría sacar de ella varios gags, y designé a Ben Turpin como comparsa. El día antes de comenzar el rodaje, un miembro de la compañía Anderson me invitó a cenar. Fue una cena sencilla, a base de cerveza y sándwiches. Éramos unos veinte, incluida la señorita Purviance. Después de la cena algunos se pusieron a jugar a las cartas; otros se sentaron en corro a charlar. Hablamos del hipnotismo y yo me jacté de mi poder hipnótico. Alardeé de que en sesenta segundos podía hipnotizar a cualquiera de los que estaban en la habitación. Me mostré tan convincente que la mayoría de los concurrentes me creyó, excepto Edna, que se echó a reír.

—¡Qué tontería! ¡Nadie conseguiría hipnotizarme!

—Usted —dije— es precisamente el sujeto perfecto. Le apuesto diez dólares a que la duermo en sesenta segundos.

—Muy bien —dijo Edna—; acepto la apuesta.

—Pero si no se siente bien después, no me censure por ello. Claro que no será nada grave.

Intenté asustarla para que desistiera, pero estaba decidida.

Una mujer le rogó que no lo permitiera.

—No sea usted tonta —le dijo.

—La apuesta sigue en pie —declaró Edna con tranquilidad.

—Muy bien —contesté—. Quiero que se ponga usted con la espalda apoyada firmemente contra la pared, lejos de todo el mundo, de modo que pueda captar toda su atención.

Ella obedeció, sonriendo con arrogancia. Todos los presentes estaban interesados por la experiencia.

—Que alguien controle el tiempo —dije.

—Recuerde —dijo Edna— que debe usted dormirme en sesenta segundos.

—En sesenta segundos estará usted completamente inconsciente —repliqué.

—¡Empiece! —dijo el cronometrador.

De inmediato efectué dos o tres pases espectaculares, mirando fija e intensamente a sus ojos. Luego me acerqué a su rostro y susurré de modo que ninguno de los otros pudiera oírlo: «¡Finja!», y le hice otros pases, diciendo:

—Está inconsciente…, está inconsciente, ¡inconsciente! —Luego retrocedí y ella empezó a vacilar. La cogí con celeridad en mis brazos. Dos de los espectadores empezaron a gritar—. ¡Pronto! —exclamé—. Que alguien me ayude a echarla en el diván.

Cuando volvió en sí fingió asombro y murmuró que se sentía cansada. Aunque hubiera podido ganar la apuesta y demostrar la certeza de su punto de vista a todos los presentes, renunció con generosidad a su triunfo por seguir la broma. Eso le valió mi estimación y afecto y me convenció de que tenía sentido del humor.

Rodé cuatro comedias en Niles, pero las instalaciones del estudio no eran satisfactorias y no me sentía a gusto ni contento; así que le propuse a Anderson irme a Los Ángeles, donde tenían mejores instalaciones para rodar comedias. Se mostró de acuerdo, si bien por otra razón: porque yo monopolizaba el estudio, que no era lo bastante grande ni contaba con el personal adecuado para tres compañías. Así que negoció el alquiler de un pequeño estudio en Boyle Heights, en el corazón de Los Ángeles.

Estando allí aparecieron dos jóvenes que acababan de debutar y alquilaron parte del estudio. Se llamaban Hal Roach y Harold Lloyd.

Como el valor comercial de mis comedias aumentaba con cada nueva película, Essanay empezó a exigir condiciones sin precedentes, cobrando a los que proyectaban las películas un mínimo de cincuenta dólares diarios por mis comedias

de dos rollos. Eso significaba que percibían más de cincuenta mil dólares anticipados por cada película.

Una noche, de regreso al Stoll, un hotel de segunda pero nuevo y cómodo en el que me hospedaba, recibí una llamada telefónica urgente del *Examiner*, de Los Ángeles. Me leyeron un telegrama que habían recibido de Nueva York y que decía:

OFRECEMOS A CHAPLIN VEINTICINCO MIL DÓLARES DURANTE DOS SEMANAS POR APARECER QUINCE MINUTOS CADA NOCHE EN EL HIPPODROME DE NUEVA YORK. ESTO NO LE IMPEDIRÁ RODAR SUS PELÍCULAS.

Inmediatamente pedí una conferencia con G. M. Anderson, en San Francisco. Era tarde y no pude hablar con él hasta las tres de la mañana. Le comenté lo del telegrama y le pregunté si me dejaría dos semanas libres a fin de ganar aquellos veinticinco mil dólares. Le indiqué que podía empezar una comedia en el tren que me llevaría a Nueva York, y que una vez allí la terminaría. Pero Anderson no quiso permitírmelo.

La ventana de mi dormitorio daba al patio interior del hotel, de modo que la voz de cualquiera que hablase resonaba en todas las habitaciones. La conexión telefónica era mala y tuve que gritar varias veces: «¡No pienso perder veinticinco mil dólares por dos semanas de trabajo!».

Se abrió una ventana un poco más arriba y se oyó una voz que decía: «¡Acabe ya con sus chorradas y váyase a dormir, so pelmazo!».

Anderson me dijo por teléfono que si entregaba a Essanay otra comedia de dos rollos, ellos me pagarían los veinticinco mil dólares. Accedió a venir a Los Ángeles al día siguiente para darme el cheque y redactar un contrato. Después de colgar apagué la luz y me dispuse a dormir; pero entonces me acordé de la voz que me había gritado, salté de la cama, abrí la ventana y grité: «¡Váyase al diablo!».

Anderson llegó a Los Ángeles al día siguiente con el cheque de veinticinco mil dólares. Tanta era mi buena suerte que la compañía de Nueva York que me había hecho la deslumbrante oferta quebró dos semanas más tarde.

Ahora, de nuevo en Los Ángeles, me sentía mucho más feliz. Aunque el estudio de Boyle Heights se encontraba en un barrio miserable, podía estar cerca de mi hermano, a quien veía de vez en cuando alguna noche. Él seguía en la Keystone y su contrato terminaría aproximadamente un mes antes de expirar el mío con Essanay. Mi éxito había adquirido tales proporciones que Sydney pensaba dedicar en adelante todo su tiempo a mis asuntos. Según los informes, mi popularidad crecía con cada nueva comedia. A pesar de que yo sabía la magnitud de mi éxito en Los Ángeles por las largas colas ante las taquillas, no era consciente del que estaba obteniendo en otras partes. En Nueva York se vendían juguetes y estatuillas de mi personaje en todos los almacenes y las tiendas. Las coristas del Ziegfeld Follies hacían números a lo Chaplin, alterando su belleza con bigotes, sombreros hongos, enormes zapatos y anchos pantalones, entonando una canción titulada «Those Charlie Chaplin Feet!»

Nos abrumaban con toda clase de proposiciones de negocios relacionados con libros, vestidos, velas, juguetes, cigarrillos y pasta dentífrica. Además, montones y montones de creciente correspondencia de admiradores creaban un verdadero problema. Sydney insistió en que había que contestar a todos, a pesar del gasto que suponía contratar a otra secretaria.

Sydney le habló a Anderson de vender mis películas de un modo distinto del habitual. No parecía justo que los dueños de los cines obtuvieran casi todo el beneficio. Aun cuando Essanay vendía centenares de copias de mis películas, lo hacía con arreglo a métodos anticuados de distribución. Sydney sugirió la idea de clasificar los grandes teatros de acuerdo con el aforo de localidades. Con este plan cada película podía hacer que aumentasen los ingresos, hasta llegar a cien mil dólares o más. Anderson creía que eso era imposible; iba en contra de la política del trust cinematográfico, que abarcaba dieciséis mil cines, y cuyas reglas y métodos de adquisición eran irrevocables; pocos empresarios pagarían con arreglo a tales condiciones.

Poco después el *Motion Picture Herald* anunció que la Essanay había desechado su antiguo método de venta, y que, como había sugerido Sydney, estaba adecuando sus condiciones al aforo de localidades de cada cine. Esto, como había predicho mi hermano, elevó los ingresos en cien mil dólares por cada una de mis películas. Esa noticia me puso en guardia. Como yo cobraba solo mil doscientos cincuenta dólares a la semana por hacer todo el trabajo de escribir, representar y dirigir, empecé a quejarme de que estaba trabajando demasiado y de que necesitaba más tiempo para hacer mis películas. Tenía un contrato de un año y había producido una comedia cada dos o tres semanas. Pronto llegó la reacción de Chicago; Spoor cogió un tren hacia Los Ángeles y, a título de estímulo extraordinario, firmó un contrato concediéndome una prima de diez mil dólares por cada película. Con ese estímulo mejoró mi salud.

Por esa época D. W. Griffith produjo su obra épica *El nacimiento de una nación*, que lo convirtió en el director de cine más destacado. Era, sin duda alguna, un genio del cine mudo. Aunque su obra era melodramática y a veces exagerada y absurda, las películas de Griffith tenían un toque original que las hacía dignas de ser vistas.

De Mille empezó muy bien con *Las voces de la conciencia* y una versión de *Carmen*; pero después de *Macho y hembra*, su obra nunca fue más allá del *boudoir* y el camisón. Sin embargo, quedé tan impresionado con su *Carmen*, que hice una parodia de ella; fue mi última película con la Essanay. Después de haberlos abandonado añadieron todas las partes suprimidas en el montaje, ampliándola a cuatro rollos, lo cual me tuvo en cama durante dos días. A pesar de que fue un acto poco honrado, me prestó un servicio, pues a partir de entonces estipulé en todos los contratos que no se podrían hacer cortes, ampliaciones o modificaciones una vez concluida mi obra.

Se acercaba el fin de mi contrato, lo que llevó de nuevo a Spoor a la costa del Pacífico con una proposición que, según dijo, nadie podría igualar. Me daría

trescientos cincuenta y cinco mil dólares si hacía doce películas de dos rollos, y él pagaría el coste de producción. Le contesté que al firmar cualquier contrato yo quería previamente ciento cincuenta mil dólares de prima, pagados al contado. Eso puso fin a mis conversaciones con Spoor.

¡El futuro! ¡El futuro! ¡El fabuloso futuro! ¿Adónde me conducía? Las perspectivas eran deslumbrantes. Como un alud, el dinero y el éxito se precipitaban con un impulso acelerado. Todo era pasmoso, aterrador, pero también maravilloso.

Mientras Sydney se encontraba en Nueva York estudiando diversas ofertas, yo terminaba el rodaje de *Carmen* y residía en Santa Mónica, en una casa que daba al mar. Algunas noches cenaba en el bar de Nat Goodwin, al final del muelle de Santa Mónica. Nat Goodwin estaba considerado el mejor actor y comediante ligero de la escena estadounidense. Había hecho una carrera brillante como actor shakespeareano y como comediante moderno ligero. Había sido íntimo amigo de sir Henry Irving y se había casado ocho veces, siendo todas sus esposas célebres por su belleza. Su quinta mujer era Maxine Elliott, a la que se refería humorísticamente como «el senador romano». «Pero era bella y de notable inteligencia», añadía. Era un hombre culto y amable, entrado en años, con un profundo sentido del humor; si bien ya se había retirado. Aunque no le vi nunca actuar en escena, sentía una gran veneración tanto por él como por su merecida reputación.

Nos hicimos muy buenos amigos, y en las frías tardes de otoño paseábamos juntos por la desierta orilla del océano. Aquel melancólico ambiente añadía cierto ardor a mi excitación interior. Al enterarse de que me iría a Nueva York al terminar mi película me dio algunos excelentes consejos: «Has tenido un gran éxito y se te ofrece un futuro maravilloso si sabes manejar tus asuntos… Cuando llegues a Nueva York aléjate de Broadway y no te dejes ver demasiado. Muchos actores, cuando triunfan, cometen el error de prodigarse en exceso; eso solo sirve para destruir la ilusión. —Su voz era profunda, resonante—. Te invitarán a todas partes —continuó —, pero no aceptes. Escoge a uno o dos amigos y conténtate con imaginarte a los demás. Muchos grandes actores incurren también en el error de aceptar todas las invitaciones de sociedad. John Drew fue un ejemplo: favorito del gran mundo, pudo vérsele en las casas de todos, pero luego ellos no iban a su teatro. Ya lo habían tenido en sus salones. Tú has cautivado al mundo y puedes seguir haciéndolo si te mantienes al margen de él», dijo sagazmente.

Eran conversaciones maravillosas, bastante tristes, paseando en el crepúsculo otoñal por la playa solitaria; Nat al final de su carrera y yo al comienzo de la mía.

Cuando terminé el montaje de *Carmen* preparé una pequeña maleta a toda prisa y fui directamente desde mi camerino a la estación para tomar el tren de las seis hacia Nueva York, después de enviar un telegrama a Sydney para notificarle cuándo salía y a qué hora llegaría.

Era un tren lento, que tardó cinco días en recorrer el trayecto. Me senté solo en un

compartimento abierto; por aquellos días aún no me reconocían sin el maquillaje que usaba en las películas. Seguíamos la ruta del sur por Amarillo, Texas, adonde llegamos a las siete de la tarde. Había decidido afeitarme, pero había otros viajeros en el lavabo; así que tuve que esperar. Estaba todavía en ropa interior cuando nos acercamos a Amarillo. Al entrar en la estación nos encontramos envueltos de repente en una ruidosa algarabía. Al asomarme por la ventanilla del lavabo, vi que la estación estaba atestada de un inmenso gentío. Había banderines y banderas sujetas a postes y columnas, y en el andén varias largas mesas con refrescos. Pensé que sería un acto de bienvenida para algún potentado local. Así que empecé a enjabonarme la cara. Pero la excitación aumentó y oí claramente unas voces que decían: «¿Dónde está?». Luego un nutrido grupo en tumulto entró en el coche. Todos corrían de un lado para otro del pasillo gritando: «¿Dónde está? ¿Dónde está Charlie Chaplin?».

—Aquí —contesté.

—En nombre del alcalde de Amarillo, Texas, y de todos sus admiradores, le invitamos a un refresco con nosotros.

Un pánico repentino se apoderó de mí.

—¡No puedo con estas pintas! —dije a través del jabón de afeitar.

—¡Oh, no se preocupe por eso, Charlie! Póngase solo la bata y reúnase con la gente.

Rápidamente me lavé la cara y a medio afeitar me puse una camisa y una corbata y bajé del tren abrochándome la chaqueta.

Fui acogido con aclamaciones. El alcalde intentó hablar.

—Señor Chaplin, en nombre de sus admiradores de Amarillo… —Pero su voz quedó sofocada por las continuas aclamaciones; empezó de nuevo—: Señor Chaplin, en nombre de sus admiradores de Amarillo… —Entonces la multitud avanzó, presionando, empujando al alcalde contra mí, apretujándonos a los dos contra el tren de tal forma que nos olvidamos de la bienvenida, en busca de la seguridad personal.

—¡Atrás! —gritaba la policía, metiéndose de cabeza entre la multitud para abrirnos paso.

El alcalde perdió el entusiasmo del recibimiento y se dirigió con cierta aspereza a la policía y a mí.

—Muy bien, Charlie, terminemos con esto, y luego podrá volver al tren.

Después de un asalto general a las mesas, las cosas se calmaron y el alcalde pudo por fin pronunciar su discurso.

—Señor Chaplin, sus amigos de Amarillo, Texas, desean mostrarle su gratitud por toda la felicidad que les ha proporcionado, rogándole que acepte la invitación y venga a tomar un sándwich y una Coca-Cola.

Tras su breve y elogioso discurso me preguntó si quería decir algunas palabras, instándome a que me subiera encima de una mesa, desde donde mascullé algo así como que me sentía dichoso de estar en Amarillo y estaba sorprendido de aquel maravilloso y emocionante recibimiento, que recordaría el resto de mi vida. Luego

me senté e intenté hablar con el alcalde.

Le pregunté cómo se había enterado de mi llegada.

—Por los operadores del telégrafo —dijo, comentándome que el telegrama que envié a Sydney había sido cursado a Amarillo, luego a Kansas City, Chicago y Nueva York, y que los operadores dieron la noticia a la prensa.

Cuando volví al tren me senté con timidez en mi sitio, sin pensar en nada de momento. Después todo el coche se convirtió en una turbamulta de gente que pasaba de un lado para otro del pasillo, mirándome y riéndose. No pude digerir mentalmente ni disfrutar de manera adecuada lo que había sucedido en Amarillo. Estaba demasiado emocionado; me limité a sentarme en tensión, jubiloso y deprimido al mismo tiempo.

Me entregaron varios telegramas antes de que arrancara el tren. Uno decía: «Bienvenido, Charlie; le esperamos en Kansas City». Otro: «Habrá un coche a su disposición cuando llegue usted a Chicago para trasladarle de una estación a otra». Un tercero: «¿Quiere usted pasar la noche y ser huésped del hotel Blackstone?». Cuando nos acercábamos a Kansas City la gente se apiñaba junto a la vía, gritando y agitando los sombreros.

La gran estación de Kansas City estaba abarrotada. A la policía le costaba trabajo controlar a la multitud reunida frente a ella. Colocaron una escalera apoyada en el vagón para que yo pudiera subir al techo y exhibirme a la multitud. Repetí allí las mismas palabras triviales que había pronunciado en Amarillo. Me esperaban más telegramas: ¿querría visitar los centros de enseñanza? Los guardé en la maleta para contestarlos en Nueva York. Desde Kansas City hasta Chicago la gente se situaba de nuevo en los empalmes ferroviarios y en los campos, agitando sombreros y pañuelos al paso del tren. Quería disfrutar de todo ello sin reservas, pero no hacía más que pensar que el mundo se había vuelto loco. Si unas cuantas comedias con peleas y palos lograban provocar una excitación tan grande, ¿no había algo falso en la celebridad? Siempre había pensado que me gustaría la popularidad y allí la tenía, aislándome, paradójicamente, con una abrumadora sensación de soledad.

En Chicago, donde era preciso cambiar de tren y de estación, la muchedumbre se alineaba a la salida y me llevaron en volandas al coche. Me alojaron en el hotel Blackstone y me dieron una suite a fin de que descansara antes de tomar el tren para Nueva York.

Estando en el Blackstone llegó un telegrama del jefe de policía de Nueva York pidiéndome que hiciera el favor de apearme en la calle Ciento veinticinco, en vez de ir hasta la estación Grand Central, como estaba previsto, pues la muchedumbre se aglomeraba ya por anticipado.

En la calle Ciento veinticinco Sydney salió a esperarme con un coche, nervioso y excitado. Me habló en un susurro: «¿Qué opinas de esto? Hay una multitud de gente congregada desde las primeras horas de la mañana en la estación. Y la prensa ha publicado comunicados todos los días desde tu salida de Los Ángeles». Me mostró un

periódico que anunciaba con grandes letras negras: «¡Está aquí!». Otro titular decía: «¡Charlie se oculta!». En el trayecto hasta el hotel me informó de que había negociado un contrato con la Mutual Film Corporation por un total de seiscientos setenta mil dólares, pagaderos a razón de diez mil semanales, y que una vez que hubiera pasado el reconocimiento del seguro me abonarían una prima de ciento cincuenta mil dólares a la firma. Estaba citado para comer con el abogado, a quien tendría que atender durante el resto del día, de modo que me dejaría en el Plaza, donde me había reservado una habitación, y nos veríamos por la mañana.

Como dice Hamlet: «Ahora estoy solo». Aquella tarde paseé por las calles, mirando los escaparates y deteniéndome sin una finalidad concreta en las esquinas de las calles. Pero ¿qué me pasaba? Estaba en el apogeo de mi carrera, vestido de punta en blanco y sin ningún sitio adonde ir. ¿Cómo conseguiría uno conocer personas interesantes? Me parecía que todo el mundo me conocía, pero yo no conocía a nadie. Empecé a hacer examen de conciencia, sintiendo pena de mí mismo, y la melancolía se apoderó de mí. Recuerdo que un comediante de la Keystone, que tenía gran éxito, me dijo una vez: «Charlie, ahora que hemos llegado, ¿de qué nos sirve?». «¿Llegado adónde?», le contesté.

Me acordé del consejo de Nat Goodwin: «Aléjate de Broadway». Para mí, Broadway era un desierto. Pensé en los viejos amigos, a quienes me gustaría encontrar en aquel momento de extraordinario éxito; pero ¿tenía yo en realidad viejos amigos en Nueva York, en Londres o en cualquier otra parte? Deseaba un público elegido por mí, quizá Hetty Kelly. No había vuelto a tener noticias de ella desde que había debutado en el cine; sus reacciones hubieran sido divertidas.

Ella vivía entonces en Nueva York con su hermana, la señora Gould. Me di un paseo hasta el 834 de la Quinta Avenida, que era la dirección de su hermana. Me paré ante la casa, preguntándome si Hetty estaría allí; pero no tuve el valor de llamar. Quizá saliera y me tropezara con ella casualmente. Esperé una media hora, andando arriba y abajo; pero nadie entró ni salió de la casa.

Fui al restaurante Childs, en Columbus Circle, y pedí pastelitos de hojaldre y una taza de café. Me sirvieron con indiferencia, hasta que pedí a la camarera un poco más de mantequilla; entonces me reconoció. A partir de aquel momento se produjo una reacción en cadena, hasta que todo el mundo en el restaurante y desde la cocina se quedó mirándome. Me vi obligado a abrirme paso entre una nutrida aglomeración de gente que se había reunido tanto dentro como fuera, y a escapar en un taxi que pasaba en aquel momento.

Durante dos días me paseé por Nueva York, sin encontrar a nadie conocido, oscilando entre una alegre excitación y una profunda depresión. Entretanto los médicos del seguro me habían examinado. Pocos días después Sydney llegó al hotel, lleno de júbilo: «Todo está arreglado; te han dado el visto bueno en el seguro».

A continuación vinieron las formalidades de la firma del contrato. Me fotografiaron recibiendo el cheque de ciento cincuenta mil dólares. Aquella noche

estuve entre la multitud en Times Square mientras las noticias aparecían en el cartel luminoso que corría alrededor del edificio Times. Decían: «Chaplin firma con la Mutual por 670.000 dólares al año». Lo leí objetivamente, como si se refiriera a otra persona. Me habían ocurrido tantas cosas que ya no me quedaban emociones; estaban agotadas.

12

La soledad repele. Lleva consigo un sutil halo de tristeza, una barrera que aleja el interés o la atracción de los demás; te sientes levemente avergonzado de ella. Pero, en mayor o menor grado, eso le pasa a todo el mundo. No obstante, mi soledad era desesperante, porque yo contaba con todos los medios necesarios para tener amigos: era joven, rico y célebre; sin embargo, vagaba por Nueva York solo y cohibido. Recuerdo que me encontré con la bella Josie Collins, la estrella inglesa de la comedia musical, que se topó de repente conmigo paseando por la Quinta Avenida. «¡Oh! —dijo compasiva—, ¿qué haces tan solo?»

Fue como si me hubiera sorprendido cometiendo algún pequeño delito. Sonreí y le dije que en aquel momento iba a comer con unos amigos; pero me hubiera gustado decirle la verdad, que estaba solo y que me gustaría mucho invitarla a comer; solo me lo impidió la timidez.

Aquella misma tarde di un paseo alrededor del Metropolitan Opera House y me tropecé con Maurice Guest, el yerno de David Belasco. Había conocido a Maurice en Los Ángeles. Comenzó sus actividades como revendedor de localidades, negocio muy en boga cuando llegué a Nueva York por primera vez. Maurice prosperó después prodigiosamente como empresario teatral y alcanzó la cumbre con el gran espectáculo *El milagro*, dirigido por Max Reinhardt. Maurice —eslavo, de cara pálida, con grandes ojos, una boca grande y labios carnosos— parecía una edición en rústica de Oscar Wilde. Era un hombre emotivo, que cuando te hablaba parecía desafiarte.

—¿Dónde diablos has estado? —Ya antes de que pudiera contestarle, añadió—: ¿Por qué no has venido a verme?

Le dije que estaba dando un paseo tranquilamente.

—¡Qué demonios! ¡No deberías estar solo! ¿Adónde vas?

—A ninguna parte —le contesté en tono desmayado—. Estaba tomando el fresco.

—¡Ven! —dijo, obligándome a volverme hacia él y cogiéndome del brazo para que no pudiera escapar—. Te voy a presentar a gente auténtica, la clase de gente con quien debes reunirte.

—¿Adónde vamos? —le pregunté con ansiedad.

—Vas a conocer a mi amigo Caruso —dijo.

Mis protestas fueron inútiles.

—Hoy hay matiné. Caruso y Geraldine Farrar cantan la ópera *Carmen*.

—Pero yo…

—¡Por Dios, no tengas miedo! Caruso es un tipo maravilloso, sencillo y humano como tú. Se pondrá como loco de contento cuando te conozca…

Intenté decirle que lo que yo deseaba era pasear y respirar un poco de aire fresco.

—¡Esto te sentará mejor que el aire fresco!

Y me vi arrastrado por el vestíbulo del Metropolitan hasta dos localidades vacías.

—Siéntate ahí —susurró Guest—. Volveré en el entreacto.

Luego se marchó por el pasillo y desapareció. Había escuchado la música de *Carmen* varias veces, aunque ahora me parecía distinta. Miré el programa; sí, era miércoles, y aquel día anunciaban *Carmen*. Pero cantaban otra aria, que no conocía y que sonaba de un modo parecido a *Rigoletto*. Estaba desconcertado. Unos minutos antes del final del acto Guest se sentó sin hacer ruido en la butaca junto a la mía.

—¿Es esto *Carmen*? —susurré.

—Sí —contestó—. ¿No te han dado un programa?

Me lo quitó.

—Sí —susurró—; Caruso y Geraldine Farrar, matiné del miércoles. ¡Pues claro que es *Carmen*!

El telón bajó y Guest me llevó por el pasillo lateral de butacas a la puerta de entrada al escenario.

Hombres con botas de suela de fieltro cambiaban el decorado con tal rapidez que yo tenía siempre la impresión de estorbar. El ambiente se parecía al de un sueño agitado. En él resaltaba un hombre alto, solemne y austero, con una barba puntiaguda y ojos de sabueso, que me miraba desde lo alto. Estaba en el centro del escenario, con aspecto preocupado, mientras que los decorados iban y venían a su alrededor.

—¿Cómo está mi buen amigo el signor Gatti-Casazza? —dijo Maurice Guest, tendiéndole la mano.

Gatti-Casazza se la estrechó e hizo un gesto desdeñoso; luego murmuró algo. Entonces Guest se volvió hacia mí.

—Tienes razón, no era *Carmen*, era *Rigoletto*. Geraldine Farrar llamó en el último instante para decir que estaba acatarrada. Este es Charlie Chaplin —dijo Guest—. Lo traigo para que conozca a Caruso; tal vez esto lo anime. Venga con nosotros.

Pero Gatti-Casazza hizo lúgubremente un gesto negativo con la cabeza.

—¿Dónde está su camerino?

Gatti-Casazza llamó al encargado del escenario.

—Él se lo enseñará.

Mi instinto me advirtió que no debíamos molestar a Caruso en aquel momento, y así se lo dije a Guest.

—No seas bobo —contestó.

Avanzamos a tientas por el pasillo, en dirección a su camerino.

—Alguien ha apagado la luz —dijo el encargado del escenario—. Un momento nada más y encontraré la llave.

—Escucha —me dijo Guest—, me están esperando, así que tengo que largarme a todo correr.

—Pero no irás a dejarme, ¿verdad? —pregunté rápidamente.

—¡Oh!, te las arreglarás muy bien.

Antes de que pudiera contestarle había desaparecido, dejándome en la más completa oscuridad. El encargado del escenario encendió una cerilla.

—Aquí es —dijo, y llamó con suavidad en la puerta. Una voz gritó en italiano desde dentro. Mi guía respondió en esa misma lengua con una frase, de la que no entendí más que las dos últimas palabras: «¡Charlie Chaplin!».

Se oyeron nuevos gritos.

—Escuche —susurré—, volveré en otra ocasión.

—No, no —dijo, como si tuviera que cumplir una misión.

La puerta se abrió un poco y se asomó el ayudante de camerino, mirándonos en la oscuridad. Mi acompañante le comentó en tono afligido quién era yo.

—¡Oh! —dijo el ayudante de camerino, y luego volvió a cerrar la puerta; esta se volvió a abrir enseguida—: Pasen, por favor.

Aquella pequeña victoria pareció dar a mi amigo cierta importancia. Cuando entramos, Caruso estaba sentado junto a su tocador, ante un espejo, volviéndonos la espalda, recortándose el bigote.

—¡Ah, signore —dijo mi acompañante alegremente—. Tengo mucho gusto en presentarle al Caruso del cine, el señor Charlie Chaplin.

Caruso hizo un gesto afirmativo al espejo y continuó recortándose el bigote.

Luego se levantó y me miró mientras se ajustaba el cinturón.

—Tiene usted un gran éxito, ¿verdad? Ganará mucho dinero.

—Sí —sonreí.

—Debe de estar muy satisfecho.

—Sí, en efecto.

Después miré al encargado del escenario.

—Bien —dijo él alegremente, indicando que ya era hora de que nos marcháramos.

Me levanté y luego sonreí a Caruso.

—No quiero perderme la escena del «toreador».

—Eso es de *Carmen*. Hoy cantamos *Rigoletto* —dijo, estrechándome la mano.

—¡Ah, sí! ¡Naturalmente! ¡Ja, ja!

Había asimilado todo cuanto era posible de Nueva York en aquellas circunstancias y pensé que era hora de marcharme antes de que los placeres de la feria de las

vanidades empezaran a desvanecerse. Además, estaba ansioso de empezar a trabajar con arreglo a mi nuevo contrato. Cuando regresé a Los Ángeles me hospedé en el hotel Alexandria, en Main Street; era el hotel más suntuoso de la ciudad y del más genuino estilo rococó; columnas de mármol y arañas de cristal adornaban el vestíbulo, en cuyo centro estaba la fabulosa «alfombra de un millón de dólares». Era la Meca de las grandes transacciones cinematográficas, llamada así humorísticamente debido a los aspirantes a promotores y empresarios que se reunían allí, pronunciando en sus discusiones cifras astronómicas.

Sin embargo, Abrahamson hizo una fortuna sobre aquella alfombra vendiendo películas a precios baratos, que él hacía en condiciones económicas; alquilaba un estudio y contrataba actores sin trabajo. Aquellas películas eran conocidas con el nombre de producciones de Poverty Row. El difunto Harry Cohn, director de Columbia Pictures, empezó también en Poverty Row.

Abrahamson era un realista, reconocía que solo le interesaba el dinero. Tenía un marcado acento ruso, y cuando dirigía sus películas gritaba a la protagonista: «Está bien; entra desde atrás (quería decir el fondo). Ahora acércate al espejo y mírame. ¡Oh, qué bonita soy! Ahora da vueltas por ahí durante veinte pies (quería decir que improvisara a discreción durante veinte pies de película)». Generalmente, la heroína era una joven exuberante con un gran escote y enseñaba mucho sus encantos. Le decía a la actriz que mirara a la cámara, y que se agachara para atarse el zapato, o meciera una cuna, o acariciase a un perro. Abrahamson hizo un millón de dólares de esta manera. Después fue lo bastante sensato para retirarse.

La alfombra del millón de dólares trajo a Sid Grauman desde San Francisco para negociar la construcción de su cine de un millón de dólares en Los Ángeles. Al prosperar la ciudad también prosperó Sid. Tenía inspiración para la publicidad original y en cierta ocasión asombró a Los Ángeles con dos taxis que recorrían la ciudad, cuyos ocupantes se perseguían disparando con balas de fogueo. En la parte trasera de los coches había unos letreros que anunciaban: «*The Underworld*, en el cine Grauman, el de un millón de dólares».

Era un fértil innovador. Una de sus fantásticas ideas fue hacer que las estrellas de Hollywood imprimieran sus pies y sus manos en cemento húmedo en la parte exterior de su teatro Chino; por una razón que ignoro, así lo hicieron. Y eso se convirtió en un honor casi tan importante como recibir el Oscar.

El día que llegué al hotel Alexandria, el conserje me entregó una carta de la señorita Maude Fealy, la famosa actriz, que había sido la pareja de sir Henry Irving y de William Gillette, invitándome a una cena que organizaba para la Pavlova el miércoles siguiente en el hotel Hollywood. Naturalmente, yo estaba encantado. Aunque no conocía a la señorita Fealy, había visto postales de ella por todo Londres y era un admirador de su belleza.

El día antes de la cena encargué a mi secretaria que telefoneara para preguntar si era una reunión informal o si debía ir de etiqueta.

—¿Quién llama? —preguntó la señorita Fealy.

—Es la secretaria del señor Chaplin, que debe cenar con usted el miércoles por la noche.

La señorita Fealy se azoró.

—¡Oh, es una cena informal! —dijo.

La señorita Fealy me esperaba en el porche del hotel Hollywood para darme la bienvenida, y se mostró tan encantadora como siempre. Estuvimos sentados juntos lo menos media hora, conversando sobre cosas sin trascendencia, y empecé a preguntarme cuándo llegarían los demás invitados.

Al cabo de un rato dijo:

—¿Le parece bien que cenemos?

Ante mi asombro, me di cuenta de que ¡íbamos a cenar solos! La señorita Fealy, además de ser una mujer encantadora, era muy reservada, y contemplándola al otro lado de la mesa, me preguntaba cuál sería el motivo de aquel *tête-à-tête*. Por mi mente cruzaron pensamientos eróticos e indignos; pero ella parecía demasiado delicada para mis torpes suposiciones. Sin embargo, empecé a sondearla para averiguar qué esperaba de mí.

—Es muy curioso —dije muy eufórico—: ¡cenar solos así!

Sonrió con suavidad.

—Hagamos algo divertido después de la cena —dije—. ¿Y si fuésemos a un club nocturno?

Un gesto de suave alarma se reflejó en su rostro y titubeó.

—Tendré que retirarme pronto esta noche, porque mañana por la mañana empiezo a ensayar *Macbeth*.

Perdí el aplomo. Me sentía completamente perplejo. Por fortuna llegó el primer plato y por un momento comimos en silencio. Algo iba mal, y ambos lo sabíamos. La señorita Fealy dudó.

—Me temo que le estoy resultando bastante aburrida esta noche.

—Es una noche deliciosa —repliqué.

—Siento que no estuviera usted aquí hace tres meses en una cena que organicé para la Pavlova. Ya sé que es amiga suya, pero creo que estaba usted en Nueva York.

—Perdóneme —dije, sacando enseguida su carta de mi bolsillo y por primera vez miré la fecha; después se la entregué a ella—. Mire —dije, riendo—. ¡He venido con tres meses de retraso!

En 1910, Los Ángeles atravesaba la etapa final de la era de los pioneros del Oeste y de los potentados y fui invitado por la mayoría de ellos.

Uno era el difunto William A. Clark, multimillonario, magnate de los ferrocarriles y rey del cobre, además de un músico aficionado que anualmente donaba ciento cincuenta mil dólares a la Orquesta Filarmónica, de la que era segundo violín.

Scottie, el del valle de la Muerte, era un personaje fantasma, un hombre jovial, de

cara gruesa, que llevaba un sombrero descomunal, camisa roja y pantalones de peto; gastaba cientos de dólares todas las noches en los tugurios y clubes nocturnos de Spring Street, donde organizaba fiestas y daba grandes propinas a los camareros, que le presentaban cuentas astronómicas. Luego desaparecía misteriosamente, para reaparecer un mes después y organizar nuevas fiestas, lo que hizo durante varios años. Nadie sabía de dónde provenía su dinero. Algunos creían que era propietario de una mina secreta en el valle de la Muerte e intentaron seguirle hasta ella; pero él siempre les burlaba, y nadie hasta hoy ha descubierto su secreto. Antes de morir, en 1940, construyó un enorme castillo en el valle de la Muerte, en medio del desierto; una edificación fantástica que costó más de medio millón de dólares. El edificio todavía existe, y se desmorona poco a poco bajo el sol.

La señora Craney-Gatts, de Pasadena, dueña de una fortuna de cuarenta millones de dólares, era una ardiente socialista, que corría con los gastos de la defensa de muchos anarquistas, socialistas y miembros de los sindicatos.

Glenn Curtiss trabajaba para Sennett en aquellos días, haciendo acrobacias aéreas, y buscaba ávidamente capital para financiar lo que ahora es la gran industria de aviones Curtiss.

A. P. Giannini dirigía dos pequeños bancos, que más adelante se convirtieron en una de las mayores instituciones financieras de Estados Unidos, el Bank of America.

Howard Hughes heredó una cuantiosa fortuna de su padre, el inventor de las modernas perforadoras para las prospecciones petrolíferas. Howard multiplicó sus millones participando en el negocio de la aeronáutica; era un hombre excéntrico, que dirigía sus grandes empresas industriales por teléfono, desde la habitación de un hotel de tercera clase y raras veces se dejaba ver. También tenía negocios con el cine y logró un éxito considerable en películas como *Ángeles del infierno*, protagonizada por la difunta Jean Harlow.

En aquellos días mis diversiones habituales consistían en ver los combates de Jack Doyle los viernes por la noche en el Vernon, asistir a las funciones de vodevil del teatro Orpheum los lunes por la noche y a las de la compañía titular del teatro Morocco los jueves y, de vez en cuando, ir a escuchar una sinfonía a la sala de conciertos de la Filarmónica de Clune.

El Athletic Club de Los Ángeles era un centro donde la élite de la sociedad local y la gente de negocios se reunía a la hora del cóctel. Parecía una colonia extranjera.

En el salón solía sentarse un joven que interpretaba papeles secundarios; era un hombre solitario, que había ido a Hollywood a probar fortuna, pero que no prosperaba; se llamaba Valentino. Me lo presentó otro actor de su categoría, Jack Gilbert. No volví a ver a Valentino hasta al cabo de un año, cuando ya se había convertido en una gran estrella. Al encontrarnos se mostró receloso, hasta que le dije: «Desde la última vez que te vi ya has ingresado en el grupo de los inmortales». Entonces se echó a reír, dejó a un lado la desconfianza y se mostró muy amistoso.

Valentino tenía cierto aire de tristeza. Llevaba su éxito con elegancia y casi parecía apabullado por él. Era inteligente, callado, modesto y ejercía un gran atractivo en las mujeres, aunque tuvo poco éxito con ellas, y las que se casaron con él lo trataron con más desconsideración que otra cosa. Recién casado, una de sus mujeres se lió con uno de los técnicos del laboratorio de revelado, con quien se encerraba en la cámara oscura. Nadie ejerció mayor seducción sobre las mujeres, pero tampoco nadie fue más engañado por ellas.

Por entonces me disponía a cumplir el contrato de seiscientos setenta mil dólares. El señor Caulfield, que representaba a la Mutual Film Corporation y que se ocupaba de todos los asuntos relativos a ella, alquiló un estudio en el corazón de Hollywood. Con una pequeña compañía de cómicos competentes, en la que figuraban Edna Purviance, Eric Campbell, Henry Bergman, Albert Austin, Lloyd Bacon, John Rand, Frank Jo Coleman y Leo White, me sentía confiado al empezar el trabajo.

Por fortuna, mi primera película, *En el almacén*, obtuvo un gran éxito. El decorado representaba un gran almacén, en el que yo iniciaba una persecución por una escalera mecánica. Cuando Sennett vio la película comentó: «¿Por qué diablos no habremos pensado nosotros nunca en una escalera mecánica?».

Muy pronto trabajé a mi ritmo, produciendo una comedia de dos rollos cada mes. A la citada película le siguieron *El bombero, Charlot, músico ambulante, Charlot, noctámbulo, El conde, El prestamista, Charlot en el estudio de cine, Charlot patina, La calle de la Paz, La cura de aguas, El inmigrante, El aventurero*. En total, necesitamos dieciséis meses para terminar esas doce comedias, incluidas las interrupciones por catarros y otros pequeños impedimentos.

A veces una trama presentaba un problema y me veía con dificultades para resolverlo. Entonces me alejaba del trabajo y me dedicaba a pensar. Atormentado, iba de un lado a otro en mi camerino, y, sentado durante horas detrás de un plató, luchaba con aquel problema. El simple hecho de ver al gerente o a los actores mirándome embobados era vergonzoso, sobre todo porque la Mutual pagaba el coste de producción, y el señor Caulfield estaba allí para hacer que las cosas marchasen como era debido.

Lo veía a lo lejos cruzando los terrenos del estudio. Me bastaba observar su silueta para deducir lo que pensaba: no se había hecho nada y los gastos generales aumentaban. Y yo, con la suavidad de un mazo, insinuaba que no me satisfacía tener gente a mi alrededor o sentir que estaban preocupados.

Al final de un día de búsqueda infructuosa, se hacía el encontradizo cuando salía del estudio y me saludaba con aparente despreocupación.

—¿Se le ha ocurrido algo? —me preguntaba.

—¡Nada en absoluto! ¡Creo que estoy acabado! ¡No se me ocurre nada!

Y él emitía un ruido hueco, que quería ser una risa.

—No se preocupe —decía—; ya se le ocurrirá.

A veces la solución llegaba al final del día, cuando me encontraba al borde de la

desesperación. Había pensado y desechado un montón de posibilidades. Entonces surgía la solución, como si se hubiera barrido una capa de polvo que cubriese un suelo de mármol; allí estaba el bello mosaico que buscaba. La tensión desaparecía, el estudio se ponía en movimiento, ¡y cómo se alegraba el señor Caulfield!

Ningún miembro de mi compañía resultó herido en mis películas. Las escenas violentas se ensayaban cuidadosamente, como si se tratara de una coreografía. Una bofetada en la cara siempre tenía su truco. Por mucho jaleo que se armara, cada cual sabía lo que hacía; todo estaba cronometrado. Era imperdonable resultar herido, porque en las películas todos los efectos —violencia, terremotos, naufragios y catástrofes— pueden estar trucados.

En toda aquella serie, solo tuvimos un accidente. Ocurrió en *La calle de la Paz*. Mientras yo curvaba un farol de la calle sobre el terrible matón para asfixiarlo con el gas, la parte superior del farol se desprendió y su afilado borde de metal me cayó sobre el puente de la nariz; tuvieron que darme dos puntos.

Creo que el contrato de la Mutual originó el período más feliz de mi carrera. Me sentía ligero y libre; tenía veintisiete años, unas perspectivas fabulosas y ante mí un mundo agradable y brillante. Dentro de poco sería millonario; todo me parecía un rapto de locura. El dinero colmaba mis arcas. Los diez mil dólares que percibía todas las semanas se convertían en cientos de miles. Yo valía cuatrocientos, quinientos mil dólares. No me lo creía.

Recuerdo que Maxine Elliott, amigo de J. P. Morgan, me dijo en una ocasión: «El dinero solo sirve para olvidar». Pero yo sostengo que también es algo que hay que recordar.

Es indudable que los hombres que triunfan viven en un mundo diferente; cuando conocía por primera vez una persona, su cara se iluminaba, llena de interés. Aunque yo fuera un *parvenu*, mis opiniones se tomaban en consideración. Los conocidos deseaban convertirse en íntimos amigos y en compartir mis problemas, como si fueran parientes. Todo eso era muy halagador, pero mi naturaleza no reacciona ante semejante intimidad. Me gustan los amigos lo mismo que me gusta la música, cuando estoy de humor para ello. Sin embargo, conseguí esta libertad al precio de tener que estar solo de manera ocasional.

Un día, cuando estaba a punto de terminar mi contrato, entró mi hermano en mi habitación del Athletic Club y me anunció alegremente:

—Bueno, Charlie, ahora ya perteneces a la categoría de los millonarios. Acabo de firmar en tu nombre un contrato para que hagas ocho comedias de dos rollos destinadas a la First National, ¡por la suma de un millón doscientos mil dólares!

Acababa de darme un baño y me paseaba por la habitación con una toalla ceñida a la cintura, mientras tocaba con el violín *Los cuentos de Hoffmann*.

—¿Ah, sí? Es maravilloso, ¿no?

Sydney se echó a reír de repente.

—Esto lo contaré en mis memorias: tú, con la toalla a la cintura, tocando el violín

y tu reacción ante la noticia de que he firmado un contrato por un millón y pico de dólares.

Reconozco que hubo por mi parte algo de afectación, debido, sin duda, a la labor que me esperaba; había que ganar aquel dinero.

Sin embargo, todas aquellas perspectivas de riqueza no variaron mi manera de vivir. Me había reconciliado con la riqueza, pero no con la forma de emplearla. El dinero que ganaba era mítico; un símbolo en cifras, pues, en realidad, nunca lo había visto. Por ello, tenía que hacer algo que me demostrara que efectivamente lo tenía. Así que me busqué una secretaria, un criado, un coche y un chófer. Un día, al pasar ante un concesionario, vi un Locomobile de siete plazas, que en aquella época estaba considerado el mejor coche del país. Incluso parecía demasiado elegante y magnífico para estar a la venta. Sin embargo, entré en la tienda.

—¿Cuánto cuesta? —pregunté.

—Cuatro mil novecientos dólares.

—Envuélvamelo —dije.

El hombre se quedó atónito y trató de oponer cierta resistencia a una venta tan rápida.

—¿No querría usted ver el motor? —preguntó.

—Da lo mismo; no entiendo nada de motores —contesté.

Sin embargo, oprimí una cubierta con el pulgar para demostrar mis conocimientos profesionales.

La venta fue sencilla; consistió en inscribir mi nombre en un pedazo de papel, y el coche fue mío.

Yo no sabía mucho de inversiones monetarias, pero Sydney estaba familiarizado con ello; sabía lo que eran valores nominales y efectivos, plusvalías, acciones comunes y preferentes, intereses, fondos y obligaciones convertibles, valores industriales y depósitos legales de las cajas de ahorro. Las oportunidades de inversión abundaban en aquellos días. Un agente inmobiliario de Los Ángeles me rogó que me asociara con él, poniendo cada uno doscientos cincuenta mil dólares, para comprar una gran extensión de terreno en el valle de Los Ángeles. Si hubiese invertido mi dinero en su proyecto mi participación habría alcanzado la suma de cincuenta millones de dólares, pues allí se descubrió petróleo y se convirtió en una de las zonas más ricas de California.

13

En aquella época visitaron el estudio muchas personas ilustres: Nellie Melba, Leopold Godowsky y Paderewski, Nijinski y Pavlova.

Paderewski tenía un gran encanto, pero también un aire burgués y una dignidad un poco forzada. Era impresionante con su melena, su bigote severo y caído y su pequeña perilla bajo el labio inferior, que, en mi opinión, revelaba una forma de vanidad mística. En sus recitales, con las luces del teatro en penumbra y aquel ambiente sombrío y terrorífico, cuando estaba a punto de sentarse en el taburete del piano, me parecía siempre que alguien le gastaría la broma de retirárselo.

Durante la guerra me lo encontré en el hotel Ritz de Nueva York y lo saludé con efusión. Le pregunté si iba a dar algún concierto. Con una pontifical solemnidad me replicó: «No doy conciertos cuando estoy al servicio de mi patria».

Paderewski llegó a ser primer ministro de Polonia; pero yo opinaba como Clemenceau, quien durante una de las reuniones del malogrado Tratado de Versalles le dijo: «¿Cómo es que un gran artista como usted se ha rebajado tanto para convertirse en político?».

Por el contrario, Leopold Godowsky, un pianista más grande aún, era sencillo y jovial, un hombrecillo de cara redonda y sonriente. Los domingos tenía el privilegio de escuchar sus ensayos y de ser testigo de la extraordinaria facilidad y de la técnica de sus manos, excepcionalmente pequeñas.

También vino al estudio Nijinski, con los miembros del Ballet Ruso. Era un hombre serio, guapo, con altos pómulos y ojos tristes, que daba la impresión de un fraile vestido de paisano. Estábamos rodando cuando él llegó. Se sentó detrás de la cámara, observando cómo trabajaba en una escena que, a mi juicio, era divertida; pero no se rió. Aunque los otros espectadores se desternillaban, Nijinski permanecía sentado y cada vez más triste. Antes de irse me dio la mano y con su voz hueca me dijo lo mucho que había disfrutado con mi trabajo, y me preguntó si podía volver. «Claro que sí», le dije. Estuvo otros dos días, mirándome siempre con gesto lúgubre. El último día le dije al cámara que no cargara película. Sabía que la fúnebre presencia de Nijinski malograría todos mis esfuerzos de tener gracia. Sin embargo, todos los

días, al terminar, me felicitaba. «Su comedia es un ballet y usted un bailarín», dijo.

Yo no había visto todavía el Ballet Ruso ni ningún otro. Pero al final de la semana me invitaron a la primera representación de matiné.

En el teatro me saludó Diághilev, que era un hombre lleno de vitalidad y entusiasmo. Me pidió perdón por no haber montado el programa que, en su opinión, me hubiera gustado más. «Es una lástima que no esté incluido *Preludio a la siesta de un fauno* —dijo—; creo que le habría gustado. —Luego se volvió rápidamente hacia su representante—: Dígale a Nijinski que daremos el *Fauno* para Charlot después del entreacto.»

El primer ballet fue *Scheherazade*. Mi reacción fue más bien negativa. Había demasiada comedia y muy poco baile, y, a mi juicio, la música de Rimski-Kórsakov era reiterativa. Pero el número siguiente era un *pas de deux* con Nijinski. En cuanto apareció me sentí electrizado. He conocido pocos genios en el mundo y Nijinski fue uno de ellos. Era hipnótico, como un dios; su aspecto sombrío sugería estados de ánimo de otros mundos. Cada movimiento suyo era poesía; cada salto, un vuelo hacia una extraña fantasía.

Él le había pedido a Diághilev que me llevara a su camerino en el entreacto. Me quedé mudo. No te puedes retorcer las manos y expresar a la vez con palabras su interpretación del gran arte. Me senté silencioso en su camerino, observando en el espejo su extraño rostro, mientras se maquillaba para el *Preludio a la siesta de un fauno*, pintándose círculos verdes en las mejillas. Se mostró torpe en sus intentos de conversación; me hizo preguntas incoherentes sobre mis películas, a las que solo pude responder con monosílabos. Al final del entreacto sonó el timbre de aviso y le dije que me volvía a mi asiento.

—No, no; todavía no —murmuró.

Llamaron a la puerta.

—Señor Nijinski, la obertura ha terminado.

Empecé a mostrarme intranquilo.

—Está bien —respondió—. Tenemos tiempo suficiente.

Extrañado, no sabía por qué se comportaba así.

—¿No cree usted que es mejor que me vaya?

—No, no; deje que toquen otra obertura.

Al cabo de un rato Diáguilev entró precipitadamente en el camerino.

—¡Sal! ¡Sal enseguida! El público está aplaudiendo.

—Que espere; así es más interesante —dijo Nijinski. Después siguió haciéndome nuevas preguntas triviales.

Yo estaba azorado.

—De verdad debería volver a mi sitio —dije.

Nadie ha igualado a Nijinski en *Preludio a la siesta de un fauno*. El mundo esotérico que creaba, la tragedia que acechaba invisible en las sombras del paisaje pastoril, lleno de belleza, mientras él se movía entre el misterio de aquel como un

dios de apasionada tristeza, todo lo expresaba y revelaba con unos gestos sencillos, sin aparente esfuerzo.

Seis meses después Nijinski se volvió loco. Mostró ya signos de locura aquella tarde, en su camerino, cuando hizo esperar al público. Yo había sido testigo de los primeros impulsos de una mente sensible en el momento en que se alejaba de un mundo brutal, destrozado por la guerra, para entrar en el otro mundo de sus sueños.

Lo sublime es raro en cualquier vocación o arte. Y Anna Pavlova era una de las escasas artistas que lo poseía. Nunca dejó de conmoverme profundamente. Su arte, aunque brillante, presentaba una calidad pálida y luminosa, tan delicada como un pétalo de rosa blanca. Cuando bailaba, todos sus movimientos eran un centro de gravedad. En cuanto entraba en escena, por alegre y seductora que fuera, me entraban ganas de llorar, pues encarnaba para mí la tragedia de la perfección.

Conocí a Pav, como la llamaban sus amigos, cuando rodaba en Hollywood una película en los estudios de la Universal, y nos hicimos muy buenos amigos. Fue una pena que la velocidad del viejo cine no lograse captar el lirismo de su danza, y por ello el mundo se ha perdido el recuerdo de su inmenso talento.

En cierta ocasión el consulado ruso dio una cena en su honor, a la que asistí. Era un acontecimiento internacional. Durante la comida hubo muchos brindis y discursos, algunos en francés, otros en ruso. Creo que fui el único inglés a quien se invitó a hablar. Sin embargo, antes de que llegara mi turno, un profesor pronunció en ruso un brillante panegírico del arte de Pavlova. Luego, con lágrimas en los ojos, se dirigió a ella y la besó con fervor. Yo sabía que después de aquello cualquier esfuerzo resultaría insignificante; así que me levanté y dije que, como mi inglés era totalmente inadecuado para expresar la grandeza del arte de Pavlova, hablaría en chino. Improvisé en una jerga pseudochina, elevando el tono, como había hecho el profesor. Al terminar, besé a Pavlova con más fervor que él, cogí una servilleta y la coloqué sobre nuestras cabezas. Entretanto la besaba sin parar. La gente soltó una gran carcajada y así se rompió la solemnidad del acto.

Sarah Bernhardt actuó en el Orpheum. Ya era muy mayor y estaba al final de su carrera, por lo que no pudo ofrecer una muestra auténtica de su forma de actuar. Pero cuando Eleonora Duse fue a Los Ángeles, ni la edad ni su fin próximo pudieron empañar el brillo de su genio. Le ayudaba un excelente reparto de actores italianos. Un apuesto y joven actor interpretó soberbiamente su papel antes de que ella entrara en escena. Se movía en el escenario de una manera espectacular. ¿Cómo podría Eleonora Duse superar la notable actuación de aquel galán joven?, me preguntaba.

En aquel momento apareció Duse, entrando por el lateral izquierdo, bajo un arco de la decoración. Se detuvo ante una canastilla de crisantemos blancos que había sobre un piano de cola y empezó a arreglar las flores en silencio. Un murmullo recorrió todo el público y mi atención se apartó de inmediato del galán y se centró en Duse. Ella no miró al joven actor ni a ningún otro personaje; tranquilamente arreglaba las flores y añadía otras que llevaba consigo. Cuando hubo terminado cruzó

en diagonal el escenario, se sentó en un sillón junto a la chimenea y se quedó contemplando el fuego. Tan solo una vez miró al joven, y todo el saber y el sufrimiento de la humanidad estaban en aquella mirada. Luego siguió escuchando y calentándose las manos, aquellas manos tan bellas y expresivas.

Después de la apasionada declaración del joven ella empezó a hablar tranquilamente, mientras contemplaba el fuego. Su recitado no tenía el usual tono histriónico; su voz surgía de los rescoldos de la pasión más trágica. No entendí una sola palabra, pero comprendí que estaba ante la actriz más grande que había visto jamás.

Constance Collier, la primera actriz de sir Herbert Beerbohm Tree, fue contratada para hacer el papel de lady Macbeth, con el propio sir Herbert, para la Triangle Film Company. Siendo niño, la había visto muchas veces desde el paraíso del teatro de Su Majestad y había admirado sus memorables actuaciones en *La ciudad eterna* y en el papel de Nancy, de *Oliver Twist*. Así que cuando me entregaron unas líneas en mi mesa del café Levy diciendo que la señorita Collier tendría mucho gusto en conocerme si era tan amable de ir a su mesa, accedí encantado. A partir de aquel encuentro nos hicimos amigos para toda la vida. Era un alma llena de bondad, que irradiaba afecto y que sentía la felicidad de vivir. Le gustaba reunir a personas distintas. Deseaba presentarme a sir Herbert y a un joven llamado Douglas Fairbanks, con quien, según ella, yo tenía mucho en común.

Sir Herbert era, según creo, el decano del teatro inglés y el más sutil de sus actores; un artista que se dirigía tanto a la mente como a la sensibilidad del espectador. Su Fagin en *Oliver Twist* era a la vez humorístico y aterrador. Con muy poco esfuerzo podía crear una tensión que era casi insoportable. Le bastaba con pinchar afablemente, en broma, con un tenedor al granuja Dodger para suscitar el terror. El concepto que tenía Herbert del personaje era siempre brillante. El ridículo Svengali era un ejemplo de ello; te hacía creer en ese absurdo personaje, dotándolo no solo de humor, sino de poesía. Los críticos decían que sir Herbert era muy amanerado y es cierto, pero utilizaba su amaneramiento de una forma muy eficaz. Su modo de actuar en escena era sumamente moderno. En *Julio César* su interpretación era intelectual. Su Marco Antonio, en la escena del funeral, en lugar de arengar a la muchedumbre con la habitual pasión, hablaba con indolencia sobre las cabezas de la masa con cinismo y con un soterrado desprecio.

A los catorce años había visto a sir Herbert en muchas de sus grandes creaciones; así que cuando Constance organizó una cena íntima para él, su hija Iris y yo, sentí una gran emoción. Debíamos reunirnos en las habitaciones de sir Herbert, en el hotel Alexandria. Llegué tarde a propósito, con la esperanza de que Constance estuviera allí para aplacar la tensión; pero cuando sir Herbert me hizo pasar a sus habitaciones, estaba solo con John Emerson, su director cinematográfico.

—¡Ah! Pase, señor Chaplin —dijo sir Herbert—. Constance me ha hablado

mucho de usted.

Después de presentarme a Emerson, me comentó que habían ensayado algunas escenas de *Macbeth*. Emerson se fue pronto, y yo me quedé de repente petrificado por la timidez.

—Siento haberle hecho esperar —dijo sir Herbert, sentándose en un sillón frente a mí—. Estábamos estudiando un efecto para la escena de las brujas.

—¡Oh! —balbucí.

—Creo que produciría un gran efecto colocar gasa sobre unos globos y hacerlos flotar sobre la escena. ¿Qué opina usted?

—¡Oh!… ¡Maravilloso!

Sir Herbert hizo una pausa y me miró.

—Ha tenido usted un éxito fenomenal, ¿no es verdad?

—Nada de eso —murmuré, disculpándome.

—¡Pero si es usted conocido en el mundo entero! En Inglaterra y en Francia hasta los soldados entonan canciones que tratan de usted.

—¿De veras? —dije, fingiendo desconocerlo.

Me volvió a mirar. Noté cómo la duda y cierta reserva se revelaban en su rostro. Luego se levantó.

—Constance se retrasa. Telefonearé para saber qué ha ocurrido. Entretanto le presentaré a mi hija Iris —dijo, y salió de la habitación.

Me sentí aliviado; pensé que iba a ver a una niña con la que podría hablar, a mi mismo nivel, de la escuela y de las películas. Y enseguida entró una joven alta, que fumaba con una larga boquilla y que dijo con voz sonora y profunda:

—¿Cómo está usted, señor Chaplin? Creo que soy la única persona en el mundo que no le ha visto en la pantalla.

Sonreí, asintiendo con la cabeza.

Iris parecía escandinava, con su cabello rubio y corto, la nariz chata y los ojos azul claro. Tenía dieciocho años, era muy atractiva, con ese aire un tanto artificioso de Mayfair; había conseguido que le publicaran un libro de poemas a los quince años.

—Constance habla mucho de usted —dijo.

Volví a sonreír y a asentir con la cabeza.

Al cabo de un rato regresó sir Herbert. Dijo que Constance no podía venir porque se había retrasado con la prueba de unos vestidos, y que comiéramos sin ella.

¡Válgame Dios! ¿Cómo iba yo a soportar la noche con aquellos extraños? Con este obsesionante pensamiento en la cabeza, salimos en silencio de la habitación, tomamos el ascensor también en silencio y en silencio entramos en el comedor, para sentarnos a la mesa como si acabáramos de regresar de un entierro.

El pobre sir Herbert e Iris se esforzaron muchísimo para mantener una conversación. Iris renunció a ello muy pronto, se reclinó en su asiento y contempló el comedor. Si al menos sirvieran la comida, quizá eso aliviaría mi espantosa tensión… El padre y la hija hablaron un poco del sur de Francia, de Roma y de Salzburgo…

¿Había estado yo alguna vez allí? ¿Había visto algunos de los espectáculos de Max Reinhardt?

Moví negativamente la cabeza, disculpándome.

Sir Herbert me miró.

—¿Sabe usted que debería viajar?

Le dije que me quedaban pocos momentos libres, y añadí, decidido:

—Escuche, sir Herbert; mi éxito ha sido tan repentino que no he tenido apenas tiempo de adaptarme a él. Pero cuando tenía catorce años le vi a usted haciendo el papel de Svengali, de Fagin, de Antonio, de Falstaff, varias veces, y desde entonces ha sido usted mi ídolo. Nunca pensé en usted como en un hombre que existiera fuera del escenario. Era un personaje legendario para mí. Y cenar con usted esta noche en Los Ángeles me anonada.

Sir Herbert estaba emocionado.

—¿De veras? —repetía—. ¿De veras?

A partir de aquella noche nos hicimos muy buenos amigos. De vez en cuando me llamaba por teléfono y los tres —Iris, él y yo— cenábamos juntos. Algunas veces Constance se unía a nosotros e íbamos al restaurante Victor Hugo y a la hora del café nos quedábamos absortos escuchando música de cámara sentimental.

Constance me había hablado mucho del encanto y del talento de Douglas Fairbanks, no solo como personalidad, sino como brillante orador a la hora de los postres. En aquellos días me disgustaban mucho los jóvenes brillantes, sobre todo los charlatanes brillantes. Sin embargo, organizaron una cena en su casa.

Douglas y yo tenemos nuestra propia versión de aquella noche. Antes de ir allí me había excusado con Constance, diciéndole que estaba enfermo; pero no quiso ni oír hablar de ello, de modo que me decidí a fingir un dolor de cabeza para marcharme pronto. Fairbanks dijo que estaba también nervioso y que cuando sonó el timbre de la puerta bajó con celeridad al sótano, donde había una mesa de billar, y se puso a jugar. Aquella noche fue el comienzo de una amistad que duró toda la vida.

No por azar, Douglas había conquistado la imaginación y el cariño del público. El ingenio de sus películas, su optimismo e infalibilidad sintonizaban con el gusto estadounidense y, en realidad, con el gusto del mundo entero. Poseía un encanto y un magnetismo extraordinarios y un sincero entusiasmo juvenil que transmitía al público. Cuando empecé a conocerlo íntimamente comprobé que era de una honradez excepcional, pues reconocía que disfrutaba siendo un esnob y que le atraían las personas que triunfaban.

Aunque Doug era enormemente popular, ensalzaba con generosidad el talento ajeno y era modesto respecto al suyo. Decía muchas veces que Mary Pickford y yo teníamos genio, mientras que él solo tenía un talento menor. Claro que no era así; Douglas era un creador e hizo cosas grandiosas.

Construyó un plató de diez acres para *Robin Hood*; un castillo con enormes

murallas y puentes levadizos mucho mayor que cualquier castillo auténtico que haya existido jamás. Con gran orgullo me mostró el enorme puente levadizo. «—¡Magnífico! —dije—. ¡Qué maravilloso comienzo para una de mis películas: baja el puente levadizo y yo saco el gato y recojo la botella de leche!»

Tenía toda clase de amigos, desde vaqueros hasta reyes, y encontraba cualidades interesantes en todos ellos. Su amigo Charlie Mack, un vaquero, individuo voluble y parlanchín, le divertía muchísimo. Mientras cenábamos, Charlie se colocaba en la puerta y decía: «Has encontrado un estupendo sitio aquí, Doug. —Luego recorría el comedor con la mirada y añadía—: Solo que está demasiado lejos para escupir desde la mesa hasta la chimenea». Después se ponía en cuclillas y nos hablaba de su mujer, que le demandaba judicialmente, solicitando el «di-vor-cio», basándose en su «du-el-dad». «Yo le digo, señor juez, que esta mujer tiene más "du-el-dad" en el dedo meñique que yo en todo mi cuerpo. Y ninguna mujer maneja mejor un fusil que ella. Me ha tenido saltando y esquivando detrás de ese añoso árbol nuestro, hasta que estuvo tan agujereado, que se podía ver a través de él.» Me pareció que Charlie había ensayado esta fanfarronada antes de visitar a Doug.

La casa de Douglas había servido de alojamiento de cazadores. Era un bungalow de dos plantas bastante feo, construido en lo alto de una colina, en medio de lo que habían sido las yermas colinas de Beverly. El álcali y la salvia despedían un aroma penetrante y amargo, que secaba la boca y picaba en la nariz.

Por aquellos días Beverly Hills parecía una urbanización abandonada. Las aceras se extendían a lo largo de un trecho y luego desaparecían en pleno campo; los faroles, con sus globos blancos, adornaban las calles vacías; la mayoría de los cristales estaban rotos, apedreados por los juerguistas de los bares de la carretera.

Douglas Fairbanks fue la primera estrella de cine que se instaló en Beverly Hills, y con frecuencia me invitaba a pasar con él el fin de semana. Por la noche oía desde mi habitación cómo aullaban los coyotes, porque grandes manadas se acercaban a los cubos de la basura. Sus aullidos eran misteriosos; se asemejaban a un repicar de campanillas.

Douglas tenía siempre dos o tres personas a su alrededor: Tom Geraghty, que escribía sus guiones; Cad, un ex atleta olímpico, y una pareja de vaqueros. Tom, Douglas y yo éramos como los Tres Mosqueteros.

Los domingos por la mañana, Douglas organizaba un grupo con caballos y vaqueros y subíamos en la oscuridad a lo alto de las colinas a recibir el alba. Los vaqueros amarraban los caballos a unas estacas, encendían una hoguera y preparaban el desayuno con café, pasteles calientes y tocino frito. Mientras contemplábamos el amanecer, Douglas se volvía elocuente y yo bromeaba acerca del hermoso sueño que habíamos perdido, y sostenía que solo merecía la pena contemplar el amanecer en compañía de una mujer. Sin embargo, aquellas salidas por la mañana temprano eran románticas. Douglas fue el único hombre que consiguió hacer que yo montara a caballo, a despecho de mis protestas de que el mundo se mostraba excesivamente

sentimental con aquel animal, que era bajo y ridículo y tenía la inteligencia de un retrasado mental.

En aquella época Douglas ya estaba separado de su primera mujer. Por la noche invitaba a cenar a los amigos, entre ellos a Mary Pickford, de la que estaba perdidamente enamorado. Los dos se comportaban en esta cuestión como dos conejos asustados. Yo les solía aconsejar que no se casaran, sino que viviesen juntos a su manera; pero ellos no admitían mis ideas poco convencionales. Me había pronunciado de manera tan enérgica en contra de su matrimonio que, cuando al fin se casaron, invitaron a la boda a todos sus amigos menos a mí.

En aquellos días Douglas y yo nos dedicábamos a filosofar y yo exponía la futilidad de la existencia. Douglas creía que nuestras vidas estaban predestinadas y que nuestro destino era importante. Cuando se sentía poseído por ese fervor místico, producía en mí una reacción cínica. Recuerdo una calurosa noche de verano en que los dos trepamos a lo alto de un gran depósito de agua y nos sentamos encima, hablando de la salvaje grandeza de Beverly. Las estrellas brillaban de un modo misterioso, la luna refulgía y yo había comentado que la vida carecía de fundamento.

—¡Mira! —exclamó Douglas con fervor, haciendo un gesto con el que abarcó todo el cielo—. ¡La Luna! ¡Y esos miles de millones de estrellas! ¿No crees que tiene que haber alguna razón para toda esta belleza? ¡Que cumple alguna función! ¡Tiene que existir para algo bueno, y tú y yo formamos parte de ella! —Luego se volvió hacia mí, sintiéndose inspirado repentinamente—: ¿Por qué te han concedido ese talento, ese medio maravilloso que es el cine, que llega a millones de personas en todo el mundo?

—¿Y por qué se lo han concedido también a Louis B. Mayer y a los hermanos Warner? —repliqué; y él se echó a reír.

Douglas era un romántico incurable. Cuando pasaba los fines de semana con él a veces me despertaba de un profundo sueño hacia las tres de la mañana y veía entre la niebla una orquesta hawaiana que tocaba en el jardín una serenata para Mary. Era encantador, pero resultaba difícil penetrar en el espíritu de todo aquello cuando no se estaba involucrado personalmente. No obstante, esos rasgos juveniles le hacían más digno de mi afecto.

Douglas también era un tipo deportivo que llevaba siempre perros lobos o policías en el asiento trasero de su Cadillac descapotable. Ese tipo de cosas le gustaban de verdad.

Hollywood se estaba convirtiendo rápidamente en la Meca de los escritores, actores e intelectuales. Llegaban de todas partes del mundo autores célebres: sir Gilbert Parker, William J. Locke, Rex Beach, Joseph Hergesheimer, Somerset Maugham, Gouverneur Morris, Blasco Ibáñez, Elinor Glyn, Edith Wharton, Kathleen Norris y otros muchos.

Somerset Maugham no trabajó nunca en Hollywood, aunque sus argumentos eran

muy solicitados. Sin embargo, pasó allí algunas semanas antes de ir a las islas de los mares del Sur, donde escribió sus admirables novelas cortas. Durante una cena nos contó a Douglas y a mí el argumento de *Sadie Thompson*, que, según él, estaba basado en un hecho real, y que más tarde llevó al teatro con el título de *Lluvia*. Siempre he considerado *Lluvia* una obra modélica. El reverendo Davidson y su esposa son dos personajes perfectamente definidos, más interesantes que Sadie Thompson. ¡Qué espléndido habría estado Tree en el papel del reverendo Davidson! Lo hubiera representado como un hombre suave y cruel, untuoso y terrible.

En el centro de Hollywood había un establecimiento de quinta categoría, que parecía una granja, conocido con el nombre de hotel Hollywood. Había alcanzado la máxima prosperidad, de igual manera que una asombrada campesina que recibiera una cuantiosa herencia. Se pagaban primas por sus habitaciones, solo por el hecho de que la carretera de Los Ángeles a Hollywood era casi intransitable y porque aquellas celebridades de las letras querían alojarse cerca de los estudios. Pero todo el mundo parecía descentrado, como si hubiesen seguido una dirección equivocada.

Elinor Glyn ocupaba allí dos dormitorios, uno de los cuales había convertido en sala de estar, tapando las almohadas con telas de colores y extendiéndolas sobre la cama para que tuviese el aspecto de un sofá. Allí recibía a sus invitados.

Conocí a Elinor en una cena que ofreció para diez comensales. Nos íbamos a reunir en sus habitaciones para tomar el cóctel antes de pasar al comedor, y yo fui el primero en llegar. «¡Ah! —dijo, cogiéndome la cara entre sus manos y mirándome fijamente—. Déjeme que le contemple bien. ¡Qué extraordinario! Creí que tenía usted los ojos castaños, pero son muy azules.» Aunque al principio la encontré un poco pesada, nos hicimos muy buenos amigos.

Aun siendo un monumento a la respetabilidad inglesa, Elinor había escandalizado al mundo eduardiano con su novela *Tres semanas*. El protagonista, Paul, es un joven inglés de buena familia que tiene amoríos con una reina, la última aventura de esta antes de casarse con el viejo rey. El príncipe heredero —un bebé— es, naturalmente, hijo de Paul, aunque eso sea un secreto. Mientras esperábamos a que llegaran los demás invitados, Elinor me llevó a la otra habitación, donde había retratos de jóvenes oficiales ingleses de la Primera Guerra Mundial. Con un amplio gesto me dijo, señalándolos: «Estos son todos mis Pauls».

Creía con pasión en el ocultismo. Recuerdo una tarde en que Mary Pickford se quejaba de fatiga y de insomnio. Estábamos en el dormitorio de Mary. «Muéstreme el norte —ordenó Elinor; luego puso suavemente un dedo en la frente de Mary y repitió—: ¡Ahora está profundamente dormida!» Douglas y yo nos acercamos para mirar a Mary, cuyos párpados se agitaban. Mary nos dijo más adelante que tuvo que fingir que estaba dormida durante más de una hora porque Elinor permaneció en la habitación, vigilándola.

Tenía fama de ser una excéntrica, pero no era cierto. Sus ideas sobre el amor en el cine eran pueriles e ingenuas: mujeres rozando con sus pestañas las mejillas de sus

amados y languideciendo sobre alfombras de piel de tigre.

La trilogía que escribió para Hollywood tenía una especie de sentido de disminución temporal. La primera obra se titulaba *Tres semanas*; la segunda, *Su hora*, y la tercera, *El gran momento*. Esta última encerraba peripecias terribles. El argumento trataba de una dama distinguida, interpretada por Gloria Swanson, que se va a casar con un hombre a quien no ama. Están en una selva tropical. Un día sale ella sola a caballo, y como le interesa la botánica, se apea para examinar una flor rara. Al inclinarse le pica una serpiente venenosa. Gloria se lleva la mano al pecho y grita; la oye el hombre a quien ella ama en realidad y que pasaba oportunamente por allí. Es el apuesto Tommy Meighan, que aparece enseguida entre la maleza.

—¿Qué ha pasado?

Ella señala el venenoso reptil.

—¡Me ha picado!

—¿Dónde?

La joven señala su pecho.

—¡Esta es la más mortífera de todas las víboras! —dice Tommy, refiriéndose, desde luego, a la serpiente—. ¡Deprisa! ¡Hay que hacer algo! ¡No se puede perder un solo momento!

Están a muchas millas de un médico, y el remedio acostumbrado de hacer un torniquete —enrollando un pañuelo sobre la parte afectada para detener la circulación de la sangre— no se puede aplicar. De pronto él la levanta en sus brazos, le desgarra la blusa, dejando al descubierto sus blancos hombros; luego, dándole la vuelta, la oculta de la vulgar mirada de la cámara, se inclina sobre ella, y con la boca le extrae el veneno y lo escupe a medida que lo hace. Como consecuencia de esta operación bucal la protagonista se casa con él.

14

Tras finalizar mi contrato con la Mutual estaba ansioso por comenzar con la First National, pero no teníamos estudio. Decidí comprar un terreno en Hollywood y construir uno. El lugar que elegí fue la esquina de Sunset Boulevard con La Brea, donde había una casa muy bonita de diez habitaciones y cinco acres de limoneros, naranjos y perales. Hice levantar un complejo perfecto, que comprendía un equipo de revelado, salas de montaje y oficinas.

Durante la construcción del estudio hice un viaje a Honolulú con Edna Purviance para descansar un mes. Hawai era una isla bellísima en aquellos días. Sin embargo, la idea de vivir allí, a dos mil millas de tierra firme, resultaba deprimente, pese a su espléndida belleza, a sus piñas, su caña de azúcar, sus frutos exóticos y sus flores. Tenía ganas de volver, pues allí sentía una ligera claustrofobia, como si estuviera aprisionado dentro de un lirio.

Era inevitable que la proximidad de una chica tan guapa como Edna Purviance terminara por enternecerme. Cuando fuimos a trabajar por primera vez a Los Ángeles, Edna alquiló un apartamento cerca del Athletic Club, adonde la llevaba a cenar casi todas las noches. Convivíamos con toda normalidad, y en lo recóndito de mi mente tenía la idea de que algún día nos casaríamos, aunque guardaba ciertas reservas respecto a Edna. No estaba seguro de ella, y por eso mismo tampoco lo estaba de mí mismo.

En 1916 éramos inseparables e íbamos a todas las fiestas y galas de la Cruz Roja. En aquellas ocasiones, Edna se dejaba llevar por los celos y tenía una forma gentil e insidiosa de demostrarlo. Si alguien me prestaba demasiada atención, Edna solía desaparecer, y me avisaban que se había desmayado y preguntaba por mí. Por supuesto, yo iba y me quedaba con ella durante el resto de la noche. En una ocasión, una linda anfitriona que daba una fiesta en mi honor me llevó de una belleza a otra, y por último me condujo a una alcoba. De nuevo me llegó el aviso de que Edna se había desmayado. Aunque me sentía halagado de que una chica tan guapa preguntase siempre por mí cuando volvía en sí de su desmayo, la costumbre resultaba algo molesta.

El desenlace se produjo en la fiesta de Fanny Ward, a la que acudió una pléyade de chicas bonitas y de jóvenes apuestos. De nuevo Edna se desmayó. Pero cuando volvió en sí preguntó por Thomas Meighan, el alto y apuesto galán de la Paramount. Entonces no me enteré de nada. Fue Fanny Ward quien me lo dijo al día siguiente; conocía mis sentimientos por Edna y no quiso que hiciera el ridículo.

No daba crédito. Me sentí herido en mi orgullo; me consideré ultrajado. Si aquello era cierto, sería el final de nuestras relaciones. Sin embargo, no podía terminar con ella tan bruscamente. El vacío hubiera sido demasiado grande. Volvía a mí el recuerdo de todo lo que habíamos sido el uno para el otro.

Al día siguiente del incidente no pude trabajar. Por la tarde la telefoneé para que me diese una explicación, con el propósito de encolerizarme y alborotar; pero en lugar de eso, mi ego salió a la superficie y me mostré sarcástico. Incluso bromeé un poco sobre la cuestión.

—Creo que llamaste equivocadamente a otro hombre en la fiesta de Fanny Ward. ¡Debes de estar perdiendo la memoria!

Se echó a reír y capté un dejo de turbación.

—¿De qué hablas? —me dijo.

Esperaba que Edna lo negase con firmeza. En lugar de eso, obró de manera inteligente. Me preguntó quién me había contado todas aquellas tonterías.

—¿Qué importa quién me lo haya dicho? Pero creí que debía de significar algo más para ti y que no querrías ponerme abiertamente en ridículo.

Se mostraba muy tranquila, e insistió en que había prestado oídos a una sarta de mentiras.

Quise herirla demostrando indiferencia.

—No tienes por qué disimular conmigo —le dije—. Eres libre de hacer lo que quieras. No estás casada conmigo; mientras trabajes como debes, lo demás no importa.

Edna asintió con amabilidad a todo, diciendo que no quería que nada se interpusiese en nuestro trabajo en común. Podíamos ser siempre buenos amigos, agregó. Y esto hizo que me sintiera desgraciado.

Hablé una hora por teléfono, nervioso y descompuesto. Buscaba alguna salida para llegar a una reconciliación. Como es frecuente en tales circunstancias, sentí un renovado y apasionado interés por ella, y la conversación terminó cuando le pedí que cenara conmigo aquella noche con el pretexto de hablar del asunto.

Edna dudó, pero yo insistí. En realidad, supliqué e imploré; todo mi orgullo y mis defensas me habían abandonado. Por fin accedió… Aquella noche cenamos jamón y huevos, que Edna preparó en su apartamento.

Hubo cierta reconciliación y me sentí menos trastornado. Al menos, pude trabajar al día siguiente. Sin embargo, subsistía en mí cierta angustia, al tiempo que me hacía a mí mismo algunos reproches. Me censuraba que la hubiera tenido algo desatendida. Estaba ante un dilema. ¿Debía romper por completo con ella o no? Quizá no fuera

cierto lo de Meighan.

Unas tres semanas después vino al estudio a recoger su cheque. Cuando se disponía a marcharse tropecé con ella. Iba con un amigo.

—¿Conoces a Tommy Meighan? —me dijo suavemente.

Me quedé un tanto conmocionado. En aquel breve momento Edna se convirtió en una extraña para mí, como si me la encontrase por primera vez.

—Claro que sí —dije—. ¿Cómo estás, Tommy?

Él estaba un poco azorado. Nos dimos la mano, y después de intercambiar dos o tres frases de compromiso, salieron juntos del estudio.

No obstante, decir vida es decir conflicto. Cuando no es el problema del amor, es algún otro. El éxito era maravilloso; pero con él crecía la tensión de intentar ir al mismo paso de esa inconstante ninfa que es la popularidad. Sin embargo, mi consuelo estaba en el trabajo.

Pero escribir, actuar y dirigir cincuenta y dos semanas al año era agotador y exigía un gasto exorbitante de energía. Cuando terminaba una película me quedaba deprimido y exhausto, hasta el punto de que debía descansar en cama todo un día.

Hacia la caída de la tarde solía levantarme y dar un tranquilo paseo. Me sentía distante y melancólico. Vagabundeaba por la ciudad y miraba, sin fijarme, los escaparates. En esas ocasiones no trataba nunca de pensar; mi mente estaba paralizada. Pero me recobraba enseguida. Por lo general, a la mañana siguiente, al ir en coche al estudio, renacía mi agitación y mi mente se ponía de nuevo en acción.

Con una idea aún confusa, ordenaba que se preparasen los platós, y mientras lo hacían, el director artístico solía acudir a mí para preguntarme detalles, y yo fanfarroneaba y le daba instrucciones referentes a la colocación de puertas y soportales. Con esa actitud desesperada comencé muchas películas.

A veces mi cabeza se contraía como una cuerda retorcida y necesitaba alguna forma de evasión. En tales circunstancias, pasar la noche fuera resultaba siempre eficaz. Nunca he sido partidario del alcohol como estimulante, porque cuando trabajaba tenía la impresión de que cualquier excitante perjudicaría mis facultades. Nada exige un mayor estado de alerta de la inteligencia que idear y dirigir una película.

En lo que respecta al sexo, la mayoría de las veces surgía durante mi trabajo. Cuando asomaba su deliciosa cabeza, la vida era tan inoportuna, que se producía o bien un hartazgo en el mercado o una seria escasez. Sin embargo, me disciplinaba y tomaba mi trabajo en serio. Como Balzac, que creía que una noche dedicada al sexo significaba la pérdida de una buena página de alguna de sus novelas, yo también creía que suponía la pérdida de un activo día de trabajo en los estudios.

Una novelista muy conocida, al enterarse de que estaba escribiendo mi autobiografía, dijo: «Espero que tendrá el valor de decir la verdad».

Pensé que se refería a la verdad política; pero no, hablaba de mi vida sexual.

Supongo que la gente espera encontrar en una autobiografía una disertación sobre la libido de uno, aunque no sé por qué. Para mí eso contribuye poco a la comprensión o a la revelación del carácter. A diferencia de Freud, no me parece que el sexo sea el elemento más importante en la complejidad de la conducta. El frío, el hambre y la vergüenza de la miseria afectan con mayor probabilidad a la psicología de una persona.

Como le pasa a todo el mundo, mi vida sexual se desenvolvía por ciclos. A veces estaba en pleno vigor, otras veces resultaba decepcionante. Pero nunca fue un problema que absorbiera totalmente mi vida. Tenía intereses creados que eran igual de absorbentes. Sin embargo, en este libro no tengo el propósito de hacer una descripción detallada de un combate sexual; lo encuentro poco artístico, clínico y escasamente poético. Me parecen más interesantes las circunstancias que conducen al amor sexual.

A propósito de este asunto, me sucedió una «improvisación» deliciosa en el hotel Alexandria la primera noche que llegué a Los Ángeles, de regreso de Nueva York. Me había retirado temprano a mi habitación y empecé a desnudarme, canturreando una de las canciones que entonces hacían furor en Nueva York. A veces me detenía, absorto en mis pensamientos, y entonces una voz femenina procedente de la habitación de al lado continuaba la melodía en la parte en que yo la había dejado. Luego yo la seguía tarareando donde se había quedado ella, y de ese modo aquello se convirtió en una especie de juego. Por fin, llegamos de esa forma al final de la canción. ¿Debía averiguar quién era? Era arriesgado. Además, yo no tenía la más remota idea de cómo sería. Volví a silbar la canción, y otra vez ocurrió lo mismo.

—Ja, ja, ja! ¡Qué divertido! —dije riendo y en voz no muy alta, de modo que igual pudiera parecer que me dirigía a ella que a mí mismo.

—¿Perdón? —se oyó una voz procedente de la otra habitación.

—Es evidente que acaba usted de llegar de Nueva York —susurré entonces a través de la cerradura.

—No le oigo —me dijo.

—Entonces abra la puerta —repliqué.

—La abriré un poco, pero no se atreva a entrar.

—Se lo prometo.

Abrió la puerta unas cuatro pulgadas y apareció ante mí la rubia más arrebatadora que han contemplado mis ojos. No sé exactamente cómo iba vestida, pero lucía un *negligé* de seda, y el efecto era de ensueño.

—¡No entre o le pegaré! —dijo con un mohín encantador, enseñando sus bellos dientes.

—¿Cómo está usted? —susurré, y me presenté.

Ella ya sabía quién era yo, pues tenía la habitación contigua a la suya.

Aquella misma noche, un poco después, me dijo que bajo ningún pretexto diera a entender en público que la conocía y que ni siquiera la saludara con la cabeza si nos

encontrábamos en el vestíbulo. Esto fue todo lo que me contó acerca de ella.

La segunda noche, cuando llegué a mi habitación llamó con toda libertad a la puerta y nos embarcamos otra vez en una aventura nocturna. La tercera noche empecé a cansarme; además, tenía trabajo y una carrera en la que pensar. Así que la cuarta noche abrí la puerta en silencio y entré de puntillas en mi habitación, esperando meterme en la cama sin que se notara mi presencia; pero ella me había oído y empezó a dar golpes en la puerta. Esta vez no le hice caso y me fui derecho a la cama. Al otro día, cuando pasó por delante de mí en el vestíbulo del hotel, me dirigió una mirada glacial.

La noche siguiente no llamó a la puerta, aunque el picaporte chirrió y vi que giraba lentamente, pero yo lo había cerrado por dentro. Lo movió con violencia y luego llamó a la puerta, impaciente. A la mañana siguiente decidí que me convenía cambiar de hotel; así que reservé habitaciones en el Athletic Club.

La primera película en mi nuevo estudio fue *Vida de perro*. El argumento contenía un elemento satírico. Establecía un paralelismo entre la vida de un perro y la de un vagabundo. Este *leitmotiv* era la estructura sobre la que ideé diversos gags y efectos de comedia burlesca. Yo empezaba a pensar en mis comedias con un sentido estructural para hacerme una idea de su forma arquitectónica. Cada secuencia implicaba la siguiente, y todas ellas estaban vinculadas al conjunto.

La primera secuencia mostraba el rescate de un perro en una pelea con otros perros. La siguiente era el rescate de una chica de un salón de baile que llevaba también «una vida de perro». Había otras muchas secuencias, todas ellas ordenadas en una concatenación lógica de incidencias. Por simples y obvias que fueran estas películas cómicas, había en ellas una gran cantidad de invención y de acción meditada. Si un gag interfería en la lógica de los acontecimientos, prescindía de él, por gracioso que fuera.

En los tiempos de la Keystone, el vagabundo Charlot había sido más libre y estaba menos constreñido por el argumento. Entonces su cabeza funcionaba en contadas ocasiones; solo actuaban sus instintos, preocupados por las necesidades esenciales: alimento, calor y cobijo. Pero con cada película de éxito, el vagabundo Charlot se iba haciendo más complejo. El sentimiento empezaba a filtrarse a través del personaje, lo cual se convirtió en un problema, debido a que el vagabundo estaba coartado por los límites de la comedia burlesca. Esto puede parecer pretencioso, pero lo burlesco requiere una psicología estricta.

La solución se me presentó cuando pensé en el vagabundo como una especie de Pierrot. Con esta concepción me sentía más libre para expresar y embellecer la película con toques sentimentales, aunque, lógicamente, era difícil conseguir que una chica guapa se interesase por el vagabundo. Esto ha sido siempre un gran problema en mis películas. En *La quimera del oro*, el interés de la chica por el vagabundo empieza cuando ella le gasta una broma, lo que la mueve después a la compasión, que

él confunde con el amor. La muchacha de *Luces de la ciudad* es ciega. En su imaginación, el vagabundo es romántico y maravilloso, hasta que recobra la vista.

A medida que se desarrollaba mi destreza en la creación de argumentos quedaba restringida mi libertad cómica. Como me escribió un día un admirador que prefería mis primeras películas de la Keystone a las más recientes: «Entonces el público era su esclavo; ahora es usted el esclavo del público».

Incluso en aquellas primeras películas me esforzaba por encontrar la inspiración; generalmente, era la música la que me la proporcionaba. Una antigua canción, titulada «Mrs. Grundy», me inspiró *El emigrante*. La melodía expresaba una ternura nostálgica, que me dio la idea de dos desdichados solitarios que se casan en un día lluvioso y triste. En la película se ve a Charlot rumbo a Estados Unidos. En el entrepuente del barco conoce a una muchacha y a su madre, que son tan indigentes como él. Cuando llegan a Nueva York se separan. Al fin se vuelve a encontrar con la chica, pero está sola y, como él, ha fracasado. Mientras están sentados hablando la chica saca, sin fijarse, un pañuelo con ribete negro, lo que da a entender que su madre ha fallecido. Y, naturalmente, al final se casan en un día lluvioso y triste.

Unas simples cancioncillas me dieron la idea de otras películas. En una titulada *Veinte minutos de amor*, llena de ideas absurdas y de disparates en parques, con policías y niñeras, ideé diversas situaciones inspiradas en la melodía «Too Much Mustard», un popular foxtrot de 1914. La canción «La violetera» me inspiró *Luces de la ciudad*, y «Auld Lang Syne», *La quimera del oro*.

Ya en 1916 tenía muchas ideas de películas largas. Una de ellas era un viaje a la Luna, un espectáculo cómico en el que se representaban los Juegos Olímpicos en la Luna y las posibilidades de burlar las leyes de la gravedad. Hubiera sido una sátira del progreso. Pensé en una máquina para comer y también en un sombrero radioeléctrico que pudiera registrar los pensamientos de uno, y los líos en que me metía al ponérmelo en la cabeza cuando me presentaban a la esposa de un selenita. Utilicé la máquina de comer en *Tiempos modernos*.

Las personas que me hacen entrevistas me preguntan cómo se me ocurren las ideas de las películas y aún no ha llegado el día en que pueda contestar satisfactoriamente. A lo largo de los años he descubierto que las ideas surgen cuando se siente un intenso deseo de tenerlas. Al desearlo sin cesar, la mente se convierte en una especie de atalaya para la búsqueda de incidentes que estimulen la imaginación; la música, una puesta de sol, pueden proporcionar la imagen para una idea.

Yo le diría al guionista: elija un tema que le estimule, dele forma y desarróllelo y luego, si no puede desarrollarlo más, deséchelo y elija otro. La eliminación después de la acumulación es el procedimiento para hallar lo que uno quiere.

¿Cómo se obtienen las ideas? Mediante una continua perseverancia, llevada al borde de la locura. Hay que tener capacidad para soportar la angustia y mantener el entusiasmo durante un largo período. Quizá esto resulte más fácil para unas personas que para otras, aunque lo dudo.

Evidentemente, todo brote cómico pasa por una generalización filosófica con respecto a la comedia. «El elemento de sorpresa y suspense» era una frase empleada un día sí y otro también por el equipo de la Keystone.

No intentaré sumirme en las profundidades del psicoanálisis para explicar la conducta humana, que es tan inexplicable como la vida misma. Más que la sexualidad o que las aberraciones infantiles, creo que la mayor parte de nuestro potencial de ideas proviene de causas atávicas. Y sin embargo, no he tenido que leer libros para saber que el asunto de la vida es la lucha y también el dolor. Instintivamente, todas mis payasadas se basaban en esto. Mi método para inventar el argumento de una película era sencillo. Consistía en buscar el procedimiento por el que la gente se viera metida en apuros y hacerles salir de ellos.

Pero el humor es diferente y más sutil. Max Eastman lo ha analizado en su libro *The Sense of Humour*. Lo resume considerándolo como algo derivado del dolor que ríe. Dice que el *Homo sapiens* es masoquista, que goza con el dolor bajo muchos aspectos, y que al público le gusta sufrir por delegación, como hacen los niños cuando juegan a los indios: les entusiasma que disparen contra ellos y pasar después por las angustias de la muerte.

Estoy de acuerdo con todo esto. Pero es un análisis del drama, más que del humor, aunque los dos sean casi lo mismo. No obstante, mi propio concepto del humor es un tanto diferente para mí: es la sutil discrepancia que discernimos en lo que parece ser la conducta normal. En otras palabras, gracias al humor vemos lo irracional en lo que parece racional; lo carente de importancia en lo que parece importante. También incrementa nuestro sentido de supervivencia y salvaguarda nuestra cordura. Merced al humor nos sentimos menos abrumados por las vicisitudes de la vida. Activa nuestro sentido de la proporción y nos demuestra que tras una exageración de la seriedad se oculta lo absurdo.

Por ejemplo, en un funeral, donde los amigos y familiares están reunidos con silencioso respeto alrededor del ataúd del difunto, una persona llega rezagada cuando va a comenzar el servicio religioso, y va de puntillas a ocupar su asiento, sobre el que uno de los asistentes ha dejado su sombrero de copa. Con la premura, la persona rezagada se sienta encima inadvertidamente, y luego, con una solemne expresión de disculpa muda, se lo da aplastado a su dueño, que lo coge con silencioso enojo y sigue escuchando el servicio religioso. Y la seriedad del momento se convierte en ridícula.

15

Cuando comenzó la Primera Guerra Mundial todos creían que no duraría más de cuatro meses; que la ciencia de la guerra moderna se cobraría un tributo tan espantoso de vidas humanas que la humanidad exigiría el cese de tal barbarie. Pero estábamos equivocados. Nos vimos envueltos en un alud de destrucción demente y de brutales matanzas que duró cuatro años, ante el asombro de la humanidad. Habíamos provocado una hemorragia de una magnitud mundial y no podíamos detenerla. Cientos de miles de seres humanos luchaban y morían, y la gente empezó a querer saber cómo y por qué había comenzado la guerra. Las explicaciones no resultaron demasiado claras. Algunos dijeron que se debía al asesinato de un archiduque; pero se hacía difícil creer que tal conflagración mundial comenzase por esa razón. La gente necesitaba una explicación más realista. Entonces dijeron que era una guerra para asegurar la democracia en el mundo. Aunque algunos tuvieron que luchar menos que otros, las bajas fueron horriblemente democráticas. A medida que caían segadas millones de vidas, empezó a surgir la palabra «democracia». A consecuencia de ello los tronos se derrumbaron, se crearon repúblicas y cambió toda la faz de Europa.

Pero en 1915 Estados Unidos alegó que eran «demasiado orgullosos para combatir». Esto inspiró al país la canción «I Didn’t Raise My Boy to Be a Soldier». Esta canción cayó muy bien entre el público, hasta que el torpedeo del *Lusitania* proporcionó la inspiración para una nueva canción: «Over There», y muchos otros estribillos seductores. Hasta el hundimiento del *Lusitania* el peso de la guerra europea casi no se había dejado sentir en California. No existía escasez de productos, ni había racionamiento. Se organizaban fiestas en jardines y bailes en beneficio de la Cruz Roja, que eran una excusa para celebrar reuniones mundanas. En cierta gala una dama donó a la Cruz Roja veinte mil dólares a fin de sentarse a mi lado en una cena muy selecta. Pero a medida que fue pasando el tiempo en todos los hogares se sintió la terrible realidad de la guerra.

En 1918 Estados Unidos había lanzado ya dos emisiones de Bonos de la Libertad, y entonces nos llamaron a Mary Pickford, a Douglas Fairbanks y a mí para iniciar oficialmente la tercera campaña pro Bonos de la Libertad en Washington.

Yo casi había terminado mi primera película, *Vida de perro*, para la First National. Y como me comprometí por contrato a estrenarla al mismo tiempo que empezaba esa emisión de bonos, estuve tres días y tres noches montando la película. Cuando quedó terminada subí al tren agotado y dormí durante dos días. Al llegar, los tres juntos empezamos a redactar nuestros discursos. Como nunca había pronunciado un discurso serio hasta entonces, estaba nervioso, de modo que Doug me sugirió ensayar con la multitud que nos esperaba en las estaciones. Al parar en algún sitio un gran gentío se congregaba junto a la ventanilla del vagón. Desde allí Doug presentaba a Mary, que pronunciaba un breve discurso; luego me presentaba a mí, pero en cuanto empezaba a hablar el tren se ponía en marcha, y a medida que se alejaba de la multitud me volvía más elocuente e intenso, y mi confianza aumentaba cuando aquella multitud se iba haciendo más y más pequeña.

En Washington desfilamos por las calles como potentados, hasta llegar al campo de fútbol, donde pronunciaríamos nuestra arenga inicial.

El estrado de los oradores estaba hecho con maderas toscas, recubiertas de banderas y banderas. Entre los representantes del ejército y de la marina se encontraba un joven alto y apuesto, que estaba a mi lado, y nos pusimos a conversar. Le dije que yo nunca había pronunciado un discurso y que estaba muy inquieto.

—No hay por qué preocuparse —dijo con aplomo—. Hábleles sencillamente, con naturalidad; dígales que adquieran Bonos de la Libertad; no intente ser gracioso.

—¡No se preocupe! —dije con ironía.

Enseguida oí que me presentaban; así que salté al estrado al estilo de Fairbanks, y sin una sola pausa puse en marcha algo como una ametralladora verbal, sin casi tomar aliento: «¡Los alemanes están a vuestras puertas! ¡Hay que detenerlos! ¡Y lograremos detenerlos si compráis Bonos de la Libertad! ¡No olvidéis que cada bono que adquiráis salvará la vida de un soldado, le devolverá su hijo a una madre! ¡Hagamos que esta guerra termine en una rápida victoria!». Hablaba con tanta rapidez y emoción que resbalé en el estrado, agarré a Marie Dressler y caí con ella encima de mi apuesto y joven amigo, que resultó ser el subsecretario de la Marina, Franklin D. Roosevelt.

Después de la ceremonia oficial estaba previsto que nos entrevistáramos con el presidente Wilson en la Casa Blanca. Nerviosos y emocionados, nos condujeron al Salón Verde. De repente se abrió la puerta y apareció un secretario, que dijo concisamente: «Pónganse en fila, por favor, y den un paso hacia delante». Luego entró el presidente.

Mary Pickford tomó la iniciativa.

—El interés del público ha sido muy halagüeño, señor presidente, y estoy segura de que la cuestación obtendrá un gran éxito.

—Así ha sido y será… —murmuré muy azorado.

El presidente me miró, incrédulo, y luego contó una anécdota senatorial referente a un ministro del gabinete, a quien le gustaba su whisky. Todos reímos cortésmente, y

luego él se marchó.

Douglas y Mary escogieron los estados del Norte para su gira de venta de bonos, y yo los del Sur, pues nunca había estado allí. Invité a un amigo mío de Los Ángeles, Rob Wagner, retratista y escritor, para que viniese con nosotros. La cuestación estaba bien organizada y era gestionada con pericia. Vendí bonos por valor de varios millones de dólares.

En una ciudad de Carolina del Norte, el presidente del comité de recepción era el hombre de negocios más importante de la ciudad. Me confesó que había colocado a diez niños en la estación con pasteles de crema preparados para tirármelos; pero al ver el ambiente serio que nos rodeaba cuando nos apeamos del tren, lo había pensado mejor.

Ese mismo caballero nos invitó a cenar y asistieron varios generales estadounidenses, entre ellos el general Scott, a quien, evidentemente, no le agradaba nuestro anfitrión.

«¿Qué diferencia hay entre nuestro anfitrión y un plátano? —preguntó durante la cena. Se hizo un silencio embarazoso—. Pues que el plátano se puede pelar.»

En lo que se refiere a la leyenda de los caballeros del Sur, encontré su encarnación perfecta en Augusta, Georgia, en el juez Henshaw, presidente del Comité de Bonos. Recibimos una carta suya, en la que decía que como estaríamos en Augusta el día de mi cumpleaños, había preparado una fiesta en mi honor en el club de campo. Me imaginé siendo el centro de una enorme reunión con muchos corrillos, y como me sentía agotado, decidí negarme e ir directamente al hotel.

Por lo general, cuando llegábamos a una estación había un enorme gentío para darnos la bienvenida, mientras la banda local tocaba alguna pieza. Pero en Augusta solo encontramos al juez Henshaw vestido con una chaqueta negra de seda y un viejo sombrero panamá, tostado por el sol. Se mostró amable y cortés, y después de presentarse, nos llevó a Rob y a mí al hotel en un landó tirado por un caballo viejo.

Durante un rato guardamos silencio. De repente el juez dijo: «Lo que me gusta de sus películas es el conocimiento que tiene usted de las cosas más fundamentales. Sabe muy bien que la parte más indigna de la anatomía de un hombre es su trasero, y sus películas lo demuestran. Cuando da un puntapié en el trasero de un majestuoso caballero, lo despoja de toda su dignidad. Incluso el aspecto impresionante de una toma presidencial se vendría abajo si usted se pusiera detrás del presidente y le diese una patada en el trasero». Mientras íbamos en el coche movió la cabeza pensativamente y dijo en un soliloquio: «No hay duda sobre eso: el trasero es la sede de la presunción».

Le di un codazo a Rob y murmuré: «La fiesta de mi cumpleaños ha empezado».

Dicha fiesta se celebró el mismo día del mitin. Henshaw había invitado solo a otros tres amigos, y se disculpó por lo reducido de los asistentes diciendo que era egoísta y quería disfrutar en exclusiva de nosotros.

El club de golf tenía una ubicación espléndida. En la terraza, la sombra de los

altos árboles se extendía sobre la verde pradera y daba al ambiente una apacible elegancia; estábamos sentados a una mesa redonda para seis en torno a un pastel de cumpleaños.

Mientras el juez mordisqueaba un pedazo de apio, sus ojos chispeantes se clavaban en Rob y en mí.

—No sé si venderán ustedes muchos bonos en Augusta… No valgo gran cosa cuando se trata de organizar… Sin embargo, creo que el vecindario ya sabe que están ustedes aquí.

Empecé a alabar la belleza del paisaje.

—Sí —dijo—. Solo falta una cosa, un julepe de menta.

Esto nos llevó al tema de las posibilidades de la Prohibición, de sus ventajas y de sus inconvenientes.

—Según los informes médicos —dijo Rob—, la Prohibición tendrá un efecto beneficioso en la salud de los ciudadanos. Las revistas médicas afirman que habrá menos personas con úlceras de estómago si dejamos de beber whisky.

El juez adoptó una expresión adusta.

—No hable del whisky en términos estomacales. ¡El whisky es el alimento del alma! —Luego se volvió hacia mí—: Charlie, ¿hoy cumple usted veintinueve y todavía no está casado?

—No —dije, riendo—. ¿Lo está usted?

—No —dijo en tono pensativo—. He intervenido en demasiados casos de divorcio. Sin embargo, si volviera a ser joven me casaría; se encuentra uno algo solo siendo soltero. Pese a lo cual, creo en el divorcio. Me parece que soy el juez más criticado de Georgia. Si dos personas no quieren vivir juntas, no las obligo.

Al cabo de un rato Rob miró su reloj.

—Si el mitin empieza a las ocho y media —dijo—, tenemos que darnos prisa.

El juez mordisqueaba tranquilamente su pedazo de apio.

—Tenemos mucho tiempo —dijo—; sigan aquí conmigo. Me gusta retrasarme.

Camino del lugar donde se iba a celebrar la concentración pasamos por un pequeño parque. Había en él veinte estatuas o más de senadores con un aspecto absurdamente pomposo, algunos con una mano detrás de la espalda y la otra descansando sobre la cadera y con la que sostenían un rollo. En tono jocoso dije que era el momento perfecto para aquel cómico puntapié en el trasero del que había hablado.

—Sí —dijo alegremente—; parecen hinchados de aire y de grandes frases.

Nos invitó a su casa, una bella mansión antigua de estilo georgiano llena de muebles del siglo XVIII, en la que Washington había «dormido de verdad».

—¡Qué bonita! —dije.

—Sí; pero sin una esposa, está tan vacía como un joyero sin joyas. Por lo tanto, no espere mucho, Charlie.

En el Sur visitamos varios campamentos de entrenamiento militar y vimos

muchas caras tristes y amargas. El momento álgido de nuestra gira fue la cuestación final de Nueva York, en Wall Street, junto al Departamento del Tesoro, donde Mary, Douglas y yo vendimos bonos por valor de más de dos millones de dólares.

Nueva York era deprimente; la impronta del militarismo se notaba en todas partes. No había forma de eludirla. Estados Unidos vivía sometido a una norma de obediencia y cualquier otro pensamiento era secundario ante la religión de la guerra. La falsa alegría de las bandas de música militares a lo largo del lúgubre cañón de Madison Avenue resultaba también deprimente cuando la oía desde la ventana de la duodécima planta de mi hotel, arrastrándose camino de Battery para embarcar.

A pesar del ambiente, a veces aparecía un poco de humor. Siete bandas con instrumentos de metal iban a desfilar a través del Ball Park ante el gobernador de Nueva York. Al pie de la tribuna, Wilson Mizner, con una condecoración de pega, detenía a cada una de las bandas y les decía que tocasen el himno nacional antes de pasar ante la tribuna del gobernador. Después de que el gobernador y todos los que le rodeaban se levantaran por cuarta vez, le pareció oportuno comunicar a las bandas que dejasen ya de tocar el himno nacional.

Antes de abandonar Los Ángeles para comenzar la tercera campaña de venta de Bonos de la Libertad, me encontré con Marie Doro. Había ido a Hollywood para actuar como estrella principal en las películas de la Paramount. Era una admiradora de Chaplin, y le dijo a Constance Collier que la única persona con quien deseaba entrevistarse en Hollywood era con Charlie Chaplin, sin tener la más remota idea de que yo había actuado con ella en Londres, en el teatro del Duque de York.

Así que volví a encontrarme con Marie Doro. Fue como el segundo acto de una obra de teatro romántico. Después de que Constance me presentara, dije:

—¡Pero si ya nos conocíamos! Me destrozó usted el corazón. Estaba secretamente enamorado de usted.

Mirándome a través de sus impertinentes y tan bella como siempre, Marie exclamó:

—¡Qué emocionante!

Luego le conté que yo hacía el papel de Billy en *Sherlock Holmes*. Después cenamos en el jardín. Era una calurosa noche de verano, y a la luz de las velas le hablé del fracaso de un joven enamorado de ella, y le dije que en el teatro del Duque de York solía esperar el momento en que salía del camerino para verla en las escaleras y decirle tartamudeando: «Buenas noches». Hablamos de Londres y de París; a Marie le encantaba París, y hablamos de los *bistrots*, de los cafés, de Maxim's y de los Champs Élysées…

¡Y ahora Marie estaba en Nueva York! Al enterarse de que me hospedaba en el Ritz me escribió una carta invitándome a cenar en su apartamento. Decía así:

Charlie querido:

Tengo un apartamento que da a los Champs Élysées (Madison Avenue), donde podemos cenar o, si no, ir a Maxim's (The Colony). Luego, si quieres, podemos dar un paseo en coche por el Bois (Central Park)…

Sin embargo, no hicimos ninguna de aquellas cosas, cenamos tranquilamente solos en su apartamento.

Regresé a Los Ángeles; me instalé de nuevo en el Athletic Club y empecé a pensar en mi trabajo. *Vida de perro* me había llevado más tiempo y costado más de lo previsto. Sin embargo, no me preocupaba, porque cuando terminase mi contrato una nueva película compensaría ese gasto. En cambio, me preocupaba encontrar una idea para la segunda. Entonces se me ocurrió: «¿Por qué no hacer una comedia inspirada en la guerra?». Comuniqué mis proyectos a varios amigos, pero movieron negativamente la cabeza. De Mille me dijo: «En este momento es peligroso bromear con la guerra». Peligroso o no, la idea me emocionó.

Armas al hombro fue pensada inicialmente como una película de cinco rollos. El principio debía ser «la vida en el hogar»; la parte central, «la guerra», y el final, «el banquete», en el cual aparecían todas las testas coronadas de Europa celebrando mi heroico acto de capturar al káiser. Y, naturalmente, al final me despertaba.

Se desecharon las secuencias de antes y después de la guerra. El banquete no se rodó, pero el principio sí. La comicidad se lograba por sugestión. Se ve a Charlot volver a su casa con su mujer y sus cuatro hijos. Los deja durante un momento y luego vuelve secándose la boca y eructando. Entra en la casa e inmediatamente sale por los aires una sartén, que lo golpea en la cabeza. A su mujer no se la ve nunca, pero una enorme camisa colgada en la cuerda de la cocina deja claro el volumen de la esposa.

En la secuencia siguiente Charlot pasa el reconocimiento para ingresar en el ejército y lo hacen desnudarse por completo. En la puerta de una oficina de cristales esmerilados ve el nombre de «Dr. Frances». Se trasluce una sombra que va a abrir la puerta y Charlot, creyendo que es una mujer, huye por otra puerta y se encuentra en un laberinto de oficinas separadas por cristaleras, donde hay mecanógrafas entregadas a su trabajo. Cuando una de aquellas señoritas levanta la vista, él se esconde detrás de una mesa, con lo que solo consigue quedar delante de otra señorita; por fin, escapa por otra puerta. Se mete en otras oficinas separadas por cristaleras, alejándose más y más de su punto de partida, hasta que se encuentra asomado a un balcón, desnudo, mirando una amplia calle bulliciosa. Esta secuencia, aunque fue rodada, no se utilizó. Me pareció mejor que Charlot siguiera siendo un hombre del que nada se sabe, sin pasado, y encontrarle ya en el ejército.

Armas al hombro se rodó en medio de una ola de calor insoportable. Trabajar dentro de un árbol del decorado (como hacía yo en una de las secuencias) fue de todo menos agradable. Detesto trabajar en exteriores a causa de la distracción que ello

supone. La concentración y la inspiración se desvanecen con el viento.

Tardé mucho tiempo en hacer la película; no quedé satisfecho y logré que todas las personas del estudio tuvieran la misma impresión, hasta el punto de que Douglas Fairbanks quiso verla. Vino con un amigo, y les advertí que me sentía tan desanimado que estaba pensando en tirarla a la papelera. Los tres nos sentamos en la sala de proyección completamente solos. Desde el principio Fairbanks empezó a reír a carcajadas. Se paraba solo cuando le daban accesos de tos. El adorable Douglas fue mi espectador más entusiasta. Cuando terminó y salimos a la luz del día, sus ojos estaban húmedos de la risa.

—¿De verdad te parece divertida? —dije, incrédulo.

Se volvió hacia su amigo.

—¿Qué te parece? ¡Quería tirarla a la basura!

Este fue el único comentario de Douglas.

Armas al hombro obtuvo un gran éxito y fue una de las películas preferidas por los soldados durante la guerra; pero también en aquella ocasión me había llevado más tiempo de lo que había previsto y me había costado aún más que *Vida de perro*. Ahora quería superarme y pensé que la First National me ayudaría. Desde que me había unido a ellos estaban triunfando por todo lo alto, firmando contratos con productores y con otras estrellas, pagando doscientos cincuenta mil dólares por película y jugando al cincuenta por ciento de participación en los beneficios. Sus películas costaban menos y eran más fáciles de hacer que mis comedias; pero, en realidad, recaudaban menos dinero en las taquillas.

Cuando le hablé de ello al señor J. D. Williams, el presidente de la First National, me dijo que se lo comentaría a sus socios. Yo no pedía mucho; solo lo suficiente para compensar los gastos extraordinarios, que no ascenderían a más de unos diez o quince mil dólares adicionales por película. Me dijo que la semana siguiente se reuniría el consejo en Los Ángeles y que yo mismo podía proponérselo a ellos.

En aquellos días, los exhibidores eran simples comerciantes para quienes las películas eran puras mercancías que costaban a tanto la yarda. Creí que había hablado bien y sinceramente al exponer mi causa ante ellos. Dije que necesitaba un suplemento de dinero, porque había gastado más de lo que me habían anticipado; pero mi demanda fue semejante a la de un trabajador que pidiese un aumento a la General Motors. Cuando terminé de hablar se hizo un silencio; luego, el que llevaba la voz cantante se removió en su sillón.

—Bien, Charlie; los negocios son así —me dijo—. Usted ha firmado un contrato y esperamos que lo cumpla.

—Puedo realizar seis películas en un par de meses —repliqué lacónicamente—, si es que ustedes las quieren de ese género.

—Eso es cosa suya, Charlie —dijo en tono tranquilo.

—Estoy pidiendo un suplemento para mantener el nivel de mi trabajo —proseguí —. Su indiferencia demuestra su falta de psicología y de visión. No comercian con

salchichas, sino con el entusiasmo de la gente.

Pero nada pudo hacerles cambiar de opinión. No lograba entender su actitud, puesto que se me consideraba el comodín más cotizado del país.

«Creo que esto tiene algo que ver con esa convención cinematográfica —dijo mi hermano, Sydney—. Hay rumores de que todas las compañías productoras se están fusionando.»

Al día siguiente Sydney vio a Douglas y a Mary. Ellos también estaban inquietos porque sus contratos estaban a punto de expirar y la Paramount no había hablado de la renovación. Al igual que Sydney, Douglas creía que aquello tenía algo que ver con una fusión cinematográfica. «Sería una buena idea contratar a un detective solo para saber qué sucede.»

Todos nos pusimos de acuerdo en la cuestión del detective. Encargamos aquella misión a una chica muy inteligente y de aspecto elegante y atractivo. Pronto concertó una cita con el director de una importante productora. Su informe decía que se cruzó con aquel sujeto en el vestíbulo del hotel Alexandria, le sonrió, y luego inventó la excusa de que lo había confundido con un antiguo amigo. Aquella misma noche el director le rogó que cenase con él. Dedujimos de su informe que aquel señor era un tipo locuaz, jactancioso y de libido excitable. Durante tres noches salió con él. Le paró los pies con promesas y excusas. Entretanto le sonsacó la historia completa de lo que estaba ocurriendo en la industria cinematográfica. Mediante una fusión de todas las productoras, él y sus asociados crearían otra con un capital de cuarenta millones de dólares, y estaban haciendo firmar a todos los exhibidores de Estados Unidos un contrato por cinco años. Le contó que se proponían asentar la industria cinematográfica sobre unas bases adecuadas y firmes, en lugar de dejarla en manos de una pandilla de actores locos, que exigían salarios astronómicos. Esta fue la síntesis de su relato, suficiente para nuestros fines. Los cuatro mostramos el informe a D. W. Griffith y a Bill Hart, quienes tuvieron la misma reacción que nosotros.

Sydney nos dijo que podíamos hacer fracasar aquella fusión anunciando a los exhibidores que crearíamos nuestra propia productora; y que teníamos la intención de vender nuestras películas al mejor postor y ser independientes. Por entonces representábamos la atracción más cotizada de dicha industria. Pero la verdad era que no pensábamos llevar a cabo ese proyecto. Nuestro objetivo era tan solo lograr que los exhibidores no firmasen un contrato por cinco años con aquella fusión que se proponían efectuar, pues sin las estrellas no sería viable. Acordamos que la noche antes de la reunión nos dejaríamos ver juntos en el comedor principal del hotel Alexandria y luego haríamos unas declaraciones a la prensa.

Aquella noche Mary Pickford, D. W. Griffith, W. S. Hart, Douglas Fairbanks y yo nos sentamos a una mesa del comedor principal. El efecto fue fulminante. J. D. Williams fue el primero que llegó a la cena, sin sospechar nada. Nos vio e inmediatamente se marchó a toda prisa. Uno tras otro, todos los productores llegaron hasta la entrada, echaron una ojeada y se largaron de manera precipitada, mientras

nosotros permanecíamos sentados, hablando de grandes negocios y anotando en el mantel cifras astronómicas. Cada vez que uno de los productores aparecía en el comedor, Douglas empezaba a soltar un montón de sandeces. «Los repollos sobre cacahuetes y las especias con la carne de cerdo se despachan estos días», decía. Griffith y Bill Hart creyeron que se había vuelto loco.

Enseguida se sentaron a nuestra mesa media docena de periodistas, que tomaban notas mientras nosotros declarábamos que íbamos a formar una sociedad de artistas para defender nuestra independencia y combatir la gran fusión que se proyectaba llevar a cabo. Nuestras declaraciones aparecieron en la primera página de los periódicos.

Al día siguiente los directores de varias productoras nos propusieron dimitir de sus cargos y convertirse en presidentes de nuestra sociedad por un modesto sueldo y una participación en los beneficios de la nueva sociedad. Después de tal reacción decidimos realizar nuestro proyecto. Y así se creó la United Artists Corporation.

Convinimos en reunirnos en casa de Mary Pickford. Cada uno de nosotros se presentó con un abogado y con su representante. Éramos tantos que cuando hablábamos parecía que lo hacíamos en público. En realidad, cada vez que intervenía me ponía muy nervioso. Pero me sorprendió la sagacidad legal de Mary y su conocimiento de los negocios. Conocía toda la nomenclatura: amortizaciones y acciones diferidas, etcétera. Comprendía todos los artículos sobre fundación de sociedades, y nuestros estatutos, la discrepancia legal que aparecía en la página 7, párrafo A, artículo 27. Y con gran serenidad se refirió a la redundancia y contradicción del párrafo D, artículo 24. En esas ocasiones me entristecía más que me asombraba; aquel era un aspecto de «la novia de América» que no conocía. Dijo una frase que nunca olvidaré. Cuando se dirigió a nuestro representante, en tono solemne exclamó: «Esto nos incumbe a nosotros, caballeros…». Me eché a reír, repitiendo: «¡Esto nos incumbe a nosotros! ¡Nos incumbe a nosotros!».

A pesar de su belleza, por aquel entonces Mary tenía fama de ser muy astuta en los negocios. Recuerdo que Mabel Normand, que fue quien me presentó a Mary, me dijo: «¡Esta es Hetty Green[5] alias Mary Pickford!».

Mi participación en aquellas reuniones de negocios era nula. Afortunadamente, mi hermano era tan astuto en ese terreno como Mary; Douglas, que adoptaba un aire despreocupado, era más listo que ninguno de nosotros. Mientras nuestros abogados discutían tecnicismos legales, Douglas solía hacer cabriolas como un colegial; pero cuando leían los artículos de los estatutos de la sociedad no se perdía ni una coma.

Entre los productores que deseaban cancelar sus contratos y unirse a nuestra sociedad estaba Adolph Zukor, presidente y fundador de la Paramount. Era un hombrecillo amable, de gran personalidad y que se parecía a Napoleón. Era tan vehemente como el emperador. Cuando hablaba de negocios se mostraba tajante y drástico. «¡Vosotros —decía con su acento húngaro— tenéis derecho a lograr todos

los beneficios de vuestros esfuerzos, porque sois unos artistas! ¡Vosotros creáis! A vosotros es a quienes viene a ver la gente. —Nosotros asentíamos con modestia—. Vosotros vais a formar lo que me parece la sociedad más formidable del negocio cinematográfico, a condición —recalcaba—, a condición de ser dirigida adecuadamente. Vosotros sois creadores en un aspecto del negocio; yo soy creador en el otro. ¿Qué más se puede pedir?»

Siguió hablándonos de sus visiones e ideas, mientras le escuchábamos absortos; admitió que tenía proyectos para fusionar los teatros y los estudios, pero dijo que estaba dispuesto a renunciar a todo aquello para trabajar con nosotros. Habló de un modo convincente y patriarcal: «¡Creéis que soy vuestro enemigo! Pues soy vuestro amigo; el amigo del artista. ¡Acordaos de que fui yo quien pensó por primera vez en este proyecto! ¿Quién suprimió vuestras salas cochambrosas? ¿Quién instaló butacas tapizadas? Yo. Construí locales grandes y aumenté los precios. Por ello obtuvisteis mayores ganancias. ¡Y, sin embargo, sois vosotros quienes queréis crucificarme!»

Zukor era a la vez un gran actor y un gran hombre de negocios. Había organizado el mayor circuito de distribución del mundo. Sin embargo, como quería ser accionista de nuestra sociedad, nuestras negociaciones no obtuvieron un resultado positivo.

En apenas seis meses Mary y Douglas comenzaron a rodar películas para la sociedad recién fundada; pero a mí me quedaban todavía por hacer seis películas más para la First National. Su actitud me había amargado tanto, que me impedía avanzar en mi trabajo. Les propuse comprarles mi contrato y darles un beneficio de cien mil dólares, pero se negaron.

Como Mary y Doug eran las únicas estrellas que distribuían sus películas a través de nuestra sociedad, continuamente se quejaban de la carga que les habían impuesto al no poder contar con mis producciones. Distribuían sus películas al bajo precio del veinte por ciento, lo cual hizo que la sociedad tuviera un déficit de un millón de dólares. Sin embargo, con el estreno de mi primera película, *La quimera del oro*, se saldaron sus deudas, lo cual aminoró bastante los agravios de Mary y Doug, y ya no volvieron a quejarse.

La guerra era horrible; la lucha sin cuartel y la destrucción imperaban en Europa. En los campos de entrenamiento enseñaban a los reclutas cómo atacar a la bayoneta y, aullando, abalanzarse y hundirla en el vientre del enemigo. Y si la hoja se enganchaba en la ingle, a disparar en el vientre para desasirla. La histeria colectiva era desmedida. Los desertores eran sentenciados a cinco años. Todos los hombres tenían que llevar su tarjeta militar de identidad. Vestir de paisano era una vergüenza, pues casi todos los jóvenes iban de uniforme, y cuando no lo llevaban se les podía pedir la documentación. Las mujeres les regalaban una pluma blanca.

Algunos periódicos me censuraron por no ir a la guerra. Otros salieron en mi defensa, afirmando que mis películas eran más necesarias que los servicios que pudiera prestar como soldado.

El ejército estadounidense, flamante y fresco cuando llegó a Francia, quería entrar inmediatamente en acción, y en contra de los razonables consejos de los ingleses y de los franceses, que llevaban tres años de sangrientos combates, se lanzaron a la batalla con valor y audacia, pero a costa de cientos de miles de bajas. Durante varias semanas las noticias fueron deprimentes; se publicaban largas listas de los estadounidenses muertos y heridos. Luego hubo un período de calma, y durante unos meses los estadounidenses, como el resto de los Aliados, permanecieron en las trincheras en medio del barro y la sangre.

Por fin los Aliados empezaron a ponerse en movimiento. En el mapa, nuestras banderitas avanzaban. A diario las multitudes contemplaban aquellas banderitas con ansiedad. Luego las tropas lograron abrirse paso, aunque a costa de un tremendo sacrificio. Aparecieron entonces grandes titulares: ¡EL KÁISER HUYE A HOLANDA! Y más tarde, toda la primera plana con solo estas palabras: ¡SE HA FIRMADO EL ARMISTICIO! Yo estaba en mi habitación del Athletic Club cuando llegó la noticia. En las calles empezó a oírse un delirante alboroto: las bocinas de los coches, las sirenas de las fábricas y las trompetas empezaron a sonar y siguieron sonando durante todo el día y toda la noche. ¡El mundo se volvió loco de alegría, cantando, bailando, abrazándose, besándose y amándose! ¡Por fin llegaba la paz!

Vivir sin guerra era como salir de repente de la cárcel. Habíamos estado sometidos a una disciplina tan dura, que durante varios meses seguimos temiendo salir a la calle sin nuestras tarjetas militares de identidad. Sin embargo, los Aliados habían ganado, con independencia de los que eso significara. Pero no estaban seguros de haber ganado la paz. Solo había una cosa cierta, que la civilización, tal como nosotros la habíamos conocido, ya no sería la misma; una era había desaparecido y también había desaparecido cierta decencia elemental, aunque la decencia no haya abundado en ninguna época.

16

Tom Harrington entró a mi servicio un poco por casualidad; pero desempeñaría un papel muy importante en un cambio fundamental de mi vida. Había sido ayudante de camerino y asistente personal de mi amigo Bert Clark, actor inglés de vodevil, contratado por la Keystone. Bert, vago y poco práctico, era un excelente pianista, y en una ocasión me había propuesto que me asociara con él en un negocio de edición de música. Habíamos alquilado una habitación en la tercera planta de un edificio de oficinas, en el centro; habíamos editado dos mil ejemplares de dos canciones muy malas y de algunas composiciones musicales mías. El negocio era absurdo. Creo que vendimos tres ejemplares: uno al compositor estadounidense Charles Cadman y los otros a dos personas que pasaron casualmente por delante de nuestra oficina, al bajar la escalera.

Clark había puesto a Harrington al frente de la oficina; pero un mes después volvió a Nueva York y la cerró. Sin embargo, Tom se quedó, diciendo que le gustaría trabajar para mí en las mismas cosas en que había trabajado para Clark. Ante mi sorpresa, me confesó que nunca había recibido un sueldo de Clark; solo le había pagado los gastos de manutención, lo cual no ascendía a más de siete u ocho dólares a la semana, pues como era vegetariano, se alimentaba a base de té, pan, mantequilla y patatas. Por supuesto, esa noticia me impresionó y le aboné un sueldo de acuerdo al tiempo que había trabajado para el negocio de la edición de música, y Tom se convirtió en mi hombre para todo: mi asistente personal, mi ayuda de cámara y mi secretario.

Era un alma cándida que no aparentaba una edad determinada; tenía una forma de ser enigmática y un rostro bondadoso y ascético, semejante al de san Francisco, de labios finos, frente alta y unos ojos que miraban el mundo con una triste objetividad. Era descendiente de irlandeses, un poco bohemio, rodeado de cierto misterio, que vino del East Side de Nueva York, pero que parecía más apto para vivir en un monasterio que en medio de la frivolidad de los negocios del mundo del espectáculo.

Venía por la mañana al Athletic Club con mi correo y los periódicos y encargaba mi desayuno. A veces, sin hacer ningún comentario, dejaba algunos libros en la

mesita de la cabecera: Lafcadio Hearn y Frank Harris, autores de los que nunca había oído hablar. Gracias a Tom leí la *Vida de Samuel Johnson*, de Boswell. «Le ayudará a dormir por la noche», decía, riendo entre dientes. No hablaba nunca, a no ser que se le dirigiese la palabra, y tenía el don de desaparecer mientras yo desayunaba. Tom se convirtió en el *sine qua non* de mi existencia. Solo tenía que limitarme a decirle que hiciese algo; él asentía y lo hacía.

Si no hubiera sonado el teléfono en el momento preciso en que me disponía a salir del Athletic Club, el curso de mi vida podría haber sido distinto. Era Sam Goldwyn, que me invitaba a ir a su casa de la playa a nadar. Estábamos a finales de 1917.

Fue una tarde alegre e intrascendente. Recuerdo que estaban allí la bella Olive Thomas y otras muchas chicas guapas. Cuando ya había transcurrido parte del día llegó una muchacha que respondía al nombre de Mildred Harris. Venía con un acompañante, un tal señor Ham. Es mona, pensé. Alguien observó que estaba loca por Elliott Dexter, que también se encontraba allí, y me di cuenta de que lo devoraba con la mirada durante toda la tarde. Pero él casi no le hizo caso. No volví a pensar en ella, hasta que me dispuse a marcharme. Se me acercó para decirme si podía llevarla en mi coche y dejarla en su casa, comentándome que había reñido con su amigo y que este ya se había marchado.

En el coche observé con cierta indiscreción que quizá su amigo estaba celoso de Elliott Dexter. Me confesó que encontraba a Elliott maravilloso.

Me pareció que su tono ingenuo era un truco femenino intuitivo para despertar interés hacia ella. «Es un hombre muy afortunado», dije, sin darle importancia. Todas aquellas trivialidades eran solo un pretexto para hablar de algo camino de su casa. Me dijo que trabajaba para Lois Weber y que iba a ser la estrella en una película de la Paramount. La dejé delante de su apartamento, con la impresión de que era una chica muy tonta, y regresé al Athletic Club con una sensación de alivio, pues me alegraba de estar solo. Pero no llevaba más de cinco minutos en la habitación cuando el teléfono empezó a sonar. Era la señorita Harris. «Solo quería saber qué está usted haciendo», dijo con ingenuidad.

Me sorprendió su actitud, pues parecía que éramos novios desde hacía mucho tiempo. Le dije que iba a cenar en mi habitación y luego me iría derecho a la cama, a leer un libro.

«¡Oh!», dijo en tono triste, y quiso saber qué clase de libro y qué clase de habitación tenía. No podía hacerse una clara idea de mí, solo y cómodamente arropado en mi cama.

Esa conversación tonta era contagiosa; empecé a galantearla y a flirtear con ella.

«¿Cuándo volveré a verle?», me preguntó. Me encontré tomándole el pelo de manera jocosa por traicionar a Elliott y escuchando sus protestas de que en realidad no le importaba, lo cual dio al traste con mi decisión sobre el modo de pasar la velada, y la invité a cenar fuera.

Aunque aquella noche estaba guapa y se mostró encantadora, no sentía el entusiasmo y la atracción que la presencia de una chica hermosa suele inspirar. El único interés que podía sentir por mí era sexual, y llegar a esto de un modo romántico, que era lo que me pareció que esperaba de mí, constituía un esfuerzo demasiado grande.

No volví a pensar en ella hasta mediados de semana, cuando Harrington me dijo que me había telefoneado. Si Harrington no me hubiera hecho una observación pasajera no me habría molestado en volver a verla; pero me dijo que el chófer le contó que había salido de casa de Sam Goldwyn con la chica más guapa que había visto en su vida. Esta observación trivial excitó mi vanidad, y aquello fue el comienzo. Hubo cenas, bailes, noches pasadas a la luz de la luna y paseos a la orilla del mar, y ocurrió lo inevitable: Mildred empezó a estar preocupada.

No sé qué pensaría Tom Harrington; se lo guardó para sí. Cuando una mañana, después de traerme el desayuno, le anuncié en tono indiferente que quería casarme, no pestañeó.

—¿Qué día? —me preguntó tranquilamente.

—¿A qué estamos hoy?

—A martes.

—Pongamos el viernes —dije, sin apartar la vista del periódico.

—Supongo que se trata de la señorita Harris.

—Sí.

Asintió con la cabeza, muy comprensivo.

—¿Tiene usted el anillo?

—No; convendría que comprases uno y que hicieses todos los arreglos preliminares, pero con discreción.

Asintió de nuevo y no se volvió a hablar del asunto hasta el día de la boda. Lo preparó todo; nos casaríamos el viernes por la tarde, a las ocho.

Aquel día trabajé hasta última hora en el estudio. A las siete y media Tom entró en silencio y murmuró: «No olvide que tiene una cita a las ocho». Con una sensación de zozobra, me quité el maquillaje y me vestí. Harrington me ayudó. No cruzamos una sola palabra hasta que estuvimos en el coche. Entonces me explicó que me reuniría con la señorita Harris en casa del señor Sparks, que desempeñaba las funciones de juez local.

Cuando llegamos allí, Mildred estaba sentada en el vestíbulo. Sonrió, pensativa, al vernos entrar, y me sentí un poco triste por ella. Llevaba un vestido sencillo, gris oscuro, y estaba muy guapa. Harrington deslizó rápidamente un anillo en mi mano y apareció un hombre alto y delgado, simpático y efusivo, que nos condujo a otra habitación. Era el señor Sparks. «Bien, Charlie —me dijo—. Realmente tiene usted un secretario notable. No me he enterado de que era usted a quien iba a casar hasta hace media hora.»

La ceremonia fue de una simplicidad terrible. Coloqué el anillo que Harrington

me había dado en el dedo de Mildred. Ya estábamos casados. La ceremonia había terminado. Cuando estábamos a punto de marcharnos el señor Sparks dijo:

—No se olvide de besar a la novia, Charlie.

—¡Oh, sí! Naturalmente —dije sonriendo.

Mis emociones eran muy encontradas. Tenía la impresión de que había sido apresado en la red de una estúpida serie de circunstancias; que todo aquello era irreflexivo e inútil; que acababa de contraer una unión sin bases esenciales, y, sin embargo, siempre había deseado tener una esposa. Mildred era joven y bonita, no había cumplido aún los diecinueve años, y aunque yo le llevaba diez, quizá nuestro matrimonio funcionase.

Al día siguiente fui al estudio con el ánimo algo decaído. Edna Purviance estaba allí; había leído los periódicos de la mañana, y cuando pasé por su camerino salió a la puerta.

—Enhorabuena —dijo en tono suave.

—Gracias —le contesté, y seguí hacia mi camerino.

Edna hizo que me sintiera incómodo.

A Doug le confesé que Mildred no era demasiado inteligente; no quería casarme con una enciclopedia; podía encontrar todos mis estimulantes intelectuales en una biblioteca. Pero esa teoría optimista descansaba sobre una inquietud subyacente: ¿sería mi matrimonio un obstáculo en mi trabajo? Aunque Mildred era joven y guapa, ¿estaría siempre íntimamente cerca de ella? ¿Era eso lo que quería? Me encontraba ante un dilema. Aun sin estar enamorado, una vez casado quería estarlo y que nuestro matrimonio fuera un éxito.

Sin embargo, para Mildred el matrimonio era una aventura tan emocionante como ganar un concurso de belleza. Algo que había leído en las novelas. Carecía de sentido de la realidad. Intenté hablar con ella seriamente de nuestros proyectos, pero nada calaba en su ánimo. Estaba en un continuo estado de deslumbramiento.

Dos días después de nuestro matrimonio Louis B. Mayer, de la Metro-Goldwyn-Mayer Company, empezó a hacer gestiones con Mildred para que firmase un contrato de cincuenta mil dólares al año por seis películas. Intenté persuadida de que no lo hiciese. «Si quieres continuar tu trabajo cinematográfico puedo conseguirte cincuenta mil dólares por una sola película.»

Con una sonrisa como la de la Mona Lisa, asintió a todo lo que dije; pero después firmó el contrato.

Eran esta aquiescencia y afirmación, para luego hacer exactamente lo contrario, lo que me resultaba insoportable. Estaba irritado tanto con ella como con Mayer, pues se había lanzado sobre mi esposa con un contrato antes de que la tinta de nuestra licencia matrimonial se hubiera secado.

Un mes más tarde tuvo complicaciones con la compañía y quiso que me entrevistase con Mayer para arreglar el asunto. Le dije que no iría a verle por nada del mundo. Pero ya le había invitado a cenar. Me lo anunció momentos antes de su

llegada. Me sentí ofendido e indignado. «Si lo traes aquí le insultaré.» No había terminado de decirlo, cuando sonó el timbre de la puerta. Como un conejo, corrí a esconderme en el invernadero, que estaba junto al salón, y era una pieza acristalada, sin salida al exterior.

Estuve oculto allí durante un rato, que me pareció interminable, mientras Mildred y Mayer estaban sentados en el salón, a unos metros de distancia, hablando de negocios. Tuve la impresión de que Mayer sabía que yo estaba allí escondido, pues su conversación parecía paternal. Después de un momento de silencio oí que me mencionaban. Mildred dijo que quizá no estaba en casa. Después de lo cual los oí ponerse en pie. Me aterró pensar que podían entrar en el invernadero y encontrarme allí. Fingí estar dormido. Sin embargo, Mayer inventó una excusa y se marchó sin quedarse a cenar.

Tras casarnos, el embarazo de Mildred resultó ser una falsa alarma. Transcurrieron varios meses y yo solo había rodado una película en tres rollos, *Idilio campestre*, y fue tan doloroso como la extracción de una muela. Sin lugar a dudas, el matrimonio había tenido un efecto negativo en mis facultades creadoras. Después de esa película me estrujé en vano los sesos en busca de una idea.

En semejante estado de desesperación, era un alivio ir al Orpheum a distraerme un poco, y en esa disposición de ánimo vi a un bailarín excéntrico; no era nada extraordinario, pero al final de su interpretación sacó a su hijo, un niño de cuatro años, para que saludase con él. Después de saludar con su padre, el chiquillo empezó de repente a ejecutar unos divertidos pasos de baile; luego miró graciosamente al público, lo saludó con la mano y se marchó corriendo. El público empezó a reír a carcajadas, de modo que el niño tuvo que salir de nuevo y ejecutar un baile distinto. En otro niño puede que hubiera resultado mal. Pero como Jackie Coogan era encantador, el público disfrutó lo indecible. Hiciera lo que hiciese, el niño tenía una personalidad atractiva.

No volví a pensar en él hasta una semana después. Estaba sentado en el plató del exterior con nuestra compañía, luchando aún por que se me ocurriese una idea para mi próxima película. En tales ocasiones solía sentarme con ellos, pues su presencia y sus reacciones constituían un estímulo para mí. Aquel día me sentía bloqueado e indiferente, y a pesar de sus amables sonrisas, sabía que mis esfuerzos eran vanos. Mi imaginación vagaba de un lado para otro, y hablé de los números que había visto interpretar en el Orpheum y de aquel niño, Jackie Coogan, que salió a saludar con su padre.

Alguien dijo que había leído en un diario de la mañana que Jackie Coogan acababa de firmar un contrato con Roscoe Arbuckle para hacer una película. Fue como si me fulminara un rayo. «¡Dios mío! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Sin duda alguna, el chico resultaría estupendo en el cine.» Luego enumeré sus posibilidades, los gags y los argumentos que podía hacer con él.

Las ideas acudían a mi imaginación sin cesar. «¿Podéis imaginaros al vagabundo de vidriero, al niño corriendo por las calles rompiendo cristales y a Charlot que llega para colocar otros cristales? ¡Lo atractivos que resultarían el niño y el vagabundo viviendo juntos toda clase de aventuras!»

Me senté a componer durante un día entero el guión, del que tracé una escena tras otra, mientras todos me miraban de reojo. No comprendían por qué me mostraba tan entusiasmado por una causa perdida. Durante varias horas continué inventando trucos y situaciones. De repente me acordé: «Pero ¿de qué sirve todo esto? Arbuckle ha firmado un contrato con él y probablemente tiene ideas parecidas a las mías. ¡Qué idiota he sido al no haber pensado antes en ello!».

Durante toda la tarde y toda la noche solo pude pensar en las posibilidades de una película con aquel niño. A la mañana siguiente, en un estado depresivo, reuní el elenco para ensayar, Dios sabe por qué razón, pues no tenía nada que hacer; así que me senté en el plató rodeado de todos, en un estado de excitación mental.

Alguien sugirió que podría encontrar otro niño, acaso un negrito. Pero moví la cabeza con gesto de duda. Sería difícil encontrar a un chico con tanta personalidad como Jackie.

Alrededor de las once y media, Carlisle Robinson, nuestro agente de publicidad, llegó a todo correr al escenario, sin aliento y excitado: «¡No es Jackie Coogan quien ha firmado el contrato con Arbuckle! ¡Es el padre, Jack Coogan!».

Me levanté de un salto de mi silla. «¡Deprisa! ¡Llama al padre por teléfono y dile que venga inmediatamente! ¡Es muy importante!»

Quedamos electrizados por la noticia. Algunos se acercaron a mí y me dieron palmaditas en la espalda. Estaban entusiasmados. Cuando el personal de la oficina se enteró vino al escenario a felicitarme. Pero todavía no había firmado el contrato con Jackie; aún cabía la posibilidad de que Arbuckle tuviera de pronto la misma idea. De modo que le dije a Robinson que tuviera cuidado con lo que decía por teléfono y que no nombrase para nada al chico. «Ni siquiera se lo digas al padre hasta que esté aquí. Dile, simplemente, que es muy urgente; que tenemos que verle enseguida, antes de media hora. Y si él no puede venir, entonces vete a su estudio. Pero no le digas nada hasta que esté aquí.» Hubo dificultades para encontrar al padre; no estaba en el estudio, y durante dos horas fui presa de una terrible ansiedad.

Por fin, sorprendido y aturdido, llegó el padre de Jackie. Le cogí del brazo.

—¡Causará sensación! ¡Será lo nunca visto! ¡Todo lo que tiene que hacer es esta película! —fui desvariando de una manera entrecortada. Debió de pensar que me había vuelto loco—. ¡Esta película le dará a su hijo la oportunidad de su vida!

—¿A mi hijo?

—Sí, a su hijo, si me lo deja para esta película únicamente.

—Pero bueno, claro que puede disponer del crío —dijo.

Dicen que los niños y los perros son los mejores actores de cine. Pongan a un niño de doce meses en una bañera con una pastilla de jabón, y cuando trate de

atraparla producirá un alboroto de risa. Todos los niños tienen talento de un modo o de otro; la cuestión es lograr que lo pongan de manifiesto. Con Jackie fue fácil. Había que aprender unas cuantas reglas básicas de la pantomima, y Jackie las dominó enseguida. Era capaz de comunicar emoción a la acción y acción a la emoción, y podía repetir una escena una y otra vez sin perder la espontaneidad.

Hay una escena en *El chico* en la que el niño se dispone a tirar una piedra contra una ventana. Un policía se coloca furtivamente detrás de él, y cuando echa la mano hacia atrás para lanzar la piedra tropieza con la chaqueta del policía. Lo mira, y luego, como si estuviese jugando, tira la piedra al aire, la coge después con gesto inocente, la arroja al suelo, se aleja despacio y de repente echa a correr.

Cuando la escena estuvo a punto, le dije a Jackie que me mirase, recalcando las palabras: «Coges una piedra, luego miras hacia la ventana, y después te dispones a tirar la piedra; echas la mano hacia atrás, pero tocas la chaqueta del policía, palpas sus botones, y luego te vuelves y ves al policía; tiras la piedra al aire como si estuvieses jugando, y a continuación la arrojas al suelo; te vas andando, como sin darle importancia, y de repente, echas a correr, disparado».

Ensayó la escena tres o cuatro veces. Por fin, estuvo tan seguro de su papel, que la emoción surgía espontáneamente. En otras palabras, sus gestos producían la emoción. La escena resultó una de las mejores de Jackie y fue uno de los momentos culminantes de la película.

Por supuesto, no todas las escenas se rodaban con tanta facilidad. Las más sencillas le daban a menudo más trabajo, como suele ocurrir en esos casos. En una ocasión quise que se columpiase con naturalidad en una puerta, pero como no tenía ninguna otra cosa en la cabeza, lo hacía con tal afectación que tuvimos que desistir.

Es difícil actuar con naturalidad si la mente no trabaja. Es difícil escuchar en el plató; el aficionado tiende a mostrar demasiada atención. Cuando la mente de Jackie funcionaba, su actuación era soberbia.

El contrato del padre de Jackie con Arbuckle terminó pronto, de modo que pudo estar en nuestro estudio con su hijo, y después hizo el papel de ratero en la escena de la casa que se derrumba. A veces nos prestaba una gran ayuda. Había una escena en la que queríamos que Jackie llorase de verdad cuando dos funcionarios de un correccional se lo llevan de mi lado. Le conté toda clase de historias horripilantes, pero Jackie estaba muy alegre y juguetón.

—Le haré llorar —dijo el padre, una hora después.

—No lo asuste ni le haga daño —dije, sintiéndome culpable.

—¡Oh, no, no! —aseguró el padre.

Jackie estaba tan contento que no tuve valor para quedarme ni ver qué iba a hacer el padre; así que me fui a mi camerino. Momentos después oí a Jackie que chillaba y gritaba.

—Ya está —dijo el padre.

Era una escena en la que arranco al niño de los oficiales del correccional, y

mientras está llorando lo abrazo y lo beso.

—¿Cómo ha logrado usted hacerle llorar? —le pregunté al padre cuando terminamos.

—Pues diciéndole sencillamente que si no lloraba nos lo llevaríamos del estudio y lo enviaríamos de verdad al correccional.

Me volví hacia Jackie y lo cogí en brazos para consolarle. Sus mejillas estaban húmedas todavía.

—Nadie se te va a llevar de aquí —le dije.

—Ya lo sabía —murmuró—. Papá estaba bromeando.

Gouverneur Morris, autor y escritor de novelas cortas, que había escrito muchos guiones para el cine, me invitaba con frecuencia a su casa. Guvvy, como le llamábamos, era un hombre encantador y simpático, y cuando le hablé de *El chico* y de la forma que le estaba dando, mezclando la comedia burlesca con lo sentimental, me dijo:

—No resultará bien. La forma tiene que ser pura, o comedia burlesca o drama; no puede usted mezclarlos, porque si no, uno de los elementos de su película fracasará.

Tuvimos una discusión dialéctica sobre esto. Le dije que la transición de la comedia burlesca a la sentimental era una cuestión de matiz y de habilidad al disponer las secuencias. Aduje que la forma surgía después de haberla creado; que si el artista imagina un mundo y cree sinceramente en él, sin tener en cuenta los componentes que haya en él, ese mundo resultará convincente. Claro que no tenía otras bases en que apoyar esta teoría, a no ser en la intuición. Se había utilizado la sátira, la farsa, el realismo, el naturalismo, el melodrama y la fantasía; pero la comedia burlesca cruda y el sentimentalismo, que eran las premisas sobre las cuales se cimentaba *El chico*, eran una innovación.

Durante el montaje de *El chico*, Samuel Reshevsky, que a los siete años era campeón mundial de ajedrez de la categoría infantil, visitó el estudio. Iba a hacer una exhibición en el Athletic Club, jugando una partida con veinte adversarios al mismo tiempo, entre los que se encontraba el doctor Griffiths, campeón de California. Tenía una carita delgada, pálida y concentrada, con unos grandes ojos, que miraban desafiantes cuando hablaba con la gente. Me habían advertido que tenía un carácter algo esquinado y que muy raras veces daba la mano.

Después de que su representante nos presentara y dijera algunas palabras, el niño me contempló en silencio. Continué haciendo el montaje y examinando los rollos de la película.

Al cabo de unos instantes me volví hacia él.

—¿Te gustan los melocotones?

—Sí —contestó.

—Bueno; pues tenemos un árbol cargado de ellos en el jardín; puedes trepar y coger algunos, y de paso, tráeme uno para mí.

Se le iluminó la cara.

—¡Oh! ¡Estupendo! ¿Dónde está el árbol?

—Carl te llevará —dije, refiriéndome a mi agente de publicidad.

Quince minutos después regresó, alborozado, con varios melocotones. Aquel fue el comienzo de nuestra amistad.

—¿Sabe usted jugar al ajedrez? —me preguntó.

Tuve que confesar que no.

—Yo le enseñaré. Venga a verme actuar esta noche; voy a jugar con veinte contrincantes a la vez —me dijo con orgullo.

Le prometí que iría, y le dije que después lo invitaría a cenar.

—Muy bien; terminaré enseguida.

No era necesario tener un profundo conocimiento del ajedrez para apreciar el interés de aquella noche: veinte hombres de mediana edad contemplaban atentamente sus tableros de ajedrez, enfrentados a un dilema por un niño de siete años, que incluso aparentaba menos edad de la que tenía. Observarle mientras se movía en el centro de las mesas, colocadas en forma de «U», yendo y viniendo de un tablero a otro, era ya un espectáculo en sí.

Había algo de irreal en la escena, mientras el público, compuesto de trescientas personas o más, permanecía sentado en dos filas a ambos lados del local. Contemplaba en silencio a un niño que se devanaba los sesos, enfrentado con hombres maduros. Algunos habían adoptado una actitud condescendiente. Estudiaban su tablero con sonrisas parecidas a las de Mona Lisa.

El niño era increíble y, sin embargo, me inquietó, pues mientras contemplaba aquella carita concentrada, que se ponía roja y después blanca, tuve la impresión de que pagaba un elevado precio derrochando su salud.

«¡Ven aquí!», le decía un jugador. Y el niño se dirigía hacia él, observaba el tablero durante unos segundos y luego, bruscamente, movía una pieza o decía: «¡Jaque mate!». Y el público estallaba en risas. Le vi dar jaque mate a ocho jugadores seguidos, lo cual produjo entre el público más risas y aplausos.

Ahora analizaba el tablero del doctor Griffiths. El público guardaba silencio. De repente movió una pieza, luego se volvió y me vio. Su cara se iluminó y me hizo una seña con la mano, indicándome que no tardaría mucho en terminar.

Después de dar jaque mate a varios otros jugadores, volvió ante el doctor Griffiths, que seguía profundamente concentrado.

—¿Todavía no ha movido? —dijo el niño con impaciencia.

El doctor negó con un gesto de la cabeza.

—¡Oh! Vamos, dese prisa.

Griffiths sonrió.

El niño lo miró con orgullo.

—¡No puede derrotarme! ¡Si mueve usted aquí, yo moveré ahí! ¡Y si usted mueve en esta forma, yo moveré así! —enumeró con rapidez seis o siete posibles jugadas—.

Nos pasaremos aquí toda la noche; así que digamos que hemos hecho tablas.

El doctor asintió.

Aunque le había tomado cariño a Mildred, estábamos irreconciliablemente distanciados. Su carácter no era insoportable, sino irritantemente felino. Nunca pude entenderla. Tenía la imaginación henchida de tonterías color rosa. Parecía estar siempre en estado de nerviosismo, buscando sin cesar otros horizontes. Después de un año de casados dio a luz un niño, pero solo vivió tres días. Entonces nuestro matrimonio empezó a marchitarse. Aunque vivíamos en la misma casa, nos veíamos en raras ocasiones, pues ella estaba tan ocupada en su estudio como yo en el mío. El hogar se convirtió en un lugar triste. Solía volver a casa y encontrarme la mesa puesta para una persona, y tenía que cenar solo. A veces ella estaba fuera una semana sin haberme dicho nada, y me enteraba solo porque veía abierta la puerta de su dormitorio vacío.

En ocasiones, algún domingo, nos encontrábamos por casualidad cuando ella salía, y me decía de pronto que pasaría el fin de semana con las Gish o con otras amigas, y yo me iba a casa de los Fairbanks. Luego vino la separación. Ocurrió durante el montaje de *El chico*. Aquel fin de semana estaba con los Fairbanks (Douglas y Mary ya se habían casado). Douglas me comunicó ciertos rumores relativos a Mildred. «Creo que debes saberlo», me dijo.

Nunca quise comprobar lo que pudiera haber de cierto en tales rumores, pero me deprimieron. Cuando se lo dije a Mildred lo negó fríamente.

—De todos modos, no podemos seguir viviendo así —le dije.

Hubo una pausa y me miró con expresión glacial.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó.

Hablaba con tanto desapego que me dejó un poco sorprendido.

—Creo que deberíamos divorciarnos —le dije simplemente, preguntándome cuál sería su reacción; pero no contestó, de modo que después de un breve silencio proseguí—: Me parece que los dos seremos más felices. Eres joven, aún tienes toda la vida por delante, y por supuesto podemos separarnos de manera amistosa. Haz que tu abogado hable con el mío, de manera que pueda arreglarse como tú quieras.

—Lo único que quiero es el dinero suficiente para mantener a mi madre —me dijo.

—¿Prefieres quizá que lo tratemos entre nosotros? —aventuré.

Se quedó pensativa un momento.

—Creo que será mejor que vea a mis abogados —dijo por fin.

—Muy bien —contesté—. Entretanto, puedes quedarte en casa y yo volveré al Athletic Club.

Nos separamos amistosamente. Convinimos en que ella pediría el divorcio, alegando maltrato psicológico, y que no diríamos nada a la prensa.

A la mañana siguiente Tom Harrington trasladó mis cosas al Athletic Club. Lo

cual fue una equivocación, pues enseguida se difundió el rumor de que nos habíamos separado, y los periodistas empezaron a llamar a Mildred. También me llamaron al club, pero yo no quería verlos ni hacer declaraciones. Sin embargo, ella soltó una bomba, publicada en primera página, diciendo que yo la había abandonado y que iba a pedir el divorcio alegando maltrato psicológico. Comparado con los procedimientos modernos, aquel ataque fue suave. No obstante, la telefoneé para saber por qué había hablado con la prensa. Me dijo que al principio se había negado, pero que le dijeron que yo había hecho unas polémicas declaraciones. Por supuesto, habían mentido con el propósito de enfrentarnos, y así se lo dije a ella. Me prometió no hacer más declaraciones, pero las hizo.

La ley sobre bienes gananciales de California le daba derecho a veinticinco mil dólares, y yo le ofrecí cien mil, que ella aceptó como arreglo definitivo. Pero cuando llegó el día en que debían firmarse los últimos documentos, se negó de pronto, sin dar explicaciones.

Mi abogado se quedó sorprendido. «Aquí hay gato encerrado», me dijo. Y lo había. Yo había tenido algunas desavenencias con la First National respecto a *El chico*; era una película larga, de siete rollos, y querían estrenarla como tres comedias de dos rollos. De esta forma solo me pagarían cuatrocientos cinco mil dólares por *El chico*. Como la película me había costado casi medio millón, además del trabajo de dieciocho meses, les dije que antes se helaría el infierno. Me amenazaron con ponerme un pleito. Legalmente, tenían pocas probabilidades de ganar, y lo sabían. Por tanto, decidieron actuar por medio de Mildred y trataron de incautarse de *El chico*.

Como no había terminado de montar la película, mi instinto me dijo que la acabase en otro estado. Así que me dirigí a Salt Lake City con un equipo compuesto de dos ayudantes y unos cuatrocientos mil pies de película, integrada por quinientos rollos. Nos alojamos en el hotel Salt Lake City. En uno de los dormitorios colocamos las películas, ocupando todos los muebles, repisas, cómodas y cajones, para colocar encima de ellos los rollos. Era contrario a la ley tener cualquier material peligrosamente inflamable en un hotel, de modo que tuvimos que hacerlo en secreto. En estas circunstancias continuamos el montaje. Teníamos más de dos mil escenas que clasificar, y aunque estaban numeradas, a veces se extraviaba alguna y perdíamos horas enteras en su búsqueda, debajo y encima de la cama y en el cuarto de baño, hasta encontrarla. Con estas trabas desconsoladoras y sin las instalaciones adecuadas, fue un milagro que terminásemos el montaje.

Y acto seguido tenía que pasar por la aterradora prueba de proyectarla previamente ante un público. Solo la había visto con un pequeño proyector de montaje, que daba una fotografía no mayor que una tarjeta postal sobre una toalla. Me alegré de haber visto las escenas principales en mi estudio sobre una pantalla de tamaño normal; pero ahora tenía la deprimente impresión de haber estado trabajando quince meses en las tinieblas.

Nadie había visto la película, excepto el personal del estudio. Después de pasarla unas cuantas veces por el aparato de montaje, nada parecía tan gracioso ni tan interesante como habíamos imaginado. Solo nos tranquilizaba pensar que nuestro entusiasmo inicial había perdido su fuerza.

Decidimos hacer la prueba decisiva y arreglamos las cosas para proyectarla en un cine local, sin previo aviso. Era una sala grande, y se llenó en sus tres cuartas partes. Me senté desesperado y esperé a que comenzase la película. Aquel público no parecía simpatizar con nada de lo que yo pudiera presentarle. Empecé a dudar de mi propio juicio acerca de lo que podía gustarles y respecto a su reacción ante mis comedias. Quizá me había equivocado. Tal vez todo el asunto fuera un error y el público lo miraría con asombro. Entonces se me ocurrió la desazonadora idea de que un actor puede a veces estar completamente equivocado en sus ideas sobre una comedia.

De repente se me subió el corazón a la garganta cuando aparecieron en la pantalla unos titulares: «Charlie Chaplin en su última película, *El chico*». Estallaron gritos de alegría y se oyeron algunos aplausos. Paradójicamente, aquello me inquietó; podía significar que esperaban demasiado y luego sentirse decepcionados.

Las primeras escenas eran una exposición, lenta y solemne, y me tuvieron en un estado agónico de intranquilidad. Una madre abandona a su hijo y lo deja en un coche; el coche es robado. Por último, los ladrones colocan al niño junto a un cubo de la basura. Entonces aparecía yo, Charlot, el vagabundo. Se oyó una carcajada, que creció y aumentó. ¡Habían entendido el chiste! A partir de entonces supe que no me había equivocado. Descubría al bebé y lo adoptaba. Los espectadores rieron al ver una hamaca improvisada hecha de sacos viejos y lanzaron gritos cuando alimenté al niño utilizando una tetera, en cuyo pitorro había puesto una tetina, y chillaron aún más cuando hice un agujero en el asiento de una silla desvencijada de rejilla y la coloqué encima de un orinal. En realidad, no dejaron de reír a lo largo de toda la película.

Una vez que habíamos proyectado la película nos pareció que podíamos dar por terminado el montaje. Así pues, recogimos nuestras cosas y nos marchamos de Salt Lake City, dirigiéndonos hacia el este. En el Ritz de Nueva York me vi forzado a quedarme en mi habitación, pues me acosaban los agentes judiciales enviados por la First National, que intentaban aprovechar el pleito de divorcio de Mildred para incautarse de la película. Durante tres días aquellos agentes judiciales vigilaron continuamente el vestíbulo del hotel, y ya estaba empezando a cansarme. De modo que cuando Frank Harris me invitó a cenar a su casa no pude resistir la tentación. Aquella noche una mujer con un espeso velo cruzó el vestíbulo del Ritz y se metió en un taxi: ¡era yo! Pedí prestado el vestido a mi cuñada y me lo quité en el taxi, antes de llegar a la casa de Frank.

Frank Harris, cuyos libros había leído y admirado, era mi ídolo. Frank vivía en un perpetuo estado de crisis financiera; una semana sí y otra no su revista *Pearson's*

Magazine estaba a punto de dejar de publicarse. Después de una de sus peticiones de ayuda, le envié un donativo, y en agradecimiento me mandó los dos volúmenes de su libro sobre Oscar Wilde, con la siguiente dedicatoria:

A Charlie Chaplin, una de las pocas personas que me ha ayudado, sin conocerme siquiera; una de las personas cuya rara maestría en el humor he admirado con frecuencia, pues quienes hacen reír a los hombres son más dignos de estima que quienes los hacen llorar. Su amigo, Frank Harris, que le envía su propio ejemplar. Agosto de 1919. «Alabo y aprecio tan solo al escritor que dice la verdad sobre los hombres con lágrimas en los ojos», Pascal.

Aquella noche me entrevisté con Frank por primera vez. Era un hombre bajo y rechoncho, de cabeza noble, con rasgos enérgicos y bien dibujados, y con un bigote de largas guías que resultaba un poco desconcertante. Tenía una voz profunda y resonante, y la empleaba con efecto certero. Contaba entonces sesenta y siete años, y tenía una esposa joven y guapa, pelirroja, consagrada a él abnegadamente.

A pesar de que era socialista, Frank admiraba a Bismarck y despreciaba al socialista Liebknecht. Su imitación de Bismarck, con sus pausas a lo alemán, de mucho efecto, contestando a Liebknecht en el Reichstag, tenía una enorme fuerza teatral. Frank podría haber sido un gran actor. Estuvimos charlando hasta las cuatro de la mañana, aunque fue Frank quien habló casi todo el tiempo.

Aquella noche decidí hospedarme en otro hotel, por si, incluso a tal hora, los agentes judiciales merodeaban por allí; pero todos los hoteles de Nueva York estaban llenos. Después de dar vueltas en el taxi durante más de una hora, el chófer, un tipo fornido, de unos cuarenta años, se volvió y me dijo:

—Escuche, a estas horas no va a encontrar habitación en ningún hotel. Será mejor que venga a mi casa y se quede allí hasta mañana.

Al principio sentí cierto recelo; pero cuando mencionó a su mujer y a sus hijos me pareció que todo saldría bien; además, estaría a salvo de los agentes judiciales.

—Es muy amable por su parte —le dije, y me presenté.

Se sorprendió y se echó a reír.

—Mi mujer dará un respingo cuando se entere.

Llegamos a un sitio alejado del Bronx, en un barrio de apiñada vecindad. Había hileras de casas de piedra oscura. Entramos en una, que tenía pocos muebles, pero que relucía de limpia. Me condujo a una habitación de la parte de atrás, donde había una cama grande en la que dormía profundamente un muchacho de unos doce años, su hijo. «Espere —me dijo. Luego cogió al niño en brazos y lo colocó en el borde de la cama, mientras el chico seguía sin despertarse. Después se volvió hacia mí—: Acuéstese.»

Estuve a punto de irme; pero aquella hospitalidad era tan conmovedora que no pude negarme. Me dio una camisa de noche limpia y me metí con todo cuidado en la

cama, aterrado ante la idea de despertar al niño.

No pegué ojo en toda la noche. Por fin, el chico se despertó, se levantó y se vistió, y con los ojos entrecerrados, le vi mirarme y salir sin más de la habitación. Minutos después, él y una niña de ocho años, evidentemente su hermana, se deslizaron en la habitación. Fingiendo que dormía aún, los vi contemplarme con los ojos abiertos de par en par y muy excitados. Luego la niñita se puso las manos sobre la boca para ocultar una risita y los dos se marcharon.

Muy pronto se oyeron murmullos en el pasillo; luego apareció el taxista, que abrió la puerta con suavidad para ver si estaba despierto. Le dije que lo estaba.

—Le hemos preparado el baño —me anunció—. Está al final del pasillo.

Me había traído una bata, unas zapatillas y una toalla.

—¿Qué le gustaría desayunar?

—Cualquier cosa —le dije, disculpándome.

—Lo que usted quiera. ¿Le parece bien beicon y huevos, tostadas y café?

—¡Estupendo!

Lo tuvieron todo a punto. Cuando terminé de vestirme, su mujer entró en la habitación principal con el desayuno caliente.

Había pocos muebles, solo una mesa en el centro, un sillón y un diván; varias fotografías enmarcadas de grupos familiares colgaban sobre la repisa de la chimenea y de la pared junto al diván. Mientras tomaba el desayuno a solas, oí a una multitud de niños y mayores que se apiñaba delante de la casa.

—Empieza a correr la voz de que está usted aquí —dijo la mujer, sonriendo, cuando me llevó el café.

Luego entró el taxista muy excitado.

—Mire —me dijo—, hay muchísima gente fuera y va en aumento. Si deja usted que esos chicos le echen una mirada, se marcharán; de lo contrario, llegarán los de la prensa, ¡y está usted apañado!

—Bueno, déjelos entrar —contesté.

Los niños entraron entre risas. Se agruparon alrededor de la mesa, mientras yo tomaba el café.

—Está bien —decía fuera el taxista—, no os empujéis; poneos en fila, de dos en dos.

Una mujer joven entró en la habitación con cara tensa y seria. Me miró escrutadoramente y luego se echó a llorar.

—No, no es él; creí que era él —gimió.

Parece ser que una amiga le había dicho en secreto: «¿Quién crees que está aquí? No te lo vas a creer». Luego la habían conducido ante mí, y ella esperaba ver a su hermano, a quien habían dado por desaparecido durante la guerra.

Decidí regresar al Ritz, aun a riesgo de recibir una citación judicial. Sin embargo, no me tropecé con ningún agente judicial. En lugar de eso me esperaba un telegrama de mi abogado de California anunciándome que todo estaba arreglado y que Mildred

había pedido el divorcio.

Al día siguiente el taxista y su mujer, vestidos de domingo, vinieron a visitarme. Él me dijo que los periodistas le habían molestado para que escribiese un artículo en los diarios del domingo sobre mi estancia en su casa.

—Pero —afirmó en tono decidido— no les diré una palabra hasta que usted me autorice.

—¡Pues hágalo! —le dije.

Y entonces los señores de la First National vinieron a mí, metafóricamente hablando, sombrero en mano. El señor Gordon, uno de los vicepresidentes y propietario de gran número de cines de los estados del Este, dijo: «Quiere usted un millón y medio de dólares y nosotros ni siquiera hemos visto la película». Convine en que tenían algo de razón, de modo que llegamos a un arreglo para que se proyectase la película.

Fue una noche lúgubre. Veinticinco exhibidores de la First National llenaban la sala de proyección, como si asistieran a una investigación judicial relacionada con un asesinato. Era un grupo de hombres desangelados, escépticos y antipáticos.

Empezó la película. El título preliminar era: «Una película con una sonrisa y quizá una lágrima». «No está mal», dijo el señor Gordon, tratando de mostrar su magnanimidad.

Desde la proyección efectuada en Salt Lake City había ganado cierta confianza; pero antes de llegar a la mitad de la película aquella confianza se vino abajo; allí donde el filme había hecho reír a carcajadas al público, solo se oían una o dos risitas. Cuando terminó y se encendieron las luces se hizo un silencio momentáneo. Luego empezaron todos a desperezarse, a parpadear y a hablar de otras cosas.

—¿Qué vas a hacer esta noche, Harry?

—Llevaré a mi mujer a cenar al Plaza, y luego iremos al espectáculo de Ziegfeld.

—He oído que está muy bien.

—¿Quieres venir con nosotros?

—No; me marcho de Nueva York esta noche. Quiero estar de vuelta para la graduación de mi hijo.

Durante toda esta charla se me pusieron los nervios de punta.

—Bien —dije por fin, alzando la voz; ¿cuál es su «veredicto», señores?

Algunos se removieron, azorados; otros miraron el suelo. El señor Gordon, que sin duda era el portavoz de todos ellos, empezó a pasear lentamente de un lado a otro. Era un hombre rechoncho y pesado, con una cara redonda, parecida a la de un búho, y gafas de gruesos cristales.

—Bueno, Charlie —me dijo—, tendré que discutirlo con mis socios.

—Sí, ya lo sé —repliqué enseguida—. Pero ¿qué le ha parecido la película?

Dudó un momento y luego dijo, riendo entre dientes:

—Charlie, estamos aquí para comprarla, no para decir si nos ha gustado.

Esta observación dio lugar a una o dos risotadas.

—No les cobraré más si les gusta —dije.

Dudó.

—Con franqueza, esperaba algo más.

—¿Qué esperaba usted?

—Mire, Charlie —dijo con lentitud—, para un millón y medio de dólares…, bueno…, no creo que sea para tanto.

—¿Qué quería usted? ¿El derrumbamiento del puente de Londres?

—No. Pero… para un millón y medio… —Su voz se quebró en un *falsetto*.

—Bien, señores; ese es el precio. Pueden tomarlo o dejarlo —dije con impaciencia.

J. D. Williams, el presidente, se acercó, se hizo cargo de la situación y comenzó a darme jabón.

—Charlie, me parece maravillosa. Es humana, diferente. —No me gustó el «diferente»—. Solo le pido que tenga un poco de paciencia y arreglaremos esta cuestión.

—No hay nada que arreglar —dije con brusquedad—. Les doy una semana para que se decidan.

Después de como me habían tratado ya no sentía ningún respeto por ellos. Sin embargo, pronto se decidieron, y mi abogado llegó a un acuerdo, estipulando que yo percibiría el cincuenta por ciento de los beneficios después de que ellos hubieran recuperado su millón y medio. Se alquilaría por un plazo de cinco años, pasados los cuales la película volvería a ser de mi propiedad, como mis otras películas.

Tras haber puesto un poco de orden en mis asuntos íntimos y los negocios, tenía la impresión de flotar. Había vivido como un recluso, escondiéndome durante varias semanas, rodeado únicamente de las cuatro paredes de mi habitación del hotel. Después de leer el artículo sobre mi aventura con el taxista, mis amigos empezaron a llamarme, y volvió a iniciarse una maravillosa vida, libre y despreocupada.

La hospitalidad de Nueva York se volcó sobre mí. Frank Crowninshield, director de *Vogue* y de *Vanity Fair*, fue mi cicerone por la resplandeciente vida de Nueva York; y Condé Nast, propietario de dichas revistas, dio las fiestas más esplendorosas. Vivía en un gran apartamento en Madison Avenue, donde se reunía la élite de las artes y de la riqueza, y que ornaba a veces la flor y nata de las chicas del Ziegfeld Follies, incluidas la adorable Olive Thomas y la bella Dolores.

En el Ritz, donde me hospedaba, me moví entre emocionantes acontecimientos. Durante todo el día llamaban por teléfono para invitarme. ¿Querría pasar el fin de semana aquí, asistir a unas carreras de caballos allá? Todo era muy poco original, pero me gustaba. Nueva York estaba para mí plagado de intrigas novelescas, cenas a medianoche, almuerzos y comidas, que se agolpaban en todo momento; incluso recibía invitaciones para desayunos. Había desflorado la superficie de la alta sociedad neoyorquina, y ahora deseaba penetrar en el tejido subcutáneo de Greenwich Village.

Muchos actores, payasos y cantantes, cuando logran triunfar, llegan a un punto en el que desean cultivar su inteligencia; tienen sed de conocimiento intelectual. El estudioso se manifiesta entonces entre quienes menos se espera: sastres, boxeadores, camareros, camioneros, etcétera.

Recuerdo haber hablado en casa de un amigo de Greenwich Village acerca de la irritación que supone buscar la palabra precisa para expresar lo que uno piensa. Yo sostenía que el diccionario corriente era inadecuado. «Seguramente podría idearse una forma de lograrlo —dije—, merced a un cuadro lexicográfico de las ideas, desde las palabras abstractas a las concretas, hasta llegar, mediante unos procedimientos deductivos e inductivos, a la palabra apropiada para expresar lo que uno piensa.» «Ese libro existe —dijo un camionero negro—: El *Thesaurus*, de Roget.»

Un camarero que trabajaba en el hotel Alexandria solía citar a Karl Marx y a William Blake a cada plato que me servía.

Un acróbata, que tenía un tremendo acento de Brooklyn, me recomendó la *Anatomía de la melancolía*, de Burton, diciendo que Shakespeare estaba influido por él, y también Samuel Johnson. «Pero puede usted saltarse el latín», agregó.

Junto a ellos yo era intelectualmente un compañero de viaje. Desde mis días del vodevil había leído muchos libros, aunque no de cabo a rabo. Como soy un lector lento, me salto pasajes. Una vez que me he familiarizado con la tesis y el estilo de un autor, invariablemente pierdo interés en él. He leído los cinco volúmenes de la *Vidas paralelas*, de Plutarco, palabra por palabra; pero las encontré poco edificantes en relación con el esfuerzo que exigen. Leo con juicio, y algunos libros una y otra vez. A lo largo de los años he pasado a saltos sobre Platón, Locke, Kant y la *Anatomía de la melancolía*, de Burton, y de este modo fragmentado he recogido todo lo que quería.

En Greenwich Village conocí a Waldo Frank, ensayista, historiador y novelista; a Hart Crane, el poeta; a Max Eastman, director de la revista *The Masses*; a Dudley Field Malone, brillante abogado e inspector general de los muelles de Nueva York, y a su mujer, Margaret Foster, la sufragista. También cené en el restaurante Christine, donde conocí a varios miembros de los Provincetown Players, que almorzaban allí regularmente durante los ensayos de *El emperador Jones*, una obra de teatro escrita por un joven dramaturgo, Eugene O’Neill (que tiempo después sería mi suegro). Me enseñaron su teatro, un sitio no mayor que una cuadra para seis caballos.

Llegué a conocer a Waldo Frank gracias a su libro de ensayos *Nuestra América*, publicado en 1919. Uno de sus ensayos sobre Mark Twain es un análisis profundo y penetrante del hombre; de paso diré que Waldo fue la primera persona que escribió sobre mí en serio. Así que, por supuesto, nos hicimos muy buenos amigos. Waldo es una mezcla de historiador y místico y su perspicacia ha penetrado profundamente en el alma de las Américas: la del Norte y la del Sur.

En el Village pasamos juntos noches interesantes. A través de Waldo conocí a Hart Crane, y cenamos a menudo en el piso de Waldo del Village, hablando hasta la hora del desayuno de la mañana siguiente. Eran conversaciones apasionadas y los tres

nos esforzábamos mentalmente en lograr una definición sutil de nuestro pensamiento.

Hart Crane era muy pobre. Su padre, un millonario fabricante de caramelos, quería que Hart se ocupara de su negocio y trataba de desanimar su inspiración poética, por lo que no le concedía ayuda económica alguna. Carezco de oído y de gusto para la poesía moderna; pero mientras escribía este libro leí *El puente*, de Hart Crane, una obra muy emotiva, extraña e intensa, llena de punzante angustia y de una fantasía aguda y tajante, que para mí resultaba demasiado estridente. Quizá esa excesiva estridencia estaba en el propio Hart Crane. Sin embargo, era de una cordial amabilidad.

Discutimos sobre la finalidad de la poesía. Yo dije que era una carta de amor dirigida al mundo. «Un mundo muy pequeño», replicó Hart con tristeza. Él decía que mi obra estaba dentro de la tradición de la comedia griega. Le confesé que había tratado de leer una traducción inglesa de Aristófanes, pero que fui incapaz de terminarla.

Finalmente, concedieron a Hart una beca Guggenheim; pero llegó demasiado tarde. Después de muchos años de pobreza y olvido, se había dado a la bebida y a la disipación, y cuando regresaba a Estados Unidos procedente de México en un barco de pasajeros se arrojó al mar.

Unos años antes de suicidarse me envió un ejemplar de sus poemas breves, titulado *White Buildings*, publicado por Boni and Liveright. En la guarda escribió: «A Charles Chaplin, en recuerdo de *El chico*. Hart Crane, 20 de enero de 1928». Un poema se titulaba «Chaplinesca», y lo transcribo a continuación:

Humildemente nos adaptamos
y contentamos con los consuelos azarosos
que deposita el viento
en los bolsillos desvencijados, demasiado amplios.

Porque aún podemos amar el mundo
cuando encontramos un gatito hambriento en nuestro umbral.
Y le buscamos cobijo contra la furia callejera,
cobijo en un cálido brazo doblado.

Nos apartaremos a un lado,
y en la mueca postrera
evitaremos la condena de ese pulgar inevitable
que dirige hacia nosotros su arrugada piel,
y haremos frente a la torva mirada,
¡con qué inocencia y con cuánta sorpresa!

Y, sin embargo, estas delicadas caídas
no son más falaces que las piruetas de un flexible bastón.
Realmente, no son nuestras exequias una consumación;
podemos eludirlas, huir de todo, menos del corazón.
¿Y qué vamos a hacerle si el corazón sigue viviendo?

El juego exige afectadas sonrisas.
Pero hemos visto la luna en calles solitarias
convirtiendo en cáliz un cubo de basura vacío.
Y entre todos los ruidos de alegría y de búsqueda,
hemos oído un gatito maullar en la soledad.

Dudley Field Malone dio una interesante fiesta en el Village. Invitó a Jan Boissevain, el industrial alemán; a Max Eastman y a otros. Uno de los invitados, un tipo interesante, que fue presentado como «George» (nunca supe su verdadero nombre), parecía muy nervioso y excitado. Más adelante alguien me contó que había sido un gran favorito del rey de Bulgaria, quien costeó su educación en la Universidad de Sofía. Pero George rechazó aquella tutela real y se convirtió en un rojo. Emigró a Estados Unidos y se unió al sindicato de los Trabajadores Industriales del Mundo, y, finalmente, fue condenado a veinte años de cárcel. Cumplió dos y ganó un recurso para que se celebrase un nuevo juicio; mientras tanto quedó en libertad bajo fianza.

Jugábamos a las adivinanzas, y como yo lo miraba, Dudley Field Malone me susurró: «No tiene ninguna probabilidad de ganar el recurso».

George, envuelto en un mantel, imitaba a Sarah Bernhardt. Nos reímos; pero por dentro muchos estaban pensando, como yo, que tendría que volver a la cárcel otros dieciocho años.

Fue una velada rara, y cuando me disponía a marcharme George me llamó:

—¿Qué prisa tienes, Charlie? ¿Por qué te vas tan pronto?

Lo llevé aparte. Resultaba difícil saber qué decir.

—¿Puedo hacer algo por ti? —murmuré.

Agitó la mano como si apartase el pensamiento y luego me estrechó la mía, diciendo emocionado:

—No te preocupes por mí, Charlie; no me pasará nada.

Hubiera deseado quedarme más tiempo en Nueva York, pero tenía que trabajar en California. En primer lugar, quería terminar cuanto antes mi contrato con la First National, porque estaba ansioso de empezar con la United Artists.

El regreso a California fue un poco deprimente después de la libertad, la brillantez y la fascinante vida intensa que había llevado en Nueva York. El problema de terminar cuatro películas de dos rollos para la First National se me presentaba

como una tarea insuperable. Durante varios días estuve sentado en el estudio, ejercitando el hábito de pensar. Como tocar el violín o el piano, el pensamiento necesita practicarse todos los días, y yo había perdido la costumbre.

Me había recreado demasiado en la vida calidoscópica de Nueva York y no podía concentrarme. De modo que con mi amigo inglés, el doctor Cecil Reynolds, decidí ir a la isla Santa Catalina a pescar un poco.

En aquel tiempo Santa Catalina era un paraíso para los pescadores. Avalon, su viejo pueblo soñoliento, tenía dos pequeños hoteles. La pesca era buena durante todo el año. Si pasaba un banco de atunes, no había una sola barca que alquilar. Muy de mañana alguien gritaba: «¡Aquí están!». El atún, con un peso que oscilaba entre las treinta y las trescientas libras la pieza, solía chapotear y colear hasta donde alcanzaba la vista. El hotel dormido se convertía en un súbito torbellino de excitación; apenas había tiempo para vestirse, y si te encontrabas entre los afortunados que habían contratado una barca por adelantado, te dejabas caer en ella, abrochándote todavía los pantalones.

En una de esas ocasiones el doctor y yo pescamos ocho atunes antes del almuerzo, cada uno de los cuales pesaba más de treinta libras. Pero tan repentinamente como aparecían desaparecían, y teníamos que volver a la pesca normal. A veces pescábamos con un barrilete atado al sedal, que sostenía el cebo, un pez volador que se agitaba sobre la superficie del agua. Este tipo de pesca era emocionante, pues se podía ver al atún agitarse, haciendo un remolino de espuma alrededor del cebo, y luego había que ir rápidamente hacia él y perseguirlo durante un par de cientos de pies o más.

Los peces espada capturados en Santa Catalina pesan de cien a seiscientas libras. Esta clase de pesca es más delicada. El sedal está libre, y el pez espada muerde suavemente el cebo, una pequeña albacora o un pez volador, y se aleja nadando con él unas cien yardas. Luego se inmoviliza y hay que detener la barca y esperar un minuto para darle tiempo a tragar el cebo, devanando despacio, hasta que el sedal se pone tenso. Después se le dan dos o tres sacudidas fuertes y comienza la función. Se aleja cien yardas o más; el sedal chirría, a continuación se para; hay que soltar a toda prisa el cordel, pues si no se rompería como si fuera un hilo de algodón. Si el pez espada da un súbito viraje mientras está corriendo, la fricción del agua cortará el sedal. Empieza a saltar de veinte a cuarenta veces por encima del agua, sacudiendo la cabeza como un bulldog. Por fin se zambulle. Entonces comienza la dura tarea de sacarlo. El pez espada que capturé pesaba ciento setenta y seis libras y solo tardé veintidós minutos en izarlo a bordo.

Fueron unos días apacibles; el doctor y yo estuvimos largo rato sosteniendo nuestras cañas de pescar y dormitando en la popa de la barca durante aquellas bellas mañanas, con la niebla flotando sobre el océano y el horizonte confundiéndose con el mar infinito; en medio del inmenso silencio destacaba el grito de las gaviotas y el monótono ruido del escape de nuestra motora.

El doctor Reynolds era un genio en neurocirugía y había conseguido resultados milagrosos en esa especialidad. Seguí muchos de los casos. Uno fue el de una niña con un tumor cerebral; había llegado a sufrir veinte ataques al día y estaba degenerando hacia la subnormalidad. Gracias a la intervención quirúrgica de Cecil recobró la salud por completo y fue una estudiante brillante.

Pero Cecil era un fan. Su obsesión era el arte dramático. Aquella insaciable pasión fue la causa de nuestra amistad. «El teatro sostiene al alma», solía decir. Yo apostillaba a menudo que su trabajo como cirujano era un sostén más que suficiente. ¿Podía haber nada más dramático que hacer de una idiota babeante una brillante estudiante?

«Todo se reduce a saber dónde están las fibras nerviosas —decía Reynolds—; pero actuar en el teatro es una experiencia psíquica que dilata el alma.»

Le pregunté por qué se había dedicado a la neurocirugía.

«Por el dramatismo que entraña», me contestó.

Interpretaba con frecuencia papeles de poca importancia en la compañía de aficionados de Pasadena. También hizo el papel del clérigo que visita la cárcel en mi película *Tiempos modernos*.

Cuando regresé de Santa Catalina me llegaron noticias de que la salud de mi madre había mejorado, y puesto que la guerra había terminado, podíamos llevarla sin miedo a California. Envié a Tom a Inglaterra para que la acompañase en la travesía. Fue inscrita en la lista de pasajeros con otro nombre.

Durante el viaje se comportó de un modo totalmente normal. Cenaba todas las noches en el comedor principal, y a lo largo del día participaba en los juegos de cubierta. A su llegada a Nueva York se mostró encantadora, con pleno dominio de sus facultades, hasta que el jefe del Departamento de Inmigración la saludó:

—¡Bien, bien, señora Chaplin! ¡Por supuesto, es un placer conocerla! ¿De manera que es usted la madre de nuestro famoso Charlie?

—Sí —dijo mi madre con amabilidad—, y usted es Jesucristo.

La cara del funcionario fue todo un poema. Vaciló, miró a Tom y luego dijo cortésmente:

—¿Le importaría venir conmigo un momento, señora Chaplin?

Tom se dio cuenta de que habría problemas. Sin embargo, después de muchas formalidades, el Departamento de Inmigración fue lo bastante amable para dejar pasar a mi madre con un permiso que debería renovarse cada año, a condición de que no dependiese del Estado.

No la había visto desde que estuve por última vez en Inglaterra, hacía diez años; así que me quedé algo impresionado cuando una viejecita se apeó del tren en Pasadena. Nos reconoció a Sydney y a mí de inmediato y se comportó de un modo normal.

Habíamos arreglado las cosas para que viviera cerca de nosotros en un chalet, junto al mar, con un matrimonio que se encargaría de la casa y una enfermera que se

ocupase del cuidado personal de mi madre. Sydney y yo la visitábamos de vez en cuando y jugábamos con ella a las cartas por la noche. Durante el día le gustaba dar paseos en su coche. A veces iba al estudio y yo proyectaba mis películas para ella.

Por fin se estrenó *El chico* en Nueva York y tuvo un éxito enorme. Como le había profetizado a su padre el primer día que me entrevisté con él, Jackie Coogan causó sensación. Como resultado de su éxito en *El chico*, Jackie ganó en su carrera más de cuatro millones de dólares. Todos los días recibíamos recortes de críticas maravillosas; proclamaron *El chico* como una obra clásica. Pero no tuve el valor de ir a Nueva York; preferí permanecer en California y enterarme de las noticias desde allí.

Esta digresiva autobiografía no debe excluir un breve ensayo sobre el arte de hacer películas. Aunque se han escrito muchos libros valiosos sobre este tema, la mayoría de ellos tienen el inconveniente de que imponen el gusto cinematográfico del autor. Los libros de este género no deberían ser más que un formulario técnico que enseñe a conocer las herramientas del oficio. Después el estudiante con imaginación debe utilizar su propio sentido del arte respecto a los efectos dramáticos. Si el aficionado es creador, solo necesita los principios técnicos más elementales. Para un artista, resulta muy estimulante la completa libertad para realizar lo que no es ortodoxo, y por eso la primera película de muchos directores tiene a menudo frescura y originalidad.

La intelectualización de la línea y del espacio, la composición, el tiempo, etcétera, todo ello está muy bien, pero tiene poco que ver con la actuación en el cine o en el teatro, y corre el peligro de caer en un dogmatismo árido. La sencillez es siempre lo mejor.

Personalmente, detesto los trucos efectistas; por ejemplo, fotografiar a través del fuego de la chimenea, desde el punto de vista de un pedazo de carbón, o seguir a un actor por el vestíbulo del hotel como si se le escoltase en bicicleta; para mí, son efectos fáciles y superficiales. En la medida en que el público se ha familiarizado con el decorado, no hace ninguna falta hacer un *travelling* para ver a un actor moverse de un sitio a otro. Estos efectos pomposos retardan la acción, resultan aburridos y desagradables y se los ha confundido con esa fastidiosa palabra: «arte».

Mi composición de cámara se basa en la idea de facilitar la coreografía para los movimientos del actor. Cuando una cámara está en el suelo o se mueve desde la nariz del actor, es la cámara la que está actuando y no el actor. La cámara no debe entrometerse.

Ahorrar tiempo en el cine sigue siendo una virtud básica. Tanto Eisenstein como Griffith lo sabían muy bien. El montaje rápido y el fundido de una escena a otra dan dinamismo a la técnica cinematográfica.

Me sorprende oír a algunos críticos afirmar que la técnica de mi cámara está pasada de moda, que yo no he evolucionado con el paso del tiempo. ¿De qué tiempo? Mi técnica es el fruto de mi propio pensamiento, de mi propia lógica y de mi propia

perspectiva; no está influida por lo que hacen los demás. Si en el arte hay que estar en consonancia con la época, entonces Rembrandt sería un cero a la izquierda comparado con Van Gogh.

Por lo que respecta a la trama de las películas, unas pocas palabras serán suficientes para aquellos que se proponen realizar una superproducción, que, dicho sea de paso, es lo más fácil de hacer del mundo. Requiere poca imaginación o talento tanto para actuar como para dirigir. Todo lo que se necesita son diez millones de dólares, una gran multitud, trajes y escenarios complicados. Con un dispendio de cola y lona es posible hacer flotar a la lánguida Cleopatra Nilo abajo, hacer cruzar el mar Rojo a veinte mil extras o derrumbar las murallas de Jericó, todo lo cual solo depende del virtuosismo de los contratistas de construcciones. Y mientras el mariscal de campo permanece sentado en su silla de director, con el guión y un plano, sus disciplinados sargentos sudan y gruñen en el terreno, gritan órdenes a las divisiones: un silbido significa «diez mil de la izquierda»; dos silbidos, «diez mil de la derecha», y tres, «todos al ataque».

El asunto de la mayoría de estos espectáculos es Superman. El héroe puede saltar, trepar, disparar, luchar y amar mejor que ninguno de los personajes de la película. En realidad, todo problema humano se resuelve por estos métodos, excepto el pensamiento.

También diré algunas palabras sobre la dirección escénica. Al dirigir a los actores en una escena, la psicología es de gran ayuda. Por ejemplo, uno de los personajes del reparto puede unirse a la compañía en medio del rodaje de una película. Aunque sea un actor excelente, quizá esté nervioso al encontrarse en un ambiente nuevo. Aquí es donde la humildad del director puede ser de gran ayuda, como he observado con frecuencia. Aun sabiendo lo que quiero, suelo llevar al nuevo actor aparte y le confío que me siento cansado, inquieto y sin saber qué hacer en aquella escena. Inmediatamente, él olvida su propio nerviosismo e intenta ayudarme, y así logro que haga muy bien su papel.

El dramaturgo Marc Connelly me hizo en una ocasión la siguiente pregunta: «¿Cuál debe ser la actitud de un autor al escribir para el teatro? ¿Debe ser intelectual o emocional?». A mi juicio, debe ser primordialmente emocional, porque en el teatro eso es más importante que el intelecto; el teatro está ideado para eso: sus butacas, su proscenio, sus telones rojos, toda su concepción arquitectónica, se dirige a la emoción. Por supuesto, el intelecto interviene también, pero es secundario. Chéjov lo sabía, y asimismo Molnár y otros muchos dramaturgos. También conocían la importancia de lo teatral, que es fundamentalmente el arte de saber escribir una obra de teatro.

Para mí lo teatral significa el embellecimiento dramático: el arte de la aposiopesis, de los silencios, cómo cerrar con brusquedad un libro, encender un cigarrillo; los efectos fuera del escenario: un disparo, un grito, una caída, un estrépito; una entrada y una salida efectista, todos estos detalles pueden parecer poco

importantes y obvios, pero si se utilizan con sensibilidad y discreción, constituyen la poesía del teatro.

Una idea sin sentido teatral tiene escaso valor. Es más importante crear un efecto. Con sentido teatral se puede crear efecto con nada.

Un ejemplo de lo que quiero decir fue un prólogo que añadí en Nueva York a mi película *Una mujer de París*. En aquellos días todas las películas largas llevaban prólogos que duraban aproximadamente media hora. Yo no tenía ningún guión ni argumento, pero me acordé de un grabado sentimental en colores titulado *La sonata a Kreutzer*, en el cual se representaba un estudio de artistas y un grupo de bohemios sentados con aire pensativo en la penumbra, escuchando a un violinista. De modo que reproduje ese cuadro en el plató, contando solo con dos días para prepararlo.

Contraté a un pianista, un violinista, unos bailarines apaches y a un cantante, y luego utilicé todos los trucos escénicos que conocía. Los invitados se sentaban alrededor de la habitación en divanes o en el suelo, de espaldas al público, ignorándolo, y bebiendo ginebra, mientras el violinista ejecutaba su sonata. En una pausa musical se oían los ronquidos de un borracho. Una vez que el violinista había tocado, los bailarines apaches habían danzado y el cantante había entonado la canción «Auprès de ma blonde», había dos líneas de texto. Un invitado decía: «Son las tres; tengo que marcharme». Y otro: «Sí, debemos marcharnos todos», y salían. Cuando se había ido el último, el anfitrión encendía un cigarrillo y empezaba a apagar las luces del estudio, mientras de la calle llegaban voces que cantaban «Auprès de ma blonde». Cuando el plató quedaba a oscuras, iluminado solamente por la luz de la luna, que penetraba por la ventana del centro, el anfitrión se marchaba también, y mientras las voces que cantaban se iban alejando, el telón bajaba lentamente.

Durante toda esta escena trivial se podía haber oído el vuelo de una mosca. Por espacio de media hora no había hablado nadie ni había ocurrido nada más que la actuación de unos números de vodevil en el escenario. Y, sin embargo, la noche del estreno los intérpretes de ese cuadro tuvieron que salir a saludar nueve veces.

No puedo fingir que disfruto viendo una obra de Shakespeare. Mis gustos son demasiado contemporáneos. El teatro de Shakespeare exige un tipo de actuación que no me gusta ni me interesa. Tengo la impresión de escuchar una parrafada erudita.

OBERÓN:

[…] Querido duende, acércate. ¿Te acuerdas del día en que, sentados en un promontorio, escuchaba yo a una sirena llevada por un delfín, exhalando cantos tan dulces y armoniosos, que el mar turbulento se aplacaba a su voz, y las estrellas, apartándose bruscamente de sus órbitas, se acercaban a escucharla?[6]

Esto puede ser muy bello, pero yo no aprecio este tipo de poesía en el teatro. Además, no me gustan los temas shakespeareanos que requieren reyes, reinas,

personajes augustos y toda su pompa. Quizá es algo propio de mi psicología, de mi peculiar temperamento. Cuando yo luchaba por ganarme el pan, rara vez me sucedían peripecias en que el honor fuese un factor principal. No me puedo identificar con los problemas de un príncipe. La madre de Hamlet podría haberse acostado con todos los cortesanos y yo seguiría sintiendo indiferencia por el daño que había infligido a Hamlet.

En lo que respecta a mis preferencias para representar una obra, me gusta el teatro convencional, con su proscenio, que separa al público del mundo de la ficción. Me gusta que la escena aparezca porque se levanta o se abre un telón. No me gustan las obras de teatro que traspasan las candilejas y en las que participa el público; en las que un personaje, reclinado en el proscenio, explica el argumento. Aparte de ser un procedimiento didáctico, este método destruye el encanto del teatro y es una manera prosaica de suprimir la exposición.

En cuanto a los decorados, prefiero los que contribuyen a dar realismo a la escena, y nada más. Si se trata de una obra moderna sobre la vida diaria, no me gustan los planos geométricos. Estos extraños efectos me impiden creer en lo que estoy viendo.

Algunos artistas relevantes han impuesto sus efusiones escénicas hasta el punto de subordinar a ellas tanto el actor como la obra. Por el contrario, unas simples cortinas y unos escalones que se pierden en el infinito son injerencias peores aún. Apestan a erudición y gritan: «¡Dejamos una amplia parte a su noble sensibilidad e imaginación!». En una ocasión vi a Laurence Olivier vestido de etiqueta y recitando un extracto de *Ricardo III* en una función benéfica. Aunque logró crear un ambiente medieval con su destreza histriónica, la pajarita blanca y los faldones de su frac resultaban algo incongruentes.

Alguien ha dicho que el arte de actuar consiste en relajarse. Naturalmente, este principio básico puede aplicarse a todas las artes; pero un actor, en especial, debe tener un completo dominio de sí mismo y una continencia interior. Por muy intensa que sea la escena que represente, la técnica del actor debe ser tranquila y relajada, controlando y guiando la culminación y el decrecimiento de sus emociones, el hombre de fuera excitado y el de dentro controlado. Solo mediante la relajación puede un actor conseguir ese estado. ¿Cómo se relaja uno? Es difícil. Mi método es bastante personal; antes de entrar en el plató estoy siempre muy nervioso y en tensión, y en semejante estado quedo tan exhausto, que cuando tengo que aparecer me encuentro relajado.

No creo que se pueda enseñar a actuar. He visto a personas inteligentes fracasar en este empeño, y a personas estúpidas actuar muy bien. Pero el oficio de actor exige esencialmente sensibilidad. Wainewright, que fue una autoridad en estética, amigo de Charles Lamb y uno de los talentos literarios de su época, fue un asesino cruel que envenenó a sangre fría a su primo por motivos mercenarios. Aquí tenemos un ejemplo de un hombre inteligente que nunca habría llegado a ser un buen actor

porque carecía de sensibilidad.

Ser todo intelecto sin un ápice de sensibilidad puede ser la característica del criminal consumado; y ser todo sensibilidad sin nada de intelecto es el ejemplo del idiota inofensivo. Pero cuando el intelecto y la sensibilidad están perfectamente equilibrados, entonces tenemos al actor superlativo.

El elemento básico de un gran actor es que se gusta a sí mismo cuando actúa. Y no lo digo en sentido despectivo. He oído con frecuencia decir a un actor: «¡Cómo me gustaría interpretar ese papel!», dando a entender que se gustaría a sí mismo en ese papel. Esto puede ser egocéntrico; pero el gran actor está preocupado principalmente por su propio virtuosismo: Irving en *Las campanas*, Tree en el papel de Svengali, Martin Harvey en *A Cigarette Maker's Romance*, tres obras de poca altura, pero tres magníficos papeles. Sentir solo un ferviente amor por el teatro no es suficiente; deben sentirse un amor y una confianza fervientes en uno mismo.

No sé gran cosa acerca de la escuela del método.[7] Creo que se centra en el desarrollo de la personalidad, que bien podría estar poco desarrollada en algunos actores. Después de todo, actuar es pretender ser otra persona. La personalidad es una cosa indefinible, que en todo caso se trasluce por la manera de representar de un actor. Pero hay algo común a todos los métodos. Por ejemplo, Stanislasvski se esforzaba en lograr una «autenticidad interior», lo que creo significa «ser» el personaje que se representa, en lugar de «representarlo». Esto exige poseer empatía, proyectar la propia personalidad en el objeto de la contemplación a fin de comprenderlo; hay que ser capaz de sentir lo que se sentiría si el actor fuera un león o un águila, y también sentir el alma del personaje instintivamente; saber en todo momento cuáles serían sus reacciones. Esta parte del oficio de actor no se puede enseñar.

Cuando se explica un personaje a un verdadero actor o una verdadera actriz, suele bastar con una palabra o una frase: «Esto es falstaffiano» o «es una madame Bovary moderna». Cuentan que Jed Harris le dijo una vez a una actriz: «Este personaje tiene la movilidad de un tulipán negro ondulante». Aunque tal vez eso sea ir demasiado lejos.

La teoría de que se debe conocer la biografía de un personaje es innecesaria. Ningún autor puede expresar en una obra de teatro o en un personaje esos matices notables que Eleonora Duse comunicaba al público. Sería preciso para ello que tuviesen dimensiones que sobrepasaran la concepción del autor. Y, según tengo entendido, Duse no era una intelectual.

Aborrezco las escuelas y los cursos de arte dramático que alientan la reflexión y la introspección para producir la emoción adecuada. El simple hecho de que un estudiante tenga que pasar por una operación mental para alcanzar esa emoción es prueba más que suficiente de que debe desistir en el intento de ser actor.

En lo que respecta al término metafísico «verdad», tan manoseado, existen formas diferentes de ella, y una verdad es tan buena como otra. La forma clásica de

representar de la Comédie Française es tan creíble como la forma de actuar, llamada realista, en una obra de Ibsen; ambas están dentro del dominio de lo artificial y pretenden dar la ilusión de la verdad, ya que, después de todo, en el fondo de toda verdad está la semilla de la mentira.

Nunca he estudiado arte dramático; pero siendo niño tuve la suerte de vivir en una época de grandes actores, y observándolos adquirí hasta donde pude su conocimiento y experiencia. Por dotado que yo estuviera, en los ensayos me sorprendió ver lo mucho que tenía que aprender en cuanto a técnica. Incluso al principiante con talento es preciso enseñarle la técnica, pues por muchas aptitudes que tenga, necesita tecnicismo para hacer que resulten eficaces.

He descubierto que el sentido de la orientación es uno de los medios más importantes para lograr ser un buen actor; es decir, saber dónde estás y qué es lo que en todo momento debes hacer en el escenario. Cuando tienes que andar por la escena debes tener la suficiente autoridad para saber dónde detenerte, cuándo volverte, dónde quedarte en pie, cuándo y dónde sentarte, si hay que hablar a un personaje directa o indirectamente. El sentido de la orientación presta autoridad y distingue al profesional del aficionado. Cuando dirijo mis películas insisto siempre en ese método de orientación con los actores.

Al actuar, me gustan la sutileza y la sobriedad. John Drew era sin duda el compendio de ambas cosas. Elegante, divertido, sutil, tenía un gran encanto. Es fácil ser emotivo —esto se espera de un buen actor—, y, por supuesto, hay que poseer la dicción y la voz necesarias. Aunque David Warfield tenía una voz magnífica y la facultad de expresar emociones, al oírle se tenía la impresión de que hablaba sobre los diez mandamientos.

Me han preguntado con frecuencia quiénes fueron mis favoritos de la escena estadounidense. Es difícil contestar a esto, pues una elección implica insinuar que el resto de los actores eran inferiores, lo cual no es cierto. Mis favoritos no siempre fueron actores serios. Algunos eran cómicos y otros incluso animadores.

Por ejemplo, Al Jolson era un gran artista por instinto y poseía una vitalidad mágica. Era el animador más impresionante de la escena estadounidense, un cantante cómico con la cara embadurnada de negro y una potente voz de barítono. Contaba chistes triviales y cantaba canciones sentimentales. Cantara lo que cantase, hacía que te situaras a su nivel; incluso su ridícula canción «Mammy» subyugaba a todos. En las películas solo era una sombra de sí mismo; pero en 1918 estaba en la cumbre de su fama y electrizaba al público. Tenía un extraño atractivo con su cuerpo flexible, su abultada cabeza y sus penetrantes ojos hundidos. Cuando cantaba canciones como « There's a Rainbow Round My Shoulder y When I Leave the World Behind» cautivaba al público hasta el frenesí. Personificaba la poesía de Broadway, su vitalidad y su vulgaridad, sus metas y sus sueños.

El actor cómico holandés Sam Bernard, otro artista notable, se mostraba irritado por todo. «¡Los huevos! ¡A sesenta centavos la docena, y podridos! ¡El precio de la

carne de vaca! ¡Tienes que pagar dos dólares! ¡Dos dólares por un filetito delgado!» Aquí solía exagerar la delgadez del filete, como si estuviera enhebrando una aguja; luego estallaba, hacía reproches y abría mucho los brazos: «¡Recuerdo los tiempos en que uno no podía acarrear la carne de vaca que le daban por dos dólares!».

Fuera del escenario era un filósofo. Cuando Ford Sterling fue llorando diciéndole que su mujer lo engañaba, Sam dijo: «Bueno, ¿y qué? ¡También a Napoleón le engañaron las mujeres!».

A Frank Tinney lo vi cuando llegué por primera vez a Nueva York. Era el gran favorito en el Winter Garden y mantenía una intimidad confidencial con el público. Solía inclinarse por encima de las candilejas y susurrar: «La primera actriz se ha encaprichado de mí»; después miraba a hurtadillas hacia bastidores para cerciorarse de que nadie lo escuchaba, y luego volvía a dirigirse al público y le confiaba: «Es patético; esta noche, cuando ella entraba por la puerta del escenario le he dicho: “Buenas noches”, pero está tan loca por mí que no ha podido contestarme siquiera».

En ese momento la primera actriz cruzaba el escenario y Tinney se llevaba enseguida el dedo a los labios. Advertía al público que no le traicionase. La saludaba alegremente: «¿Qué hay, nena?». Ella se volvía con indignación y, muy enfadada, salía del escenario contoneándose y le tiraba el peine.

Entonces Frank murmuraba al público: «¿Qué os decía yo? Pero en privado estamos así». Y unía dos dedos. Recogía el peine y llamaba al traspunte: «Harry, ¿quieres dejar esto en nuestro camerino, por favor?».

Le volví a ver en escena unos años después y me impresionó; la musa cómica le había abandonado. Estaba tan inseguro que no podía creer que fuera la misma persona. El cambio que observé en él me inspiró más adelante la idea para mi película *Candilejas*. Quise saber por qué había perdido su espíritu y su seguridad. En *Candilejas* es a causa de la edad; Calvero se hace viejo e introspectivo y adquiere un sentido de la dignidad que le despoja de toda intimidad con el público.

Entre las actrices estadounidenses, las que yo admiraba más eran la señora Fiske, bulliciosa, chispeante e inteligente, y su sobrina, Emily Stevens, una actriz de grandes dotes, con estilo y sutileza. Jane Cowl tenía vigor e intensidad, y la señora Leslie Carter era igualmente cautivadora. Entre las actrices de comedia, me gustaba mucho Trixie Friganza y, naturalmente, Fanny Brice, cuyo gran talento para lo burlesco estaba enriquecido por su gran sentido de lo teatral. Los ingleses hemos tenido también nuestras grandes actrices: Ellen Terry, Ada Reeve, Irene Vanbrugh, Sybil Thorndike y la sagaz Pat Campbell; las he visto a todas menos a la señora Pat.

A John Barrymore se le ha considerado el prototipo de la auténtica tradición del teatro; pero John caía en la vulgaridad de llevar su talento como unos calcetines de seda sin ligas; mostraba una indiferencia que le hacía tratarlo todo de un modo bastante despectivo. Se tratara de *Hamlet* o de acostarse con una duquesa, para él todo era una broma.

En la biografía de Barrymore que escribió Gene Fowler se dice que en una

ocasión salió de una cama caliente tras una borrachera de champán para representar *Hamlet*, lo cual hizo vomitando esporádicamente entre bastidores y bebiendo más copas para entonarse. Según dicen los críticos ingleses, le aclamaron por su actuación de aquella noche como el *Hamlet* más grande de la época. Una historia tan ridícula es un insulto para la inteligencia de cualquiera.

La primera vez que hablé con John estaba en la cumbre de su éxito. Cuando entré estaba sentado, meditabundo, en una de las oficinas del edificio de la United Artists. Después de que nos presentaran, nos quedamos solos y empecé a hablar del triunfo que había obtenido al representar *Hamlet*. Le dije que *Hamlet* era más impresionante que ningún otro personaje de Shakespeare.

Reflexionó un momento. «El rey no es tampoco un mal papel. En realidad, lo prefiero a Hamlet.»

Me pareció que decía una extravagancia y me pregunté hasta qué punto era sincero. Si hubiera sido menos orgulloso y más sencillo, habría estado a la altura de los más grandes actores: Booth, Irving, Masefield y Tree. Pero estos tenían un espíritu noble y un temperamento sensitivo. Lo malo de John era el concepto novelesco e ingenuo que tenía de sí mismo. Se consideraba un genio condenado a la autodestrucción, lo que logró finalmente de una manera vulgar y ruidosa, bebiendo hasta matarse.

Aunque *El chico* fue un gran éxito, mis problemas no estaban resueltos; aún tenía que entregar cuatro películas a la First National. En un estado de desesperación total, iba de un lado a otro por el amplio almacén de atrezzo con la esperanza de encontrar algo que me proporcionara una idea: restos de antiguos decorados, la puerta de una cárcel, un piano o una escurridora. Mis ojos se fijaron en unos viejos palos de golf. ¡Ahí estaba! El vagabundo Charlot que juega al golf se convirtió en *Los ociosos*.

El argumento era sencillo. El vagabundo Charlot se dedica a todos los placeres propios de los ricos. Va al sur en busca del buen tiempo; pero viaja en los bajos de los trenes, en lugar de ir dentro. Juega al golf con pelotas que encuentra en las pistas. En un baile de disfraces se mezcla con los ricos, vestido de vagabundo, y se enamora de una guapa muchacha. Después de un novelesco desengaño logra escapar de los coléricos invitados y reemprende su camino.

Durante una de las escenas tuve un pequeño accidente con un soplete. El calor de la llama traspasó los fondillos de amianto de mi pantalón de tal forma que tuvimos que agregar otra capa de amianto. Carl Robinson vio en aquello una oportunidad para la publicidad y contó el incidente a la prensa. Aquella noche me quedé estupefacto al ver en los periódicos titulares en los que se decía que sufría graves quemaduras en la cara, en las manos y en el cuerpo. Llegaron centenares de cartas, telegramas y llamadas telefónicas. Mandé una nota desmintiendo la noticia, pero pocos diarios la publicaron. A consecuencia de ello, entre el correo que me llegó de Inglaterra encontré una carta de H. G. Wells. Decía que le había afectado mucho lo de mi

accidente, que admiraba mi trabajo y que sería lamentable que yo quedara incapacitado para seguir realizándolo. Enseguida le envié un telegrama contándole la verdad.

Cuando terminé *Los ociosos* intenté comenzar otra película de dos rollos y acaricié la idea de hacer una parodia del próspero oficio de fontanero. En la primera escena se nos veía llegar en un coche con chófer, del que nos apeábamos Mack Swain y yo. Éramos pródigamente agasajados por la bella señora de la casa, Edna Purviance, y después de habernos dado de comer y obsequiado con vino, nos conducía al cuarto de baño, donde yo comenzaba inmediatamente a trabajar con un estetoscopio, colocándolo en el suelo, auscultando las cañerías, dándoles golpecitos, como suelen hacer los médicos con los pacientes.

No pasé de ahí. No podía concentrarme. No era consciente de lo cansado que estaba. Además, en los dos últimos meses se me había despertado un insaciable deseo de visitar Londres. Soñaba con ello, y la carta de H. G. Wells era otro incentivo. Hacía diez años que había recibido una carta de Hetty Kelly. Me decía: «¿Te acuerdas de una chiquilla tonta…?». Estaba casada y vivía en Portman Square; si volvía alguna vez a Londres, ¿querría ir a verla? La carta era insípida y despertó en mí escasa emoción, si es que despertó alguna. Después de todo, en aquellos diez años me había enamorado y desenamorado varias veces. Sin embargo, no dejaría de ir a visitarla.

Le dije a Tom que hiciese las maletas y a Reeves que cerrase el estudio y diese vacaciones a la compañía. Había decidido ir a Inglaterra.

17

La noche antes de zarpar de Nueva York, di una fiesta en el café Élysée para unos cuarenta invitados, entre los que se encontraban Mary Pickford, Douglas Fairbanks y la señora Maeterlinck. Jugamos a las charadas. Douglas y Mary actuaron en primer lugar. Douglas, como un cobrador de autobús, picaba un billete y se lo daba a Mary. Para la segunda entrada representaron un salvamento. Mary gritaba pidiendo auxilio y Douglas se lanzaba al agua para salvarla y la llevaba nadando hasta la orilla del río. [8] En el acto todos gritamos: «¡Fairbanks!».

A medida que nos animábamos, la señora Maeterlinck y yo representamos la escena final de *La dama de las camelias*. La señora Maeterlinck interpretaba a Margarita y yo a Armando. Cuando se estaba muriendo en mis brazos empezó a toser, al principio suavemente y luego con ímpetu creciente. Su tos se hizo tan contagiosa que me la transmitió. Entonces empezó entre nosotros una pugna de toses. Al final fui yo quien representó la escena de la muerte en brazos de Margarita.

El día en que tenía que embarcarme me despertaron fastidiosamente a las ocho y media de la mañana. Después de un baño, desapareció la disipación nocturna, pero me sentí muy emocionado pensando que me dirigía a Inglaterra. Mi amigo Edward Knoblock, autor de *Kismet* y otras comedias, viajaba conmigo en el *Olympic*.

Una muchedumbre de periodistas subió a bordo y tuve la deprimente impresión de que se quedarían con nosotros durante todo el viaje; dos de ellos lo hicieron, pero los otros se marcharon con el práctico.

Por último me quedé solo en el camarote, que estaba repleto de flores y cestos de frutas que habían enviado mis amigos… Diez años antes había salido de Inglaterra en este mismo barco con la compañía Karno; entonces viajamos en segunda clase. Recuerdo que el camarero nos llevó a que diéramos una vuelta rápida por la zona de primera clase, para que tuviéramos una idea de cómo vivía la otra mitad. Nos habló del lujo de las suites privadas y de su precio prohibitivo, y ahora ocupaba una de ellas, y era en mi viaje de regreso a Inglaterra. Había conocido Londres como un esforzado joven de Lambeth; ahora, como hombre célebre y rico, vería Londres como

si lo contemplase por primera vez.

Llevábamos solo unas pocas horas de navegación y el ambiente ya era inglés. Todas las noches Eddie Knoblock y yo cenábamos en el restaurante del Ritz, en lugar del comedor principal. En el Ritz se servía «a la carta», con champán, caviar, pato trufado, perdiz y faisán, vino, salsas y *crêpes suzette*. Como disponía de tiempo, disfrutaba con la tontería de vestirme de etiqueta todas las noches. Tanto lujo y elegancia me hicieron comprender las delicias del dinero.

Pensé que podría dedicarme a descansar. Pero había anuncios en el tablón de avisos del *Olympic* sobre mi llegada anticipada a Londres. En medio del Atlántico empezó a amontonarse un aluvión de telegramas con invitaciones y peticiones. La histeria se concentró como una tormenta. El boletín del *Olympic* reproducía reseñas del *United News* y del *Morning Telegraph*. Uno decía: «Chaplin vuelve como un conquistador. La marcha desde Southampton a Londres parecerá una entrada triunfal romana».

Otro escribía: «Los boletines diarios acerca de la travesía del barco y de las actividades de Charlie a bordo han sido reemplazados por cablegramas de hora en hora y en las calles vocean ediciones especiales de los periódicos sobre este pequeño gran hombre de pies ridículos».

Otro informaba: «La antigua canción jacobita "Charlie is My Darling" compendia la locura Chaplin, que se ha extendido por toda Inglaterra en esta última semana, agudizándose a medida que el *Olympic* deja nudos atrás».

Un cuarto decía: «El *Olympic*, detenido por la niebla esta noche en Southampton. Y en la ciudad esperaba un ejército inmenso de adoradores que habían venido a dar la bienvenida al pequeño actor. La policía levantó barreras especiales para contener a la multitud en el puerto y durante la ceremonia cívica en la que Charlie va a ser recibido por el alcalde. […] Los periódicos, como en los días que precedieron al desfile de la victoria, señalan los lugares mejores desde donde la gente puede ver a Charlie».

No estaba preparado para esa clase de recibimiento. A pesar de que fue maravilloso y extraordinario, debería de haber retrasado mi visita hasta estar a la altura. Lo que anhelaba era volver a ver los viejos lugares familiares. Pasear tranquilamente y recorrer Londres, contemplar Kennington y Brixton, mirar hacia la ventana del número 3 de Pownall Terrace, atisbar la oscura choza donde había ayudado a los cortadores de madera, echar un vistazo a la ventana del segundo piso del 287 de Kennington Road, donde había vivido con Louise y con mi padre; ese deseo se había convertido de repente casi en una obsesión.

¡Por fin llegamos a Cherburgo! Muchas personas se quedaron en tierra y otras muchas subieron a bordo: fotógrafos y periodistas. ¿Qué mensaje llevaba yo para Inglaterra? ¿Qué mensaje para Francia? ¿Visitaría Irlanda? ¿Qué opinaba de la cuestión irlandesa? Estaba siendo metafóricamente devorado.

Dejamos Cherburgo y seguimos rumbo a Inglaterra, pero arrastrándonos,

arrastrándonos siempre con mucha lentitud. No había ni que pensar en dormir. La una, las dos, las tres y yo seguía despierto. Los motores se paraban, luego se ponían en movimiento en otra dirección, luego volvían a detenerse por completo. Oí pasos, hacia arriba y hacia abajo, en el pasillo de fuera. En tensión y totalmente despierto, miré a través de la claraboya; pero estaba oscuro, no veía nada; sin embargo, ¡oía voces inglesas!

Empezó a amanecer, y debido al cansancio me quedé dormido, pero solo durante dos horas. Después de que el camarero me trajera un poco de café caliente y los periódicos de la mañana, estaba fresco como una alondra.

Un titular decía:

EL REGRESO DEL ACTOR VA A RIVALIZAR CON EL DÍA DEL ARMISTICIO

Otro:

TODO LONDRES HABLA DE LA VISITA DE CHAPLIN

Otro:

LA LLEGADA DE CHAPLIN A LONDRES DARÁ ORIGEN A UN RECIBIMIENTO ENTUSIASTA

y en otro se leía con grandes titulares:

AQUÍ ESTÁ NUESTRO HIJO

Hubo también, naturalmente, algunos comentarios adversos:

UNA LLAMADA A LA SENSATEZ

En nombre del cielo, recobremos la sensatez. Me atrevo a decir que el señor Chaplin es una persona muy estimable. No me interesa mucho por qué la morriña del hogar, que tan grandemente le afecta en esta coyuntura, no se manifestó durante los años negros, cuando los hogares de Gran Bretaña estuvieron en peligro, bajo la amenaza de los alemanes. Puede ser cierto, como se ha dicho, que Charlie Chaplin ejercía una labor mejor haciendo trucos divertidos ante la cámara que cumpliendo tareas viriles con un fusil.

En el muelle fui recibido por el alcalde de Southampton, y luego rápidamente tomé el tren. ¡Por fin íbamos camino de Londres! Arthur Kelly, el hermano de Hetty,

estaba en mi compartimiento. Recuerdo que miraba el paisaje de la verde campiña, que pasaba mientras Arthur y yo estábamos sentados, intentando sostener una conversación. Le dije que había recibido una carta de su hermana invitándome a comer en su casa de Portman Square.

Me miró de un modo extraño y pareció incómodo. «Hetty murió; ¿no lo sabía?»

Me quedé atónito, pero en aquel momento no pude asimilar plenamente aquella tragedia, se agolpaban demasiados acontecimientos; sin embargo, tuve la impresión de que me habían arrebatado una experiencia. Hetty era la única persona del pasado a quien me hubiera gustado volver a ver, especialmente en aquellas fantásticas circunstancias.

Llegábamos a los suburbios de Londres. Ávidamente miré por la ventanilla, tratando en vano de reconocer alguna calle al pasar. Mezclado con la excitación, se ocultaba el temor de que quizá Londres hubiera cambiado mucho desde la guerra.

Mi emoción aumentaba. Parecía que todo desaparecía ante la impaciencia. ¿Impaciencia por qué? Mi mente era un caos. No podía pensar. Solo veía objetivamente los tejados de Londres, pero la realidad no estaba allí. ¡Todo era impaciencia, impaciencia!

Por fin, advertimos ese rumor enclaustrado de las estaciones de ferrocarril: ¡Waterloo! Cuando bajé del tren vi al final del andén grandes multitudes acordonadas y filas de policías. Todo era alta tensión, ambiente vibrante. Y aunque estaba por encima de mis posibilidades asimilar nada que no fuera la excitación, fui consciente de que me agarraban, me hacían cruzar el andén como si me condujeran detenido. Cuando nos aproximábamos a las multitudes acordonadas la tensión empezó a disiparse: «¡Aquí está! ¡Aquí está! ¡El viejo Charlie!». Empezaron a aplaudir. En medio de aquel alboroto me metieron en una limusina con mi primo Aubrey, al que no veía desde hacía quince años. No tuve la presencia de ánimo suficiente para protestar de que se me escamoteara a la multitud que había esperado durante tanto tiempo para verme.

Le dije a Aubrey que se cerciorara de que pasaríamos por el puente de Westminster. Al salir de Waterloo y cruzar York Road noté que las viejas casas habían desaparecido y en su lugar se erigía una nueva estructura, el edificio L. C. C. Pero cuando doblamos la esquina de York Road ¡apareció el puente de Westminster como un repentino resplandor! No había cambiado nada; su solemne Parlamento se erigía tranquilo y eterno. Toda la escena era exactamente igual a como yo la había dejado. Estuve a punto de echarme a llorar.

Elegí el hotel Ritz porque lo habían construido cuando yo era niño, y al pasar ante su entrada había tenido una visión del áureo y espléndido interior, y desde entonces sentí curiosidad por saber qué aspecto tendría el resto.

Una enorme multitud me esperaba frente al hotel y pronuncié un breve discurso. Cuando por fin me hallé instalado en mis habitaciones, mi impaciencia por salir solo

era insoportable; pero la multitud avasalladora estaba fuera, para darme la bienvenida, y tuve que salir al balcón varias veces y, como un personaje regio, agradecer sus vítores. Es difícil describir lo que se experimenta en esas circunstancias extraordinarias.

Mi suite estaba abarrotada de amigos, pero mi único deseo era escapar de ellos. Dieron las cuatro de la tarde, de modo que les dije que iba a dormir la siesta y que les vería por la noche para cenar.

En cuanto se marcharon me cambié apresuradamente de traje, bajé en el montacargas y salí por la puerta de atrás sin que nadie lo advirtiera. Fui a toda prisa hasta Jermyn Street, cogí un taxi, pasé por Haymarket, atravesé Trafalgar Square, pasé por Parliament Street y llegué al puente de Westminster.

El taxi dio la vuelta a una esquina y ¡por fin me encontré en Kennington Road! ¡Allí estaba! ¡Increíble! Nada había cambiado. ¡Allí estaba la iglesia de Cristo, en la esquina de Westminster Bridge Road! ¡Allí estaba el bar Tankard, en la esquina de Brook Street!

Hice parar el taxi un poco antes de llegar al número 3 de Pownall Terrace. Una extraña calma se apoderó de mí cuando me encaminé hacia la casa. Me detuve un momento, captando la escena. ¡Pownall Terrace, 3! Allí estaba, con la apariencia de una vieja calavera descarnada. Miré hacia las dos ventanas de arriba; la buhardilla donde mi madre se sentaba, débil y mal alimentada, perdiendo poco a poco la razón. Las ventanas estaban cerradas herméticamente. No revelaban secretos y parecían indiferentes al hombre que estaba allí parado, que las escudriñó durante largo rato. Y, sin embargo, su silencio era más elocuente que las palabras. Por fin llegaron algunos chiquillos y empezaron a dar vueltas a mi alrededor, y tuve que marcharme.

Me encaminé hacia las cuadras que están detrás de Kennington Road, donde solía ayudar a los aserradores. Pero habían sido cercadas con muros de ladrillos y los madereros habían desaparecido.

Luego fui hacia el 287 de Kennington Road, donde Sydney y yo habíamos vivido con mi padre, Louise y su hijo. Miré hacia las ventanas del segundo piso de la habitación, tan familiar a mi desesperación infantil. ¡Qué inofensivas parecían ahora, tranquilas y enigmáticas!

Después me dirigí a Kennington Park, y pasé por la oficina de correos, donde tenía una libreta de ahorro con sesenta libras: el dinero que había economizado desde el año 1908 y que seguía allí.

¡Kennington Park! A pesar de los años, todavía se respiraba un ambiente de tristeza. Luego, fui a ver de nuevo Kennington Gate, el lugar donde tuve mi primera cita con Hetty. Me detuve un momento para contemplar un tranvía que se paraba. Algunas personas subieron, pero nadie bajó de él.

A continuación me dirigí hacia Brixton Road, al número 15 de Glenshaw Mansions, el piso que habíamos amueblado Sydney y yo. Pero mis emociones se habían disipado; solo prevalecía la curiosidad.

En el camino de vuelta me detuve en Horns para beber algo. En sus tiempos había sido un establecimiento bastante elegante, con su mostrador de brillante caoba, grandes espejos y sala de billar. En el amplio salón se hizo el último número de beneficencia para mi padre. Ahora Horns se veía un poco destartalado, pero todo estaba intacto. Cerca de allí se encontraba el sitio donde seguí mis dos años de escuela: la Kennington County Council School. Atisbé por el patio de recreo; su masa gris de asfalto había quedado invadida por unos edificios contiguos.

Mientras vagabundeaba por Kennington todo cuanto había vivido en aquel barrio me parecía un sueño, y lo que me había ocurrido en Estados Unidos era la realidad. Sin embargo, tuve una sensación de ligero malestar pensando en que quizá aquellos amables caminos de la pobreza tuvieran todavía el poder de atraparme en las arenas movedizas de su desesperanza.

Se han escrito muchas tonterías respecto a mi profunda melancolía y a mi afán de soledad. Quizá nunca he necesitado muchos amigos. La celebridad los atrae en masa. Me gustan los amigos como me gusta la música, cuando estoy de humor para ello. Ayudar a un amigo que se encuentra necesitado es fácil, pero no siempre es oportuno concederle nuestro tiempo. En la cumbre de mi popularidad, los amigos y los conocidos se amontonaban de forma excesiva. Como a la vez soy extrovertido e introvertido, cuando predominaba lo último tenía que evadirme de todos. Quizá eso explique los artículos en que se dice que soy esquivo, solitario e incapaz de una amistad sincera. Son tonterías. Tengo uno o dos amigos muy buenos que iluminan mi horizonte; y cuando estoy con ellos paso generalmente ratos muy agradables.

Sin embargo, mi personalidad ha sido ensalzada o desacreditada según las disposiciones de ánimo del escritor. Por ejemplo, Somerset Maugham ha escrito:

Charlie Chaplin […] su humor es simple, suave y espontáneo. Y, sin embargo, da la impresión de que en el fondo de ello hay una profunda melancolía. Es una criatura de humor variable, y no es preciso recordar su jocosa afirmación: «Anoche tuve tal ataque de nostalgia que no sabía qué hacer conmigo mismo», para hacernos comprender que su humor está emparejado con la tristeza. No da la impresión de ser un hombre feliz. Tengo la sensación de que siente nostalgia de los suburbios. La celebridad de que goza y su riqueza lo aprisionan en un modo de vida donde solo halla coacción. Creo que se acuerda de la libertad de su penosa juventud, con su pobreza y sus amargas privaciones, con un ansia que sabe que nunca podrá satisfacerse. Para él las calles del sur de Londres son el escenario de aventuras juguetonas, alegres y extravagantes. […] Puedo imaginármelo entrando en su propia casa y preguntándose en nombre del cielo qué está haciendo en la morada de un extraño. Sospecho que el único hogar que considera como tal es la parte interior de un segundo piso, en Kennington Road. Una noche en que deambulaba con él por Los Ángeles, nuestros pasos se dirigieron hacia el barrio más pobre de la ciudad. Había

allí viviendas sórdidas y tiendas míseras y llamativas a la vez, en las que se vendían diversos artículos de consumo que los pobres compraban al día. Su cara se iluminó y su voz adquirió un tono animado cuando exclamó: «Esta es la verdadera vida, ¿no le parece? Todo lo demás es pura ficción».[9]

Esta manera de querer hacer atractiva la pobreza para el prójimo es molesta. Todavía no he conocido a un pobre que añore la pobreza o que encuentre libertad en ella. Ni el señor Maugham puede convencer a ningún pobre de que la celebridad y la excesiva riqueza son coactivas. No encuentro ninguna coacción en la riqueza; por el contrario, encuentro en ella mucha libertad. No creo que Maugham pudiera atribuir estas falsas ideas a ningún personaje de sus novelas, ni siquiera a los más secundarios. Tal locuacidad engolada en frases como «las calles del sur de Londres son el escenario de aventuras juguetonas, alegres y extravagantes» poseen el matiz de una burla desenvuelta, a lo María Antonieta.

La pobreza no me parece atractiva ni edificante. No me enseñó nada, como no sea una distorsión de los valores, una supervaloración de las virtudes y las gracias de los ricos y de las llamadas clases privilegiadas.

Por el contrario, la riqueza y la celebridad me han enseñado a ver el mundo con la perspectiva adecuada; a descubrir que los hombres eminentes, cuando me acercaba a ellos, tenían tantos defectos como el resto de nosotros. La riqueza y la celebridad me han enseñado también a no considerar la espada, el bastón de paseo o la fusta de montar como sinónimos de esnobismo; a conocer el error que se puede cometer estimando por su acento universitario el mérito y la inteligencia de un hombre, y la paralizadora influencia que este mito ha forjado en la mente de la clase media inglesa, a conocer que la inteligencia no es necesariamente el resultado de la educación ni el conocimiento de los clásicos.

A pesar de las afirmaciones de Maugham, como el resto del mundo, yo soy lo que soy: un individuo, único y diferente, con una historia heredada de dictados e impulsos ancestrales; una historia de sueños, de deseos y de experiencias personales, de lo que soy la suma total.

Tras mi llegada a Londres estuve constantemente en compañía de amigos de Hollywood. Quería un cambio, experiencias nuevas y nuevas caras; quería sacar partido del hecho de ser una celebridad. Tenía una sola cita, y era con H. G. Wells. Después de lo cual estaba completamente libre, con la vaga esperanza de conocer a otras personas.

—He organizado una cena en tu honor en el Garrick Club —me dijo Eddie Knoblock.

—Actores, artistas y autores —dije jocosamente—. Pero ¿dónde está esa clase inglesa tan cerrada, esas casas de campo y esas reuniones particulares, a las que no se me ha invitado?

Quería conocer esa rara esfera de la vida ducal. No es que fuera un esnob, pero sí era un turista que quería verlo todo.

El Garrick Club tenía un ambiente de claroscuro entre sus paredes de severo roble y sus óleos; era un puerto sombrío, en el que conocí a sir James Barrie, E. V. Lucas, Walter Hackett, George Frampton, Edwin Lutyens, Squire Bancroft y otros ilustres caballeros. Aunque fue una reunión aburrida, me quedé muy conmovido por el tributo enternecedor de la presencia de aquellos distinguidos varones.

Pero tenía la impresión de que la velada no marchaba bien. Cuando las personas ilustres se reúnen, la ocasión requiere cierta capacidad de congeniar, y esto era algo difícil de conseguir cuando el invitado de honor era un advenedizo célebre, que insistió en que no hubiera discursos después de la comida; quizá fuera eso lo que faltaba. Durante la cena el escultor Frampton intentó crear un tono de frivolidad y estuvo encantador; pero le resultó difícil brillar en la lobreguez del Garrick Club, mientras que el resto de los presentes comíamos jamón cocido y pudin dulce.

En mi primera entrevista con la prensa inglesa dije sin pensar que había vuelto para visitar los lugares de mi niñez inglesa y para volver a saborear las anguilas guisadas a la marinera y el pudin. A consecuencia de aquello me dieron pudin en el Garrick Club, en el Ritz, en casa de H. G. Wells; incluso en la opulenta comida de sir Philip Sassoon el postre fue bizcocho de melaza.

La reunión acabó pronto, y Eddie Knoblock me susurró al oído que a sir James Barrie le gustaría que fuéramos a su piso de Adelphi Terrace a tomar una taza de té.

El piso de Barrie era como un estudio: una amplia habitación con una bella vista sobre el Támesis. En el centro de la estancia había una estufa redonda con un tubo que subía hasta el techo. Nos llevó a una ventana que daba a una estrecha callejuela y nos señaló otra ventana que había enfrente. «Ese es el dormitorio de Shaw —dijo maliciosamente con su acento escocés—. Cuando veo la luz encendida tiro huesos de cereza o de ciruela a la ventana. Si él quiere charlar, la abre y cotilleamos un poco, y si no tiene ganas de hablar, no hace caso o apaga la luz. Generalmente tiro tres veces y luego lo dejo correr.»

La Paramount iba a filmar *Peter Pan* en Hollywood. «*Peter Pan* —le dije a Barrie — tiene más posibilidades como película que como obra de teatro», y él estuvo de acuerdo. Le interesaba, sobre todo, una escena en la que se veía a Wendy empujar a escobazos a unas hadas dentro de la corteza de un árbol. Aquella noche Barrie también me dijo:

—¿Por qué intercaló usted la escena del sueño en *El chico*? Interrumpía el curso de la trama.

—Porque estaba influido por *Un beso para Cenicienta* —contesté con franqueza.

Al día siguiente Eddie Knoblock y yo fuimos de compras, y después Eddie sugirió que visitáramos a Bernard Shaw. No habíamos sido citados. «Nos dejaremos caer», dijo Eddie. A las cuatro en punto Eddie tocaba el timbre de la puerta de Adelphi Terrace. Mientras esperábamos sentí temor. «Ya vendremos otro día», dije, y

eché a correr, seguido por Eddie, que me aseguraba en vano que todo saldría bien. Hasta 1931 no tuve el placer de conocer a Shaw.

A la mañana siguiente me despertó el teléfono, que sonaba en el cuarto de estar, y luego oí la voz metálica de mi secretario estadounidense: «¿Quién?… ¡El príncipe de Gales!».

Eddie estaba allí, y, como pretendía ser muy versado en protocolo, cogió el auricular. Oí una voz que decía: «¿Está usted ahí? ¡Oh, sí! ¿Esta noche? ¡Gracias!».

Anunció muy excitado a mi secretario que al príncipe de Gales le agradaría que el señor Chaplin cenara con él aquella noche, y se dirigió a mi habitación.

—No lo despierte —dijo mi secretario.

—¡Santo Dios, hombre; es el príncipe de Gales! —dijo Eddie con gran indignación, y lanzó un largo discurso sobre la etiqueta británica.

Un momento después oí girar el picaporte de mi habitación y fingí que acababa de despertarme. Eddie entró y me anunció, conteniendo su excitación con una falsa indiferencia: «Tienes que estar libre a la noche; te ha invitado a cenar el príncipe de Gales».

Fingiendo una indiferencia similar, le dije que sería difícil, pues aquella noche tenía ya una cita para cenar con H. G. Wells. Haciendo oídos sordos, Eddie repitió el mensaje. Por supuesto, yo estaba tan emocionado como él. ¡Pensar que iba a cenar con el príncipe en el palacio de Buckingham!

—Sospecho que alguien nos está gastando una broma —dije—, porque anoche leí que el príncipe estaba en Escocia, cazando.

De repente Eddie pareció desconcertado.

—Convendría, quizá, que telefonease a palacio para confirmarlo.

Volvió con un rostro inescrutable y anunció impasible:

—Es cierto; sigue en Escocia.

Los periódicos de la mañana decían que Fatty Arbuckle, mi socio en la Keystone, había sido acusado de homicidio. Era absurdo; sabía que Roscoe era un tipo jovial y de buen temperamento, que no haría daño ni a una mosca, y expuse mi opinión a la prensa cuando me hicieron una entrevista sobre aquel asunto. Al final, Arbuckle fue absuelto, pero ese episodio arruinó su carrera; aunque se rehabilitó ante el público, no pudo superar aquella prueba y al cabo de un año, o poco más, murió.

Por la tarde me había citado con Wells en las oficinas del teatro Oswald Stoll, donde íbamos a ver una película basada en una de sus narraciones. Ya en las proximidades del club advertí una densa multitud. Enseguida me encontré empujado, zarandeado y lanzado a un ascensor, y me pasaron a un despachito, donde aún había más gente.

Me desconcertó que nuestro primer encuentro se produjera en tales circunstancias. Wells estaba sentado tranquilamente junto a una mesa; sus ojos eran azul violeta, amables y chispeantes, y tenía aspecto de estar algo azorado. Antes de que pudiéramos estrecharnos la mano, un ejército de fotógrafos, armados con flashes,

surgió de todas partes. Wells se inclinó hacia mí y murmuró: «Usted y yo somos el cebo».

Luego nos acomodaron en una sala de proyección, y hacia el final de la película Wells me susurró: «¿Qué le parece?». Le dije con franqueza que no era buena. Cuando encendieron las luces Wells se inclinó con disimulo hacia mí: «Diga algo agradable sobre ese muchacho». En realidad, el joven actor George K. Arthur era el único personaje de la película que se salvaba.

La actitud de Wells ante el cine era de una afectada tolerancia. «No hay una sola película mala —decía—. ¡El hecho de que las imágenes se muevan ya es maravilloso!»

No tuvimos ocasión de hablar más en aquel momento; pero horas después, aquel mismo día, recibí un mensaje:

No se olvide de la cena. Puede esconderse en un abrigo, si le parece oportuno, y escapar disimuladamente del hotel alrededor de las siete y media, y podremos cenar en paz.

Aquella noche estaba allí Rebecca West. Al principio la conversación fue un poco tirante. Pero, por fin, empezamos a relajarnos. Wells habló de la Unión Soviética, donde había estado recientemente.

—El proceso es lento —dijo—. Es fácil publicar manifiestos idealistas, pero es más difícil llevarlos a la práctica.

—¿Cuál es la solución? —pregunté.

—La educación.

Le dije que yo no estaba bien informado sobre el socialismo y añadí en broma que veía poco mérito en un sistema en el que hay que trabajar para vivir.

—Con franqueza, prefiero un sistema que permita vivir sin trabajar.

Wells se echó a reír.

—¿Y qué me dice de sus películas?

—Eso no es trabajo. Es un juego de niños —contesté jocosamente.

Me preguntó qué pensaba hacer durante mis vacaciones en Europa. Le dije que había pensado ir a París y luego a España a ver una corrida de toros.

—Me han dicho que la técnica taurina es espectacular y bella.

—Ciertamente; pero es cruel para los caballos —dijo.

—¿Por qué preocuparse de los caballos?

Me hubiera pateado a mí mismo por hacer una observación tan tonta; eran mis nervios. Pero vi que Wells lo comprendía. Sin embargo, durante todo el camino de vuelta hasta el hotel me reproché haber sido tan estúpido.

Al día siguiente, un amigo de Eddie Knoblock, sir Edwin Lutyens, el célebre arquitecto, vino a verme al hotel. Estaba trabajando en los planos de un nuevo edificio para el gobierno en Delhi, y acababa de volver del palacio de Buckingham,

después de entrevistarse con el rey Jorge V. Había llevado consigo un modelo de váter en miniatura que funcionaba; tenía unas seis pulgadas de alto y un depósito con la capacidad de un vaso de vino, lleno de agua, que cuando se tiraba de la cadena salía como en un váter corriente. Tanto el rey como la reina se mostraron tan encantados y se habían divertido tanto tirando de la cadena y volviendo a llenar la cisterna, que Lutyens apuntó la idea de construir una casa de muñecas para albergarlo. Más adelante se puso de acuerdo con varios notables artistas ingleses a fin de que pintasen cuadros en miniatura para las habitaciones principales. Toda la instalación doméstica estaba hecha en miniatura. Una vez terminado todo, la reina permitió que se exhibiera al público y recaudó así grandes sumas de dinero para fines benéficos.

Pasado algún tiempo la marea de mis actividades sociales empezó a disminuir. Me había entrevistado con los literatos y los personajes ilustres y había visitado los lugares de mi niñez; ahora, al parecer, me quedaba poco que hacer, como no fuese meterme rápidamente en un taxi y apearme de él para escapar de la multitud, y como Eddie Knoblock se había marchado a Brighton, decidí de pronto hacer las maletas, ir a París y evadirme de todo aquello.

Nos fuimos sin hacer publicidad, o eso creí, al menos; pero en Calais una inmensa multitud nos dio la bienvenida: «¡Viva Charlot!», gritaban cuando bajaba por la pasarela. Había tenido una travesía horrible y la mitad de mi persona se quedó en el canal; sin embargo, saludé y sonreí débilmente. Fui empujado, estrujado y metido a presión en el tren. Al llegar a París fui saludado por otra gran multitud, contenida por un cordón de policías. De nuevo fui empujado y sobado con entusiasmo, y con la ayuda de la policía fui izado y empaquetado en un taxi. Resultó divertido y, francamente, disfruté con ello. Pero era más de lo que había esperado. Aunque fue un recibimiento clamoroso, la excitación que supuso me dejó agotado.

En el Claridge el teléfono sonaba persistente cada diez minutos. La que llamaba era la secretaria de la señorita Anne Morgan. Supuse que sería para hacerme alguna petición, puesto que era la hija de J. P. Morgan. De modo que procuramos librarnos de la secretaria. Pero no lo conseguí: ¿recibiría yo a la señorita Anne Morgan? No me quitaría mucho tiempo. Sucumbí, prometiendo recibirla en mi hotel a las cuatro menos cuarto. Pero la señorita Morgan llegaba con retraso, de modo que pasados diez minutos me dispuse a marcharme. Cuando cruzaba el vestíbulo, el gerente vino hacia mí, muy preocupado. «La señorita Anne Morgan está aquí para verle, señor.»

Me irritó la persistencia y audacia de la señorita Morgan, ¡y para colmo llegaba con retraso! La saludé sonriente.

—Lo siento —dije—, tengo una cita a las cuatro.

—¿De veras? —exclamó—. Bueno, no le entretendré más de cinco minutos.

Miré el reloj; eran las cuatro menos cinco.

—Quizá podíamos sentarnos un momento —dijo, y empezó a hablar mientras

buscábamos un sitio donde sentarnos en el vestíbulo—. Estoy ayudando a recaudar fondos para la reconstrucción de la Francia devastada, y si pudiéramos contar con su película *El chico* para una gala en el Trocadero, y con su asistencia a la proyección, podríamos recaudar unos miles de dólares.

Le dije que podía contar con la película para dicha ocasión, pero no conmigo para la presentación.

—Pero su presencia añadiría miles de dólares —insistió—, y estoy segura de que será usted condecorado.

Algo diabólico se apoderó de mí y la miré fijamente.

—¿Está usted segura?

La señorita Morgan se rió.

—Solo se puede estar seguro de hacer la petición al gobierno —dijo—; pero, desde luego, haré todo lo que pueda.

Miré el reloj y le tendí la mano.

—Lo siento mucho, pero tengo que irme. Sin embargo, estaré en Berlín durante los tres próximos días, de modo que puede tenerme al corriente de lo que ocurra.

Y con esta enigmática observación le dije adiós. Sé que fue malvado por mi parte, y en el momento de salir del hotel lamenté mi brusquedad.

La introducción en la escena social se da generalmente por un incidente, que, como la chispa del pedernal, prende una conflagración de actividades sociales, y de pronto te encuentras «dentro».

Recuerdo a dos damas venezolanas —unas muchachas sencillas— que me dijeron cómo habían irrumpido en la sociedad de Nueva York. En un transatlántico conocieron a uno de los Rockefeller, quien les dio una carta de presentación para unos amigos suyos, y así empezó a rodar la bola. El secreto de su éxito, me dijo una de ellas años después, fue que nunca flirtearon con hombres casados; por eso las anfitrionas neoyorquinas las adoraban e invitaban a todas partes e incluso les buscaron marido.

En lo que a mí respecta, mi entrada en los círculos aristocráticos ingleses se produjo de forma inesperada, mientras estaba tomando un baño en el Claridge. Georges Carpentier, a quien había conocido en Nueva York antes de su combate con Jack Dempsey, fue anunciado y entró en el cuarto de baño. Después de un efusivo saludo, me dijo en voz queda que había venido con un amigo que esperaba en el cuarto de estar, a quien le gustaría conocerme, un inglés que era *très important en Angleterre*. De suerte que me puse un albornoz y me reuní con sir Philip Sassoon. Fue el comienzo de una amistad íntima, que duró treinta años. Aquella noche cené con sir Philip y su hermana, que era entonces lady Rocksavage, y al día siguiente me fui a Berlín.

La reacción del público berlinés fue divertida. Allí no tenía nada salvo mi personalidad, y ni eso pudo siquiera conseguirme una mesa bien situada en un club

nocturno, pues mis películas todavía no se habían proyectado allí. Solo cuando fui reconocido por un oficial estadounidense, que con gran indignación informó al aturdido propietario de quién era yo, se nos acomodó en un lugar adecuado. También fue divertido ver la reacción del gerente cuando los que me reconocieron se congregaron en torno a nuestra mesa. Uno de ellos, un alemán que había estado prisionero en Inglaterra y que había visto allí dos o tres de mis comedias, gritó de repente: «¡Schaarlie! —y volviéndose hacia los asombrados clientes—: ¿No saben quién es? ¡Schaarlie!». Luego me abrazó y me besó histéricamente. Pero su excitación produjo poca impresión. Solo cuando Pola Negri, la estrella cinematográfica alemana, que era blanco de todas las miradas, me preguntó si quería sentarme a su mesa, se despertó un ligero interés.

Al día siguiente de mi llegada recibí un misterioso mensaje. Decía:

Querido amigo Charlie:

¡Cuántas cosas me han sucedido desde que nos vimos en Nueva York en aquella fiesta, en casa de Dudley Field Malone! Actualmente estoy muy enfermo en un hospital. ¡Por favor, venga a verme! ¡Me alegraría tanto!…

La persona que escribía aquello daba la dirección del hospital y firmaba George.

Al principio no caí en quién era. Luego recordé; era, sin duda, George, el búlgaro, obligado a volver a la cárcel, condenado a dieciocho años. Parecía obvio por el tono de la carta que todo ello iba a terminar en un «sablazo», y pensé que debería llevar unos quinientos dólares. Ante mi sorpresa, en el hospital me pasaron a una habitación espaciosa, con una mesa y dos teléfonos, donde fui saludado por dos individuos de paisano, bien vestidos, quienes, como supe después, eran los secretarios de George. Uno de ellos me introdujo en la habitación contigua, donde George estaba acostado. «¡Amigo mío! —dijo, saludándome con emoción—. ¡Me hace tanta ilusión que haya venido! ¡Nunca he olvidado su simpatía y amabilidad en la fiesta de Dudley Malone!» Luego dio a su secretario un encargo rutinario y nos quedamos solos. Como no daba ninguna explicación sobre su marcha de Estados Unidos, me pareció indiscreto preguntarle. Además, estaba muy interesado en saber cosas de sus amigos de Nueva York. No salía de mi asombro; me parecía que la situación era irreal, algo así como si hubiera saltado varios capítulos de un libro. El desenlace se produjo cuando me explicó que ahora era agente de compras del gobierno bolchevique y que estaba en Berlín para adquirir locomotoras y puentes de acero. Me fui con mis quinientos dólares en el bolsillo.

Berlín era deprimente. Todavía reinaba un ambiente de derrota, con su trágica devastación de soldados sin brazos y sin piernas mendigando en casi todas las esquinas de las calles. Empecé a recibir telegramas de la secretaria de la señorita

Anne Morgan llenos de ansiedad, pues la prensa había anunciado ya mi presencia en el Trocadero. Envié un telegrama diciendo que no había prometido asistir, y que para ser sincero con el público francés, tendría que informarle de ello.

Por último, llegó otro telegrama: «Tenga la certeza absoluta de que será condecorado si está presente; pero se ha producido una serie de maniobras y de crisis. Anne Morgan». De modo que después de pasar tres días en Berlín regresé a París.

La noche de la gala en el Trocadero estuve en el palco con Cécile Sorel, Anne Morgan y varias personas más. Cécile se inclinó hacia mí para comunicarme un gran secreto:

—Esta noche va usted a ser condecorado.

—¡Es maravilloso! —dije con modestia.

Proyectaron un aburrido documental que duró hasta el descanso. Después de sufrir un interminable aburrimiento, las luces se encendieron y dos oficiales me escoltaron hasta el palco del ministro. Varios periodistas nos acompañaron; uno de ellos, un astuto corresponsal estadounidense, murmuraba continuamente junto a mi cuello: «Te van a conceder la Legión de Honor, chico». Mientras el ministro pronunciaba su panegírico, mi amigo no cesaba en su afluencia de susurros: «Te han traicionado, muchacho; ese color no es el bueno; es el que dan a los maestros de escuela. No aceptes el beso en la mejilla por eso; te mereces la roseta roja, chico».

En realidad, estaba muy orgulloso de ser honrado con una condecoración reservada a los maestros de escuela. El diploma decía: «Charlie Chaplin, actor, artista, se le otorga el grado de Oficial de Instrucción Pública…», etcétera.

Recibí una encantadora carta de Anne Morgan dándome las gracias y me invitaba a comer al día siguiente en la Villa Trianon, de Versalles, diciéndome que me vería allí. Había un denso popurrí. El príncipe Jorge de Grecia, lady Sarah Wilson, el marqués de Talleyrand-Périgord, el comandante Paul-Louis Weiller, Elsa Maxwell y otros. No recuerdo que hubiera ningún incidente o anécdota en aquel almuerzo, pues estaba demasiado ocupado en lucir mi encanto.

A la mañana siguiente mi amigo Waldo Frank vino al hotel con Jacques Copeau, el director de un nuevo movimiento en el teatro francés. Aquella noche fuimos juntos al circo y vimos algunos payasos excelentes. Luego cenamos con la compañía de Copeau en el Barrio Latino.

Al día siguiente tenía que estar en Londres para comer con sir Philip Sassoon y lord y lady Rocksavage y para entrevistarme después con Lloyd George. Pero el avión tuvo que aterrizar en la costa francesa a causa de la niebla que había sobre el Canal, y llegamos con tres horas de retraso.

Unas palabras respecto a sir Philip Sassoon: durante la guerra había sido secretario oficial de Lloyd George. Era un hombre aproximadamente de mi edad, con una personalidad llamativa y un aspecto apuesto y exótico. Era miembro del Parlamento, en representación de Brighton y Hove, y aunque era uno de los hombres más acaudalados de Inglaterra, no le gustaba permanecer ocioso, trabajaba de firme y

hacía una vida interesante.

Cuando me encontré con él por vez primera en París yo me sentía agotado y necesitaba evadirme de la gente; además, estaba muy nervioso, y me quejé hasta del color de las paredes del hotel, que me atacaban los nervios.

Sir Philip se echó a reír:

—¿De qué color le gustarían que fueran?

—Amarillas y doradas —dije, bromeando.

Entonces me propuso que fuera a su finca de Lympne, donde estaría tranquilo y lejos de la gente. Ante mi asombro, cuando llegué descubrí que mi habitación tenía las cortinas amarillas y doradas.

Su finca era extraordinariamente hermosa. La casa estaba amueblada con atrevimiento, algo que Philip podía hacer con éxito porque tenía un gusto exquisito. Recuerdo lo impresionado que me quedé con mi lujosa suite: el calentador de mesa encendido para mantener caliente la sopa en caso de que tuviera hambre durante la noche; y por la mañana, dos fornidos mayordomos llevaron a mi habitación en un carrito una verdadera cafetería ambulante, con una gran variedad de cereales estadounidenses, filetes de pescado, beicon y huevos. Había observado que desde que viajaba por Europa no había vuelto a tomar galletas de hojaldre, y allí estaban, calientes, untadas con mantequilla y miel. Era algo que parecía sacado de *Las mil y una noches*.

Sir Philip iba de un lado para otro, dirigiendo los asuntos de la casa con una mano en el bolsillo de la chaqueta y jugueteando con las perlas de su madre, una sarta aproximadamente de una yarda de largo y cada perla del tamaño de la uña del pulgar. «Las llevo así para que se mantengan vivas», decía.

Tras reponerme de la fatiga me preguntó si me gustaría acompañarle a un hospital que había en Brighton, para visitar a los paralíticos incurables que habían sido heridos durante la guerra. Era atrozmente triste ver aquellos rostros juveniles que expresaban la pérdida de toda esperanza. Había un chico tan disminuido que tenía que pintar con la boca, la única parte de su cuerpo que podía emplear. Otro tenía los puños tan apretados que había que anestesiarle para poder cortarle las uñas, a fin de impedir que le hirieran las palmas de las manos. Algunos pacientes estaban en un estado tan terrible que no me permitieron verlos; pero sir Philip fue a visitarlos.

Después de Lympne regresamos juntos en coche a Londres, a la casa que sir Philip tenía en Park Lane, donde se celebraba su exposición anual de cuadros de los cuatro Jorges con fines benéficos. Era una magnífica mansión, con un gran invernadero, alfombrado de jacintos azules. El segundo día comimos allí; habían cambiado los jacintos y eran de otro color.

Visitamos el estudio de sir William Orpen y vimos un retrato de la hermana de Philip, lady Rocksavage, que era de una luminosa belleza. Tuve una reacción más bien negativa con respecto a Orpen, pues afectaba una mudez que me pareció arrogante.

También visité la casa de campo de H. G. Wells, en los dominios de la condesa de Warwick, donde vivía con su mujer y sus dos hijos, que acababan de llegar de Cambridge. Me habían invitado a pasar allí la noche.

Por la tarde se presentaron unos treinta miembros del claustro de profesores de Cambridge. Se sentaron en el jardín agrupados, como escolares a punto de ser fotografiados, observándome en silencio, como si yo perteneciera a una especie de otro planeta.

Por la noche la familia Wells jugó a un juego llamado animal, vegetal o mineral, con el que me pareció que me sometían a un test de inteligencia. Lo que más recuerdo son las sábanas heladas y el trayecto a la cama alumbrándome con una vela. Fue la noche más fría que he pasado en mi vida en Inglaterra. Después de haberme «deshelado», a la mañana siguiente H. G. me preguntó cómo había dormido.

—Muy bien —le dije cortésmente.

—Muchos huéspedes se han quejado de que su habitación es muy fría —dijo con ingenuidad.

—¡No diría que es fría, sino helada!

Wells se echó a reír. Unos cuantos recuerdos más de aquella visita a H. G.: su pequeño y sencillo estudio, oscurecido por la sombra de los árboles de fuera, junto a la ventana; su anticuado e inclinado escritorio; su bella y delicada esposa enseñándome una iglesia del siglo XI; nuestra charla con un viejo grabador, que estaba sacando moldes en bronce de algunas lápidas; los ciervos que vagaban en manadas cerca de la casa; la observación de Saint John Ervine durante la comida con respecto al impresionante descubrimiento de la fotografía en color, y yo expresando mi abominación; H. G. leyendo una conferencia de un profesor de Cambridge, y yo diciendo que su estilo prolijo sonaba como si lo hubiera escrito un monje en el siglo XV, y las anécdotas de Wells sobre Frank Harris. Wells me contó que cuando era un esforzado joven escritor había escrito uno de los primeros artículos científicos que trataba de la cuarta dimensión y que lo ofreció, sin éxito, a varios editores de revistas. Por fin, recibió unas líneas de Frank Harris rogándole que lo visitase en su oficina.

«Aunque no estaba boyante —dijo Wells—, me compré para aquella ocasión un sombrero de copa de segunda mano. Harris me saludó con un: “¿Dónde demonios ha adquirido usted ese sombrero? ¿Y por qué demonios cree que puede vender artículos de ese género a alguna revista?”. Tiró mi manuscrito sobre el pupitre: “¡Es demasiado inteligente! ¡No hay mercado para la inteligencia en este negocio!”. Había colocado cuidadosamente mi sombrero en la esquina de su mesa, y durante nuestra entrevista, Frank no dejaba de golpear el pupitre para enfatizar sus palabras, de modo que mi sombrero de copa saltaba de un lado para otro. Me aterraba que en cualquier momento su puño pudiera caer en él. No obstante, se quedó mi artículo y me hizo otros encargos.»

En Londres conocí a Thomas Burke, autor de *Noches de Limehouse*. Burke era un hombrecillo tranquilo e impenetrable, con una cara que me recordaba el retrato de

Keats. Solía sentarse inmóvil, mirando rara vez a la persona con quien hablaba. Sin embargo, parecía sondearme. Sentí deseos de confesarle mis inquietudes, y así lo hice. Con Burke estaba más a mis anchas que con Wells. Burke y yo vagábamos por las calles de Limehouse y de Chinatown sin que él dijera una palabra. Era su forma de mostrármelas. Era un hombre tímido y nunca supe exactamente qué pensaba de mí, hasta tres o cuatro años después, cuando me envió su libro, semiautobiográfico, *El viento y la lluvia*. Su juventud había sido parecida a la mía. Entonces comprobé que me apreciaba.

Cuando la emoción del principio disminuyó, cené con mi primo Aubrey y su familia, y al día siguiente visité a Jimmy Russell, el de los días de Karno, que tenía una taberna. Luego empecé a pensar en volver a Estados Unidos.

Había llegado el momento en que si permanecía más tiempo en Londres empezaría a sentirme ocioso. Me costaba dejar Inglaterra. Pero la celebridad no podía darme más. Volvía plenamente satisfecho, aunque algo triste, pues dejaba no solo el ruido de las aclamaciones o las acogidas de la gente adinerada y los hombres célebres que me habían halagado, sino el sincero afecto y el entusiasmo de las multitudes inglesas y francesas, que habían esperado para darme la bienvenida en la estación de Waterloo y en la Gare du Nord; la decepción que había sentido al verme empujado lejos de ellas y ser metido en un taxi por los policías sin poder responderles era como haber caminado pisoteando flores. También dejaba atrás mi pasado. Aquella visita a Kennington, al número 3 de Pownall Terrace, había cerrado algo dentro de mí; ahora estaba encantado de regresar a California y de reanudar el trabajo, pues en el trabajo residía mi sentido de la orientación; todo lo demás era quimérico.

18

Cuando llegué a Nueva York, Marie Doro me telefoneó. ¡Marie Doro telefoneándome! ¡Lo que hubiera significado unos años antes! La llevé a comer y luego fuimos a la matiné de la Comedia, donde ella protagonizaba *Lilies of the Field*.

Por la noche cené con Max Eastman, su hermana Crystal Eastman y Claude McKay, el poeta y estibador jamaicano.

El último día que pasé en Nueva York visité Sing-Sing con Frank Harris. Por el camino me contó que estaba trabajando en su autobiografía, aunque le parecía que había tardado demasiado.

—Me estoy haciendo viejo —dijo.

—La edad tiene sus compensaciones —aventuré—. Es menos probable que le intimide la indiscreción.

Jim Larkin, el rebelde irlandés y sindicalista, estaba cumpliendo una condena de cinco años en Sing-Sing, y Frank quería verlo. Larkin era un orador brillante, que había sido sentenciado por un juez y un jurado con prejuicios basándose en la falsa acusación de que intentaba derrocar al gobierno; así que Frank recurrió, y quedó probada su defensa cuando el gobernador Al Smith anuló la sentencia, aunque Larkin ya hubiese cumplido algunos años de ella.

Las prisiones tienen un extraño ambiente, como si en ellas el espíritu quedase en suspenso. En Sing-Sing las vetustas galerías, con hileras de celdas, resultaban atrozmente medievales: eran como pequeños nichos de piedra, estrechos, donde se amontonaban los cuatro o seis presos que dormían en ellas. ¡Qué diabólico cerebro pudo concebir la construcción de tales horrores! Las celdas estaban desocupadas en aquel momento; sus habitantes estaban en el patio de ejercicio, excepto uno, un joven, que se reclinaba contra la puerta abierta de su celda con un aspecto de triste preocupación. El vigilante nos comentó que los recién llegados, condenados a dilatadas penas, pasaban el primer año de reclusión en las celdas viejas antes de ocupar las otras más modernas. Entré en la celda y me espantó el horror de la claustrofobia.

—¡Dios mío! —exclamé, saliendo rápidamente—. ¡Es inhumano!

—Tiene usted razón —murmuró el joven con amargura.

El vigilante, un hombre amable, nos explicó que Sing-Sing estaba abarrotado y que se necesitaban asignaciones para construir nuevas celdas.

—Pero en este sentido somos los últimos de la lista; ningún político se preocupa demasiado por las condiciones de las cárceles.

La vieja cámara de la muerte era como el aula de una escuela, larga y estrecha, con un techo bajo, sillas y mesas para los reporteros, y frente a ellas una estructura de madera que no revelaba su importancia: la silla eléctrica. Un rígido cable bajaba desde el techo. El horror de aquella habitación consistía en su simplicidad, en su carencia de dramatismo, algo que resultaba más siniestro que el horripilante cadalso. Justo detrás de la silla había una mampara de madera. Allí llevaban al reo justo después de la ejecución y se le hacía la autopsia. «En el caso de que la silla no realice su cometido completamente, decapitan el cuerpo quirúrgicamente», nos dijo el doctor, y añadió que la temperatura de la sangre del cerebro después de la ejecución era de unos doscientos doce grados Fahrenheit. Salimos de la cámara de la muerte tambaleándonos.

Frank preguntó por Jim Larkin y el vigilante dijo que podía verlo; a pesar de que iba contra el reglamento, haría una excepción. Larkin estaba en el taller de zapatería, y allí nos saludó. Era un hombre alto y apuesto, de unos seis pies y cuatro pulgadas, con penetrantes ojos azules y una sonrisa dulce.

Aunque contento de ver a Frank, parecía nervioso y preocupado y estaba deseando volver a su banco. Ni siquiera la confianza que demostró el vigilante pudo calmar su intranquilidad. «Es moralmente malo para los otros presos que me concedan el privilegio de ver a mis visitantes durante las horas de trabajo», dijo Larkin. Frank le preguntó cómo lo trataban y si se podía hacer algo por él. Larkin contestó que lo trataban bastante bien, pero que estaba preocupado por su mujer y su familia, que estaban en Irlanda, y de quienes no había tenido noticias desde su encarcelamiento. Frank prometió ayudarlo. Cuando salimos, Frank dijo que le deprimía ver a un ser valeroso y ardiente como Jim Larkin reducido a la disciplina de la prisión.

Cuando volví a Hollywood fui a ver a mi madre. Parecía muy alegre y feliz y se había enterado de todo lo relacionado con mi visita triunfal a Londres.

—Bueno, ¿y qué piensa de su hijo y de todas esas tonterías? —le dije, bromeando.

—Es maravilloso; pero ¿no harías mejor en ser tú mismo que vivir en ese mundo teatral, tan irreal?

—No me lo diga —repliqué, riendo—. Usted es la responsable de esa irrealidad.

Hizo una pausa.

—Si hubieras puesto al menos tu talento al servicio del Señor… Piensa en los miles de almas que podrías haber salvado.

Me eché a reír.

—Podría haber salvado almas, pero no habría ganado dinero.[10]

De vuelta a mi casa, la señora Reeves, la esposa del gerente, que adoraba a mi madre, me dijo que desde que me había ido mi madre había gozado de una salud excelente y que había sufrido lapsos mentales solo en muy raras ocasiones. Parecía alegre y contenta y no tenía ningún sentido de responsabilidad. La señora Reeves disfrutaba visitando a mi madre, la encontraba muy animada y la hacía reír a carcajadas contándole anécdotas del pasado. Aunque a veces permanecía encerrada en sí misma. La señora Reeves me contó que un día ella y la enfermera llevaron a mi madre a la ciudad para comprarle algunos vestidos. Una manía repentina se apoderó de ella; no quiso bajarse del coche. «Que vengan aquí —insistía—. En Inglaterra vienen hasta el coche de una.»

Por fin bajó. Una linda muchacha las atendió y les enseñó varias piezas de tela; una de ellas era de un color marrón amarillento, y a la señora Reeves y a la enfermera les pareció apropiada para ella, pero mi madre la rechazó, iracunda.

Y con su más fina pronunciación inglesa dijo: «¡No, no! Es de color mierda… Enséñeme algo más alegre».

La estupefacta joven obedeció, sin acabar de creer lo que oía.

La señora Reeves me contó también que había llevado a mi madre a una granja de cría de avestruces. El encargado, un hombre amable y cortés, les había mostrado las incubadoras. «Este —dijo, sosteniendo un huevo de avestruz— va a salir del cascarón la próxima semana más o menos.»

Entonces lo llamaron por teléfono, y después de dar el huevo a la enfermera, se fue. En cuanto se hubo marchado, mi madre arrebató el huevo a la enfermera, diciendo: «Devuélvaselo a la pobre avestruz», y lo arrojó al corral, donde reventó con un fuerte ruido. Rápidamente sacaron a mi madre de la granja de avestruces antes de que volviera el encargado.

«Un caluroso día de sol —dijo la señora Reeves— insistió en obsequiarnos al chófer y a todos nosotros con helados. De repente, cuando avanzábamos despacio en el coche, pasamos ante una zanja y surgió la cabeza de un obrero. Mi madre se asomó por la ventanilla del coche con la intención de dar al hombre su helado, pero se lo tiró en medio de la cara. "Bueno, hijo; eso te refrescará", dijo, saludándolo desde el coche.»

Aunque procuraba tenerla apartada de mis asuntos personales, parecía estar enterada de todo cuanto ocurría. Un día que jugábamos a las damas (de paso diré que siempre ganaba), se refirió de pronto a mis desavenencias domésticas con mi segunda mujer.

—¿Por qué no te evades de todas esas cuestiones enojosas? Haz una excursión a Oriente y diviértete.

Me sorprendió y le pregunté qué quería decir.

—Todas esas historias de los periódicos sobre tus asuntos privados —dijo.

Me reí.

—¿Qué sabes tú de mis asuntos privados?

—Si no fueras tan huraño, podría darte algunos consejos.

Lanzaba esas observaciones y no decía nada más.

A menudo venía a la casa de Beverly Hills a ver a mis hijos, Charlie y Sydney. Recuerdo su primera visita. Acababa de construir la casa, que estaba bellamente amueblada y con todo el personal necesario: mayordomos, doncellas… Miró primero la habitación, y luego, a través de la ventana, la vista lejana del océano Pacífico, que estaba a cuatro millas de distancia. Aguardábamos su reacción.

«Es una pena perturbar el silencio», dijo.

Parecía dar por hechos mi éxito y mi riqueza, sin comentar ni una sola vez nada sobre ello, hasta que un día, estando solos en la veranda, alabó el jardín y lo bien cuidado que estaba.

—Tenemos dos jardineros —le dije.

Se paró y me miró.

—Debes de ser muy rico —murmuró.

—Mamá, en este momento tengo cinco millones de dólares.

Movió la cabeza pensativamente.

—Mientras tengas salud y disfrutes de ello —fue su único comentario.

Mi madre gozó de buena salud durante los dos años siguientes. Pero durante el rodaje de *El circo* recibí un mensaje anunciándome que estaba enferma. Había sufrido hacía poco un ataque de vesícula biliar, del que ya se había repuesto. En esa ocasión el médico me advirtió que su recaída era seria. La habían llevado al hospital Glendale, pero los médicos no creían conveniente operar debido al débil estado de su corazón.

Cuando llegué al hospital estaba en un estado de semicoma y le habían dado un analgésico para aliviar el dolor. «Mamá, soy Charlie», susurré; luego le cogí la mano con cariño. Respondió con languidez, apretando la mía; luego abrió los ojos, intentando sentarse, pero estaba demasiado débil. No podía descansar y se quejaba de dolores. Procuré asegurarle que se pondría bien. «Quizá», dijo fatigosamente; luego me volvió a apretar la mano y quedó sumida en la inconsciencia.

Al día siguiente, en pleno trabajo, me dijeron que había fallecido. Estaba preparado para ello; el médico me había prevenido. Dejé el trabajo, me quité el maquillaje y fui al hospital con Harry Crocker, mi ayudante de dirección.

Harry me esperó fuera; entré en la habitación y me senté en una silla, entre la ventana y la cama. Las persianas estaban medio bajadas. Fuera, la luz del sol era intensa, como el silencio de la habitación. Me senté y contemplé la figura menuda que estaba en la cama, boca arriba y con los ojos cerrados. Hasta en la muerte su expresión parecía preocupada, como si le esperasen futuras penalidades. ¡Qué raro era pensar que su vida terminaba allí, en los alrededores de Hollywood, con todos sus absurdos valores, a siete mil millas de Lambeth, la tierra de su desesperación! Luego

me invadió una oleada de recuerdos de la dura lucha que había sido su existencia, sus sufrimientos, su valor y su trágica y destrozada vida…, y lloré.

Pasó una hora antes de que pudiera rehacerme y salir de la habitación. Harry Crocker seguía allí, y le agradecí que me hubiera esperado tanto tiempo. Como es natural, se hizo cargo de la situación, y en silencio regresamos en coche a casa.

Sydney estaba en Europa, enfermo en aquel momento, y no podía asistir al funeral. Mis hijos, Charlie y Sydney, asistieron con su madre, pero no los vi. Me preguntaron si quería que la incinerasen. ¡La idea me horrorizó! No; preferí que la enterraran en la tierra verde, donde yace todavía, en el cementerio de Hollywood.

No sé si he logrado esbozar un retrato digno de ella. Pero sé que soportó su carga alegremente. La amabilidad y la compasión fueron sus virtudes más relevantes. Aunque religiosa, amaba a los pecadores y siempre se identificó con ellos. En su carácter no hubo ni un solo átomo de vulgaridad. Cualquier expresión rabelesiana que empleara, siempre era retóricamente apropiada, y a pesar de la miseria en que nos vimos forzados a vivir, nos tuvo alejados a Sydney y a mí de las calles e hizo que sintiéramos que no éramos un producto ordinario de la pobreza, sino seres únicos y distinguidos.

Cuando la escultora Clare Sheridan, que causó gran sensación con su libro *From Mayfair to Moscow*, fue a Hollywood, Sam Goldwyn dio una cena en su honor, a la que fui invitado.

Clare, alta y bien parecida, era sobrina de Winston Churchill y esposa de un descendiente directo de Richard Brinsley Sheridan. Era la primera mujer inglesa que había entrado en la Unión Soviética después de la Revolución y le habían encargado bustos de los principales dirigentes del partido bolchevique, entre ellos Lenin y Trotski.

A pesar de ser pro bolchevique, su libro tan solo originó una ligera oposición; los estadounidenses se sintieron confusos con él, porque la autora tenía fama de ser una aristócrata inglesa. Fue agasajada por la alta sociedad de Nueva York e hizo varios bustos de sus componentes. Hizo también bustos de Bayard Swope, de Bernard Baruch y otros. Cuando la conocí estaba dando conferencias por el país; su hijo Dicky, de seis años, viajaba con ella. Se quejó de que en Estados Unidos era difícil ganarse la vida con la escultura.

—A los estadounidenses no les importa que sus mujeres posen para que se les haga un busto, pero son reacios a posar ellos mismos, por modestia.

—Yo no soy modesto —dije.

De modo que se arreglaron las cosas para que llevara su barro y sus útiles de trabajo a mi casa, y después de comer posaba ante ella hasta el atardecer. Clare tenía el don de animar la conversación, y me sorprendí al verme intelectualmente al descubierto. Cuando el busto estaba casi terminado, lo examiné.

—Podría ser la cabeza de un criminal —dije.

—Al contrario —contestó con irónica solemnidad—, es la cabeza de un genio.

Me reí e improvisé una teoría, afirmando que el genio y el criminal están íntimamente vinculados, ya que ambos son individualistas en extremo.

Me contó que, desde que daba conferencias sobre la Unión Soviética, había caído en el ostracismo. Yo sabía que Clare no tenía nada de panfletaria ni de fanática política.

—Ha escrito usted un libro muy interesante sobre la Unión Soviética; quédese con eso —dije—. ¿Por qué entrar en el terreno político? Está expuesta a que le hagan daño.

—Doy conferencias para ganarme la vida —declaró—. Pero no quieren oír la verdad, y cuando hablo de manera espontánea solo puede guiarme la verdad. Además —añadió vivamente—, amo a mis queridos bolcheviques.

—Mis queridos bolcheviques —repetí, sonriendo.

Sin embargo, me parece que, en su interior, Clare tenía una actitud clara y realista respecto a su situación, pues cuando más tarde la volví a ver, en 1931, me dijo que vivía en Túnez.

—Pero ¿por qué vive allí? —le pregunté.

—Es más barato —me contestó con rapidez—. En Londres, con mis limitados ingresos, tendría que vivir en dos reducidas habitaciones en Bloomsbury; pero en Túnez puedo tener una casa, criados y un bonito jardín para Dicky.

Dicky falleció a los diecinueve años; fue un terrible y triste golpe, del que nunca se recuperó. Se convirtió al catolicismo y residió una temporada en un convento. Recurría, sin duda, a la religión para buscar consuelo.

Una vez vi sobre una lápida en el sur de Francia una fotografía de una muchacha sonriente, de unos catorce años, y tallada, debajo, una palabra: *Pourquoi?* Ante este desconcierto de dolor es fútil buscar una respuesta. Conduce tan solo a la falsa moralización y al tormento; sin embargo, eso no quiere decir que no haya respuesta. No puedo creer que nuestra existencia carezca de significado, que sea accidental, como nos aseguran algunos sabios. La vida y la muerte son demasiado firmes, demasiado implacables para ser accidentales.

Los caminos de la vida y de la muerte —genios malogrados en la plenitud de su vigor, cataclismos mundiales, holocaustos y catástrofes— pueden parecer fútiles y carentes de significado. Pero el hecho de que estas cosas hayan sucedido, demuestra que hay una finalidad determinada y prefijada más allá de la comprensión de nuestras mentes tridimensionales.

Hay filósofos que postulan que todo es materia en cualquier forma de acción y que en toda existencia no puede añadirse ni suprimirse nada. Si la materia es acción, debe estar gobernada por las leyes de la causa y del efecto. Si admito esto, entonces toda acción está predeterminada. Si es así, ¿no está predestinado el arañazo que puedo hacerme en la nariz, al igual que lo está una estrella fugaz? El gato anda por la casa, la hoja cae del árbol, el niño tropieza. ¿No se puede encontrar en el infinito el

origen de todas estas acciones? ¿No están predestinadas y continúan en la eternidad? Conocemos la causa inmediata de la hoja caída, del tropezón del niño, pero no podemos rastrear su comienzo o su fin.

No soy religioso en un sentido dogmático; mis teorías son similares a las de Macaulay, que escribió sobre ello diciendo que los mismos asuntos religiosos fueron ya debatidos en el siglo XVI con la misma habilidad filosófica con que se discuten en nuestros días, y a pesar del conocimiento acumulado y de los progresos científicos, ningún filósofo, pasado o presente, ha aportado ninguna luz sobre esta materia.

Nunca creo ni dejo de creer en algo. Lo que se puede imaginar es una aproximación a la verdad, como lo que se puede demostrar por medio de las matemáticas. Te puedes acercar a la verdad siempre por medio de la razón; esto nos limita a una casta geométrica de pensamiento que exige lógica y credulidad. Vemos a los muertos en nuestros sueños y los aceptamos como si estuvieran vivos, aunque sabemos al mismo tiempo que están muertos. Y aunque esta inteligencia dormida carece de razón, ¿no tiene su propia credibilidad? Hay cosas que sobrepasan la razón. ¿Cómo podemos comprender lo que es la milbillonésima parte de un segundo? Sin embargo, debe existir de acuerdo con las matemáticas.

Conforme envejezco, me preocupo más por la fe. Influye en nuestra vida más de lo que creemos, y logramos gracias a ella más de lo que nos imaginamos. Creo que la fe es la precursora de todas nuestras ideas. Sin fe no se habrían creado nunca las hipótesis, las teorías, las ciencias ni las matemáticas. Creo que la fe es una prolongación de la inteligencia. Es la clave que niega lo imposible. Negar la fe es negarse a uno mismo y negar el espíritu que engendra todas nuestras fuerzas creadoras.

Tengo fe en lo desconocido, en todo lo que no comprendemos por medio de la razón; creo que lo que está más allá de nuestra comprensión es un simple hecho en otras dimensiones, y que en el dominio de lo desconocido hay infinitas reservas de poder para el bien.

En Hollywood seguía siendo un lobo solitario. Como trabajaba en mi propio estudio, tenía pocas ocasiones de encontrarme con personas de otras compañías; por tanto, me resultaba difícil hacer nuevas amistades. Douglas y Mary fueron mi salvación social.

Desde que se habían casado eran muy felices. Douglas había reconstruido su antigua casa y la había remozado con gusto, añadiéndole varias habitaciones de invitados. Vivían a lo grande y tenían un excelente servicio, una excelente cocina, y Douglas era un anfitrión también excelente.

En el estudio tenía un apartamento suntuoso, un camerino con un baño turco y una piscina. Allí agasajaba a las personas importantes. Las invitaba a comer en el estudio, llevándolas a dar una vuelta para que lo vieran todo, y a ver cómo se hacían las películas. Luego las llevaba a que tomasen un baño turco y a que se dieran un chapuzón en la piscina. Después se sentaban en su camerino envueltos en toallas de

baño, como senadores romanos.

Por supuesto, era un poco raro ser presentado al rey de Siam en el momento en que uno salía del baño turco e iba a tirarse a la piscina. De hecho, conocí a muchos caballeros eminentes en el baño turco, entre ellos al duque de Alba, al duque de Sutherland, a Austen Chamberlain, al marqués de Vienne, al duque de Peñaranda y a otros muchos. Cuando un hombre está despojado de todo distintivo mundano se le puede apreciar en su justo valor; el duque de Alba, por ejemplo, creció mucho en mi estimación.

Siempre que a Douglas le visitaba algún potentado me invitaba a mí, pues yo era uno de los elementos de atracción. Habitualmente, después de aquellos baños se llegaba a Pickfair alrededor de las ocho, se cenaba a las ocho y media y después se veía una película. Por tanto, nunca llegué a tratar a los invitados en la intimidad. Sin embargo, a veces descargaba a los Fairbanks de sus superabundantes deberes sociales y llevaba a alguno de sus invitados a mi casa. Pero confieso que no podía «hacerles los honores» tan bien como los Fairbanks.

Cuando agasajaban a los «grandes», Douglas y Mary se encontraban en la gloria. Podían adoptar con ellos una familiaridad *dégagée*, que a mí me resultaba difícil. Desde luego, cuando hospedaban a duques, la primera noche, el tratamiento formal de «Su gracia» se oía continuamente; pero no pasaba mucho tiempo sin que aquel «Su gracia» se convirtiera en el familiar «Georgie» o «Jimmy».

Durante la cena solía aparecer el perrito de Douglas, y él, con fáciles y divertidas órdenes, le obligaba a hacer pequeños números, que aligeraban lo que hubiera podido ser una reunión envarada y de cuello duro. Con frecuencia era yo quien recibía los murmullos de felicitación dedicados a Douglas por sus huéspedes. «¡Qué persona tan encantadora!», decían las damas en tono confidencial. Y, en efecto, lo era. Nadie podía resultar más encantador que Douglas.

Pero en una ocasión vivió su Waterloo. No mencionaré nombres, por razones obvias; pero el ambiente era muy selecto, con numerosas personas con título, y Douglas dedicó una semana entera a agasajarlos y divertirlos. Los invitados de honor eran una pareja juvenil que estaba en su luna de miel. Se hizo todo lo imaginable para divertirlos. Hubo una expedición de pesca en un yate privado a la isla Santa Catalina, donde Douglas hizo llevar un novillo muerto y tirarlo al mar para atraer la pesca (si bien no pescaron nada); luego hubo un rodeo privado en los terrenos del estudio. Pero la bella y alta joven esposa, aunque cortés, se mostró sumamente reservada y manifestó poco entusiasmo.

Todas las noches durante la cena Douglas hacía lo posible por distraerla; sin embargo, su ingenio y vivacidad no lograban hacerla salir de su fría actitud. A la cuarta noche Douglas me llevó aparte. «Me desconcierta; no sé de qué hablarle —me dijo—. Así es que en la cena de esta noche he dispuesto que te sientes a su lado. —Se rió entre dientes—. Le he dicho lo brillante y divertido que eres.»

Después de aquella preparación por parte de Douglas, cuando me senté a cenar

me sentía tan a gusto como un paracaidista a punto de saltar al vacío. No obstante, decidí probar el tema esotérico. Así que cogí mi servilleta de la mesa, me incliné y murmuré a la dama:

—¡Alégrese!

Se volvió, no muy segura de lo que había dicho.

—¿Perdón?

—Alégrese —repetí como en secreto.

Pareció sorprendida.

—¿Alegrarme?

—Sí —repliqué, poniéndome la servilleta sobre las rodillas y mirando hacia delante.

Guardó silencio, observándome durante un momento.

—¿Por qué dice usted eso?

Probé suerte:

—Porque está muy triste. —Y antes de que pudiera contestar, continué—: Verá, soy un poco gitano y conozco estas cosas. ¿En qué mes nació?

—En abril.

—¡Claro está, Aries! ¡Debía habérmelo imaginado!

Se animó, lo cual le sentaba muy bien.

—¿Imaginarse el qué? —Se rió.

—Este mes su vitalidad está en un punto bajo.

Se quedó pensativa un momento.

—Es extraordinario que pueda usted decir eso.

—Es sencillo, si es uno intuitivo. Su aura en este momento es de infelicidad.

—¿Es esto visible?

—Quizá para los demás no.

Sonrió, luego recapacitó un instante y dijo pensativamente:

—Es raro que pueda usted decir eso. Pero, desde luego, es cierto, estoy muy deprimida.

Moví la cabeza pensativamente.

—Es su peor mes.

—Estoy tan deprimida, que me siento desesperada por completo —continuó.

—Creo que la comprendo —dije, sin saber lo que vendría a continuación.

—¡Si por lo menos pudiera marcharme! —prosiguió en tono sombrío—. Alejarme de todo y de todos… Haría cualquier cosa, buscaría un empleo, haría de extra en las películas; pero esto heriría a todos los que se preocupan por mí, y son demasiado buenos para hacerles esto.

Hablaba en plural; pero yo sabía, sin lugar a dudas, que se refería a su marido. Entonces me alarmé, y desprendiéndome de toda actitud esotérica, intenté darle serios consejos, lo cual, sin duda, era trivial.

—Es inútil huir; las responsabilidades siempre la perseguirán —dije—. La vida es

una expresión constante de deseo; nadie está nunca satisfecho; por lo tanto, no haga nada temerario, algo que podría pesarle toda su vida.

—Creo que tiene usted razón —dijo pensativamente—. Sin embargo, me siento muy aliviada de hablar con alguien que me comprende.

Mientras charlaba con los otros invitados, Douglas miraba a menudo hacia nosotros. Entonces la joven se volvió hacia él, sonriendo.

Después de la cena Douglas me llevó aparte.

—¿Se puede saber de qué hablabais? ¡Por lo cerca que estabais, creí que os ibais a morder mutuamente las orejas!

—¡Oh! Solo de cosas sin importancia —respondí con presunción.

19

Me acercaba a la última milla de mi contrato con la First National y esperaba impaciente su final. Aquellas personas eran desconsideradas, antipáticas y cortas de miras, y yo quería librarme de ellas. Además, continuamente se me ocurrían ideas para largometrajes.

Poner fin a las tres últimas me parecía una tarea insuperable. Trabajé en *Día de paga*, una película en dos rollos; luego me quedaban por hacer solo otras dos. *El peregrino*, mi siguiente comedia, adquirió las proporciones de un largometraje, lo que supuso nuevas y fastidiosas negociaciones con la First National. Pero, como dijo un día acerca de mí Sam Goldwyn: «Chaplin no es un hombre de negocios; solo sabe que no puede aceptar menos». Las negociaciones terminaron satisfactoriamente. Después del enorme éxito de *El chico* encontré poca oposición a mis condiciones para *El peregrino*; tendría la duración de dos películas y me darían una garantía de cuatrocientos mil dólares y una participación en los beneficios. Por fin estaba libre para unirme a mis amigos de la United Artists.

Por sugerencia de Douglas y Mary, el «honrado Joe», como llamábamos a Joseph Schenck, se unió a la United Artists con su mujer, Norma Talmadge, cuyas películas serían distribuidas a través de nuestra compañía. Joe sería nombrado presidente. Aunque yo lo apreciaba, no creía que su contribución fuera suficientemente valiosa para justificar la presidencia. Pese a que su mujer era una estrella de cierta magnitud, no podía compararse con las recaudaciones de taquilla de Mary o Douglas. Ya nos habíamos negado a dar acciones en nuestra compañía a Adolph Zukor; así que ¿por qué dárselas a Joe Schenck, que no era tan importante como Zukor? Sin embargo, el entusiasmo de Douglas y Mary se impuso y Joe se convirtió en presidente y accionista de la United Artists.

Al poco tiempo recibí una carta urgente rogándome que asistiese a una reunión relativa al futuro de la United Artists. Después de las observaciones formales y optimistas de nuestro presidente, Mary se dirigió a nosotros con solemnidad. Nos dijo que estaba alarmada por lo que iba a ocurrir —siempre estaba alarmada—, que se estaban fusionando los circuitos de distribución y que como no adoptáramos medidas

para contrarrestar aquellos movimientos, el futuro de la United Artists se vería en peligro.

Esa declaración no me preocupó, porque creía con firmeza que la excelencia de nuestras películas era la respuesta a toda competencia de esta clase. Pero los otros no se quedaron tranquilos. Joe Schenck nos advirtió con seriedad que, aun siendo la compañía fundamentalmente fuerte, debíamos asegurar nuestro futuro. No podíamos correr solos todos los riesgos, sino dejar que otros participaran un poco en nuestros beneficios. Se había puesto en contacto con Dillon Read and Company, de Wall Street, quienes estaban dispuestos a invertir cuarenta millones de dólares por una emisión de acciones y una participación en nuestra compañía. Dije con franqueza que me oponía a que Wall Street interviniese en mi trabajo y aduje de nuevo que no teníamos nada que temer de las fusiones mientras hiciésemos buenas películas. Conteniendo la irritación, Joe declaró de un modo tranquilo y suave que intentaba hacer algo constructivo para la compañía y que saldríamos todos beneficiados.

Mary volvió a tomar la palabra. Tenía una forma reprobadora de hablar de negocios. No se dirigía a mí directamente sino a través de los otros, lo que hacía que me sintiera culpable de un gran egoísmo. Ensalzó las virtudes de Joe, recalcando lo mucho que había trabajado y las molestias que se había tomado a la hora de constituir nuestra compañía. «Todos nosotros debemos procurar ser constructivos», dijo.

Pero fui persistente. Sostuve que no quería que nadie más tuviera participación en mis esfuerzos personales; tenía confianza y pensaba invertir mi propio dinero para sostener esos esfuerzos. La reunión se convirtió en una acalorada discusión —con más calor que discusión—; pero me mantuve en mi postura, diciendo que si los demás querían seguir adelante sin mí, podían hacerlo y yo me retiraría de la sociedad. Esto produjo una solemne declaración de lealtad entre todos nosotros y la afirmación de Joe de que no quería hacer nada que pudiera romper nuestra amistad o la armonía de nuestra sociedad, y así quedó descartada la participación de Wall Street.

Antes de comenzar mi primera película para la United Artists intenté lanzar a Edna Purviance, dándole un papel protagonista. Aunque Edna y yo estábamos afectivamente separados, seguía interesado por su carrera. Pero, mirando a Edna con objetividad, me di cuenta de que estaba adquiriendo aspecto de matrona, algo que no convenía al tipo femenino que necesitaba para mis próximas películas. Además, no quería confinar mis ideas y personajes a los límites de unas determinadas comedias, pues tenía ideas vagas y ambiciosas respecto a los largometrajes que exigirían una distribución más amplia.

Durante varios meses había acariciado la idea de hacer *Las troyanas* con Edna, utilizando mi propia adaptación. Pero cuanto más rebuscábamos, más se convertía en una producción muy costosa, de modo que la idea se desechó.

Entonces empecé a pensar en otras mujeres interesantes que Edna podía encarnar. ¡Desde luego, Josefina! El hecho de que supondría utilizar trajes de época y de que

costaría dos veces más que *Las troyanas* no tenía importancia. Estaba entusiasmado.

Comenzamos una detallada investigación. Leímos las memorias de Napoleón Bonaparte de Bourrienne y las de Constant, el ayuda de cámara de Napoleón. Pero cuanto más ahondábamos en la vida de Josefina, más nos salía al paso Napoleón. Tan fascinado estaba con aquel deslumbrante genio, que una película sobre Josefina acabó por parecerme una idea sin fuerza, y surgió Napoleón como un personaje que yo mismo podía interpretar. La película sería la historia de su campaña en Italia, un relato épico de la voluntad y el valor de un joven de veintiséis años que superó la enorme oposición y la envidia de los viejos y experimentados generales. Pero, por desgracia, mi entusiasmo decayó pronto, y de esta forma terminó la empresa de Napoleón y Josefina.

Por aquel tiempo, Peggy Hopkins Joyce, la célebre belleza, apareció en la escena de Hollywood, cubierta de joyas y con una cuenta corriente de tres millones de dólares, conseguidos de sus cinco maridos, según me dijo ella misma. Peggy era de origen humilde: la hija de un barbero, que se hizo corista de Ziegfeld y se casó con cinco millonarios, uno detrás de otro. Aunque Peggy era todavía una belleza, tenía un aspecto algo marchito. Venía directamente de París, con un atractivo vestido negro, porque un joven acababa de suicidarse por ella. Con aquel elegante luto invadió Hollywood.

Durante una cena tranquila y a solas, me confió que odiaba la fama.

«Solo quiero casarme y tener hijos. En el fondo, soy una mujer sencilla», dijo, ajustándose las pulseras de brillantes de veinte quilates y de esmeraldas que lucía en el brazo. Cuando no estaba seria, Peggy se refería a ellas llamándolas «mis blasones».

De uno de sus maridos me contó que, en su noche de bodas, ella se había encerrado en su habitación diciéndole que no le permitiría entrar a no ser que metiera por debajo de la puerta un cheque de quinientos mil dólares.

—¿Y lo hizo? —le pregunté.

—Sí —contestó irritada, y añadió, no sin humor—: y lo primero que hice a la mañana siguiente, antes de que él se despertara, fue ir a cobrarlo. Pero estaba loco y bebía como un cosaco. En una ocasión le golpeé en la cabeza con una botella de champán y tuvo que ir al hospital.

—¿Y por eso os separasteis?

—No —dijo, riendo—. Pareció gustarle, y después estaba todavía más loco por mí.

Thomas Ince nos invitó a bordo de su yate. Estábamos solo los tres, Peggy, Tom y yo, sentados a la mesa, en el camarote, bebiendo champán. Era de noche y Peggy tenía una botella a su lado. A medida que la noche avanzaba vi que el interés de Peggy iba de mí a Tom Ince, y empezó a ponerse un tanto agresiva. Pensé que lo que le había hecho a su marido con una botella podía repetirlo conmigo.

Aunque yo había bebido un poco, no estaba borracho, y le dije amablemente que, si notaba el más leve indicio de que tal idea pasase tras su bonita frente, la tiraría por

la borda. Después de esto quedé excluido de su pandilla, y entonces Irving Thalberg, de la MGM, pasó a ser el siguiente foco de atención de su cariño. Su fama deslumbró a Irving, que era muy joven, por un tiempo. Por los estudios de la MGM corrieron alarmantes rumores de matrimonio; pero se le pasó la fiebre y no ocurrió nada.

Durante nuestro estrafalario, aunque breve trato, Peggy me contó varias anécdotas acerca de sus amoríos con un conocido editor francés. Ello me inspiró la idea de escribir *Una mujer de París* para que Edna Purviance la protagonizara. No tenía intención de aparecer en la película, pero la dirigí.

Algunos críticos sostenían que la psicología no podía expresarse en el cine mudo; que obviedades como el héroe acorralando bellas damas contra un árbol y aspirándoles hasta las amígdalas o reñir tirando sillas eran sus únicos medios de expresión. *Una mujer de París* fue, por lo tanto, un reto. Intenté dibujar la psicología mediante una acción sutil. Edna hacía, por ejemplo, el papel de una *demi-mondaine*; la amiga de Edna entra y le enseña una revista que anuncia el matrimonio del amante de Edna. Ella coge apáticamente la revista, la mira y luego la tira presurosa, demostrando indiferencia, y enciende un cigarrillo. Pero el espectador advierte que ha quedado impresionada. Después de decir adiós a su amiga, sonriente, desde la puerta, coge otra vez la revista y la lee con dramática intensidad. La película estaba llena de agudas sugerencias. En una escena que se desarrollaba en el cuarto de Edna, una doncella abre el cajón de una cómoda y por casualidad cae al suelo un cuello de camisa de hombre, lo que revela sus relaciones amorosas con el protagonista (interpretado por Adolphe Menjou).

La película obtuvo un gran éxito entre los públicos selectos. Fue la primera cinta muda que empleó la ironía y la psicología. Le siguieron otras del mismo género, entre ellas *Los peligros del flirt*, de Ernst Lubitsch, donde Menjou volvió a interpretar un papel casi idéntico.

Adolphe Menjou se convirtió en estrella de la noche a la mañana; pero Edna no salió tan airosa del film. Sin embargo, le hicieron una oferta de diez mil dólares por trabajar cinco semanas en el rodaje de una película en Italia, y me pidió consejo sobre si debía aceptarla. Por supuesto me mostré entusiasmado, pero Edna era reacia a cortar por completo las amarras. De modo que le sugerí que aceptara la oferta, y si las cosas no marchaban bien, podía volver y continuar conmigo, después de haber ganado los diez mil dólares. Edna rodó la película, pero no tuvo éxito, y regresó a nuestra compañía.

Antes de terminar *Una mujer de París*, Pola Negri hizo su debut en Estados Unidos al estilo de Hollywood. El departamento de publicidad de la Paramount superó sus habituales excesos de estupidez. En una mezcla de envidia y discusiones, se publicitó y dio glamour a Gloria Swanson y a Pola Negri. Los titulares anunciaban: «Negri reclama el camerino de Swanson», «Gloria Swanson se niega a entrevistarse con Pola Negri», «Negri accede a la petición de Swanson para una visita de cortesía», y así

continuó la prensa, *ad nauseam*.

Ni a Gloria ni a Pola les importaban gran cosa esas historias, totalmente inventadas. En realidad, desde el comienzo fueron muy buenas amigas. Pero el lado algo felino de ambas era el maná para el departamento de publicidad. Se dieron fiestas y veladas en honor de Pola. Durante el curso de aquel festival vi a Pola en un concierto sinfónico en el Hollywood Bowl. Estaba cerca de mi palco, con un séquito de encargados de publicidad y de directores de la Paramount.

«¡Chaarlee! ¿Cómo es que no he sabido nada de ti? No has venido a verme. ¿No te das cuenta de que he venido de Alemania para verte?»

Me sentí halagado, aunque difícilmente podía creer su última observación, pues solo la había visto una vez en Berlín, durante veinte minutos.

«Eres muy cruel, Chaarlee, al no haberme llamado. Llevo mucho tiempo queriendo saber de ti. ¿Dónde trabajas? Dame tu número de teléfono y te llamaré», me dijo.

Me sentía escéptico ante toda aquella efusión, pero la atención de la bella Pola produjo su efecto. Pocos días después fui invitado a una fiesta que daba en la casa que tenía alquilada en Beverly Hills. Fue algo magnífico, hasta para lo que era habitual en Hollywood, y a pesar de la presencia de otras estrellas masculinas, concentró en mí casi toda su atención. Fuera sincera o no, yo disfruté de verdad. Aquel fue el comienzo de nuestra singular relación. Durante varias semanas se nos vio juntos en público, lo cual fue, por supuesto, un afrodisíaco para los columnistas. Muy pronto aparecieron los titulares: «Pola, prometida de Charlie». Eso era muy desconcertante para Pola, y dijo que yo debía hacer una declaración de algún tipo.

—Eso lo debe hacer la dama —contesté.

—¿Qué debo decirles?

Me encogí de hombros, pues no quería comprometerme.

Al día siguiente recibí una misiva diciendo que la señorita Negri no podía verme, sin más explicación. Pero aquella misma noche su doncella me llamó toda apurada para decirme que su señora estaba muy enferma. ¿Podía acudir de inmediato? Cuando llegué fui conducido por una doncella llorosa al gabinete y encontré a Pola echada en un canapé con los ojos cerrados. Cuando los abrió murmuró: «¡Eres cruel!» y me encontré en el papel de Casanova.

Un día después me llamó Charlie Hyton, gerente de los estudios de la Paramount.

—Nos estás causando muchas preocupaciones, Charlie. Me gustaría hablar contigo.

—¡Cómo no! Ven a casa —le dije.

Así que vino. Era casi medianoche cuando llegó. Hyton, un tipo de hombre macizo y prosaico, que se habría encontrado en su elemento en unos almacenes de venta al por mayor, se sentó y sin más preliminares comenzó:

—Charlie, todos estos rumores en la prensa están poniendo enferma a Pola. ¿Por qué no haces una declaración y los acallas?

Interpelado en una forma tan indiscreta, lo miré fijamente a los ojos.

—¿Qué quieres que diga?

Con jovial audacia, intentó ocultar su azoramiento.

—Estás enamorado de ella, ¿verdad?

—No creo que eso sea de la incumbencia de nadie —contesté.

—¡Pero es que tenemos millones invertidos en esta mujer! Y esta publicidad es contraproducente para ella. —Se calló y luego añadió—: Charlie, si estás enamorado de Pola, ¿por qué no te casas con ella?

En aquel momento tan increíble pregunta me pareció poco graciosa.

—Si crees que me voy a casar con alguien solo para protegerte a ti y las inversiones de la Paramount, ¡estás muy equivocado!

—Entonces no vuelvas a verla —dijo.

—Eso es cosa de Pola —le contesté.

La conversación que siguió terminó con una seca y sarcástica observación al decirle que como yo no tenía acciones en la Paramount, no veía por qué debía casarme con ella. Mis relaciones con Pola terminaron tan rápido como empezaron. No volvió a llamarme nunca más.

Durante aquella tumultuosa aventura con Pola, llegó al estudio una joven mexicana; había venido desde Ciudad de México para ver a Charlie Chaplin. Como ya había sufrido varios incidentes con chiflados y maniáticos, le dije a mi administrador que «se librase de ella de buenas maneras».

No volví a pensar en aquel asunto, hasta que recibí un aviso telefónico de mi casa informándome de que la joven estaba sentada en los escalones de la puerta principal. Se me pusieron los pelos de punta. Le dije al mayordomo que se desembarazase de la chica y que esperaría en el estudio hasta que tuviera vía libre. Diez minutos después me informaron de que se había marchado.

Aquella noche Pola, el doctor Reynolds y su mujer cenaban en mi casa, y les conté el incidente. Abrimos la puerta principal y miramos a nuestro alrededor para asegurarnos de que la chica no había vuelto. Pero a mitad de la cena el mayordomo entró sin aliento en el comedor, con la cara blanca como la nieve. «¡Está arriba, en su cama, señor!» Y me comentó que había ido a preparar mi dormitorio para la noche y se la encontró en la cama con mi pijama puesto.

Yo no sabía qué hacer.

«Iré a verla», dijo Reynolds, levantándose de la mesa y dirigiéndose rápidamente hacia arriba.

Los demás nos quedamos sentados, esperando los acontecimientos. Un poco después bajó.

—He tenido una larga charla con ella —nos dijo—. Es joven y bien parecida y habla con inteligencia. Le he preguntado qué hacía en tu cama. «Quiero ver al señor Chaplin», ha replicado. «¿No comprendes», le he dicho, «que se te puede acusar de locura y encerrarte en una clínica para enfermos mentales?» Sin turbarse lo más

mínimo, ha dicho: «No estoy loca; solo soy una admiradora del arte del señor Chaplin y he venido desde México para verle». Le he dicho que sería mejor que se quitara tu pijama, se vistiera y se marchase de inmediato, pues de lo contrario llamaríamos a la policía.

—Me gustaría ver a esa chica —dijo Pola alegremente—. Decidle que baje al salón.

Puse algunas objeciones, pensando que sería violento para todos. Sin embargo, la chica entró en la sala con mucha tranquilidad; Reynolds tenía razón: era joven y atractiva. Nos comentó que había estado rondando por los alrededores del estudio durante todo aquel día. Le dijimos que cenara algo, pero solo aceptó un vaso de leche.

Mientras estaba sentada bebiendo, Pola la acosó a preguntas:

—¿Estás enamorada del señor Chaplin?

Di un respingo.

La chica se rió.

—¡Enamorada! ¡Oh, no! Le admiro solamente porque es un gran artista.

—¿Has visto alguna película mía? —continuó Pola.

—¡Oh, sí! —dijo en tono indiferente.

—¿Qué te parecen?

—Muy buenas; pero usted no es tan gran artista como el señor Chaplin.

La expresión de Pola fue un poema.

Advertí a la chica que sus actos podían ser malinterpretados; luego le pregunté si disponía de medios para volver a Ciudad de México. Dijo que sí, y después que Reynolds le diera nuevos consejos la muchacha se marchó de casa.

Pero al mediodía siguiente, el mayordomo volvió a entrar precipitadamente en la sala diciendo que estaba tendida en medio de la calle y que se había envenenado. Sin más preámbulos, llamamos a la policía y se la llevaron en una ambulancia.

Los periódicos del día siguiente dieron una gran difusión al asunto, con fotografías de ella sentada en la cama del hospital. Le habían hecho un lavado de estómago y estaba recibiendo a la prensa; declaró que no había tomado veneno y que solo quería llamar la atención; que no estaba enamorada de Charlie Chaplin, y que había venido a Hollywood para probar fortuna y trabajar en el cine.

Después del hospital, fue puesta bajo la custodia de la Welfare League, desde donde me escribieron una amable carta, preguntándome si podría ayudarla a volver a Ciudad de México. «Es inocente y no mala persona», decían. De modo que le pagué el viaje de regreso a su casa.

Por fin estaba libre para hacer mi primera comedia en la United Artists y estaba ansioso por superar el éxito de *El chico*. Durante semanas di vueltas, pensé y cavilé, intentando dar con una idea. Me decía a mí mismo: «¡Esta próxima película tiene que ser algo épico! ¡La mejor!». Pero no se me ocurría nada. Entonces, un domingo por la

mañana, mientras pasaba el fin de semana con los Fairbanks, me senté con Douglas después del desayuno, mirando vistas estereoscópicas. Algunas eran de Alaska y del Klondike; otra, una vista del paso de Chilkoot, con una larga fila de buscadores de oro subiendo por su helada pendiente. Una leyenda al dorso enumeraba las pruebas y penalidades que habían padecido para franquearla. Aquel era un tema maravilloso, pensé, suficiente para estimular mi imaginación. Enseguida empezaron a surgir ideas y escenas de la película, y aunque no tenía ningún argumento, empezó a esbozarse la imagen de uno.

En la creación de una comedia resulta paradójico que la tragedia estimule el sentido del ridículo, porque lo ridículo, creo yo, es una actitud de reto; tenemos que reír ante nuestra impotencia frente a las fuerzas de la naturaleza o volvernos locos. Leí un libro sobre la expedición Donner, que, camino de California, equivocó la ruta y quedó bloqueada por la nieve en las montañas de Sierra Nevada. De ciento sesenta pioneros solo sobrevivieron dieciocho; la mayoría de ellos perecieron de hambre y de frío. Algunos practicaron el canibalismo, comiéndose a los muertos; otros asaron sus botas para mitigar el hambre. De aquella horripilante tragedia concebí una de las escenas más graciosas de la película. Al sentir un hambre espantosa, hiervo mi bota y me la como, chupando los clavos como si fueran huesos de un delicioso capón, y devorando los cordones como si fueran espaguetis. En este delirio del hambre, mi socio está convencido de que soy un pollo y quiere comerme.

Durante seis meses ideé una serie de secuencias cómicas y empecé a rodar sin guión, teniendo la impresión de que saldría alguno de las incidencias de la comedia. Evidentemente me encontré en numerosos callejones sin salida y tuve que descartar muchas secuencias divertidas. Una de ellas era una escena de amor con una esquimal, que enseña al vagabundo a besar a la manera esquimal, frotándose la nariz. Cuando él se va en busca de oro, frota su nariz con la de ella en un cariñoso adiós. Y mientras se aleja, se vuelve y se toca la nariz con el dedo corazón y le envía un último beso; luego se seca con disimulo el dedo en los pantalones, pues tiene un ligero catarro. Pero la parte esquimal se cortó porque no se avenía con la historia de la chica del café, que era más importante.

Durante el rodaje de *La quimera del oro* me casé por segunda vez. Como tenemos dos hijos ya mayores, a los que quiero mucho, no entraré en más detalles. Estuvimos casados durante dos años e intentamos mantener a flote nuestra unión; pero era imposible, y terminó en medio de una gran amargura.

La quimera del oro se estrenó en el teatro Strand, de Nueva York, y asistí a su estreno. Desde el primer momento, en que se me veía bordeando alegremente un precipicio, sin percatarme de que me seguía un oso, el público comenzó a aplaudir. En medio de las risas, hubo aplausos esporádicos hasta el final de la película. Hiram Abrams, el director de ventas de la United Artists, se acercó a mí y me abrazó. «Charlie, te garantizo que esta nos dejará, por lo menos, seis millones de dólares.» Y así fue.

Después del estreno sufrí un colapso. Estaba en el hotel Ritz y no podía respirar; llamé presuroso a un amigo.

—Me estoy muriendo —susurré—. ¡Llama a mi abogado!

—¡Abogado! ¡Lo que tú necesitas es un médico! —dijo, alarmado.

—No, no; a mi abogado. Quiero hacer testamento.

Mi amigo, impresionado e inquieto, llamó a ambos; pero como resultó que mi abogado estaba en Europa, solo llegó el médico.

Tras un reconocimiento superficial, diagnosticó un ataque de nervios. «Es el calor —dijo—. Márchese de Nueva York y váyase a orillas del océano, donde pueda estar tranquilo y tomar el aire del mar.»

En media hora me enviaron rumbo a Brighton Beach. En el camino lloré sin motivo alguno. Sin embargo, busqué una habitación en un hotel con vistas al océano, aspirando en hondas bocanadas el aire del mar. Pero un gran gentío empezó a congregarse frente al hotel: «¡Eh, Charlie! ¡Hola, Charlie!». De modo que tuve que retirarme de la ventana para que no me vieran.

De repente se oyó un grito, como el aullido de un perro. Era un hombre que se estaba ahogando. Los vigilantes lo sacaron justo frente a mi ventana y le prestaron los primeros auxilios, pero era demasiado tarde; había muerto. Se lo acababa de llevar la ambulancia, cuando se oyó otro aullido. En total, rescataron a tres más; los otros dos pudieron ser reanimados. Me sentí más deprimido que nunca, de manera que decidí volver a Nueva York. Dos días después estaba lo bastante recuperado para regresar a California.

20

De vuelta a Beverly Hills recibí una invitación para entrevistarme con Gertrude Stein en casa de un amigo mío. Cuando llegué, la señorita Stein estaba sentada en un sillón en el centro del salón, vestida de oscuro, con un cuello de encaje y las manos sobre el regazo. Por alguna razón, se parecía al *Retrato de madame Roulin*, de Van Gogh, solo que en lugar del cabello rojo con un moño en lo alto, Gertrude tenía el pelo castaño y corto.

Los invitados estaban alrededor, a una distancia respetuosa, formando un corro. Una señora de compañía le susurró algo a Gertrude y luego se acercó a mí. «A la señorita Gertrude Stein le gustaría saludarle.» Di un salto hacia delante. En aquel momento tuvimos poca ocasión de hablar, porque iban llegando otras personas y esperaban para ser presentadas.

Durante el almuerzo, los anfitriones me colocaron junto a ella y de algún modo empezamos a hablar de arte. Creo que esto se debió a que yo admiré la vista que se ofrecía desde la ventana del comedor. Pero Gertrude mostró poco entusiasmo. «La naturaleza —dijo— es un lugar común; la imitación es más interesante.» Se extendió sobre esta tesis, afirmando que una imitación del mármol es más bella que el mármol auténtico, y que una puesta de sol de Turner era más admirable que ningún cielo real. Aunque estas afirmaciones no eran originales, cortésmente me mostré de acuerdo con ella.

Luego teorizó sobre los argumentos cinematográficos: «Son demasiado trillados, complicados y poco impresionantes». Le habría gustado verme en una película subiendo simplemente por una calle, dando la vuelta a una esquina, luego a otra esquina y después a otra. Estuve a punto de decirle que su idea era una paráfrasis de su divulgada frase: «Una rosa es una rosa es una rosa es una rosa»; pero cierto instinto me contuvo.

Sirvieron la comida sobre un bello mantel con bordados belgas, que fue muy alabado por los invitados. Durante nuestra conversación sirvieron el café en unas tazas de porcelana muy delicadas, colocando la mía demasiado cerca de mi puño, de tal modo que cuando moví un poco la mano derramé el café sobre el mantel. ¡Me

quedé abochornado! Cuando me disculpaba con los anfitriones, Gertrude hizo exactamente lo mismo, derramó su café. Por dentro sentí cierto alivio, pues ahora no estaba solo en mi azoramiento. Pero Gertrude ni siquiera se inmutó. Dijo: «Perfecto; no se ha derramado sobre mi vestido».

John Masefield vino a visitar el estudio; era un hombre alto, distinguido y apuesto, amable y comprensivo. Pero por alguna razón esas cualidades hicieron que me sintiera intimidado. Afortunadamente, acababa de leer *The Widow in the Bye Street*, una obra por la que sentía admiración; de modo que no me quedé callado del todo y cité algunos de mis versos favoritos:

A la puerta de la cárcel había un grupo
esperando que doblase la campana,
esperando como la gente vacía espera siempre
el veneno adormecedor del sufrimiento ajeno.

Durante el rodaje de *La quimera del oro* recibí una llamada de Elinor Glyn: «Querido Charlie, tienes que conocer a Marion Davies. Es una delicia, y le encantaría conocerte. ¿Por qué no cenas con nosotros en el hotel Ambassador y nos acompañas después a Pasadena a ver tu película *Los ociosos*?».

Nunca había visto a Marion, pero sabía de ella gracias a su extravagante publicidad. Aparecía en todos los diarios y revistas de la cadena Hearst y te daba de lleno en la cara *ad nauseam*. Era tan excesiva, que el nombre de Marion Davies se convirtió en el blanco de muchos chistes. Por ejemplo, la observación de Beatrice Lillie cuando alguien le enseñó las arracimadas luces de Los Ángeles: «¡Qué maravilla! —exclamó Beatrice—. ¡Supongo que después todas se unirán y se leerá “Marion Davies”!». No se podía abrir una revista o periódico de Hearst sin encontrarse con una gran fotografía de Marion. Todo eso tan solo servía para que el público no fuera al teatro.

Pero una noche en casa de los Fairbanks proyectaron una película con Marion Davies, *La hermana del rey*. Ante mi sorpresa, era toda una actriz, llena de encanto y atractivo, que hubiera sido una estrella por sus propios méritos sin la ciclónica publicidad de Hearst. En aquella cena de Elinor Glyn la encontré sencilla y encantadora, y desde entonces surgió entre nosotros una gran amistad.

La relación amorosa entre Hearst y Marion es legendaria en Estados Unidos y en todo el mundo. Fue una unión de unos treinta años, que duró hasta la muerte de Hearst.

Si se me preguntara qué personalidad me ha causado mayor impresión en mi vida, diría que el difunto William Randolph Hearst. Debo aclarar que mis relaciones con él no siempre fueron gratas, aunque tenía cualidades dignas de encomio. Era el enigma de su personalidad lo que me fascinaba, su juventud, su sagacidad, su amabilidad, su dura firmeza, su poder y riqueza inmensos y, sobre todo, su sincera naturalidad. En

valores sociales, era el hombre más liberal que he conocido. Su imperio empresarial era fabuloso y diverso; estaba compuesto de cientos de publicaciones, de grandes propiedades inmuebles en Nueva York, de minas y de vastas extensiones de tierra en México. Su secretaria me dijo que las empresas de Hearst valían cuatrocientos millones de dólares; una gran suma en aquellos días.

Hay opiniones contradictorias respecto a Hearst. Algunos sostienen que era un auténtico patriota estadounidense; otros, que era un oportunista, interesado simplemente en la difusión de sus periódicos y en aumentar su fortuna. Pero de joven era emprendedor y liberal. Además, el erario paterno estaba siempre a mano. Cuentan que en una ocasión el financiero Russell Sage se encontró con la madre de Hearst, Phoebe Hearst, en la Quinta Avenida, y le dijo: «Si su hijo continúa atacando a Wall Street, su periódico perderá un millón de dólares al año».

A lo que ella replicó: «A ese paso, señor Sage, puede mantener sus negocios durante otros ochenta años».

La primera vez que me encontré con Hearst cometí un *faux pas*. Sime Silverman, director y propietario de *Variety*, me llevó a comer a casa de Hearst, en Riverside Drive. Era la típica casa de un hombre rico, de dos plantas, con cuadros de grandes firmas, techos altos, paredes revestidas de caoba y vitrinas empotradas con preciadas porcelanas. Después de ser presentado a la familia Hearst, nos sentamos a comer. La señora Hearst era una mujer atractiva, de maneras amables y sencillas. Hearst, por el contrario, permanecía con los ojos muy abiertos y me dejaba llevar el peso de la conversación.

—La primera vez que la vi, señora Hearst —le dije—, fue en el restaurante Beaux Arts, con otras dos señoras. Un amigo mío, me dijo quién era usted.

Por debajo de la mesa sentí un pisotón. Me di cuenta de que era Sime Silverman.

—¡Oh! —dijo Hearst con una expresión humorística.

Empecé a balbucir.

—Bueno, si no era usted, era una dama que se le parecía mucho; en realidad, mi amigo no estaba muy seguro —dije ingenuamente.

—Bien —intervino Hearst con un guiño malicioso—. Es muy conveniente tener un doble.

—Sí —dije, riendo quizá demasiado fuerte.

La señora Hearst acudió en mi ayuda.

—Sí —recalcó en tono humorístico—; es muy conveniente.

Sin embargo, no se dio más importancia al asunto y creo que la comida resultó muy bien.

Marion Davies vino a Hollywood en calidad de estrella de la Cosmopolitan Productions, de Hearst. Alquiló una casa en Beverly Hills, y Hearst hizo llevar su yate, de doscientos ochenta pies, atravesando el canal de Panamá hasta las aguas de California. Entonces la colonia cinematográfica disfrutó de una época de *Las mil y una noches*. Dos o tres veces por semana Marion daba suntuosas cenas a bordo, a las

que asistían unos cien invitados, una mezcla de actores y actrices, senadores, jugadores de polo, galanes de revista, potentados extranjeros, así como los directivos y la plantilla de la redacción. Era un curioso ambiente de tensión y frivolidad, pues nadie podía predecir el temperamento del poderoso Hearst, que era el barómetro por el que se sabía si la noche sería un éxito o no.

Recuerdo un incidente que ocurrió en una comida que Marion dio en la mansión que había alquilado. Había unas cincuenta personas de pie, mientras Hearst, con aspecto melancólico, estaba sentado en un sillón de respaldo alto, rodeado de su plantilla de colaboradores. Marion, ataviada a lo madame Récamier, reclinada sobre un diván, aparecía radiantemente bella, pero a medida que Hearst se obstinaba en su actitud se ponía cada vez más taciturna.

—¡Eh! ¡Tú! —gritó de repente, con indignación.

Hearst levantó la vista.

—¿Te refieres a mí? —dijo.

—¡Sí, a ti! ¡Ven aquí! —contestó, manteniendo sus grandes pupilas azules fijas en él.

Los colaboradores se retiraron y la habitación quedó sumida en un denso silencio.

Los ojos de Hearst se endurecieron, mientras seguía sentado como una esfinge, con el ceño cada vez más fruncido, sus labios convertidos en una línea delgada, sus dedos tamborileando nerviosamente sobre el brazo de su sillón, semejante a un trono, sin decidir si debía estallar de furia o no. Me pareció que lo más conveniente era recoger mi sombrero. Pero de repente él se puso en pie.

—Bueno, supongo que tendré que ir —dijo, y se dirigió hacia ella, andando con pesadez—. ¿Y qué es lo que quiere mi dueña?

—Ocúpate de tus negocios en la ciudad —dijo Marion desdeñosamente—. No en mi casa. Mis invitados están esperando beber algo; así que date prisa y dales algo.

—Bueno, bueno —dijo él, yendo hacia la cocina con andares de payaso, y todos nos reímos, aliviados.

En una ocasión, mientras viajaba de Los Ángeles a Nueva York para cierto asunto urgente, recibí un telegrama de Hearst invitándome a ir con él a México. Le telegrafié diciendo que tenía unos asuntos que atender en Nueva York. Sin embargo, en Kansas City me salieron al encuentro dos agentes de Hearst. «Hemos venido a sacarle del tren», dijeron sonrientes, explicándome que el señor Hearst haría que sus abogados de Nueva York se ocuparan allí de todos mis asuntos. Pero no pude aceptarlo.

No he conocido en mi vida a ninguna persona que tirase el dinero con un aire tan *dégagé* como Hearst. Rockefeller sentía el peso moral del dinero; Pierpont Morgan estaba imbuido del poder del dinero; pero Hearst gastaba los millones con indiferencia, como si fuera dinero de bolsillo para los gastos diarios.

La casa de la playa que Hearst le regaló a Marion en Santa Mónica era un palacio construido —lo que parece simbólico— sobre la arena por artesanos italianos especialmente contratados; todo un edificio georgiano de setenta habitaciones y

trescientos pies de anchura, de tres plantas, con un salón de baile y un comedor adornado con molduras doradas. Cuadros de Reynolds, Lawrence y de otros maestros, algunos falsos, colgaban por todas partes. En la espaciosa biblioteca, con paneles de roble, si se apretaba un botón se levantaba una parte del suelo y se convertía en una pantalla de proyección.

El comedor de Marion tenía capacidad para cincuenta invitados cómodamente instalados. Varias suites lujosas podían alojar al menos a veinte personas. Frente al océano y construida en un jardín cerrado, había una piscina de mármol italiano de unos cien pies de longitud y cruzada por un puente de mármol veneciano. Junto a la piscina había un bar, y delante una pequeña pista de baile.

Las autoridades de Santa Mónica querían construir un puerto para balandros y embarcaciones de recreo, un proyecto que apoyaba el *Times* de Los Ángeles. Como yo tenía un pequeño yate, me pareció una buena idea, y así se lo dije a Hearst una mañana durante el desayuno. «Sería desmoralizador para toda la vecindad —contestó con indignación— tener unos marineros atisbando por las ventanas, como si esto fuera un burdel.» No se habló más de la cuestión.

Hearst era muy natural. Si estaba de buen humor, se ponía a bailar su charlestón favorito con una torpeza encantadora, sin importarle lo que pensase la gente. No tenía nada de *poseur* y solo le impulsaba lo que le interesaba. Me daba la impresión de que era un hombre aburrido; tal vez lo fuera, pero no se esforzaba en ser de otra manera. Muchas personas creían que los editoriales diarios firmados por Hearst estaban escritos por Arthur Brisbane; pero el mismo Brisbane me dijo que Hearst era el editorialista más brillante del país.

A veces se mostraba asombrosamente infantil y se podían herir sus sentimientos con gran facilidad. Recuerdo que una noche en que estábamos eligiendo parejas para un juego de charadas, se lamentó de que se le hubiese dejado al margen. «Bueno —dijo Jack Gilbert en tono de broma—, representaremos una charada los dos y pondremos en acción la palabra “caja de píldoras”; yo seré la caja y usted será la píldora.» Pero W. R. Hearst lo tomó en mal sentido; su voz tembló: «No quiero jugar a vuestras estúpidas charadas», y dicho esto, abandonó la habitación dando un portazo.

El rancho de cuatrocientos mil acres que Hearst tenía en San Simeón se extendía treinta millas a lo largo de la costa del Pacífico. Las habitaciones donde se hacía la vida diaria estaban situadas sobre una meseta, como una ciudadela, a quinientos pies sobre el nivel del mar y a cuatro millas del océano. El castillo principal estaba construido con las piedras de varios castillos enviadas por barco desde Europa. La fachada era una mezcla de la catedral de Reims y de un gigantesco chalet suizo. Rodeándolo como puestos de vanguardia había cinco villas italianas situadas al borde de la meseta, cada una de las cuales acogía a seis invitados. Estaban amuebladas al estilo italiano, con techos barrocos que lucían sonrientes querubines tallados. En el castillo principal había habitaciones para otros treinta invitados. La sala de recepción

tenía noventa pies por cincuenta; en ella colgaban tapices gobelinos, algunos auténticos y otros de imitación. En ese ambiente principesco destacaban mesas de backgammon y de billar en cada extremo de la sala. El comedor era una réplica en pequeña dimensión de la nave de la abadía de Westminster, y en él se podían sentar cómodamente ochenta invitados. La servidumbre de la casa ascendía a sesenta personas.

No muy lejos del castillo había un parque zoológico, con leones, tigres, osos, monos, orangutanes, aves y reptiles. Desde las puertas de entrada donde estaba el pabellón del guarda hasta el castillo se extendía una avenida de cinco millas, flanqueada por carteles que rezaban: «Los animales tienen la prioridad». Había que esperar en el coche hasta que una pareja de avestruces se decidía a apartarse del camino. Ovejas, ciervos, alces y búfalos vagaban por la hacienda en manadas, impidiendo el paso.

Varios coches solían recoger a los invitados en la estación; quien se desplazaba en avión, tenía a su disposición una pequeña pista privada de aterrizaje. Si los huéspedes llegaban en medio de las comidas, les enseñaban sus habitaciones, advirtiéndoles que la cena era a las ocho, y que a las siete y media se servirían los cócteles en el vestíbulo principal.

Como diversiones, había natación, equitación, tenis, toda clase de juegos o una visita al zoológico. Hearst imponía como norma que nadie pudiera tomar un cóctel hasta las seis de la tarde. Pero Marion reunía a sus amigos en sus habitaciones, donde se servían cócteles a escondidas.

Las comidas eran fabulosas; el menú parecía el de un banquete en tiempos de Carlos I. Había caza según la estación: faisán, pato silvestre, perdiz o venado. Sin embargo, en medio de esta opulencia nos daban servilletas de papel; solo cuando la señora Hearst estaba en la residencia ponían servilletas de hilo para los invitados.

La señora Hearst visitaba anualmente San Simeón, lo que no ocasionaba ningún problema. Marion y la señora Hearst vivían en un régimen de coexistencia pacífica; cuando se acercaba la época de la llegada de la señora Hearst, Marion y el resto de nosotros nos eclipsábamos con discreción o volvíamos a la casa de la playa de Marion, en Santa Mónica. Conocía a Millicent Hearst desde 1916 y éramos muy buenos amigos, de modo que tenía acceso a los dos sitios. Cuando ella residía en el rancho con sus amigos de la alta sociedad de San Francisco me invitaba a pasar allí el fin de semana, y yo acudía como si fuera mi primera visita de la temporada. Pero Millicent no se hacía ilusiones. Aunque fingía ignorar el reciente éxodo, tenía cierto sentido del humor respecto a él: «Si no fuera Marion, sería alguna otra», decía. Con frecuencia hablaba confidencialmente conmigo sobre las relaciones de Marion y W. R., pero nunca con amargura. «Se sigue comportando como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros y como si Marion no existiese —me decía—. Cuando llego, siempre está cariñoso y encantador, pero nunca se queda más de unas horas. Y siempre es la misma escena: en medio de la cena el mayordomo le da una nota;

entonces se disculpa y se levanta de la mesa. Cuando vuelve dice con timidez que ciertos negocios urgentes reclaman su inmediata presencia en Los Ángeles, y todos fingimos creerlo. Y, como es natural, todos sabemos que va a reunirse con Marion.»

Una noche, después de cenar, acompañé a Millicent a dar un paseo por los alrededores. El castillo estaba bañado por la luz de la luna, con un aspecto maravilloso y espectral, recortándose contra el abrupto paisaje de las colinas de las siete montañas; las estrellas taladraban un cielo intensamente claro. Nos detuvimos un momento, admirando la belleza del panorama. Procedentes del zoológico, se oía el rugido intermitente de un león y los continuos chillidos de un enorme orangután, que hacían eco y retumbaban en las montañas. Era imponente y aterrador, pues todas las noches, a la puesta del sol, el orangután empezaba a excitarse, al principio, en silencio, entregándose luego a horripilantes aullidos que persistían durante toda la noche.

—Ese infortunado animal debe de estar loco —dije.

—Todo el lugar está loco. ¡Mire! —dijo, contemplando el castillo—. La creación de Otto el loco…, y seguirá construyendo y añadiendo dependencias, hasta el día que muera. Luego, ¿de qué servirá? Nadie puede permitirse el lujo de mantenerlo. Como hotel no sirve, y si lo lega al Estado, dudo que pueda utilizarse siquiera como universidad.

Millicent hablaba siempre de Hearst con tono maternal, lo que me hacía pensar que seguía estando unida a él emocionalmente. Era una mujer bondadosa y comprensiva; pero en los últimos años, después de considerarme *de trop* políticamente, me trató con esnobismo.

Una noche, cuando llegué a San Simeón a pasar el fin de semana, salió a mi encuentro Marion, nerviosa y excitada. Uno de los invitados había sido agredido con una navaja cuando estaba cruzando el parque.

Marion tartamudeaba cuando estaba excitada, lo que le añadía encanto y le daba un aire de dama en apuros.

—N-n-no sabemos todavía quién ha sido —susurró—, pero W. R. tiene varios detectives buscando por la finca, y estamos procurando que los invitados no se enteren. Algunos creen que el agresor era un filipino; de modo que W. R. ha hecho que todos los filipinos se marchen del rancho hasta que se conozcan los resultados de la investigación.

—¿Quién ha sido atacado? —pregunté.

—Lo verás esta noche en la cena —me dijo.

Durante la cena estuve sentado frente a un joven con la cara vendada; solo se veían sus chispeantes ojos y sus blancos dientes, que enseñaba en una sonrisa perpetua.

Marion me dio una patada por debajo de la mesa. «Ese es», cuchicheó.

No parecía estar muy mal después de la agresión y tenía un apetito excelente. A

todas las preguntas que le hacían sobre el asunto se limitaba a encogerse de hombros y a sonreír, enseñando los dientes.

Después de la cena Marion me mostró el lugar donde había ocurrido la agresión.

—Fue detrás de esa estatua —dijo, señalando una réplica en mármol de la Victoria de Samotracia—. Aquí están las huellas de sangre.

—¿Qué hacía detrás de la estatua? —le pregunté.

—T-t-tratando de esconderse del a-gre-sor —me contestó.

De repente, en medio de la noche, volvió a surgir nuestro invitado con la cara chorreando sangre y tambaleándose ante nosotros. Marion chilló y yo di un salto de tres pies. En un momento veinte hombres salidos de todas partes lo rodearon. «Me han vuelto a atacar», murmuró. Fue sostenido por dos detectives y conducido a su habitación, donde lo interrogaron. Marion desapareció, pero la vi en el vestíbulo principal una hora después.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté.

Se mostró escéptica.

—Dicen que se ha autolesionado. Es un chiflado, que solo quiere llamar la atención.

Sin más contemplaciones, despidieron al excéntrico con cajas destempladas aquella misma noche, y los infelices filipinos volvieron a su trabajo por la mañana.

Sir Thomas Lipton, ameno charlatán y viejo escocés, con un encantador acento irlandés, era un invitado habitual en San Simeón y en la casa de la playa de Marion, en Santa Mónica. Hablaba interminablemente, recordando muchas cosas.

En una ocasión me dijo: «Charlie, viniste a Estados Unidos e hiciste bien, igual que yo. La primera vez llegué a bordo de un barco de ganado y me dije: “La próxima vez llegaré en mi propio yate”, y así fue». Se quejaba de que le estaban robando millones de libras en su negocio de té Lipton. Alexander Moore, embajador en España, sir Thomas Lipton y yo cenábamos con frecuencia juntos en Los Ángeles, y Alex y sir Thomas evocaban recuerdos y citaban nombres reales a profusión, dándome la impresión de que la realeza solo decía epigramas.

En aquella época veía mucho a Hearst y a Marion; me divertía la vida extravagante que llevaban, y como me invitaban constantemente a pasar todos los fines de semana en la casa de Marion, lo aprovechaba con frecuencia, sobre todo cuando Douglas y Mary estaban en Europa. Una mañana, durante el desayuno con otras cuantas personas, Marion me pidió consejo sobre su guión; pero lo que le dije no fue del agrado de W. R. El asunto era el feminismo, y yo dije que las mujeres son las que eligen a sus hombres y que estos tienen poco que hacer.

W. R. discrepaba.

—¡Oh, no! —dijo—. Es siempre el hombre quien elige.

—Eso creemos nosotros —repliqué—, pero alguna mujercita te señala con el dedo y dice: «Atraparé a ese», y queda uno atrapado.

—Estás completamente equivocado —dijo Hearst con toda firmeza.

—Lo malo —continué— es que su técnica está tan bien oculta, que nos hace creer que somos nosotros los que elegimos.

De pronto Hearst dio un puñetazo en la mesa, haciendo que toda la vajilla del desayuno saltara por el aire.

—¡Si digo que una cosa es blanca, tú dices que es negra! —gritó.

Creo que palidecí un poco. En aquel momento el criado estaba sirviéndome el café.

—¿Quiere usted hacerme el favor de decir a alguien que recoja mis cosas y que llame un taxi? —le dije, levantando la vista.

Luego, sin mediar palabra, me levanté y me fui al salón de baile, donde empecé a pasear de un lado para otro sin poder hablar, mudo de rabia.

Al cabo de un momento apareció Marion.

—¿Qué ha ocurrido, Charlie?

Me temblaba la voz.

—Nadie puede gritarme de esa forma. ¿Quién se ha creído que es? ¿Nerón? ¿Napoleón?

Sin contestarme, dio media vuelta y salió presurosa de la habitación. Un momento después apareció W. R. como si no hubiese ocurrido nada.

—¿Qué te pasa, Charlie?

—No estoy acostumbrado a que me griten, sobre todo cuando soy un invitado de la casa. Así es que me marcho. Yo… —Mi voz se quebró y no pude terminar la frase.

W. R. se quedó un momento pensativo; luego empezó también a pasear por la habitación.

—Hablemos un poco —dijo con voz trémula.

Lo seguí al vestíbulo, hasta un rincón donde había una antigua silla chippendale de doble asiento. Hearst tenía seis pies de altura y era muy grueso. Se sentó en ella y señaló el sitio que quedaba.

—Siéntate, Charlie, y hablaremos un poco.

Me senté a su lado, pero estaba muy apretado. Sin pronunciar palabra, me tendió de repente la mano, que, aunque incapaz de moverme en mi asiento, me las arreglé para estrechar. Entonces comenzó a explicarse, con la voz todavía trémula.

—Verás, Charlie; yo no quiero realmente que Marion haga ese guión, y ella respeta tu opinión. Y cuando tú lo apruebas…; bueno, probablemente por esto he sido un poco brusco contigo.

Inmediatamente me ablandé y me sentí aplacado, insistiendo en que la culpa era mía; como gesto final, nos las arreglamos para volvernos a estrechar la mano; luego nos dispusimos a levantarnos, pero estábamos tan empotrados en la chippendale que esta empezó a crujir de un modo alarmante. Después de varios esfuerzos logramos liberarnos, y la silla quedó intacta.

Al parecer, en cuanto Marion salió del salón de baile tras hablar conmigo, se fue derecha a donde estaba Hearst, le censuró por su brusquedad y le dijo que fuera a

disculparse. Marion sabía escoger su momento y también cuándo debía callarse, como hacía a veces. «Cuando está de mal humor —decía ella—, la tormenta viene ca-ca-como un t-t-trueno.»

Marion era alegre y encantadora, y cuando los negocios de W. R. le retenían en Nueva York, solía reunir a todos sus amigos en su casa de Beverly Hills (esto era antes de que se construyera la casa en la playa), y allí lo festejábamos y jugábamos a las charadas hasta altas horas de la noche. Luego Rodolfo Valentino organizaba a su vez fiestas en su casa y yo hacía lo mismo en la mía. A veces alquilábamos un autobús público, lo llenábamos de víveres, contratábamos a un acordeonista, y diez o veinte de nosotros íbamos a la playa de Malibú, donde encendíamos una fogata y salíamos a pescar salmones.

Invariablemente, Louella Parsons, la columnista de Hearst, venía con nosotros, escoltada por Harry Crocker, que acabó convirtiéndose en uno de mis ayudantes de dirección. Después de esas expediciones no volvíamos a casa hasta las cuatro o las cinco de la madrugada. Marion solía decirle a Louella: «Si W. R. se entera de esto, una de nosotras perderá su empleo, y n-n-no seré yo».

Durante una alegre cena en casa de Marion, W. R. telefoneó desde Nueva York. Cuando Marion volvió del teléfono estaba furiosa. «¡No os lo vais a creer —exclamó con indignación—. ¡W. R. ha hecho que me vigilen!»

Hearst le leyó por teléfono el informe de un detective respecto a lo que ella había hecho desde que él se marchó, diciendo que la habían visto saliendo de la casa de Fulano de Tal a las cuatro de la madrugada, y de casa de Mengano a las cinco… Después me dijo que Hearst regresaba inmediatamente a Los Ángeles para poner fin a su relación con ella y que se separarían. Por supuesto, Marion estaba indignada, porque no había hecho más que divertirse con algunos amigos. El informe del detective era cierto en los hechos, pero tergiversado para dar una impresión equívoca. Desde Kansas City W. R. envió otro telegrama: «He cambiado de idea y no quiero volver a California, porque no puedo ver de nuevo esos lugares donde he gozado de tanta felicidad en el pasado; así que regreso a Nueva York». Pero poco después envió otro telegrama anunciando que estaba camino de Los Ángeles.

Fue un momento de gran tensión, pues todos estábamos preocupados cuando W. R. volvió. Sin embargo, su entrevista con Marion tuvo un efecto saludable, ya que terminó en un banquete colosal para festejar el regreso de W. R. a Beverly Hills. Marion hizo instalar un comedor provisional en su casa, en donde podían acomodarse ciento sesenta invitados. En dos días estuvo terminado, decorado, iluminado eléctricamente, e incluso montó una pista de baile. Marion no tenía más que frotar la lámpara mágica y todo ocurría. Aquella noche lució una nueva sortija con una esmeralda de setenta y cinco mil dólares, un regalo de W. R., y, dicho sea de paso, nadie perdió su empleo.

Para variar de San Simeón y de la casa de la playa de Marion, algunas veces pasábamos el fin de semana en el yate de Hearst y navegábamos hacia Santa Catalina

o el sur de San Diego. Durante uno de estos cruceros fue cuando Thomas H. Ince, encargado de la dirección de la Cosmopolitan Film Productions, tuvo que ser desembarcado y llevado a San Diego. Yo no iba en ese viaje, pero Elinor Glyn, que estaba a bordo, me contó que Ince se mostró alegre y afable, si bien durante la comida le dio de repente un dolor paralizador que lo obligó a levantarse de la mesa. Todos creyeron que sería una indigestión; pero se puso tan mal, que pareció conveniente desembarcarlo y llevarlo a un hospital. Allí se descubrió que había sufrido un ataque al corazón, y lo enviaron a su casa de Beverly Hills, donde tres semanas más tarde tuvo un segundo ataque y murió.

Empezaron a circular feos rumores acerca de que Ince había resultado herido de un balazo y que Hearst estaba implicado en el incidente, lo cual era completamente falso. Lo sé porque Hearst, Marion y yo fuimos a visitar a Ince a su casa dos días antes de que falleciera; se alegró mucho de vernos a los tres y creía que pronto se encontraría bien.

La muerte de Ince trastornó los planes de la Cosmopolitan Productions de Hearst, y la Warner Brothers se hizo cargo de ella. Sin embargo, dos años después la Hearst Productions pasó a la MGM, donde se construyó un suntuoso bungalow como camerino de Marion (yo lo llamaba el Trianón).

Desde allí, Hearst dirigía la mayoría de sus negocios periodísticos. Muchas veces lo veía sentado en el centro de la sala de recepción de Marion con veinte periódicos o más extendidos por el suelo. Desde su asiento examinaba los diversos titulares. «Esta es una composición floja —decía en voz alta, señalando un periódico—. ¿Y por qué han encargado a Fulano este artículo?» Solía coger una revista y pasaba las hojas, sopesándola taxativamente con las manos. «¿Qué pasa con la publicidad de *Redbook*? ¡Bonita publicidad la de este mes! Telegrafía a Ray Long para que venga inmediatamente.» En medio de aquella escena aparecía Marion muy bien ataviada, pues acababa de terminar el rodaje, y con su actitud *moqueuse* paseaba aposta por encima de los periódicos, diciendo: «Quita de aquí toda esta basura; está ensuciando mi camerino».

Hearst se mostraba a veces sumamente ingenuo. Cuando asistía al estreno de una película de Marion, solía invitarme para que fuera en el coche con ellos, y antes de llegar a la entrada del teatro se apeaba para que no lo vieran llegar con Marion. Sin embargo, cuando el *Hearst Examiner* y el *Times* de Los Ángeles se enzarzaron en una contienda política, atacando a Hearst con dureza y resultando el *Times* malparado, este diario recurrió a una ofensa personal y acusó a Hearst de llevar una doble vida, de mantener un nido de amor en Santa Mónica, mencionando a Marion. Hearst no respondió al ataque en su periódico; pero al día siguiente (la madre de Marion acababa de fallecer) vino a verme y me dijo: «Charlie, ¿quieres acompañarme al sepelio de la señora Davies?» Y, por supuesto, accedí.

En 1933, poco más o menos, Hearst me invitó a hacer un viaje con él a Europa. Había comprado todos los pasajes de uno de los transatlánticos de la Cunard para él y

sus acompañantes. Pero decliné la invitación, pues suponía tener que unirme a otros veinte, parándome donde Hearst quisiera y dándome prisa donde él la tuviera.

Había pasado ya por esa experiencia en un viaje que hicimos con él a México, estando embarazada mi segunda esposa. Una caravana de diez coches seguía a Hearst y a Marion por caminos llenos de baches, lo que me hacía renegar de toda la pandilla. Aquellos caminos eran tan intransitables, que tuvimos que renunciar a llegar a nuestro punto de destino y acomodarnos en una granja mexicana para pasar la noche. Había solo dos habitaciones para los veinte que éramos; una de ellas nos fue cedida amablemente a mi mujer, a Elinor Glyn y a mí. Unos durmieron sobre mesas y sillas, otros en los gallineros y en la cocina. Era una escena fantástica la de aquella reducida habitación, con mi mujer en la única cama, yo acomodado sobre dos sillas y Elinor vestida como para ir al Ritz, durmiendo en un canapé desvencijado, con su sombrero, su velo y sus guantes. Se quedó tendida, con las manos cruzadas sobre el pecho, como una estatua yacente, y durmió sin moverse en aquella postura. Lo sé porque no pegué ojo en toda la noche. Por la mañana observé de soslayo cómo se levantaba, igual que se había tumbado: impecable, sin un solo pelo fuera de su sitio, la piel blanca y como esmaltada, y tan pimpante y animada como si se moviera por el salón de té del hotel Plaza.

En su viaje a Europa, Hearst se llevó a Harry Crocker, mi antiguo ayudante de dirección. Harry era entonces el secretario de relaciones públicas de Hearst y me preguntó si querría darle a W. R. una carta de presentación para sir Philip Sassoon, lo que hice gustoso.

Philip le hizo una jugarreta a Hearst. Sabiendo que era acérrimamente antibritánico desde hacía muchos años, concertó una entrevista con el príncipe de Gales. Los dejó a los dos encerrados en su biblioteca, donde, según contaba Philip, el príncipe le preguntó a Hearst a quemarropa por qué era tan antibritánico. Estuvieron allí dos horas, me dijo, y Philip creía que aquella entrevista tuvo en Hearst un efecto saludable.

Nunca pude comprender aquel sentimiento anglófobo suyo; tenía valiosas posesiones en Inglaterra y obtenía de ellas pingües beneficios. Sus tendencias pro germanas databan de la Primera Guerra Mundial. En aquel tiempo crítico su relación y amistad con el conde de Bernstorff, luego embajador alemán, estuvo a punto de originar un escándalo. Ni siquiera el inmenso poder de Hearst logró acallarlo. Además, su corresponsal en el extranjero, Karl von Wiegand, escribió siempre en favor de Alemania, hasta casi el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Durante su viaje a Europa, Hearst visitó Alemania y se entrevistó con Hitler. Entonces no se sabía mucho sobre los campos de concentración. La primera noticia de ellos la dieron los artículos escritos por mi amigo Cornelius Vanderbilt, quien, con algún pretexto, tuvo acceso a uno y describió las torturas que aplicaban los nazis. Pero sus relatos de aquellas degeneradas brutalidades resultaban tan fantásticos que pocas personas los creyeron.

Vanderbilt me envió una serie de postales de Hitler pronunciando un discurso. La cara era extremadamente cómica, una mala imitación mía, con su ridículo bigote, su mechón espeso y rebelde y su boca repugnante, pequeña, de labios delgados. No pude tomar en serio a Hitler. Cada postal lo mostraba en una postura distinta: una con las manos como garras, arengando a la multitud; otra con un brazo levantado y el otro bajado, como un jugador de críquet a punto de tirar la bola, y otra con las manos juntas por delante, como si estuviera izando una pesa de gimnasia imaginaria. Cuando veía ese saludo con la mano caída sobre el hombro, con la palma hacia arriba, me entraban ganas de ponerle una bandeja de platos sucios. «¡Es un loco!», pensé. Pero cuando Einstein y Thomas Mann se vieron obligados a abandonar Alemania, la cara de Hitler dejó de parecerme cómica, para volverse siniestra.

Conocí Einstein en 1926, cuando vino a California a dar conferencias. Sostengo la teoría de que los sabios y los filósofos son unos novelistas sublimes que canalizan sus pasiones en otra dirección. Esta teoría se avenía muy bien con la personalidad de Einstein. Tenía el aspecto de un alemán de los Alpes, en el sentido más amable, jovial y agradable de la palabra. Y aunque sus ademanes eran tranquilos y afables, me daba la impresión de que ocultaba un temperamento intensamente emocional y que esta era la fuente de donde provenía su extraordinaria energía intelectual.

Carl Laemmle, de los estudios Universal, me telefoneó para decirme que al profesor Einstein le agradaría conocerme. Me sentí emocionado. Así que nos citamos para comer en los estudios el profesor, su esposa, su secretaria, Helene Dukas, y su ayudante, el profesor Walter Meyer. La señora Einstein hablaba inglés muy bien, en realidad mejor que el profesor. Era una mujer de complexión fuerte y de gran vitalidad; disfrutaba abiertamente de ser la esposa del gran hombre y no hacía nada por ocultarlo; su entusiasmo resultaba encantador.

Después del almuerzo, mientras el señor Laemmle los acompañaba a ver los estudios, la señora Einstein me llevó aparte y me susurró: «¿Por qué no invita al profesor a su casa? Sé que le encantaría tener una charla tranquila con usted». Como la señora Einstein me había rogado que fuera una reunión íntima, invité solo a otros dos amigos. Durante la cena, la señora Einstein me contó la historia de la mañana en que su marido concibió la teoría de la relatividad.

«El profesor, como de costumbre, bajó con su bata a desayunar; pero apenas tomó nada. Pensé que algo iba mal, y por eso le pregunté qué le preocupaba. “Querida —me dijo—, tengo una idea maravillosa.” Y después de beberse el café se sentó al piano y empezó a tocar. De vez en cuando se detenía, tomaba unas notas y luego repetía: “¡Se me ha ocurrido una idea maravillosa, una idea magnífica!”. Yo le dije: “Entonces, ¡por el amor de Dios!, dime qué es; no me tengas en vilo”. Y él me contestó: “Es difícil; todavía tengo que darle algunas vueltas”.»

La señora Einstein me contó que el profesor siguió tocando el piano y tomando notas durante otra media hora. Después subió a su estudio, diciéndole que no quería

que lo molestaran, y permaneció allí durante dos semanas. «Todos los días le enviaba la comida —siguió contándome ella—, y por la noche daba un paseo para hacer un poco de ejercicio; luego reanudaba su trabajo. Por último —añadió la señora Einstein —, bajó de su estudio muy pálido. “Aquí está”, me dijo, poniendo con gesto fatigado dos hojas de papel sobre la mesa. Era su teoría de la relatividad.»

El doctor Reynolds, a quien había invitado aquella noche porque tenía conocimientos superficiales de física, le preguntó al profesor durante la cena si había leído la obra *Un experimento con el tiempo*, de Dunne.

Einstein negó con la cabeza.

—Expone una interesante teoría sobre las dimensiones —dijo Reynolds con jovialidad—, una especie de… —aquí vaciló—, una especie de expansión de una dimensión.

Einstein se volvió hacia mí rápidamente.

—Una expansión de una dimensión: *was ist das?* —me susurró, malicioso.

Después de aquello Reynolds dejó el tema de las dimensiones y le preguntó a Einstein si creía en los espíritus. Einstein confesó que no había visto ninguno, y añadió: «Cuando otras doce personas hayan presenciado el mismo fenómeno al mismo tiempo, entonces creeré en él», y le sonrió.

Por aquella época los fenómenos psíquicos estaban en boga, y el ectoplasma se cernía sobre Hollywood como una espesa niebla, especialmente en las moradas de las actrices de cine, donde se llevaron a cabo muchas veces sesiones y demostraciones de espiritismo, de levitación y de otros diversos fenómenos psíquicos. Yo no asistí a esos acontecimientos; pero Fanny Brice, la célebre actriz, juró que en una sesión espiritista había visto cómo se elevaba una mesa y flotaba por la habitación. Le pregunté al profesor si había presenciado alguna vez tales fenómenos. Sonrió suavemente y negó con la cabeza. También le pregunté si su teoría de la relatividad estaba en oposición con la hipótesis newtoniana.

«Por el contrario —contestó—, es una prolongación de ella.»

Durante la cena le comuniqué a la señora Einstein que después del estreno de mi siguiente película tenía intención de ir a Europa.

«Entonces tiene usted que venir a Berlín a visitarnos —me dijo—. Nuestra casa no es muy grande, pues el profesor no es rico, aunque tiene a su disposición más de un millón de dólares para sus trabajos científicos, concedido por la Fundación Rockefeller; pero nunca lo ha utilizado.

Más adelante, cuando fui a Berlín, los visité en su modesto pisito. Era parecido a los que podían encontrarse en el Bronx: el cuarto de estar y el comedor en una sola habitación, con alfombras muy estropeadas. La pieza más cara de todo el mobiliario era el piano negro, sobre el cual tomó el profesor aquellas históricas notas preliminares referentes a la cuarta dimensión. Me he preguntado con frecuencia qué habrá sido de ese piano. Posiblemente esté en la Smithsonian Institution, o en el Metropolitan Museum, o puede que fuera utilizado por los nazis como leña para el

fuego.

Cuando el terror nazi se abatió sobre Alemania, los Einstein se refugiaron en Estados Unidos. La señora Einstein contaba una anécdota, que revelaba la ignorancia del profesor en cuestiones monetarias. La Universidad de Princeton quería que trabajara en ella y le rogó que les escribiera señalando sus condiciones; el profesor indicó una cifra tan modesta que los directores de Princeton contestaron que aquellas condiciones que pedía no eran las adecuadas para vivir en Estados Unidos y que necesitaría una suma por lo menos tres veces mayor que la propuesta por él.

Cuando los Einstein viajaron de nuevo a California, en 1937, vinieron a visitarme. El profesor me abrazó cariñosamente y me advirtió que traía tres músicos. «Vamos a tocar para usted después de la cena.»

Aquella noche Einstein fue uno de los componentes de un cuarteto que interpretó a Mozart. Aunque su pulsación no era muy firme y su técnica un poco torpe, tocó con arrobamiento, cerrando los ojos y balanceándose. Los tres músicos, que no se mostraban muy entusiastas con la participación del profesor, le sugirieron con discreción que descansara y que ellos tocarían solos alguna pieza. Einstein aceptó y se sentó entre nosotros a escuchar. Pero después de que los músicos hubieron ejecutado varias piezas, se volvió y me susurró: «¿Cuándo voy a volver a tocar?». Y una vez que los músicos se marcharon, la señora Einstein, ligeramente indignada, aseguró a su marido: «¡Tú tocas mejor que todos ellos!».

Unas noches después los Einstein volvieron a cenar en mi casa y yo invité a Mary Pickford, Douglas Fairbanks, Marion Davies, W. R. Hearst y a una o dos personas más. Marion Davies se sentó junto a Einstein y la señora Einstein se colocó a mi derecha, junto a Hearst. Antes de la cena parecía que todo marchaba a las mil maravillas; Hearst se mostraba amable y Einstein cortés. Pero a medida que la cena avanzaba me percaté de un lento enfriamiento, hasta que ninguno de los dos volvió a intercambiar una sola palabra. Hice todo lo posible para animar la conversación, pero nada consiguió hacerles hablar. Cayó sobre el comedor un pesado silencio, y vi que Hearst miraba con gesto lúgubre su plato de postre y al profesor que sonreía, abstraído tranquilamente en sus pensamientos.

Marion, con su habitual vivacidad, había gastado bromas a todos los comensales, excepto a Einstein. De repente se volvió hacia el profesor y le dijo en tono travieso: «¡Hola!». Y luego, moviendo los dedos sobre su cabeza, imitando un par de tijeras, le dijo: «¿Por qué no se corta el pelo?».

Einstein sonrió, y creí que lo mejor era que pasáramos ya a tomar el café en el salón.

Eisenstein, el director de películas soviético, vino a Hollywood con todo su equipo, incluido Grigori Alexándrov y también un joven inglés llamado Ivor Montagu, que era amigo suyo. Los vi con mucha frecuencia. Solían jugar muy mal al tenis en mi pista, por lo menos Alexándrov.

Eisenstein iba a hacer una película para la Paramount Company. Venía precedido de la fama de *El acorazado Potemkin* y de *Octubre*; por lo que a la Paramount le pareció que era un buen negocio contratarlo para dirigir y escribir sus propios guiones. Escribió uno muy bello, *El oro de Sutter*, inspirado en un interesante documento sobre los primeros días de California. No había en él propaganda de ninguna clase; pero debido a que Eisenstein era natural de la Unión Soviética, la Paramount temía que hubiera problemas y el guión no se rodó.

Un día hablaba con él sobre el comunismo y le pregunté si creía que el proletariado instruido era mentalmente igual que el aristócrata, que tenía tras sí generaciones con una formación cultural. Creo que se quedó sorprendido de mi ignorancia. Eisenstein, que procedía de una familia soviética de ingenieros de clase media me dijo: «Con la instrucción, la fuerza cerebral de las masas es como una tierra ricamente abonada».

Su película *Iván el Terrible*, que vi después de la Segunda Guerra Mundial, es, a mi juicio, la cumbre de todas las películas históricas. Trata la historia poéticamente, una forma excelente de hacerlo. Cuando me doy cuenta de lo falseados que llegan a estar incluso los acontecimientos recientes, la historia como tal solo despierta en mí escepticismo. Mientras que una interpretación poética consigue plasmar el ambiente general de un período. Después de todo, hay más hechos y detalles válidos en las obras de arte que en los libros de historia.

21

Estando en Nueva York, un amigo me dijo que había presenciado la sincronización del sonido en las películas y predijo que en breve aquello revolucionaría la industria cinematográfica.

No volví a pensar en ello hasta unos meses después, cuando la Warner Brothers produjo su primera secuencia hablada. Era una película de época, en la que se veía a una actriz encantadora, cuyo nombre no mencionaré, expresando en silencio una gran emoción, motivada por una tremenda pena, con unos ojazos conmovedores, transmitiendo una angustia que sobrepasaba la elocuencia de Shakespeare. De repente un nuevo elemento intervenía en la película: el ruido que se oye cuando te llevas al oído una caracola marina. Luego la encantadora princesa hablaba como si lo hiciera a través de la arena: «Me casaré con Gregory, aunque tenga que renunciar al trono». Era una impresión terrible, pues hasta entonces la princesa había hechizado nuestro espíritu. A medida que avanzaba la película el diálogo se hacía más divertido, pero no tanto como los efectos sonoros. Cuando el picaporte de la puerta del *boudoir* giraba era como si alguien hubiera puesto en marcha la manivela de un tractor, y al cerrarse la puerta hacía un ruido semejante al choque de dos camiones cargados de troncos. Al principio no se sabía nada respecto del control del sonido. Un caballero andante con armadura chirriaba de forma semejante al ruido de una serrería; una simple cena familiar armaba un alboroto parecido al de la hora punta en un restaurante barato, y echar agua en un vaso producía una escala peculiar que alcanzaba en el teclado hasta el do sobreagudo. Salí de la sala convencido de que el cine sonoro tenía los días contados.

Pero un mes después, la MGM produjo *La melodía de Broadway*, un largometraje sonoro, musical, y aunque no era bueno, obtuvo un estupendo éxito de taquilla. Así es como empezó; de la noche a la mañana todas las salas comenzaron a instalar equipos para el cine sonoro. Era el ocaso del cine mudo. Fue una pena, porque mejoraba poco a poco. Murnau, el director alemán, había utilizado aquel medio con eficacia, y algunos de nuestros directores estadounidenses empezaban a hacer lo mismo. Una buena película muda era un arte universal, tanto para los intelectuales como para la

masa. De pronto todo se iba a perder.

Pero yo estaba decidido a seguir haciendo cine mudo, porque creía que había espacio para toda clase de diversiones. Además, yo era fundamentalmente mímico, y en este género resultaba único y, sin falsas modestias, un maestro. Por tanto, seguí mi trabajo con otra película muda, *Luces de la ciudad*.

Partía de la historia de un payaso que a causa de un accidente de circo ha perdido la vista. Tiene una hijita, una niña enferma y nerviosa, y cuando vuelve del hospital el médico le advierte que debe ocultar su ceguera a su hija hasta que esté bien y se encuentre lo bastante fuerte para comprender, pues la impresión puede ser excesiva para ella. Sus tropezones y porrazos con las cosas hacen que la niña se ría alegremente. Pero esto era demasiado «pueril». Trasladé la ceguera del payaso a la florista. La trama secundaria se basaba en una idea que acariciaba desde hacía años: dos miembros de un club de ricos, discutiendo la inestabilidad de la conciencia humana, deciden hacer un experimento con un vagabundo que encuentran dormido en el malecón. Lo llevan a su regio apartamento y le colman de vino, mujeres y canciones, y cuando se desploma, borracho, y se queda dormido, lo vuelven a llevar a donde lo encontraron. Él se despierta pensando que todo ha sido un sueño. De esta idea salió la historia del millonario, que protege al vagabundo cuando está borracho y lo ignora cuando se encuentra sobrio. Esta historia motiva la trama y hace posible que el vagabundo pueda simular ante la ciega que es rico.

Después de un día de trabajo en *Luces de la ciudad* solía ir al estudio de Doug a tomar un baño turco. Muchos de sus amigos actores, productores y directores se reunían allí, nos tomábamos unos gin-tonics, cotilleando y discutiendo acerca de las películas habladas. El hecho de que estuviera rodando otra película muda sorprendió a la mayoría de ellos. «Tienes mucho valor», me dijeron.

Tiempo atrás mi trabajo siempre despertaba el interés de los productores. Pero ahora estaban demasiado preocupados por el éxito de las películas habladas, y a medida que transcurría el tiempo empecé a sentirme excluido; sospecho que se me había consentido demasiado.

Joe Schenck, que había expresado públicamente su desagrado por las películas sonoras, se mostraba ahora subyugado. «Me temo, Charlie, que van a perdurar», y sostenía que solo Chaplin podía hacer una película muda que tuviera éxito. Eso era halagador, pero no me tranquilizaba, pues no quería ser el único en cultivar el arte del cine mudo. Tampoco fue demasiado tranquilizador leer los artículos de las revistas en las que se expresaban dudas y temores por el futuro de la carrera cinematográfica de Charlie Chaplin.

Sin embargo, *Luces de la ciudad* era una película muda ideal, y nada pudo hacerme desistir de realizarla. Pero me encontré con varios problemas. Desde que se rodaban películas sonoras, hacía ya tres años, los actores habían olvidado casi el arte de gesticular. Toda su preocupación se centraba en la palabra y no en la acción. Otra dificultad consistía en encontrar una chica que pudiera parecer ciega, sin que eso

fuera en detrimento de su belleza. La mayoría de las aspirantes miraban hacia arriba, poniendo los ojos en blanco, algo que resultaba demasiado angustioso. No obstante, la suerte me sonrió. Un día vi actuar a una compañía de circo en la playa de Santa Mónica. Había muchas chicas guapas en traje de baño. Una me saludó con la mano. Era Virginia Cherrill, con quien ya me había visto en alguna otra ocasión.

«¿Cuándo voy a trabajar para usted?», me dijo.

Su bien formada figura, con un traje de baño azul, no hacía pensar que pudiera interpretar un papel tan espiritual como el de la muchacha ciega. Pero después de realizar una o dos pruebas con otras actrices, desesperado, la llamé. Ante mi sorpresa, tenía la facultad de parecer ciega. Le di instrucciones para que me mirase, pero haciéndolo interiormente, como si no me viese, y logró hacerlo. La señorita Cherrill era bella y fotogénica, si bien tenía poca experiencia como actriz. A veces eso es una ventaja, especialmente en las películas mudas, donde la técnica es de una importancia primordial. Las actrices con experiencia están a veces demasiado apegadas a sus hábitos, y en la pantomima la técnica del movimiento es tan mecánica que les molesta. Las que tienen menos experiencia son más aptas para adaptarse a esta mecánica.

Hay una escena en la que el vagabundo sortea un atasco de tráfico pasando por dentro de un coche y saliendo por la otra portezuela a la acera de enfrente. Cuando cierra la puerta la florista ciega lo oye y le ofrece sus flores, creyendo que es el dueño del coche. Con su última media corona el vagabundo compra una flor para el ojal. Sin querer, tira la flor al tropezar en la mano de la florista y la flor cae a la acera. Apoyada sobre una rodilla, la muchacha busca a tientas la flor. El vagabundo la recoge con impaciencia, se la pone y mira a la florista con gesto incrédulo. Pero de pronto se da cuenta de que ella no ve, pasa la flor ante sus ojos, y al confirmar que es ciega, la ayuda a levantarse.

Toda la escena duraba setenta segundos, si bien hubo que repetirla cinco días seguidos, hasta que quedó perfecta. No fue culpa de la chica, sino mía, pues estaba trabajando en un estado de ánimo casi neurótico, tratando de que todo saliera perfecto. Tardé más de un año en rodar *Luces de la ciudad*.

Durante el rodaje se produjo el famoso crac de Wall Street. Por fortuna, a mí no me afectó, porque había leído *Social Credit*, del mayor H. Douglas, que analizaba y hacía un diagrama de nuestro sistema económico, afirmando que, fundamentalmente, todos los beneficios provenían de los salarios. Por tanto, el paro significaba pérdida de beneficios y la disminución del capital. Me dejó tan impresionado la teoría, que en 1928, cuando el número de parados alcanzó la cifra de catorce millones en Estados Unidos, vendí todas mis acciones y obligaciones y guardé mi capital en metálico.

La noche anterior al crac cené con Irving Berlin, que estaba pletórico de optimismo respecto a la Bolsa. Dijo que una camarera que servía en el local donde él comía había ganado cuarenta mil dólares en menos de un año, doblando sus inversiones. Él mismo tenía un paquete de acciones de varios millones de dólares,

que le producía más de un millón de beneficios. Me preguntó si invertía en la Bolsa. Le dije que no podía creer en las acciones habiendo catorce millones de parados. Cuando le aconsejé que vendiera sus acciones y se mantuviese al margen mientras obtuviera algún beneficio, se indignó. Tuvimos casi una discusión. «¡Usted no tiene confianza en Estados Unidos!», dijo, y me acusó de ser muy poco patriota. Al día siguiente la Bolsa bajó cincuenta puntos y la fortuna de Irving se esfumó. Un par de días después vino a mi estudio aturdido y disculpándose y quiso saber dónde había obtenido mi información.

Por fin terminé *Luces de la ciudad*; solo faltaba grabar la música. Una de las ventajas del cine sonoro era que podía controlar la banda sonora; de modo que compuse mi propia partitura.

Intentaba hacer una música elegante y romántica para acompañar mis comedias, en contraste con el carácter del vagabundo, pues ese tipo de música daba a mis películas una dimensión emocional. Los adaptadores musicales raras veces lo entendían. Querían que la música fuera alegre. Pero les comenté que no quería competencia, que exigía que la música fuera un contrapunto de gracia y encanto para expresar el sentimiento, sin el cual, como dice Hazlitt, una obra de arte es incompleta. A veces un músico se ponía a pontificar conmigo y hablaba de los intervalos limitados de la escala cromática y de la escala diatónica; yo le cortaba con una observación de profano: «Lo importante es la melodía; el resto es solo acompañamiento». Después de poner música a una o dos películas empecé a considerar la partitura de un director de orquesta con ojos de profesional y a saber si una composición estaba excesivamente orquestada o no. Si veía muchas notas en los instrumentos de metal y en los de madera, decía: «Hay demasiado negro en el metal», o «demasiado recargado en la madera».

Nada es tan divertido y emocionante como escuchar las melodías que uno ha compuesto interpretadas por primera vez por una orquesta de cincuenta profesores.

Cuando *Luces de la ciudad* estuvo por fin sincronizada, sentía ansiedad por conocer su suerte. Así que, sin previo aviso, organizamos una sesión previa en un teatro de la parte baja de la ciudad.

Fue una experiencia atroz, porque nuestra película se proyectó sobre la pantalla en un local medio vacío. El público había venido a ver un drama y no una comedia, y no salió de su asombro hasta la mitad de la película. Hubo risas, pero débiles. Y antes de que la película se terminara, vi en la semioscuridad figuras que se dirigían hacia la salida. Di un codazo a mi ayudante de dirección.

—Se van.

—Puede que vayan al baño —murmuró.

Después de aquello ya no pude concentrarme en la película, sino que esperé a ver si los que se habían ido por el pasillo volvían. Después de unos minutos murmuré:

—No vuelven.

—Algunos tendrán que coger un tren —me replicó.

Salí del teatro con la impresión de que se había tirado a la basura el trabajo de dos años y dos millones de dólares. Cuando me dirigía a la salida, el encargado, que estaba en el vestíbulo, me felicitó: «Es muy buena —me dijo sonriendo, y como un segundo cumplido, añadió—: Ahora quisiera verle hacer una película hablada, Charlie; es lo que espera el mundo entero».

Intenté sonreír. Nuestro equipo ya había salido de la sala y esperaba, agrupado, en la acera. Me reuní con ellos. Reeves, mi administrador, siempre serio, me felicitó con cierto temblor en la voz:

—Ha resultado bastante bien, creo yo, teniendo en cuenta…

Estas últimas palabras revelaban una ominosa reserva, pero yo moví la cabeza con gesto confiado.

—Con un local lleno resultará estupenda; claro es que necesita un corte o dos —añadí.

Entonces, como un rayo devastador, me vino el poco tranquilizador pensamiento de que todavía no habíamos intentado vender la película. Pero no me preocupé por eso, pues la fama de mi nombre era todavía taquillera, o al menos eso esperaba. Joe Schenck, nuestro presidente de la United Artists, me advirtió que los distribuidores no estaban dispuestos a concederme las mismas condiciones que me asignaron en *La quimera del oro*, y que los grandes circuitos se mantenían distantes y habían decidido esperar a ver cómo se desarrollaban las cosas. Años atrás los distribuidores siempre mostraban un gran interés por cada nueva película mía. Ahora parecían más cautos. Además, hubo problemas para encontrar un local donde proyectar la película en Nueva York. Me dijeron que todas las salas de Nueva York estaban comprometidas. Por tanto, tenía que esperar mi turno.

La única sala disponible en Nueva York era el teatro de George M. Cohan, con una capacidad de mil ciento cincuenta asientos. Estaba algo alejado y se consideraba un local nefasto. No era siquiera un cine. Me alquilaban las cuatro paredes por siete mil dólares a la semana, garantizando un arrendamiento durante ocho semanas, y yo tendría que encargarme de todo lo demás: administrador, taquilleros, acomodadores, encargados de la proyección y tramoyistas, así como los gastos de anuncios luminosos y de publicidad. Como estaba económicamente comprometido con dos millones y había arriesgado mi propio dinero en ello, podía correr el riesgo al completo y alquilar el teatro.

Entretanto, Reeves había ultimado un trato en Los Ángeles para estrenar la película en un teatro nuevo que acababan de construir. Como los Einstein estaban allí todavía, quisieron ir al estreno, aunque creo que no se dieron cuenta de lo que hacían. Antes del estreno cenaron en mi casa y luego todos nos fuimos a la parte baja de la ciudad. La calle principal estaba atestada de público en varias manzanas. Coches de la policía y ambulancias intentaban pasar entre la multitud, que se había apiñado, rompiendo las lunas de escaparates próximos al teatro. Con ayuda de un escuadrón de policía, fuimos empujados al vestíbulo. Detesto las noches de estreno; la tensión que

se siente, la mezcla de perfumes, almizcle y rímel produce un efecto nauseabundo y destroza los nervios.

El propietario había construido un magnífico teatro; pero, como muchos empresarios de aquella época, tenía escasos conocimientos sobre la presentación de las películas. La película empezó. Se proyectaron los créditos, con el aplauso habitual de las noches de estreno. Luego, por fin, llegó la primera escena. Mi corazón latió aceleradamente. Era una escena cómica, con el descubrimiento de una estatua. ¡El público empezó a reír! La risa se convirtió en oleadas ruidosas. ¡Los había conquistado! Todas mis dudas y temores comenzaron a desvanecerse. Tenía ganas de llorar. Durante tres rollos estuvieron riendo. Nervioso y excitado, me reí con ellos.

Luego sucedió algo increíble. ¡De repente, en medio de las risas, dejó de proyectarse la película! Las luces de la sala se encendieron y una voz anunció por un altavoz: «Antes de seguir proyectando esta maravillosa comedia quisiéramos que nos concedieran cinco minutos de su tiempo para hacerles admirar los méritos de este nuevo local». No podía creer lo que oía. Me puse como loco. Salté de mi asiento y salí corriendo por el pasillo: «¿Dónde está ese estúpido hijo de perra del gerente? ¡Voy a matarlo!».

El público se puso de mi parte y empezó a patear y a aplaudir, mientras que aquel idiota seguía hablando acerca de las bellas cualidades del local. Sin embargo, se interrumpió de pronto cuando el público lo abucheó. Pasó un rollo entero antes de que la risa volviera a su cauce. En tales circunstancias, me pareció que la película iba bien. Durante la escena final noté que Einstein se secaba los ojos; una prueba más de que los sabios son unos sentimentales incurables.

Al día siguiente salí para Nueva York, sin esperar las críticas, pues estaría allí solo cuatro días antes del estreno. Cuando llegué descubrí, horrorizado, que no habían hecho casi ninguna publicidad a la película, aparte de un anuncio superficial: «Nuestro viejo amigo vuelve entre nosotros», y otras frases sin relieve. De modo que le canté las cuarenta a nuestro equipo de la United Artists: «No importa el sentimiento; hay que darles información. Vamos a estrenar en un local que no es de cine y que está lejos del centro».

Puse anuncios de media página, alternándolos todos los días en los periódicos más importantes de Nueva York, y que en letras de gran tamaño decían:

CHARLES CHAPLIN

EN EL TEATRO COHAN

EN

«LUCES DE LA CIUDAD»

CONTINUA, DURANTE TODO EL DÍA. 50 CENTAVOS Y 1 DÓLAR

Me gasté treinta mil dólares extra en publicidad. Después instalé un anuncio luminoso en la parte delantera del teatro, que me costó otros treinta mil dólares.

Como quedaba poco tiempo y teníamos que darnos prisa, estuve toda la noche levantado, comprobando la proyección de la película, decidiendo el tamaño de la imagen y corrigiendo la distorsión. Al día siguiente convoqué una rueda de prensa y expliqué por qué y cómo había hecho una película muda.

El equipo de la United Artists tenía sus reservas sobre los precios que había puesto a las entradas, pues eran de un dólar a cincuenta centavos, mientras que todos los cines importantes de exclusiva solo cobraban de ochenta y cinco a treinta y cinco centavos, y esto con películas habladas y otros atractivos. Mi razonamiento se basaba en el hecho de que era una película muda, y esto exigía una subida de los precios, y que si al público le interesaba ver la película no le importaría la diferencia entre ochenta y cinco centavos y un dólar. De modo que no hice la menor concesión.

El día del estreno todo fue muy bien. Pero los estrenos no prueban nada. Era el público corriente el que contaba. ¿Le interesaría una película muda? Esos pensamientos me quitaron el sueño durante la mitad de la noche. Sin embargo, por la mañana me despertó mi agente de publicidad, que entró en tromba en mi habitación, a las once, gritando con excitación:

—¡Chico, lo has conseguido! ¡Qué éxito! Hay una cola que da la vuelta a la manzana desde las diez de la mañana y que está interrumpiendo el tráfico. Diez agentes tratan de mantener el orden. La gente se pelea por entrar. ¡Y tenías que haberlos oído chillar!

Me invadió una sensación de relajación y felicidad; mandé que me trajeran el desayuno y me vestí.

—Cuéntame en qué escena se han reído más —le dije.

Y me hizo una minuciosa descripción, retorciéndose con las carcajadas y hablando a voces.

—Ven a verlo por ti mismo —me dijo—. Te hará bien.

Me sentía reacio a ir, pues ya nada podía superar su entusiasmo. Sin embargo, presencié media hora de proyección, de pie entre el gentío en la parte de atrás del teatro, en medio de aquel ambiente intenso, interrumpido continuamente por frecuentes estallidos de risa. Aquello fue suficiente. Volví satisfecho y di rienda suelta a mi sobreexcitación paseando por todo Nueva York durante cuatro horas. De vez en cuando volvía a pasar por delante del teatro y veía la larga fila continua que daba la vuelta a la manzana. La película mereció el elogio unánime de la crítica.

En un local de mil ciento cincuenta asientos hicimos ochenta mil dólares de taquilla durante tres semanas. Nos seguía la Paramount, con tres mil asientos, proyectando una película hablada y con Maurice Chevalier en persona, pese a lo cual recaudó solo treinta y ocho mil dólares en esa misma semana. *Luces de la ciudad* se mantuvo en cartel doce semanas, produciéndonos un beneficio neto, después de todos los gastos, de más de cuatrocientos mil dólares. La única razón de que la retiraran fueron las exigencias de los circuitos de distribución de Nueva York, que habían alquilado la película a un buen precio; no querían que se proyectara demasiado antes

de que llegara a sus respectivos circuitos.

Tenía intención de ir a Londres para estrenar allí *Luces de la ciudad*. Estando en Nueva York vi muchas veces a mi amigo Ralph Barton, uno de los directores del *New Yorker*, que acababa de ilustrar una nueva edición de los *Cuentos droláticos*, de Balzac. Ralph tenía solo treinta y siete años, era un hombre muy culto y excéntrico, que había estado casado cinco veces. Se quedó muy deprimido a raíz del último matrimonio y había intentado suicidarse, tomando una dosis excesiva de algún medicamento. Le propuse que viniese a Europa como mi invitado, pues el cambio de aires le beneficiaría. Así que embarcamos los dos en el *Olympic*, el mismo barco en que había ido a Inglaterra en mi primer viaje.

22

Me preguntaba qué recibimiento me darían en Londres después de diez años desde mi primer viaje. Hubiera preferido llegar tranquilamente, sin ningún bullicio. Pero había ido para asistir al estreno de *Luces de la ciudad*, y ello significaba publicidad para la película. Sin embargo, no me quedé defraudado por la cantidad de gente que acudió a darme la bienvenida.

En esa ocasión me hospedé en el Carlton, porque era un sitio lleno de recuerdos más antiguos que el Ritz y hacía que Londres me resultara más familiar. Mi suite era exquisita. Qué triste sería acostumbrarse al lujo. Cada vez que entraba en el Carlton era como entrar en un paraíso dorado. Ser rico en Londres hacía que la vida fuese para mí una aventura emocionante en todo momento. El mundo era una fiesta. La representación empezaba por la mañana.

Miré por la ventana de mi habitación y vi varios carteles en la calle. Uno decía: «Charlie es todavía su favorito». Sonreí pensativamente ante la afirmación. La prensa fue sumamente amable, pues en una entrevista di un *faux pas* cuando me preguntaron si tenía intención de visitar Elstree. «¿Dónde está eso?», pregunté de manera inocente. Los periodistas se miraron unos a otros y sonrieron; luego me dijeron que aquel era el centro de la industria cinematográfica inglesa. Mi azoramiento fue tan auténtico que no se ofendieron.

Esta segunda visita fue casi tan anímicamente perturbadora y emocionante como la primera, y sin duda resultó más valiosa, porque tuve la suerte de conocer a personas mucho más interesantes.

Sir Philip Sassoon me llamó y nos invitó a Ralph y a mí a varias cenas en la mansión que tenía en Park Lane y en su casa de campo de Lympne. También comimos con él en la Cámara de los Comunes, donde nos encontramos a lady Astor en el vestíbulo. Al día siguiente lady Astor nos invitó a comer en el número 1 de Saint James’s Square.

Entrar en su salón era como entrar en el Hall de la Fama del museo de Madame Tussaud; allí nos encontramos con Bernard Shaw, John Maynard Keynes, Lloyd George y otras personalidades, pero todos de carne y hueso. Lady Astor mantuvo

animada la conversación con sus recursos infalibles, hasta que de repente la llamaron por teléfono y entonces se hizo un embarazoso silencio. Pero Bernard Shaw tomó la palabra y contó una divertida anécdota sobre el deán Inge, quien, expresando su indignación sobre la doctrina de san Pablo, dijo: «Falseó tanto las enseñanzas de nuestro Salvador que, metafóricamente, lo crucificó cabeza abajo». Esta genialidad y gentileza para procurar que no decayera la conversación eran muy cordiales y atractivas por parte de Shaw.

Mientras comíamos hablé con Maynard Keynes, el economista, y le dije que había leído en una revista inglesa el funcionamiento del crédito en el Banco de Inglaterra, que era entonces una corporación privada; durante la guerra el banco había sido esquilmado de sus reservas de oro, y solo se habían dejado cuatrocientos millones de libras de valores extranjeros; cuando el gobierno solicitó un préstamo de quinientos millones de libras del banco, este simplemente sacó sus valores extranjeros, los miró, los volvió a guardar en la caja fuerte subterránea y concedió el préstamo al gobierno, transacción que se repitió varias veces. Keynes asintió con la cabeza y dijo:

—Eso es, más o menos, lo que ocurrió.

—Pero ¿cómo se saldaron esos préstamos? —le pregunté cortésmente.

—Con la misma moneda fiduciaria —respondió Keynes.

Hacia el final de la comida, lady Astor se puso unos cómicos dientes falsos que tapaban los suyos e imitó a una dama victoriana hablando en un club hípico. Los dientes le deformaban la cara, dándole una expresión hilarante. Dijo con vehemencia: «En nuestra época, las mujeres inglesas seguíamos a las jaurías, como correspondía a una dama, no con el vulgar estilo masculino de esas estrambóticas estadounidenses. Montábamos de costado en la silla, firmes y veloces, con dignidad y gracia femeninas».

Lady Astor habría sido una actriz maravillosa. Anfitriona encantadora, tengo que agradecerle muchas fiestas maravillosas, que me proporcionaron la oportunidad de conocer a numerosas personalidades ilustres de Inglaterra.

Después de la comida, cuando los otros invitados se marcharon, lord Astor nos llevó a ver su retrato, pintado por Munnings. Cuando llegamos al estudio, el artista se mostró reacio a dejarnos pasar, hasta que lord Astor le convenció. El retrato representaba a lord Astor montado en un caballo de caza, rodeado de una jauría. Le caí bien a Munnings, pues admiré tanto los diversos bocetos previos y rápidos que había hecho del movimiento de los perros como el retrato terminado. «La acción es música», dije. Satisfecho, Munnings me enseñó otros bocetos.

Uno o dos días después comimos en casa de Bernard Shaw. Después G. B. me llevó a su biblioteca —solo a mí—, dejando a lady Astor y a los otros invitados en el salón. La biblioteca era una habitación alegre y clara que daba al Támesis. Y, mira por donde, me encontré frente a un estante de libros de Shaw sobre la chimenea, y, como un necio —pues había leído muy poco de Shaw—, me adelanté hacia ellos,

exclamando: «¡Ah, todas sus obras!». Luego se me ocurrió que tal vez me había llevado allí para explorar mi mente por medio de la discusión de sus obras. Nos imaginé a los dos tan absortos en una charla, que los otros invitados tendrían que venir a levantar la sesión. ¡Cómo me hubiera gustado que fuese así! Pero en lugar de ello, hubo un breve momento de silencio, mientras yo sonreía y daba la vuelta para examinar la habitación y hacer algunos comentarios triviales sobre su alegre ambiente. Luego volvimos a reunirnos con los demás invitados.

Después coincidí varias veces con la señora Shaw. Recuerdo la discusión que sostuve con ella sobre la comedia de G. B. *El carro de las manzanas*, que había sido acogida con críticas indiferentes. La señora Shaw estaba indignada. Me comentó: «Le he dicho a G. B. que no debía escribir ninguna obra más. ¡El público y los críticos no son dignos de ellas!».

Durante las tres semanas siguientes estuvimos muy ocupados por numerosas invitaciones. Una fue la del primer ministro, Ramsay MacDonald; otra de Winston Churchill, otras de lady Astor, sir Philip Sassoon y todo el mundillo nobiliario.

Había conocido a Winston Churchill en la casa de playa de Marion Davies. Unos cincuenta invitados deambulaban entre el salón de baile y el de recepción cuando él apareció en la puerta con Hearst; se quedó parado como un Napoleón, con la mano en el chaleco y contemplando el baile. Parecía perdido y fuera de lugar. W. R. me vio, me hizo señas para que me acercara y nos presentó.

A pesar de sus maneras familiares, Churchill resultaba bastante brusco. Hearst nos dejó, y durante un rato estuvimos de pie intercambiando comentarios triviales, mientras la gente pasaba a nuestro alrededor. Solo se animó cuando hablé del gobierno laborista.

—Lo que no comprendo —dije— es que en Inglaterra la elección de un gobierno socialista no altere la situación del rey y la reina.

Su mirada chispeó rápida y humorísticamente desafiante.

—Claro que no —dijo.

—Yo creí que los socialistas estaban en contra de la monarquía.

Se echó a reír.

—Si estuviera usted en Inglaterra le habríamos cortado la cabeza por esa observación.

Unas noches después me invitó a cenar en la suite de su hotel. Había otros dos invitados y también estaba su hijo Randolph, un apuesto mozalbete de dieciséis años, ávido de asuntos intelectuales y que mostraba el espíritu crítico e intolerante de la juventud. Noté que Winston estaba muy orgulloso de él. Fue una noche encantadora, en la que el padre y el ir hijo bromearon sobre cosas sin importancia. Después nos vimos varias veces en la casa de Marion, antes de que Churchill regresara a Inglaterra.

Y ahora nos encontrábamos en Londres; en esta ocasión Churchill nos invitó a Ralph y a mí a pasar el fin de semana en Chartwell. Hicimos el viaje en coche, con un

frío muy desagradable hasta que llegamos. Chartwell era una encantadora casa antigua, amueblada modestamente pero con buen gusto, en la que se respiraba un ambiente familiar. En aquella segunda visita a Londres comencé realmente a conocer a Churchill. En esa época estaba en la oposición en la Cámara de los Comunes.

A mi parecer, sir Winston se ha divertido más que la mayoría de nosotros. En el escenario de la vida ha desempeñado muchos papeles con valentía, deleite y con un notable entusiasmo. Ha dejado de conocer muy pocos placeres en este mundo. La vida ha sido generosa con él. Ha vivido bien, ha jugado bien, ha apostado fuerte y ha ganado. Ha gozado del poder, pero no ha estado nunca obsesionado por él. En su atareada existencia ha encontrado tiempo para sus aficiones: la albañilería, las carreras de caballos y la pintura. En el comedor vi un bodegón suyo colocado sobre la chimenea. Winston advirtió que yo mostraba mucho interés por él.

—Es una obra mía.

—¡Pero es asombroso! —exclamé con entusiasmo.

—Nada de eso. Vi a un hombre pintando un paisaje en el sur de Francia y me dije: «Yo también puedo hacer eso».

A la mañana siguiente me mostró las tapias que rodean Chartwell y que había construido él mismo. Sorprendido, dije algo sobre la albañilería, que, a mi entender, no es tan fácil como parece.

«Le enseñaré cómo se hace, y a los cinco minutos será usted capaz de hacerlo.»

Durante la cena de la primera noche había varios jóvenes miembros del Parlamento que, metafóricamente, estaban a sus pies, incluidos el señor Boothby, ahora lord Boothby, y el último Brendan Bracken, que llegó a ser lord Bracken, ambos conversadores interesantes y encantadores. Les dije que iba a reunirme con Gandhi, por entonces en Londres.

—Hemos proporcionado alimentos a ese hombre durante demasiado tiempo —dijo Bracken—. Con huelgas de hambre o no, deberían meterlo en la cárcel y dejarlo allí. Como no nos mantengamos firmes, perderemos la India.

—La cárcel sería una solución muy sencilla si diera resultado —aduje—; pero si encarcelan a un Gandhi surgirá otro. Es un símbolo de lo que anhela el pueblo indio, y hasta que consigan lo que quieren producirán un Gandhi tras otro.

Churchill se volvió hacia mí, sonriendo.

—Sería usted un buen político laborista.

El encanto de Churchill estribaba en su tolerancia y en su respeto por las opiniones ajenas. Parecía no guardar rencor a los que no estaban de acuerdo con él.

Bracken y Boothby se marcharon aquella primera noche, y al día siguiente conviví con Winston en la intimidad de su familia. Fue un día de tumulto político; lord Beaverbrook estuvo telefoneando a Chartwell durante todo el día y Winston fue interrumpido varias veces durante la cena. Era en pleno período electoral y en medio de una crisis económica.

Me divertí mucho a las horas de las comidas. Winston solía hacer discursos

políticos en la mesa, mientras su familia estaba plácidamente sentada, sin moverse. Tenía la impresión de que aquello era frecuente y de que ya estaban acostumbrados.

—El ministerio habla de las dificultades para equilibrar el presupuesto —dijo Churchill, echando una ojeada furtiva a su familia y luego a mí— y declara que ha llegado hasta el límite de sus créditos y no tiene ya nada más que gravar con impuestos, cuando Inglaterra está removiendo su té como jarabe.

Se detuvo un momento para ver el efecto que causaban sus palabras.

—¿Es posible equilibrar el presupuesto mediante un impuesto adicional sobre el té? —pregunté.

Me miró y vaciló un instante.

—Sí —contestó; pero me pareció que lo afirmaba sin gran convicción.

Me encantaron la sencillez y el gusto casi espartano de Chartwell. Su dormitorio era al mismo tiempo una biblioteca, con profusión de libros en los estantes y en todas las paredes. Una de ellas estaba dedicada por entero a las Actas Parlamentarias Hansard. Había también muchos volúmenes sobre Napoleón.

«Sí —me confesó—; soy un gran admirador suyo. He oído que está usted interesado en hacer una película sobre Napoleón —añadió—. Debería hacerla; tiene grandes posibilidades cómicas: Napoleón dándose un baño, su hermano Jerónimo irrumpiendo, ataviado con su uniforme, todo recubierto de dorados, aprovechando ese momento para importunar a Napoleón y hacerle aceptar sus exigencias. Pero Napoleón se zambulle con toda intención en la bañera y salpica de agua el uniforme de su hermano, diciéndole luego que se marche. Su hermano sale con las orejas gachas. Resultaría una maravillosa escena cómica.»

Recuerdo que me encontré al matrimonio Churchill comiendo en el restaurante Quaglino's. Winston estaba sentado con un aire puerilmente mohíno. Me acerqué a su mesa para saludarlos. «Tiene usted aspecto de haberse tragado el peso del mundo», dije, sonriendo.

Me contó que acababa de salir de un debate en la Cámara de los Comunes y que lo que se había dicho respecto a Alemania no le gustaba. Hice un alegre comentario, pero él movió la cabeza. «¡Oh, no! Esto es muy serio, muy serio, de verdad.»

Poco tiempo después de mi estancia en casa de Churchill me entrevisté con Gandhi. Siempre lo había respetado y admirado por su habilidad política y su voluntad de hierro. Pero creo que su visita a Londres fue una equivocación. Su significación legendaria se evaporó en la escena londinense y su doctrina religiosa resultaba carente de solemnidad en el frío y húmedo clima de Inglaterra. Ataviado con su túnica tradicional, que se plegaba sobre él desordenadamente, tenía un aspecto incongruente. Su presencia en Londres fue blanco de burlas y caricaturas. La facultad de impresionar es mayor cuando se está a distancia. Me preguntaron si quería entrevistarme con él. Por supuesto, asentí con emoción.

Nos vimos en una humilde casita situada en un barrio pobre, próximo a East India

Dock Road. La multitud llenaba las calles, y la prensa y los fotógrafos habían invadido los dos pisos. La entrevista tuvo lugar en una habitación de la planta superior que daba a la calle y que tenía unos doce pies cuadrados. El Mahatma no había llegado aún; mientras esperaba me puse a pensar en lo que debería decirle. Sabía algo acerca de su encarcelamiento, de sus huelgas de hambre y de su lucha por la libertad de la India y sabía también vagamente que se oponía al empleo de la maquinaria.

Cuando, por fin, llegó, se oyeron vítores y aplausos, mientras se apeaba del taxi, ciñéndose los pliegues de su túnica. Era una escena singular, en aquella atestada y mísera callejuela, ver tan extraña figura entrando en una humilde casa, aclamada por la multitud. Subió al piso y se asomó a la ventana; luego me llamó por señas y juntos saludamos al gentío de abajo.

De repente la habitación se llenó de los flashes de las cámaras fotográficas mientras nos sentábamos en el sofá. Yo estaba a la derecha del Mahatma. Había llegado el difícil y terrible momento en que debía decir algo hábilmente inteligente sobre un asunto que conocía poco. Sentada a mi derecha estaba una joven que se obstinaba en contarme una larga historia, de la que no oí ni una sola palabra, pero movía la cabeza en señal de aprobación, preguntándome todo el tiempo qué le diría a Gandhi. Sabía que tenía que iniciar la conversación, y que no le correspondía al Mahatma decirme lo que le había divertido mi última película y cosas por el estilo; yo dudaba de que hubiera visto una película. Sin embargo, la voz autoritaria de una dama india interrumpió de repente a la joven charlatana: «Señorita, ¿tendría usted la amabilidad de terminar su conversación y dejar que el señor Chaplin hable con Gandhi?».

En la atestada habitación se hizo de pronto un silencio. Y como la expresión del rostro del Mahatma, parecida a una máscara, era la de una persona que espera, sentí que toda la India estaba también esperando mis palabras. Así, pues, me aclaré la garganta:

—Naturalmente, simpatizo con las aspiraciones y la lucha de la India por su libertad —dije—. Sin embargo, me confunde algo el odio que usted siente por las máquinas.

El Mahatma movió la cabeza y sonrió, mientras yo continuaba:

—Después de todo, si la maquinaria se usa con un sentido altruista, debe ayudar a liberar al hombre del yugo de la esclavitud y a proporcionarle menos horas de trabajo y más tiempo para cultivar su inteligencia y disfrutar de la vida.

—Comprendo —dijo, hablando despacio—; pero antes de que la India pueda lograr esos fines debe liberarse del dominio inglés. En el pasado la maquinaria ha hecho que dependiéramos de Inglaterra, y la única forma de liberarnos de esa dependencia está en boicotear todas las mercancías hechas con máquinas. Esta es la causa de que nos hayamos propuesto el patriótico deber de que cada indio hile su propio algodón y teja sus propios vestidos. Esta es nuestra forma de atacar a una

poderosa nación como Inglaterra, y, naturalmente, hay otras razones. La India tiene un clima diferente al de Inglaterra y sus hábitos y costumbres son distintos. En Inglaterra el tiempo frío requiere una industria activa y una economía compleja. Ustedes necesitan fabricar utensilios para comer; nosotros empleamos los dedos y esto se traduce en múltiples diferencias.

Conseguí así una clara lección sobre la maniobra táctica empleada en la lucha de la India por la libertad, inspirada, paradójicamente, por un visionario realista, de inteligencia viril y con una férrea voluntad para llevarla a cabo. También me dijo que la suprema independencia está en desprenderse de las cosas superfluas, y que la violencia, al final, se destruye a sí misma.

Cuando la habitación se quedó vacía me preguntó si quería quedarme para verles orar. El Mahatma se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, mientras que otras cinco personas se sentaban también junto a él formando un corro. Era un espectáculo curioso: seis figuras acuclilladas en el suelo en aquella pequeña habitación en pleno suburbio de Londres, mientras que un sol azafranado se ponía con rapidez tras los tejados; y yo, sentado en el sofá, contemplando cómo entonaban con humildad su oración. ¡Qué paradoja!, pensé, mientras observaba a aquel hombre sumamente realista, con su hábil inteligencia de jurista y su profundo sentido de la realidad política, todo lo cual parecía desvanecerse en aquel canto salmodiante.

La noche del estreno de *Luces de la ciudad* llovía a mares; pero la benévola multitud estaba allí y la película fue muy bien acogida. Tomé asiento en la primera fila del anfiteatro, al lado de Bernard Shaw, lo cual provocó muchas risas y aplausos. Nos obligaron a ponernos de pie juntos y a saludar, provocando nuevas risas.

Churchill asistió al estreno y a la cena que se celebró después. Pronunció un discurso, diciendo que quería brindar por un hombre que había comenzado como un chico del otro lado del río y conseguido luego el cariño del mundo. «¡Por Charlie Chaplin!»

Era algo inesperado y me quedé un poco aturdido, en especial cuando oí que comenzaba aquel discurso con: «Excelentísimos señores, señoras y caballeros…». Sin embargo, influido por la formalidad de la ocasión, y además de otras cosas, contesté de la misma manera: «Excelentísimos señores, señoras y caballeros, como mi amigo el último ministro de Hacienda…» y no continué. Todos se rieron. Hubo una interrupción. Oí una voz zumbona que repetía: «¡Eso, eso, el difunto, el difunto!». Naturalmente, era Churchill. Cuando recobré el aplomo, continué: «Bueno, es que me parece raro decir el "ex ministro de Hacienda"».[11]

Malcolm MacDonald, hijo del primer ministro laborista, Ramsay MacDonald, nos invitó a Ralph y a mí a entrevistarnos con su padre y a pasar la noche en Chequers. Vimos al primer ministro en el camino, dando su acostumbrado paseo, vestido con pantalones bombachos, chalina, capa, y con su pipa y su grueso bastón, como un típico caballero rural, la última persona que uno se hubiera figurado que pudiera ser

el dirigente del Partido Laborista. Mi primera impresión fue la de un hombre de gran dignidad, consciente por completo del peso de su cargo, y de un noble continente, no exento de humor.

La primera parte de la noche estuvimos algo cohibidos. Pero después de la cena fuimos a la famosa e histórica Long Room a tomar el café, y después de ver la mascarilla mortuoria de Cromwell y otros objetos históricos, bajamos a charlar un poco. Le dije que desde mi primera visita a Inglaterra se había producido un gran cambio, una visible mejora. En 1921 vi mucha miseria en Londres: damas ancianas de pelo gris durmiendo en los muelles del Támesis; pero ahora aquellas ancianas habían desaparecido y no había mendigos durmiendo en las calles. Las tiendas parecían bien surtidas y los niños bien calzados, y que seguramente todo esto se debía al gobierno laborista.

Con una expresión inescrutable, me dejó hablar, sin interrumpirme. Le pregunté si el gobierno laborista, que a mi entender era un gobierno socialista, tenía poder para modificar mínimamente la organización del país. Parpadeó y me replicó humorísticamente: «Debería ser así; pero es la paradoja de la política británica: en el momento en que uno se adueña del poder se vuelve impotente».

Reflexionó un momento y luego me relató la historia de la primera vez que fue al palacio de Buckingham como primer ministro. Saludándole cordialmente Su Majestad le dijo: «Bueno, ¿qué van a hacer conmigo ustedes, los socialistas?».

El primer ministro se rió y dijo: «Nada más que intentar servir a Vuestra Majestad y a los intereses del país lo mejor que podamos».

Durante las elecciones, lady Astor nos invitó a Ralph y a mí a pasar el fin de semana en su casa de Plymouth, donde debíamos encontrarnos con T. E. Lawrence, que también pasaría allí el fin de semana. Pero por algún motivo Lawrence no se dejó ver. Sin embargo, ella nos invitó a su distrito electoral y a un mitin cerca del muelle, en el que iba a hablar a unos pescadores. Me preguntó si quería decir unas palabras. Le advertí que yo simpatizaba con los laboristas y que no podía apoyar realmente su política.

«No importa —dijo—; solo es porque les gustaría verle, eso es todo.»

El mitin era al aire libre y hablamos desde un gran camión. El párroco de aquella circunscripción estaba allí y parecía ser de un humor más bien irritable; nos saludó con frialdad, a mi entender. Después de un breve discurso de introducción de lady Astor, subí al camión.

—¿Qué tal están, amigos? —dije—. Está muy bien por nuestra parte, los millonarios, decirles cómo deben votar; pero nuestras condiciones de vida son completamente distintas de las de ustedes.

—¡Bravo! —oí que el párroco exclamaba de repente.

—Lady Astor y ustedes pueden tener algo en común —continué—; no sé exactamente qué. Pero me parece que ustedes lo saben mejor que yo.

—¡Excelente! ¡Muy bien! —exclamó de nuevo el párroco.

—Por lo que se refiere a su política y a su hoja de servicios al representar a esta… a esta… —«circunscripción», me sopló el párroco; cada vez que yo dudaba él me facilitaba la palabra—, la hoja de servicios de lady Astor debe de ser muy satisfactoria.

Y terminé diciendo que sabía que era una mujer muy buena y amable y con la mejor de las intenciones. Cuando bajé, el párroco era todo sonrisas y me estrechó la mano con efusión.

Hay un arraigado sentido de franqueza y de sinceridad en el clero inglés, que es un exponente de lo mejor de Inglaterra. Hombres como el doctor Hewlett Johnson y el canónigo Collins y otros muchos prelados, son los que dan vitalidad a la Iglesia de Inglaterra.

Mi amigo Ralph Barton se estaba comportando de un modo extraño. Advertí que el reloj eléctrico de la sala estaba parado y que los cables habían sido cortados. Cuando se lo dije, Ralph me contestó: «Sí, los corté, porque odio el tictac de los relojes». Me quedé perplejo y hasta un poco molesto, pero lo atribuí a una de las rarezas de Ralph. Desde que salimos de Nueva York parecía totalmente curado de su depresión. De pronto decidió regresar a Estados Unidos.

Antes de partir me preguntó si querría acompañarle a visitar a su hija, que hacía solo un año había tomado los hábitos y estaba en un convento católico en Hackney. Era su hija mayor, pues la tuvo de su primera mujer. Ralph me había hablado de ella con frecuencia, diciéndome que desde los catorce años había sentido vocación religiosa, aunque él y su mujer hicieron todo lo que pudieron por disuadirla. Me enseñó una fotografía de ella tomada cuando tenía dieciséis años y su belleza me sorprendió; tenía unos grandes ojos oscuros, una boca perfecta y sensual y una sonrisa atractiva.

Ralph me comentó que la habían llevado a París a muchos bailes y a los clubes nocturnos, esperando disuadirla así de su vocación religiosa. Le habían presentado chicos y proporcionado numerosas diversiones, con las que parecía disfrutar. Pero nada pudo disuadirla de hacerse monja. Ralph no la había visto desde hacía dieciocho meses. Ahora acababa el noviciado e ingresaba definitivamente en la orden.

El convento era un edificio sombrío y lúgubre, situado en el corazón de un barrio pobre de Hackney. Cuando llegamos nos saludó la madre superiora y luego nos condujo a una habitación pequeña y triste. Allí nos sentamos y esperamos lo que nos pareció una eternidad. Por fin entró su hija. Inmediatamente sentí una gran tristeza, pues era tan bella como en su fotografía. Solo cuando sonrió vi que le faltaban dos dientes de un lado.

La escena era rara: los tres sentados en aquella reducida habitación lúgubre; aquel padre elegante y refinado, de treinta y siete años, con las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo, y su hija, aquella guapa monjita de diecinueve años, acomodada frente a nosotros. Quise excusarme y esperarlo en el coche, pero ninguno de los dos lo

consintió.

Aunque era vivaz y lista, advertí que estaba desvinculada de la vida. Sus gestos eran nerviosos y espasmódicos y revelaban cierta tensión cuando hablaba de sus deberes como maestra. «Es difícil enseñar a los niños pequeños —dijo—, pero me acostumbraré a ello.»

Los ojos de Ralph brillaron con orgullo mientras le hablaba, fumando su cigarrillo. Por descreído que fuera, noté que más bien le alegraba la idea de tener una hija monja.

En su encuentro había desapego, en parte nostálgico. Era indudable que acababa de pasar por una prueba espiritual. Aun siendo bella y joven como era, su cara aparecía triste y llena de unción. Habló de los calurosos artículos sobre nuestra recepción en Londres, y preguntó por Germaine Taillfer, la quinta esposa de Ralph. Ralph le dijo que se habían separado. «Naturalmente —comentó ella, dirigiéndose a mí con humor—; no puedo estar al tanto de las esposas de papá.» Ralph y yo nos reímos algo cohibidos.

Ralph le preguntó si permanecería mucho tiempo en Hackney. Movió la cabeza pensativamente y dijo que podían enviarla a Centroamérica.

—Pero nunca nos dicen ni cuándo ni adónde.

—Bueno, pero puedes escribir a tu padre cuando estés allí —tercié.

Ella vaciló.

—Prefieren que no nos comuniquemos con nadie.

—¿Ni siquiera con tus padres? —le pregunté.

—No —dijo, intentando quitarle importancia; luego sonrió a su padre, y después hubo un momento de silencio.

Cuando llegó la hora de marcharnos cogió la mano de su padre y la apretó largo rato con cariño, como si tuviera algún presentimiento. Al salir Ralph estaba ensimismado, aunque aparentaba indiferencia. Dos semanas después, y en su piso de Nueva York, se pegó un tiro en la cama, la cabeza cubierta por una sábana.

Veía a H. G. Wells con frecuencia. Tenía un piso en Baker Street. Cuando lo visité tenía cuatro secretarias atareadas con libros de referencias, comprobando y sacando notas de enciclopedias, obras técnicas, documentos y folletos.

—Es *The Anatomy of Frustration* mi nuevo libro —me dijo—; toda una industria.

—Me parece que son ellas las que están haciendo la mayor parte del trabajo —observé en broma.

Las que parecían ser cajas de galletas, y que estaban colocadas encima de una alta estantería que rodeaba la biblioteca, tenía cada una rótulos tales como «Material biográfico», «Cartas personales», «Filosofía», «Datos científicos», etcétera.

Después de la cena llegaban amigos, entre ellos el profesor Laski, que tenía aún un aspecto muy juvenil. Harold era un orador muy brillante. Lo oí hablar en la American Bar Association, en California, y lo hizo brillantemente, sin titubear ni una

sola vez durante una hora y sin utilizar un solo apunte. Aquella noche, en el piso de H. G., Harold me habló de las asombrosas innovaciones efectuadas en la filosofía del socialismo. Me dijo que la más ligera aceleración en la velocidad se traduce en unas terribles diferencias sociales. La conversación fue muy interesante, hasta que llegó el momento de acostarse para H. G., lo que dio a entender con toda franqueza, mirando a los invitados y luego el reloj, hasta que todos nos marchamos.

Cuando Wells vino a verme a California en 1935 insistí en que me hablase de sus críticas a la Unión Soviética. Había leído sus artículos condenatorios, de modo que deseaba una explicación de primera mano, y me sorprendió encontrarle casi amargo.

«Pero ¿no es demasiado pronto para juzgar? —aduje—. Han tenido una difícil tarea; se han encontrado con la oposición y la conspiración de dentro y de fuera. Seguramente con el tiempo obtendrán buenos resultados.»

En aquel momento Wells estaba entusiasmado por lo que Roosevelt había conseguido con su política económica, y opinaba que en Estados Unidos surgiría un cuasi socialismo del moribundo capitalismo. Parecía criticar especialmente a Stalin, a quien había entrevistado, y me dijo que bajo su dominio la Unión Soviética se había convertido en una dictadura tiránica.

—Si usted, un socialista, cree que el capitalismo está condenado —le dije—, ¿qué esperanza existe para el mundo si el socialismo fracasa en la Unión Soviética?

—El socialismo no fracasará en la Unión Soviética ni en ninguna otra parte —me dijo—. Lo que sucede es que allí el régimen se ha convertido en una dictadura.

—Desde luego, la Unión Soviética ha cometido errores —le dije— y, como otras naciones, seguirá cometiéndolos. El mayor, en mi opinión, ha sido rechazar el pago de los préstamos extranjeros, los títulos de la deuda rusos, etcétera, y después de la Revolución, llamarlos las deudas del zar. Aunque los hubiera justificado al no pagarlos, creo que ha cometido un grave error, pues ha suscitado el antagonismo del mundo, los boicots y las invasiones militares. A la larga, le costará dos veces más que si los hubiera pagado.

Wells estuvo de acuerdo conmigo en parte y dijo que mi opinión era válida en teoría, pero no en la práctica, pues negarse a pagar las deudas del zar fue una de las medidas que habían inspirado el espíritu de la Revolución. El pueblo se hubiera indignado de tener que pagar las deudas del antiguo régimen.

—Pero —añadí— si la Unión Soviética hubiera jugado la partida y hubiese sido menos idealista, podría haber obtenido préstamos de elevadas sumas de los países capitalistas, rehaciendo así su economía con mayor rapidez; con las vicisitudes por las que ha pasado el capitalismo desde la guerra, la inflación y asuntos por el estilo, podría haber saldado sus deudas fácilmente y habría conservado la buena voluntad del mundo.

Wells se rió.

—Ahora es demasiado tarde.

Vi mucho a H. G. bajo diferentes facetas. En el sur de Francia hizo construir una

casa para su amante rusa, una mujer muy temperamental. Y encima de la chimenea había un rótulo con esta frase grabada en letras góticas: «Dos amantes construyeron esta casa». «Sí —me dijo después de escuchar mi comentario al respecto—. Lo hemos puesto y quitado innumerables veces. Siempre que reñimos doy órdenes al albañil para que lo quite, y cuando nos reconciliamos ella le ordena que lo vuelva a poner. Y se ha puesto y quitado tantas veces que, por último, el albañil ya no nos hace caso y lo ha dejado ahí.»

En 1931 Wells terminó *The Anatomy of Frustration*, un trabajo de dos años, y tenía aspecto fatigado.

—¿Qué va a hacer ahora? —le pregunté.

—Escribir otro libro —respondió con una cansada sonrisa.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé—, ¿no le gustaría tomarse un descanso o hacer alguna otra cosa?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

El origen humilde de Wells había dejado su huella, no en su trabajo ni en su aspecto exterior, sino, como en mi propio caso, en una agudización de la sensibilidad personal. Recuerdo una vez que aspiró una «h» donde no debía haberla aspirado y se sonrojó hasta la raíz del pelo. ¡Sonrojarse un gran hombre por algo tan nimio! Recuerdo también otra ocasión en que nos habló de un tío suyo que había sido jardinero jefe en la finca de un noble inglés. La ambición de su tío era que Wells entrase en el servicio doméstico. H. G. dijo irónicamente: «¡Sin la gracia de Dios, podría haber sido mayordomo segundo!».

Wells quiso saber por qué me había interesado por el socialismo.

Le dije que eso no había ocurrido hasta que llegué a Estados Unidos y conocí a Upton Sinclair. Íbamos en coche camino de su casa de Pasadena a comer y me preguntó con su suaves maneras si creía en el sistema de beneficios. Le dije en broma que se necesitaba un contable para responder a eso. Fue una pregunta que desarmaba; pero instintivamente sentí que llegaba a la más profunda raíz de la cuestión, y desde aquel momento me interesé y consideré la política no como algo histórico, sino como un problema económico.

Wells me preguntó si estaba dotado de una percepción extrasensorial, como yo mismo creía. Le conté un incidente que pudo haber sido algo más que una coincidencia. Henri Cochet, el jugador de tenis, otro amigo y yo entramos en un bar de Biarritz. En la pared del bar había tres ruletas, cada una con números del uno al diez. Con teatralidad anuncié, medio en broma, que me sentía poseído de un poder psíquico que haría girar las tres ruletas y que la primera se pararía en el nueve, la segunda en el cuatro y la tercera en el siete. Y, en efecto, la primera ruleta se paró en el nueve, la segunda en el cuatro y la tercera en el siete, lo cual representaba una probabilidad de uno entre un millón.

Wells dijo que era una simple coincidencia. «Pero la repetición de la coincidencia es digna de ser examinada», repliqué. Y le conté un suceso que me ocurrió cuando

era niño. Pasaba por delante de una tienda de ultramarinos en Camberwell Road y advertí que las persianas estaban cerradas, lo cual era raro. Algo me impulsó a subirme en el alféizar de la ventana y a mirar a través del pequeño rombo abierto en la persiana. Dentro estaba oscuro y desierto, pero los comestibles ocupaban su lugar y había un gran cajón en medio del suelo. Salté al suelo con una sensación de repugnancia y continué mi camino. Poco tiempo después se hizo público un caso de asesinato. Edgar Edwards, un afable caballero de sesenta y cinco años, se había adueñado de cinco tiendas de comestibles golpeando a los propietarios hasta matarlos con una barra de hierro y quedándose luego con sus negocios. En aquella tienda, y dentro de aquel cajón, estaban sus tres últimas víctimas: el señor y la señora Darby y su hijo.

Pero Wells no sacó ninguna conclusión de esto; dijo que era corriente en la vida de todas las personas alguna de estas coincidencias, y que ello no probaba nada. Ese fue el final de la discusión; si bien podía haberle contado otra experiencia de la época en que siendo niño me detuve en una cantina de la London Bridge Road y pedí un vaso de agua. Un señor corpulento y amable con un bigote oscuro me lo sirvió, pero por alguna razón no pude beber el agua. Simulé que la bebía; pero en cuanto el hombre se volvió para hablar con un parroquiano dejé el vaso y me marché. Dos semanas después George Chapman, propietario de la taberna Crown, en la London Bridge Road, fue acusado de asesinar a cinco mujeres envenenándolas con estricnina. Su última víctima fue asesinada en una habitación que estaba encima de la cantina el día que me dio el vaso de agua. Tanto Chapman como Edwards fueron ahorcados.

A propósito de esoterismo, aproximadamente un año antes de construir mi casa en Beverly Hills recibí una carta anónima diciendo que quien escribía era un clarividente y que había visto en sueños una casa encaramada en lo alto de una colina, delante de la cual había una pradera que terminaba en punta, semejante a la proa de un barco; una casa con cuarenta ventanas y una gran sala de música de elevado techo. El terreno era un lugar sagrado, en el que las antiguas tribus indias habían efectuado sacrificios humanos hacía dos mil años. La casa estaba encantada y no debía dejarse nunca a oscuras. La carta decía que mientras no me quedara nunca solo en ella y estuviera la luz encendida no habría apariciones.

En aquella ocasión no hice caso de la carta, pensando que la había escrito un lunático, y la aparté como algo extravagante y divertido. Pero mientras ordenaba mi mesa dos años después me la encontré y la volví a leer. Curiosamente, la descripción de la casa y de la pradera era exacta. No había contado las ventanas, y decidí hacerlo, y ante mi asombro vi que había exactamente cuarenta.

Aunque no creía en los espíritus, decidí hacer una prueba. El miércoles era la noche en que el personal de la casa libraba y la casa estaba vacía, así es que cené fuera. En cuanto acabé de cenar volví a mi casa y fui a la sala del órgano, que era larga y estrecha, como la nave de una iglesia, y tenía un techo gótico. Después de correr las cortinas, apagué todas las luces. Luego, buscando a tientas el camino hacia

un sillón, me senté en silencio durante diez minutos por lo menos. La pesada oscuridad excitó mis sentidos y creí vislumbrar unas confusas formas flotando ante mí; pero deduje que era la luz de la luna que penetraba a través de una estrecha rendija entre las cortinas y se reflejaba sobre una garrafa de cristal.

Corrí más las cortinas y las formas flotantes desaparecieron. Luego volví a esperar en la oscuridad. Debieron de pasar cinco minutos. Como no ocurría nada empecé a hablar en voz alta: «Si hay espíritus aquí, les ruego que se manifiesten». Esperé cierto tiempo, pero no ocurrió nada. Luego continué: «¿No hay ninguna forma de comunicarse? Acaso mediante un signo, un ruido o, si no de esa manera, tal vez a través de mi mente, que pueda obligarme a escribir algo, o quizá una corriente de aire frío indicaría una presencia».

Me senté durante otros cinco minutos, pero ni hubo corriente fría ni manifestación de ninguna otra clase. El silencio era total y mi mente estaba vacía. Al final, decidí dejarlo correr y encendí la luz. Luego fui al salón. No había echado las cortinas y, recortándose a la luz de la luna, estaba el piano. Me senté y empecé a pasar los dedos sobre las teclas. Por último, di con un acorde que me fascinó y lo repetí varias veces, hasta que hizo vibrar toda la habitación. ¿Por qué hacía aquello? ¡Quizá era una revelación! Seguí repitiendo el acorde. De repente una banda blanca de luz me abrazó, rodeándome la cintura; como un relámpago, me levanté del piano y me quedé de pie; el corazón me latía como en un redoble de tambor.

Cuando me recuperé quise buscar una explicación razonable. El piano estaba en un hueco, junto a la ventana. Entonces me di cuenta de que lo que me había parecido un cinturón de ectoplasma era la luz de un automóvil que bajaba por la ladera de la montaña. Para cerciorarme por mí mismo, me senté al piano y volví a tocar el mismo acorde unas cuantas veces más. En el extremo opuesto del salón había un pasillo oscuro, y enfrente, la puerta del comedor. Vi con el rabillo del ojo la puerta abierta y algo que salía del comedor y se adentraba por el oscuro pasillo, un monstruo grotesco parecido a un enano con grandes círculos blancos alrededor de los ojos, que se dirigía hacia la sala del órgano. Antes de que pudiera volver la cabeza se había ido. Horrorizado, me levanté e intenté seguirlo, pero se había esfumado. Creyendo que en mi estado sumamente nervioso una pestaña que se moviera en el ojo podía haber creado la ilusión, volví a tocar el piano. Pero no ocurrió nada más, de modo que decidí irme a la cama.

Me puse el pijama y entré en el cuarto de baño. Cuando encendí la luz, ¡allí estaba el fantasma sentado en la bañera y mirándome! Salí de un salto del cuarto de baño casi de manera horizontal. ¡Era una mofeta! El mismo animalillo que había entrevisto con el rabillo del ojo, solo que abajo me había parecido mucho más grande.

Por la mañana, el mayordomo puso al asustado animalito en una jaula y al final logramos domesticarlo. Pero un día desapareció y no lo volvimos a ver.

Antes de marcharme de Londres, el duque y la duquesa de York me invitaron a

comer. Fue una reunión íntima; solo asistieron el duque, la duquesa y el padre, la madre y el hermano de la duquesa. Su hermano era un chico de unos trece años. Sir Philip Sassoon llegó más tarde y a él y a mí nos encargaron que lleváramos a Eton al hermano de la duquesa. Era un muchacho pequeño, que se quedaba atrás mientras sir Philip y yo paseábamos por los alrededores de la escuela acompañados por dos prefectos del colegio, que nos invitaron a tomar té con otras cuantas personas.

Cuando entramos en la pastelería, un local corriente donde se vendían dulces y se servían tazas de té por seis peniques, el muchacho se quedó fuera con un centenar de etonianos. Los cuatro nos sentamos a una mesita situada en una abarrotada salita de arriba. Todo marchaba perfectamente, hasta que me preguntaron si quería tomar otra taza de té, y, sin prestar atención, contesté: «Sí». Aquello produjo una crisis financiera, pues nuestro anfitrión andaba escaso de dinero y se vio obligado a pedirlo prestado a otros condiscípulos suyos.

Philip murmuró: «Me temo que les faltan dos peniques y que nosotros no podemos hacer nada».

Sin embargo, se las arreglaron entre ellos para encargar otra tetera, que tuvimos que tomarnos apresuradamente porque ya sonaba la campana, dándoles solo un minuto para franquear las puertas de la escuela; así que tuvimos que irnos a toda prisa. Una vez en el colegio, fuimos saludados por el director, que nos enseñó el sitio donde Shelley y otras muchas personalidades ilustres habían inscrito sus nombres. Por último, el director nos volvió a confiar a los dos prefectos, que nos condujeron al sanctasanctórum, la habitación que en cierta ocasión ocupara Shelley. Pero nuestro amiguito Bowes-Lyon se quedó fuera.

—¿Qué quieres? —le dijo nuestro joven anfitrión con voz imperiosa.

—¡Oh! Está con nosotros —contestó Philip, comentándole que lo habíamos traído de Londres.

—Bueno —dijo el joven con impaciencia—. Entra.

—Están haciendo una gran concesión permitiéndole entrar —susurró Philip—; traspasar los límites de este terreno sagrado podría poner en peligro la carrera de otro muchacho.

Hasta que, más adelante, visité Eton con lady Astor no fui consciente de la disciplina espartana que imperaba allí. Hacía un frío penetrante y estaba totalmente oscuro cuando buscábamos a tientas nuestro camino a lo largo del corredor, mal iluminado y pintado de marrón, con los lavapiés en las paredes junto a las puertas de las habitaciones. Por fin, encontramos la puerta que buscábamos y llamamos.

El hijo de lady Astor, un chico de cara pálida, abrió. Dentro, sus dos compañeros estaban inclinados sobre un puñado de carbones que ardían en una pequeña chimenea, calentándose las manos. El ambiente era muy triste.

Lady Astor dijo: «Voy a ver si consigo que te dejen pasar fuera el fin de semana».

Charlamos un momento; luego, de repente, dieron un golpe en la puerta y antes de que pudiéramos decir «Pase», giró el picaporte y entró el inspector de estudios, un

hombre apuesto, rubio, fornido, de unos cuarenta años. «Buenas tardes», dijo en tono seco a lady Astor; a mí me hizo un saludo con la cabeza. Luego se acodó en la repisa de la chimenea y empezó a fumar su pipa. La visita de lady Astor era sin duda inoportuna, y al notarlo ella dio una explicación:

—He venido a ver si puedo llevarme al chico a casa el fin de semana.

—Lo siento mucho, pero no puede hacerlo —fue la tajante respuesta.

—¡Oh! ¡Vamos! —dijo lady Astor con acento sugestivo—. No sea tan severo…

—No soy rígido; estoy afirmando un hecho.

—Pero ¡está tan pálido!

—¡Tonterías! No le pasa nada.

Lady Astor se levantó de la cama del chico, en cuyo borde estábamos sentados, y se acercó al inspector de estudios.

—¡Vamos, vamos! —dijo con zalamería, dándole una suave palmada, tal como le había visto hacer a menudo con Lloyd George además de con otras personas a las que quería convencer.

—Lady Astor —dijo el inspector—, tiene usted la mala costumbre de empujar a la gente y hacerle perder el equilibrio. Sería mejor que no lo hiciera.

Ante esto, el *savoir faire* de lady Astor se agotó.

De algún modo, la conversación recayó en el tema político, y el inspector la cortó en seco con esta lacónica observación: «Lo malo de la política inglesa es que las mujeres intervienen demasiado en ella. Y dicho esto, le deseo buenas noches, lady Astor». Luego nos saludó fríamente con la cabeza y se marchó.

—¡Qué hombre más desagradable! —comentó lady Astor.

Pero el chico salió en su defensa:

—¡Oh, no, mamá! Créeme, es muy simpático.

No pude por menos de admirar a aquel hombre, a pesar de su misoginia, pues había en él franqueza y rectitud; carecía de humor, pero, sin embargo, era sincero.

Como hacía unos años que no veía a mi hermano Sydney, abandoné Inglaterra para pasar unos días con él en Niza. Sydney había dicho siempre que cuando hubiera ahorrado doscientos cincuenta mil dólares se retiraría. Sé que había ahorrado bastante más. Además de ser un hábil hombre de negocios, era un actor excelente y había rodado muchas películas de éxito, como *A Submarine Pilot*, *El fresco de las trincheras*, *The Man in the Box* y *La tía de Carlos*, entre otras, que aumentaron su ya considerable fortuna. Y ahora Sydney se había retirado, como anunció, y vivía en Niza con su mujer.

Cuando Frank J. Gould, que residía también en Niza, se enteró de que iba a visitar a mi hermano, me invitó a ser su huésped en Juan-les-Pins. Acepté.

Antes de ir a Niza me detuve en París para pasar dos días y estuve en el Folies Bergère, donde trabajaba Alfred Jackson, uno de los primeros Ocho Muchachos de Lancashire; era el mayor de los hijos del director de la antigua compañía. Cuando lo

vi me dijo que la familia Jackson gozaba de gran prosperidad y contaba con ocho conjuntos de bailarinas trabajando para ellos, y que aún vivía su padre. Si iba al Folies Bergère, donde estaban ensayando, podría verlo. Aunque pasaba de los ochenta, el viejo estaba todavía ágil y tenía un aspecto saludable. Hablamos de los antiguos tiempos, diciendo al unísono: «¡Quién lo hubiera dicho!».

«Sabes, Charlie —me dijo—, el recuerdo más imborrable que conservo de ti cuando eras niño es tu delicadeza.»

Es un error regodearse mucho tiempo con la adulación del público; es como un suflé: si se lo deja reposar mucho rato, se desinfla. Eso ocurrió con aquella acogida que me hicieron: de repente, se enfrió. De la primera grieta fue causante la prensa. Después de sus hiperbólicas alabanzas, los periodistas pasaron a la actitud opuesta. Supongo que para hacer interesante la lectura de sus artículos.

La emoción de Londres y de París cobraba sus réditos. Estaba exhausto y necesitaba descansar. Mientras me recuperaba en Juan-les-Pins me pidieron que participara en una gala regia en el Palladium de Londres. En lugar de ir envié un cheque de doscientas libras. Eso provocó un escándalo. Había ofendido al rey y menospreciado la orden real, sin tener en cuenta la nota que me envió el gerente del Palladium, como un edicto de palacio. Además, no estaba preparado para actuar en escena por habérseme avisado con tan poca antelación.

El siguiente ataque se produjo unas semanas después. Estaba esperando en el campo de tenis a que llegara mi pareja, cuando un joven caballero se presentó a sí mismo como amigo de un amigo mío. Después de un intercambio de frases corteses, expusimos nuestras mutuas opiniones. Era un joven atractivo y simpático. Como tengo la debilidad de simpatizar enseguida con las personas, sobre todo cuando saben escuchar, hablé de muchos temas. Sobre el estado de la cuestión internacional tenía una opinión pesimista, y le dije que la situación en Europa iba a provocar otra guerra.

—Bueno, pues a mí no me cogerán en la próxima —dijo aquel joven.

—No le censuro —repliqué—. No siento el menor respeto por los que nos acarrean conflictos; no me gusta que me digan a quién debo matar y por qué tengo que morir, todo ello en nombre del patriotismo.

Nos separamos de manera cordial. Creo que quedamos para cenar al día siguiente, pero no volví a verle jamás. Y, mira por dónde, en lugar de departir con un amigo descubrí que había hablado con un periodista, y al día siguiente en la primera página de los diarios se leía: «¡Charlie Chaplin no es patriota!», etcétera.

Lo cual es cierto; pero en aquella ocasión yo no quería que mis opiniones privadas apareciesen expuestas públicamente en los periódicos. El hecho es que no soy patriota, no solo por razones morales o intelectuales, sino porque eso no despierta en mí sentimiento alguno. ¿Cómo se puede tolerar el patriotismo cuando seis millones de judíos fueron asesinados en su nombre? Algunos alegarán que eso solo ocurrió en Alemania, pero tales instintos criminales anidan en el corazón de cualquier

país.

No puedo hacer de corifeo sobre el orgullo nacional. Si estás sumido en la tradición familiar, has tenido casa y jardín, una infancia feliz, familia y amigos, comprendo ese sentimiento; pero yo no he tenido ese pasado. En el mejor de los casos, para mí el patriotismo se nutre de costumbres locales: carreras de caballos, caza, pudin de Yorkshire, hamburguesas norteamericanas y Coca-Cola; pero hoy día estos productos nacionales se han extendido por todo el mundo. Por supuesto, si el país en donde viviera fuese invadido, creo que, como la mayoría de nosotros, sería capaz de un acto de sacrificio supremo. Pero me siento incapaz de experimentar un amor ferviente por el suelo patrio, pues solo con que se volviera nazi lo abandonaría sin remordimientos, y por lo que he observado, las células del nazismo, aunque dormidas en este momento, pueden reactivarse con gran rapidez en cualquier país. Por lo tanto, no quiero realizar ningún sacrificio por una causa política, a menos que crea personalmente en ella. No soy un mártir del nacionalismo ni quiero morir por un presidente, por un primer ministro o por un dictador.

Al día siguiente, sir Philip Sassoon me llevó a comer a casa de Consuelo Vanderbilt Balsan. Tenía una magnífica finca en el sur de Francia. Recuerdo a un invitado que estaba fuera, de pie, un hombre alto, delgado, de pelo negro y bigote recortado, amable y encantador, con el que estuve charlando durante la comida. Discutí acerca del libro del mayor Douglas *Economic Democracy* y afirmé que su teoría sobre el crédito podría resolver la presente crisis mundial. Citaré lo que dijo Consuelo Balsan aquella tarde: «Me ha parecido que Chaplin tiene una conversación interesante y he advertido sus marcadas tendencias socialistas».

Debí decir algo que impresionó en especial a aquel caballero, pues se le encendió el rostro y abrió los ojos como platos. Pareció coincidir conmigo en todo lo que dije, hasta que llegué al punto álgido de mi tesis, que debió virar en dirección contraria a la de él, pues pareció decepcionado. Había estado hablando con sir Oswald Mosley, sin tener la más remota idea de que aquel hombre sería el futuro dirigente de los Camisas Negras de Inglaterra; pero aquellos ojos como platos y su ancha boca burlona resaltan en mi memoria con viveza, con su expresión peculiar y más bien amenazadora.

También me entrevisté en el sur de Francia con Emil Ludwig, fecundo biógrafo de Napoleón, Bismarck, Balzac y algunos otros. Ha escrito de un modo interesante sobre Napoleón, aunque aplicando con exceso el psicoanálisis, hasta el punto de mermar el interés del relato.

Me envió un telegrama diciéndome lo mucho que admiraba *Luces de la ciudad* y que le gustaría conocerme. Era totalmente distinto a como me lo había imaginado. Tenía un aspecto en cierto modo parecido al de un refinado Oscar Wilde, con el pelo más bien largo y una curva femenina en los labios. Nos vimos en mi hotel, donde se presentó a sí mismo de una manera más bien rebuscada y teatral, tendiéndome una hoja de laurel y diciendo: «Cuando un romano había alcanzado la grandeza se le ponía una corona de laurel. Por eso le ofrezco a usted esta».

Tardé un momento en ponerme al nivel de aquel gesto efusivo; luego me percaté de que servía para disimular su timidez. Cuando la dominó, me pareció un hombre inteligente e interesante. Le pregunté qué consideraba esencial al escribir una biografía.

—Una actitud —me contestó.

—Entonces, ¿una biografía es una narración parcial, una información sesgada? —le dije.

—El sesenta y cinco por ciento de la historia no se cuenta —me contestó— porque complica a otras personas.

Durante la cena me preguntó cuál era el espectáculo más bello que había contemplado en mi vida. Con rápida espontaneidad le dije que los movimientos de Helen Wills jugando al tenis; en ellos había gracia y medida de la acción, así como un seductor atractivo sexual. Otro era una escena de un documental, que vi poco después del armisticio, de un granjero arando un campo en Flandes donde habían muerto miles de hombres. Ludwig me describió una puesta de sol en una playa de Florida, un descapotable avanzando perezosamente y lleno de chicas guapas en traje de baño, una de ellas sentada sobre la aleta posterior, con una pierna colgando y un dedo del pie tocando la arena y trazando una raya continua a medida que rodaban.

También recuerdo otras cosas bellas: el *Perseo* de Benvenuto Cellini en la piazza della Signoria, en Florencia. Era de noche; la plaza estaba iluminada. Me acerqué para ver la figura del *David* de Miguel Ángel. Pero en cuanto vi el *Perseo* todo lo demás fue para mí secundario. Quedé subyugado por su intangible belleza y por su modelado. Perseo sosteniendo en lo alto la cabeza de Medusa, con su patético cuerpo retorcido a sus pies, es la personificación de la tristeza, y me hizo pensar en el impresionante verso de Oscar Wilde: «Pues todo hombre mata lo que ama».[12] En el combate de ese eterno misterio, bondad y maldad, terminaba ahí.

Recibí un telegrama del duque de Alba invitándome a ir a España. Pero al día siguiente aparecieron grandes titulares en todos los periódicos: «Revolución en España». Por tanto, en lugar de ir a España fui a Viena, la triste y apasionada Viena. El recuerdo que guardo de ella es una aventura con una bella muchacha. Fue como el último capítulo de una novela victoriana; intercambiamos apasionados votos de amor y nos despedimos con un beso, sabiendo que nunca volveríamos a vernos.

De Viena fui a Venecia. Era otoño y la ciudad estaba desierta. Me gusta más en la época de los turistas, porque dan calor y vitalidad a lo que sin ellos podría ser un cementerio. En realidad, me gustan los turistas porque las personas parecen más agradables cuando están de vacaciones que cuando se atropellan en las puertas giratorias de las oficinas. Aunque Venecia era una ciudad preciosa, también resultaba melancólica, y solo me quedé dos noches, sin otra ocupación que escuchar discos, y a escondidas, porque Mussolini había prohibido bailar y poner música en domingo.

Me hubiera gustado volver para añadir otro capítulo a mi novela amorosa vienesa. Pero tenía una cita en París que no quería perder: una comida con Aristide Briand,

creador y patrocinador de la idea de los Estados Unidos de Europa. Cuando fui a verle, monsieur Briand parecía estar delicado de salud, desilusionado y amargado. La comida se celebró en casa de monsieur Balbi, director de *L'Intransigeant*, de París, y resultó muy interesante, aunque yo no hablaba francés. La condesa de Noailles, una mujercita vivaz y de aspecto parecido a un pájaro, hablaba inglés y se mostró sumamente espiritual y encantadora. Monsieur Briand la felicitó, diciéndole: «¡La vemos tan poco últimamente! Su presencia es tan rara como la de una antigua amante». Después de la comida nos llevaron al Elíseo y allí me nombraron caballero de la Legión de Honor.

No describiré el loco entusiasmo de las innumerables multitudes que me esperaban en mi segunda visita a Berlín, aunque sea una tentación casi irresistible.

A propósito de esto, recuerdo un documental que Mary y Douglas proyectaron de su gira por el extranjero. Estaba preparado para disfrutar de una interesante proyección de aquella gira. La película comenzaba con la llegada de Mary y Doug a Londres, con enormes multitudes entusiastas en la estación y otras enormes multitudes asimismo entusiastas ante el hotel; luego su llegada a París, con un gentío todavía mayor. Después de haber visto exteriores de hoteles y estaciones de ferrocarril de Londres, París, Moscú, Viena y Budapest, pregunté inocentemente: «¿Cuándo vamos a ver algo de la ciudad y el campo?».

Los dos se rieron. Confieso que no he sido muy modesto al describir mis propias multitudes acudiendo a darme la bienvenida.

En Berlín fui huésped del gobierno democrático, y la condesa de York, una chica alemana muy atractiva, fue nombrada agregada mía, por así decirlo. Era el año 1931, poco después de que los nazis se impusieran en el Reichstag, y no me di cuenta de que la mitad de la prensa estaba contra mí, objetando que era un extranjero y que los alemanes hacían el ridículo con tan fanáticas demostraciones. Por supuesto, era la prensa nazi, y como yo ignoraba ingenuamente todo aquello, pasé unos días maravillosos.

Un primo del káiser tuvo la amabilidad de llevarme a ver Potsdam y Sans Souci. Para mí todos los palacios son absurdos, constituyen una expresión de ostentación triste y carente de gusto. A pesar de su interés histórico, cuando pienso en Versalles, en el Kremlin, en Potsdam, en Buckingham y en todos los mausoleos, no comprendo qué pomposos egos deben haberlos creado. El primo del káiser me dijo que Sans Souci era de mejor gusto, un castillo pequeño y más humano; pero me dio la impresión de una polvera de bolsillo, y me dejó frío.

Mi visita al museo de la Policía de Berlín fue terrible y deprimente, con aquellas fotografías de víctimas de crímenes, suicidas, degenerados y aberraciones humanas de toda especie. Me sentí muy aliviado al salir del edificio y volver a respirar el aire puro del exterior.

Karl Vollmöller, autor de *El milagro*, me agasajó en su casa, donde conocí a los

representantes alemanes de las artes y del teatro. Otra noche la pasé con los Einstein en su pequeño apartamento. Se hicieron las gestiones oportunas para que cenara con el general Von Hindenburg, pero en el último momento se sintió indispuesto, de modo que regresé al sur de Francia.

En otra parte he dicho que hablaría de la cuestión sexual, pero sin insistir, pues no puedo añadir nada nuevo al asunto. Sin embargo, la procreación es la preocupación principal de la naturaleza, y todo hombre, ya sea joven o viejo, cuando se encuentra con cualquier mujer, mide la posibilidad que tiene de conseguir sus favores sexuales. Así me ha sucedido a mí siempre.

Durante mi trabajo las mujeres nunca me interesaban; solo entre dos rodajes, cuando no tenía nada que hacer, era vulnerable. Como decía H. G. Wells: «Hay un momento del día en que uno ha escrito unas páginas por la mañana, ha atendido su correspondencia por la tarde y no tiene ya nada más que hacer. Entonces llega esa hora en que uno está aburrido; ese es el momento que se dedica al sexo».

Por consiguiente, como no tenía nada que hacer en la Costa Azul, tuve la buena fortuna de ser presentado a una encantadora chica que reunía todas las cualidades esenciales para aligerar aquellas horas de tedio. Era una inadaptada, como yo, y nos aceptamos tal como éramos. Me confió que acababa de recuperarse de un amor desgraciado con un joven egipcio. Aquella relación entre nosotros, aunque no fue comentada, sí fue comprendida; ella sabía que, al final, yo regresaría a Estados Unidos. Le di una asignación semanal y juntos fuimos a los casinos, restaurantes y funciones de gala. Cenamos, bailamos el tango e hicimos la vida frívola corriente. Pero la proximidad me atrapó en las redes de su encanto y ocurrió lo inevitable. Mis emociones entraron en acción, y al pensar en mi regreso a Estados Unidos, no estaba muy seguro de que fuera a dejarla. El simple pensamiento de abandonarla me apenaba; era alegre, encantadora y simpática. Sin embargo, hubo incidentes que provocaron mis recelos.

Una tarde, en un *thé dansant* del casino, me apretó de repente la mano. Allí estaba «S.», su amante egipcio, del que tanto me había hablado. Aquello me irritó; no obstante, unos instantes después nos marchamos. Cuando nos acercábamos al hotel advirtió de pronto que se había dejado los guantes y que tenía que volver a buscarlos, diciéndome que la esperase en el hotel. Su excusa era demasiado obvia. No opuse resistencia ni hice comentario alguno y seguí mi camino hacia el hotel. Como al cabo de dos horas no había regresado, llegué a la conclusión de que se trataba de algo más que de un par de guantes. Aquella noche había invitado a cenar a algunos amigos, y al acercarse el momento de marcharme ella no había aparecido aún. Cuando estaba a punto de salir de la habitación llegó pálida y despeinada.

«Has venido demasiado tarde para cenar —le dije—; así que será mejor que vuelvas a tu agradable y caliente cama.»

Ella negó, arguyó e imploró, pero no logró darme ninguna excusa plausible por

haber estado fuera tanto tiempo. Estaba convencido de que había estado con su amante egipcio, y después de una escena violenta me fui sin ella.

¿Quién no ha estado alguna vez charlando sentado, alzando la voz para cubrir el ruido de los plañideros saxofones, entre el fastidio y el bullicio de un club nocturno, deprimido por una repentina sensación de soledad? Estás sentado entre los demás, en tu papel de anfitrión, pero te sientes atormentado en tu interior. Cuando regresé al hotel, ella no estaba. Eso hizo que me invadiera el pánico. ¿Se había ido ya? ¡Tan deprisa! Entré precipitadamente en el dormitorio y, con gran alivio por mi parte, vi que sus vestidos y demás pertenencias estaban allí todavía. Al cabo de diez minutos llegó alegre y cariñosa, y me dijo que había ido a ver una película. Le contesté con frialdad que como me marchaba a París al día siguiente arreglaría con ella las cuentas y que todo había acabado definitivamente entre nosotros. No protestó, aunque negó de nuevo que hubiera estado con su amante egipcio.

«Al insistir en este engaño —le dije— estás matando la poca amistad que podía quedar entre nosotros.» Luego mentí a mi vez y le conté que había hecho que la siguieran, y que me habían informado de que había salido del casino y se había ido con su amigo egipcio al hotel de este. Ante mi asombro, perdió toda la serenidad y confesó que era verdad y juró y prometió que nunca lo volvería a ver.

A la mañana siguiente, mientras hacía el equipaje y me disponía a marcharme, empezó a llorar mansamente. Iba a ir en el coche de un amigo, que subió para decir que todo estaba dispuesto y que me esperaría abajo. Entonces ella empezó a morderse el índice y a llorar con amargura.

—¡Por favor, no me dejes! ¡Te lo suplico!… No, no…

—¿Qué quieres que haga? —le pregunté con frialdad.

—Deja que vaya contigo a París, y después prometo que no volveré a molestarte —replicó.

Tenía un aspecto tan lamentable, que me ablandé. Le advertí que sería un viaje desagradable y que no tenía sentido, puesto que en cuanto llegásemos a París nos separaríamos. Lo aceptó todo. Aquella mañana salimos los tres hacia París en el coche de mi amigo. El comienzo del viaje fue solemne; ella se mostraba tranquila y dócil; yo, frío y cortés. Pero semejante actitud era difícil de mantener; a medida que avanzábamos, algo de mutuo interés atraía nuestras miradas, y uno de nosotros hacía un comentario. Pero ya no existía nuestra antigua intimidad.

Fuimos directamente al hotel de ella y luego nos dijimos adiós. Su propósito de simular que aquella era una despedida final resultó deplorable. Me dio las gracias por todo lo que había hecho por ella, me estrechó la mano y, tras un dramático adiós, entró en el hotel.

Al día siguiente me llamó por teléfono para preguntarme si quería invitarla a comer. Me negué. Pero cuando mi amigo y yo salíamos del hotel allí estaba ella, toda envuelta en pieles, y ¡qué iba a hacer! Fuimos a comer juntos los tres y después visitamos Malmaison, donde Josefina había vivido y sufrido cuando Napoleón se

divorció de ella. Era una preciosa mansión, en la que Josefina había vertido muchas lágrimas, y aquel frío día de otoño se unió a la melancolía de nuestra situación. De repente la perdí de vista, y al cabo de un rato la encontré en el jardín sentada en un banco de piedra deshecha en lágrimas, al parecer influida por el espíritu del ambiente. Mi corazón se habría ablandado si me hubiera dejado llevar por él; pero no podía olvidar a su amante egipcio. Así pues, nos separamos en París y salí para Londres.

De regreso a Londres, vi al príncipe de Gales en varias ocasiones. La primera vez que me entrevisté con él fue en Biarritz, por mediación de una amiga mía, lady Furness. Cochet, el jugador de tenis, otras dos personas y yo estábamos en un popular restaurante cuando el príncipe y lady Furness entraron. Thelma envió una nota a nuestra mesa preguntándonos si queríamos reunirnos después con ellos en el Club Ruso.

Creo que aquella entrevista fue muy superficial. Tras las presentaciones, Su Alteza Real pidió unas copas; luego se levantó y bailó con lady Furness. Al volver a la mesa el príncipe se sentó a mi lado y empezó a preguntar:

—Usted es estadounidense, ¿verdad? —observó.

—No; soy inglés.

Pareció sorprendido.

—¿Cuánto tiempo ha estado en Estados Unidos?

—Desde mil novecientos diez.

—¡Ah! —exclamó, pensativo—. ¿Desde antes de la guerra?

—Eso creo.

Se rió.

Aquella noche, a lo largo de la conversación, dije que Chaliapin iba a dar una fiesta en mi honor. Con gentil puerilidad, el príncipe declaró que le gustaría asistir. «Estoy seguro, Alteza —le dije—, de que Chaliapin se sentirá honrado y encantado», y le pedí permiso para arreglar las cosas.

El príncipe se ganó aquella noche mi estima, sentándose con la madre de Chaliapin, que tenía más de ochenta años, hasta que ella se retiró. Luego vino a sentarse y divertirse con nosotros.

Ahora el príncipe de Gales estaba en Londres y me había invitado a Fort Belvedere, su casa de campo. Era un castillo antiguo, que había sido renovado y amueblado con gusto más bien vulgar; pero la cocina era excelente y el príncipe un anfitrión encantador. Me enseñó la casa; su dormitorio era sencillo, sin pretensiones, con un tapiz moderno de seda roja que tenía el emblema real a la cabecera de la cama. Me llamó la atención otro dormitorio, rosa y blanco, con una cama de cuatro columnas, con tres plumas rosas en el remate de cada una de ellas. Entonces recordé que las plumas figuraban en el blasón del príncipe.

Alguien nos dio a conocer aquella noche un juego, habitual en Estados Unidos, denominado de «la estimación sincera». A cada invitado se le entregaba una tarjeta

con diez cualidades escritas en ella: encanto, inteligencia, personalidad, atractivo sexual, apostura, sinceridad, sentido del humor, adaptabilidad, etcétera. Uno de los participantes salía de la habitación y puntuaba en su tarjeta una estimación sincera de sus propias cualidades, fijándose la puntuación de uno a diez. Por ejemplo, yo me puse siete por el sentido del humor, seis por el atractivo sexual, seis por la apostura, ocho por la adaptabilidad y cuatro por la sinceridad. Entretanto, cada invitado daba una estimación de la víctima que había salido de la habitación, puntuando a su vez su tarjeta en secreto. Luego entraba de nuevo la víctima, leía las puntuaciones que se había adjudicado a sí mismo, y un locutor leía en voz alta las tarjetas de los otros invitados para ver si las puntuaciones coincidían.

Cuando le llegó su turno al príncipe anotó tres por el atractivo sexual —la media que le habían adjudicado los invitados era de cuatro—; yo le di cinco; algunas tarjetas solo le concedieron dos. Por la apostura física el príncipe se apuntó seis, y la puntuación media de los invitados fue ocho; yo le puse siete. Por el encanto anunció cinco; los invitados le dieron ocho, y yo le puse ocho. Por la sinceridad el príncipe se concedió diez, el máximo; la media de los invitados fue tres y medio, y yo le señalé cuatro. El príncipe estaba indignado. «Creo que la sinceridad es la cualidad más importante que tengo», dijo.

Siendo niño viví en una ocasión en Manchester unos cuantos meses. Y ahora que tenía poco que hacer quise ir a darme una vuelta por la ciudad. A pesar de su fealdad, Manchester poseía un atractivo novelesco para mí, algo semejante a un resplandor intangible a través de la niebla y de la lluvia; quizá era el recuerdo del fuego en una cocina de Lancashire o quizá el espíritu de la gente. Así pues, alquilé una limusina y me dirigí hacia el norte.

Camino de Manchester, me detuve en Stratford-upon-Avon, que no había visitado nunca. Llegué un sábado por la noche, y después de cenar fui a dar un paseo, esperando encontrar la casa de Shakespeare. Era noche cerrada, pero instintivamente di la vuelta a una calle y me detuve ante una vivienda; encendí una cerilla y vi un cartel: «Casa de Shakespeare». Sin duda, un espíritu favorecedor me había indicado el camino, ¡acaso el propio bardo!

A la mañana siguiente, sir Archibald Flower, el alcalde de Stratford, fue a mi hotel y me llevó a visitar la casa de Shakespeare. No conseguí en modo alguno asociar al Bardo con ella. Parece increíble que un genio tal viviera y creciera allí. Es fácil imaginar al hijo de un granjero emigrar a Londres y convertirse en un actor de éxito y propietario de un teatro; pero que llegara a ser el más grande poeta y dramaturgo, que tuviera semejante conocimiento de las cortes, de los cardenales y reyes extranjeros, me resulta inconcebible. No me importa quién escribió las obras de Shakespeare, ya sean Bacon, Southampton o Richmond; pero apenas puedo creer que lo hiciera aquel chico de Stratford. Quienquiera que fuese el que las escribió, era de clase aristocrática. Su total menosprecio de la gramática solo podía ser producto de una mente principesca y superdotada. Y después de ver la casa y de oír los escasos

informes locales relativos a su infancia desordenada, su historial escolar deficiente, sus cacerías furtivas en tiempo de veda y sus opiniones de patán, no puedo creer que sufriera una metamorfosis mental tan notable que llegara a convertirle en el más grande de todos los poetas. En la obra de los genios, sus orígenes humildes se revelan en alguna parte; pero en Shakespeare no se puede hallar el más ligero rastro de ellos.

Desde Stratford fui en coche hasta Manchester y llegué alrededor de las tres de la tarde. Era domingo, y Manchester estaba sumido en un sopor cataléptico. No se veía ni un alma por las calles. De modo que me alegró volver al coche y dirigirme hacia Blackburn.

Cuando, siendo joven, hacía la *tournée*, representando la obra *Sherlock Holmes*, Blackburn era una de mis ciudades favoritas. Solía alojarme en un pequeño pub por catorce chelines a la semana, incluida la pensión completa, y en las horas que tenía libres jugaba al billar. Billington, el verdugo de Inglaterra, frecuentaba el establecimiento, y yo me jactaba de haber jugado al billar con él.

Aunque eran solo las cinco en punto y estaba bastante oscuro cuando llegamos a Blackburn, di con mi pub y tomé allí una copa, sin ser reconocido. El negocio había cambiado de manos, pero mi vieja amiga, la mesa de billar, estaba todavía allí.

Después busqué casi a tientas el camino hacia la plaza del mercado, aproximadamente tres acres de oscuridad, iluminada solo por tres o cuatro faroles. Varios grupos escuchaban a oradores políticos. Era la época en que Inglaterra vivía una profunda depresión. Fui de un grupo a otro, escuchando los diversos discursos: algunos eran ásperos y amargos; uno hablaba del socialismo, otro del comunismo y otro del Plan Douglas, que, por desgracia, era demasiado complicado para que lo pudiera entender el trabajador medio. Oyendo lo que se decía en los grupitos que se formaban después del mitin, me quedé sorprendido de encontrarme a un viejo conservador victoriano exponiendo sus opiniones. Decía: «Lo malo es que en Inglaterra hemos vivido durante demasiado tiempo al límite de nuestros recursos. ¡El subsidio de desempleo está arruinando a Inglaterra!». En la oscuridad no pude resistir el deseo de expresar mi humilde parecer e intervine con tono agudo: «Sin ese subsidio de desempleo no existiría Inglaterra», y me vi apoyado por unos cuantos: «¡Eso, eso!».

El panorama político era desalentador. Inglaterra tenía casi cuatro millones de desempleados, y el número seguía aumentando, y, sin embargo, el Partido Laborista no les ofrecía muchas más cosas que el Partido Conservador.

Fui a Woolwich, donde escuché un mitin electoral pronunciado por Cunningham Reid en defensa del candidato liberal. Aunque habló con mucha sofística política, no prometió nada y produjo poca impresión en aquel distrito electoral. Una joven de los barrios obreros, sentada cerca de mí, gritó: «No nos importa nada toda esa charla sobre la clase alta; díganos qué van a hacer por los cuatro millones de parados, y entonces sabremos si debemos votar por su partido o no».

Si ella era un ejemplo de la masa electoral, había esperanzas de que ganasen las

elecciones los laboristas, pensé; pero estaba equivocado. Después del discurso que Snowden pronunció por la radio hubo una gran afluencia hacia los conservadores y a Snowden le concedieron la dignidad de par. Así dejé Inglaterra con un gobierno conservador, y llegué a Estados Unidos, donde un gobierno conservador abandonaba el poder.

Las vacaciones son, en el mejor de los casos, una ocupación vacía. Había malgastado el tiempo excesivamente por los lugares de recreo de Europa y sabía por qué. Carecía de objetivo y me sentía frustrado. Desde la innovación del cine sonoro no lograba determinar mis planes futuros. Aunque *Luces de la ciudad* fue un gran triunfo y produjo más dinero que ninguna otra película hablada de aquella época, creía que rodar otra película muda sería perjudicarme a mí mismo; además, estaba obsesionado por el deprimente temor de parecer pasado de moda. Por artística que fuese una buena película muda, tenía que admitir que el cine sonoro daba una mayor presencia a los personajes.

En alguna ocasión consideré la posibilidad de hacer una película hablada; pero solo de pensar en ello me ponía enfermo, porque me daba cuenta de que nunca podría alcanzar la excelencia de mis películas mudas. Aquello significaría acabar totalmente con el carácter de mi personaje. Algunos me sugerían que hiciese hablar al vagabundo. Eso era impensable, pues a la primera palabra que yo pronunciarse me transformaría en otra persona. Además, la matriz de la que había nacido era tan muda como los andrajos que llevaba.

Estos melancólicos pensamientos eran los que motivaban mis prolongadas vacaciones; pero mi conciencia me decía machaconamente: «¡Vuelve a Hollywood y trabaja!».

Después de mi viaje por el norte regresé al Carlton de Londres con la intención de reservar pasajes para marchar de nuevo a California, pasando por Nueva York, cuando un telegrama de Douglas Fairbanks desde Sankt Moritz alteró mis planes. Decía: «Ven a Sankt Moritz. Encargaremos nieve fresca para tu llegada. Te esperamos. Abrazos, Douglas».

Acababa de leerlo cuando oí una tímida llamada en la puerta. «¡Adelante!», dije, creyendo que sería el camarero. En su lugar apareció la cara de mi amiga de la Costa Azul. Me quedé sorprendido, irritado y resignado. «Pasa», le dije con frialdad.

Fuimos a Harrods y adquirimos equipos para esquiar; después, a una joyería de Bond Street a comprar una pulsera, que le entusiasmó. Al día siguiente llegamos a Sankt Moritz, donde ver de nuevo a Douglas iluminó mi espíritu. Aunque Doug se encontraba en el mismo dilema que yo en lo referente a su carrera, ninguno de los dos habló de ello. Estaba solo; creo que Mary y él se habían separado. Sin embargo, encontrarnos en las montañas de Suiza disipó nuestra melancolía. Esquiamos juntos o, cuando menos, aprendimos a esquiar.

El ex príncipe heredero alemán, hijo del káiser, estaba en el hotel, pero no hablé

con él; aun cuando nos encontrábamos en el ascensor, yo sonreía, pensando en mi comedia *Armas al hombro*, en la que el príncipe era un personaje cómico.

Estando en Sankt Motriz invité a mi hermano Sydney a que se reuniera con nosotros. Como no tenía una prisa excesiva en volver a Beverly Hills, decidí regresar a California pasando por Oriente, y Sydney accedió a acompañarme hasta Japón.

Partimos hacia Nápoles, donde me separé de mi amiga. Pero esta vez se mostró de excelente humor. No hubo lágrimas. Creo que estaba resignada y algo aliviada, pues desde nuestra estancia en Suiza nuestra mutua atracción se había evaporado, y ambos lo sabíamos. Por tanto, nos despedimos como buenos amigos. Cuando el barco empezó a alejarse del puerto ella caminaba por el muelle imitando los andares de mi personaje vagabundo. Aquella fue la última vez que la vi.

23

Se han escrito ya muchos y excelentes libros de viaje sobre Oriente, de modo que no abusaré de la paciencia del lector. Sin embargo, tengo una excusa para escribir algo sobre Japón, motivado por las fantásticas circunstancias en que me vi envuelto. Había leído un libro de Lafcadio Hearn sobre el país, y lo que decía de la cultura y el teatro japonés despertó mi deseo de ir allá.

Nos embarcamos en un barco nipón, dejando los vientos helados de enero para entrar en el clima soleado del canal de Suez. En Alejandría subieron nuevos pasajeros, árabes e indios. ¡En realidad, nos enfrentábamos a un mundo nuevo! A la puesta de sol los árabes solían colocar sus esterillas en cubierta y entonaban sus oraciones orientados hacia La Meca.

A la mañana siguiente entramos en el mar Rojo, de modo que nos despojamos de nuestros atuendos «nórdicos» y nos pusimos pantalones blancos cortos y finas camisas de seda. En Alejandría habíamos hecho provisión de frutas tropicales y cocos, de modo que para desayunar tomábamos mangos y para cenar leche de coco helada. Una noche cenamos sentados en el suelo de la cubierta al estilo japonés. Un oficial del barco me enseñó a verter un poco de té sobre el arroz para realzar el sabor. A medida que el barco se acercaba al siguiente puerto, más al sur, aumentaba nuestra emoción. El capitán japonés anunció tranquilamente que íbamos a llegar a Colombo por la mañana. Aunque Ceilán fuese ya una experiencia exótica, nuestro único deseo era llegar a Bali y Japón.

Nuestra siguiente escala fue Singapur, donde nos sumergimos en el ambiente de un grabado de un jardín chino, con unos banianos que surgían a la orilla del océano. El recuerdo más destacado de mi estancia en Singapur es el de los actores chinos que representaban una obra en el New World Amusement Park; eran niños sumamente dotados y cultos, cuyo repertorio constaba de muchas obras clásicas escritas por los grandes poetas chinos. La representación tenía lugar en una pagoda a la manera tradicional. La obra que vi duró tres noches. El actor principal del conjunto era una muchacha de quince años; hacía el papel de príncipe y cantaba con una voz aguda, algo estridente. La tercera noche fue la verdadera culminación. A veces es mejor no

comprender el idioma, pues nada podía haberme afectado más hondo que el último acto, los tonos irónicos de la música, las cuerdas plañideras, el retumbar de los gongs y la voz penetrante y ronca del joven príncipe desterrado, expresando la angustia de un alma perdida en las esferas solitarias, cuando hacía su salida final.

Fue Sydney quien me recomendó que visitara la isla de Bali, diciéndome lo poco influida que estaba por la civilización y describiendo sus bellas mujeres, con los pechos al aire. Aquello despertó mi interés. Nuestra primera visión de la isla la tuvimos por la mañana: blancas nubes hinchadas circundaban las verdes montañas, haciendo que sus cumbres pareciesen islas flotantes. En aquella época no había puerto ni aeropuerto; se desembarcaba en un viejo muelle de madera, al que se llegaba en barcas de remos.

Pasamos por recintos cerrados, con muros bellamente construidos, con imponentes entradas, donde vivían diez o veinte familias. Cuanto más nos adentrábamos, más bello se volvía el paisaje; verdeantes arrozales que se reflejaban en el plateado espejo de un serpenteante arroyo. De repente, Sydney me dio un codazo. A lo largo de la carretera había una fila de mujeres jóvenes que, cubiertas solo por sus *batiks* atados a la cintura, con los pechos al aire, llevaban sobre la cabeza cestos cargados de frutas. Desde entonces nos fuimos dando codazos continuamente. Algunas eran muy guapas. Nuestro guía, un turco estadounidense que iba sentado junto al chófer, era bastante molesto, pues se volvía con lascivo interés para observar nuestras reacciones, como si hubiera organizado aquel espectáculo para nosotros.

El hotel de Denpasar era de construcción reciente. Cada salón se abría a una galería, separado por tabiques, con los dormitorios al fondo, que eran limpios y cómodos.

Hirschfeld, el acuarelista estadounidense, y su esposa estaban pasando en Bali dos meses y nos invitaron a su casa, donde Miguel Covarrubias, el artista mexicano, se había alojado antes que ellos. Se la habían alquilado a un noble balinés y vivían allí como terratenientes aristócratas por quince dólares a la semana. Después de cenar, los Hirschfeld, Sydney y yo salimos a dar un paseo. La noche era oscura y sofocante. No corría ni una pizca de aire; luego, de repente, un enjambre de luciérnagas se extendió sobre los arrozales en oleadas ondulantes de luz azulada. Viniendo de otra dirección, se oyeron tintineos de panderetas y el retumbar de los gongs, que tañían con sones rítmicos. «Va a comenzar una danza en alguna parte —dijo Hirschfeld—. Vamos allá.»

A unas doscientas yardas de distancia divisamos a un grupo de nativos, acuclillados en corro, y unas doncellas sentadas con las piernas cruzadas, con cestas y antorchas pequeñas, que vendían delicadas golosinas. Nos abrimos camino entre la multitud y vimos a dos chicas de unos diez años envueltas en túnicas bordadas, con tocados complicados cuajados de oro, que centelleaban a la luz de la lámpara, mientras bailaban al son de las notas agudas, acompañadas por los tonos bajos y profundos que producían los grandes gongs; sus cabezas se balanceaban, sus ojos

centelleaban, sus dedos se retorcían al compás de la música diabólica, que ascendía hasta un *crescendo* como un torrente enfurecido, y que luego se calmaba, hasta no ser más que un apacible río. El final resultó antimelódico; las bailarinas se detuvieron bruscamente y se mezclaron con la multitud. No hubo aplausos; los balineses nunca aplauden, de igual modo que carecen de una palabra para decir amor o gracias.

El músico y pintor Walter Spies nos visitó y comió con nosotros en el hotel. Vivía en Bali desde hacía quince años y hablaba balinés. Había transcrito al piano parte de su música, que ejecutó para nosotros; el efecto era semejante a un concierto de Bach, tocado a un ritmo dos veces más rápido. Nos dijo que el gusto musical de los nativos era muy refinado; no les agradaba nuestro jazz moderno, pues lo encontraban aburrido y demasiado lento. A Mozart lo consideraban sentimental, y solo les interesaba Bach porque sus ritmos y melodías eran similares a los suyos. Su música me pareció fría, destemplada y ligeramente desagradable; incluso los pasajes lastimeros eran como el grito siniestro de un minotauro hambriento.

Después de comer Spies nos llevó a la selva, donde se llevaría a cabo una ceremonia de flagelación. Nos vimos obligados a caminar cuatro millas por un sendero de la jungla para llegar al sitio. Al llegar allí nos encontramos con una gran multitud que rodeaba un altar de unos doce pies de largo. Jóvenes doncellas con bellos *sarongs* y los pechos al aire formaban cola con cestos cargados de frutas y otras ofrendas, que un sacerdote, con aspecto parecido a un derviche, cabello largo hasta la cintura y vestido con una túnica blanca, bendecía y depositaba ante el altar. Después de que los sacerdotes entonaran sus plegarias, aparecieron unos jóvenes riendo convulsivamente y saquearon el altar, cogiendo cuanto podían, mientras los sacerdotes los flagelaban con violencia utilizando látigos. Algunos se vieron obligados a tirar el botín por la fuerza de los latigazos, que se suponía los liberaban de los espíritus malignos que les habían inducido a robar.

Entramos y salimos de los templos y recintos cercados a nuestro antojo, vimos peleas de gallos y asistimos a festejos y ceremonias religiosas que se celebraban a todas las horas del día y de la noche. De una de ellas me retiré a las cinco de la mañana. Sus dioses eran amantes del placer y los balineses los adoraban no con temor, sino con afecto.

A altas horas de la noche Spies y yo llegamos a un sitio donde había una alta amazona bailando a la luz de una antorcha; su hijo la imitaba un poco más lejos. De vez en cuando, un hombre de aspecto muy joven le daba consejos. Más adelante supimos que era el padre de la muchacha. Spies le preguntó su edad.

—¿Cuándo se produjo el terremoto? —preguntó.

—Hace doce años —le contestó Spies.

—Bueno, pues entonces tenía tres hijos casados. —No satisfecho, al parecer, con esta contestación, añadió—: Tengo dos mil dólares de edad. —Lo que significaba que durante su vida había gastado esa suma.

En muchos recintos cercados vi coches nuevos, utilizados como gallineros. Le

pregunté la razón a Spies. Y me explicó: «Una aldea se rige con arreglo a normas comunistas, y el dinero que obtienen exportando algunas reses lo depositan en una especie de caja de ahorros, que con los años alcanza una suma considerable. Cierto día un vendedor de automóviles los convenció de que compraran coches Cadillac. Durante los dos primeros días fueron en coche de un lado a otro, divirtiéndose mucho, hasta que se quedaron sin gasolina. Después descubrieron que lo que les costaba ir en coche durante un día equivalía a lo que ganaban en un mes; de modo que dejaron los coches en las aldeas para que las aves de corral durmieran dentro».

El humor balinés es parecido al nuestro y abunda en chistes verdes, perogrulladas y juegos de palabras. Comprobé el humor de nuestro joven camarero del hotel.

—¿Por qué cruza un pollo la carretera? —le pregunté.

—Ese chiste lo sabe todo el mundo —le dijo al intérprete con desdén.

—Muy bien; entonces, dime: ¿qué existió antes, la gallina o el huevo?

Esto lo dejó perplejo.

—La gallina…, no… —Meneó la cabeza—; el huevo…, no. —Se echó hacia atrás el turbante y se quedó pensando un rato; luego afirmó con seguridad definitiva —: El huevo.

—Pero ¿quién puso el huevo?

—La tortuga, porque la tortuga es la soberana y pone todos los huevos.

Bali era entonces un paraíso. Los nativos trabajaban durante cuatro meses en los arrozales y dedicaban los ocho restantes a su arte y a su cultura. La diversión era gratuita a lo largo de la isla; un pueblo organizaba representaciones para los otros. Pero hoy día ese paraíso está en trance de desaparecer. La educación les ha enseñado a cubrirse los pechos y a reemplazar sus dioses amantes del placer por los occidentales.

Antes de partir hacia Japón, mi secretario japonés, Kono, quiso adelantarse para preparar nuestra llegada. Seríamos invitados del gobierno. En el puerto de Kobe fuimos saludados por aviones que volaban en círculo sobre nuestro barco arrojando octavillas de bienvenida, mientras que miles de personas aplaudían en los muelles. La visión de numerosos quimonos de vivos colores contra el fondo de las chimeneas y de los grisáceos muelles era paradójicamente hermosa. En aquella demostración japonesa había muy poco de ese legendario misterio y de la cohibición que se les atribuyen. Era una multitud tan excitada y emotiva como la que había visto en cualquier otra parte.

El gobierno puso a nuestra disposición un tren especial para que nos condujera a Tokio. En cada estación aumentaban las multitudes y la estación y los andenes estaban atestados de una pléyade de lindas muchachas, que nos colmaron de regalos. El efecto que hacían mientras estaban en pie, ataviadas con sus quimonos, era como el de una exposición de flores. En Tokio una muchedumbre de cuarenta mil personas esperaba en la estación para saludarnos. En medio del tropel, Sydney tropezó, cayó y estuvo a punto de ser pisoteado.

El misterio de Oriente es legendario. Siempre había creído que los europeos lo exagerábamos. Pero flotaba en el aire desde el momento en que desembarcamos en Kobe, y ahora, en Tokio, comenzó a envolvernos. Camino del hotel, pasamos por un barrio tranquilo de la ciudad. De repente el coche disminuyó la velocidad, hasta que se paró cerca del palacio del emperador. Kono miró hacia atrás, ansiosamente, por la ventanilla posterior; luego se volvió hacia mí y me hizo una extraña petición: ¿me importaría apearme del coche y hacer una reverencia hacia el palacio?

—¿Es la costumbre? —le pregunté.

—Sí —dijo, sin dar importancia a la respuesta—. No es necesario que haga la reverencia; basta con que se apee del coche.

La petición me sorprendió un poco, porque no había nadie por los alrededores, salvo los dos o tres coches que nos seguían. Si era la costumbre, la gente lo sabría y estaría allí, aunque fuera poca. Sin embargo, descendí e hice una reverencia. Cuando volví al coche, Kono pareció aliviado. A Sydney le pareció que era una petición rara y opinó que Kono había obrado de un modo extraño. Tenía aspecto preocupado desde que llegamos a Kobe. Descarté este pensamiento y me dije que tal vez había trabajado demasiado.

Aquella noche no ocurrió nada; pero a la mañana siguiente Sydney entró en la sala de estar muy alterado. «No me gusta esto —dijo—. ¡Han registrado mis maletas, revolviendo todos mis papeles!» Le dije que, aunque fuera cierto, no tenía importancia. Pero nada pudo calmar el recelo de Sydney. «¡Aquí pasa algo raro!», me dijo. Sin embargo, me reí y le taché de ser demasiado suspicaz.

Aquella mañana designaron a un agente del gobierno para que cuidara de nosotros; nos comentó que si queríamos ir a alguna parte se lo hiciéramos saber por mediación de Kono. Sydney insistió en que nos estaban vigilando y que Kono ocultaba algo. Tuve que reconocer que Kono parecía cada vez más preocupado e inquieto.

Las sospechas de Sydney no eran infundadas, porque aquel día nos sucedió algo raro. Kono dijo que un vendedor tenía unas pinturas pornográficas pintadas sobre seda y que le gustaría que yo fuera a verlas a su casa. Le encargué a Kono que le respondiera a aquel hombre que no me interesaban. Kono pareció contrariado.

—¿Y si le digo que las traiga al hotel? —sugirió.

—De ninguna manera —le contesté—. Dígale, simplemente, que no pierda el tiempo.

—Esta gente no admite un no por respuesta —vaciló Kono.

—¿De qué habla? —le pregunté.

—Me están amenazando hace varios días; existen algunos elementos muy agresivos aquí, en Tokio.

—¡Qué tontería! —le contesté—. Pondremos a la policía sobre su pista.

Pero Kono negó con la cabeza.

A la noche siguiente, mientras mi hermano, Kono y yo cenábamos en el reservado

de un restaurante, entraron seis jóvenes. Uno se sentó junto a Kono y cruzó los brazos, mientras los demás dieron un paso atrás y se quedaron en pie. El que estaba sentado empezó a hablar a Kono en japonés con creciente ira. Algo que dijo hizo que Kono se palideciera de repente.

Yo no llevaba armas. Sin embargo, metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta como si tuviera un revólver.

—¿Qué significa esto? —grité.

—Dice que usted está insultando a sus antepasados al negarse a ver sus pinturas —murmuró Kono, sin levantar la vista del plato.

Me puse en pie de un salto, con la mano en el bolsillo, y miré resuelto al joven.

—¿Qué es todo esto? —luego le dije a Sydney—: Salgamos de aquí. Y tú, Kono, llama un taxi.

Una vez a salvo en la calle, todos respiramos, aliviados. El taxi nos estaba esperando y nos fuimos a toda prisa de allí.

El misterio llegó al punto álgido al día siguiente, cuando el hijo del primer ministro nos invitó a ir con él para presenciar las luchas de sumo. Cuando estábamos viendo el espectáculo, un empleado agarró por el hombro al señor Ken Inukai y le susurró algo al oído. Se volvió hacia nosotros y se disculpó diciendo que había surgido una cuestión urgente y tenía que marcharse, pero que volvería después. Hacia el final de la lucha volvió, blanco y tembloroso. Le pregunté si se encontraba mal. Negó con la cabeza y luego se cubrió de repente la cara con las manos. «Mi padre ha sido asesinado», me dijo.

Lo llevamos a nuestras habitaciones y le ofrecimos un poco de coñac. Entonces nos contó qué había ocurrido: seis cadetes navales habían matado a los centinelas de guardia ante el palacio del primer ministro y habían irrumpido en sus habitaciones privadas, donde lo encontraron con su mujer y su hija. Su madre le contó el resto de la historia; los asesinos estuvieron ante su padre durante veinte minutos apuntándole con sus pistolas, mientras el primer ministro trataba de razonar con ellos, pero sin ningún resultado. Sin decir palabra, seguían apuntándole. Pero el primer ministro les rogó que no le matasen en presencia de su familia. Le permitieron entonces que saliera de la habitación donde estaban su mujer y su hija. Con toda calma se puso de pie y condujo a los asesinos a otra habitación, donde debió de intentar razonar con ellos de nuevo, porque la familia esperó, angustiada, hasta que oyeron los disparos que aniquilaron a su padre.

El asesinato se produjo mientras su hijo estaba viendo las luchas. De no haber estado con nosotros, nos dijo, le habrían matado junto con su padre.

Lo acompañé a su casa y vi la habitación donde dos horas antes había sido asesinado su padre. La huella de un gran charco de sangre en la esterilla todavía estaba húmeda. Había un ejército de fotógrafos y periodistas, pero tuvieron la delicadeza de no tomar fotografías. Sin embargo, me rogaron que hiciera algunas declaraciones. Dije tan solo que era una enorme tragedia para la familia y para la

nación.

El día después de la tragedia iba a entrevistarme con el finado primer ministro en una recepción oficial, que, naturalmente, fue suspendida.

Sydney declaró que el crimen formaba parte del misterio en el que de alguna manera estábamos envueltos nosotros. Me dijo: «Es algo más que una simple coincidencia el que seis asesinos mataran al primer ministro y otros seis individuos entraran en el restaurante aquella noche cuando estábamos cenando».

Hasta que Hugh Byas escribió su interesante e informativo libro *Government by Assassination*, publicado por Alfred A. Knopf, no quedó aclarado el misterio en que me vi mezclado. Según parece, la sociedad secreta denominada El Dragón Negro estaba por entonces en plena actividad, y fueron sus miembros los que exigieron que me inclinara ante el palacio. Citaré del libro de Hugh Byas la siguiente reseña de la vista en que comparecieron los que asesinaron al primer ministro:

El teniente de marina Seishi Koga, cabecilla de la conspiración, dijo después ante el consejo de guerra que los conspiradores habían trazado un plan para implantar la ley marcial bombardeando la Cámara de Representantes. Unos cuantos civiles que podían obtener fácilmente pases arrojarían bombas desde la tribuna pública, mientras que en la puerta esperarían jóvenes oficiales para dar muerte a sus miembros a medida que fueran saliendo. Otro plan, que podría parecer demasiado grotesco para ser creíble de no haber sido expuesto ante el tribunal, proponía el asesinato de Charles Chaplin, que estaba entonces visitando Japón. El primer ministro había invitado al señor Chaplin a tomar el té, y los jóvenes oficiales tenían pensado asaltar la residencia oficial durante la recepción.

JUEZ: ¿Qué finalidad perseguían matando a Chaplin?

KOGA: Chaplin es una figura popular en Estados Unidos y el favorito de la clase capitalista. Creímos que su muerte provocaría una guerra con Estados Unidos, y así mataríamos dos pájaros de un tiro.

JUEZ: Entonces, ¿por qué desistieron de su espléndido plan?

KOGA: Porque los periódicos dijeron después que la recepción proyectada no era todavía una cosa segura.

JUEZ: ¿Qué los llevó a planear el ataque contra la residencia oficial del primer ministro?

KOGA: Derrocar al primer ministro, que era también el jefe de un partido político; en otras palabras, derrocar el centro mismo del gobierno.

JUEZ: ¿Era su intención matar al premier?

KOGA: Sí, lo era. Sin embargo, no tenía nada personal contra él.

Este mismo acusado declaró que abandonaron el plan para aniquilar a Chaplin porque se discutió si era aconsejable matar al actor, ya que había escasas probabilidades de que su asesinato provocara una guerra con Estados Unidos y aumentara el poderío del ejército.

Me imagino a los asesinos urdiendo su plan y descubriendo luego que yo no era

estadounidense, sino inglés: «¡Oh, disculpe!».

Sin embargo, no todo fueron misterios y contrariedades en Japón. En general, mi estancia resultó muy interesante. El teatro kabuki constituyó para mí un placer, que superó mis esperanzas. El kabuki no es un teatro puramente formal, sino una mezcla de lo antiguo y lo moderno. El virtuosismo de un actor es el factor más importante, y la obra es simplemente el material sobre el cual actúa. Con arreglo a nuestras normas occidentales, su técnica tiene grandes limitaciones. El realismo se ignora allí donde no podría lograrse eficazmente. Por ejemplo, los occidentales no podemos representar en escena un combate a espada sin que parezca un poco falso, pues por feroz que sea ese combate se descubren ciertas precauciones. Por el contrario, los japoneses no pretenden dar la impresión de realismo. Combaten a distancia, separados el uno del otro, haciendo floridos ademanes con sus espadas, intentando uno de ellos cortar la cabeza de su adversario y el otro dando mandobles a las piernas de su contrincante. Cada uno en su propio espacio da saltos, baila y hace piruetas. Es como un ballet. El combate es impresionista y termina en una postura del vencedor y el vencido. Durante la escena de la muerte los actores consiguen este impresionismo con cierto realismo.

La ironía es el tema de muchas de sus obras. Vi una que era el equivalente de *Romeo y Julieta*, el drama de dos jóvenes amantes cuyos padres se oponen a su matrimonio. Fue representada en un escenario giratorio, que los japoneses utilizan desde hace trescientos años. La escena primera era el interior de la cámara nupcial, en la que aparecía la joven pareja de recién casados. A lo largo del acto interceden emisarios con los padres para que den su consentimiento a los jóvenes amantes, que esperan que se produzca una reconciliación. Pero la tradición es demasiado fuerte. Los padres son duros como el diamante. De modo que los amantes deciden suicidarse a la manera tradicional japonesa, cada uno de ellos esparciendo una alfombra de pétalos de flores para morir sobre ella; el novio mata primero a la novia y luego se clava la espada.

Los comentarios de los enamorados mientras esparcen los pétalos de flores por el suelo, preparándose para la muerte, produjeron risas entre el público. Mi intérprete me dijo que el humor y la ironía animaban réplicas como esta: «Vivir después de esta noche de amor sería decepcionante». Durante diez minutos continúan intercambiando estas bromas. Luego la novia se arrodilla sobre su lecho de flores, que está a cierta distancia del de su amante, y ofrece su garganta, y cuando el novio desenvaina la espada y se dirige lentamente hacia ella, el escenario giratorio empieza a moverse, y antes de que la punta de la espada toque la garganta de su joven esposa, la escena se aleja del público, para dejar paso al exterior de la casa bañada por la luz de la luna. El público permanece sentado durante lo que parece un silencio interminable. Por fin se oyen voces que se acercan. Son amigos de la pareja muerta que acuden a comunicarles la feliz noticia de que sus padres los han perdonado. Están borrachos y discuten acerca de quién les dará la noticia. Luego comienzan una serenata, y al no

obtener respuesta golpean en la puerta.

«No les molestemos —dice uno de ellos—; estarán dormidos o demasiado ocupados.»

Así que se marchan y continúan su serenata, acompañada por un toc-toc, como si golpeasen en una caja de madera, que indica el final de la obra mientras el telón cae poco a poco.

Cuánto tiempo sobrevivirá Japón al virus de la civilización occidental es una cuestión discutible. La manera que tienen sus habitantes de apreciar esos sencillos momentos de la vida tan característicos de su cultura —una larga mirada a un rayo de luna, una peregrinación para ver los cerezos en flor, la tranquila meditación de la ceremonia del té—, todo esto parece destinado a desaparecer entre la bruma del sentido de empresa occidental.

Mis vacaciones llegaban a su fin, y aunque había disfrutado de muchos espectáculos en ellas, algunos habían sido deprimentes. Vi pudrirse alimentos y mercancías formando altos montones, mientras que la gente vagabundeaba hambrienta a su alrededor; vi millones de desempleados cuyos servicios se desaprovechaban.

Oí decir a un hombre durante una cena que nada podría salvar la situación a no ser que se encontrase más oro. Cuando discutí el problema de la automatización y afirmé que terminaría con la mano de obra, alguien replicó que el problema se resolvería por sí solo, porque el trabajo terminaría siendo tan barato que podría competir con la automatización. La crisis era sumamente dura.

24

Cuando llegué a mi casa de Beverly Hills me paré en el centro del salón. Era a última hora de la tarde, y una alfombra de largas sombras se extendía sobre la pradera, y rayos de sol dorados atravesaban la habitación. Qué aspecto tan sereno tenía. Me hubiera echado a llorar. Había estado ausente ocho meses y, sin embargo, me preguntaba si el regreso me hacía feliz. Me sentía desconcertado, carecía de proyectos, estaba intranquilo y era consciente de una gran soledad.

En Europa había abrigado la vaga esperanza de encontrar a alguien que orientara mi vida. Pero no había sucedido nada. De todas las mujeres que conocí, pocas podían incluirse en aquella categoría, y a las que lo hubieran conseguido, yo no les interesaba. Y ahora, de vuelta en California, regresaba a un cementerio. Douglas y Mary se habían separado, de modo que aquel mundo ya no existía.

Esa noche cenaría solo, algo que nunca me había agradado hacer en aquella gran casa. Así que ordené que no me sirvieran la cena. Fui en coche a Hollywood, lo aparqué y me paseé por el Hollywood Boulevard. Tenía la sensación de que no me había marchado. Allí estaban las mismas largas hileras de tiendas de una sola planta, los anticuados almacenes del ejército y de la armada, los *drugstores*, Woolworth y Kresge, todas ellas deprimentes y sin ningún refinamiento. Hollywood no había perdido aún el aspecto de ciudad surgida como por milagro.

Mientras paseaba por el bulevar empecé a pensar si debía retirarme, vender todo e irme a China. Nada me motivaba para quedarme en Hollywood. Sin duda, el cine mudo se había acabado y no me sentía con ganas de competir con las películas habladas. Además, yo estaba pasado de moda. Intenté pensar en alguien a quien conociera con la suficiente confianza para telefonearle e invitarlo a cenar sin sentirme cohibido, si bien no encontré a nadie. Cuando regresé a casa, Reeves, mi administrador, había llamado para decir que todo marchaba a las mil maravillas. Pero no había llamado nadie más.

Acudir al estudio para atender asuntos fastidiosos era como tirarse a una piscina fría. Sin embargo, me encantó saber que *Luces de la ciudad* iba muy bien, que teníamos ya tres millones de dólares (netos) y que todos los meses se recibían

cheques de cien mil dólares. Reeves me aconsejó que fuese al Banco de Hollywood a ver al nuevo director, simplemente para conocerlo. Como no entraba en un banco desde hacía siete años, rechacé la proposición.

El príncipe Luis Fernando, nieto del káiser, llamó al estudio y después cenamos en mi casa, y sostuvimos una interesante charla. El príncipe, un hombre encantador y muy inteligente, habló de la revolución alemana al terminar la Primera Guerra Mundial como de algo parecido a una opereta. «Mi abuelo se había ido a Holanda —me dijo—; pero algunos de mis parientes se quedaron en el palacio de Potsdam, demasiado aterrados para moverse. Cuando los revolucionarios entraron en el palacio, enviaron una nota preguntando a mis parientes si los recibirían, y en aquella entrevista les aseguraron que se les prestaría protección, y que si necesitaban algo, no tenían más que telefonear al cuartel general socialista. No podían creer lo que oían. Pero cuando más adelante el gobierno se dirigió a ellos para efectuar una liquidación de sus posesiones, mis parientes empezaron a tergiversar y a querer más. En resumen —me dijo por último—, la Revolución rusa fue una tragedia; la nuestra fue una broma.»

Desde mi regreso a Estados Unidos estaba ocurriendo algo maravilloso. Los reveses económicos, aunque drásticos, realzaron la grandeza del pueblo estadounidense. Las dificultades económicas habían empeorado. Algunos estados llegaron al extremo de imprimir papel moneda a fin de colocar las mercancías sin vender. Mientras tanto, el lúgubre Hoover estaba enojado porque su desastrosa argucia económica de asignar dinero a las clases altas, creyendo que algo llegaría a la gente humilde, había fracasado. Y en medio de toda aquella tragedia en la campaña electoral declaró a gritos que si Franklin Roosevelt llegaba al poder peligrarían las bases del sistema americano, que en aquel momento no se revelaba infalible.

Sin embargo, Franklin D. Roosevelt ganó las elecciones y la nación no se vio en peligro. Su discurso sobre el «hombre olvidado» despertó a la política estadounidense de su cínica modorra e impulsó la era más gloriosa de la historia del país. Escuché ese discurso por radio en la casa de la playa de Sam Goldwyn. Éramos varias personas sentadas alrededor del aparato, entre las que se encontraban Bill Paley, de la Columbia Broadcasting System, Joe Schenck, Fred Astaire, su mujer y otros invitados. «Únicamente debemos temer al temor mismo», lanzó por las ondas como un rayo de sol. Pero yo me mostré escéptico, como la mayoría de nosotros. «Demasiado hermoso para ser verdad», dije.

En cuanto Roosevelt llegó al poder empezó a implantar su programa electoral, ordenando un cierre bancario durante diez días para impedir las quiebras. Aquel fue el momento en que Estados Unidos respondió mejor. Las tiendas y los almacenes de todo tipo siguieron haciendo negocios a crédito; incluso los cines vendieron entradas a crédito, y durante diez días, mientras Roosevelt y su llamado «trust de cerebros» redactaban el New Deal, la población se comportó de una manera magnífica.

Se instauró una legislación para afrontar toda clase de emergencias: restablecía el

crédito de las granjas para detener el latrocinio de los embargos hipotecarios, financiaba amplios proyectos públicos, instauraba la Ley de Recuperación Nacional, aumentando el salario mínimo, disminuía el desempleo mediante el recorte de las horas de trabajo, fomentaba la organización sindical. Era ir demasiado lejos; aquello era puro socialismo, gritó la oposición. Lo fuera o no, salvó al capitalismo del completo desastre. Se instauraron asimismo algunas de las mejores reformas de la historia de Estados Unidos. Era alentador ver la rapidez con que el ciudadano estadounidense reaccionó ante un gobierno constructivo.

También Hollywood estaba experimentando un cambio de vida. La mayoría de las estrellas del cine mudo habían desaparecido; solo quedábamos unos cuantos. Ahora que había aumentado el número de películas habladas, se esfumaban el encanto y la despreocupación de Hollywood. De la noche a la mañana el cine se convirtió en una industria fría y seria. Los técnicos de sonido estaban renovando los estudios y construyendo complicados aparatos acústicos. Cámaras del tamaño de una habitación avanzaban por el escenario con un ruido sordo, como monstruos marinos. Se instalaron complicados equipos de radio, que contenían miles de cables eléctricos. Hombres ataviados como guerreros de Marte se sentaban con los auriculares puestos, mientras que los actores interpretaban su papel con micrófonos suspendidos sobre ellos, como cañas de pescar. Todo aquello era muy complicado y deprimente. ¿Cómo se podía crear algo con aquella chatarra alrededor? La sola idea me horrorizaba. Entonces alguien descubrió que la complicada chatarra podía convertirse en portátil, las cámaras se hacían más móviles y era posible alquilar el equipo por una cantidad razonable. A pesar de tales adelantos, yo encontraba pocos alicientes para reanudar el trabajo.

Todavía acariciaba la idea de coger los bártulos y establecerme en China. En Hong Kong podía vivir bien y olvidar las películas, en lugar de languidecer en Hollywood.

Durante tres semanas estuve perdiendo el tiempo; después Joe Schenck me telefoneó para que fuera a pasar el fin de semana en su yate, un hermoso barco de ciento treinta y ocho pies de eslora, con capacidad para alojar con comodidad a catorce personas. Joe solía anclar en los alrededores de la isla Santa Catalina, cerca de Avalon. Sus invitados rara vez llamaban mi atención; solían ser jugadores de póquer, y el póquer no me interesaba. Pero había otros alicientes. Joe se embarcaba siempre con un grupo de chicas guapas, y como me sentía desesperadamente solo, esperaba encontrar allí un rayo de sol.

Y eso fue justo lo que sucedió. Conocí a Paulette Goddard. Era alegre y divertida, y durante la velada me dijo que iba a invertir cincuenta mil dólares, una parte de la pensión por alimentos que recibía de su ex marido, en una empresa cinematográfica. Había llevado a bordo todos los documentos en regla para firmarlos. Casi la cogí por la garganta para impedirle que lo hiciera. Era más que evidente que aquella compañía era un típico timo de Hollywood. Le expliqué que yo estaba metido en negocios

cinematográficos casi desde su comienzo, y que con los conocimientos que tenía de ellos no invertiría ni un solo centavo, excepto en mis propias películas, y que aún eso entrañaba cierto riesgo. Aduje que si Hearst, con un equipo literario y teniendo acceso a los argumentos más populares de Estados Unidos, había perdido siete millones de dólares invirtiéndolos en películas, ¿qué probabilidades tenía ella? Al final le quité la idea de la cabeza, y ese fue el comienzo de nuestra amistad.

Lo que nos unía a Paulette y a mí era la soledad. Ella acababa de llegar de Nueva York y no conocía a nadie. Para los dos fue como Robinson Crusoe descubriendo a Viernes. Durante la semana teníamos mucho que hacer, pues Paulette estaba trabajando en una película de Sam Goldwyn y yo atendía mis negocios. Pero el domingo era un día libre. En nuestra desesperación, solíamos dar largos paseos en coche; en realidad, recorrimos toda la costa de California. Parecía que no había nada que hacer allí. Nuestra aventura más emocionante consistía en ir al puerto de San Pedro a contemplar los barcos de recreo. Uno de ellos estaba en venta; era un yate de motor de cincuenta y cinco pies de eslora, que tenía tres camarotes, una cocina y una cabina del timón, la clase de barco que me gustaba.

«Si tuviéramos algo parecido a eso —dijo Paulette—, podríamos divertirnos mucho los domingos e ir a Santa Catalina.» Así que hice averiguaciones para comprarlo. Era propiedad de un tal señor Mitchell, fabricante de cámaras de cine, que nos enseñó la embarcación. Fuimos a verlo tres veces en una misma semana, hasta que nuestra presencia resultó incómoda. Sin embargo, el señor Mitchell nos dijo que, pasara lo que pasase, hasta que se vendiera seríamos bienvenidos a bordo y podríamos visitarlo.

Sin que lo supiera Paulette, compré el barco y lo aprovisioné para navegar hasta Santa Catalina, llevando a mi propio cocinero y a un antiguo guardia de Keystone, Andy Anderson, que había sido patrón. El domingo siguiente todo estaba a punto. Paulette y yo salimos muy temprano, ella creía que para hacer un largo viaje en coche, conviniendo en que solo tomaríamos una taza de café para ir después a alguna parte a desayunar. Entonces se dio cuenta de que íbamos camino de San Pedro.

—¿No irás otra vez a ver el barco?

—Me gustaría volver a examinarlo una vez más, solo para decidirme —le contesté.

—Entonces tendrás que ir tú solo; es demasiado violento —contestó, malhumorada—. Te esperaré en el coche.

Cuando llegamos al embarcadero nada pudo convencerla para que se apeara del coche.

—No; tendrás que ir solo. Pero date prisa; todavía no hemos desayunado.

Al cabo de dos minutos volví al coche y, tras un pesado forcejeo, logré convencerla de que subiera a bordo. La cabina estaba alegremente decorada con un mantel rosa y azul, y una vajilla a juego. Un delicioso aroma de beicon y huevos friéndose llegaba desde la cocina.

—El capitán nos ha invitado amablemente a desayunar —le dije—. Tenemos galletas, huevos con beicon, tostadas y café.

Paulette miró a la cocina y reconoció a nuestro cocinero.

—Bueno —le dije—, querías algún sitio donde ir los domingos; de modo que después de desayunar iremos a Santa Catalina a nadar.

Y luego le anuncié que había comprado el barco.

Su reacción fue muy curiosa.

—Espera un minuto —me dijo.

Se levantó, bajó del barco y corrió cincuenta yardas a lo largo del muelle, tapándose la cara con las manos.

—¡Eh! ¡Ven a desayunar! —le grité.

—Tenía que hacer eso para que se me pasase la impresión —dijo cuando volvió a subir a bordo.

Entonces, Freddy, el cocinero japonés, llegó con el desayuno, riendo. Después de calentar los motores, navegamos, alejándonos del puerto; una vez en el Pacífico, pusimos rumbo a Santa Catalina, a veintidós millas de distancia, donde nos quedamos nueve días.

Seguía sin tener planes inmediatos de trabajo. Con Paulette hacía todo tipo de tonterías: ir a las carreras, a los locales nocturnos y a las funciones de gala con el único propósito de matar el tiempo. No quería estar solo ni pensar. Pero debajo de estos placeres tenía una continua sensación de culpabilidad. «¿Qué hago aquí? ¿Por qué no estoy trabajando?»

Además, estaba deprimido por la observación de un joven crítico que dijo que *Luces de la ciudad* era una película muy buena, pero que bordeaba lo sentimentaloide, y que en mis próximas películas debería intentar ser más realista. Acabé por estar de acuerdo con él. Si hubiera sabido lo que sé ahora, podría haberle dicho que el llamado realismo es a menudo artificial, falso, prosaico y aburrido, y que no es la realidad lo que importa en una película, sino lo que la imaginación puede hacer con ella.

Fue curioso cómo por un azar, y cuando menos lo esperaba, me sentí de repente estimulado para hacer otra película muda. Paulette y yo fuimos a las carreras de Tijuana, México, donde el ganador de Kentucky o algo así sería premiado con una copa de plata. Le preguntaron a Paulette si querría entregar la copa al jockey ganador y decir algunas palabras con acento del Sur. Necesitó poca persuasión. Me quedé asombrado al oírla por el altavoz. Aunque era de Brooklyn, imitó de un modo admirable a una belleza de la buena sociedad de Kentucky. Eso me convenció de que era capaz de actuar.

Así fue como me inspiré. Paulette me había impresionado por tener cierto aire de *gamine*.[13] Sería una cualidad maravillosa en la pantalla. Imaginé el encuentro de los dos en un abarrotado coche patrulla, el vagabundo y la *gamine*; él mostrándose muy

galante y ofreciéndole asiento. Esa era la base sobre la que podía construir el argumento y las diversas escenas cómicas.

Luego recordé una entrevista con un brillante y joven periodista del *World* de Nueva York. Al oír que iba a visitar Detroit, me habló del sistema de fabricación en cadena; la terrible historia de una gran industria que atraía a los chicos sanos de las granjas, que después de cuatro o cinco años trabajando en ese sistema en cadena acababan con los nervios deshechos.

Fue esa conversación la que me inspiró la idea de *Tiempos modernos*. Utilicé una máquina para comer que permitía ahorrar tiempo, de modo que los trabajadores podían seguir trabajando durante la hora del almuerzo. La secuencia de la fábrica se resolvía cuando el vagabundo sufría una depresión nerviosa. La trama se desarrollaba siguiendo la sucesión natural de los acontecimientos. Después de su curación, el vagabundo es detenido y se encuentra a una *gamine*, que ha sido también detenida por robar pan. Su encuentro se produce en un coche patrulla lleno de delincuentes. A partir de ese momento el tema gira en torno a los dos seres anónimos, que intentan sobrevivir en los tiempos modernos. Se ven envueltos en el período de la Depresión, en huelgas, en tumultos y en el paro. Paulette iba vestida con harapos. Casi lloró cuando le tizné la cara para que pareciese sucia. «Esas manchas son pecas», insistí.

Es fácil vestir a una actriz de una manera atractiva, con trajes de moda; pero vestir a una florista y hacer que parezca seductora, como en *Luces de la ciudad*, resultaba difícil. Con el vestido de la muchacha en *La quimera del oro* no tuvimos ese problema. Pero el vestuario de Paulette en *Tiempos modernos* exigió tanta inteligencia y finura como una creación de Dior. Si el atuendo de una *gamine* se trata sin cuidado, los remiendos resultan teatrales y poco convincentes. Al vestir a una actriz como una golfilla callejera o como una florista intentaba crear un efecto poético sin menoscabar su personalidad.

Antes del estreno de *Tiempos modernos* algunos columnistas escribieron que habían oído que la película era comunista. Creo que ello se debió a un resumen del argumento aparecido en la prensa. Sin embargo, los críticos de revistas liberales dijeron que no iba ni en pro ni en contra del comunismo y que, metafóricamente, me había situado en el justo medio.

Nada crispa más los nervios que recibir noticias anunciando que la taquilla de la primera semana bate todos los récords y que la de la segunda semana flojea algo. Por tanto, después de los estrenos en Nueva York y en Los Ángeles, mi único deseo era alejarme todo lo posible de cualquier noticia sobre la película. Así que decidí viajar a Honolulú, llevándome a Paulette y a su madre, y di instrucciones en mi oficina de que no me enviaran noticias de ningún tipo.

Embarcamos en Los Ángeles y llegamos a San Francisco bajo una lluvia torrencial. Pero nada enfrió nuestro ánimo; teníamos un poco de tiempo para hacer algunas compras y volver luego al barco. Al pasar por unos almacenes vi la palabra «China»

escrita sobre unos cajones.

—¡Vámonos allí!

—¿Adónde? —dijo Paulette.

—A China.

—¿Me tomas el pelo?

—Vamos ahora o no podremos ir nunca —contesté.

—Pero no tengo aquí ningún vestido.

—Puedes comprar todo lo que quieras en Honolulú —repliqué.

Todos los barcos deberían llamarse *Panacea*, pues nada es más saludable que un viaje por mar. Las preocupaciones quedan aplazadas, el barco te adopta y te cuida, y cuando por fin entra en el puerto y te devuelve al fastidioso mundo, lo hace de mala gana.

Pero cuando llegamos a Honolulú vi con horror unos carteles anunciando *Tiempos modernos* y a la prensa esperando en el muelle, dispuesta a devorarme. No había escapatoria posible.

Sin embargo, en Tokio no me descubrieron, gracias a que el capitán me había inscrito con otro nombre. Las autoridades japonesas se lo tomaron muy mal cuando vieron mi pasaporte. «¿Por qué no nos avisó de que iba a venir?», me dijeron. Como acababa de producirse una sublevación militar, en la que habían muerto varios cientos de personas, era mejor así, pensé. Durante nuestra estancia en Japón nos acompañó en todo momento un funcionario del gobierno. Desde San Francisco a Hong Kong no habíamos hablado casi con ningún pasajero; pero cuando llegamos a Hong Kong la austeridad se disipó, debido a un sacerdote católico. «Charlie —me dijo un hombre de negocios, alto y con aspecto reservado—, desearía que conociera a un sacerdote estadounidense, de Connecticut, que lleva aquí cinco años, en una colonia de leprosos. Es una vida bastante solitaria para el padre, de modo que todos los sábados viene a Hong Kong solo para ver llegar los barcos de Estados Unidos.»

El sacerdote era un hombre alto y apuesto, que tendría entre treinta y cinco y cuarenta años, con unas mejillas sonrosadas y una sonrisa que inspiraba simpatía. Lo invité a una copa, luego mi amigo a otra, y después el padre pagó una nueva ronda. Al principio éramos un pequeño grupo; pero a medida que avanzaba la noche aumentó hasta veinticinco personas, y cada una por turnos pagaba una ronda. El grupo llegó a treinta y cinco personas y seguían sirviendo bebidas. Muchos fueron conducidos a bordo inconscientes; pero el sacerdote, que no se había perdido una ronda, seguía sonriente y atendía muy sereno a todo el mundo. Por último, me puse de pie para decirle adiós. Y como me sostenía solícitamente, le estreché la mano. La noté áspera, de modo que le di la vuelta y examiné la palma. Había en ella grietas y hendiduras y en el centro una mancha blanca. «Espero que no sea lepra», dije bromeando. Se echó a reír y meneó la cabeza. Un año después supimos que había muerto de lepra.

Estuvimos lejos de Hollywood cinco meses. En aquel viaje Paulette y yo nos

casamos. Después regresamos a Estados Unidos, embarcándonos en Singapur en un barco japonés.

El primer día recibí una nota diciendo que quien la suscribía y yo teníamos muchos amigos en común, que hacía años que no nos veíamos, y que ahora, en medio del mar de la China Meridional, se presentaba una excelente ocasión. Firmaba Jean Cocteau. Luego añadía una posdata: «¿Podría venir a mi camarote a tomar el aperitivo antes de la cena?». Inmediatamente sospeché que se trataba de un impostor. ¿Qué hacía aquel elegante parisino en medio del mar de la China? Sin embargo, era verdad. Cocteau estaba haciendo un reportaje para el periódico francés *Le Figaro*.

Cocteau no sabía ni una sola palabra de inglés y yo tampoco sabía francés; pero su secretario hablaba un poco de inglés, aunque no muy bien, y nos sirvió de intérprete. Aquella noche discutimos nuestras teorías sobre la vida y el arte hasta altas horas. Nuestro intérprete traducía con lentitud y dudando, mientras Cocteau, con sus bellas manos en el pecho, hablaba con la rapidez de una ametralladora, mirándome con ojos centelleantes, suplicantes, volviéndose luego hacia el intérprete, que decía sin emoción alguna: «Mister Cocteau… dice… que usted es un poeta… de la luz… del sol… y que él es… un poeta… de la noche».

Cocteau se volvía de inmediato del intérprete hacia mí con un rápido movimiento, cual pájaro, y continuaba. Luego yo tomaba la palabra, adentrándonos en la filosofía y el arte. Cuando estábamos de acuerdo nos abrazábamos, mientras que nuestro intérprete nos observaba con frialdad. Así, de ese modo exaltado, seguimos casi toda la noche, hasta las cuatro de la mañana, prometiendo reunirnos de nuevo a la una en punto para comer.

Pero nuestro entusiasmo había alcanzado su cenit. Ya habíamos tenido suficiente. Ninguno de los dos se presentó. Por la tarde debieron de cruzarse nuestras cartas de disculpa, pues su contenido era idéntico, ambas profusas en excusas, pero teniendo buen cuidado de no fijar más citas. Estábamos más que hartos el uno del otro.

A la hora de la cena, cuando entramos en el comedor, Cocteau estaba sentado en el ángulo opuesto, con la espalda vuelta hacia nosotros. Pero su secretario nos vio, y con una ligera seña le indicó nuestra presencia a su jefe, quien dudó, luego se volvió y fingió sorpresa, y alegremente blandió la carta que yo le había enviado; yo mostré alegremente la suya y los dos nos reímos. Después nos volvimos y nos concentramos en nuestros menús. Cocteau terminó de cenar primero, y mientras el camarero nos estaba sirviendo, pasó con discreción junto a nuestra mesa con gran rapidez. Sin embargo, se volvió antes de salir y señaló hacia fuera, indicando: «Le veré allí». Moví la cabeza en señal de aprobación. Pero luego sentí alivio al ver que había desaparecido.

A la mañana siguiente paseaba solo por cubierta cuando de repente, ante mi espanto, apareció Cocteau a lo lejos doblando la esquina y dirigiéndose animado hacia mí. ¡Dios mío! Busqué con celeridad un lugar por donde escapar; entonces él me vio, y para mi gran alivio se precipitó por la puerta del salón principal. Aquello

hizo que terminara nuestro paseo matutino. Durante todo el día estuvimos jugando al escondite, sorteándonos mutuamente. Sin embargo, cuando llegamos a Hong Kong nos habíamos recobrado lo suficiente para encontrarnos de nuevo en una breve entrevista. Quedaban todavía cuatro días para que llegáramos a Tokio.

Durante la travesía, Cocteau me contó una historia asombrosa: en el interior de China había visto un Buda viviente, un hombre de unos cincuenta años, que había pasado toda su vida metido en una vasija de aceite, de la que sobresalía solamente la cabeza. Después de tantos años sumergido en aceite, el cuerpo había permanecido en estado embrionario, y era tan blando que se podía pasar el dedo a través de él. En qué parte de China vio aquello es algo que nunca estuvo claro, y, por último, admitió que no lo había visto él personalmente, sino que lo había oído contar.

En las diversas escalas nos veíamos raras veces, a no ser para un breve «¿Cómo está usted?» o «Adiós». Pero cuando supimos que ambos embarcaríamos en el *President Coolidge* para ir a Estados Unidos, nos resignamos, sin más intentos de mostrar entusiasmo.

En Tokio, Cocteau se había comprado un grillo, que guardaba en una jaulita, y que traía con frecuencia, ceremoniosamente, a mi camarote. «Es muy inteligente —me dijo—, y canta siempre que le hablo.» Se tomó tal interés por el grillo, que se convirtió en tema de conversación. «¿Cómo está Pilou esta mañana?», solía yo preguntarle. «No muy bien —me respondía con solemnidad—. Lo he puesto a dieta.»

Al llegar a San Francisco insistí para que viniera en coche con nosotros a Los Ángeles, pues teníamos una limusina esperándonos. Pilou venía también. Durante el viaje el grillo se puso a cantar. «¿Ve usted? —dijo Cocteau—. Le gusta Estados Unidos.» De repente bajó el cristal de la ventanilla, luego abrió la puerta de la jaulita y la sacudió para que Pilou saliera de ella.

—¿Por qué ha hecho eso? —le pregunté, sorprendido.

—Lo deja libre —dijo el intérprete.

—Pero —contesté— está en un país extranjero y no sabe hablar el idioma.

Cocteau se alzó de hombros.

—Es listo y pronto lo aprenderá.

Cuando volvimos a mi casa de Beverly Hills llegaron noticias alentadoras del estudio. *Tiempos modernos* era un gran éxito.

Pero de nuevo me enfrenté con la deprimente pregunta: ¿debía hacer otra película muda? Sabía que correría un gran riesgo si la hacía. Todo Hollywood había abandonado el cine mudo, excepto yo. Hasta entonces había tenido suerte; pero la impresión de que el arte de la pantomima se iba quedando poco a poco obsoleto era una idea desalentadora. Además, no era fácil idear una trama muda que ocupase una hora y cuarenta minutos, traduciendo la gracia en acción y creando chistes visuales cada veinte pies de película a lo largo de siete u ocho mil. Otra preocupación era que si hacía una película hablada, por buena que fuera, no podría superar nunca la calidad

artística de mi pantomima. Había pensado en unas posibles voces para Charlot: si debía hablar con monosílabos o, simplemente, musitar. Pero aquello tampoco podía ser. Si yo hablaba me convertiría en un actor como los demás. Tales eran los melancólicos problemas a los que me enfrentaba.

Paulette y yo ya llevábamos casados un año, si bien entre nosotros se iba alzando una barrera. En parte se debía a que yo estaba preocupado y absorto, intentando trabajar. Sin embargo, a consecuencia del éxito de *Tiempos modernos*, Paulette había firmado un contrato para rodar varias películas para la Paramount. Pero yo no podía trabajar ni actuar. En tan melancólico estado de ánimo decidí ir a Pebble Beach con mi amigo Tim Durant. Tal vez allí pudiese trabajar mejor.

Pebble Beach, a más de cien millas al sur de San Francisco, era un lugar salvaje, insalubre y algo siniestro. Yo lo llamaba «la mansión de las almas desamparadas». Era conocido con el nombre de Seventeen-mile Drive. Había ciervos vagando por los bosques y muchas casas pretenciosas desocupadas y en venta; se veían árboles caídos pudriéndose en los campos, llenos de larvas, hiedras venenosas, arbustos de adelfas y belladona; un paraje que hacía pensar en las brujas. Frente al océano, construidas sobre las rocas, había varias casas de estilo recargado, donde residían millonarios; a esta parte se la conocía con el nombre de Costa de Oro.

Había conocido a Tim Durant cuando alguien lo trajo a uno de nuestros partidos de tenis de los domingos. Tim jugaba muy bien y formábamos pareja muchas veces. Acababa de divorciarse de su mujer, la hija de E. F. Hutton, y había venido a California para alejarse de todo aquello. Tim era simpático y nos hicimos muy buenos amigos.

Alquilamos una casa situada a media milla del océano. Era húmeda y triste, y cuando encendíamos el fuego la habitación se llenaba de humo. Tim tenía muchos conocidos en Pebble Beach, y mientras visitaba a sus amistades yo intentaba trabajar. Durante días y días me quedaba sentado solo en la biblioteca y paseando por el jardín, esperando que se me ocurriera algo, pero no lo conseguía. Por último, dejé de preocuparme y me reuní con Tim y lo acompañé a visitar a alguno de nuestros vecinos. Con frecuencia pensaba que había en ellos un buen material para cuentos al estilo de Maupassant. Una casa grande, aunque cómoda, tenía un ambiente algo atemorizador y triste. El dueño, un tipo agradable, hablaba sin cesar y en voz muy alta, mientras que su esposa permanecía sentada sin pronunciar palabra. Desde que su hijo había muerto, hacía cinco años, raras veces reía o hablaba. Lo único que decía era buenas tardes y buenas noches.

En otra casa construida sobre los altos acantilados que daban al mar, un novelista había perdido a su esposa. Al parecer, mientras hacía fotos en el jardín había retrocedido, distraída, más de lo debido. Cuando su marido fue a buscarla solo encontró un trípode. No se la volvió a ver.

A la hermana de Wilson Mizner no le gustaban sus vecinos, cuya pista de tenis daba a su casa, y siempre que aquellos jugaban encendía una hoguera, y la pista

quedaba cubierta de nubes de humo.

Los Fagan, una pareja de viejos inmensamente ricos, daban suntuosas fiestas los domingos. El cónsul nazi, un joven rubio de suaves modales a quien conocí allí, hacía todo lo posible para gustar. Pero yo siempre le rehuí.

A veces pasábamos el fin de semana en casa de John Steinbeck y su esposa. Tenían una casita cerca de Monterey. Él acababa de traspasar el umbral de la fama; había escrito *Tortilla Flat* y una serie de relatos. John trabajaba por la mañana y escribía por término medio unas dos mil palabras al día. Me quedé asombrado al ver lo limpias que estaban sus cuartillas, casi sin ninguna corrección. Le envidio.

Siempre me ha interesado la forma en que trabajan los escritores y cuánto producen al día. Thomas Mann escribía por término medio unas cuatrocientas palabras diarias. Lion Feuchtwanger dictaba dos mil palabras, lo que da un término medio de seiscientas por día. Somerset Maugham escribía cuatrocientas palabras al día solo para estar en forma. H. G. Wells llegaba a las mil palabras al día. Hannen Swaffer, el periodista inglés, escribía de cuatro mil a cinco mil diariamente. El crítico estadounidense Alexander Woollcott escribía un artículo de setecientas palabras en quince minutos, y luego reanudaba una partida de póquer; le he visto hacerlo. Hearst solía escribir un editorial de dos mil palabras en una noche. Georges Simenon ha escrito una novela corta en un mes y de excelente calidad. Georges me ha contado que se levanta a las cinco de la mañana, se hace él mismo su café, luego se sienta a su escritorio, hace rodar una bola dorada del tamaño de una pelota de tenis y piensa. Escribe a mano, y cuando le pregunté por qué lo hacía con una letra tan pequeña, me dijo: «Exige un menor esfuerzo de la muñeca». En lo que a mí respecta, dicto unas mil palabras al día, lo que suma un término medio de trescientas de diálogo para mis películas.

Los Steinbeck no tenían criado; su mujer hacía todo el trabajo de la casa. Era un matrimonio encantador y les tomé mucho cariño.

Hablábamos mucho, y al discutir sobre la Unión Soviética, John dijo que una de las cosas que habían hecho los comunistas era abolir la prostitución. «¿Era la peor de las empresas privadas?», le pregunté. «Nada de eso; es la única profesión que le da a uno el equivalente de su dinero, y además, una profesión muy honrada. ¿Por qué no haberla encajado en un sindicato?»

Una atractiva señora casada, cuyo marido le era notoriamente infiel, arregló un *pas de deux* conmigo en su amplia casa. Fui allí con intención adúltera. Pero cuando la dama me confió entre lágrimas que no tenía relaciones sexuales con su marido desde hacía ocho años y que todavía lo amaba, sus lágrimas enfriaron mi ardor y me encontré dándole consejos filosóficos; todo se volvió cerebral. Más adelante se rumoreó que se había vuelto lesbiana.

El poeta Robinson Jeffers vivía cerca de Pebble Beach. Tim y yo lo conocimos en casa de un amigo. Se mostró distante y silencioso, y con mi habitual locuacidad empecé a censurar las desgracias y calamidades del día, solo para amenizar la tarde.

Pero Jeffers no pronunció ni una palabra. Me marché enojado conmigo mismo por haber monopolizado la conversación. Me pareció que le desagradaba, pero estaba equivocado. Una semana después nos invitó a Tim y a mí a tomar el té.

Robinson Jeffers y su mujer vivían en un pequeño castillo medieval de piedra llamado Tor, que se había construido sobre una plataforma rocosa en la costa del Pacífico. Aquello me pareció un poco pueril. La habitación más grande no tenía más de doce pies cuadrados. A algunos pasos de la casa había una torre redonda de piedra de aspecto medieval, de unos dieciocho pies de altura por cuatro de diámetro. Unos estrechos peldaños de piedra ascendían hasta un pequeño calabozo redondo, con troneras en lugar de ventanas. Aquel era su estudio. Allí escribió *Roan Stallion*. Tim sostenía que aquel gusto sepulcral era un deseo psicológico de la muerte. Pero vi a Robinson Jeffers paseando con su perro a la puesta del sol, disfrutando de la noche con una inefable expresión de paz en su cara, como si estuviera sumido en algún ensueño lejano. Tengo la certeza de que una persona como Robinson Jeffers no desea la muerte.

25

La guerra estaba otra vez en el aire. Los nazis se habían puesto en marcha. Qué pronto habíamos olvidado la Primera Guerra Mundial y sus cuatro terribles años de mortandad. Qué pronto olvidamos las espantosas ruinas humanas, los mutilados, los mancos, los cojos, los ciegos, los chicos de mandíbulas destrozadas, los paralíticos. Los que no habían muerto o habían sido heridos no salieron indemnes; muchos se quedaron mentalmente trastornados. Como un Minotauro, la guerra había engullido a la juventud, dejando sobrevivir únicamente a viejos cínicos. Pero pronto lo olvidamos y embellecimos la guerra con los populares estribillos de Tin Pan Alley:[14]

Cómo vas a lograr que se queden en la granja,
después que hayan visto París…

La guerra era beneficiosa en muchos aspectos, decían algunos. Fomentaba la industria, estimulaba el progreso de la técnica y proporcionaba nuevos empleos a la gente. ¿Cómo podíamos pensar en los millones de muertos, cuando se hacían millones en la Bolsa? En el momento bursátil más álgido, Arthur Brisbane, del *Hearst Examiner*, dijo: «El acero de Estados Unidos dará un salto y cada acción valdrá quinientos dólares». En vez de eso, fueron los especuladores los que saltaron por las ventanas.

Y ahora se fraguaba otra guerra y yo intentaba escribir un guión para Paulette, pero no conseguía avanzar. ¿Cómo podía sumirme en la volubilidad femenina o pensar en algo novelesco o en los problemas del amor cuando un ser monstruoso y grotesco llamado Adolf Hitler estaba exacerbando la demencia?

Alexander Korda me sugirió en 1937 que escribiera una historia de Hitler basada en una falsa identidad, ya que Hitler tenía el mismo bigote que Charlot. Yo podría hacer los dos papeles, sugirió. Hasta entonces, no había pensado mucho en tal posibilidad; pero ahora estaba de actualidad, y yo estaba desesperado por volver a trabajar. De repente me llegó la inspiración. ¡Naturalmente! En mi papel de Hitler

podía arengar a las multitudes en una jerga de mi invención y hablar todo lo que quisiera. Y en mi otro papel de vagabundo podía permanecer más o menos callado. Una parodia de Hitler era una ocasión para la burla y la pantomima. Con gran entusiasmo, volví apresuradamente a Hollywood y me puse a trabajar en el guión. Me llevó dos años desarrollar la historia. Pensé en la primera secuencia, que representaría la escena de una batalla de la Primera Guerra Mundial. En ella se vería la Grosse Bertha, aquel famoso cañón con su alcance de tiro de setenta y cinco millas con el que los alemanes pretendían atemorizar a los Aliados. Se suponía que iba a destruir la catedral de Reims, pero en lugar de eso, erraba su objetivo y destrozaba un lavabo al aire libre.

Paulette trabajaría en la película. En los dos últimos años había tenido un gran éxito con la Paramount. Aunque estábamos algo distanciados, éramos amigos y seguíamos casados. Pero Paulette era una criatura llena de caprichos. Uno de ellos habría sido divertido si no se hubiera manifestado en un momento inoportuno. Un día llegó a mi camerino del estudio con un joven delgado y bien vestido, que parecía enfundado en su traje. Yo estaba pasando un día difícil con el guión y aquella interrupción me sorprendió. No obstante, Paulette dijo que era muy importante; luego se sentó e invitó al joven a que cogiera una silla y se sentara a su lado.

—Es mi agente —dijo Paulette.

Después lo miró para que soltase lo que debía decir. El joven hablaba con rapidez y con una pronunciación recortada, como si se escuchara a sí mismo:

—Como usted sabe, señor Chaplin, desde *Tiempos modernos* está usted pagando a Paulette dos mil quinientos dólares a la semana. Pero lo que no hemos concertado aún con usted es la cuestión de la publicidad; ella debería ocupar el setenta y cinco por ciento del espacio en todos los carteles…

No pudo seguir.

—¿Qué demonios es esto? —grité—. ¡No tiene usted que decirme la publicidad que debo hacer! ¡Tengo más en cuenta sus intereses que usted! ¡Lárguense los dos!

Cuando estaba a mitad de rodaje *El gran dictador*, empecé a recibir alarmantes mensajes de la United Artists. Les habían advertido por mediación de la Oficina Hays que tendría problemas con la censura. También la oficina de Londres estaba muy preocupada con respecto a una película antihitleriana y dudaba que pudiera proyectarse en Inglaterra. Pero yo estaba decidido a continuar, porque había que reírse de Hitler. Si hubiera conocido entonces los horrores de los campos de concentración alemanes no habría podido rodar *El gran dictador*; no me habría tomado a risa la demencia homicida de los nazis. Sin embargo, estaba decidido a ridiculizar su absurda mística acerca de una raza de sangre pura. Como si algo así hubiera existido alguna vez, aparte de los aborígenes australianos.

Mientras estaba rodando *El gran dictador*, sir Stafford Cripps llegó a California procedente de la Unión Soviética. Se presentó a cenar con un joven que acababa de salir de Oxford, cuyo nombre no recuerdo, a diferencia de la observación que hizo

aquella noche. Dijo: «Por el rumbo que están tomando las cosas en Alemania y en todas partes, tengo pocas probabilidades de vivir más de cinco años». Sir Stafford había viajado por la Unión Soviética para ver cómo eran las cosas en realidad, y estaba profundamente impresionado por lo que había visto. Describió sus amplios proyectos y, por supuesto, sus terribles problemas. Parecía creer que la guerra era inevitable.

De Nueva York llegaban más cartas llenas de preocupación rogándome que no hiciera la película y afirmando que no se exhibiría ni en Inglaterra ni en Estados Unidos. Pero yo estaba decidido a hacerla, aun cuando tuviera que alquilar por mi cuenta salas para proyectarla.

Antes de que la hubiera terminado, Inglaterra declaró la guerra a los nazis. Estaba en Santa Catalina pasando el fin de semana en mi barco y oí las deprimentes noticias por la radio. Al principio hubo inactividad en todos los frentes. «Los alemanes no se abrirán nunca camino por la Línea Maginot», decíamos. Luego, de repente, empezó el holocausto: la brecha abierta en Bélgica, el colapso de la Línea Maginot, la sombría y espantosa tragedia de Dunkerque… y Francia fue ocupada. Las noticias eran cada vez más pesimistas. Inglaterra estaba luchando con un muro a su espalda. Ahora nuestra oficina de Nueva York telegrafiaba frenéticamente: «Dese prisa con su película; todo el mundo la está esperando».

El gran dictador fue difícil de realizar; exigía maquetas que necesitaron un año de preparación. Sin estos recursos nos hubiera costado cinco meses más. Sin embargo, ya llevaba gastados quinientos mil dólares antes de que empezara el rodaje.

Entonces Hitler decidió invadir la Unión Soviética. Eso era la prueba de que se había impuesto su demencia inevitable. Estados Unidos no había entrado aún en guerra; pero tanto en Inglaterra como en Estados Unidos se produjo una gran sensación de alivio.

Cuando faltaba poco para terminar *El gran dictador*, Douglas Fairbanks y su mujer, Sylvia, nos visitaron mientras rodábamos unos exteriores. Douglas había estado inactivo en los cinco últimos años, yendo y viniendo de Inglaterra. Me dio la impresión de que había envejecido y engordado un poco y parecía preocupado. Pero, a pesar de todo, seguía siendo el mismo y entusiasta Douglas. Se rió a carcajadas durante el rodaje de una de nuestras escenas. «Estoy deseando verla», dijo.

Doug se quedó una hora. Cuando se marchó lo observé mientras ayudaba a su mujer a subir una empinada cuesta, y conforme se alejaba por el sendero y aumentaba la distancia que nos separaba, sentí una repentina punzada de tristeza. Doug se volvió, yo levanté la mano y él me saludó con la suya. Aquella fue la última vez que lo vi. Un mes después su hijo me telefoneó para decirme que su padre había muerto aquella noche de un ataque al corazón. Fue un golpe terrible, pues estaba muy unido a mi vida.

Había perdido a Douglas, había perdido el calor de su entusiasmo y de su encanto; había perdido su amistosa voz cuando solía llamarme en una fría y solitaria

mañana de domingo: «¿Charlie?… Ven a comer; luego nos daremos un baño; más tarde iremos a cenar y después a ver una película». Sí; había perdido su encantadora amistad.

¿Con qué clase de hombres preferiría tratar? Sin duda, mi elección debía recaer entre la gente de mi propia profesión. Sin embargo, Douglas era el único actor con quien hice amistad. Conocer a las estrellas en las diversas fiestas de Hollywood me había vuelto escéptico. Puede que fuéramos demasiados. El ambiente era más de rivalidad que amistoso y se arrojaban muchas pullas a un lado y a otro del bufet, rivalizando por atraer una atención especial. No; las estrellas entre estrellas dan poca luz… o poco calor.

Los escritores son personas gratas, pero no muy generosas. Rara vez comparten con los demás lo que saben; la mayoría de ellos guardan su sabiduría entre las tapas de sus libros. Los sabios pueden ser una compañía excelente, si bien su simple presencia en un salón paraliza mentalmente a los demás. Los pintores son molestos, porque la mayoría de ellos pretenden hacer creer que son filósofos, más que pintores. Los poetas pertenecen sin duda a la clase superior e individualmente son agradables, tolerantes y excelentes compañeros. Pero creo que los músicos son, en conjunto, más gratos de tratar. No hay nada tan cálido y conmovedor como una orquesta sinfónica. Las luces románticas de sus atriles, la afinación y el repentino silencio cuando el director hace su entrada dan una impresión de armonía social y colaboración. Recuerdo al pianista Horowitz cenando en mi casa y a los invitados discutiendo la situación del mundo y diciendo que la Depresión y el paro producirían un renacimiento espiritual. De repente se puso en pie y dijo: «Esta conversación me ha dado ganas de tocar el piano». Por supuesto, nadie hizo ninguna objeción, y él interpretó la *Sonata número 2*, de Schumann. Dudo que se haya vuelto a ejecutar tan bien.

Justamente antes de la guerra cené en su casa con su mujer, que era la hija de Toscanini. Rajmáninov y Barbirolli estaban también presentes. Rajmáninov era un hombre de aspecto raro, en el que había algo ascético y de ermitaño. Fue una cena íntima; solo estábamos nosotros cinco.

Cada vez que se habla de arte doy una explicación diferente de él. ¿Por qué no? Aquella noche dije que el arte era una emoción adicional aplicada a una técnica hábil. Alguien sacó el tema de la religión, y yo confesé que no era creyente. Rajmáninov interrumpió enseguida:

—Pero ¿cómo puede usted tener arte sin religión?

Por un momento me quedé desconcertado.

—No creo que estemos hablando de lo mismo —repliqué—. Mi concepto de la religión es la creencia en un dogma, y el arte es un sentimiento más que una creencia.

—También la religión —contestó.

Después de aquello preferí callarme.

Mientras cenábamos en mi casa, Ígor Stravinski sugirió que debíamos hacer una película juntos. Yo desarrollé un argumento. Debía ser surrealista, dije; un club nocturno decadente, con mesas alrededor de la pista de baile, y en cada mesa grupos y parejas representando los placeres del mundo: en una mesa la avaricia, en otra la hipocresía, en otra la crueldad. En la pista se representa la Pasión, y mientras se lleva a cabo la crucifixión del Salvador, los grupos de las distintas mesas miran el espectáculo con indiferencia: unos encargan la cena, otros hablan de negocios, y tampoco se preocupan gran cosa los demás. El gentío, los sumos pontífices y los fariseos alzan los puños ante la cruz, gritando: «Si eres el Hijo de Dios, desciende y sálvate a Ti mismo». En una mesa cercana un grupo de hombres de negocios están hablando con animación de una transacción importante. Uno chupa nerviosamente su cigarrillo, mirando hacia el Salvador y echando el humo en su dirección sin darse cuenta.

En otra mesa, un hombre de negocios y su mujer están sentados mirando el menú. Ella levanta la vista; luego, nerviosamente, pone su silla de espaldas al espectáculo. «No puedo comprender por qué viene la gente aquí —dice, molesta—; es deprimente.» «Es una buena distracción —dice el hombre de negocios—. El local estaba en quiebra, hasta que montaron este espectáculo. Ahora ya no tienen pérdidas.» «Eso me parece sacrílego», dice su mujer. «Hace mucho bien —afirma el hombre—. La gente que no ha estado nunca en una iglesia viene aquí y aprende la historia del cristianismo.»

A medida que el espectáculo avanza, se ve a un borracho, en un plano diferente, sentado solo, y empieza a llorar, gritando: «¡Mirad! Lo están crucificando, ¡y a nadie le importa!». Se tambalea sobre sus pies y alarga sus brazos, suplicante, hacia la cruz. La mujer de un ministro, que está sentada cerca, se queja al maître, y sacan de allí al borracho, que sigue llorando y profiriendo reproches: «¡Mirad! ¡A nadie le importa! ¡Menuda pandilla de cristianos sois vosotros!».

—¿Lo entiende? —le dije a Stravinski—. Lo echan porque está perturbando el espectáculo.

Le comenté que representar la Pasión en la pista de baile de un club nocturno era demostrar lo cínico y convencional que se ha vuelto el mundo, al tiempo que profesa el cristianismo.

La cara del maestro adquirió un aspecto muy serio:

—¡Pero eso es sacrílego! —exclamó.

Me quedé bastante asombrado y un tanto confuso.

—¿Sí? —dije—. No tenía intención de que lo fuera. Creí que era una crítica de la actitud del mundo hacia el cristianismo. Quizá como he contado la historia a medida que se me ocurría no me he expresado con claridad.

Y así quedó descartado el asunto. Pero varias semanas después Stravinski me escribió; deseaba saber si seguía considerando la idea de hacer juntos una película.

Sin embargo, mi entusiasmo se había enfriado y yo estaba interesado en hacer una película por mi cuenta.

Hanns Eisler trajo a mi estudio a Schönberg, que era un hombrecillo franco y abrupto, cuya música admiraba mucho, y a quien había visto con regularidad en Los Ángeles en los campeonatos de tenis, sentado solo en las gradas al sol, con una gorra blanca y una camiseta. Después de ver *Tiempos modernos*, me dijo que le había gustado la comedia, pero que mi música era muy mala, y en parte tuve que darle la razón. Discutiendo sobre música, hizo una observación, que se me quedó grabada para siempre: «Me gustan los sonidos, los bellos sonidos».

Hanns Eisler contó una divertida historia referente a aquel gran hombre. Cuando Hanns estudiaba armonía bajo su dirección, tenía que recorrer en pleno invierno cinco millas por la nieve para asistir a una lección del maestro a las ocho en punto. Schönberg, cuyo pelo ya empezaba a ralear, solía estar sentado al piano, mientras Hanns, mirando por encima de su hombro, leía y silbaba la música. «Joven —decía el maestro—, no silbe. Su aliento helado me enfría la cabeza.»

Durante el rodaje de *El gran dictador* empecé a recibir cartas de desequilibrados, y ahora que lo estaba terminando llegaban más misivas. Algunos amenazaban con tirar bombas fétidas en los locales y disparar a la pantalla allí donde se proyectara; otros amenazaban con producir alborotos. Al principio pensé en avisar a la policía, pero la publicidad podía alejar al público de los cines. Un amigo mío me sugirió que hablase con Harry Bridges, el dirigente del sindicato de estibadores. Así que lo invité a cenar en casa.

Le dije francamente por qué quería verlo. Sabía que Bridges era antinazi, de modo que le comenté que estaba haciendo una comedia antinazi y que había recibido cartas amenazadoras. Le dije:

—Si pudiera usted invitar, por ejemplo, a unos veinte o treinta de sus cargadores a mi estreno y se mezclaran entre el público, entonces, si uno de esos sujetos pro nazis armara jaleo, sus muchachos podrían ajustarle las cuentas antes de que se produjera ningún incidente serio.

Bridges se echó a reír.

—No creo que ocurra nada de eso, Charlie. Tiene usted bastantes defensores en su propio público para preocuparse de unos chiflados. Y si esas cartas son de nazis, tendrán miedo dejarse ver a la luz del día.

Aquella noche Harry me contó una historia interesante relativa a la huelga de San Francisco. En aquella ocasión él dirigía el sindicato prácticamente en toda la ciudad, controlando sus abastecimientos. Pero nunca interfirió en los suministros necesarios para los hospitales y los niños. Al relatarme incidencias de aquella huelga, me dijo: «Cuando la causa es justificada, no es preciso convencer a la gente; todo lo que hay que hacer es exponerle los hechos, y luego ellos deciden por sí mismos. Les dije a mis hombres que si se declaraban en huelga tendrían muchos problemas; algunos quizá no llegarían a conocer nunca los resultados. Pero decidieran lo que decidiesen,

yo mantendría su acuerdo. Si había huelga, estaría allí en primera línea, dije; y los cinco mil votaron unánimemente por la huelga».

El gran dictador se estrenó en dos teatros de Nueva York: el Astor y el Capitol. En el Astor ofrecimos antes un pase especial para la prensa. Harry Hopkins, el principal asesor de Franklin Roosevelt, cenó conmigo aquella noche. Después fuimos al pase para la prensa y llegamos a la mitad de la película.

Un pase especial de una película para la prensa tiene una característica muy definida: se diría que la gente se ríe a la fuerza. En aquella función previa la risa que hubo sonó así.

«Es una gran película —dijo Harry cuando salíamos del teatro—, una cosa muy digna de hacerse; pero no tiene muchas probabilidades de éxito. Perderá dinero.» Como me había gastado dos millones de dólares de mi propio bolsillo y estaban en juego dos años de trabajo, no me quedé muy satisfecho con sus pronósticos. Sin embargo, asentí gravemente en silencio. Gracias a Dios, Hopkins se equivocó. *El gran dictador* se estrenó en el Capitol ante un rutilante público, que se mostró eufórico y entusiasmado. Estuvo quince semanas en cartel en Nueva York, en dos cines, y fue la película que más dinero me dio de todas las que había rodado hasta entonces.

Pero las críticas fueron contradictorias. La mayoría hizo objeciones al discurso final. El *Daily News* de Nueva York dijo que yo apuntaba al público con el dedo del comunismo. Aunque la mayoría de los críticos se mostraron contrarios al discurso y dijeron que desentonaba, en general al público le gustó y recibí maravillosas cartas elogiándolo.

Archie L. Mayo, uno de los grandes directores de Hollywood, me pidió autorización para imprimir el discurso en sus felicitaciones de Navidad. A continuación cito la introducción que escribió y el propio discurso:

Si hubiera vivido en tiempos de Lincoln, creo que hoy le enviaría su discurso de Gettysburg, pues fue el mensaje más inspirado de su época. Hoy día nos enfrentamos con nuevas crisis y otro hombre ha hablado desde lo más profundo de un corazón serio y sincero. Aunque solo le conozco de manera superficial, lo que dice me ha conmovido profundamente. […] Y se me ha ocurrido enviarle el texto completo del discurso escrito por Charles Chaplin, para que también usted pueda compartir la expresión de su esperanza.

Discurso final de
«EL GRAN DICTADOR»

Lo siento, pero no quiero ser emperador. No es lo mío. No quiero gobernar ni conquistar a nadie. Me gustaría ayudar a todo el mundo, si fuera posible, a judíos y gentiles, negros y blancos. Todos queremos ayudarnos mutuamente. Los seres humanos son así. Queremos vivir para la felicidad y no para la miseria ajenas. No

queremos odiarnos y despreciarnos mutuamente. En este mundo hay sitio para todos. Y la buena tierra es rica y puede abastecer a todos.

El camino de la vida puede ser libre y hermoso; pero lo hemos perdido. La avaricia ha envenenado las almas de los hombres, ha levantado en el mundo barricadas de odio, nos ha llevado poco a poco a la miseria y la matanza. Hemos conquistado la velocidad, pero nos hemos encerrado en ella. La maquinaria, que proporciona abundancia, nos ha dejado en la indigencia. La ciencia nos ha vuelto cínicos; nuestra inteligencia, duros y faltos de sentimientos. Pensamos demasiado y sentimos demasiado poco. Más que máquinas, necesitamos humanidad. Más que inteligencia, necesitamos amabilidad y cortesía. Sin estas cualidades, la vida será violenta y todo se perderá.

El avión y la radio nos han aproximado más. La verdadera naturaleza de estos adelantos clama por la bondad en el hombre, clama por la fraternidad universal, por la unidad de todos nosotros. Incluso ahora, mi voz está llegando a millones de seres de todo el mundo, a millones de hombres, mujeres y niños desesperados, víctimas de un sistema que tortura a los hombres y encarcela a las personas inocentes. A aquellos que puedan oírme, les digo: «No desesperéis». La desgracia que nos ha caído no es más que el paso de la avaricia, la amargura de los hombres, que temen el camino del progreso humano. El odio de los hombres pasará, y los dictadores morirán, y el poder que arrebataron al pueblo volverá al pueblo. Y mientras los hombres mueren, la libertad no perecerá jamás.

¡Soldados! ¡No os entreguéis a esas bestias, que os desprecian, que os esclavizan, que gobiernan vuestras vidas; que os dicen lo que hay que hacer, lo que hay que pensar y lo que hay que sentir! Que os adiestran, os matan de hambre, que os tratan como a ganado y os utilizan como carne de cañón. ¡No os entreguéis a esos hombres desnaturalizados, a esos hombres-máquinas con inteligencia y corazones de máquina! ¡Vosotros no sois máquinas! ¡Sois hombres! ¡Con el amor de la humanidad en vuestros corazones! ¡No odiéis! ¡Solo aquellos que no son amados odian, los que no son amados y los desnaturalizados!

¡Soldados! ¡No luchéis por la esclavitud! ¡Luchad por la libertad! En el capítulo diecisiete de san Lucas está escrito que el reino de Dios se halla dentro del hombre, ¡no de un hombre o de un grupo de hombres, sino de todos los hombres! ¡En vosotros! Vosotros, el pueblo, tenéis el poder, el poder de crear máquinas. ¡El poder de crear felicidad! Vosotros, el pueblo, tenéis el poder de hacer que esta vida sea libre y bella, de hacer de esta vida una maravillosa aventura. Por tanto, en nombre de la democracia, utilicemos ese poder, unámonos todos. Luchemos por un mundo nuevo, por un mundo digno, que dará a los hombres la posibilidad de trabajar, que dará a la juventud un futuro y a los ancianos seguridad.

Con la promesa de todo esto, las bestias han subido al poder. ¡Pero mienten! No han cumplido su promesa. ¡No la cumplirán! Los dictadores se dan libertad a sí mismos, pero esclavizan al pueblo. Ahora unámonos para liberar el mundo, para

terminar con las barreras nacionales, para terminar con la codicia, con el odio y con la intolerancia. Luchemos por un mundo de la razón, un mundo en el que la ciencia y el progreso lleven a la felicidad de todos nosotros. ¡Soldados, en nombre de la democracia, unámonos!

Hannah, ¿me oyes? ¡Dondequiera que estés, alza los ojos! ¡Mira, Hannah! ¡Las nubes están desapareciendo! ¡El sol se abre paso a través de ellas! ¡Estamos saliendo de la oscuridad y penetrando en la luz! ¡Estamos entrando en un mundo nuevo, un mundo más amable, donde los hombres se elevarán sobre su avaricia, su odio y su brutalidad! ¡Mira, Hannah! ¡Han dado alas al alma del hombre, y por fin empieza a volar! ¡Vuela hacia el arco iris, hacia la luz de la esperanza! ¡Alza los ojos, Hannah! ¡Alza los ojos!

Una semana después del estreno me invitaron a una comida que daba Arthur Sulzberger, el propietario del *New York Times*. Cuando llegué me llevaron a la última planta del edificio del *Times* y me introdujeron en una suite, con una sala adornada con cuadros, fotografías y muebles tapizados de cuero. Honrando la chimenea con su augusta presencia estaba el ex presidente de Estados Unidos, Herbert Hoover, un hombre alto, de aspecto beatífico y ojos pequeños.

—Este, señor presidente, es Charlie Chaplin —dijo el señor Sulzberger, conduciéndome ante el gran hombre.

La cara de Hoover sonrió entre sus numerosas arrugas.

—¿Ah, sí? —dijo con viveza—. Nos habíamos visto antes, hace ya muchos años.

Me sorprendió que Hoover se acordara, porque en aquella ocasión parecía intensamente preocupado en prepararse para la Casa Blanca. Iba a asistir a una cena para la prensa en el hotel Astor, y uno de los miembros me llevó como plato de entremés, antes del discurso de Hoover. Estaba sufriendo los horrores del divorcio y creo que mascullé algo sobre mis escasos conocimientos de los asuntos de Estado, ya que, en realidad, sabía muy poco de mis propios asuntos. Después de divagar de esta manera durante un par de minutos, me senté. Luego fui presentado a Hoover. Creo que le dije: «¿Cómo está usted?», y eso fue todo.

Hoover había pronunciado un discurso, sosteniendo un montón de cuartillas de cuatro pulgadas de alto, pasando hoja tras hoja a medida que iba leyendo. A la hora y media todo el mundo miraba ansiosamente aquellas hojas. Después de dos horas, las hojas estaban divididas en dos partes iguales. A veces se saltaba una docena o más y las ponía a un lado. Aquellos eran, por supuesto, momentos graciosos. Como nada es eterno en esta vida, el discurso finalizó. Mientras reunía su memorando de una manera bastante oficinesca, sonreí, e iba a felicitarle por su discurso, pero se marchó rápidamente, sin haberse percatado de mi presencia.

Y ahora, después de muchos años, durante los cuales había sido presidente, estaba de pie junto a la chimenea con un aspecto inusitadamente afable. Nos sentamos a comer a una gran mesa redonda; éramos doce comensales. Me habían dicho que esas

comidas eran exclusivamente para asuntos íntimos, privados.

Hay un tipo de hombre de negocios estadounidense que hace que me sienta incómodo. Son hombres altos, de buen aspecto, impecablemente vestidos, serenos, de inteligencia clara y hechos claros ante ellos. Tienen voces metálicas y sonoras y hablan en términos geométricos sobre los problemas humanos, así, por ejemplo: «El proceso de organización se produce con arreglo al patrón anual de paro», y frases por el estilo. Así eran los tipos sentados alrededor de la mesa durante la comida, con un aspecto tan imponente y sólido como altivos rascacielos. La única influencia humana la aportaba Anne O'Hare McCormick, una brillante y encantadora dama, la famosa columnista política del *New York Times*.

Durante la comida el ambiente era serio y la conversación resultó difícil. Todo el mundo se dirigía a Hoover como «señor presidente», en mi opinión algo más de lo necesario. A medida que avanzaba la comida empecé a tener la impresión de que no me habían invitado porque sí. Un momento después, el señor Sulzberger no me dejó ninguna duda respecto a ello. Durante un silencio propicio, dijo: «Señor presidente, desearía que nos explicara la misión que propone realizar en Europa».

Hoover dejó el cuchillo y el tenedor, masticó pensativamente, luego tragó y empezó a hablar sobre lo que había ocupado su mente durante la comida. Habló mirando a su plato, y mientras lo hacía dirigía ojeadas furtivas al señor Sulzberger y a mí.

—Todos nos damos cuenta del deplorable estado de Europa en el momento actual y de que la miseria y el hambre aumentan allí sin cesar desde que estalló la guerra. La situación es tan urgente, que he influido en Washington para que se alivie sin pérdida de tiempo. —Supuse que Washington significaba el presidente Roosevelt. Aquí enumeró los hechos y cifras y resultados de su pasada misión en la Primera Guerra Mundial, cuando «alimentamos a toda Europa»—. Esta misión —continuó— no debe ser sectaria, sino de fines puramente humanitarios; usted está algo interesado en esto —dijo, dirigiéndome una mirada de soslayo.

Asentí con solemnidad.

—¿Cuándo se propone acometer ese proyecto, señor presidente? —preguntó el señor Sulzberger.

—En cuanto obtengamos el consentimiento de Washington —dijo Hoover—. Washington necesita que se le estimule mediante peticiones públicas y con el apoyo de figuras públicas bien conocidas. —De nuevo otra mirada de soslayo a mí, y de nuevo asentí—. En la Francia ocupada —continuó— hay millones de personas que están en la miseria. ¡En Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, en toda Europa está aumentando el hambre! —Habló con elocuencia, recalcando los hechos y exponiéndolos con fe, esperanza y caridad.

Luego se hizo un silencio. Me aclaré la garganta.

—Desde luego, la situación no es exactamente la misma que en la Primera Guerra Mundial. Francia está ocupada por completo, así como otras muchas naciones; como

es natural, no queremos que ese avituallamiento caiga en manos de los nazis.

Hoover frunció ligeramente el ceño y se produjo un leve revuelo en todo el grupo reunido, cuyos componentes le miraron primero a él, y luego a mí.

Hoover volvió a fijarse, ceñudo, en su plato.

—Formaremos una comisión independiente, en cooperación con la Cruz Roja estadounidense, y trabajaremos conforme a los acuerdos de la Convención de La Haya, con arreglo al párrafo veintisiete, sección cuarenta y tres, que permite a una comisión de caridad socorrer al enfermo y a los necesitados de ambas partes, beligerantes o no. Creo que usted, como persona humanitaria, apoyará esta comisión.

Esas no fueron exactamente sus palabras, tan solo su sentido general. Por mi parte, me mantuve en mi posición.

—Estoy de acuerdo de todo corazón con la idea, siempre que el avituallamiento no acabe en manos de los nazis —dije.

Esta observación creó otro revuelo alrededor de la mesa.

—Ya hemos hecho operaciones de este género —dijo Hoover con aire de irritada molestia.

Las altaneras siluetas de los jóvenes dirigían ahora su atención hacia mí. Uno de ellos sonrió.

—Creo que el señor presidente puede manejar esa situación —dijo.

—Es una idea excelente —declaró el señor Sulzberger en tono autoritario.

—Estoy completamente de acuerdo —contesté con humildad—, y yo lo apoyaría con todas mis fuerzas, ¡si la administración material pudiera ser asumida solamente por judíos!

—¡Oh! —dijo Hoover con brusquedad—, eso sería imposible.

Era raro oír a los embaucadores jóvenes nazis arengando en la Quinta Avenida a pequeños grupos desde unos reducidos estrados de caoba. Una de las peroratas enunciaba lo siguiente: «La filosofía de Hitler es un estudio profundo y meditado de los problemas de esta época industrial, en la cual hay poco sitio para los mediocres y los judíos».

Una mujer le interrumpió:

—¿De qué estás hablando? —exclamó—. Esto es Estados Unidos, ¿dónde crees que estás?

El joven, un tipo obsequioso y bien parecido, sonrió suavemente:

—Estoy en Estados Unidos, y resulta que soy ciudadano estadounidense —dijo con afabilidad.

—Bien —dijo la mujer—; yo soy ciudadana estadounidense y judía, y si fuera un hombre echaría al suelo tu tenderete.

Uno o dos transeúntes apoyaron la amenaza de la dama, pero la mayoría se quedó callada con apatía. Un policía que pasaba por allí calmó a la mujer. Me marché asombrado, incapaz de creer lo que oía.

Un día o dos después estaba en una casa de campo, y un joven francés, pálido y de aspecto anémico, el conde Chambrun, esposo de la hija de Pierre Laval, me persiguió continuamente antes de la comida. Había visto *El gran dictador* la noche del estreno en Nueva York.

—Claro que no hay que tomar en serio su punto de vista —me dijo en tono magnánimo.

—Después de todo, no es más que una película —le contesté.

Si hubiera sabido los crímenes y las torturas bestiales que se llevaban a cabo en los campos de concentración nazis no hubiese sido tan cortés. Unos cincuenta invitados estaban presentes y en cada mesa había cuatro personas. Se sentó con nosotros y trató de llevarme a una discusión política; pero le dije que prefería los buenos platos a la política. Su conversación era de tal cariz, que levanté la copa y dije: «Me parece que estoy bebiendo demasiado Vichy». En cuanto lo dije se produjo un violento altercado en otra mesa y dos señoras comenzaron a discutir vivamente. Su discusión llegó a ser tan áspera, que creí que terminarían tirándose de los pelos. Una de ellas gritó a la otra:

«No pienso escuchar esta clase de cháchara. ¡Es usted una maldita nazi!».

Un joven vástago de una familia neoyorquina me preguntó en tono protector por qué era tan antinazi. Le dije que porque los nazis eran antipersonas.

—Naturalmente —replicó, como si hubiera hecho un repentino descubrimiento —. Usted es judío, ¿verdad?

—No hay que ser judío para ser antinazi —le contesté—. No hay más que ser un hombre normal y digno. —Y así se zanjó el asunto.

Un día o dos después, tenía que ir al Hall de las Hijas de la Revolución Americana, en Washington, para pronunciar el discurso final de *El gran dictador* por radio. Antes había sido citado para entrevistarme con el presidente Roosevelt, a cuya petición habíamos enviado la película a la Casa Blanca. Cuando me condujeron a su despacho privado me saludó diciendo: «Siéntese, Charlie; su película nos está dando muchos quebraderos de cabeza en Argentina». Este fue el único comentario que hizo sobre ella. Un amigo mío lo resumió después diciendo: «Fuiste recibido en la Casa Blanca, pero no abrazado».

Estuve con el presidente por espacio de cuarenta minutos, durante los cuales me sirvió varios martinis secos, que bebí rápidamente, por timidez. Cuando llegó el momento de marcharme, salí de la Casa Blanca dando tumbos, y de repente recordé que a las diez en punto tenía que hablar por radio. Sería una retransmisión nacional en cadena, lo que suponía hablar para más de sesenta millones de personas. Después de darme varias duchas frías y de tomar café solo muy cargado, recobré un relativo dominio de mí mismo.

Estados Unidos no había entrado todavía en la guerra, de modo que había muchos nazis en la sala aquella noche. En cuanto empecé mi discurso, empezaron a toser. Eran toses demasiado fuertes para ser naturales. Aquello hizo que me pusiera

nervioso, de tal forma que la boca se me secó, la lengua empezó a adherírseme al paladar y no pude articular palabra. El discurso duraba seis minutos. En medio de él me paré y dije que no podía seguir si no me traían un vaso de agua. Por supuesto, no había ni una sola gota en la casa, y allí estaba yo, teniendo a sesenta millones de oyentes pendientes de mí. Después de dos interminables minutos, me dieron agua en un pequeño cucurucho de papel. Y así pude terminar el discurso.

26

Era inevitable que Paulette y yo nos separásemos. Ambos lo sabíamos mucho antes de empezar *El gran dictador*, y ahora que la película estaba terminada teníamos que afrontar el hecho y tomar una decisión. Paulette me dejó unas líneas diciéndome que regresaba a California a fin de trabajar en otra película para la Paramount, así que me quedé un poco más de tiempo en Nueva York. Frank, mi mayordomo, me telefoneó para decirme que cuando Paulette volvió a la casa de Beverly Hills no se quedó, sino que recogió sus cosas y se fue. Cuando regresé a Beverly Hills se había marchado a México para pedir el divorcio. La casa estaba muy triste. Aquella separación me dolió, por supuesto, pues resultaba duro cortar la unión de ocho años de vida en común.

Aunque *El gran dictador* se hizo muy popular entre el público estadounidense, sin duda creó un antagonismo oculto. El primer indicio de ello me llegó por la prensa, a mi regreso a Beverly Hills: un grupo inquietante de hombres, más de veinte, sentados en silencio en nuestro porche acristalado. Les ofrecí una copa y ellos la rechazaron, lo cual no era habitual entre los representantes de la prensa.

—¿En qué está usted pensando, Charlie? —dijo uno que hablaba evidentemente en nombre de todos.

—En un poco de publicidad para *El gran dictador* —dije en broma.

Les hablé de mi entrevista con el presidente e hice notar que mi película estaba creando preocupaciones a la embajada estadounidense en Argentina. Creí que esto sería un buen tema, pero siguieron en silencio.

—No parece que esto marche muy bien, ¿verdad? —dije con sorna después de una pausa.

—No —dijo el que llevaba la voz cantante—. Sus relaciones públicas no son muy buenas, se marchó usted de aquí sin ocuparse de la prensa, y eso no nos gusta.

Aunque nunca había sido demasiado popular entre la prensa local, su observación me dejó estupefacto; en realidad, me había marchado de Hollywood sin verlos porque creí que los que no fueran demasiado amistosos harían trizas *El gran dictador* antes de que tuviese la oportunidad de proyectarlo en Nueva York. Y no podía permitirme

el lujo de correr riesgos después de haber hecho una inversión de dos millones de dólares. Les dije que una película antinazi tenía poderosos enemigos, incluso en Estados Unidos, y que para darle una oportunidad había decidido que el preestreno se efectuara en el último momento, muy poco antes del estreno.

Pero nada de lo que dije modificó su actitud hostil. El ambiente cambió y comenzaron a aparecer en la prensa muchas falsas informaciones sobre mí; al principio fueron ataques suaves, chismes sobre mi tacañería; luego, rumores feos referentes a Paulette y a mí. Pero, a pesar de esta publicidad adversa, *El gran dictador* siguió batiendo récords, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos.

Aunque Estados Unidos todavía no había entrado en guerra, Roosevelt mantenía una guerra fría con Hitler. Eso hacía que las cosas se pusieran difíciles para el presidente, pues los nazis se habían infiltrado en las instituciones y organizaciones estadounidenses; lo supieran o no, tales organizaciones eran utilizadas como armas de los nazis.

Entonces llegaron las repentinas y dramáticas noticias de que Japón había atacado Pearl Harbor. La magnitud de aquel ataque aturdió a Estados Unidos. Pero enseguida se afiló las uñas para disponerse a la lucha, y poco después muchas divisiones de soldados estadounidenses surcaban los mares. Mientras tanto, los soviéticos retenían a las hordas de Hitler a las puertas de Moscú y pedían la apertura inmediata de un segundo frente. Roosevelt era partidario de él, y aunque los simpatizantes nazis se habían ocultado, su veneno estaba aún en el aire. Empleaban todas las artimañas para separarnos de nuestros aliados soviéticos. En aquellos días era corriente una propaganda venenosa que decía: «Dejadles que se desangren; luego llegaremos nosotros para rematarlos». Se utilizaban toda clase de subterfugios para impedir un segundo frente. Siguieron días llenos de ansiedad, en los que oíamos los espantosos desastres acaecidos en la Unión Soviética. Los días se convirtieron en semanas y las semanas en muchos meses, y los nazis seguían a las puertas de Moscú.

Creo que fue en este momento cuando empezaron mis problemas. Recibí una llamada telefónica del presidente del Comité Americano de San Francisco para la Ayuda al Frente Soviético en la Guerra, preguntándome si querría ocupar el puesto de Joseph E. Davies, el embajador estadounidense en la Unión Soviética, que iba a hablar, pero que en el último momento había sufrido una laringitis aguda. Aunque recibí la noticia con muy pocas horas de antelación, acepté. La reunión estaba prevista para el día siguiente; así que tomé el tren nocturno, que llegaba a San Francisco a las ocho de la mañana.

El comité había preparado para mí un itinerario social —una comida aquí y una cena allí—, por lo cual tuve poco tiempo para pensar en el discurso, y yo sería el principal orador. Sin embargo, durante la cena bebí un par de copas de champán, y esto facilitó las cosas.

La sala tenía una capacidad para diez mil personas y estaba atestada. En el

escenario había almirantes y generales estadounidenses, y personalidades como Rossi, el alcalde de San Francisco. Los discursos fueron moderados y equívocos. El alcalde dijo: «Debemos hacernos a la idea de que los soviéticos son nuestros aliados». Se mostró cauto para no exagerar la urgencia de acudir en ayuda de los soviéticos, en no sobrevalorar su valentía o mencionar el hecho de que estaban luchando y muriendo para contener unas doscientas divisiones nazis. Tuve la impresión de que la actitud adoptada aquella noche significaba que nuestros aliados eran unos extraños compañeros de lecho.

El presidente del comité me había rogado que hablase durante una hora, a ser posible. Eso me aterró. En el mejor de los casos, cuatro minutos eran mi límite. Pero después de escuchar una palabrería tan vacua, me indigné. Tomé cuatro notas básicas en el reverso de mi invitación. Paseando de arriba abajo por detrás del escenario, en un estado de gran tensión y nerviosismo, esperé para empezar. Luego oí que me presentaban.

Iba de esmoquin. Se oyeron aplausos, lo que hizo que me dominase un poco. Cuando terminaron, dije una sola palabra: «¡Camaradas!», y la sala retumbó con las carcajadas. Cuando se calmaron, añadí con énfasis: «Y quiero decir, en efecto, camaradas». Se repitieron las risas y luego sonaron aplausos. Continué: «Supongo que hay aquí muchos rusos esta noche, y por la manera en que sus compatriotas luchan y mueren en estos momentos, es un honor y un privilegio llamarles camaradas». En medio de los aplausos, muchos se pusieron en pie.

Entonces me sentí enardecido. Pensaba en la frase: «Dejadles que se desangren». Estaba a punto de expresar mi indignación acerca de ello, pero un impulso interior me contuvo, y en lugar de eso, dije: «No soy comunista; soy un ser humano, y creo que conozco las reacciones de los seres humanos. Los comunistas no son diferentes de los demás; si pierden un brazo o una pierna, sufren como sufrimos los demás, y mueren como morimos los demás. Y la madre comunista es igual que cualquier otra madre. Cuando recibe la trágica noticia de que sus hijos no volverán, llora como lloran las otras madres. No tengo que ser comunista para saber esto. Me basta con considerarme un ser humano para saberlo. Y en estos momentos las madres rusas lloran mucho y sus hijos mueren en gran número…».

Estuve hablando durante cuarenta minutos, sin saber qué iba a decir después de cada frase. Les hice reír con anécdotas de Roosevelt y de mi discurso en pro de los bonos de ayuda en la Primera Guerra Mundial. Todo parecía ir bien.

Y proseguí: «Y ahora es la guerra de nuevo, y estoy aquí en nombre del Comité Americano para la Ayuda al Frente Soviético en la Guerra.» Hice una pausa y repetí: «Para la Ayuda al Frente Soviético en la Guerra. El dinero les servirá; pero necesitan algo más que dinero. Me han dicho que los Aliados tienen dos millones de soldados languideciendo en el norte de Irlanda, mientras que los soviéticos tienen que enfrentarse solos contra unas doscientas divisiones nazis». Se hizo un intenso silencio. «Los soviéticos —dije con energía— son nuestros aliados; no solo están

luchando por su modo de vida, sino también por el nuestro, y si conozco bien a los estadounidenses, ellos quieren actuar en su “propia” lucha. Stalin lo necesita; Roosevelt lo ha pedido. ¡Pidámoslo todos! ¡Abramos ahora un segundo frente!»

Resonó un intenso rugido, que duró siete minutos. Aquella idea estaba en el corazón y en la mente del auditorio. No me dejaron continuar, siguieron pateando y aplaudiendo. Y mientras pateaban, gritaban y tiraban los sombreros al aire, empecé a preguntarme si había hablado demasiado, si habría ido demasiado lejos. Entonces me enfurecí conmigo mismo por tener pensamientos tan pusilánimes, mientras aquellos miles de hombres estaban luchando y muriendo. Cuando por fin se calmó el público, dije: «Si opinan de esta manera, ¿querrían enviar todos y cada uno de ustedes un telegrama al presidente? ¡Esperemos que mañana haya recibido diez mil peticiones para abrir un segundo frente!».

Después del mitin sentí que el ambiente se cargaba de tensión e intranquilidad. Dudley Field Malone, John Garfield y yo fuimos a cenar a algún sitio. «Tienes mucho valor», dijo Garfield, refiriéndose a mi discurso. Su observación me inquietó, pues no quería dármelas de valiente ni ser atrapado en una *cause célèbre* política. Solo había dicho con sinceridad lo que sentía, lo que creía que era justo. Sin embargo, después de la observación de John, empecé a experimentar una deprimente sensación, que persistió el resto de la noche. Pero cualquier nube que hubiera podido amenazarme a consecuencia de aquel discurso se disipó, y de regreso a Beverly Hills la vida continuó como de costumbre.

Algunas semanas después me volvieron a pedir por teléfono que hablase ante una multitud congregada en Madison Square. Como era para la misma causa, acepté. ¿Por qué no? Estaba apadrinada por las personalidades y organizaciones más respetables. Hablé durante catorce minutos, y el Consejo del Congreso de Organizaciones Industriales creyó conveniente publicar el discurso. No fui el único que participó en este esfuerzo, como pone de manifiesto el siguiente folleto, editado por el CIO:

EL DISCURSO

«EN LOS CAMPOS DE BATALLA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA ES DONDE LA DEMOCRACIA SOBREVIVIRÁ O PERECERÁ»

La gran multitud, advertida previamente para que no interrumpiese con aplausos, enmudeció y se esforzó en no perderse una sola palabra.

Así escucharon durante cuarenta minutos a Charlie Chaplin, el gran y popular artista de Estados Unidos, cuando les habló por teléfono desde Hollywood.

A primeras horas de la noche del 22 de julio de 1942 sesenta mil miembros de sindicatos y de comunidades cívicas y fraternales, de excombatientes y de organizaciones de la Iglesia y de otras instituciones se congregaron en Madison Square Park, en Nueva York, en una reunión de apoyo al presidente, Franklin D. Roosevelt, para la apertura inmediata de un segundo frente, a fin de acelerar la victoria final sobre Hitler y el Eje Roma-Berlín.

Los patrocinadores de la gran manifestación fueron los doscientos cincuenta sindicatos afiliados al Consejo del Sindicato Industrial de Nueva York, CIO; Wendell L. Willkie, Philip Murray, Sidney Hillman y otras muchas personalidades estadounidenses enviaron entusiastas mensajes a la concentración.

Un cielo despejado favoreció el acto. Las banderas de las naciones aliadas flanqueaban la plataforma de los oradores y unas pancartas con eslóganes en favor del presidente y otros pidiendo la apertura del segundo frente punteaban la marea humana, que abarrotaba las calles de los alrededores del parque.

Lucy Monroe entonó la canción de «The Star-Spangled Banner» para comenzar el mitin, y Jane Froman, Arlene Francis y otras populares estrellas del American Theatre Wing animaron el acto. Los senadores de Estados Unidos James M. Mead y Claude Pepper; el alcalde, F. H. La Guardia; el gobernador adjunto, Charles Poletti; los miembros de la Cámara de Representantes Vito Marcantonio, Michael Quill y Joseph Curran, presidente del Consejo de CIO de Nueva York, fueron los principales oradores.

El senador Mead dijo: «Solamente podremos ganar esta guerra cuando hayamos enrolado a la gran marea humana de Asia, de la Europa conquistada, de África, animosamente y con entusiasmo, en la lucha por la libertad». Y el senador Pepper: «El que obstaculiza nuestro esfuerzo, el que clama por una limitación, es un enemigo de la República». Y Joseph Curran: «Tenemos los hombres. Tenemos las armas y conocemos la única forma de vencer, que consiste en abrir ahora un segundo frente».

La multitud congregada vitoreaba a coro cada vez que se mencionaba al presidente, el segundo frente y a nuestros heroicos aliados, los valerosos combatientes y el pueblo de la Unión Soviética, de Inglaterra y China. A continuación se transmitió la alocución de Charles Chaplin por teléfono:

EN APOYO DE LA CAMPAÑA DEL PRESIDENTE
¡EN FAVOR DE UN SEGUNDO FRENTE INMEDIATO!
Madison Square Park, 22 de julio de 1942

En los campos de batalla de la Unión Soviética es donde sobrevivirá o perecerá la democracia. La suerte de las naciones aliadas está en manos de los comunistas. Si la Unión Soviética es derrotada, el continente asiático, el más grande y más rico del planeta, caerá bajo el dominio de los nazis. Prácticamente, con Oriente en manos de los japoneses, los nazis tendrán acceso a casi todo el material bélico del mundo. ¿Qué probabilidades tendremos entonces de derrotar a Hitler?

Con la dificultad del transporte, con el problema de nuestras líneas de comunicación a miles de millas de distancia, con el problema del hierro, del petróleo y del caucho, y con la estrategia de Hitler de dividir para conquistar, nos encontraríamos en una situación desesperada si la Unión Soviética fuese derrotada.

Algunas personas dicen que eso prolongaría la guerra diez o veinte años. A mi juicio, es adoptar una posición optimista. Bajo tales condiciones y contra un enemigo

tan formidable, el futuro sería muy incierto.

¿A QUÉ ESTAMOS ESPERANDO?

Los soviéticos necesitan ayuda desesperadamente. Ruegan para que se abra un segundo frente. Entre las naciones aliadas hay distintas opiniones respecto a la posibilidad de abrir ahora un segundo frente. Hemos oído que los Aliados no tienen reservas suficientes para defender un segundo frente. Luego hemos oído también que las tienen. Y asimismo hemos oído que no quieren correr el riesgo de un segundo frente en estos momentos por la posibilidad de una derrota. Que no quieren arriesgarse hasta que estén seguros y preparados.

Pero ¿podemos permitirnos el lujo de esperar hasta estar seguros y preparados? ¿Podemos permitirnos el lujo de jugar sobre seguro? No hay ninguna estrategia segura en la guerra. En este momento los alemanes están a treinta y cinco millas del Cáucaso. Si se pierde el Cáucaso se pierde el noventa y cinco por ciento del petróleo soviético. Cuando decenas de miles de personas están cayendo y a punto de morir millones, debemos decir honradamente lo que pensamos. La gente se hace preguntas. Oímos hablar de grandes fuerzas expedicionarias que desembarcan en Irlanda; que el noventa y cinco por ciento de nuestros convoyes están llegando sin novedad a Europa; que dos millones de ingleses, completamente equipados, están deseando partir. ¿A qué esperamos cuando la situación es tan desesperada en la Unión Soviética?

PODEMOS SOPORTARLO

Adviertan los elementos oficiales de Washington y de Londres que estas no son preguntas que planteamos para crear disensiones. Las hacemos a fin de disipar la confusión y de engendrar la confianza y la unidad necesarias para la victoria final y cualquiera que sea la contestación, podemos soportarla.

La Unión Soviética está luchando con la espalda en el muro. Este muro es la defensa más poderosa de los aliados. Defendimos Libia y la perdimos. Defendimos Creta y la perdimos. Defendimos Filipinas y otras islas del Pacífico y las perdimos. Pero no podemos permitirnos perder la Unión Soviética, pues esa es la línea de ataque principal de la democracia. Cuando nuestro mundo, nuestra vida y nuestra civilización se están derrumbando a nuestros pies, tenemos que probar suerte.

Si los soviéticos pierden el Cáucaso, será el mayor desastre de la causa aliada. Tengan cuidado entonces con los pacifistas, porque saldrán de sus agujeros. Querrán concertar la paz con un Hitler victorioso. Dirán: «No sirve de nada sacrificar más vidas estadounidenses; podemos hacer un buen negocio con Hitler».

¡OJO CON LA CELADA DE LOS NAZIS!

¡Ojo con la celada de los nazis! Esos lobos nazis se vestirán con pieles de cordero. Harán que la paz nos parezca muy atractiva, y luego, antes de que nos demos cuenta, habremos sucumbido a la ideología nazi. Entonces nos convertiremos en esclavos. Nos privarán de la libertad y controlarán nuestras mentes. El mundo será regido por la Gestapo. Nos gobernarán desde el aire. Sí, ese es el poder del futuro.

Con el poder de los cielos en manos de los nazis, toda oposición al orden nazi desaparecerá de la existencia. El progreso humano se perderá. No habrá derechos de la minoría, ni derechos del trabajador, ni derechos del ciudadano. Todo eso también desaparecerá. Una vez que escuchemos a los pacifistas y pactemos la paz con un Hitler victorioso, su orden brutal controlará la Tierra.

PODEMOS ARRIESGARNOS

Permanezcan alerta con los pacifistas que surgen siempre después de un desastre.

Si estamos en guardia y si conservamos nuestra moral, no tenemos nada que temer. Recuerden que la moral salvó a Inglaterra. Y si nosotros conservamos la moral, la victoria está asegurada.

Hitler ha corrido muchos riesgos. El mayor de ellos es la campaña soviética. Que Dios le asista si no puede abrir una brecha en el Cáucaso este verano. Que Dios le asista si tiene que pasar otro invierno a las puertas de Moscú. Su posibilidad es precaria, pero se ha arriesgado. Si Hitler puede arriesgarse, ¿por qué no podemos hacerlo nosotros? Actuemos. Arrojemos más bombas sobre Berlín. Utilicemos esos hidroaviones Glenn Martin para resolver el problema de nuestro transporte. Y, sobre todo, abramos ahora un segundo frente.

VICTORIA PARA LA PRIMAVERA

Fijémonos como objetivo conseguir la victoria en la primavera. Ustedes en las fábricas, ustedes en los campos, ustedes vestidos con sus uniformes, ustedes, ciudadanos del mundo, luchemos todos y trabajemos para conseguir ese fin. Ustedes, los elementos oficiales de Washington y de Londres, propónganse este fin: victoria para la primavera.

Si mantenemos esta idea, si trabajamos con esta idea, si vivimos con esta idea, se creará un espíritu que aumentará nuestra energía y acelerará nuestro propósito.

Esforcémonos por lo imposible. Recuerden que las grandes hazañas a lo largo de la historia han sido la conquista de lo que parecía imposible.

Por aquel tiempo los días transcurrían apacibles. Pero era la calma que precede a la tormenta. Las circunstancias que originaron esta fantástica historia comenzaron de un modo bastante inocente. Era domingo, y después de un partido de tenis Tim Durant me dijo que estaba citado con una joven llamada Joan Barry, amiga de Paul Getty; acababa de regresar de México con una carta de presentación de un amigo, A.

C. Blumenthal. Tim me dijo que cenaría con ella y otra chica, y me preguntó si me gustaría acompañarles, pues la señorita Barry había expresado el deseo de conocerme. Nos encontramos en el restaurante de Perino. La muchacha en cuestión era agradable, y bastante alegre, y los cuatro pasamos juntos una velada intrascendente y no pensé en volver a verla.

Pero al día siguiente, domingo, tenía la pista de tenis a disposición de mis amigos, y Tim se presentó con ella. Siempre dejo libres las noches de los domingos al personal de la casa y ceno fuera; así que invité a Tim y a la señorita Barry a cenar en Romanoff, y después los llevé a su casa en coche. Sin embargo, a la mañana siguiente ella me llamó para preguntar si la invitaba a comer. Le dije que iba a asistir a una subasta que se hacía en Santa Bárbara, a noventa millas de distancia, y que si no tenía nada mejor que hacer podía venir conmigo, comeríamos allí e iríamos después a la subasta. Después de comprar unas cosas, la llevé en coche a Los Ángeles.

La señorita Barry era una mujer alta y guapa, de veintidós años, bien formada, con un pecho bien dotado, como ponía de manifiesto su escotado vestido de verano, y que en el viaje de regreso a casa provocó mi libidinosa curiosidad. Fue entonces cuando me dijo que había reñido con Paul Getty y que volvería a Nueva York la noche siguiente, pero que si yo quería que se quedase, así lo haría y abandonaría todo lo demás. Me puse en guardia, pues había algo demasiado repentino y raro en la proposición. Le dije con toda franqueza que no se quedara por mí; luego la dejé delante de su piso y le dije adiós.

Ante mi asombro, me llamó por teléfono uno o dos días después para decirme que, de todos modos, se iba a quedar y que si quería que nos viéramos aquella noche. La persistencia es el camino del éxito. De esta manera consiguió su objetivo y empezamos a vernos con frecuencia. Los días que siguieron no fueron desagradables, pero había algo raro y no del todo normal en aquello. Sin telefonearme, se presentaba de repente en mi casa a altas horas de la noche. Era algo molesto. Luego, durante una semana no tenía noticas de ella. Aunque no quisiera admitirlo, empezaba a sentirme incómodo. Sin embargo, cuando se presentaba me desarmaba con su amabilidad, de modo que se disipaban mis dudas y aprensiones.

Un día cené con sir Cedric Hardwicke y Sinclair Lewis, quien durante la conversación habló de la obra *Sombra y sustancia*, en la que Cedric había interpretado el papel principal. Lewis calificó al personaje de Bridget de moderna Juana de Arco, y opinó que la obra podría dar pie a una película excelente. Me sentí interesado y le dije a Cedric que me gustaría leerla. Me envió una copia.

Una o dos noches después. Joan Barry vino a cenar y le hablé de la obra. Me dijo que la había visto y que le gustaría interpretar el papel de la chica. No la tomé en serio; pero aquella noche me leyó su papel y, ante mi asombro, lo leyó muy bien, incluso con acento irlandés. Me quedé tan entusiasmado que le hice una prueba para ver si era fotogénica, y resultó satisfactoria.

Entonces desaparecieron todos mis escrúpulos respecto a sus rarezas. En realidad,

pensé que había hecho un descubrimiento. La envié a la escuela de interpretación de Max Reinhardt, porque necesitaba preparación técnica, y como aquello la ocupaba bastante, la veía pocas veces. No había adquirido aún los derechos de la obra, de modo que me puse en contacto con Cedric; mediante su amable ayuda, se adquirieron los derechos de la película por veinticinco mil dólares. Luego firmé un contrato con Barry, y le asigné un sueldo de doscientos cincuenta dólares a la semana.

Hay místicos que creen que nuestra existencia es un semisueño y que es difícil saber dónde termina el sueño y empieza la realidad. Es lo que me ocurrió entonces. Durante unos meses estuve absorto escribiendo el guión. Luego empezaron a suceder cosas raras e impresionantes. Barry llegaba muy bebida al volante de su Cadillac a cualquier hora de la noche y yo tenía que despertar a mi chófer para que la llevara a su cama. En una ocasión se le averió el coche en la carretera y tuvo que dejarlo allí. Como su nombre estaba ahora vinculado a los estudios Chaplin, empezó a preocuparme, pues si era detenida por la policía por conducir borracha, habría un escándalo. Por último, se volvió tan pesada que cuando quería verme a altas horas de la noche ni contestaba al teléfono ni le abría la puerta. Entonces decidió entrar por las ventanas, rompiendo los cristales. De la noche a la mañana mi vida se convirtió en una pesadilla.

Entonces me enteré de que no asistía a la escuela Reinhardt desde hacía varias semanas. Cuando se lo eché en cara, salió de pronto con que no quería ser actriz, y que si les pagaba a ella y a su madre el viaje de regreso a Nueva York y le daba cinco mil dólares, cancelaría el contrato. Dadas las circunstancias, acepté de buen grado sus exigencias; le pagué el viaje de vuelta y los cinco mil dólares, y me alegró librarme de ella.

Aunque el asunto Barry se hubiera venido abajo, no me arrepentí de haber comprado *Sombra y sustancia*, pues tenía casi terminado el guión y me parecía muy bueno.

Desde el mitin de San Francisco habían pasado varios meses y los soviéticos seguían reclamando un segundo frente. Entonces recibí otra petición de Nueva York, rogándome que hablase en el Carnegie Hall. Me debatí internamente, preguntándome si debía ir o no, y llegué a la conclusión de que era yo quien había hecho que empezase a rodar la bola, y que ya era suficiente. Pero al día siguiente, cuando Jack Warner estaba jugando en mi pista de tenis, le hablé de ello y movió la cabeza con gesto enigmático.

—No vayas —me dijo.

—¿Por qué no? —le pregunté.

No me lo dijo, pero añadió:

—Quiero prevenirte; no vayas.

Eso me produjo el efecto contrario. Fue un reto. En aquel momento se necesitaba poca elocuencia para enardecer la simpatía de todo Estados Unidos respecto a un segundo frente, ya que la Unión Soviética acababa de ganar la batalla de Stalingrado.

De modo que fui, acompañado de Tim Durant.

En el mitin de Carnegie Hall estaban presentes Pearl Buck, Rockwell Kent, Orson Welles y otras muchas personalidades. Orson Welles iba a hablar en aquella ocasión; pero como la tormenta de la oposición crecía, creo que prefirió anclar su embarcación muy cerca de la costa. Habló antes que yo, afirmando que no veía razón alguna para no hacerlo, puesto que era «en ayuda del frente soviético en la guerra y los soviéticos eran nuestros aliados.

Su discurso fue como una comida sin sal. Esto hizo que me sintiera más decidido a decir lo que pensaba. En mis palabras preliminares hice referencia a un columnista que me había acusado de querer dirigir la guerra, y dije: «A juzgar por los ataques de rabia que está sufriendo, se diría que siente envidia y que quiere dirigir la guerra él mismo. Lo malo está en que discrepamos en lo que respecta a la estrategia; él no cree en un segundo frente en este momento, ¡pero yo sí!».

«El mitin fue un dúo de amor entre Charlie y el público», escribió el *Daily Worker*. Pero mis emociones eran confusas; aunque complacido, sentía cierta aprensión.

Después de salir del Carnegie Hall, Tim y yo cenamos con Constance Collier, que había asistido al mitin. Había quedado muy conmovida, y Constance era cualquier cosa menos de izquierdas. Cuando llegamos al Waldorf-Astoria había varios recados telefónicos de Joan Barry. Empecé a temblar. Los aparté con violencia, pero el teléfono volvió a sonar. Quise dar instrucciones a la centralita para que no me pasara más llamadas, pero Tim me dijo: «Será mejor que no lo hagas; es preferible que hables con ella, porque si no, es capaz de venir y montar un espectáculo».

Cuando volvió a sonar el teléfono contesté yo. Parecía muy normal y agradable y dijo que solo quería venir un momento para saludarme. Así que asentí y le dije a Tim que no me dejase solo con ella. Aquella noche me contó que, desde que había llegado a Nueva York, estaba viviendo en el hotel Pierre, propiedad de Paul Getty. Mentí, y le dije que íbamos a quedarnos en Nueva York uno o dos días y que procuraría hacer una escapada para que comiéramos en algún sitio. Estuvo con nosotros media hora y me preguntó si querría acompañarla al hotel Pierre. Cuando insistió en que la acompañase hasta el ascensor, me pareció que había algo sospechoso en su petición. Sin embargo, la dejé a la entrada, y esa fue la primera y la última vez que la vi en Nueva York.

Como consecuencia de mis discursos sobre el segundo frente, mi vida social en Nueva York se redujo. Dejaron de invitarme a pasar fines de semana en suntuosas casas de campo. Después del mitin del Carnegie Hall, Clifton Fadiman, escritor y ensayista que trabajaba para el Columbia Broadcasting System, llamó al hotel para preguntarme si quería hablar por radio en una retransmisión internacional. Me dijo que dispondría de siete minutos para decir lo que quisiera. Me sentí tentado de aceptar, hasta que me dijo que sería en la emisión de Kate Smith. Entonces me negué, basándome en que mis convicciones respecto al esfuerzo de la guerra terminarían en

un anuncio comercial. No era mi intención ofender a Fadiman. Era un hombre amable, inteligente y culto, y cuando hice alusión al anuncio se sonrojó. Inmediatamente sentí haberlo dicho y me hubiera tragado las palabras.

Después de eso me llegó un considerable número de cartas con proposiciones de toda clase. Una del relevante american firster Gerald K. Smith, quien quería discutir conmigo sobre la cuestión. Había otras proposiciones para que diese conferencias, y otras más, para que hablase a favor del segundo frente.

Entonces me di cuenta de que estaba atrapado en un alud político. Empecé a preguntarme cuáles habían sido mis motivos: ¿en qué medida me había estimulado el actor que hay en mí y la reacción de un público? ¿Me habría metido en aquella aventura quijotesca si no hubiera hecho una película antinazi? ¿Era una sublimación de todas mis irritaciones y reacciones contra las películas habladas? Supongo que era una mezcla de todos estos elementos, pero el más fuerte era mi odio y mi desprecio por el régimen nazi.

27

De regreso a Beverly Bills, cuando estaba trabajando de nuevo en *Sombra y sustancia*, Orson Welles vino a mi casa con una proposición, explicándome que pensaba hacer una serie de documentales, historias tomadas de la vida real y una era sobre el célebre asesino francés, el Barba Azul Landru, y que él creía que era un papel dramático maravilloso para mí.

Me mostré interesado, pues supondría alejarme de la comedia, y un cambio también en lo referente a escribir, interpretar y dirigir yo mismo, como había hecho durante años. Así que le pedí que me enseñara el guión.

—¡Oh!, aún no está escrito —me dijo—; pero todo lo que necesitas es conseguir los informes judiciales del proceso de Landru, y tendrás todo lo que te hace falta. —Y añadió—: He pensado que a lo mejor te gustaría colaborar en la redacción del guión.

Eso me contrarió.

—Si tengo que ayudar a escribir el guión, no me interesa —dije, y el asunto terminó ahí.

Pero un día o dos después me asaltó la idea de que Landru podría ser una excelente película. De modo que telefoneé a Welles.

—Mira, el documental que me propusiste sobre Landru me ha dado la idea para una película. No tiene nada que ver con Landru; pero para dejar en claro las cosas, estoy dispuesto a pagarte cinco mil dólares solo porque tu proposición me ha hecho pensar en ello.

Tosió y carraspeó.

—Escucha, Landru no es una historia original tuya ni de ninguna otra persona —le dije—; es del dominio público.

Se quedó pensando un momento y luego me dijo que me pusiera en contacto con su representante. Después de muchas negociaciones, Welles obtuvo sus cinco mil dólares y yo me liberé de toda obligación. Welles aceptó, pero exigiendo una condición: que tras ver la película pudiera tener el derecho a intercalar un titular en el que se leyera: «Basado en una idea de Orson Welles». Me fijé poco en aquella exigencia debido a mi entusiasmo. Si hubiera previsto el jaleo que armó

posteriormente, habría insistido en que no figurase ningún titular.

Entonces arrinconé *Sombra y sustancia* y empecé a escribir *Monsieur Verdoux*. Cuando llevaba trabajando tres meses en ella, Joan Barry irrumpió en Beverly Hills, con el anuncio que me hizo mi mayordomo de que me había telefoneado. Le dije que en ningún caso quería volver a verla.

Los incidentes que siguieron no solo fueron sórdidos, sino también siniestros. Como me negué a verla, irrumpió con violencia en la casa, rompió ventanas, me amenazó de muerte y exigió dinero. Finalmente, decidí llamar a la policía, lo cual debí haber hecho mucho antes, a pesar de proporcionar con ello una magnífica ocasión a la prensa. Pero la policía me prestó una eficaz ayuda. Me dijeron que retirarían la acusación de vagancia contra ella si yo estaba dispuesto a pagarle el viaje de regreso a Nueva York. De modo que volví a pagarle el viaje de vuelta, y la policía le advirtió que si volvía a ser vista en las proximidades de Beverly Hills sería inculpada de vagancia.

Parece mentira que después de ese sórdido episodio, se produjera el acontecimiento más feliz de mi vida. Pero las sombras desaparecen con la noche, y después de la noche sale el sol.

Un día, pocos meses después, la señorita Mina Wallace, una agente cinematográfica de Hollywood, me llamó para decirme que tenía una clienta que acababa de llegar de Nueva York y que, a su juicio, podía ajustarse al personaje de Bridget, el papel principal de *Sombra y sustancia*. Como tenía ciertas dificultades con *Monsieur Verdoux*, porque era un argumento difícil de montar, consideré el aviso de la señorita Wallace como un presagio favorable para volver a pensar en el rodaje de *Sombra y sustancia* y arrinconar temporalmente *Monsieur Verdoux*. Así que llamé para saber más detalles. La señorita Wallace me dijo que su cliente era Oona O'Neill, hija del famoso dramaturgo Eugene O'Neill. No conocía a O'Neill; pero, dada la seriedad de sus obras, me forjé una idea más bien sombría del aspecto que tendría la hija. De modo que le pregunté a la señorita Wallace lacónicamente:

—¿Sabe actuar?

—Tiene alguna experiencia escénica, por haber actuado en compañías de verano en el Este. Sería conveniente que le hiciera una prueba y juzgara por sí mismo —me dijo—. O mejor aún, si no quiere usted comprometerse, venga a cenar a casa y haré que esté allí.

Llegué temprano, y al entrar en el salón descubrí a una joven sentada sola junto al fuego. Mientras esperábamos a la señorita Wallace, me presenté a mí mismo, diciendo que suponía que ella era la señorita O'Neill. Sonrió. En oposición a mi preconcebida idea, me di cuenta de que era una belleza luminosa, con un encanto un poco oculto y una dulzura muy atractiva. En espera de nuestra anfitriona, nos sentamos y charlamos.

Por fin, entró la señorita Wallace y fuimos presentados oficialmente. Éramos

cuatro invitados a la cena: las señoritas Wallace y O'Neill, Tim Durant y yo. Aunque no hablamos del asunto, dimos vueltas a su alrededor. Dije que la muchacha de *Sombra y sustancia* era muy joven, y la señorita Wallace observó de pasada que la señorita O'Neill tenía poco más de diecisiete años. Se me aceleró el corazón. Aunque el papel exigía una chica joven, el personaje era sumamente complejo y requería una actriz de más edad y de mayor experiencia. Así que, aunque a disgusto, la aparté mentalmente del papel.

Pero unos días después la señorita Wallace me llamó para saber si había tomado alguna resolución respecto a la señorita O'Neill, pues la Fox estaba interesada en ella. Entonces firmé un contrato sin pensarlo más. Aquel fue el comienzo de lo que estaba destinado a ser más de veinte años de felicidad completa…, y espero que muchos más.

A medida que iba conociendo a Oona no dejaba de sorprenderme por su sentido del humor y su tolerancia; siempre tenía en cuenta la opinión ajena. Esta y otras muchas razones fueron la causa de que me enamorara de ella. Oona acababa de cumplir dieciocho años, si bien confiaba en que no estaría sujeta a los caprichos de esa edad. Oona era la excepción a la regla, aunque al principio me dio miedo nuestra diferencia de edad. Pero ella estaba resuelta, como si acabara de descubrir una verdad. De modo que decidimos casarnos después de terminar el rodaje de *Sombra y sustancia*.

Había terminado el primer borrador del guión y estaba haciendo los preparativos para entrar en la fase de producción. Si lograba transmitir a la película el raro encanto que poseía Oona, *Sombra y sustancia* sería un éxito.

En esta coyuntura, Barry volvió a aparecer por la ciudad, y alegremente anunció por teléfono al mayordomo que estaba sin un centavo y embarazada de tres meses, pero sin hacer ninguna acusación ni dar pista alguna respecto al responsable. En realidad, aquello no era asunto mío, por lo que le dije al mayordomo que si empezaba a merodear por los alrededores de la casa, con escándalo o sin él, llamara a la policía. Pero al día siguiente se dejó ver alegre y pimpante y paseó varias veces alrededor de la casa y del jardín. Sin duda, estaba siguiendo un plan preconcebido. Más tarde se descubrió que había ido a ver a una de las redactoras de una sección femenina sentimentaloide y esta le aconsejó que volviese a casa y que hiciera que la detuviesen. Hablé con ella personalmente, advirtiéndole que si no se alejaba de allí llamaría a la policía; pero se limitó a reírse. Como ya había soportado hasta el límite aquella persecución de pesadilla, le dije al mayordomo que llamase a la policía.

Horas más tarde los periódicos publicaban el suceso con grandes titulares. Me ponían en la picota, me desollaban y me difamaban: Chaplin, el padre de la criatura que no había nacido aún, había hecho detener a la joven, a la que dejó desamparada. Una semana después se entabló contra mí un pleito de reconocimiento de paternidad. A consecuencia de tales acusaciones, llamé a mi abogado, Lloyd Wright, y le dije que no tenía nada que ver con Joan Barry desde hacía dos años.

Conocedor de mi propósito de empezar el rodaje de *Sombra y sustancia*, me sugirió discretamente que era mejor que abandonase de momento aquel proyecto y que Oona debía regresar a Nueva York. Pero no tuvimos en cuenta ese consejo. No estábamos dispuestos a dejarnos manipular por las falsedades de Barry ni por los titulares de los periódicos. Como Oona y yo habíamos hablado ya de casarnos, decidimos hacerlo en aquel preciso momento y lugar. Mi amigo Harry Crocker se encargó de los trámites preliminares. Entonces trabajaba para Hearst y prometió sacar solo algunas fotografías de la boda, comentando que sería más conveniente dejar a Hearst la exclusiva y que Louella Parsons, una amiga, redactase la noticia, que vernos sujetos a la hostilidad de otros periódicos.

Íbamos a casarnos en Carpinteria, un pueblo muy pequeño, a quince millas de Santa Bárbara. Pero antes de que pudiéramos obtener la licencia era preciso inscribirnos en la alcaldía de Santa Bárbara. Eran las ocho en punto de la mañana y a aquellas horas había poca actividad en la ciudad. Si uno de los contrayentes era una persona célebre, por regla general el oficial del registro se lo comunicaba a los periódicos tocando un botón secreto situado debajo de su mesa. Por tanto, a fin de evitar un festival fotográfico, Harry dispuso que yo me quedara esperando fuera del despacho hasta que Oona se hubiera inscrito. Después de anotar los detalles corrientes, su nombre y su edad, el oficial dijo: «Bueno, ¿dónde está el joven?».

Cuando aparecí hizo grandes aspavientos: «¡Vaya, esto sí que es una sorpresa!», y Harry vio cómo desaparecía su mano bajo la mesa. Pero le metimos prisa, y tras demorarse todo lo que pudo, nos dio la licencia de mala gana. Justo cuando salíamos del edificio y estábamos subiendo a nuestro coche entraron los vehículos de la prensa en el patio. A partir de entonces se inició algo semejante a una carrera para salvar la vida, conduciendo a primeras horas de la mañana por las calles desiertas de Santa Bárbara, patinando, rechinando y girando de súbito de una callejuela a otra. De esta manera pudimos burlarlos y llegamos a Carpinteria, donde Oona y yo nos casamos tranquilamente.

Habíamos alquilado una casa por dos meses en Santa Bárbara. Y a pesar de los paroxismos de la prensa, hicimos allí una vida apacible, pues los periódicos no sabían dónde estábamos, aunque cada vez que llamaban a la puerta diéramos un brinco.

Por la noche solíamos dar tranquilos paseos por el campo, teniendo cuidado de no ser vistos o reconocidos. A veces me embargaba un profundo decaimiento y tenía la impresión de que se habían precipitado sobre mí la acrimonia y el odio de toda una nación y de que mi carrera cinematográfica estaba acabada. En tales ocasiones Oona me levantaba el ánimo leyéndome *Trilby*, que es una obra muy victoriana y divertida, sobre todo cuando el autor da durante varias páginas explicaciones y excusas por la continua generosidad de Trilby en prodigar su virtud. Oona solía leer acurrucada en un sillón ante una lumbre chisporroteante. A pesar de esos momentos de depresión ocasional, aquellos dos meses en Santa Bárbara fueron de una emoción novelesca, motivada por la felicidad, la ansiedad y la desesperación.

Cuando regresamos a Los Ángeles me llegaron inquietantes noticias de mi amigo el juez Murphy, del Tribunal Supremo de Estados Unidos, quien me dijo que en una cena de políticos influyentes uno de ellos había observado que habían acabado por «atrapar a Chaplin». «Si tiene dificultades —escribía el juez Murphy—, haría usted mejor en acudir a un abogado poco conocido y carente de importancia, que a uno caro.»

Pero pasó algún tiempo antes de que el gobierno federal se pusiera en acción. Estuvo apoyado por una prensa unánime, a cuyos ojos yo era el peor de los villanos.

Entretanto, nos preparábamos para el pleito de reconocimiento de paternidad, que era un caso civil y no tenía nada que ver con el gobierno federal. Para ese pleito Lloyd Wright sugirió que se hiciera un análisis de sangre, pues si me resultaba favorable, sería una prueba definitiva de que yo no era el padre del hijo de Joan Barry. Después vino con la noticia de que había llegado a un acuerdo con el abogado de ella. Las condiciones eran que si le dábamos a Joan Barry veinticinco mil dólares, ella y su hijo se someterían al análisis de sangre, y que si la prueba demostraba que yo no era el padre, ella desistiría en el pleito de paternidad. Di un respingo ante el ofrecimiento. Pero existía una probabilidad de catorce a uno contra mí, porque hay mucha gente que tiene el mismo grupo sanguíneo. Me comentó que si el grupo sanguíneo del niño no era ni el de la madre ni el del padre acusado, entonces debía proceder de una tercera persona.

Tras el nacimiento del hijo de Barry, el gobierno federal inició una investigación, a cargo del gran jurado, interrogando a Joan Barry con intención de acusarme, sin que yo pudiera imaginarme de qué cargos. Mis amigos me aconsejaron que llamase a Giesler, el famoso abogado criminalista, y, contra el consejo del juez Murphy, lo llamé. Lo cual fue un error, pues pareció que me encontraba ante un grave problema. Lloyd Wright arregló una entrevista con Giesler para discutir de qué cargos podría acusarme el gran jurado. Los dos abogados habían oído decir que el gobierno quería demostrar que yo había violado la Ley Mann.

De vez en cuando el gobierno federal utilizaba ese medio de chantaje legal para desacreditar a un contrincante político. La intención original de la Ley Mann era prohibir el traslado de mujeres de un estado a otro para ejercer la prostitución. Después de la abolición de los barrios donde se practicaba la prostitución, se utilizaba poco esa ley, pero se empleaba todavía para hacer víctima de ella a algunos ciudadanos. Si un hombre pasaba con su esposa divorciada la frontera entre un estado y otro y tenía relaciones con ella, infringía la Ley Mann y se exponía a una condena de cinco años de prisión. Valiéndose de esa trampa legal, el gobierno de Estados Unidos lanzó una acusación contra mí.

Además de ese cargo inverosímil, el gobierno estaba maquinando otro, que se basaba en un tecnicismo legal en desuso, tan fantástico que acabaron por descartarlo. Wright y Giesler estuvieron de acuerdo en que ambos cargos eran absurdos y no veían ninguna dificultad en ganar el caso si yo era acusado.

Y ahora el gran jurado había entrado en acción. Confiaba en que todo aquel tinglado se vendría abajo; después de todo, Barry había entrado y salido de Nueva York, a mi entender, con su madre. Sin embargo, unos días después, Giesler me telefoneó: «Charlie, ha sido acusado de todos los cargos —me dijo—. Después sabremos los detalles. Le comunicaré las fechas de la vista».

Las semanas siguientes fueron kafkianas. Me encontré completamente absorto en un asunto en el que tenía que luchar por mi libertad. Si era declarado culpable de todos los cargos, tendría que afrontar una condena de veinte años de cárcel.

Después de la vista preliminar en el juzgado, los fotógrafos y la prensa tuvieron su día de fiesta. Invadieron el despacho del jefe de la policía federal, a pesar de mis protestas, y me fotografiaron mientras me tomaban las huellas dactilares.

—¿Tienen derecho a hacer eso? —pregunté.

—No —dijo el jefe de policía—; pero no se puede controlar a estos muchachos.

Era un oficial del gobierno federal el que hablaba así.

Ahora el hijo de Joan Barry tenía edad suficiente para someterse a una prueba con el fin de averiguar el grupo sanguíneo. Tras un acuerdo mutuo de su abogado y del mío, se eligió una clínica y Barry, su hijo y yo nos sometimos a la prueba.

Más tarde me llamó mi abogado; su voz vibraba: «¡Charlie, está usted exculpado! Los resultados demuestran que usted no puede ser el padre!».

«¡Se ha hecho justicia!», dije emocionado.

La noticia produjo un eco momentáneo en la prensa. Un periódico decía: «Charlie Chaplin, exculpado». Y otro: «¡El test del grupo sanguíneo demuestra definitivamente que Chaplin no es el padre!».

Aunque el resultado de la prueba desconcertó al gobierno federal, el proceso no se detuvo. A medida que se acercaba el día del juicio me vi obligado a pasar largas y tristísimas noches en casa de Giesler, repasando deprimentes detalles respecto a cómo y cuándo había conocido a Joan Barry. Llegó una carta importante de un sacerdote católico que vivía en San Francisco en la que afirmaba que estaba informado de que Barry era utilizada por una organización fascista y que estaba dispuesto a venir de San Francisco a Los Ángeles para testificar sobre ello; pero Giesler descartó el testimonio por no estimarlo pertinente.

También teníamos muchas pruebas condenatorias del carácter de Barry y de su pasado. Trabajamos varias semanas en esos detalles, cuando una noche, ante mi asombro, Giesler anunció de repente que atacar la personalidad de Barry era un truco anticuado, y que si bien había tenido éxito en el juicio contra Errol Flynn, no sería necesario en el nuestro. «Podemos ganar este caso fácilmente, sin recurrir a ese juego», me dijo. Podía ser un juego para Giesler, pero las pruebas que teníamos de sus antecedentes eran muy importantes para mí.

También guardaba cartas de Barry disculpándose por todas las molestias que me había ocasionado y agradeciéndome mi amabilidad y generosidad. Quería que esas cartas salieran a la luz porque refutarían los chismorreos maliciosos de la prensa. Por

esa razón, me alegraba de que el escándalo hubiera llegado a su apogeo, pues ahora la prensa tendría que publicar la verdad y yo quedaría rehabilitado, al menos a los ojos de la opinión pública estadounidense; o eso creía yo.

Al llegar a este punto debo decir unas palabras sobre Edgar Hoover y su organización del FBI, porque al ser el mío un caso federal, el FBI estaba muy atareado facilitando pruebas al fiscal. Había coincidido con Hoover en una cena hacía ya muchos años. Una vez que te has acostumbrado a su cara más bien brutal y a esa nariz rota, puede parecer bastante agradable. En aquella ocasión me habló con entusiasmo de su proyecto de atraer a su servicio a tipos distinguidos, como, por ejemplo, estudiantes de derecho.

Y ahora, unas noches después de mi procesamiento, estaba en el restaurante Chasen sentado tres mesas más allá de Oona y de mí, con sus hombres del FBI. Le acompañaba Tippy Gray, al que había visto de vez en cuando por Hollywood desde 1918. Aparecía en todas las fiestas; era un tipo indolente y de modales desenvueltos, con una perpetua sonrisa inexpresiva, que más bien me irritaba. Le tuve siempre por un playboy o por un hombre que hacía papeles secundarios en las películas. Ahora me preguntaba qué hacía en la mesa de Hoover. Cuando Oona y yo nos levantamos para marcharnos, me volví justo en el momento en que Tippy Gray se volvía también y durante un segundo nuestras miradas se cruzaron. Sonrió sin comprometerse. Entonces comprendí de repente el inapreciable uso que hacía de aquella sonrisa.

Finalmente llegó el día del juicio. Giesler me dijo que me reuniera con él ante el edificio de justicia federal a las diez menos diez en punto, para que pudiéramos entrar juntos en el juzgado.

La sala donde se celebraría el juicio estaba en la segunda planta. Cuando entramos nuestra aparición causó poca impresión. En realidad, ahora los periodistas solían ignorarme. Probablemente querían obtener mucha información del juicio mismo. Giesler me indicó una silla; luego fue de un lado a otro de la sala, hablando con varias personas. Parecía celebrarse una fiesta organizada por cualquiera, menos por mí.

Miré al fiscal federal, que leía unos papeles, haciendo anotaciones, hablando y riendo en actitud confidencial con otras personas. Tippy Gray estaba allí y de vez en cuando me lanzaba una mirada furtiva acompañada de su vaga sonrisa.

Giesler había puesto sobre la mesa papel y lápiz para tomar notas durante el juicio; de modo que, para no estar sentado, mirando de hito en hito, empecé a dibujar. Inmediatamente Giesler vino hacia mí, presuroso. «¡No haga eso! —me susurró, quitándome el papel y rompiéndolo—. Si la prensa lo coge, lo analizarán y sacarán de él toda clase de conclusiones.» Había hecho un pequeño esbozo de un río con un puente rústico; algo que solía dibujar cuando era niño.

Por fin, la tensión de la sala aumentó y cada uno se puso en su sitio. Entonces el oficial dio tres golpes con su mazo y nos quedamos en silencio. Había cuatro cargos contra mí: dos por la Ley Mann y dos por cierta ley anticuada, de la que nadie había

oído hablar desde la guerra de Secesión, con arreglo a la cual yo había interferido los derechos de un ciudadano. Primero Giesler trató de desechar todos los cargos de la acusación. Pero esto era una simple formalidad; había las mismas probabilidades de conseguirlo como podía haberla de echar al público de un circo después de haber pagado la entrada.

Nos llevó dos días seleccionar al jurado; había veinticuatro personas entre las cuales se podía elegir, pues cada parte tenía derecho a recusar a seis de ellos, a fin de reunir un jurado de doce. Los miembros del jurado son interrogados y sometidos por ambas partes a un terrible escrutinio. El procedimiento que se sigue consiste en que el juez y los procuradores interrogan a cada candidato respecto a sus cualidades para juzgar el caso sin prejuicios, con preguntas tales como: si ha leído los periódicos, si han influido sobre él o ha adquirido algún prejuicio como resultado de su lectura y si conoce a alguna persona relacionada con el caso. A mi parecer, era un procedimiento bastante cínico, puesto que el noventa por ciento de la prensa había acumulado hostilidad hacia mí durante catorce meses. El interrogatorio de un posible miembro del jurado llevaba alrededor de media hora. Durante ese intervalo los abogados de la acusación y de la defensa enviaban sus investigadores a que recogieran información sobre él a toda prisa. A medida que era llamado cada uno de los posibles miembros del jurado, Giesler hacía anotaciones y se las pasaba a sus investigadores, los cuales desaparecían de inmediato. Diez minutos después regresaba el investigador y le pasaba a Giesler una nota con la información: «John Dokes, dependiente en una camisería; esposa, dos hijos; no va nunca al cine». «Nos quedaremos con él por ahora», susurró Giesler. Y así continuó la selección, aceptando o rechazando cada una de las partes a un miembro del jurado. El fiscal federal conferenciaba por lo bajo con sus investigadores; de vez en cuando Tippy Gray me miraba con su sonrisa habitual.

Cuando se hubo seleccionado a ocho miembros del jurado, subió una mujer al estrado. Inmediatamente Giesler dijo: «No me gusta». Continuó repitiendo: «No me gusta; hay algo en ella que no me gusta». Mientras todavía estaba siendo interrogada, el investigador de Giesler le pasó una nota: «Justo lo que pensaba», susurró después de leerla. «¡Ha sido redactora del *Los Angeles Times*! ¡Tenemos que librarnos de ella! Además, la parte contraria la ha aceptado con demasiada rapidez.» Traté de observarla, pero no podía verla muy bien; así que me puse las gafas. Giesler me agarró enseguida por el brazo. «No se ponga las gafas», susurró. Me dio la impresión de que estaba ensimismada, pero sin las gafas todo era borroso. «Desgraciadamente —dijo Giesler—, solo podemos hacer otras dos recusaciones; de modo que será mejor que nos quedemos con ella por ahora.» Pero a medida que continuó la selección tuvimos que utilizar nuestras dos últimas recusaciones contra dos personas que, indiscutiblemente, abrigaban prejuicios contra mí, y Giesler se vio forzado a aceptar a la periodista.

Oyendo el abracadabra jurídico de los dos abogados, me parecía que era un juego que sostenían entre ellos y con el que yo tenía poco que ver. Y a pesar de lo absurdo

de los cargos, en lo más recóndito de mi espíritu acechaba la posibilidad de que me podían encarcelar, pero nunca me lo creí del todo. Y a veces me asaltaba algún pensamiento sobre el futuro de mi carrera; pero ahora aquello era caótico y remoto. Lo aparté de mi mente; solo podía pensar en una cosa.

Cuando se tienen preocupaciones no se las puede tomar siempre en serio. Recuerdo una ocasión en que el tribunal hizo una pausa para discutir un punto legal. El jurado había salido; los abogados y el juez se habían retirado a una antecámara, mientras que el público, un fotógrafo y yo nos habíamos quedado en la sala. El fotógrafo estaba al acecho para cogerme desprevenido. Cada vez que me ponía las gafas para leer levantaba con celeridad la cámara y yo me quitaba las gafas con igual rapidez. Eso provocó alguna carcajada entre los que se habían quedado en la sala. Cuando el fotógrafo dejaba la cámara me volvía a poner las gafas. Jugábamos al ratón y al gato con toda naturalidad, él cogiendo su cámara y yo quitándome las gafas, y el público se divirtió. Cuando reapareció el tribunal me quité las gafas y adopté un aire serio.

El juicio duró varios días. Por ser un caso federal, el señor Paul Getty, el amigo de Joan Barry, se vio obligado a declarar como testigo, así como dos jóvenes alemanes y algunos otros. Paul Getty tuvo que admitir su amistad con Joan Barry en el pasado y que él también le había dado dinero. Pero lo importante eran aquellas cartas que ella me había escrito a mí disculpándose por todas las molestias que me había ocasionado y agradeciéndome mi amabilidad y generosidad. Aunque Giesler trató de presentar estas cartas como pruebas, el Tribunal las rechazó. Pero creo que Giesler no insistió lo suficiente.

Durante el juicio quedó claro que el día antes de que Barry irrumpiese en mi casa había pasado la noche en el apartamento de un joven alemán, quien se vio obligado a admitirlo en el estrado de los testigos.

Ser el centro de todos aquellos hechos sórdidos era como estar expuesto en la picota. Pero en el momento en que salía de la sala del juicio todo quedaba olvidado, y después de una tranquila cena con Oona, caía en la cama rendido.

Además de la tensión y de la preocupación del juicio, estaba la enojosa rutina de levantarse a las siete de la mañana y luego tener que salir de inmediato tras el desayuno, porque se tardaba una hora en coche, entre el tráfico de Los Ángeles, para estar exactamente a la hora fijada, diez minutos antes de que comenzara el juicio.

Por último, el juicio llegó a su fin. Cada abogado convino en emplear dos horas y media en hacer su recapitulación. No tenía ni la más remota idea de qué dirían durante ese tiempo. Para mí todo era claro y terminante; la acusación del gobierno se había derrumbado. Y, por supuesto, la posibilidad de enfrentarme a veinte años de cárcel si me declaraban culpable de todos los cargos nunca se me pasó por la cabeza. En mi opinión, la recapitulación podría haber sido menos vaga. Intenté observar qué impresión le causaba a la dama del *Times*, pero tenía la cara vuelta. Cuando enviaron al jurado fuera para deliberar, ella salió sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

Al abandonar la sala en que se había celebrado el juicio Giesler me susurró con discreción: «Hoy no podemos marcharnos de aquí hasta que dicten el veredicto; pero —añadió con optimismo— podemos sentarnos fuera, en la balaustrada, y tomar un poco el sol». Esa información intrascendente me dio la sensación de una siniestra omnipresencia que cerraba lentamente sus garras sobre mí, recordándome que, por el momento, pertenecía a la ley.

Era la una y media y supuse que, como mucho, habría veredicto a los veinte minutos. Decidí que debía esperar antes de llamar por teléfono a Oona. ¡Pero pasó una hora! La llamé para decirle que el jurado seguía reunido y que en cuanto supiera el veredicto se lo comunicaría.

¡Pasó otra hora y aún no había veredicto! ¿Qué causaba aquel retraso? No debía haberles ocupado más de diez minutos; solo podían llegar a un veredicto de inculpabilidad. Mientras tanto, Giesler y yo estábamos sentados fuera, en la balaustrada de piedra, y ninguno de los dos hacía ningún comentario respecto al motivo que ocasionaba aquella demora, hasta que Giesler se vio obligado a mirar el reloj. «Las cuatro —dijo con indolencia—. Me pregunto qué los retiene tanto tiempo.» Esto nos llevó a sostener un cambio de impresiones acerca de cuáles serían los puntos del caso que podían ocasionar aquella tardanza…

A las cinco menos cuarto sonó la campana para anunciar que el jurado había llegado a un veredicto. El corazón me dio un vuelco, y cuando entrábamos en la sala, Giesler me susurró: «Sea cual sea el veredicto, no muestre usted ninguna emoción». Pasando ante nosotros, subiendo a toda prisa las escaleras hacia la sala, jadeante y excitado, nos adelantó el fiscal con sus ayudantes, que corrían alegremente tras él. Tippy Gray iba el último, y cuando pasó junto a nosotros nos miró, sonriente, por encima del hombro.

La sala se llenó rápidamente, se respiraba un ambiente de gran tensión. Por alguna razón yo tenía un aspecto tranquilo, aunque el corazón se me agolpaba en la garganta.

El secretario del tribunal dio tres golpes con el mazo, que era la señal de que iba a entrar el juez, y la sala en pleno se puso en pie. Cuando todo el mundo estuvo otra vez acomodado, entró el jurado, y su presidente entregó un documento al secretario. Giesler estaba sentado, con la cabeza baja, mirándose los pies y murmurando nerviosamente: «¡Si le consideran culpable, será el mayor error judicial que he conocido en mi vida! —y siguió repitiendo—: ¡Será el mayor error judicial que he conocido en mi vida!».

El secretario del tribunal leyó entonces el documento y luego dio tres golpes con el mazo. En medio de un gran silencio, anunció: «Charles Chaplin. Caso criminal 337068… del primer cargo (hubo una larga pausa): ¡No culpable!».

Un grito repentino salió del auditorio; luego se produjo un repentino silencio, mientras se esperaba que el secretario siguiera hablando. «Del segundo cargo…: ¡No culpable!»

El público prorrumpió en aplausos, armando un gran alboroto. No sabía que tuviera tantos amigos; algunos pasaron por encima del cordón de separación y me abrazaron y besaron. Miré a Tippy Gray; la sonrisa se le había borrado de la cara, que permanecía impasible.

Entonces el juez me dirigió algunas palabras: «Señor Chaplin, su presencia no será necesaria por más tiempo ante el tribunal; queda usted libre». Luego me tendió la mano y me felicitó; lo mismo hizo el fiscal. Después Giesler susurró: «Ahora vaya usted y dé la mano a los miembros del jurado».

Cuando me acercaba a ellos, la dama que no había agradado a Giesler se levantó y me tendió su diestra, y por primera vez tuve una visión clara de su rostro. Era guapa y resplandecía de inteligencia y comprensión. Mientras nos estrechábamos la mano, dijo sonriente: «Todo va bien, Charlie. Todavía estamos en un país libre».

Me quedé sin habla; sus palabras me habían emocionado. Solo pude mover la cabeza y sonreír, mientras ella continuaba: «Le he visto desde la ventana de la sala del jurado paseando de un lado a otro y quería decirle que no se preocupase. Si no hubiera sido por uno de los miembros del jurado, habríamos llegado a una decisión en diez minutos».

Resultaba difícil no llorar oyendo sus palabras; pero me limité a sonreír y a darle las gracias. Luego fui a dárselas también a los demás miembros del jurado. Todos me estrecharon la mano calurosamente, excepto una mujer, que mantenía su mirada llena de odio. Estaba a punto de marcharme, cuando la voz del presidente del jurado dijo: «¡Vamos, mujer, no sea así y dele la mano!», lo hizo de mala gana y yo murmuré las gracias con frialdad.

Oona, que estaba embarazada de cuatro meses, me esperaba sentada en el jardín de casa. Se encontraba sola, y cuando oyó las noticias por la radio se desmayó.

Aquella noche cenamos en casa tranquilamente, solos. No queríamos ni periódicos ni llamadas telefónicas ni ver ni hablar con nadie. Me sentía vacío, herido, sin ánimo. Incluso la presencia de la servidumbre me resultaba incómoda.

Después de la cena, Oona preparó un gin-tonic cargado, nos sentamos junto al fuego y le conté el motivo por el cual se había retrasado el veredicto, y lo de aquella mujer diciéndome que estábamos todavía en un país libre. Tras tantas semanas de tensión se produjo un relajamiento. Aquella noche me acosté con el feliz pensamiento de que no tenía que levantarme al día siguiente por la mañana temprano para acudir al tribunal.

Unos días después, Lion Feuchtwanger dijo, humorísticamente: «Eres el único artista dramático que pasará a la historia de Estados Unidos como la persona que despertó el antagonismo político de toda una nación».

Y de pronto, el pleito de reconocimiento de paternidad, que yo creía solventado después del test del grupo sanguíneo, salió a relucir otra vez. Por medio de hábiles artimañas, otro abogado, influyente en la política local, consiguió que se volviese

sobre el caso; utilizando la trapacera martingala de transferir la custodia del niño de la madre al tribunal, el acuerdo con la madre no quedaba violado, y de esta manera ella podía quedarse con los veinticinco mil dólares. De modo que ahora el tribunal, en su calidad de tutor, podía demandarme judicialmente y solicitar de mi parte la manutención del niño.

En el primer juicio, el jurado no logró ponerse de acuerdo, con gran descontento de mi abogado, que creía que el caso estaba ganado. Pero en el segundo juicio, a pesar del test del grupo sanguíneo, que fue aceptado después por la ley del estado de California como prueba positiva en un caso de reconocimiento de paternidad, se dictó sentencia contra mí.

Lo que Oona y yo queríamos era marcharnos de California. Durante el año que llevábamos casados los dos habíamos estado sometidos a un terrible tormento y necesitábamos descansar. De modo que nos llevamos a nuestra gata negra y tomamos el tren para Nueva York; desde allí fuimos a Nyack, donde alquilamos una casa. Estaba alejada de todo y en medio de un terreno pedregoso y estéril; sin embargo, tenía un encanto particular. Era una casita atractiva, construida en 1780; y al tiempo que su alquiler, concertamos un ama de llaves muy agradable, que era también una cocinera maravillosa.

Con la casa heredamos un cariñoso y viejo labrador negro, que se pegó a nosotros como una señora de compañía. Aparecía con regularidad en el porche a la hora del desayuno, y después de menear gentilmente el rabo, se echaba con tranquilidad y sin que se notase su presencia mientras desayunábamos. Cuando nuestra gata negra lo vio por vez primera le maulló y le bufó. Pero él permaneció quieto, con el hocico en el suelo, para demostrar su deseo de coexistencia.

Aquellos días de Nyack fueron idílicos, aunque solitarios. No veíamos a nadie ni nadie nos visitaba. Era lo que deseábamos, pues yo no me había recobrado aún del malestar del juicio.

Aunque la terrible prueba había dañado mi creatividad, casi había terminado *Monsieur Verdoux*. Y ahora volvía a tener ganas de terminar la película.

Planeábamos quedarnos por lo menos seis meses en el Este, y Oona daría a luz allí. Pero yo no podía trabajar en Nyack; así que, después de cinco semanas, regresamos a California.

Poco después de casarnos, Oona me había confesado que no quería ser actriz, ni de cine ni de teatro, lo que me gustó, pues por fin tenía una esposa y no una actriz ambiciosa. Fue entonces cuando arrinconé *Sombra y sustancia* y me dediqué otra vez a *Monsieur Verdoux*, hasta que fui violentamente interrumpido por el gobierno. He pensado con frecuencia que el cine perdió una excelente actriz, pues Oona tiene un gran sentido del humor.

Recuerdo que poco antes del juicio ella y yo fuimos a una joyería de Beverly Hills para que le arreglaran una polvera. Mientras esperábamos, nos dedicamos a

examinar pulseras. Nos gustó una, extraordinariamente bella, de brillantes y rubíes; pero a Oona le pareció que el precio era demasiado elevado, por lo que le dije al joyero que lo pensaríamos, y salimos de la tienda.

—¡Date prisa! ¡Conduce a todo gas! —dije con nerviosismo, cuando subimos al coche. Luego metí la mano en el bolsillo y con grandes precauciones saqué la pulsera que ella había admirado—. La he cogido mientras te estaban enseñando las otras pulseras —le dije.

Oona se puso pálida.

—¡Oh, no has debido hacer eso! —Puso el coche en marcha y enseguida se metió por una callejuela, subió el coche al bordillo y lo paró—. ¡Vamos a pensar qué debemos hacer! —dijo, y repitió—: ¡No has debido hacer eso!

—Bueno, ahora no puedo devolverla —le dije.

Pero no pude continuar la comedia por más tiempo. Me eché a reír y le conté la broma; mientras ella estaba mirando otras cosas, había llevado aparte al joyero y comprado la pulsera.

—¡Y tú, creyendo que la había robado, querías convertirte en cómplice del delito! —dije riéndome.

—¡Bueno! No quería que te metieras en más líos —replicó.

28

Durante el juicio habíamos estado rodeados de muchos buenos amigos, todos leales y encantadores: Salka Viertel, Clifford Odets y su esposa, Hanns Eisler y su mujer, los Feuchtwanger y muchos más.

Salka Viertel, la actriz polaca, daba agradables cenas en su casa de Santa Mónica. Salka reunía a las personalidades de las artes y de las letras: Thomas Mann, Bertolt Brecht, Schönberg, Hanns Eisler, Lion Feuchtwanger, Stephen Spender, Cyril Connolly y otros muchos invitados. Salka organizaba *une maison Coppet* en cuantos sitios residía.

En casa de los Eisler solíamos coincidir con Bertolt Brecht, que tenía un aspecto extraordinariamente vigoroso, con la cabeza rapada, y al que recuerdo siempre fumando un puro. Unos meses después le enseñé el guión de *Monsieur Verdoux*, que hojeó. Su único comentario fue: «¡Oh! Escribe guiones a la manera china».

Le pregunté a Lion Feuchtwanger qué pensaba de la situación política en Estados Unidos. Me contestó, en broma: «Puede haber algo significativo en el hecho de que cuando terminé de construir mi nueva casa en Berlín, Hitler subió al poder y tuve que marcharme. Cuando acababa de arreglar mi piso en París entraron los nazis, y tuve de nuevo que marcharme. Y ahora, en Estados Unidos, acabo de comprar una casa en Santa Mónica». Se encogió de hombros y sonrió significativamente.

A veces veíamos a Aldous Huxley y a su esposa. Por entonces se dejaba arrullar en la cuna del misticismo. Y, francamente, me gustaba más el joven cínico de los años veinte.

Un día nuestro amigo Frank Taylor llamó para decirnos que a Dylan Thomas, el poeta galés, le gustaría conocernos. Le dijimos que nos encantaría. «Bien —dijo Frank en tono indeciso—, lo traeré si está sobrio.» Aquella misma noche, cuando llamaron al timbre, abrí la puerta y Dylan Thomas se desplomó. Si eso era estar sereno, ¿cómo se encontraría cuando estuviera borracho? Algunos días después vino a cenar y me causó mejor impresión. Nos leyó uno de sus poemas con su voz profunda y resonante. No recuerdo las imágenes, pero la palabra «celofán» resplandecía como el reflejo de la luz del sol sobre sus mágicos versos.

Entre nuestros amigos estaba Theodore Dreiser, a quien admiraba mucho. Él y su encantadora mujer, Helen, venían a veces a cenar a casa. Aunque henchido de una indignación ardiente, Dreiser era una persona amable y gentil. Cuando murió, el dramaturgo John Lawson, que leyó su elogio fúnebre en la ceremonia del entierro, me preguntó si querría participar en el duelo y leer antes del sepelio un poema escrito por Dreiser, a lo que accedí.

Aunque pasaba por fases periódicas de depresión con respecto a mi carrera, nunca dejé de creer que una buena película resolvería todas mis preocupaciones. Con esta firme creencia terminé *Monsieur Verdoux*. Tardé dos años en terminarla, por la dificultad del montaje; pero el rodaje solo me llevó doce semanas, un tiempo insólito para mí. Envié entonces el guión a la oficina Breen para que lo aprobara la censura. No pasó mucho tiempo sin que recibiera una carta de ese organismo prohibiéndola en su totalidad.

La Oficina Breen es una filial de la Legión de la Decencia, una censura autoimpuesta por la Motion Picture Association. Estoy de acuerdo en que la censura es necesaria, pero resulta difícil de aplicar. La única sugerencia que propongo es que sus reglas deben ser flexibles y no dogmáticas; no debe juzgar sobre la base del argumento, sino conforme al buen gusto, la inteligencia y la sensibilidad con que la trate el autor.

Desde un punto de vista moral, creo que la violencia física y la filosofía falsa son tan nocivas como una atrevida escena amorosa. Bernard Shaw ha dicho que golpear a un bellaco en la mandíbula es una forma demasiado fácil de resolver los problemas de la vida.

Antes de discutir sobre la censura aplicada a *Monsieur Verdoux* es necesario ofrecer un breve resumen del argumento. Verdoux es un Barba Azul, un insignificante empleado de banca que, tras perder su empleo durante la Depresión, idea un plan para casarse con solteronas viejas y asesinarlas luego a fin de quedarse con su dinero. Su esposa legítima es una paralítica, que vive en el campo con su hijo pequeño, pero que desconoce los tejemanejes criminales de su marido. Después de asesinar a una de sus víctimas, regresa a su casa como haría un marido burgués al final de un día de mucho trabajo. Es una mezcla paradójica de virtud y de vicio; un hombre, que, cuando está podando sus rosales, evita pisar una oruga, mientras al fondo del jardín está incinerando en un horno el cuerpo de una de sus víctimas. El argumento está lleno de humor diabólico. Se trata de una amarga sátira y de una violenta crítica social.

Los censores me enviaron una carta muy larga explicándome por qué condenaban toda la película. Cito un fragmento de su carta:

[…] Pasamos por alto esos elementos que parecen antisociales en su concepto y en su significación. Hay pasajes del argumento en los que Verdoux acusa al «sistema» y ataca la presente estructura social. Más bien señalamos su atención hacia lo que es

todavía más agresivo y que cae propiamente dentro del ámbito del Código. […]

Lo que Verdoux proclama es que resulta ridículo mostrarse impresionado por la amplitud de sus atrocidades, que son una simple «comedia de crímenes», en comparación con los cometidos en masa y legalizados por la guerra, que el «sistema» adorna con galones dorados. Sin entrar para nada en la cuestión de si las guerras son crímenes en masa o matanzas justificables, queda en pie el hecho de que Verdoux, con toda su palabrería, lleva a cabo un serio intento de evaluar la calidad moral de sus crímenes.

La segunda razón básica por la que es inaceptable este argumento podemos exponerla con mayor brevedad. Estriba en el hecho de que es en gran medida la historia de un tipo de hombre de confianza que induce a cierto número de mujeres a que le transfieran sus bienes, seduciéndola en una serie de matrimonios falsos. Esta fase del argumento tiene un desagradable aroma de amor ilícito, que, a nuestro juicio, no es nada ejemplar.

En esta parte enumeraban una larga lista de objeciones detalladas. Para ejemplificar algunas de ellas, citaré primero un par de páginas de mi guión, referentes a Lydia, una de las esposas ilegales de Verdoux, una vieja a la que va a asesinar aquella misma noche:

LYDIA entra en un salón mal iluminado; luego apaga la luz y se dirige a su dormitorio, donde se enciende una luz, que atraviesa el salón, que está a oscuras. Entonces VERDOUX entra despacio. Al fondo del salón hay una gran ventana, a través de la cual se ve brillar la luna llena. Arrobado, se dirige lentamente hacia ella.

VERDOUX *(sotto voce)*: ¡Qué bella… esta pálida hora de Endimión!…

VOZ DE LYDIA *(desde el dormitorio)*: ¿Qué estás diciendo?

VERDOUX *(como en trance)*: Endimión, querida… Un bello joven poseído por la luna.

VOZ DE LYDIA: Bueno, deja eso y ven a la cama.

VERDOUX: Sí, querida… Pisábamos pétalos de flores.

(Entra en el dormitorio de LYDIA, *quedando el salón vacío en la semioscuridad, iluminado solo por la luz de la luna.)*

VOZ DE VERDOUX *(desde el dormitorio de* LYDIA): Mira esa luna. ¡Nunca la había visto brillar tanto!… ¡Indecente luna!

VOZ DE LYDIA: ¡Indecente luna! ¡Qué loco estás!… Ja, ja, ja… ¡Indecente luna!

La música sube de tono hasta un elevado crescendo *aterrador; luego, un fundido con*

la misma escena, iluminada, por la mañana. Es el mismo salón, pero ahora el sol brilla. VERDOUX *sale del dormitorio de* LYDIA *tarareando una canción.*

Las objeciones de los censores respecto a la escena anterior fueron las siguientes: «Por favor, cambie la frase de Lydia: "Bueno, deja eso y ven a la cama", y ponga en su lugar: "Vete a la cama". Suponemos que toda esta acción será interpretada de tal forma que se evite la impresión de que Verdoux y Lydia van a gozar de los privilegios maritales. Cambie también la frase que se repite: "Indecente luna", así como el que Verdoux aparezca saliendo del dormitorio de su esposa canturreando a la mañana siguiente».

Su siguiente objeción hacía referencia al diálogo con una chica a quien Verdoux encuentra a altas horas de la noche. Afirmaban que la caracterización de la chica correspondía exactamente a la de una prostituta, y era por tanto inaceptable.

Por supuesto, la chica de mi guión es una prostituta, y sería pueril pensar que va al piso de Verdoux solamente para ver sus aguafuertes. Pero en este caso la lleva con objeto de experimentar con ella un veneno letal que no deja rastro y que la matará una hora después de haberse marchado de su apartamento. La escena es cualquier cosa menos lasciva o excitante. En mi guión se leía lo siguiente:

(Fundido encadenado con el piso de VERDOUX *en París, encima de un almacén de muebles. Después de entrar descubre que la chica lleva un gato perdido oculto en su impermeable.)*

VERDOUX: Te gustan los gatos, ¿eh?

CHICA: No mucho; pero hacía frío, y estaba todo mojado; tenía frío. ¿No tendrá un poco de leche para dársela?

VERDOUX: Por supuesto. Como ves, la situación no es tan sombría como creías.

CHICA: ¿Tengo aspecto pesimista?

VERDOUX: Sí, pero no creo que lo seas.

CHICA: ¿Por qué?

VERDOUX: Para estar fuera en una noche como esta debes de ser una optimista.

CHICA: Soy cualquier cosa menos eso.

VERDOUX: Estás de malhumor, ¿eh?

CHICA *(sarcásticamente)*: Sus dotes de observador son notables.

VERDOUX: ¿Cuánto tiempo llevas en este juego?

CHICA: ¡Oh!… Tres meses.

VERDOUX: No te creo.

CHICA: ¿Por qué?

VERDOUX: A una chica atractiva como tú le hubiera ido mejor.

CHICA *(con altanería)*: Gracias.

VERDOUX: Ahora dime la verdad. Acabas de salir de un hospital o de la cárcel, ¿verdad?

CHICA *(con buen humor, pero desafiante)*: ¿Para qué quiere saberlo?

VERDOUX: Porque quiero ayudarte.

CHICA: Un filántropo, ¿eh?

VERDOUX *(cortésmente)*: Exactamente… Y no pido nada a cambio.

CHICA *(mirando con atención)*: ¿Qué es esto? ¿El Ejército de Salvación?

VERDOUX: Muy bien. Si eso es lo que crees, puedes marcharte.

CHICA *(lacónicamente)*: Acabo de salir de la cárcel.

VERDOUX: ¿Por qué te encerraron?

CHICA *(encogiéndose de hombros)*: ¿Qué importa? Hurto de menor; así lo llamaron… Empeñar una máquina de escribir alquilada.

VERDOUX: Vaya, vaya… ¿No pudiste hacer nada mejor? ¿A cuánto te condenaron?

CHICA: A tres meses.

VERDOUX: ¿De manera que este es el primer día que pasas fuera de la cárcel?

CHICA: Sí.

VERDOUX: ¿Tienes hambre?

(Ella asiente con la cabeza y sonríe pensativamente.)

VERDOUX: Pues entonces, mientras me ocupo de las operaciones culinarias, puedes ayudarme a llevar algunas cosas de la cocina. Ven.

(Entran en la cocina. Él empieza a preparar unos huevos escalfados y ayuda a la chica a colocar en una bandeja cosas para la cena, que ella lleva al cuarto de estar. En el momento en que sale la muchacha, él mira cautelosamente, y luego abre deprisa un armario y saca el veneno, que echa en una botella de vino tinto; luego la tapa con un corcho, la coloca en una bandeja con dos vasos y se dirige al cuarto de

estar.)

VERDOUX: No sé si esto te abrirá el apetito o no… Huevos escalfados, tostadas y un poco de vino tinto.

CHICA: ¡Estupendo!

(Deja el libro que estaba leyendo y bosteza.)

VERDOUX: Veo que estás cansada; así que cuando hayamos cenado te llevaré a tu hotel.

(Descorcha la botella.)

CHICA *(observándolo)*: Es usted muy amable. No comprendo por qué hace todo esto por mí.

VERDOUX: ¿Por qué no? *(Sirviendo el vino envenenado en su vaso.)* ¿Es tan raro un poco de amabilidad?

CHICA: Empezaba a creerlo.

(Él va a servirse del mismo vino, pero inventa una excusa.)

VERDOUX: ¡Oh, las tostadas!

(Desaparece con la botella y va hacia la cocina, donde la cambia apresuradamente por otra; coge las tostadas y vuelve otra vez a la sala. Entra y deja las tostadas sobre la mesa. «Voilà!», *y se sirve vino de la botella cambiada.)*

CHICA *(desconcertada)*: Es usted algo raro.

VERDOUX: ¿Sí? ¿Por qué?

CHICA: No lo sé.

VERDOUX: Bien; pero estás hambrienta; de modo que, por favor, empieza.

(Cuando ella empieza a comer, VERDOUX *ve el libro que está sobre la mesa.)*

VERDOUX: ¿Qué estabas leyendo?

CHICA: Schopenhauer.

VERDOUX: ¿Te gusta?

CHICA: Así, así.

VERDOUX: ¿Has leído su tratado sobre el suicidio?

CHICA: No me interesaría.

VERDOUX *(en tono hipnotizante)*: ¿Aunque el final pueda ser sencillo? Supongamos, por ejemplo, que te echas a dormir, y sin pensar para nada en la muerte, se produce una súbita paralización… ¿No lo preferirías a esta monótona existencia?

CHICA: No sé…

VERDOUX: Es la proximidad de la muerte lo que aterra.

CHICA *(meditativa)*: Me imagino que si un niño antes de nacer tuviera conocimiento de la proximidad de la vida, estaría igual de asustado.

(VERDOUX *sonríe, aprobador, y bebe el vino. Ella coge el suyo, envenenado, y va a beberlo, pero se detiene.)*

CHICA *(reflexionando)*: Sin embargo, la vida es maravillosa.

VERDOUX: ¿Qué hay de maravilloso en ella?

CHICA: Todo… Una mañana de primavera, una noche de verano…; la música, el arte, el amor…

VERDOUX *(despectivamente)*: ¡El amor!

CHICA *(un poco desafiante)*: ¿Es que no existe?

VERDOUX: ¿Cómo lo sabes?

CHICA: Estuve enamorada una vez.

VERDOUX: Quieres decir que te sentías atraída físicamente por alguien.

CHICA *(burlonamente)*: No le gustan las mujeres, ¿verdad?

VERDOUX: Por el contrario, las amo…, pero no las admiro.

CHICA: ¿Por qué?

VERDOUX: Las mujeres son criaturas de la tierra…, realistas y dominadas por los hechos físicos.

CHICA *(incrédula)*: ¡Qué tontería!

VERDOUX: En cuanto una mujer ha seducido a un hombre, lo desprecia. A pesar de su

bondad y de su posición, lo abandonará por alguien inferior…, si ese alguien es más atractivo físicamente.

CHICA: ¡Qué poco conoce usted a las mujeres!

VERDOUX: Te sorprendería.

CHICA: Eso no es el amor.

VERDOUX: ¿Qué es el amor?

CHICA: Entrega, sacrificio… Lo mismo que una madre siente por su hijo.

VERDOUX *(sonriendo)*: ¿Has amado así?

CHICA: Sí.

VERDOUX: ¿A quién?

CHICA: A mi marido.

VERDOUX *(sorprendido)*: ¿Estás casada?

CHICA: Lo estuve… Murió cuando estaba en la cárcel.

VERDOUX: Lo comprendo… Háblame de él.

CHICA: Es una larga historia… *(Una pausa.)* Fue herido en la guerra civil española… Era un inválido sin remedio.

VERDOUX *(inclinándose hacia delante)*: ¿Un inválido?

CHICA *(asintiendo)*: Por eso lo quería. Me necesitaba…, dependía de mí. Algo así como un hijo. Pero era algo más que un hijo para mí. Era una religión…, mi propio aliento… Habría matado por él.

(Reprime el llanto y va a beber el vino envenenado.)

VERDOUX: Espera un momento… Creo que hay un pedacito de corcho en el vino. Deja que traiga otro vaso.

(Le quita el vaso de vino y lo deja en el aparador; luego coge un vaso limpio y echa en él vino sin veneno. Durante unos momentos beben ambos en silencio. Luego VERDOUX *se levanta de la silla.)*

VERDOUX: Es muy tarde y estás cansada… Vamos… *(Dándole dinero.)* Esto te ayudará a mantenerte a flote durante un día o dos… Buena suerte.

(Ella mira el dinero.)

CHICA: ¡Oh! Es demasiado… No esperaba… *(Esconde la cara entre las manos y llora.)* ¡Qué tonta! ¡Comportarme de esta manera! Estaba empezando a perder la fe en todo. Y después ocurre esto, y tienes que volver a creer.

VERDOUX: No creas demasiado. El mundo es malvado.

CHICA *(moviendo la cabeza)*: Eso no es verdad. El mundo es disparatado y muy triste… Sin embargo, un poco de bondad puede hacerlo bello.

VERDOUX: Será mejor que te vayas antes de que tu filosofía me corrompa.

(La CHICA *va hacia la puerta, se vuelve y le sonríe cuando sale, diciendo Buenas noches.)*

Cito algunas de las objeciones de los censores a la escena anterior: «El diálogo entre Verdoux y la Chica "Para estar fuera en una noche como esta, debes de ser una optimista", así como el diálogo "¿Cuánto tiempo llevas en este juego?", y "A una chica atractiva como tú, le hubiera ido mejor", deben modificarse. Hay que decir que la alusión al Ejército de Salvación es, a nuestro juicio, una ofensa a esa organización».

Hacia el final de mi guión, Verdoux, después de muchas aventuras, vuelve a encontrarse con la chica. Está abatido y deshecho, pero ella, en cambio, ha prosperado mucho. Los censores hicieron objeciones a su prosperidad. La escena es así:

(Terraza de un café. VERDOUX *está sentado a una mesa, leyendo en un periódico que la guerra es inminente en Europa. Paga y se marcha. Cuando está cruzando la calle casi le atropella un elegante coche que se desvía hacia el bordillo. El chófer se detiene y toca la bocina, y de la ventana del coche una mano enguantada le hace señas, y ante su asombro ve asomarse a la ventanilla del coche a la* CHICA *a quien ayudó en una ocasión, sonriéndole. Va elegantemente vestida.)*

CHICA: ¿Cómo está usted, señor filántropo?

(VERDOUX *se queda asombrado.)*

CHICA *(continuando)*: ¿No me recuerda? Me llevó a su apartamento…, una noche de lluvia.

VERDOUX *(sorprendido)*: ¿De veras?

CHICA: Y después de alimentarme y de darme dinero, hizo que siguiera mi camino como una buena chica.

VERDOUX *(con humor)*: Debía estar loco.

CHICA *(sinceramente)*: No; fue usted muy amable. ¿Adónde va?

VERDOUX: A ninguna parte.

CHICA: Suba.

(VERDOUX *sube al coche.)*

CHICA *(al chófer)*: Al café LaFarge… Me parece que todavía no me recuerda… Pero ¿por qué iba a recordarme?

VERDOUX *(mirándola con admiración)*: Hay razones evidentes para recordarla.

CHICA *(sonriendo)*: ¿No se acuerda? La noche que nos conocimos…, yo acababa de salir de la cárcel.

(VERDOUX *se pone el dedo en los labios.)*

VERDOUX: ¡Chist! *(Señala al chófer; luego toca el cristal.)* Todo bien… La ventanilla está cerrada. *(La mira, asombrado.)* Pero tú…, todo esto… *(Señalando el coche.)* ¿Qué ha sucedido?

CHICA: La vieja historia… de la miseria a la riqueza. Después de conocerle empecé a tener suerte. Conocí a alguien muy rico, un fabricante de municiones.

VERDOUX: A ese negocio debería haberme dedicado. ¿Qué tal es él?

CHICA: Muy bueno y generoso, pero en los negocios es despiadado.

VERDOUX: Los negocios son despiadados, querida… ¿Lo amas?

CHICA: No; pero eso es precisamente lo que mantiene su interés.

Las objeciones de los censores a las escenas anteriores fueron las siguientes: «Haga el favor de modificar el diálogo subrayado: “Hizo que siguiera mi camino como una buena chica”, y la respuesta: “Debía estar loco”; esto para evitar el matiz incitante de ese diálogo; y, por favor, intercale alguna alusión al fabricante de municiones, refiriéndose a él como al novio de la chica; esto es, para evitar que se sobrentienda que la chica es ahora su querida».

Había más objeciones con respecto a otras escenas y a diversas escenas de la película. Cito: «No se harán menciones vulgares referentes a las “ridículas curvas, tanto de delante como de atrás”, de la mujer de edad madura. No tiene que haber nada ofensivo en los trajes ni en los habituales bailes de las chicas del conjunto. En particular, no se verá la pierna desnuda por encima de la liga. El chiste sobre rascarse

el trasero es inaceptable. No debe haber escenas ni *toilettes* atrevidas en el cuarto de baño. Cambie, por favor, la palabra voluptuoso en el discurso de Verdoux».

La carta terminaba afirmando que estarían encantados de ponerse a mi disposición para discutir la cuestión, y que sería posible adaptar el guión a las exigencias del Código de Producción sin menoscabar su valor. Así que me presenté en la Oficina Breen y me condujeron ante el señor Breen. Un momento después apareció uno de los ayudantes de Breen, un joven alto y ceñudo. Su tono era cualquier cosa menos amistoso.

—¿Qué tiene contra la Iglesia católica? —me dijo.

—¿Por qué me lo pregunta? —le contesté.

—Mire —me dijo, golpeando la mesa con un ejemplar de mi guión, y pasando luego las páginas—, la escena en la celda de los condenados, donde el criminal Verdoux le dice al sacerdote: «¿Qué puedo hacer por usted, buen hombre?».

—Bueno, ¿no es un buen hombre?

—Eso es irónico —me dijo, moviendo la mano con gesto condenatorio.

—No veo nada irónico en llamar a un hombre «bueno» —le respondí.

A medida que discutíamos me encontré sosteniendo con él una especie de diálogo digno de Bernard Shaw.

—A un sacerdote no se le llama «buen hombre»; se le llama «padre».

—Muy bien; le llamaremos «padre» —dije.

—Y en este renglón —me comentó, señalando otra página—, hace usted decir al sacerdote: «He venido para pedirle que haga las paces con Dios». Y Verdoux contesta: «Estoy en paz con Dios; mi conflicto lo tengo con el hombre». Usted sabe que eso es una burla.

—Tiene usted derecho a expresar su opinión —continué—; como yo a expresar la mía.

—Y esto —me interrumpió, leyendo el guión—. El sacerdote dice: «¿No siente remordimientos por sus pecados?». Y Verdoux contesta: «¿Quién sabe qué es el pecado, ya que nació en el cielo, del ángel caído, quién sabe a qué misterioso destino sirve?».

—Creo que el pecado es un misterio tan grande como la virtud —contesté.

—Eso es pseudofilosofía —dijo despectivamente—. Luego usted hace que Verdoux mire al sacerdote y diga: «¿Qué haría usted sin el pecado?».

—Admito que ese renglón pueda inducir algo a la controversia; pero, después de todo, se supone que es irónico, y él no se lo dice al sacerdote sin respeto.

—Pero usted hace que Verdoux esté censurando sin cesar al sacerdote.

—¿Qué papel quiere usted que interprete el sacerdote? ¿Un papel cómico?

—Claro que no; pero ¿por qué no pone en su boca una respuesta algo digna?

—Mire —le dije—, el criminal se encamina a la muerte e intenta ir hacia ella con jactancia. El sacerdote está dignificado en todo momento y sus réplicas son adecuadas. Sin embargo, pensaré algo para que conteste el sacerdote.

—Y esta réplica —continuó—: «Que el Señor se apiade de tu alma». Y Verdoux contesta: «¿Por qué no? Después de todo le pertenece a Él».

—¿Qué hay de malo en eso? —le pregunté.

—«¡Por qué no!» —repitió lacónicamente—. A un sacerdote no se le habla así.

—Esa réplica la profiere como hablando consigo mismo. Debe usted esperar a ver la película —le dije.

—Usted acusa a la sociedad y a todo el Estado —me dijo.

—Bueno, después de todo, el Estado y la sociedad no son exactamente la pureza, y no es inadmisible que se los critique, ¿verdad?

Con una o dos modificaciones de poca importancia el guión fue por fin admitido. Y para hacer justicia a Breen, reconozco que gran parte de su crítica fue constructiva. Me dijo en tono triste: «No haga de la chica otra prostituta. En casi todos los guiones de Hollywood hay una prostituta».

Debo confesar que me sentí azorado. Sin embargo, prometí no subrayar aquel hecho.

Cuando la película se terminó se proyectó ante unos veinte o treinta miembros de la Legión de la Decencia, representantes de los censores y de los grupos religiosos de diversas denominaciones. Nunca me he sentido tan solo como en aquella ocasión. Sin embargo, cuando terminó la película y se encendieron las luces, Breen se volvió a los demás:

—Creo que está bien… ¡Pasémosla! —dijo con brusquedad.

Se hizo un silencio; luego alguien dijo:

—Bueno, por mí que pase; no hay impedimentos.

Los otros se mostraban malhumorados.

Breen, con una mueca y dirigiéndose a ellos, hizo un gesto comprensivo:

—Está bien; la dejamos pasar, ¿verdad?

Hubo pocas respuestas; algunos negaron con la cabeza de mala gana. Breen soslayó enseguida todas las objeciones que pudieran haber hecho, y dándome unas palmaditas en la espalda, dijo:

—Está bien, Charlie, adelante; proyéctela —como queriendo decir «saque el positivo de su película».

Me sorprendió un poco que hubieran autorizado la película, teniendo en cuenta que al principio habían querido prohibirla por entero. Desconfiaba de aquella aprobación repentina. ¿Recurrirían a otros medios?

Mientras me dedicaba al nuevo montaje de *Monsieur Verdoux* recibí un aviso telefónico de un jefe de policía de Estados Unidos diciéndome que tenía una citación a mi nombre para que compareciera en Washington ante el Comité de Actividades Antiamericanas. Éramos diecinueve los citados.

El senador Pepper, de Florida, estaba por entonces en Los Ángeles, y nos sugirieron que fuéramos a visitarle para que nos aconsejara. Yo no fui, porque mi

situación era distinta: yo no era ciudadano estadounidense. En aquella reunión todos convinieron en mantenerse firmes en sus derechos constitucionales si los llamaban a Washington. (Los que no cedieron fueron a la cárcel por un año, por desacato al tribunal.)

La citación decía que en el plazo de diez días me notificarían cuándo debía presentarme en Washington; pero poco después llegó un telegrama diciendo que habían aplazado mi comparecencia otros diez días.

Tras el tercer aplazamiento les cursé un telegrama diciendo que tenía en suspenso las actividades de mi amplia organización, lo cual me estaba produciendo gastos considerables, y que puesto que el comité había estado recientemente en Hollywood interrogando a mi amigo Hanns Eisler, podían haberme interrogado a mí al mismo tiempo, ahorrando así dinero al contribuyente. «Sin embargo —decía yo, en conclusión—, para su conveniencia, les diré lo que creo que desean ustedes saber. No soy comunista ni he formado parte de ningún partido u organización política en mi vida. Soy lo que ustedes llaman un "traficante de la paz". Espero que esto no les ofenda. Por tanto, les ruego que me digan definitivamente cuándo tengo que presentarme en Washington. De ustedes afectísimo, Charles Chaplin.»

Recibí una respuesta sorprendentemente amable, afirmando que mi presencia no sería necesaria y que podía considerar cerrado el asunto.

29

En medio de todos mis problemas personales, no había prestado mucha atención a los negocios de la United Artists. Ahora mi abogado me advirtió que la compañía tenía un millón de dólares de déficit. En sus días prósperos había obtenido entre cuarenta y cincuenta millones de dólares al año. Y, sin embargo, no recuerdo haber percibido más de dos veces dividendos de ella. En la cúspide de esa prosperidad, la United Artists había adquirido el veinticinco por ciento del valor real de cuatrocientos cines ingleses sin pagar ni un centavo por ello. No estoy seguro de cómo los adquirimos. Creo que nos los dieron a cambio de que les garantizásemos producciones. Otras compañías cinematográficas estadounidenses adquirieron de la misma forma una gran cantidad de acciones en cines ingleses. En un momento dado, nuestra propiedad real en la organización Rank valía diez millones de dólares.

Pero, uno tras otro, los accionistas de la United Artists vendieron sus acciones a la compañía, y al pagárselas la caja quedó casi vacía. Así que me encontré de repente siendo el propietario de la mitad de la United Artists, que tenía un millón de dólares de débito y con Mary Pickford como asociada. Me escribió alarmada, porque todos los bancos se habían negado a concedernos más créditos. Eso no me preocupaba demasiado, porque antes habíamos tenido también deudas, y una película exitosa nos había sacado siempre del apuro. Además, acababa de terminar *Monsieur Verdoux*, que esperaba que fuese un gran éxito de taquilla. Mi representante, Arthur Kelly, pronosticó una ganancia de por lo menos doce millones de dólares. Si esto se confirmaba, la película saldaría los débitos de la compañía y además le produciría un millón de dólares de beneficio.

En Hollywood hice un pase privado para mis amigos. Al terminar, Thomas Mann, Lion Feuchtwanger y algunos otros se pusieron de pie y aplaudieron durante más de un minuto.

Con entera confianza me fui a Nueva York. Pero a mi llegada fui atacado de inmediato por el *Daily News*: «Chaplin está en la ciudad para el estreno de su película. Después de sus hazañas como "compañero de viaje", le desafío a que dé la cara en una rueda de prensa, pues estaré allí para hacerle una o dos preguntas

incómodas».

El departamento de publicidad de la United Artists deliberó sobre si era aconsejable o no que se celebrase una rueda de prensa con periodistas estadounidenses. Yo estaba indignado porque ya había recibido a la prensa extranjera la mañana anterior y se me había dispensado una acogida calurosa y entusiasta. Además, no tenía por qué sentirme intimidado.

A la mañana siguiente reservamos un gran salón en el hotel y recibí a los periodistas estadounidenses. Después de que sirvieran unos cócteles, aparecí, pero enseguida me olí algo. Hablé detrás de una mesita, y desplegando toda la capacidad de seducción que me era posible, dije:

—¿Cómo están ustedes, señoras y caballeros? Estoy aquí para informarlos de todo lo que les pueda interesar en relación con mi película y con mis planes futuros.

Se quedaron callados.

—No hablen todos a la vez —dije sonriendo.

Por fin, una periodista que estaba sentada casi enfrente dijo:

—¿Es usted comunista?

—No —contesté rotundamente—. La siguiente pregunta, por favor.

Entonces una voz empezó a murmurar algo. Creí que sería mi «amigo» del *Daily News*, pero este brillaba por su ausencia. El que hablaba era un sujeto con aspecto desaseado, que tenía el gabán puesto y que se inclinaba sobre un manuscrito, del que estaba leyendo algo.

—Perdone —le dije—. Tendrá que volver a leerlo; no comprendo una palabra de lo que está usted diciendo.

—Nosotros —empezó—, los excombatientes católicos de la guerra…

—No estoy aquí para contestar a excombatientes católicos de la guerra —lo interrumpí—; esto es una rueda de prensa.

—¿Por qué no se ha hecho usted ciudadano estadounidense? —dijo otra voz.

—No veo ninguna razón para cambiar mi nacionalidad. Me considero un ciudadano del mundo —contesté.

Se produjo un gran revuelo. Dos o tres personas querían hablar a la vez. Sin embargo, una voz dominó a las demás:

—Pero usted gana su dinero en Estados Unidos.

—Bueno —dije sonriendo—, si habla usted desde una perspectiva comercial, iremos directamente a los hechos. Mis negocios son internacionales; el setenta por ciento de mis ingresos lo gano en el extranjero, y Estados Unidos lo grava con un cien por cien de impuestos; de modo que, como ve, soy un invitado que paga muy bien.

El de la Legión Católica arremetió otra vez con voz aguda:

—Gane usted su dinero aquí o no, nosotros, los que desembarcamos en las playas de Francia, sentimos que no sea usted ciudadano de esta nación.

—No es usted el único hombre que desembarcó en esas playas —le dije—. Mis

dos hijos estuvieron también allí, en el ejército de Patton, firmes en primera línea, y no van alardeando ni explotando el hecho, como está usted haciendo.

—¿Conoce usted a Hanns Eisler? —dijo otro reportero.

—Sí; es un buen amigo mío; un gran músico.

—¿Sabe usted que es comunista?

—No me importa lo que sea; mi amistad no se basa en la política.

—Sin embargo, parece que le gustan a usted los comunistas —dijo otro.

—Nadie tiene por qué decirme lo que me gusta o me disgusta. Todavía no hemos llegado a tanto.

Luego una voz dijo en medio del bullicio:

—¿Qué impresión se siente siendo un artista que ha aportado tanta felicidad y comprensión al mundo de la gente humilde y es escarnecido por el odio y el desprecio de los llamados representantes de la prensa estadounidense?

Estaba tan poco preparado a cualquier expresión de simpatía, que contesté bruscamente:

—Lo siento, no le he seguido; tendrá usted que repetir la pregunta.

Mi jefe de prensa me dio un codazo, murmurándome al oído: «Este tipo está de tu parte; te ha dicho una cosa muy amable». Era Jim Agee, el poeta y novelista estadounidense, que por entonces trabajaba como redactor y crítico literario para la revista *Time*. Me sentí confundido y depuse mi actitud de alerta.

—Lo siento —dije—; no le he oído. ¿Tendría usted la amabilidad de repetirlo?

—No sé si podré —dijo algo turbado; luego repitió aproximadamente las mismas palabras.

No se me ocurrió ninguna contestación; de modo que meneé la cabeza y dije:

—Sin comentarios…; pero gracias.

Después de aquello me sentí mal. Sus amables palabras me dejaron sin ninguna capacidad dialéctica.

—Lo siento, señoras y caballeros —dije—. Pensé que esta rueda de prensa sería para hablar de mi película; en lugar de eso, se ha convertido en una discusión política. Así que no tengo nada más que decir.

Tras la rueda de prensa me sentí dolido en lo más hondo, porque ya no tenía duda de que me enfrentaba con una violenta hostilidad.

No me lo podía creer del todo. Había recibido mucha correspondencia felicitándome por *El gran dictador*, que produjo más dinero que cualquiera de mis anteriores películas y, antes del estreno de esa película, había sufrido también una considerable campaña adversa. Además, confiaba mucho en el éxito de *Monsieur Verdoux*, y el personal de la United Artists tenía la misma impresión.

Mary Pickford llamó para decir que le gustaría ir con Oona y conmigo al estreno; así que la invitamos a cenar con nosotros en el restaurante 21. Mary llegó muy tarde. Dijo que se había entretenido en un cóctel y que le había sido difícil escaparse.

Cuando llegamos al cine había un gran gentío congregado delante. Mientras nos

abríamos paso por el vestíbulo vimos a un hombre que estaba trasmitiendo por radio: «Y ahora acaban de llegar Charlie Chaplin y su esposa. ¡Ah! Y con ellos, como invitada, esa maravillosa actriz de los días del cine mudo que sigue siendo “la novia de América”: la señorita Mary Pickford. Mary, ¿querría decir algunas palabras sobre este maravilloso estreno?».

El vestíbulo estaba abarrotado, y Mary se abrió paso hacia el micrófono, llevándome todavía cogido de la mano.

«Y ahora, señoras y caballeros, aquí está “la novia de América”, Mary Pickford…»

En medio de los empujones y apreturas, Mary dijo: «Hace dos mil años nació Cristo, y esta noche…». No dijo nada más, pues teniéndome todavía cogido de la mano, fue apartada del micrófono por un repentino empujón de la multitud. Muchas veces me he preguntado qué iba a decir a continuación.

Aquella noche reinaba en el teatro un ambiente inquietante y se tenía la impresión de que el público había acudido para demostrar algo. Desde el momento en que empezó la película, en lugar de la anhelante impaciencia y el alborozo que habían saludado en otros tiempos mis películas, hubo algunos aplausos nerviosos mezclados con silbidos. Me avergüenza tener que admitirlo, pero aquellos pocos silbidos me hirieron más que toda la hostilidad de la prensa.

A medida que avanzaba la película empecé a sentirme preocupado; las risas sonaban, sí, pero divididas. No eran las risas de antes, de *La quimera del oro*, de *Luces de la ciudad* o de *Armas al hombro*. Era una risa desafiadora contra los elementos que silbaban. Mi corazón empezó a latir aceleradamente. No pude quedarme sentado por más tiempo en mi butaca. Susurré al oído de Oona: «Voy a salir al vestíbulo; no puedo soportarlo». Me apretó la mano. Mi manoseado programa, que había retorcido hasta dejarlo destrozado, me quemaba la palma de la mano, de forma que lo tiré bajo mi asiento. Me adentré por el pasillo y salí al vestíbulo. Por un lado, quería quedarme para oír las risas, y por otro, deseaba evadirme de todo. Luego subí al anfiteatro para ver cómo iban las cosas allí. Un hombre se estaba riendo más que el resto; sin duda algún amigo, pero era una risa convulsiva y nerviosa, como si tuviera que demostrar algo. Lo mismo sucedía en la platea que en el anfiteatro.

Durante dos horas estuve dando paseos por el vestíbulo, en la calle, alrededor del cine; luego volvía a ver la película. Me pareció que duraba una eternidad. Por último, terminó. Earl Wilson, el columnista, un tipo muy honrado, fue una de las primeras personas con las que me encontré en el vestíbulo. «A mí me ha gustado», dijo, recalcando el «a mí». Luego vino Arthur Kelly, mi representante: «Claro que no nos dará doce millones, ni mucho menos», me dijo. «Bueno, me conformaré con la mitad», le contesté bromeando.

Después dimos una cena para unas ciento cincuenta personas; pocos de los cuales eran viejos amigos. Aquella noche las opiniones estuvieron divididas, y a pesar del champán, fue deprimente. Oona se fue a casa para acostarse, pero yo opté por

quedarme media hora más.

Bayard Swope, un hombre al que yo apreciaba, estaba discutiendo con mi amigo Don Stewart sobre la película. A Swope le parecía detestable. Aquella noche solo unas pocas personas me felicitaron. Don Stewart, un poco bebido, como yo, dijo: «Charlie, todos son un hatajo de bastardos, intentando hacer política con tu película; pero es formidable y al público le gusta».

A esas alturas ya no me importaba lo que pensase nadie. No me quedaban fuerzas. Don Stewart me acompañó al hotel. Oona dormía cuando llegamos.

—¿Qué planta es la tuya? —me preguntó Don.

—El diecisiete.

—¡Dios mío! ¿Te das cuenta qué habitación es esta? ¡Pues la habitación en la que un chico se puso de pie sobre el borde de la ventana y pasó en ella doce horas antes de tirarse al vacío y matarse!

Estas noticias constituían el «clima» adecuado para la noche. Sin embargo, creo que *Monsieur Verdoux* es la película más inteligente y más brillante de las que he hecho hasta ahora.

Ante mi sorpresa, *Monsieur Verdoux* estuvo en cartel en Nueva York durante seis semanas y nos produjo buenos beneficios. Pero de repente se vino abajo. Cuando le pregunté a Grad Seers, de la United Artists, sobre este fenómeno, me dijo:

—Cualquier película que haga usted será un gran negocio durante las tres o cuatro primeras semanas, porque tiene de su parte a sus antiguos admiradores. Pero después acude el público en general, y teniendo en cuenta que la prensa le ha estado machacando sin parar durante más de diez años, esto ha de tener forzosamente su efecto; por esto ha bajado la taquilla.

—Pero la mayor parte del público, en general, tiene sentido del humor, creo yo —dije.

—¡Mire! —Me enseñó el *Daily News* y los periódicos de la cadena de Hearst—. Y así ocurre en todo el país.

En uno de aquellos diarios se publicaba una fotografía de la Legión Católica de New Jersey desfilando por delante del cine de ese estado en donde se proyectaba *Monsieur Verdoux*. Llevaban pancartas en las que se leía:

«Chaplin es un compañero de viaje» (es decir, un «comunista»).

«Echemos a patadas del país al forastero.»

«Chaplin está siendo un invitado de pago durante demasiado tiempo.»

«Chaplin, el ingrato y el simpatizante comunista.»

«Chaplin, a Rusia…»

Cuando un mundo de desengaños y de preocupaciones se derrumba sobre uno, para no entregarse a la desesperación hay que recurrir a la filosofía o al humor. Y cuando Grad me enseñó la foto de los manifestantes, en la que no se veía ni una sola persona ante la taquilla del cine, dije con jovialidad: «No cabe duda de que está tomada a las cinco de la mañana». Sin embargo, en todos los sitios donde *Monsieur*

Verdoux se proyectó sin interferencias, resultó un negocio francamente bueno.

La película fue alquilada por todos los grandes circuitos de distribución del país. Pero después de recibir cartas amenazadoras de la Legión Americana y de otros grupos de presión, suspendieron la proyección. La Legión contaba con medios eficaces para atemorizar a los exhibidores amenazándolos con boicotear un cine durante un año si proyectaban una película de Chaplin u otras películas que ellos desaprobaran. En Denver se estrenó una noche la película, resultando un gran negocio, y fue retirada de cartel a la noche siguiente a causa de tales amenazas.

Nuestra estancia en Nueva York fue la más desagradable de cuantas hemos pasado allí. Todos los días recibíamos noticias de anulaciones de los contratos de la película. Además de esto, me vi metido en un pleito de plagio por *El gran dictador*, y cuando aquel odio intenso y aquella hostilidad tanto de la prensa como del público alcanzaron el punto culminante, cuatro senadores me denunciaron ante el Senado. El caso fue juzgado ante un jurado, a pesar de que quise aplazarlo.

Antes de seguir adelante quiero aclarar las cosas, dejando constancia de que siempre he ideado y escrito yo solo mis guiones. El caso apenas acababa de iniciarse cuando el juez anunció que su padre se estaba muriendo. ¿Podríamos llegar a un acuerdo que le permitiese marcharse para estar junto a su padre? La parte contraria vio las ventajas que le reportaría aquello y dio saltos de alegría ante la oportunidad de un acuerdo nuestro. En circunstancias normales, yo hubiera insistido en que prosiguiera el caso; pero a causa de mi impopularidad en aquel momento en Estados Unidos, y ante la presión del tribunal, me sentí aterrado, no sabiendo qué podía ocurrir después; por eso llegamos a un acuerdo.

Todas nuestras esperanzas de ganar doce millones de dólares por *Monsieur Verdoux* se habían desvanecido; a duras penas cubriría gastos. De modo que la United Artists se encontró en una crisis desesperada. Para economizar, Mary insistió en que prescindiera de mi representante, Arthur Kelly, y se indignó cuando le recordé que yo también era dueño a medias de la compañía. «Si mis representantes se van, Mary, tendrán que hacer lo mismo los tuyos», le dije. Esto nos condujo a un callejón sin salida, que terminó cuando dije: «Es necesario que uno de los dos compre o venda; di tu precio». Pero Mary no quería poner precio, y yo tampoco.

Por fin, un despacho de abogados que representaban a un circuito de cines del Este vino en nuestro auxilio. Querían el control de la sociedad y estaban dispuestos a abonarnos doce millones de dólares: siete millones en metálico y cinco millones en acciones. Era un regalo del cielo.

«Mira —le dije a Mary—, dame cinco millones en metálico ahora y me retiraré, y tú puedes quedarte con el resto.»

Estuvo de acuerdo y también la sociedad. Tras unas semanas de negociación, se redactaron documentos para cerrar el trato. Al fin, mi abogado me llamó y me dijo: «Charlie, dentro de diez minutos podrás contar con cinco millones».

Pero diez minutos después me telefoneó: «Charlie, el trato no se ha cerrado. Mary

tenía la pluma en la mano e iba a firmar, cuando de repente dijo: “¡No! ¿Por qué él va a poder disponer ahora de cinco millones y yo tendré que esperar dos años para disponer de lo mío?”. Le hemos dicho que ella obtendría siete millones de dólares, dos millones más que tú; pero ha puesto la excusa de que eso le crearía problemas con su declaración sobre la renta».

Aquella fue una oportunidad dorada; más adelante nos vimos obligados a vender por una cantidad considerablemente menor.

Volvimos a California y me recobré totalmente de la prueba de *Monsieur Verdoux*. Así que empecé a elaborar nuevas ideas. Me sentía optimista y no estaba aún convencido de que hubiera perdido por completo el afecto del público estadounidense, y que la gente pudiera estar tan políticamente implicada o tan falta de humor como para boicotear a cualquiera que pudiera divertirle. Tenía una idea y debido al impulso no me importaba un ápice cuáles serían los resultados; la película tenía que hacerse.

Al mundo, sea cual fuera la apariencia moderna que adopte, le gusta siempre una historia de amor. Como dijo Hazlitt, el sentimiento es más atractivo que el intelecto y es también la mayor contribución a una obra de arte. Y mi idea era una historia de amor. Además, se trataba de algo completamente opuesto al cínico pesimismo de *Monsieur Verdoux*. Y la idea, y eso era lo más importante, me estimulaba.

Candilejas exigió una preparación de dieciocho meses. Había doce minutos de música para ballet que componer, lo que suponía una tarea casi insuperable, pues debía imaginar la acción del ballet. Anteriormente había compuesto la música solo cuando la película estaba terminada y podía ver la acción. Ahora, sin embargo, compuse toda la música imaginando la danza. Pero una vez acabada, me pregunté si sería adecuada para ballet, pues la coreografía tendría que ser improvisada por los propios bailarines.

Como era un gran admirador de André Eglevsky, pensé en él para el ballet. Eglevsky estaba en Nueva York, así es que le llamé para preguntarle si querría interpretar la danza de *El pájaro azul* con una música distinta y si podía sugerirme una bailarina que bailase con él. Me dijo que primero tendría que escuchar la música. El baile de *El pájaro azul* se acompaña con música de Chaikovski y dura cuarenta y cinco segundos. Por ello había compuesto algo de esa misma duración.

Habíamos pasado meses arreglando los doce minutos de música de ballet y la grabamos con una orquesta de cincuenta músicos y estaba deseando conocer su reacción. Por último, la bailarina, Melissa Hayden, y André Eglevsky vinieron en avión a Hollywood para oírla. Yo estaba muy nervioso, mientras ellos escuchaban la pieza; pero, gracias a Dios, los dos la aprobaron y dijeron que era una música apropiada para ballet. Ver cómo la bailaban fue uno de los momentos más emocionantes de mi carrera cinematográfica. Su interpretación fue sumamente halagüeña y daba a la música un tono clásico.

Para el papel de la joven yo quería lo imposible: belleza, talento y un gran temperamento. Después de meses de búsqueda y de pruebas con resultado negativo, tuve la buena fortuna de contratar a Claire Bloom, que me recomendó mi amigo Arthur Laurents. Hay algo en nuestra naturaleza que nos hace olvidar el odio y las cosas desagradables. El juicio y toda la acritud que implicaba habían desaparecido como la nieve bajo el sol. Entretanto, Oona había dado a luz cuatro hijos: Geraldine, Michael, Josie y Vicki. La vida en Beverly Hills era ahora grata. Formábamos un hogar feliz y todo marchaba bien. Recibíamos visitas los domingos y veíamos a muchos de nuestros amigos, entre ellos a Jim Agee, que había venido a Hollywood a fin de escribir un guión par John Huston.

Will Durant, escritor y filósofo, vivía también en Hollywood y daba conferencias en la Universidad de California, en Los Ángeles. Era un viejo amigo y a veces cenaba en casa. Eran veladas divertidas. Will, un entusiasta, que no necesitaba ningún estimulante para animarse a no ser la propia vida, me preguntó una vez: «¿Cuál es tu concepción de la belleza?». Le contesté que creía que era una omnipresencia de la muerte y de la seducción, una tristeza sonriente que discernimos en la naturaleza y en todas las cosas, una comunión mística que experimenta el poeta; una expresión de ella puede ser tanto un cubo de la basura sobre el cual cae un rayo de luz, como una rosa en el arroyo. El Greco lo vio en su *Crucifixión*.

Volvimos a ver a Will en una cena en casa de Douglas Fairbanks hijo. Estaban allí Clemence Dane y Clare Boothe Luce. Había conocido a Clare hacía muchos años en Nueva York, en un baile de disfraces en casa de W. R. Hearst. Estaba radiantemente bella aquella noche con un vestido del siglo XVIII y una peluca blanca, y se mostró muy agradable, hasta que la oí disputar con mi amigo George Moore, un hombre culto y sensitivo. En medio de su corrillo de admiradores, lo increpaba de un modo demasiado perceptible para los demás:

—Pareces un tanto misterioso. ¿Cómo consigues el dinero?

Eso sonaba bastante cruel, especialmente en presencia de otras personas. Pero George era afable y le contestó, riendo:

—Vendo carbón, juego un poco al polo con mi amigo Hitchcock y aquí está —en aquel momento pasaba yo por allí— mi amigo Charlie Chaplin, que me conoce.

La opinión que tenía respecto a ella cambió desde aquel momento. Y no me sorprendió oír que después había llegado a ser miembro del Congreso y se le había ocurrido calificar la política estadounidense con este profundo aforismo filosófico: «globo sonda mundial».

Aquella noche escuché los sermones dogmáticos de Clare Luce; claro que la conversación derivó hacia la religión (hacía poco que se había convertido al catolicismo), y en medio de la discusión dije: «No es preciso llevar la marca del cristianismo en la frente; se manifiesta tanto en el santo como en el pecador; la llama del Espíritu Santo está en todas las cosas». Aquella noche nos separamos con una ligera sensación de frialdad.

Cuando terminé *Candilejas* sentía menos preocupaciones respecto a su éxito de las que había tenido con ninguna otra de mis anteriores películas. Organizamos una proyección privada para nuestros amigos y todos se mostraron entusiasmados. Así que empezamos a pensar en irnos a Europa, pues Oona quería mandar allí a los niños al colegio, lejos de toda influencia hollywoodense.

Tres meses antes había presentado una solicitud para que me concedieran un permiso para volver a entrar, pero no había recibido respuesta. No obstante, seguí arreglando mis asuntos, preparándome para la partida. Hice la declaración de la renta y pagué mis impuestos. Pero cuando Hacienda se enteró de que me disponía a viajar a Europa, descubrió que les debía aún más dinero y de pronto inventaron una suma de seis cifras, exigiendo que pagase dos millones de dólares, cantidad diez veces mayor de la que me habían exigido. Mi instinto me dijo que no pagase nada y que insistiese en que el caso se viese de inmediato ante los tribunales. Eso hizo que llegásemos a un acuerdo con rapidez por una suma muy razonable. Ahora que ya no podían exigirme nada más, solicité de nuevo un permiso para volver a entrar, y esperé varias semanas, aunque sin obtener contestación. Así que envié una carta a Washington comunicándoles que aunque no quisieran concederme aquel permiso, tenía la intención de marcharme.

Una semana después recibí una llamada telefónica del Departamento de Inmigración para decirme que desearían formularme algunas preguntas. ¿Podían ir a mi casa?

«Desde luego», contesté.

Se presentaron tres hombres y una mujer; la mujer llevaba una máquina estenográfica. Los otros llevaban unas cajitas cuadradas que sin duda contenían magnetófonos. El principal interrogador era un individuo alto y delgado, de unos cuarenta años, apuesto y astuto. Me di cuenta de que eran cuatro contra uno, y que debía haber solicitado la presencia de mi abogado, aunque no tenía nada que ocultar.

Los llevé a la veranda y la mujer llevó su máquina estenográfica y la puso sobre una mesita. Los otros se sentaron en un diván, con los magnetófonos delante. El interrogador sacó un dossier de un pie de alto y lo depositó cuidadosamente en la mesa que tenía junto a él. Me senté enfrente. Luego empezó a hojear su dossier, hoja por hoja.

—¿Es Charles Chaplin su verdadero nombre?

—Sí.

—Algunas personas dicen que su nombre es… —aquí mencionó un nombre de evidente sonido extranjero— y que usted es originario de Galitzia.

—No. Mi nombre es Charles Chaplin, como mi padre, y nací en Londres, Inglaterra.

—¿Dice usted que no ha sido nunca comunista?

—Nunca. Nunca he formado parte de una organización política en mi vida.

—Usted pronunció un discurso en el que dijo «camaradas». ¿Qué quería usted dar

a entender con eso?

—Exactamente eso. Busqué la palabra en el diccionario. Los comunistas no tienen la exclusiva de esa palabra.

Continuó con preguntas por el estilo; luego, de repente, inquirió:

—¿Ha cometido usted alguna vez adulterio?

—Oigame —le contesté—, si está buscando una argucia para echarme del país, dígamelo y arreglaré mis asuntos de acuerdo con ello, porque no quiero quedarme en ninguna parte donde se me considere *persona non grata*.

—¡Oh, no! —me dijo—; es una pregunta que se hace al tramitar todos los permisos para una nueva entrada.

—¿Cuál es la definición de «adulterio»? —pregunté.

Los dos la buscamos en el diccionario.

—Significa «fornicación con la esposa de otro hombre» —me dijo.

Reflexioné un momento.

—No, que yo sepa —dije.

—Si este país fuese invadido, ¿lucharía para defenderlo?

—Con toda seguridad. Amo a esta nación; aquí tengo mi hogar y aquí he vivido durante cuarenta años —contesté.

—Pero usted no se ha hecho ciudadano estadounidense.

—No hay ninguna ley contra eso. Sin embargo, pago aquí mis impuestos.

—Pero ¿por qué sigue las consignas del partido?

—Si usted me dice lo que son esas consignas y a qué partido se refiere, podré contestarle si las sigo o no. —A continuación hubo una pausa, que rompí diciendo—: ¿Sabe usted cómo me he visto metido en este lío?

Negó con la cabeza.

—Por hacerle un favor a su gobierno.

Alzó las cejas en señal de protesta.

—Su embajador en la Unión Soviética, Joseph Davies, iba a hablar en San Francisco en favor de la ayuda al frente soviético en la guerra, pero a última hora sufrió un ataque de laringitis, y un alto representante de su gobierno me pidió que hablase en su lugar; desde entonces me han estado dando golpes en los nudillos.

Me estuvieron interrogando durante tres horas. Una semana después volvieron a llamar para preguntarme si querría ir al Departamento de Inmigración. Mi abogado insistió en acompañarme, «por si quieren hacerle más preguntas», dijo.

Cuando llegamos no podía haber sido acogido con mayor cordialidad. El jefe del Departamento de Inmigración, un hombre amable, de mediana edad, me dijo en un tono casi consolador:

—Siento que le hayamos entretenido, señor Chaplin. Pero ahora que tenemos ya establecido una oficina del Departamento de Inmigración en Los Ángeles, actuaremos con más rapidez, sin que las solicitudes tengan que ir y venir a y de Washington. Solo queda por hacer una pregunta, señor Chaplin. ¿Cuánto tiempo

estará usted fuera?

—No más de seis meses —le contesté—. Solo vamos a pasar unas vacaciones.

—En caso de que estuviera fuera más tiempo, deberá pedir una prórroga.

Dejó un documento en la mesa y luego salió del despacho. Mi abogado lo examinó rápidamente.

—¡Ya está! —me dijo—. ¡Es el permiso!

El hombre volvió con una pluma.

—¿Tendría la bondad de firmar aquí, señor Chaplin? Y tendrá que arreglar sus documentos de embarque. —Después de haberlo firmado, me palmeó afectuosamente la espalda—. Aquí está su permiso. Espero que tenga unas felices vacaciones, Charlie, ¡y regrese pronto a casa!

Era sábado e íbamos a partir el domingo por la mañana en el tren de Nueva York. Quería que Oona tuviera acceso a mi caja fuerte en caso de que me sucediese algo, pues contenía la mayor parte de mi fortuna. Pero Oona seguía retrasando la firma de los documentos en el banco. Y ahora era nuestro último día de estancia en Los Ángeles, y los bancos estarían cerrados al cabo de diez minutos.

—Nos quedan exactamente diez minutos para ir; así que tenemos que darnos prisa —dije.

Oona es un poco descuidada para esta clase de cuestiones.

—¿No podemos esperar hasta que regresemos de las vacaciones? —me dijo.

Pero yo insistí. Y en buena hora, pues de otra forma hubiéramos pasado el resto de nuestras vidas pleiteando para intentar llevarnos nuestra fortuna del país.

El día que nos fuimos a Nueva York fue muy doloroso. Mientras Oona estaba haciendo los últimos arreglos de la casa, yo me quedé fuera, en el jardín, contemplando la casa con sentimientos encontrados. ¡Cuántas cosas me habían ocurrido en aquella casa! ¡Cuánta felicidad había gozado en ella y cuánta angustia! Ahora el jardín y la casa tenían un aspecto tan apacible y amistoso, que me sentía conmovido al dejarlos.

Tras despedirme de Helen, la doncella, y de Henry, el mayordomo, me fui a la cocina para decir adiós a Anna, la cocinera. Soy muy tímido en tales ocasiones, y Anna, una mujer robusta y gorda, era un poco sorda. «Adiós», tuve que repetirle, tocándole el brazo. Oona fue la última en salir. Después me contó que había encontrado a la cocinera y a la doncella llorando. Jerry Epstein, mi ayudante de dirección, estaba en la estación para despedirnos.

El viaje a través del país fue un sedante. Pasamos una semana en Nueva York antes de tomar el barco. Justamente cuando estaba preparándome para iniciar el placer de las vacaciones me llamó mi abogado, Charles Schwartz, para decirme que un antiguo empleado de la United Artists había entablado un pleito contra la compañía, reclamando no sé cuántos millones. «No son más que ganas de fastidiar, Charlie. De todas maneras, quiero evitarte tener que acudir a una citación judicial, porque esto te obligaría a regresar de tus vacaciones.»

Por lo cual los últimos cuatro días estuve encerrado en mi habitación y me vi privado del gusto de ver Nueva York con Oona y los niños. Sin embargo, tenía intención de ofrecer un pase privado de *Candilejas* para la prensa, con citaciones o sin ellas.

Crocker, que era ahora mi agente de publicidad, había organizado un almuerzo con los redactores de las revistas *Time* y *Life*. Era una magnífica ocasión para conseguir una gran publicidad. Sus oficinas, con las desnudas paredes encaladas, eran un escenario adecuado para el frío ambiente de aquel almuerzo, mientras yo estaba sentado, esforzándome en mostrarme simpático y divertido ante una fila de solemnes hombres con las cabezas rapadas como astronautas: los redactores de *Time*. La comida fue tan gélida como el ambiente: pollo insípido con una salsa pálida y feculenta. Pero en lo que se refería a conseguir una buena publicidad para *Candilejas*, ni mi presencia ni mis esfuerzos por ser agradable, ni la comida, me favorecieron; su revista atacó con crueldad la película.

Aunque durante el pase para la prensa el ambiente era, sin duda, adverso, me quedé después agradablemente sorprendido por la serie de críticas que aparecieron en algunos de los periódicos más importantes.

30

Embarqué en el *Queen Elizabeth* a las cinco de la madrugada, una hora romántica, pero por la sórdida razón de evitar que me entregasen una citación. Las instrucciones de mi abogado fueron que embarcase de manera furtiva, me encerrase en el camarote y no apareciese en cubierta hasta que el práctico hubiese desembarcado. Como hacía doce años que estaba preparado para lo peor, obedecí.

Había soñado verme en cubierta con mi familia, disfrutando de aquel emocionante momento que es la partida de un barco, cuando suelta amarras y se desliza conduciéndonos a otra vida. En lugar de esto, estaba encerrado ignominiosamente en mi camarote, atisbando a través de la portilla.

—Soy yo —dijo Oona llamando a la puerta.

La abrí.

—Jim Agee acaba de llegar para despedirse de nosotros. Está en el muelle. Le he gritado que te había escondido para evitar que te entregasen la citación y que le saludarás desde la portilla. Allí está ahora, en el extremo del muelle —me dijo.

Vi a Jim algo separado de un grupo de personas, de pie bajo el implacable sol, mirando el barco. A toda prisa me quité el sombrero, saqué un brazo por la escotilla y lo agité, mientras Oona miraba por la segunda escotilla.

—No, todavía no te ha visto —me dijo ella.

Y Jim no me vio jamás; aquella fue la última visión que tuve de Jim, de pie, solo, como si estuviera separado del mundo, atisbando y buscando. Dos años después murió de un ataque al corazón.

Por fin emprendimos el viaje, y en cuanto el práctico se hubo marchado descorrí el cerrojo de la puerta y subí a cubierta como un hombre libre. Allí estaba la silueta altanera de Nueva York, distante y magnánima, alejándose de mí a la luz del sol, haciéndose más etéreamente bella a cada momento… y la visión de aquel vasto continente que desaparecía en la niebla me produjo una sensación especial.

Aunque excitado de antemano ante la idea de visitar Inglaterra con mi familia, me sentía agradablemente sereno. El largo trayecto por el Atlántico es liberador. Me sentía otra persona. Ya no era un mito del mundo cinematográfico, blanco de la

acritud de la gente, sino un hombre casado que se marchaba de vacaciones con su esposa y su familia. Los niños estaban en cubierta, entretenidos con sus juegos, mientras Oona y yo nos sentábamos en un par de tumbonas. Y de este modo comprendí qué era la felicidad completa: algo muy cercano a la tristeza.

Hablábamos afectuosamente de los amigos que dejábamos atrás. Hablamos incluso de la simpatía de la gente del Departamento de Inmigración. ¡Qué fácilmente se sucumbe a una ligera cortesía! La enemistad es difícil de fomentar.

Oona y yo teníamos el propósito de tomarnos unas largas vacaciones y divertirnos; y con la presentación de *Candilejas* aquellas vacaciones tendrían su finalidad. La idea de combinar los negocios con el placer era sumamente agradable.

La comida del día siguiente no pudo ser más alegre. Nuestros invitados fueron Arthur Rubinstein y su esposa y Adolph Green. Pero al rato entregaron a Harry Crocker un cablegrama. Iba a guardárselo en el bolsillo, pero el repartidor le dijo: «Están esperando respuesta por radio». Mientras lo leía se le ensombreció la cara; luego se disculpó y se levantó de la mesa.

Poco después me llamó a su camarote y me leyó el telegrama. Me anunciaban que las puertas de Estados Unidos estaban cerradas para mí, y que antes de que pudiera entrar de nuevo en el país tendría que presentarme ante el Comité Investigador de Inmigración para contestar a unas acusaciones de orden político y de depravación moral. La United Press deseaba saber si tenía algún comentario que hacer.

Me puse muy nervioso. El hecho de volver a entrar o no en aquel desdichado país tenía poca importancia para mí. Me hubiera gustado decirles que cuanto antes me viera libre de aquel ambiente cargado de odio mejor, que estaba harto de los insultos de Estados Unidos y de su moral farisea, y que todo el asunto era una pesada molestia. Pero todo cuanto tenía estaba en Estados Unidos, y me aterraba pensar que pudiesen encontrar una manera de confiscarlo. Ahora podía esperar de ellos cualquier acción sin escrúpulos. Así que me destapé con una declaración pomposa, diciendo que regresaría para contestar a todas sus acusaciones, y que el permiso de retorno que tenía no era un «papel mojado», sino un documento que me había dado de buena fe el gobierno de Estados Unidos…, y bla, bla, bla…

En el barco ya no pude descansar. Recibí radiogramas de la prensa de todas partes del mundo pidiéndome declaraciones. En Cherburgo, nuestra primera escala antes de Southampton, más de cien periodistas europeos subieron a bordo para entrevistarme. Decidí concederles una hora en el comedor después del almuerzo. Aunque se mostraron agradables, la prueba fue pesada y agotadora.

El viaje de Southampton a Londres estuvo lleno de inquietud, pues mucho más importante que ser rechazado por Estados Unidos era mi ansiedad por saber cuál sería la reacción de Oona y de los niños cuando vieran por primera vez la campiña inglesa. Durante años había alabado la maravillosa belleza del sudeste de Inglaterra: Devonshire y Cornualles; y ahora estábamos pasando ante lúgubres bloques de

edificios de ladrillo rojo y de calles de casas uniformes serpenteando sobre las colinas.

—Todas parecen iguales —dijo Oona.

—Danos una oportunidad —le dije—. Solo acabamos de salir de Southampton.

Y a medida que nos fuimos adentrando el paisaje se hizo más bello.

Al llegar a la estación de Waterloo de Londres, la muchedumbre fiel estaba allí, tan leal y entusiasta como siempre. La gente nos saludaba y aplaudía cuando salimos de la estación. «Háblales fuerte, Charlie», gritó una voz. Aquello me reconfortó.

Cuando por fin Oona y yo tuvimos un momento de tranquilidad, nos asomamos a la ventana de nuestra suite de la quinta planta del hotel Savoy. Le señalé el nuevo puente de Waterloo; pese a su belleza, ahora significaba poco para mí, simplemente me conducía a mi infancia. Estuvimos callados, gozando de la vista más emocionante de una ciudad que puede haber en el mundo. He admirado la romántica elegancia de la place de la Concorde de París, he sentido el místico mensaje de un millar de ventanas resplandecientes a la puesta del sol en Nueva York; pero, para mí, la vista del Támesis desde nuestra ventana del hotel las supera a todas en grandeza funcional, teniendo al mismo tiempo un sentido profundamente humano.

Miré a Oona mientras contemplaba el paisaje, con la cara tensa por una excitación que la hacía parecer más joven que sus veintisiete años. Desde nuestra boda había pasado por muchas pruebas conmigo, y mientras miraba Londres con la luz del sol cayendo sobre su oscuro pelo, vi en él por primera vez una o dos hebras de plata. No hice ningún comentario; pero en aquel momento, mientras Oona decía apaciblemente: «Me gusta Londres», me sentí consagrado para siempre a ella.

Habían pasado veinte años desde la última vez. Situado en mi punto de observación, el río se curva y en sus orillas se alzan unas construcciones feas y modernas, que desfiguran su contorno. La mitad de mi infancia había transcurrido entre las cenizas calcinadas de sus solares, solitarios y llenos de hollín.

Cuando Oona y yo vagabundeábamos por Leicester Square y Piccadilly, adulterados ahora por los puestos de productos estadounidenses —hamburguesas, perritos calientes, cafeterías, etcétera—, vimos a jóvenes sin sombrero y a chicas con vaqueros yendo de aquí para allá. Recuerdo cuando te vestías para ir al West End y paseabas con guantes amarillos y bastón. Pero aquel mundo ha desaparecido y otro ha ocupado su lugar; los ojos ven de un modo diferente; la emoción reacciona ante otras cosas. Los hombres lloran con el jazz y la violencia se ha hecho sexual. El tiempo prosigue su avance.

Fuimos en taxi a Kennington para ver el número 3 de Pownall Terrace; pero la casa estaba vacía, a punto de ser derribada. Nos detuvimos ante el número 287 de Kennington Road, donde Sydney y yo habíamos vivido con mi padre. Cruzamos Belgravia y vimos en las habitaciones de aquellas que fueron en un tiempo magníficas mansiones particulares luces de neón y escribientes trabajando ante las mesas; otras casas habían sido sustituidas por formas oblongas, como cubos de cristal

y cajas de cerillas de cemento, ascendiendo hacia lo alto, todo en nombre del progreso.

Teníamos muchos problemas que solucionar: el primero, sacar nuestro dinero de Estados Unidos. Eso significaba que Oona tendría que regresar en avión a California y retirar cuanto teníamos en la caja del banco. Estuvo ausente diez días. Cuando regresó me contó con todo detalle lo que había sucedido. En el banco, el empleado observó su firma, la miró, luego se marchó y estuvo hablando durante un buen rato con el director. Oona tuvo un momento de inquietud, hasta que abrieron nuestra caja fuerte.

Me dijo que una vez completados los trámites en el banco fue a la casa de Beverly Hills. Todo seguía exactamente igual que lo habíamos dejado; las flores y el jardín estaban preciosos. Permaneció sola un momento en el cuarto de estar, muy emocionada. Después vio a Henry, nuestro mayordomo suizo, quien le dijo que después de habernos marchado, los hombres del FBI habían ido dos veces y le habían interrogado, queriendo saber qué clase de hombre era yo, si sabía de ciertas bacanales con chicas desnudas que se habían celebrado en mi casa, etcétera. Cuando les dijo que yo vivía tranquilamente con mi mujer y mis hijos, quisieron amedrentarlo, haciéndole preguntas sobre su nacionalidad y el tiempo que llevaba en el país, y le pidieron su pasaporte.

Oona dijo que al oír todo eso el cariño que sintió por la casa desapareció en aquel mismo instante. Incluso las lágrimas de Helen, nuestra doncella, que lloró al marcharse Oona, no tuvieron otro efecto que el de precipitar su partida.

Mis amigos me han preguntado cómo me las arreglé para suscitar tanta hostilidad en los estadounidenses. Mi estupendo pecado fue, y sigue siendo, mi carácter inconformista. Aunque no soy comunista, me negué a seguir la corriente y a odiarlos. Esto, por supuesto, ha molestado a muchos, incluida la Legión Americana. No me opongo a esa organización en lo que respecta a su significación, verdaderamente constructiva; medidas como la enseñanza obligatoria, la Carta de Derechos Humanos y otros beneficios para los excombatientes y sus hijos necesitados, son excelentes y humanitarias. Pero cuando los legionarios sobrepasan sus derechos legítimos y bajo la máscara del patriotismo utilizan su poder para abusar de los demás, entonces cometen un delito contra la estructura fundamental del gobierno estadounidense. Estos superpatriotas pueden llegar a ser las células que conviertan a Estados Unidos en una nación fascista.

En segundo lugar, me oponía al Comité de Actividades Antiamericanas, un nombre para empezar deshonesto, lo suficientemente elástico para cerrar su garra alrededor de la garganta y estrangular la voz de cualquier ciudadano estadounidense cuya honrada opinión sea minoritaria.

En tercer lugar, nunca he querido hacerme ciudadano estadounidense. Por otra parte, hay muchos estadounidenses que se ganan la vida en Inglaterra y que no han intentado nunca hacerse súbditos británicos; por ejemplo, un director estadounidense

de la MGM, que gana en dólares a la semana un sueldo de cuatro cifras, vive y trabaja en Inglaterra desde hace más de treinta y cinco años sin hacerse súbdito británico, y los ingleses no le han molestado nunca.

Esta explicación no es una disculpa. Cuando empecé este libro me pregunté qué razón tenía para escribirlo. Hay muchas razones, pero la disculpa no es una de ellas. Para resumir mi situación, diré que en un ambiente de camarillas poderosas y de gobiernos ocultos, suscité la hostilidad de todo un país y perdí, desgraciadamente, el afecto del público estadounidense.

Candilejas se estrenó en el Odeón, en Leicester Square. Me intranquilizaba saber cuál sería la acogida que le dispensarían, pues no era una película corriente de Chaplin. Antes del estreno tuvimos un pase privado para la prensa. El tiempo me había alejado lo suficiente de la película para permitirme juzgarla con objetividad. Y debo decir que me conmovió. Esto no se debe al narcisismo, pues puedo divertirme con ciertas secuencias de mis películas y detestar otras. Sin embargo, no lloré, como dio a entender no sé qué reportero, y aunque hubiera llorado, ¿qué hay de malo en ello? Si el autor no siente emoción ante su obra, difícilmente podrá esperar que la sienta el público. Francamente, yo me divierto con mis películas aún más que el público.

La función de gala de *Candilejas* se organizó para fines benéficos, y la princesa Margarita asistió a ella. Al día siguiente se proyectó para el público en general. Aunque las críticas fueron tibias, batió los récords mundiales de taquilla, y a pesar de que fue boicoteada en Estados Unidos, me ha dado más dinero que ninguna de las películas que he hecho en mi vida.

Antes de dejar Londres para dirigirme a París, Oona y yo fuimos invitados de lord Strabolgi en una cena que se celebró en la Cámara de los Lores. Estuve sentado junto a Herbert Morrison, y me sorprendió oír que como socialista apoyaba la política de defensa atómica. Le dije que por mucho que aumentáramos nuestro arsenal de armas atómicas, Inglaterra sería siempre un blanco vulnerable; que era una isla pequeña y que las represalias serían de poco consuelo después de que hubiéramos quedado reducidos a cenizas. Estoy convencido de que la estrategia más sana para la defensa de Inglaterra es la de la neutralidad absoluta, aunque dudo que en una era atómica la neutralidad absoluta no fuera violada. Pero mis opiniones no estaban en modo alguno de acuerdo con las de Morrison.

Me sorprende ver cuántas personas inteligentes hablan en favor de las armas atómicas. En otra casa coincidí con lord Salisbury, que era de la misma opinión que Morrison, y al expresar mi odio a la defensa nuclear, tuve la impresión de no haber quedado en buen lugar ante «Su Señoría».

En este trance, me parece adecuado resumir el estado del mundo tal como lo veo hoy día. Las complejidades cada vez mayores de la vida moderna, la invasión dinámica del siglo XX, mantienen al individuo cercado por gigantescas instituciones que le amenazan por todos lados, política, científica y económicamente. Nos hemos

convertido en víctimas de la limitación del alma, de las sanciones y de las cosas permitidas.

Esta materia en la que nos hemos dejado encerrar se debe a una falta de discernimiento cultural. Nos hemos zambullido ciegamente en la fealdad y en el aborregamiento y hemos perdido nuestro sentido de la estética. Nuestro sentido de la vida ha quedado embotado por el ansia de ganancia, el poder y el monopolio. Hemos permitido que esas fuerzas nos envuelvan con un descuido total de sus nefastas consecuencias.

La ciencia, sin una inteligente orientación o sentido de la responsabilidad, nos ha entregado a los políticos y las armas militares de destrucción, que tienen en sus manos el destino de todos los seres vivos de este planeta.

Esta plétora de poder dejada en manos de hombres cuya responsabilidad moral y cuya competencia intelectual no son, y es lo menos que de ellos puede decirse, infalibles, y en muchos casos son discutibles, puede terminar en una guerra de exterminio de toda vida existente sobre la Tierra. Sin embargo, vamos ciegamente hacia delante.

Como me dijo en una ocasión Robert Oppenheimer: «El hombre está impulsado por la necesidad de saber». Bien está, pero en muchos casos, sin preocupación alguna de las consecuencias. Con esto Oppenheimer estuvo de acuerdo. Algunos sabios son como los fanáticos religiosos. Se lanzan hacia delante, creyendo que lo que descubren es siempre para bien y que su credo del conocimiento es un credo moral.

El hombre es un animal con instintos primarios de supervivencia. En consecuencia, su ingenio se ha desarrollado primero, y su alma después. Por tanto, el progreso de la ciencia va muy por delante de la conducta ética del hombre.

El altruismo avanza despacio a lo largo del sendero del progreso humano. Camina y va dando tropezones detrás de la ciencia. Y solo se le permite actuar por la fuerza de las circunstancias. La pobreza no ha disminuido por el altruismo o por la filantropía de los gobiernos, sino por las fuerzas del materialismo dialéctico.

Carlyle ha dicho que la salvación del mundo vendrá del pensamiento colectivo. Pero para que esto ocurra el hombre debe ser impulsado por graves circunstancias.

Así, al desintegrar el átomo, se ve arrinconado y se pone a pensar. Puede elegir entre destruirse a sí mismo o saber comportarse; el ímpetu de la ciencia lo está forzando a tomar esta decisión. Y en estas circunstancias, creo que, al final, su altruismo sobrevivirá y triunfará su buena voluntad por la humanidad.

Después de abandonar Estados Unidos vivíamos en un plano distinto. En París y en Roma fuimos recibidos como héroes triunfantes; invitados por el presidente Vincent Auriol a comer en el Elíseo, e igualmente invitados a comer en la embajada británica. Luego el gobierno francés me elevó al rango de oficial de la Legión de Honor, y ese mismo día la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos me nombró miembro honorario. Fue muy conmovedora para mí una carta de su presidente, Roger

Ferdinand. Decía así:

Querido Sr. Chaplin:

Si algunas personas se extrañaron por la publicidad hecha en torno a su presencia, se debió a que estaban mal informadas de las razones por las que lo queremos y lo admiramos; serían también malos jueces de los valores humanos, y no se habrían tomado la molestia de contar los beneficios que ha generado usted en nosotros durante los últimos cuarenta años, ni de apreciar en su justo valor sus enseñanzas, ni la calidad de las alegrías y emociones que nos ha prodigado; en el mejor de los casos, serían, por lo menos, ingratas.

Usted se cuenta entre las más grandes personalidades del mundo, y los títulos que le dan derecho a la fama son iguales a los de quienes pueden situarse entre los más ilustres.

El primero de ellos es su genio. Esta palabra «genio», de la que tanto se ha abusado, adquiere su verdadero sentido cuando se la aplica a un hombre que no es solo un maravilloso actor, sino también autor, compositor, productor y, sobre todo, un hombre cordial y de bien. Pues usted es todo eso, y además con una sencillez que aumenta su estatura y que tiene un atractivo cálido y espontáneo, sin cálculos ni esfuerzos, para los corazones de los hombres de hoy, que se sienten tan atormentados como el de usted. Pero el genio no es suficiente para merecer la estimación, ni es suficiente para engendrar amor. Y, sin embargo, amor es la única palabra para expresar el sentimiento que usted inspira.

Cuando vimos *Candilejas* nos reímos muchas veces de todo corazón y lloramos, con lágrimas auténticas, las suyas, pues usted nos dio el precioso don de las lágrimas.

Realmente, la verdadera fama no puede usurparse; solo tiene sentido, valor y duración cuando se consagra a una buena causa. Y su victoria reside en el hecho de tener usted una generosidad y una espontaneidad humanas, que no están coartadas por las reglas o por las habilidades, sino que provienen de su propio sufrimiento, de sus alegrías, esperanzas y contrariedades; todo esto lo comprenden los que sufren más allá de sus fuerzas e imploran piedad y esperan constantemente ser aliviados, que les proporcionen un olvido momentáneo, con esa risa que no pretende curar, sino solo consolar.

Se puede uno imaginar, aun cuando no lo sepa, el precio que usted ha pagado por este don maravilloso que usted tiene de hacernos reír y luego, de pronto, llorar. Se puede uno imaginar, o mejor aún, puede uno percibir los sufrimientos que ha tenido usted que padecer para poder retratar con todo detalle todas esas pequeñas cosas que nos conmueven tan hondamente, y que usted ha tomado de los momentos de su propia vida.

Usted tiene buena memoria. Es fiel a los recuerdos de su infancia. No ha olvidado nada de su tristeza, de sus privaciones; ha querido ahorrar a otros el daño que

padeció, o al menos ha querido dar a todos una razón para tener esperanza. Nunca ha traicionado usted su triste juventud, y la fama no ha podido jamás apartarle del pasado, pues, por desgracia, estas cosas pueden ocurrir. Esta fidelidad a sus primeros recuerdos es quizá su mayor mérito y el más importante de sus valores, y también la verdadera razón por la que las multitudes le adoran. Responden a las sutilezas de su interpretación. Parece como si usted estuviera siempre en contacto directo con los corazones de los demás. Y, claro, nada es más armonioso que esta comunión del autor, del actor y del director, que aplican sus talentos combinados al servicio de todo lo que es humano y bueno.

Esta es la razón de que su obra sea siempre generosa. No está coartada por las teorías y casi ni siquiera por la técnica; es siempre una confesión, una confidencia, una oración. Y cada cual es su cómplice, porque piensa y siente como usted.

Con su talento ha subyugado usted a los críticos, porque siempre ha logrado seducirlos. Es una tarea difícil. Nunca admitirá que usted responde por igual al encanto del melodrama pasado de moda y al endiablado gusto de Feydeau. Y, sin embargo, usted lo consigue, aunque haciendo gala también de cierta gracia, que nos hace pensar en Musset. Pero usted no imita a nadie ni a nadie se asemeja. Este es también el secreto de su gloria.

Hoy, nuestra Sociedad de Autores y Dramaturgos tiene el honor, el gozo, de darle la bienvenida. De este modo nos sumamos por unos momentos al peso de los compromisos que ha sobrellevado valientemente. Estamos ansiosos de recibirle en nuestro seno y de decirle cuánto le admiramos y le amamos, y de decirle también que usted es en verdad uno de los nuestros. Pues en sus películas el argumento está escrito por el señor Chaplin. Y la música también está compuesta por él, y él es quien la dirige. Y ser actor es, además, una contribución adicional y asimismo de primera clase.

Aquí tiene a los autores de Francia, autores de obras de teatro y de películas, compositores y productores, todos, como usted, de su propia clase, familiarizados con el orgullo y el propio sacrificio del arduo trabajo que usted tan bien conoce, con la ambición de conmover y divertir a las multitudes, mostrarles las alegrías y las tristezas de la vida, retratar el temor del amor perdido, la piedad para las tribulaciones inmerecidas, y con el deseo de enmendar lo que está equivocado, con un espíritu de paz, esperanza y fraternidad.

Gracias, señor Chaplin.

ROGER FERDINAND

Al estreno de *Candilejas* asistió un público muy distinguido, entre el que se encontraban los ministros del gabinete francés y los embajadores extranjeros. Sin embargo, el embajador de Estados Unidos no estuvo presente.

En la Comédie Française fuimos invitados de honor en una representación

especial del *Don Juan* de Molière, que fue interpretado por los más relevantes artistas de Francia. Aquella noche se iluminaron y corrieron las fuentes del Palais-Royale, y Oona y yo fuimos recibidos por estudiantes de la Comédie vestidos con libreas del siglo XVIII y sosteniendo candelabros encendidos con los que nos condujeron al anfiteatro, ocupado por las mujeres más bellas de toda Europa.

En Roma tuvimos un recibimiento semejante; fui honrado, condecorado y recibido por el presidente y los ministros. En aquella ocasión ocurrió un incidente divertido en la proyección privada de *Candilejas*. El ministro de Bellas Artes propuso que entrase por la puerta del escenario, a fin de evitar el gentío. La sugerencia del ministro me pareció algo rara, y le dije que si el público tenía la paciencia suficiente para permanecer delante del teatro con objeto de verme, lo menos que podía yo hacer era tener la cortesía de entrar por la puerta principal y dejarme ver. El ministro lucía una expresión curiosa, mientras me reiteraba en tono suave que entrando por la puerta lateral me ahorraría muchas molestias. Pero insistí, de modo que él no presionó más.

Aquella noche tuvo el esplendor habitual de las funciones de gala. Cuando nos apeamos del coche, el gentío se amontonaba al otro lado de la calle, acordonada, demasiado lejos, pensé. Con toda la seducción de que soy capaz, bajé del coche y llegué hasta la mitad de la calzada, y ante una plétora de luces de arco, con una amplia sonrisa, levanté los brazos a la manera de De Gaulle. En ese mismo momento cayeron junto a mí repollos y tomates. No estaba muy seguro de qué era aquello ni de lo que había ocurrido, hasta que oí que mi amigo italiano, el intérprete, murmuraba a mi espalda: «¡Y pensar que esto suceda en mi país!». Sin embargo, no me alcanzó ningún proyectil, y rápidamente entramos en el teatro. Entonces me hizo gracia lo humorístico de la situación y no pude dejar de reír. Hasta mi amigo italiano tuvo que reírse conmigo.

Después nos enteramos de que los agresores eran jóvenes neofascistas. Debo decir que no tiraban con demasiada vehemencia; era, más que nada, una simple manifestación. Cuatro de ellos fueron inmediatamente detenidos y la policía me preguntó si deseaba presentar una denuncia contra ellos. «Claro que no —dije—. Solo son chicos.» Eran de edades comprendidas entre los catorce y los dieciséis años, y así terminó el asunto.

Antes de marcharnos de París para trasladarnos a Roma, Louis Aragon, poeta y director de *Les Lettres Françaises*, había llamado para decir que a Jean-Paul Sartre y a Picasso les gustaría entrevistarse conmigo. Así es que los invité a cenar. Sugirieron que fuera en algún sitio tranquilo; de modo que cenamos en mis habitaciones del hotel. Cuando Harry Crocker, mi agente de publicidad, se enteró de ello, casi le dio un ataque.

—Esto echará por tierra todo lo que habíamos conseguido desde que salimos de Estados Unidos.

—¡Pero, Harry, estamos en Europa, no en Estados Unidos, y resulta que estos señores son tres de las figuras más relevantes del mundo! —le dije.

Había tenido buen cuidado de no confiar a Harry ni a nadie que no tenía intención de regresar a Estados Unidos, porque aún tenía allí bienes de los que no había dispuesto en aquella fecha. Harry casi me hizo creer que una entrevista con Aragon, Picasso y Sartre era una conspiración para derrocar la democracia occidental. Sin embargo, su preocupación no fue óbice para que les persiguiese con objeto de que firmaran en su libro de autógrafos. Harry no fue invitado a cenar. Le dije que esperábamos que llegase después Stalin, y no queríamos que se diera a aquello ninguna publicidad.

No estaba muy seguro de cómo resultaría la noche. Solo Aragon sabía inglés, y la conversación a través de un intérprete es como disparar a un blanco lejano y esperar a saber el resultado de su puntería.

Aragon es un hombre apuesto, de rasgos bien dibujados. Picasso tiene una mirada burlona y humorística, y podría pasar por un acróbata o por un payaso antes que por un pintor. Sartre tiene la cara redonda, y aunque sus facciones no se prestan al análisis, poseen un sutil atractivo y sensibilidad. Sartre reveló poco de sí mismo. Aquella noche, después de haberse disuelto la reunión, Picasso nos llevó a su estudio de la orilla izquierda, que todavía utiliza. Cuando subíamos la escalera vimos un cartel en la puerta del cuarto que estaba debajo del suyo: «Este no es el estudio de Picasso; es un piso más arriba, por favor».

Llegamos a una buhardilla deplorable y parecida a un granero, incluso a Chatterton le habría desagradado morir en ella. Colgando de un clavo, en una viga, había una bombilla, que nos permitió ver una cama desvencijada de hierro y una estufa rota. Apoyada en la pared había una pila de viejos lienzos polvorientos. Cogió uno; era un Cézanne y de los más bellos; cogió otro y otro. Vimos más de cincuenta obras maestras. Sentí la tentación de ofrecerle una suma elevada por el lote, solo por sacarlo de aquella leonera. En aquel «bajo fondo» a lo Gorki había una mina de oro.

31

Después de los estrenos de París y Roma regresamos a Londres, donde estuvimos varias semanas. Tenía que buscar aún casa para mi familia. Un amigo me sugirió Suiza. Por supuesto, me hubiera gustado instalarme en Londres, pero no estábamos seguros de que el clima les fuera a sentar bien a los niños, y por entonces estábamos francamente preocupados por el dinero bloqueado.

Así que, con cierta melancolía, reunimos nuestros enseres y con los cuatro niños llegamos a Suiza. Nos alojamos provisionalmente en el hotel Beau-Rivage, en Lausana, frente al lago. Era otoño y resultaba algo triste, pero las montañas eran hermosas.

Estuvimos cuatro meses buscando una casa que nos conviniera. Oona, que esperaba nuestro quinto hijo, dijo terminantemente que cuando saliera de la clínica no quería volver a un hotel. Eso fue lo que me obligó a buscar algo, y nos acomodamos, por fin, en el Manoir de Ban,[15] en el pueblo de Corsier, un poco más arriba de Vevey. Ante nuestro asombro, descubrimos que tenía treinta y cinco acres de terreno que, entre otras cosas, produce cerezas, deliciosas ciruelas claudias, manzanas y peras; y una huerta en la que se cultivan fresas, maravillosos espárragos y maíz, una huerta a la que, en temporada, y estemos en donde estemos, vamos en peregrinación. Frente a la terraza hay una pradera de cinco acres, con magníficos y corpulentos árboles, que encuadran las montañas y el lago, a lo lejos.

Contraté a un personal muy competente: la señorita Rachel Ford, que se ocupó de organizar nuestra casa y que se convirtió más adelante en mi administradora, y a la señora Burnier, mi secretaria anglosuiza, que ha escrito y reescrito a máquina este libro muchas veces.

Estábamos un poco intimidados por la pretenciosidad de la mansión y nos preguntábamos si se adaptaría a nuestros ingresos; pero cuando el propietario nos dijo lo que costaba su mantenimiento, vimos que estaba dentro de los límites de nuestro presupuesto. Y así fue como nos fuimos a vivir al pueblo de Corsier, cuya población es de 1.350 habitantes.

Nos llevó casi un año orientarnos. Durante algún tiempo los niños fueron a la escuela del pueblo de Corsier. No era fácil que se les enseñara de repente todo en francés, y teníamos ciertos temor en cuanto al efecto psicológico que esto podría ejercer sobre ellos. Pero muy pronto hablaron francés con soltura, y era emocionante ver lo bien que se habían adaptado al estilo de vida suizo. Incluso Kay Kay y Pinnie, las encargadas de los niños, se decidieron a aprender francés.

Y entonces empezamos a romper los vínculos con Estados Unidos. Esto nos llevó un tiempo considerable. Fui a ver al cónsul estadounidense y le entregué mi permiso de regreso, diciéndole que renunciaba a mi residencia en Estados Unidos.

—¿No va a volver, Charlie?

—No —dije, casi disculpándome—. Soy un poco viejo para soportar más tonterías de esas.

No hizo ningún comentario, pero dijo:

—Bien; pero siempre podrá usted volver con un visado ordinario, si desea regresar.

Sonreí, meneando la cabeza.

—He decidido establecerme en Suiza.

Nos dimos la mano y eso fue todo.

Oona decidió después renunciar a su ciudadanía estadounidense. Para ello, cuando estábamos visitando Londres, lo comunicó a la embajada de su país. Sin embargo, le dijeron que llevaría, por lo menos, tres cuartos de hora terminar todas las formalidades. «¡Qué tontería! —le dije a Oona—. Es ridículo que tarden tanto. Iré contigo.»

Cuando llegamos a la embajada todos los insultos y calumnias del pasado se hincharon dentro de mí como un globo a punto de estallar. En voz alta pregunté por la oficina del Departamento de Inmigración. Oona estaba azorada. Se abrió una de las puertas de la oficina y apareció un hombre, que dijo: «¡Hola, Charlie! ¿Quiere entrar aquí con su mujer?»

Debió de leer mi pensamiento, pues su primera observación fue: «Un estadounidense que va a renunciar a su ciudadanía debe saber bien lo que va a hacer y estar en sus cabales. Por eso empleamos este tipo de interrogatorio: para proteger al ciudadano».

Desde luego, aquello me pareció natural.

Era un hombre que frisaba los sesenta años. «Le vi a usted en Denver en mil novecientos once, en el antiguo teatro Empress», me dijo, mirándome con displicencia.

Me serené, naturalmente, y estuvimos hablando de los viejos tiempos.

Cuando terminó aquella prueba, estuvo firmado el último papel y le dimos un cordial adiós, me sentí un poco triste por mi falta de emoción en aquel asunto.

En Londres vemos de cuando en cuando a algunos amigos, y entre ellos a Sydney

Bernstein, Ivor Montagu, sir Edward Beddington-Behrens, Donald Ogden Stewart; Ella Winter, Graham Greene, J. B. Priestley, Max Reinhardt y Douglas Fairbanks hijo. Aunque los veamos poco, pensar en ellos es reconfortante, como el placer de saber que existe una amarra en alguna parte si en alguna ocasión queremos anclar en un puerto.

En una de nuestras visitas a Londres recibimos una nota diciendo que a Jruschov y a Bulganin les complacería entrevistarse con nosotros en una recepción que ofrecía la embajada soviética en el hotel Claridge. Cuando llegamos, el vestíbulo estaba abarrotado por un gentío, acordonado y en plena excitación. Con ayuda de un miembro de la embajada soviética empezamos a abrirnos paso a través de la masa. De repente, viniendo de frente, vimos a Jruschov y a Bulganin; también ellos se estaban abriendo paso, y por su expresión notamos que estaban molestos y se iban a retirar.

Se podía advertir que Jruschov, incluso en un momento de apuro, no carece de humor. Cuando estaba empujando para encontrar una salida, nuestro acompañante le llamó: «¡Jruschov!». Pero él se alejó, haciendo con la mano un gesto para mostrar que estaba harto. «¡Jruschov, Charlie Chaplin!», gritó nuestro hombre. Tanto Bulganin como Jruschov se detuvieron, dieron la vuelta y sus caras se iluminaron. Naturalmente, esto me halagó. En medio de la marea humana y del amontonamiento de la multitud, fuimos presentados. Por medio de un intérprete, Jruschov dijo algo respecto a lo mucho que el pueblo ruso apreciaba mis películas; luego nos ofrecieron vodka. Me pareció que habían tirado un bote de pimienta dentro, pero a Oona le gustó.

Nos las arreglamos para formar un corrillo, de modo que pudiéramos ser fotografiados. Por culpa del ruido yo no podía decir nada. «Vamos a la habitación de al lado», dijo Jruschov. La gente comprendió nuestras intenciones y se libró una batalla. Con ayuda de cuatro hombres fuimos lanzados como con catapulta en un salón privado. Una vez solos, Jruschov y todos los demás suspiramos: «¡Uf!». Ahora tenía ocasión de recurrir al ingenio y hablar. Jruschov acababa de pronunciar un maravilloso discurso, lleno de buena voluntad, a su llegada a Londres. Fue como un rayo de sol, y así se lo dije, comentándole que había dado esperanzas de paz a millones de personas en todo el mundo.

Fuimos interrumpidos por un reportero estadounidense:

—He sabido, señor Jruschov, que su hijo estuvo por ahí anoche divirtiéndose.

Jruschov tuvo una sonrisa regocijada, pero un poco molesta.

—Mi hijo es un muchacho serio, que estudia mucho para convertirse en ingeniero…, pero supongo que se divertirá algo de vez en cuando.

Unos minutos más tarde trajeron una nota diciendo que el señor Harold Stassen estaba fuera y que le gustaría ver al señor Jruschov. Se volvió hacia mí con aire jovial:

—¿No le importa? Es estadounidense.

Me eché a reír.

—No me importa.

Poco después, el señor y la señora Stassen y el señor y la señora Gromiko entraron disparados por la puerta. Entonces Jruschov se disculpó conmigo, diciendo que solo se entretendría unos minutos, y fue hacia un rincón apartado de la habitación para hablar con Stassen y Gromiko.

Por entablar conversación, pregunté a la señora Gromiko si iba a regresar a la Unión Soviética. Dijo que volvía a Estados Unidos. Observé que ella y su marido residían allí hacía mucho tiempo. Se echó a reír, un poco cohibida.

—No me importa —dijo—. Me gusta aquello.

—No creo que el auténtico Estados Unidos esté en Nueva York ni en la costa del Pacífico —dije—; personalmente, me gusta mucho más el medio oeste, lugares como Dakota del Norte y del Sur, Mineápolis y Saint Paul. Me parece que allí se encuentran los verdaderos estadounidenses.

—¡Oh! —exclamó de repente la señora Stassen—. Me alegra mucho que usted diga eso. Mi marido y yo somos de Minnesota. —Se echó a reír nerviosamente y repitió—: ¡Me alegra tanto que usted diga eso!

Creyó que me proponía soltar una andanada contra Estados Unidos y que las piedras y flechas que había recibido de aquel país me habían dejado resentido. Pero no era así, y aun en caso afirmativo, no soy de los que descargan su rencor contra una dama tan encantadora como la señora Stassen.

Vi que Jruschov y los demás iban a tener una larga charla; así que Oona y yo nos levantamos. Cuando Jruschov vio que nos íbamos dejó a Stassen y vino a decirnos adiós. Mientras nos dábamos la mano eché una mirada a Stassen; estaba recostado contra la pared y miraba hacia delante, sin querer enterarse de nada. Me despedí de todos, sin fijarme en Stassen, algo que en tales circunstancias creía que era lo más diplomático, aunque la rápida visión que tuve de él me gustó.

Al día siguiente Oona y yo cenamos solos en el Grill del Savoy. Cuando estábamos en los postres, sir Winston Churchill y lady Churchill llegaron y se detuvieron ante nuestra mesa. No había visto a sir Churchill ni había tenido noticias suyas desde 1931. Pero después del estreno de *Candilejas* en Londres recibí unas líneas de la United Artists, nuestros distribuidores, solicitando permiso para proyectar la película ante sir Churchill en su casa. Lo di, claro, de muy buen grado. Unos días después me envió una carta dándome las gracias y diciéndome lo mucho que le había gustado.

Y ahora sir Churchill estaba ante nuestra mesa, mirándonos. «¡Bien!», dijo.

Parecía haber un matiz reprobatorio en aquel «¡Bien!».

Me puse de pie enseguida, todo sonriente, y les presenté a Oona, que en aquel momento se iba a retirar.

Una vez que Oona se hubo marchado, pregunté si podía acompañarles a tomar café, y fuimos a su mesa. Lady Churchill dijo que había leído en los periódicos mi entrevista con Jruschov.

«Siempre me he llevado bien con Jruschov», dijo sir Churchill.

Pero durante todo el rato pude notar que tenía cierto resquemor contra mí. Naturalmente, habían ocurrido muchas cosas desde 1931. Él había salvado Inglaterra con su indomable valor y su inspirada elocuencia; pero yo estimaba que su discurso de Fulton sobre el «telón de acero» no había conseguido más que una intensificación de la guerra fría.

La conversación recayó en mi película *Candilejas*.

—Le mandé una carta hace dos años felicitándole por su película —dijo finalmente—. ¿La recibió?

—¡Oh, sí! —dije con entusiasmo.

—Entonces, ¿por qué no me contestó?

—Creí que no requería contestación —dije, cortés, disculpándome.

—¡Hum! —refunfuñó, sin dejarse engañar—. Me pareció que era una especie de censura.

—¡Oh, no! Claro que no —contesté.

—A pesar de todo —añadió para poner fin a la discusión—, siempre disfruto con sus películas.

Me quedé encantado con la modestia del hombre, que se acordaba de una carta sin contestar de hacía dos años. Pero no he visto nunca con buenos ojos su política. «No estoy aquí para presidir la disolución del Imperio británico», decía Churchill. Esto puede ser una frase elocuente, pero resulta una declaración fatua ante los acontecimientos modernos.

Esta disolución no es obra de los políticos, de los ejércitos revolucionarios, de la propaganda comunista, de la excitación de la plebe ni de la lucha económica. Los conspiradores son los medios de difusión internacionales: la radio, la televisión y las películas, el automóvil y el tractor, las innovaciones de la ciencia, la aceleración de la velocidad y las comunicaciones. Estos son los revolucionarios responsables de la disolución de los imperios.

Poco después de regresar a Suiza recibí una carta de Nehru, dentro de la que venía una nota de presentación de lady Mountbatten. Aseguraba que Nehru y yo teníamos mucho en común. Él iba a pasar por Corsier y tal vez pudiéramos entrevistarnos. Como se estaba celebrando la conferencia anual de embajadores en Lucerna, escribía diciendo que le encantaría que pudiera ir a Lucerna y pasar allí la noche; al día siguiente me dejaría en el Manoir de Ban. De modo que me fui a Lucerna.

Me sorprendió encontrarme con un hombre pequeño, como yo. Su hija, la señora Gandhi, estaba también presente, y era una mujer atractiva y tranquila. Nehru me dio la impresión de ser un hombre de humor cambiante, austero y sensible, con una mente sumamente despierta y evaluadora. Al principio se mostró reservado, hasta que salimos juntos de Lucerna y nos dirigimos al Manoir de Ban, donde le había invitado a comer. Su hija iba en otro coche porque se dirigía a Ginebra. Por el camino tuvimos

una interesante conversación. Habló muy bien de lord Mountbatten, que, como virrey de la India, había realizado una excelente labor liquidando los intereses de Inglaterra.

Le pregunté en qué dirección ideológica iba la India. Me respondió: «Sea cual sea la dirección, es en bien del pueblo indio». Y añadió que había inaugurado ya un plan quinquenal. Habló brillantemente durante el trayecto, mientras su chófer conducía a setenta millas por hora, corriendo junto a precipicios, por carreteras estrechas y haciendo de repente virajes cerrados. Nehru estaba absorto en la exposición de la política de la India; pero debo confesar que me perdí la mitad de lo que decía, preocupado por aquel modo suicida de conducir. Mientras los frenos chirriaban, vapuleándonos, Nehru se mantenía imperturbable. Gracias a Dios tuvimos un respiro cuando por fin el coche se detuvo un momento en un cruce de carreteras, donde su hija se separaría de nosotros. Fue entonces cuando Nehru se mostró como un padre cariñoso y solícito: abrazó a su hija y le dijo con ternura: «Cuídate», palabras que hubieran resultado más apropiadas dichas por la hija al padre.

Durante la crisis de Corea, cuando el mundo estuvo en suspenso ante aquella coyuntura tan sumamente peligrosa, la embajada china me telefoneó para decirme si quería prestar *Luces de la ciudad* para proyectarla en Ginebra ante Chu En-Lai, que era el eje central a cuyo alrededor iba a girar la decisión de paz o de guerra.

Al día siguiente el primer ministro nos invitó a cenar con él en Ginebra. Antes de salir para esa ciudad, el secretario del primer ministro llamó para decir que Su Excelencia iba a retrasarse porque había surgido de pronto un importante asunto en la conferencia (un eufemismo) y que no le esperásemos; después se reuniría con nosotros.

Cuando llegamos, y ante nuestra sorpresa, Chu En-Lai nos esperaba en la escalinata de su residencia para darnos la bienvenida. Como el resto del mundo, estaba ansioso por saber qué había ocurrido en la conferencia, así es que se lo pregunté.

—Todo se ha arreglado amistosamente —dijo, dándome unos golpecitos en el hombro— hace cinco minutos.

Había oído muchos relatos interesantes sobre cómo los comunistas habían tenido que retroceder hacia el interior de China en los años treinta, y cómo, bajo el caudillaje de Mao Zedong, unos cuantos de ellos se reorganizaron y habían emprendido la marcha sobre Pekín, reagrupando fuerzas a medida que avanzaban. Aquella marcha les ganó el apoyo de seiscientos millones de chinos.

Aquella noche Chu En-Lai nos contó una historia emocionante sobre la entrada triunfal de Mao Zedong en Pekín. Había un millón de chinos presentes para darle la bienvenida. Habían levantado una gran tribuna, de quince pies de altura, en un extremo de la gran plaza, y cuando iba subiendo los escalones, por la parte de atrás apareció la parte superior de su cabeza, y un rugido de bienvenida brotó de las gargantas de un millón de personas, creciendo y creciendo a medida que la figura

solitaria se hacía totalmente visible. Y cuando Mao Zedong, el conquistador de China, vio aquella enorme multitud, permaneció en pie durante un momento, y luego, de repente, se cubrió la cara con las manos y lloró.

Chu En-Lai había compartido con él las penalidades y congojas de aquella famosa marcha a través de China, y, sin embargo, cuando contemplaba su vigoroso y agradable rostro, me asombró comprobar lo tranquilo y joven que parecía.

Le dije que la última vez que había estado en Shanghai había sido en 1936.

—¡Ah, sí! —dijo, pensativo—. Eso fue antes de que nosotros nos pusiéramos en marcha.

—Bien; ahora ya no les queda mucho terreno por recorrer —dije, en broma.

Durante la cena bebimos champán chino (que no era malo), y como los rusos, hicimos muchos brindis. Brindé por el porvenir de China, y dije que aunque yo no era comunista, me unía de todo corazón a su esperanza y a su deseo de una vida mejor para el pueblo chino y para todos los pueblos.

En Vevey hemos hecho nuevos amigos, entre los que se cuentan Emile Rossier y Michel Rossier y sus familias, todos ellos amantes de la música. Por mediación de Émile conocí a Clara Haskil, la concertista de piano. Clara vivía en Vevey, y siempre que estaba en casa solía venir a cenar con las dos familias Rossier, y después tocaba para nosotros. Aunque había pasado de los sesenta, estaba en el apogeo de su carrera y cosechaba sus mayores triunfos tanto en Europa como en América. Pero en 1960 se cayó al bajar de un tren en Bélgica e ingresó en un hospital, donde falleció.

Pongo a menudo sus discos, los últimos que grabó, poco antes de morir. Cuando iba a empezar la reescritura de este libro por sexta vez, puse el *Concierto número 3 para piano*, de Beethoven, interpretado por Clara y dirigido por Markevitch, música que es para mí la mayor aproximación a la verdad que pueda lograr ninguna obra maestra del arte, y que ha representado para mí una fuente alentadora para terminar este libro.

Si no estuviéramos tan ocupados con nuestra familia, podríamos hacer una intensa vida social en Suiza, pues vivimos relativamente cerca de la reina de España y del conde y la condesa Chevreau d’Antraigues, que han sido muy cordiales con nosotros, y hay un gran número de estrellas de cine y de escritores que viven también cerca. Vemos con frecuencia a George y a Benita Sanders, y Noël Coward es también vecino nuestro. En primavera nos visitan muchos de nuestros amigos estadounidenses e ingleses. Truman Capote, que a veces trabaja en Suiza, nos visita con frecuencia. Durante las vacaciones de pascua llevamos a los niños al sur de Irlanda. Es algo que toda la familia espera impaciente todos los años.

En verano cenamos en la terraza con pantalón corto y nos quedamos fuera hasta las diez, contemplando el crepúsculo. A menudo, sin haberlo pensado previamente, decidimos ir a Londres y a París, a veces a Venecia o a Roma, lugares a los que solo tardamos dos horas en llegar.

En París somos muchas veces acogidos por Paul-Louis Weiller, nuestro muy querido amigo, que en agosto nos invita a toda la familia a pasar un mes en La Reine Jeanne, su hermosa finca, a orillas del Mediterráneo, donde los niños nadan y hacen todo el esquí acuático que quieren.

Los amigos me han preguntado si echo de menos Estados Unidos o Nueva York. Y francamente no. Estados Unidos ha cambiado, y también Nueva York. El gigantesco aumento de instituciones industriales, de prensa, de televisión y de anuncios comerciales me han divorciado por completo del estilo de vida estadounidense. Prefiero el reverso de la moneda, un sentido personal más sencillo de la vida, no las ostentosas avenidas ni los altísimos edificios, que recuerdan constantemente los grandes negocios y sus gravosos éxitos.

Pasó más de un año antes de que pudiese liquidar todos mis intereses en Estados Unidos. Querían cobrar impuestos sobre mis ganancias europeas de *Candilejas* hasta 1955, alegando que era todavía residente estadounidense, a pesar de tener prohibida la entrada en el país desde 1952. No contaba con ningún recurso legal, como me dijo mi abogado estadounidense, ya que tenía pocas probabilidades de regresar a Estados Unidos para defender mi caso.

Como ya había disuelto todas mis sociedades allí y liquidado todos mis intereses, estaba en condiciones de decirles que se fueran a freír espárragos. Pero como no quería tener que solicitar la protección de otra nación, llegué a un acuerdo para pagar una cantidad considerablemente menor de la que me exigían y considerablemente superior a la que debía haber pagado.

Cortar los últimos lazos con Estados Unidos fue triste. Cuando Helen, nuestra doncella de la casa de Beverly Hills, se enteró de que no íbamos a regresar, nos escribió la siguiente carta:

Queridos Sr. y Sra. Chaplin:

Les he escrito muchas cartas, pero no las he echado al correo. Parece que todo ha ido mal aquí desde que ustedes se fueron; yo misma no he sentido nunca tanta pena por ninguna otra persona que no fuera de mi propia familia. Pero todo es tan inútil, vano e injusto, que no consigo hacerme a ello. Y luego recibimos la triste noticia, que ya nos temíamos, diciendo que empaquetásemos casi todas las cosas. No es posible, no puede ser; las cosas que hemos empaquetado han sido lavadas casi con lágrimas y todavía me duele la cabeza del disgusto, ni sé cómo está su familia. «Por favor», POR FAVOR, Sra. C., «no deje» que el Sr. C. venda la casa, si puede impedirlo. Todas las habitaciones conservan su propia personalidad, aunque no queden en ellas más que las cortinas y los tapices. Estoy tan apegada a esta casa, que no quisiera que la ocupase nunca otra persona. Si yo tuviera el dinero… Pero esto es tonto, no tiene sentido. Prescinda de todos los gastos extras que pueda si lo desea. Pero, «por favor», POR FAVOR, conserve la casa. Sé que no debería decir esto, pero no puedo evitarlo, y

no logro apartar de mí el pensamiento de que algún día todos ustedes regresarán. Sra C., basta ya por hoy; tengo tres cartas para mandárselas, pero necesito unos sobres algo mayores. Dé recuerdos a todos de mi parte, y perdone que escriba a lápiz, pues hasta mi pluma está estropeada.

Afectuosamente,

HELEN

También recibimos una carta de Henry, nuestro mayordomo, que decía lo siguiente:

Queridos Sr. y Sra. Chaplin:

No les he escrito desde hace mucho tiempo, pues me cuesta mucho expresarme correctamente en mi «suizo-inglés». Hace una semana ha tenido lugar para mí un feliz suceso, ya que tuve la suerte de ver la película *Candilejas* en una proyección privada. La señorita Runser me invitó. Estaban presentes unas veinte personas. A los únicos que conocía era al señor Sydney Chaplin y señora, a la señorita Runser y a Rolly. Me senté al fondo para estar solo con mis pensamientos. Bien valía la pena. Con seguridad fui el que se rió más fuerte, pero también el que tenía los ojos más llenos de lágrimas. Es la mejor película que he visto en mi vida. No se ha proyectado en Los Ángeles. Por radio tocan varios discos, música de *Candilejas*. Hermosa música. Me electriza cuando la oigo. Al señor C., el compositor, no le mencionan nunca. Me alegra saber que a los niños les gusta Suiza. Naturalmente, a las personas mayores les cuesta más adaptarse a un país extranjero. Creo que Suiza es uno de los mejores. Las mejores escuelas del mundo. Y también la república más antigua del globo, desde 1191. El 1 de agosto es allí el 4 de julio. El día de la Independencia. No es día de vacaciones, pero se ven hogueras en las cumbres de todas las montañas. En conjunto, es uno de los pocos países conservadores y prósperos. Salí de allí en 1918 para ir a Sudamérica. Desde entonces he vuelto dos veces. También serví dos trimestres en el ejército suizo. Nací en Sankt Gall, en la parte este de Suiza. Tengo un hermano menor en Berna y otro en Sankt Gall.

Mis mejores votos para todos ustedes.

Respetuosamente suyo,

HENRY

Todos los que trabajaron para mí en California seguían percibiendo su sueldo, pero no podía seguirles pagando, ahora que estaba domiciliado en Suiza. Así que dispuse que se les entregara una indemnización por despido y entregué a cada uno una bonificación. Todo ascendió a ochenta mil dólares. Edna Purviance, además de recibir su bonificación, siguió como empleada hasta el día en que murió.

Durante el reparto de papeles de *Monsieur Verdoux* pensé en Edna para el papel principal de madame Grosnay. No la había visto desde hacía veinte años, pues no venía nunca al estudio, ya que su cheque semanal se lo mandaban de la oficina por correo. Me confesó después que al recibir una llamada del estudio se sintió más asombrada que emocionada.

Cuando Edna llegó, Rally, el cámara, entró en mi camerino. Tampoco él la había visto desde hacía veinte años. «Aquí está —me dijo con ojos llameantes—. Claro que no es la misma, pero ¡tiene un aspecto estupendo!» Dijo que me estaba esperando en el jardín, delante de su camerino.

No quería que hubiera ninguna escena emotiva, de manera que adopté una actitud despreocupada, como si solo hubiesen pasado varias semanas desde que nos habíamos visto. «¡Vaya, vaya! Por fin te hemos convencido», le dije alegremente.

A la luz del sol advertí que sus labios temblaban mientras sonreía; luego le expuse la razón por la cual la había llamado, y le hablé con entusiasmo de la película. «Suena estupendo», me dijo. Edna fue siempre una entusiasta.

Leyó el papel y no lo hizo mal; pero su presencia me afectaba sin cesar con una deprimente nostalgia, pues iba asociada a mis primeros éxitos, aquellos días en que todo era futuro.

Se enfrascó en el papel, pero infructuosamente, porque el personaje exigía una mundanidad europea que Edna no había tenido nunca, y después de trabajar con ella tres o cuatro días, tuve que reconocer que no era la adecuada. La propia Edna se sintió más aliviada que disgustada. No la volví a ver ni tuve noticias de ella, hasta que me escribió a Suiza para agradecerme su paga de despido:

Querido Charlie:

Por primera vez puedo escribirte para darte las gracias por tu amistad a lo largo de los años y por todo cuanto has hecho por mí. En la juventud parece que no vamos a tener tantas preocupaciones, pero sé que has tenido tu parte. Espero que tu copa de felicidad esté colmada con una esposa encantadora y una familia…

A continuación describía su enfermedad y los cuantiosos gastos en médicos y enfermeras; pero terminaba, como hacía siempre, con un chiste:

Una historia que he oído: meten a un tipo dentro de un cohete y disparan para ver hasta qué altura puede subir, diciéndole que tome nota de ella. De modo que él va contando: 25.000, 30.000, 100.000, 500.000… Al llegar aquí exclama: «¡Dios mío!», para sí mismo, y entonces una voz suavísima le contesta: «Dime»…

… Por favor, Charlie, por favor, dame noticias tuyas en un futuro próximo y por favor también, vuelve, porque aquí está tu sitio.

Sinceramente, tu más fiel y mejor admiradora, con todo afecto,

EDNA

A lo largo de los años no he escrito nunca a Edna; me comunicaba con ella siempre por mediación del estudio. Su última carta la escribió para darme las gracias al enterarse de que seguía figurando en nómina:

13 de noviembre de 1956

Querido Charlie:

Aquí estoy otra vez con el corazón rebosante de gratitud, y también otra vez en el hospital (Cedars of Lebanon), sometida a un tratamiento de rayos X, de cobalto, en el cuello. ¡Después de esto no puede existir el infierno! Lo llevo dentro con solo mover el dedo meñique. Sin embargo, es el mejor tratamiento que se conoce para el mal que me aqueja. Espero volver a casa a fines de semana, y entonces podré ser una enferma externa (¡qué maravilla!). Afortunadamente, el resto está bien, ya que esto es, según dicen ellos, pura y simplemente local. Lo cual me recuerda a aquel individuo que estaba en la esquina de la calle Siete con Broadway rompiendo un papel a trocitos y arrojándolos al aire. Pasó un policía y le preguntó qué hacía. A lo cual contestó: «Pues, sencillamente, alejando los elefantes». Y el otro le dijo: «¡Si no hay elefantes en este barrio!». Y el fulano replicó: «¿Lo ve? Está dando resultado». Esta es mi historia idiota de hoy, perdóname.

Espero que tú y tu familia estéis bien y disfrutando de todo lo que has ganado trabajando.

Te quiere siempre,

EDNA

Poco después de recibir esta carta Edna murió. Así se rejuvenece el mundo. Y la juventud se adueña de él. Y nosotros, los que hemos vivido un poco más, nos sentimos cada vez más solos a medida que proseguimos nuestro camino.

Con esto voy a terminar esta *Odisea* mía. Me doy cuenta de que el tiempo y las circunstancias me han favorecido. He sido mimado por el afecto del mundo, amado y odiado. Sí, el mundo me ha dado lo mejor de él y poco de lo peor. Cualesquiera que hayan sido mis vicisitudes adversas, creo que la fortuna y la mala suerte se amontonan sobre uno, como las nubes. Al ser consciente de esto, nunca me han impresionado demasiado las cosas malas y me han sorprendido gratamente las buenas. No tengo ni un plan de vida ni ninguna filosofía, ya que, sabios o locos, todos tenemos que luchar con la vida. Titubeo entre contradicciones; a veces las cosas nimias me molestan y las catástrofes me dejan indiferente.

Sin embargo, mi vida es más emocionante hoy día de lo que lo ha sido nunca. Gozo de buena salud, tengo aún capacidad creadora y proyectos para producir más

películas; tal vez no actúe, pero las escribiré y dirigiré para los miembros de mi familia, algunos de los cuales tienen grandes aptitudes para el teatro. Soy todavía muy ambicioso; no me retiraré nunca. Hay muchas cosas que quiero hacer; además de tener unos cuantos guiones inacabados, me gustaría escribir una obra de teatro y una ópera, si el tiempo me lo permite.

Schopenhauer ha dicho que la felicidad es un estado negativo, pero no estoy de acuerdo con él. Durante los últimos veinte años he sabido qué es la felicidad. Tengo la suerte de estar casado con una esposa maravillosa: me gustaría decir algo más sobre esto, pero lleva implícito el amor, y el amor perfecto es el más bello de todos los desengaños, porque supone más de lo que uno puede expresar… A medida que convivo con Oona, la profundidad y la belleza de su carácter son una continua revelación para mí. Hasta cuando camina delante por las estrechas aceras de Vevey con una sencilla dignidad, erguida su bella figura, con su pelo oscuro peinado hacia atrás, en el que se ven unas hebras de plata, me invade una repentina oleada de amor y de admiración por todo lo que es y se me hace un nudo en la garganta.

Con esta felicidad me siento a veces en nuestra terraza, a la puesta de sol, y contemplo el amplio jardín, con el lago a lo lejos, y más allá del lago veo las tranquilizadoras montañas, y en esta disposición de ánimo no pienso en nada y gozo de su magnífica serenidad.

Agradecimientos

Los editores agradecen efusivamente a Alfred A. Knopf, Inc. por haber concedido permiso para reproducir un fragmento de *Government by Assassination*, de Hugh Byas; a los autores y a William Heinemann Ltd. por el pasaje de *Cuadernos de un escritor*, de Somerset Maugham; por las líneas de «The Widow in the Bye Street», perteneciente a *The Collected Poems of John Mansfield*; y a Liveright Publishing Corporation, por «White Buildings», perteneciente a *The Collected Poems of Hart Crane*.

Las películas de Charles Chaplin

(Utilizamos la filmografía del libro de Manuel Villegas López *Charles Chaplin, el genio del cine*, para completar los títulos españoles de las películas de Charlot.)

KEYSTONE

1914

Making a Living (*Haciendo por la vida*). Un rollo.

Otros títulos: *Charlot periodista, A Busted Johnny, Troubles* y *Doing His Best*.

Kid Auto Races at Venice (*Carreras de autos para niños*). Un rollo.

Otro título: *Carreras sofocantes*.

Mabel's Strange Predicament (*Aventuras extraordinarias de Mabel*). Un rollo.

Between Showers (*Todo por un paraguas*). Un rollo.

Otros títulos: *The Flirts Charlie and the Umbrella, In Wrong*.

A Film Johnnie (*Charlot hace cine*). Un rollo.

Otros títulos: *Charlot y el fuego, Movie Nut, Million Dollar Job*.

Tango Tangles (*Charlot en el baile*). Un rollo.

Otros títulos: *Charlie's Recreation* y *Music-Hall*.

His Favourite Pastime (*Su pasatiempo favorito*). Un rollo.

Otros títulos: *Charlot extremadamente galante* y *The Bonehead*.

Cruel, Cruel Love (*Un amor cruel*). Un rollo.

Otro título: *Lord Helpus*.

The Star Boarder (*Charlot, huésped ideal*). Un rollo.

Otro título: *The Hash-House Hero*.

Mabel at the Wheel (*Mabel al volante*). Dos rollos.

Otros títulos: *Mabel y el auto infernal, His Daredevil Queen* y *Hot Finish*.

Twenty Minutes of Love (*Veinte minutos de amor*). Un rollo.

Otros títulos: *Charlot de conquista, He Loved Her So* y *Cops and Watches*.

Caught in a Cabaret (*Charlot camarero*). Dos rollos.

Otros títulos: *The Waiter, Jazz Waiter, Faking with Society y Charlot en el cabaret*.

Caught in the Rain (*Charlot y la sonámbula*). Un rollo.

Otros títulos: *At it Again, Who Got Stung?*

A Busy Day (*Charlot sufragista*). Un rollo pequeño (seis minutos).

The Fatal Mallet (*El mazo fatal*). Un rollo.

Otro título: *The Pile Driver*.

Her Friend the Bandit (*Su amigo el bandido*). Un rollo.

Otro título: *Charlot, ladrón elegante*.

The Knockout (*Charlot árbitro*). Dos rollos.

Otros títulos: *Counted Out* y *The Pugilist*.

Mabel's Busy Day (*Mabel vendedora ambulante*). Un rollo.

Otros títulos: *Charlie and the Sausages, Love and Lunch* y *Hot Dogs*.

Mabel's Married Life (*La vida matrimonial de Mabel*). Un rollo.

Otros títulos: *Charlot en la vida conyugal*, *When You're Married* y *The Squarehead*.

Laughing Gas (*El gas de la risa*). Un rollo.

Otros títulos: *Tuning His Ivories, The Dentist* y *Down and Out; El gas hilarante, Charlot falso dentista*.

The Property Man (*Charlot régisseur*). Dos rollos.

Otros títulos: *Vamping Venus, Getting His Goot* y *The Roustabout*.

The Face on the Bar-room Floor (*Charlot pintor*). Un rollo.

Recreation (*La pícara primavera*). Un rollo pequeño (cinco minutos).

The Masquerader (*Charlot artista de cine*). Un rollo.

Otros títulos: *Putting One Over* y *The Female Impersonator*.

His New Profession (*Su nueva colocación*). Un rollo.

Otros títulos: *Good for Nothing, Helping Himself*.

The Rounders (*Los juerguistas*). Un rollo.

Otros títulos: *Charlot y Fatty en el café, Revelry, Two of a Kin* y *Oh, What a Night*.

The New Janitor (*Charlot conserje*). Un rollo.

Otros títulos: *The porter* y *The Blundering Boob*.

Those Love Pangs (*Charlot rival de amor*). Un rollo.

Otros títulos: *José, rival de Charlot; The Rival Mashers* y *Busted Hearts*.

Dough and Dynamite (*Dinamita y pastel*). Dos rollos.

Otros títulos: *Charlot panadero* y *The Doughnut Designer*.

Gentlemen of Nerve (*Charlot y Mabel en las carreras*). Un rollo.

Otro título: *Some Nerve*.

His Musical Career (*Su carrera musical*). Un rollo.

Otros títulos: *Charlot domina el piano, The Piano Movers* y *Musical Tramps*.

His Trysting Place (*La cita*). Dos rollos.

Otros títulos: *Charlot se engaña, Family House*.

Tillie's Punctured Romance (*Idilio desinflado*). Seis rollos.

Otro título: *Aventuras de Tillie*.

Getting Acquainted (*Charlot tiene una mujer celosa*). Un rollo.

Otros títulos: *A Fair Exchange, Exchange Is No Robbery*.

His Prehistoric Past (*Su pasado prehistórico*). Dos rollos.

Otros títulos: *Charlot prehistórico, Charlot nudista, A Dream, King Charlie*.

ESSANAY

1915

His New Job (*Charlot debuta*). Dos rollos.

Otro título: *Charlot cambia de oficio*.

A Night Out (*Charlot trasnochador*). Dos rollos.

The Champion (*El campeón de boxeo*). Dos rollos.

Otros títulos: *Champion Charlie, El campeón*.

In the Park (*En el parque*). Un rollo.

Otro título: *Charlot, en el parque*.

The Jitney Elopement (*La fuga de Charlot*). Dos rollos.

Otro título: *Charlie's Elopement*.

The Tramp (*El vagabundo*). Dos rollos.

Otro título: *Charlot vagabundo*.

By the Sea (*En la playa*). Un rollo.

Otro título: *Charlot en la playa*.

Life (*La vida*). Sin acabar.

Work (*Charlot empapelador*). Dos rollos.

Otros títulos: *Charlot, trabajando de papelista* y *The Peperhanger*.

A Woman (*Charlot, señorita*). Dos rollos.

Otros títulos: *Charlot, perfecta dama* y *The Perfect Lady*.

The Bank (*El Banco*). Dos rollos.

Otros títulos: *Charlot, portero de Banco* y *Charlie at the Bank.*

Shanghaied (*Charlot, marinero*). Dos rollos.

A Night in the Show (*Una noche en el music-hall*). Dos rollos.

Otros títulos: *Charlot en el teatro* y *Charlie at the Show*.

1916

Carmen (*Carmen*). Cuatro rollos.

Otro título: *Charles Chaplin's Burlesque of Carmen*.

Police (*Charlot, ladrón*). Dos rollos.

Otro título: *Charlot, licenciado de presidio*.

MUTUAL

1916

The Floorwalker (*En el almacén*). Dos rollos.

Otros títulos: *Charlot encargado de bazar, En la tienda, Charlot en la tienda*.

The Fireman (*El bombero*). Dos rollos.

Otro título: *Charlot, bombero*.

The Vagabond (*Charlot, músico ambulante*). Dos rollos.

Otro título: *Charlot, violinista*.

One a.m. (*Charlot, noctámbulo*). Dos rollos.

Otro título: *Charlot, a la una de la madrugada*.

The Count (*El conde*). Dos rollos.

The Pawnshop (*El prestamista*). Dos rollos.

Otro título: *Charlot, prestamista*.

Behind the Screen (*Charlot en el estudio de cine*). Dos rollos.

Otro título: *Charlot, tramoyista de cine*.

The Rink (*Charlot patina*). Dos rollos.

1919

Easy Street (*La calle de la Paz*). Dos rollos.

Otro título: *Charlot, en la calle de la Paz*.

The Cure (*La cura de aguas*). Dos rollos.

The Immigrant (*El inmigrante*). Dos rollos.

Otros títulos: *Charlot, emigrante; El emigrante*.

The Adventurer (*El aventurero*). Dos rollos.

Otros títulos: *El evadido; Charlot, presidiario*.

FIRST NATIONAL EXHIBITIONS COMPANY

1918

A Dog's Life (*Vida de perro*). Tres rollos.

The Bond (*El bono*). Un rollo pequeño.

Shoulder Arms (*Armas al hombro*). Tres rollos.

1919

Sunnyside (*Al sol*). Tres rollos.

Otro título: *Idilio campestre*.

A Day's Pleasure (*Un día de placer*). Dos rollos.

Otro título: *Un día de juerga*.

1920

The Kid (*El chico*). Seis rollos.

The Idle Class (*Los ociosos*). Dos rollos.

Otro título: *Vacaciones*.

1922

Pay Day (*Día de paga*). Dos rollos.

1923

The Pilgrim (*El peregrino*). Cuatro rollos.

UNITED ARTISTS (largometrajes)

1923

A Woman of Paris (*Una mujer de París*).

1925

The Gold Rush (*La quimera del oro*).

1928

The Circus (*El circo*).

1931

City Lights (*Luces de la ciudad*).

1936

Modern Times (*Tiempos modernos*).

1940

The Great Dictator (*El gran dictador*).

1947

Monsieur Verdoux (*Monsieur Verdoux*).

1953

Limelight (*Candilejas*).

ATTICA FILM CO

1947

The King in New York (*Un rey en Nueva York*).

Cuadernillo

«Nada es tan divertido y excitante como escuchar las melodías que uno ha compuesto interpretadas por primera vez por una orquesta de cincuenta profesores.»

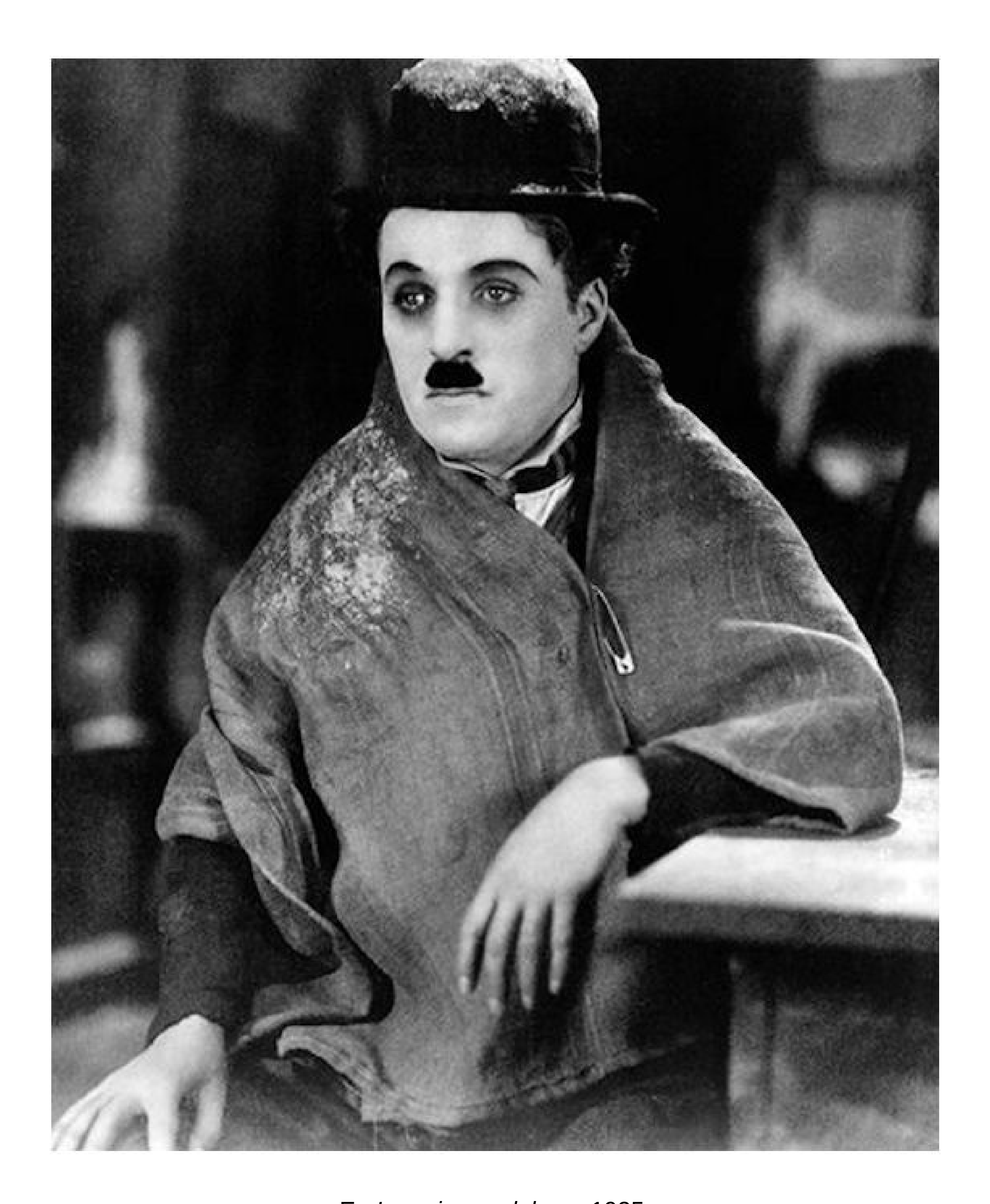


Tocando el chelo, en 1915.



Con Edna Purviance, que permaneció toda su vida en la compañía de Chaplin, en 1918.

«Fíjese, este personaje es polifacético: es al mismo tiempo un vagabundo, un caballero, un poeta, un soñador, un tipo solitario que espera siempre el idilio o la aventura. Quisiera hacerse pasar por un sabio, un músico, un duque, un jugador de polo. Sin embargo, lo máximo que hace es coger colillas o quitarle su caramelo a un bebé. Y, naturalmente, si la ocasión lo requiere, le dará una patada a una dama en el trasero, ¡pero solo en caso de incontenible furia!»

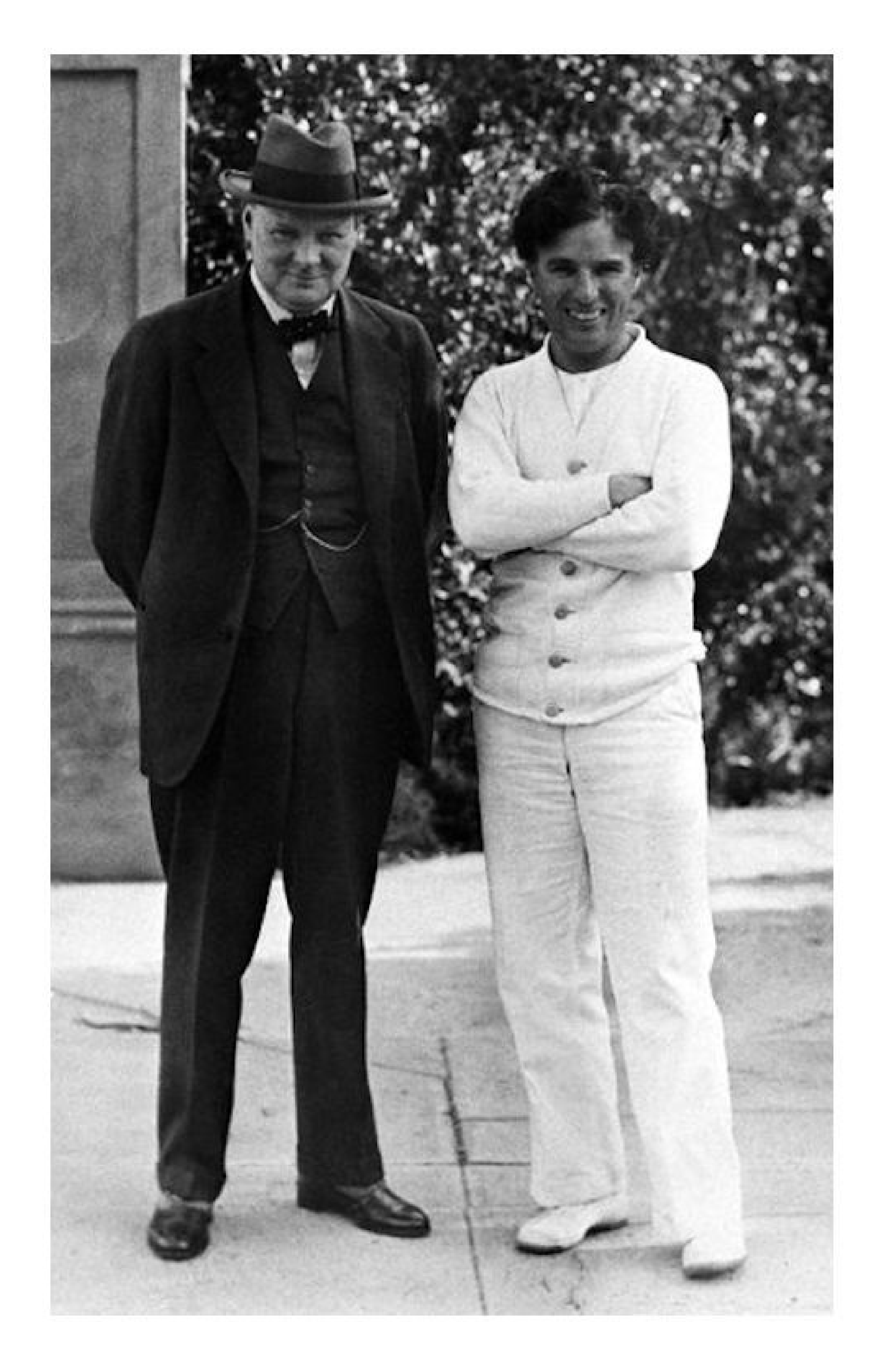


En *La quimera del oro*, 1925.

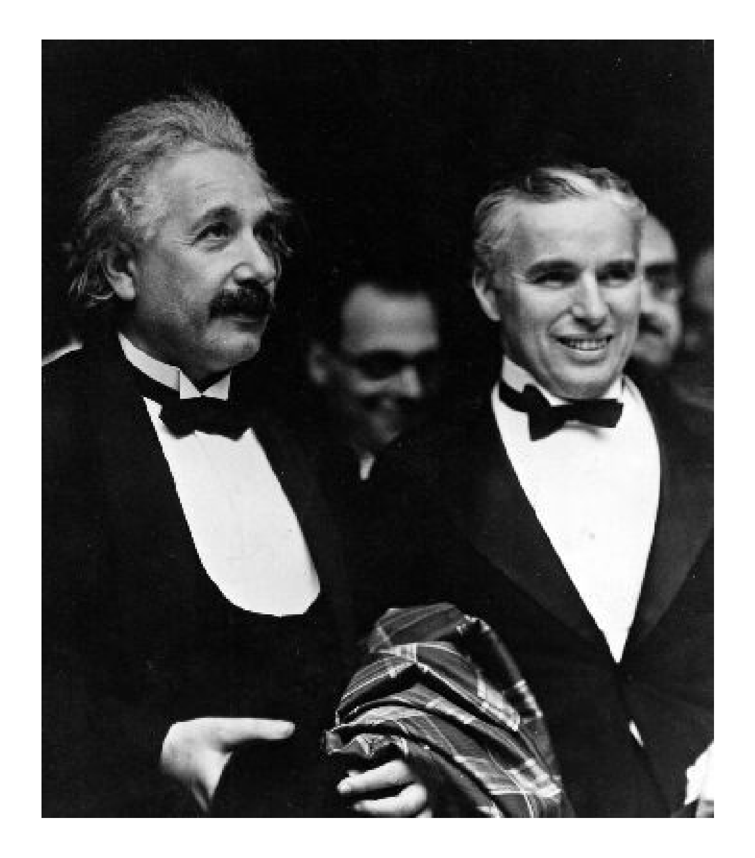
«No sabía qué maquillaje ponerme. No me gustaba mi atuendo de reportero. Pero al dirigirme hacia el vestuario pensé que podía ponerme unos pantalones muy holgados, unos zapatones, y añadir al conjunto un bastón y un sombrero hongo.»



Chaplin mirando a su propia criatura, uno de los personajes más populares del mundo.



Chaplin con Winston Churchill durante el rodaje de *Luces de la ciudad*, en 1929.



Chaplin con Albert Einstein la noche del estreno de *Luces de la ciudad*, en 1931.



Chaplin y Paulette Godard, su tercera esposa, recién casados en Honolulú, en 1936, tras el estreno de *Tiempos modernos*.

«El vestuario de Paulette en Tiempos modernos exigió tanta inteligencia y finura como una creación de Dior. Si el traje de una gamine se trata sin cuidado, los remiendos resultan teatrales y poco convincentes. Al vestir a una actriz como una golfilla callejera o como una florista intentaba crear un efecto poético sin menoscabar su personalidad.»



Paulette Goddard en *Tiempos modernos*.

«Me sorprende oír a algunos críticos afirmar que la técnica de mi cámara está pasada de moda, que yo no he evolucionado con el paso del tiempo. ¿De qué tiempo? Mi técnica es el fruto de haber pensado por mí mismo, de mi propia lógica y de mi propia perspectiva; no está influida por lo que hacen los demás. Si en arte uno debe ir con su época, entonces Rembrandt sería un cero a la izquierda comparado con Van Gogh.»



Chaplin detrás de las cámaras, preparando meticulosamente una escena.

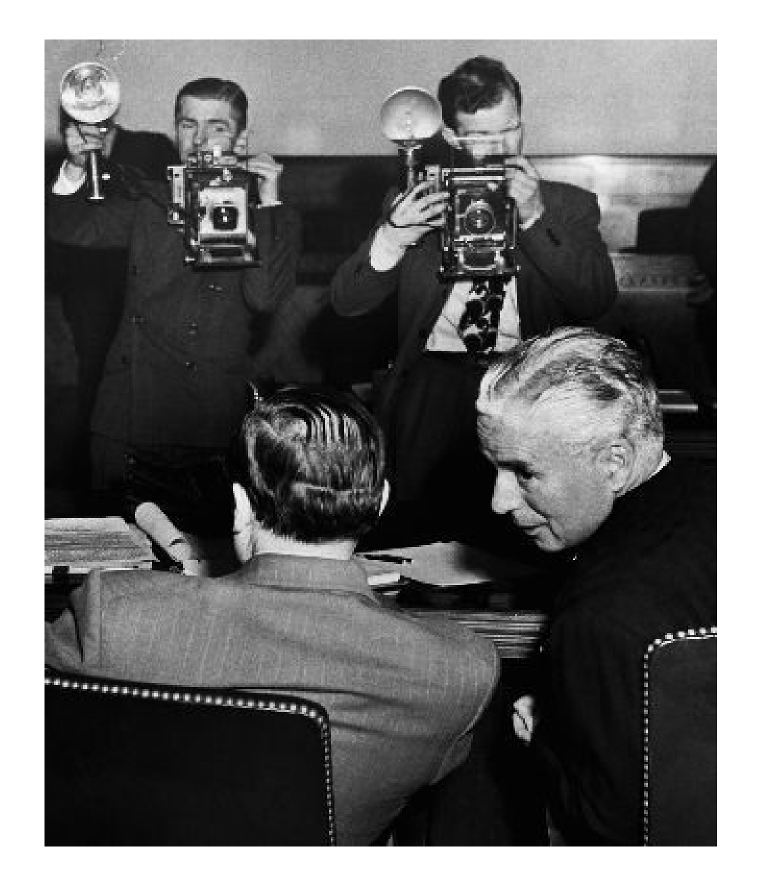
«La cara era extremadamente cómica, una mala imitación mía, con su bigote absurdo, su mechón espeso y rebelde y su boca repugnante, pequeña, de labios delgados. No pude tomar en serio a Hitler.»



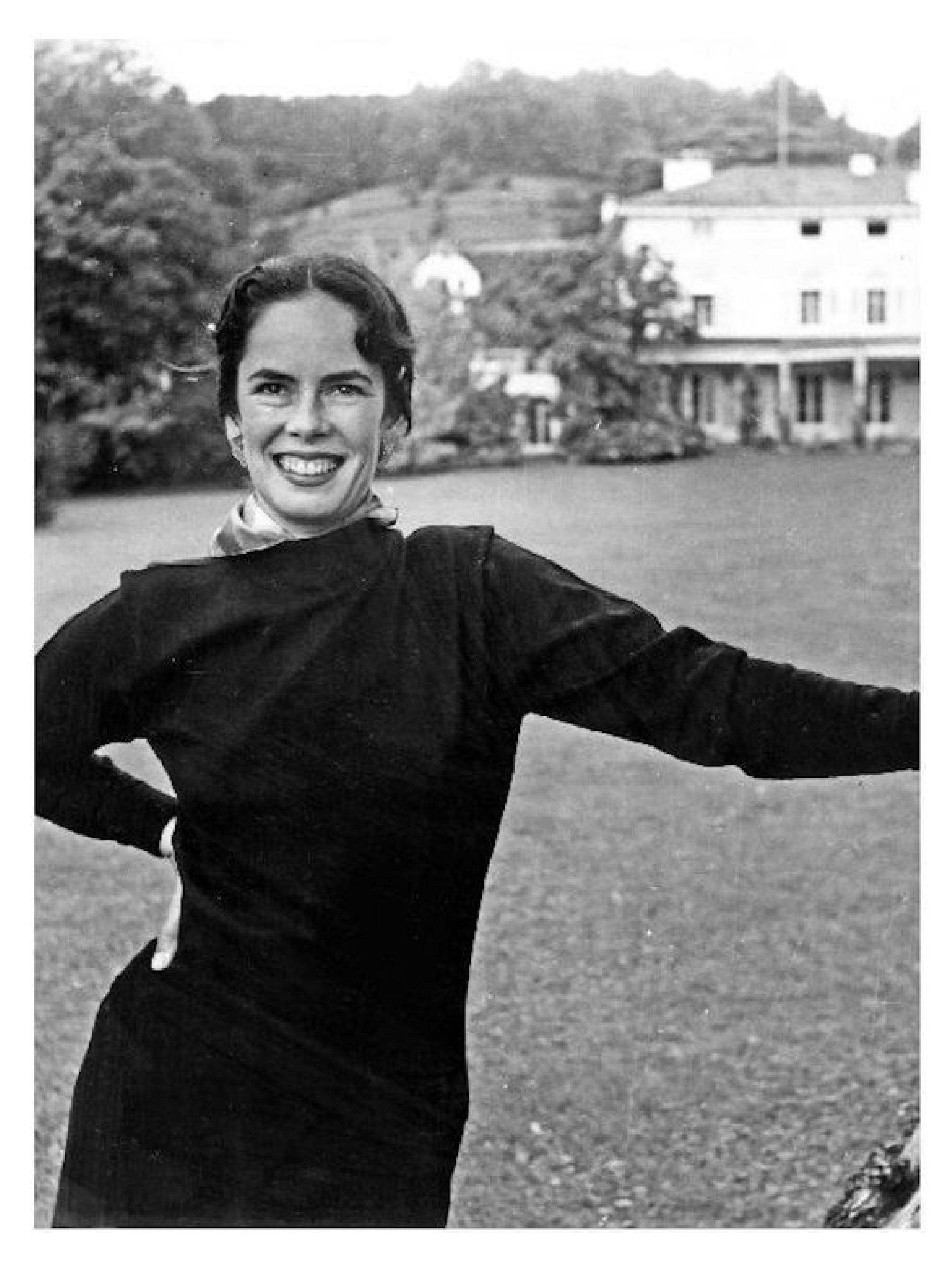
Chaplin se decide a hablar para ridiculizar a uno de los dictadores más poderosos del momento, en *El gran dictador*.



Chaplin con Oona y Mary Pickford la noche del estreno de *Monsieur Verdoux*, la película más inteligente que hizo, a su juicio.



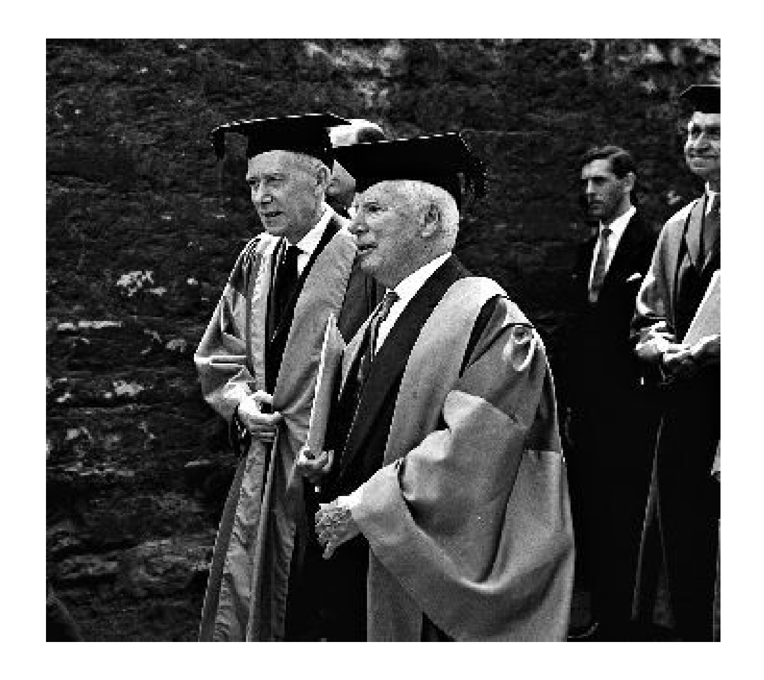
Chaplin durante un juicio por demanda de paternidad, en 1943.



Chaplin se casó con su cuarta esposa, Oona O'Neill, hija del dramaturgo Eugene O'Neill, en 1943. Tuvieron ocho hijos.



Chaplin con uno de sus hijos mayores, Sydney, fruto de su segundo matrimonio con Lita Grey, Oona y sus primeros cuatro hijos: Geraldine, Michael, Josephine y Victoria, en Londres, en el estreno de *Candilejas*, en 1952.



Chaplin siendo investido *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de Oxford en 1962.



CHARLES CHAPLIN. Nacido en Londres en 1889, es uno de los grandes genios del cine, autor de películas tan perdurables como *La quimera del oro*, *Luces de la ciudad*, *Tiempos modernos* o, ya en su etapa sonora, *El gran dictador*, *Monsieur Verdoux* o *Candilejas*.

En 1952 se le impidió regresar a Estados Unidos por supuestas simpatías comunistas; se instaló en la localidad suiza de Vevey, donde murió el día de Navidad de 1977.

Notas

[1] Era un amplio local, en la esquina de Victoria Street, frente a la abadía de Westminster, donde se veían atracciones de feria y funciones de gran espectáculo.

<<

[2] George Cruikshank (1792-1878) fue un caricaturista británico, famoso entonces por sus ilustraciones de los libros de Dickens. *(N. del E.)*

<<

[3] En la *troupe* Karno hacía falta trabajar en grupo durante seis meses antes de lograr un ritmo perfecto. Hasta entonces se decía que era «una compañía ratonera».

<<

[4] El circuito de Pantages, que ofrecía tres espectáculos al día.

<<

[5] Hetty Green era una de las mujeres más ricas del mundo y tenía fama de haber ganado más de cien millones de dólares gracias a su perspicacia para los negocios.

<<

[6] *El sueño de una noche de verano*, Shakespeare (versión de R. Martínez Lafuente), acto II, escena 11. *(N. del T.)*

<<

[7] Chaplin se refiere a la técnica desarrollada e impartida por Lee Strasberg, basado en el método Stanislavski. *(N. del E.)*

<<

[8] Juego de palabras en inglés, intraducible al castellano. Los cobradores de autobús en Londres dicen a los viajeros que suben al vehículo: «Fares, please» («Billetes, por favor»). *Fare* se pronuncia como *fain. Bank* significa «orilla, ribera». *(N. del T.)*

<<

[9] Esta observación no es exacta. Nos encontrábamos en el barrio mexicano, y lo que dije fue: «Hay más vitalidad aquí que en Beverly Hills».

<<

[10] En el original de Chaplin hay un juego de palabras intraducible al español, basado en *saved* («ahorrado») y *saved* («salvado»). (*N. del T.)*.

<<

[11] Juego de palabras intraducible en castellano, en el que la palabra inglesa *late* se emplea en sus dos sentidos: «último» y «difunto». Charlot se refiere al primero y Churchill al segundo. *(N. del T.)*

<<

[12] Versos finales de la conmovedora *Balada de la cárcel de Reading*, de Oscar Wilde. *(N. del T.)*

<<

[13] *Gamine*, como se recordará, aunque en francés designa genéricamente una niña, una chiquilla, se refiere más exactamente a la golfilla que juega y hace travesuras en las calles. (*N. del T.)*

<<

[14] Tin Pan Alley, calle de Broadway, famosa por ser el sitio de reunión de los compositores de música moderna. *(N. del T.)*

<<

[15] *Manoir*, como es sabido, corresponde, en francés, a nuestra «casa solariega»; es decir, a una finca o quinta, con tierras, árboles, huertos, etc., alrededor. *(N. del T.)*

<<